Selecta

Y DONDE TÚ SEAS, YO SERÉ

Trilogía Samsarí 2

Mía Martín

Donde tú seas, yo seré

Trilogía Samsarí 2

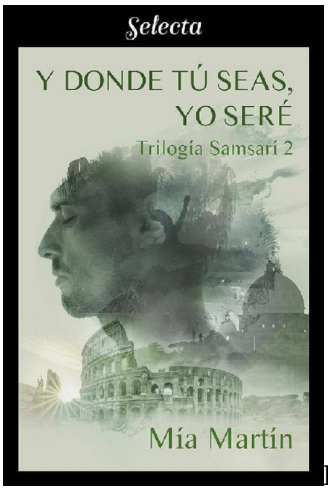
Mía Martín

Selecta

Índice

Y donde tú seas, yo seré
Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Sobre Mía Martín

Y donde tú seas, yo seré



Dime, Michela, ¿alguna vez has tenido esa extraña sensación de acabar de encontrarte con alguien y, al mismo tiempo, sentir que lo conoces desde siempre? ¿Que estáis conectados de una manera imposible de explicar desde un punto de vista racional?

«Sí, sí, lo he sentido. Exactamente, así como lo has explicado», le hubiera respondido de no ser una cobarde.

Desde que sus ojos se encontraron con los de Roberto Pastriani su mundo se había tambaleado. No, se le había caído encima, aplastándola. No había logrado reponerse e iba de mal en peor.

Hacía más de un mes que Roberto había desaparecido de Roma. No había vuelto a saber de él desde la terrible discusión que habían mantenido en el hospital. Sin embargo, le resultaba difícil de aceptar que alguien como él, orgulloso y temerario, hubiera desaparecido por su culpa. Ese hombre encerraba tantos misterios.

«¿Quién eres Roberto Pastriani? Te presentas en mi vida, la alborotas, me destruyes y desapareces».

Libertad no conozco, sino la libertad de estar preso
en alguien cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío;
alguien por quien me olvido de esta existencia mezquina,
por quien el día y la noche son para mí lo que quiera,
y mi cuerpo y espíritu flotan en su cuerpo y espíritu
como leños perdidos que el mar anega o levanta
libremente, con la libertad del amor,
la única libertad que me exalta,
la única libertad por que muero.

Luis Cernuda.
Un río, un amor: Los placeres prohibidos.

Vacía tu mente, sé amorfo, moldeable, como el agua.
Si pones agua en una taza, se convierte en taza;
si pones agua en una botella, se convierte en la botella;
si la pones en una tetera, se convierte en la tetera.
El agua puede fluir o aplastar.
Sé como el agua.
Amigo mío, el agua que corre nunca se estanca, así es que hay que seguir fluyendo.

Bruce Lee

1

Marco Stamile siempre había disfrutado de las películas de artes marciales, en especial, las de Bruce Lee, del cual se proclamaba su más ferviente admirador. Incluso recordaba que, poco después de su decimocuarto cumpleaños, había convencido a sus padres para que le pagaran un curso de tres meses de kung-fu. Acudía tres veces por semana después de clases a la academia de artes marciales en un barrio céntrico de Palermo, con un empeño y una ilusión que impresionaba incluso a su maestro.

Al joven Marco también le entusiasmaban los juegos de la Nintendo que le sisaba a su hermano mayor y los *rigatoni alla puttanesca* que preparaba su madre los domingos. Pero lo que más ilusionaba a Marco era salir de fiesta con sus amigos. Los jóvenes solían reunirse los viernes, una vez que caía el sol, en una pequeña *piazza* del centro. Charlaban de aquellos temas de los que estaba prohibido hablar, fumaban pitillos a escondidas, bebían alcohol y así se sentían muy machos. Aunque, por encima de todo lo demás, los chicos se reunían en la plaza los viernes por la noche para intentar ligar con las chicas, que, perfumadas y lejos de la vigilancia devota de sus padres, se mostraban como un bocadito delicioso. O eso decía siempre Natale Bruscco, el chico más osado del grupo, que con su labia y sus ojos índigo siempre terminaba atrayéndolas, y así los demás iniciaban una conversación con ellas y, si tenían un poco de suerte, terminaban quedando a solas. La posibilidad de echar un polvo a los quince años era comparable para Marco con la de obtener cinturón negro en kung-fu o que su hermano Pietro le permitiera salir con él y sus amigos a hacer la calle, algo que no sabía muy bien qué significaba, pero sonaba la mar de interesante.

Sin embargo, Marco nunca tuvo mucho éxito en el aspecto amoroso. De estatura media, complexión delgada y unos brazos demasiado largos pegados a un tronco pequeño, no solía despertar el interés femenino en un primer momento. Tampoco en un segundo y ni tan siquiera en el tercero. El fuerte de Marco tampoco era la labia o el piropo resultón. Marco era un tipo corriente, que a los quince años recién cumplidos no tenía muy claro lo que quería de la vida. Varios de sus amigos se estaban forrando, vendiendo mierda por ahí, sin embargo, a Marco ese mundillo no le atraía lo más mínimo.

Todo cambió el 23 de mayo de 1992. El día que Totó Riina ordenó a sus sicarios hacer volar el vehículo en el que viajaba el juez Giovanni Falcone con su familia y escolta hacia el Aeropuerto Internacional de Palermo. Meses después también silenciarían la voz justiciera de Paolo Borsellino en una de las calles principales de la capital siciliana.

Marco había estado en casa soportando, a duras penas y con esa sonrisa plastificada que dedicaba a la familia, la fiesta de cumpleaños de su madre. Cuando la televisión informó de lo que había sucedido, la algarabía de la fiesta enmudeció. Poco después, las tías y primas y también los hombres de la familia abandonaron la vivienda, bisbiseando disculpas y lamentándose de la situación en la isla. Como nadie parecía prestarle atención, Marco había escapado de casa y se había dirigido hasta la *piazza*. Le sorprendió que sus amigos rieran y comentaran las tonterías de siempre. ¡Por el amor de Dios! Se habían cargado a Giovanni Falcone. Lo habían hecho volar por los aires. El instituto sismológico de Sicilia había registrado el atentado como un movimiento en la Tierra. Marco, profundamente afectado, les había comentado lo que le había sucedido al juez. La respuesta de Natale lo dejó frío: «A mí qué me importa», le había dicho con un gesto despreciativo para darse la vuelta y seguir hablando con los demás. El joven Stamile se había apartado del grupo y se había dedicado a deambular desorientado por las calles hasta que sus pasos se detuvieron frente la puerta de la academia de artes marciales y así, contemplando la imagen de dos hombres enzarzados en una lucha feroz, comprendió que eso era lo que tenía que hacer. Dedicaría su vida a pillar a los malos. Aunque le costara la vida como a Falcone. Aunque sus amigos lo dejaran de lado. Aunque no pudiera volver a ver su *mamma* ni probar nunca más su deliciosa pasta.

Después de diecisiete años en el Arma, Marco Stamile, alias «el Mago», aún amaba su profesión y disfrutaba capturando a los mafiosos. Lo malo es que desde hacía unos meses el cumplimiento de su trabajo le estaba pasando factura a su vida.

Roberto Pastriani llegó al aeropuerto de Roma-Ciampino con hora y media de antelación. Vestido de paisano: vaqueros, camiseta y el petate colgado de un hombro; se paseaba por la terminal de Raynair con aire distraído.

Le molestaba tener que largarse de Roma justo ahora y después de haber visto a Michela. Lo que ayer le parecía una idea maravillosa, ahora lo fastidiaba. Sentía que la dejaba desamparada, a merced de los impulsos arbitrarios de Lukas. ¿Y si el bastardo volvía a buscarla? ¿Y si ella lo perdonaba? Apretó la mandíbula. «Ella no es cosa tuya —se recriminó con dureza—. No te quiere en su vida. Lo aceptas y ya».

Decidió tomarse un café sentado en unas de las cafeterías que inundaban la terminal y se ordenó concentrarse y terminar de leer la documentación que llevaba en su bolsa de viaje. La unidad había logrado averiguar, después de meses de escuchas y seguimientos, que un cargamento de varias toneladas de cocaína pura estaba siendo enviado por la UAC colombiana. Los propios calabreses eran los que proveían de barcos al cartel colombiano, gracias a sus contactos en Venezuela. Si los cálculos eran acertados, recalaría en los próximos días en las costas españolas. Se creía que Milán era uno de los primeros destinos del alijo. La misión que le había encomendado el comandante del ROS era seguir la droga, comprobar las conexiones, sacar fotos y recabar todas las pruebas que pudiera. Extrajo del bolsillo trasero de sus *jeans* su móvil y marcó un número de teléfono.

—Su mago al aparato, ¿qué pasó, Bracconiere?

—¿Mucha movida por allá?

—La de siempre. ¿Tiene los informes?

—Los llevo encima y unos minutos por delante para empaparme de todo...

—Están colaborando directamente con los colombianos —le explicó Marco Stamile—, con dos hermanos que pertenecieron a la UAC, oriundos de Antioquia: los Vargas. Temibles y muy violentos en palabras del Loco Barrera. Se cree que se están haciendo cargo de todo el cotarro. Las nuevas noticias no han sentado muy bien. Al parecer, no ha hecho mucha gracia por aquí que el Carnicero se esté

deshaciendo de los intermediarios.

—¿Y algo de lo que me interesa? —preguntó Roberto.

—Por ahora nada.

—Me da en la nariz que se va a poner la cosa roja por allí, ándate con ojo —le advirtió Pastriani.

—Siempre lo hago, señor, pero gracias.

—Nos vemos.

—Hasta la vuelta.

Abandonó la zona comercial del aeropuerto, se ajustó sus gafas Ray-Ban Aviator y avanzó hasta la terminal militar pisando con sus Panamá Jack el suelo de asfalto que parecía derretirse a cada paso que daba, debido al intenso sol romano que anunciaba el final del verano.

Roberto observó a sus compañeros subir las escalerillas del avión. «Al parecer — se dijo Pastriani con cinismo— el estúpido ego del ministro de Defensa quiere causar buena impresión a sus homónimos españoles». Los trasladaban a él, al operativo especial y a todo el equipo en un Piaggio P180 Avanti en su versión militar. Su configuración combinada lo hacía ideal para el transporte de unidades ligeras.

Durante el viaje entabló las típicas conversaciones con sus compañeros. Los hombres contaban chistes subidos de tono sobre las mujeres españolas que esperaban conocer y discutieron, acaloradamente, algunos temas que en los últimos meses traía de cabeza a todos los cuerpos de la Policía. Los últimos recortes del gobierno del Berlusco. El mal de ese puñetero país. «Como si no tuviéramos bastante con el sueldo de mierda», se quejaba uno. «Amén de la incomodidad de la uniformidad, *piú bella* pero trasnochada», en palabras de otro *carabiniere*. Gracias a las nuevas medidas tendrían que lidiar con los violentos altercados en los que vivían inmersas las principales ciudades del país con menos hombres y equipos ineficientes. «Así está el patio, señores», finalizó un *maresciallo* que inició un tema de conversación que captó la atención de todos: el rumor de la nueva remesa de vehículos para las fuerzas del orden que llegaría desde España y desbancaría a las casas italianas. Roberto casi no escuchaba, su mente no cesaba de repetir una y otra vez la misma absurda cantinela: Michela, Michela, Michela. Terminaría componiéndole un poema. Esos días había empezado a solidarizarse con las estúpidas canciones de amor desesperado y aquellos infumables poemas que había tenido que estudiar en el colegio. Comprendía a esos pobres tipos desgraciados, absurdamente enamorados. ¿Quién se lo hubiera dicho? Se había

convertido en uno de ellos. A su edad.

Llegaron al aeropuerto de Logroño, Agoncillo, a las 20:15. Nada más poner un pie en tierra fueron recibidos por el teniente coronel de la Guardia Civil y jefe de operaciones especiales del Grupo de Acción rápida, GAR, Florencio Rigoto. Compartieron los saludos de rigor, un poco de charla intrascendente e hicieron lo propio con los gendarmes franceses que ya se encontraban en la base.

Los trasladaron en camiones militares hasta el Polígono de Experiencias de las Fuerzas Especiales (PEFE). Les mostraron las instalaciones y los campos de adiestramientos y entrenamientos. Se sacaron unas cuantas fotos para la prensa, todos muy sonrientes, y compartieron una cena conjunta: franceses, italianos, españoles, portugueses y holandeses.

A Roberto le llamó la atención, en especial, uno de los españoles. Mientras todos los demás reían y charlaban, el guardia civil que parecía más un titán que un ser humano se dedicaba a engullir su comida como si las conversaciones a su alrededor le resultaran intrascendentes. Y así era. Los hombres chapurreaban algo de inglés, un poco de italiano y bastante español. Roberto dudaba que se llegaran a entender, pero el titán seguía a su rollo, sin hacer muchos aspavientos ni llamar la atención sobre su persona. Llevaba el pelo cortado casi a ras, aunque se había dejado una cresta estilo mohicano en el centro del cráneo. Debía medir cerca de los dos metros. Su espalda no tenía fin y sus manos asemejaban jamones, esos que tanto gustaban en la península ibérica. Era uno de los tipos más grandes que había visto en su vida. También parecía de los peligrosos. Todos contuvieron el aliento cuando el gendarme sentado a su lado, mientras explicaba una anécdota, derramó el contenido íntegro de su cerveza sobre el pecho del titán. Roberto se puso en guardia por si tenía que intervenir y separarlos. Sin embargo, el tipo con mucha parsimonia recogió el vaso del suelo, como si se tratara del juego fastidioso de un chiquillo. Farfulló lo que parecieron varios insultos en español y se limitó a lanzarle una mirada incendiaria al sujeto cuando le devolvió el vaso. Después de eso se reanudaron las conversaciones y él siguió a su rollo.

Sus miradas se encontraron por encima de la mesa minutos después. Roberto le hizo un gesto con la cabeza. El titán respondió con un alzamiento de cejas. Pastriani golpeó el codo de su compañera de banco, una guardia civil grandulona y con cara de malas pulgas. Se dirigió a ella en su pesado español.

—¿Hay alguien por aquí que sepa moverse por la zona de

Pontevedra?

La mujer levantó la cabeza y enfocó su mirada sobre el titán. Roberto sonrió. Así que el titán conocía Pontevedra.

—Little John estuvo destinado varios años en la provincia.

Pronunció mal el inglés y sonó a algo parecido a *liteyon.* —Así le decís…

Roberto volvió a echar un vistazo rápido al tipo. El apodo le iba que ni pintado.

—Así mismo, *tenente*. El capitán Juan Santiago Ruano.

Inés Soto se cruzó de brazos y rechazó la revista que le ofrecía su madre con una sonrisa tensa. La mujer, sentada a su lado con las rodillas muy juntas, fingía leer el *Cosmopolitan* y lanzaba vistazos nerviosos a la elegante salita de espera, donde una de las secretarias del bufete les había pedido que tomaran asiento. También les había ofrecido algo que tomar, café o refrescos, pero ambas mujeres habían rechazado la invitación.

Tras pasar varios minutos, un hombre ataviado con un traje chaqueta oscuro, abrió la puerta del único despacho que había en esa antesala. Se aproximó con un paso elegante y se detuvo delante de ellas dedicándoles una sonrisa abierta y amigable.

Estrechó la mano de su madre y la saludó con cortesía; luego hizo lo propio con ella. A la joven le pasmó que se atreviera a sostenerle la mirada. Desde que su cara asemejaba un balón de fútbol muy usado y su caso había aparecido en las portadas de los principales periódicos nacionales y en la televisión, nadie se atrevía a mirarla fijamente a los ojos. Ni su madre. En casa la rehuían. Sintió sincero y confortable el apretón decidido de la mano de ese hombre, tampoco había dudado en tocarle el hombro ni se había dedicado a estudiarla con lástima. Casi le pareció un insulto. Ese *dottore,* ¿acaso no sabía lo que le había ocurrido? Su familia no se atrevía a tocarla sin antes hacerle señales o advertencias y ahí estaba ese abogado, espigado y con unos ojos azules que quitaban el aliento, tocándola con total descaro. Arrugó el ceño molesta con el curso de sus pensamientos. No era para tanto. Solo se habían estrechado las manos. Necesitaba rebajar el nivel de drama por el que ahora se regía su vida.

Por un lado, le aterraba aceptar la mutación esperpéntica que había sufrido su rutina; por otro, la sacaba de quicio cuando fingían que no ocurría nada. Se iba a volver loca. Ya no podía salir a la calle o quedar con sus amigos. La perseguían los periodistas, porque

el tema de la mafia siempre despertaba un escabroso interés. Varios profesores se habían tomado la molestia de ir a impartirle clases y entregarle los deberes. Su vida se había convertido en un infierno. Ah, y tenía abogado. Ahora lo necesitaba.

Se aclaró la garganta y se puso en pie imitando a su madre. Se instó a tomar una actitud más profesional, para que ese hombre no creyera que lidiaba con una niña asustadiza. Cuadró los hombros y caminó con la cabeza alta. Madre e hija entraron en el despacho del abogado. El abogado de Inés.

Su abogado no era italiano, pero hablaba sin acento. Su entonación era del norte, de la zona del véneto. Aunque por su nombre debía provenir de Europa del este. Recordaba que había un jugador de baloncesto lituano con ese mismo apellido. «Lukas Sabonis», había leído en el rótulo de la puerta del despacho. Era el nombre que le había dado su madre días atrás cuando le contó que el fiscal que llevaba su caso se había puesto en contacto con el importante bufete de la capital romana para encargarle la defensa como acusación particular en el juicio. Tanto para Inés como para su madre, Bernarda Lugati, oriunda de un barrio a las afueras de Nápoles, era un misterio cómo harían para pagar sus honorarios, que sospechaban serían astronómicos. Sus padres habían discutido arduamente por ese tema. También por otros.

Inés contempló estupefacta el despacho: el reluciente barnizado de los muebles, el elegante tapizado de los sillones, además de los trajes que vestían todos en esa oficina. Parecían sacados del último catálogo de Fendi. Dio por hecho que su familia no podría pagar los honorarios de ese hombre, por mucho que su madre hubiera zanjado la cuestión con Miguel Soto gritando que tal y como estaban las cosas, no pensaban rechazar esa oferta caída del cielo.

Lukas no las llevó hasta el imponente escritorio que presidía la habitación, pues buscaba que se sintieran relajadas para la conversación que iban a mantener. Las invitó a tomar asiento en unas cómodas butacas de cuero, colocadas en semicírculo, en una esquina de su despacho, frente a una pequeña estantería inundada de libros.

—Imagino que Chiara os ha ofrecido algo para tomar —habló el hombre nada más sentarse—. Yo vuelvo a insistir, agua, café, té...

—Es muy amable de su parte, *dottore* —le agradeció su madre—, hemos desayunado hace poco.

—Yo tomaría un poco de agua, gracias —musitó Inés a su lado.

—Por supuesto. —Se puso en pie—. Discúlpenme un momento. Ya vengo.

Inés, obnubilada con la elegancia y los modos sobrios de su abogado, lo siguió con la mirada.

Sabonis se desabrochó el botón de la chaqueta mientras avanzaba con paso decidido hasta el centro de la estancia. Descolgó el teléfono y se reclinó un poco sobre su escritorio. Pidió a alguien al otro lado de la línea —suponía Inés que estaría hablando con la tal Chiara— que le trajeran agua mineral y tres vasos. Girando el cuello, la miró directamente a ella y mantuvo el teléfono en espera, apoyado en un hombro.

Inés se sobresaltó cuando la descubrió estudiándolo.

—¿Fría o del tiempo?

—Fría, gracias —volvió a murmurar la joven.

Él repitió el recado, dio las gracias a Chiara, colgó y volvió a sentarse frente a las dos mujeres.

—He hablado con el fiscal del caso, Nicola Forgioni, que me ha puesto al tanto de todo. Comprendo que esto ha sido muy reciente. Desde ahora les advierto que las cosas van a ir muy lentas. Será un proceso largo y agonizante; por desgracia, así son las cosas aquí. Antes que nada, les pido humildemente que se planteen todo este proceso como una carrera de obstáculos. Surgirán mil imprevistos. La burocracia es infernal. Habrá que repetir pruebas y declaraciones. Serán necesarios realizar trámites absurdos y el papeleo les parecerá innecesario y lo es, no voy a mentirles. No obstante, es con lo que tenemos que lidiar día tras día. Les pido, por favor, toneladas de paciencia e incluso algo de sentido del humor.

—¿Sentido del humor? —se ofendió su madre y elevó la nariz. Aferró el bolso contra su pecho y entrecerró los ojos—. Esa es la manera fina de comunicarnos que nos dejará sin blanca, *dottore* Sabonis.

—Le ruego que me llame Lukas, señora Lugati; y no, en absoluto. No estoy diciendo esto para luego exprimirlas. Es más, olvídense del tema económico y centrémonos en enfocar la defensa de su hija.

—Disculpe, pero no entiendo cómo puedo desentenderme de ese tema —retrucó su madre que ahora observaba al hombre con un gesto altanero.

—Ya se están haciendo cargo de él.

El cabello de la mujer recogido en un moño en la nuca pareció sacudirse cuando Bernarda abrió grande los ojos negros. Carraspeó y habló con voz filosa:

—¿Y quién se haría cargo de esto?

Lukas enfocó entonces sus ojos azules y cristalinos sobre los

oscuros de Inés. La joven contuvo la respiración y se lamentó del aspecto que presentaba. Estaba tan fea y estropeada.

—¿Recuerdas al policía que te sacó de allí?

Inés tragó saliva y asintió con la cabeza. De pronto, no podía articular palabra.

No olvidaría a ese hombre y sus fieros ojos verdes en lo que le restaba de vida. La había salvado y la venganza que ella no hubiera podido ejecutar. Había disfrutado tanto mientras lo observaba dar una paliza a esos hijos de puta. La Virgencita la perdonara, pero había deseado que los matara. Uno a uno. Que acabara con todos y cada uno de ellos, que fuera cruel y no tuviera compasión. Había soñado con él infinidad de veces. Necesitaba expresarle el profundo agradecimiento que sentía por lo que había hecho. También quería hablar con el otro policía, que la había tratado con tanta delicadeza y cuidado.

—En unos días se presentará aquí para hablar contigo. Necesita hacerte unas preguntas sobre lo que viste en ese piso. ¿Estarías dispuesta a recibirlo?

Inés sintió que el corazón le brincaba en el pecho y le costó hilar un pensamiento coherente. Al final, se humedeció los labios y habló con la voz ronca.

—Oh, por supuesto, le debo mi vida.

—A mí también me gustaría agradecerle, *dottore* —interpuso la madre de Inés—. Es un héroe para nuestra familia —musitó con lágrimas en los ojos tomando la mano de su hija.

—De acuerdo, se lo comunicaré. —Inclinándose un poco hacia adelante, colocó los codos sobre las rodillas—. Inés, ¿comprendes lo que implica este juicio?

La joven tragó saliva y lo miró a los ojos con decisión.

—Sí, señor.

—Por favor, llámame Lukas. Nada de señores por aquí.

Inés asintió.

—Sí, Lukas, lo comprendo. Tendré que declarar ante el juez todo lo que me hicieron, punto por punto, delante de ellos. Tendré que contestar a las preguntas de la defensa e imagino que serán crueles conmigo.

«Al menos —se dijo con espíritu práctico— así es como ocurre en las películas americanas».

—Ellos no tienen que estar en la sala. Se hará a puerta cerrada. Aunque sí es cierto que deberás contestar a las preguntas de su abogado.

Inés arrugó el entrecejo, contrariada.

—Oh, pero quiero que estén.

—¡Inés, por favor! —se fastidió su madre. La observaba con un rictus de horror en el rostro.

—Señora Lugati, le ruego que deje que ella exprese su parecer.

Su madre se removió incómoda en el asiento y apretó los labios.

—Desde luego, que ella hable.

—Quiero que escuchen todo lo que me hicieron, que se avergüencen.

—Ah, Inés, *mia figlia*... —expresó Bernarda con pesar.

Inés se sentía ofuscada.

—¡*Mamma*! Sé que oírlo les afectará, lo sé. Uno de ellos tiene una hija de mi edad. Quiero que ella también lo escuche.

Bernarda Lugati se santiguó.

—Esa joven no creo que esté en el juicio, Inés —intervino Lukas en voz baja.

—Da igual, ella sabrá lo que su padre me hizo y su padre también sabrá que ella lo sabe. No soy imbécil. Esos hombres son unos animales desalmados, sin escrúpulos ni compasión, pero lo que me hicieron fue por una *vendetta*. Un mensaje que querían transmitir.

Inés se sentía eufórica, como si al fin pudiera respirar después de haber permanecido con la cabeza bajo el agua. Las manos le temblaban y la voz le salía aguda y desafinada. Su corazón bombeaba a una velocidad de vértigo. Sin embargo, no podía parar. Tanto tiempo guardando silencio, dudando, atemorizada, y ahora por fin tenía que soltarlo todo o reventaría.

Bernarda giró el cuello y contempló a su hija con una mueca de espanto.

—¿*Vendetta*? —pronunció la palabra con temor.

—¿Transmitir a quién? —inquirió Lukas al mismo tiempo con voz pausada, y le hacía una señal a Bernarda con la mano para que guardara silencio.

A Inés le gustó que no le devolviera una mirada compasiva, sino inquisitiva.

—A mi padre.

***

—Me han pedido que te acompañe.

Roberto no se volvió cuando escuchó la voz a sus espaldas. Inclinado sobre el camastro, se limitó a seguir acomodando sus enseres en su bolsa de viaje. Había escuchado los pasos de alguien que se acercaba. Las puertas de los dormitorios, donde se alojaban los soldados, permanecían siempre abiertas. La presencia del capitán no lo pillaba desprevenido. Todo lo contrario, lo había estado esperando.

—Me dijeron que conocías la zona de Pontevedra —pronunció Pastriani en español y como de pasada, mientras comprobaba que no se le quedaba nada por ahí.

—Pontevedra es una jodida provincia, italiano. Es bastante grande, ¿por dónde nos vamos a mover?

—Por las Rías primero, después por la zona portuaria del Puerto Marín —explicó el teniente cerrando la cremallera de su bolsa de viaje.

—Pues, suerte con las Rías... La zona portuaria no presenta tantos conflictos.

Roberto se giró. Frente a él y con cara de pocos amigos, los dos metros de altura y puro músculo del oficial de la Guardia Civil, Juan Santiago Ruano. Pastriani le dedicó un gesto con la cabeza.

—¿Las conoces bien? No quiero depender de un jodido GPS.

El capitán se limitó a encogerse de hombros.

—Si vamos a colaborar, será mejor que empieces por decirme si te han dicho de qué va todo esto —continuó Roberto.

—Tus paisanos, con ayuda de unos entrañables papitos, pretenden fletar un goloso cargamento de polvito blanco hasta la costa de mi bella patria.

Little John hizo un gesto afectado al llevarse la mano al pecho. Roberto soltó una corta carcajada.

—Tengo órdenes directas de no intervenir —matizó Pastriani observando el semblante endurecido del capitán.

—Las mismas que yo. Seremos unos perritos juguetones. Toma.

Y le lanzó una tarjeta plastificada. Roberto la cogió al vuelo y se la colgó del cuello. Credenciales como periodistas extranjeros. Su nombre: Ferruccio Busoni.

—Era músico el tipo.

—Y a mí que me cuentas.

—Cultura general, Little John.

El hombre volvió a encogerse de hombros. No hizo más comentarios y se limitó a esperarlo. Cuando Roberto cruzó la puerta de los dormitorios, descubrió una pequeña bolsa de deporte apoyada en la pared detrás del corpachón del capitán Ruano. Le

fastidiaba tener compañía, aun cuando la necesitaba. A él le gustaba ir por su cuenta y no distraerse con cháchara absurda. Además, no estaba de humor para aguantar las tonterías de nadie por esos días. Después, estudió de reojo a su nuevo compañero y la cara que tenía de pasarse la vida chupando limón, comprendió que no habría demasiados problemas al respecto.

—Tomaremos un taxi hasta el aeropuerto —le comentó Roberto. Salían con las bolsas colgadas del hombre de la base militar de Logroño—. Supongo que ya tendrás tu billete. Ya en la calle y bajo una cortina de agua, los dos hombres caminaban encorvados y a paso ligero.

—Lo tengo, italiano, no te preocupes y, para que veas que colaboro, he alquilado un piso en el centro. Lluvia, gallegos y coca. Parece el título de una película de serie B.

—¿Qué sabes de los Barreta? —preguntó Pastriani unos momentos después, mientras atravesaban una pequeña hondonada en el terreno desde la que acceder al pueblo.

—Que todos los jodidos clanes calabreses me inflan las pelotas.

—En particular, estos son de los que te los aprietan hasta estallarlos. El *boss* del clan, Salvatore Barreta, el Carnicero, está desaparecido de Italia. Al menos es lo que consta. Si me preguntas, te diré que no creo que se haya movido de su casa. Se ha librado, por diferentes motivos, de las ocasiones en que han conseguido trincarlo y llevarlo ante los tribunales. Así que supongo que el tipo se mueve en las más altas esferas.

—Hijo de puta.

—El más grande hijo de puta con el que me he topado en todos mis años de servicio. Al parecer, los Barreta se están saltando las reglas y andan negociando con los *papitos* por su cuenta. Tienen tanta liquidez que pueden garantizar los pagos al momento. Son gente *seria*, de las que cumplen pase lo que pase. Eso gusta entre los colombianos que están hasta el culo de la falta de seriedad de los sicilianos. Para que veas cómo han cambiado las cosas, ahora son los sicilianos los que le compran la droga a las *'ndrine* calabresas. *La 'ndrangheta* es la única organización criminal verdaderamente globalizada en el mundo. Ha logrado reproducir en todos los continentes el sistema organizativo de su madre patria, además, nunca, pase lo que pase, se echa atrás. Por eso se han hecho con casi la totalidad del mercado en poco tiempo. —El capitán de la Guardia Civil escuchaba en silencio—. Pueden garantizar la rápida conversión de bonos y títulos al portador. Tratan directamente con los bancos. La cuestión es averiguar con quién y a qué escalas nos

movemos. No me preocupa tanto el alijo como descubrir quién está manejando ese dinero entre bambalinas. De todas formas, no creo que el pastel tarde en estallarles en casa. A los jefes de la *coscas* calabresa no les suelen gustar los que actúan por su cuenta y eso es lo que está haciendo Barreta.

—Así que seguimos la pasta.

Roberto se dedicó a meditarlo unos segundos. La orden de su comandante había sido clara y transparente. Seguir la droga era sencillo. La misma ruta de siempre. Podrían avisar a una patrulla de la Guardia Civil antidroga y que establecieran el rastro. Comprendía que iba a desobedecer las órdenes directas que le había dado su comandante. El asunto le reportaría consecuencias. «A la mierda». Roberto sabía a quién tenían que seguir. Los que transportaban la droga eran cuatro perros mal pagados, en cambio, los que manejaban el dinero... los llevarían hasta los malditos peces gordos.

—Afirmativo.

***

Bernarda Lugati estaba horrorizada. Se había encorvado sobre el brazo del sillón y había roto en un llanto desgarrador.

—Señora Lugati, por favor, dejemos hablar a Inés —le pidió Lukas en un tono imperioso.

—Mi padre ha estado trabajando para De Moro, que es uno de los capos de los Barreta. Era el encargado de transportar la droga que venía del norte, desde Milán. La tenían en unos almacenes a las afueras de Roma. Mencionaron el lugar, pero no consigo recordarlo. Mi padre tuvo que hacer un juramento. Cuando alguien hace ese juramento y entra a formar parte de ese... de esa organización, se considera algo muy serio, sagrado. Uno no se puede echar atrás. Pero mi padre traicionó la confianza de Moro. Hizo tratos con alguien más. No sé con quién. Así que decidieron castigarlo a través de mí. Todos saben que mi padre tiene debilidad conmigo.

—¿Sabías de los negocios de tu padre? —le preguntó Lukas que había tomado una libreta y tomaba notas a toda velocidad.

—Antes del secuestro, no. De todas formas, no soy idiota —dijo mientras miraba de reojo a su madre—. Mi papá estaba trayendo mucho dinero a casa. Nos hacía regalos costosos. A veces, los escuchaba discutir por ese tema. —Lukas posó su vista un segundo

sobre Bernarda que parecía a punto de sufrir un colapso nervioso—. También había traído a algunos hombres con él a cenar, eran amigos del primo de mamá, Renato Vilanti, que fue quien le consiguió el trabajo con De Moro —aclaró la muchacha ante la mueca extraña que le dedicó el *dottore* Sabonis—, sin embargo, esos hombres con los que iba... eran del tipo «échate a correr». No me gustaban siquiera el primo de mamá y su hijo. Nunca me gustaron.

—Comprensible.

—Verá, todo lo que ahora sé sobre lo que hacían, el transporte de la droga, esos rituales espeluznantes y todo lo demás se debe a que esos hombres no paraban de hablar entre ellos. Creo que estaban convencidos de que yo no sobreviviría, así que ni reparaban en mi presencia a la hora de hablar o de echarme en cara sus atrocidades, incluso, mientras... —Inés hizo una pausa, tomó aire y habló con decisión— me violaban. A veces, no entendía nada porque hablaban con ese dialecto calabrés incomprensible, pero otras lo expresaban en italiano.

Bernarda, deshecha, se había dejado caer sobre el brazo del sillón de cuero y, con la cabeza enterrada entre los brazos, clamaba y lloraba.

—Tendrás que contar todo esto a la policía, Inés.

—Lo sé. Lo haré.

2

Había amanecido lloviendo. Octubre les daba la bienvenida con contundencia. Michela apoyó el hombro contra el cristal de la ventana de su cocina mientras sorbía su café recién hecho y observaba a varias mujeres abriéndose paso por las callejuelas tapizadas de *sampietrini*. El día estaba encapotado y plomizo. Igual que su corazón. Aunque el símil fuera una mierda. Su móvil pitó desde el dormitorio. Michela lo ignoró y comenzó a recoger la casa. Se hizo una coleta en lo alto de la cabeza y se calzó un chándal gris de faena. Comenzó por la cocina. Se lio a limpiar, barrer y fregar, procurando organizar en una mañana el caos de la semana más depresiva que había vivido jamás.

Entró en el baño para darse una ducha rápida y arrancarse de la piel el sudor, la desgana y su mal humor. Miró con recelo el aparato de música que había colocado muchos meses atrás sobre una repisa blanca en la pared y, por llevarse la contraria a sí misma, apretó el botón de *play*. Se quitó la ropa, que dejó regada por el suelo de cerámica y, cinco minutos después, ya se había arrepentido de su impulsiva decisión cuando las notas de un tema familiar comenzaron a sonar desde los altavoces. La voz de Nina Zilli entonaba su *50 mila*. La letra parecía haber sido escrita para ella y Roberto. Tomó una honda inspiración y se negó a ceder a las ganas de echarse a gritar. Ella no había llorado cincuenta mil lágrimas, ella ya había derramado un millón por ese hombre. Había terminado con eso. Era imperioso pasar página. Debía hacerlo si quería recuperar algo de normalidad en su vida. Decidió hacer oídos sordos a la música y se concentró en la tarea de enjabonar y aclarar. Antes de darse cuenta, caminaba envuelta en una toalla por

el pasillo de su casa. Necesitaba salir. Se enfundaría unos vaqueros y una sudadera e iría a hacer la compra. No pensaba permanecer un día más encerrada, sin hacer otra cosa salvo llorar y lamentarse. Se acabó todo ese rollo de la autoconmiseración. Esa noche tenía guardia e iba a aprovechar su jodido día libre.

Agarró el móvil con la intención de guardarlo en su bolso y recordó la llamada que había recibido horas antes. El corazón se le desplomó al leer en la pantalla luminosa el número de teléfono que había intentado ponerse en contacto con ella. Lukas. Dejó caer la cabeza y se llevó las manos a la frente. De acuerdo. No podía seguir huyendo. Era hora de enfrentar a Lukas Sabonis. Apretó el botón de rellamada y esperó.

***

Lukas observaba a una pareja de turistas hacerse arrumacos y un sinfín de *selfies* frente al grandioso obelisco Flaminio, en la piazza del Popolo. El olor de la lluvia aún permanecía en el ambiente y, quizás debido a ello, el cielo presentaba su mejor aspecto, de un azul brillante despejado de nubes, que pareció insuflar de optimismo el espíritu del joven lituano. Sabonis masticaba con tranquilidad una *ciabatta* rellena de jamón y queso: su bocadillo favorito. Sentado en la terraza del Canova, hacía tiempo para que llegara Michela. Estaba nervioso. De esa conversación dependía el futuro de su relación. Quería usar las palabras adecuadas, algún gesto que la conmoviera, el argumento definitivo que la convenciera. Le resultaba bastante ridículo que él, que vivía para seducir y convencer a los hombres más impenetrables del estado italiano, temblara ante la perspectiva de hablar con su novia acerca de su relación. Sin embargo, Michela no se movía por ningún código preestablecido siglos atrás. Era un espíritu libre. Además, su relación no era un caso revisable ni apelable. Su relación agonizaba herida de muerte. Más que un abogado, lo que Lukas necesitaba era un santo que le obrara un milagro.

Dejó con cuidado la servilleta sobre el plato y colocó los codos sobre la mesa al descubrirla caminando hacia él. El pecho se le expandió a lo ancho y se le aceleraron los latidos del corazón. ¡Qué hermosa era! Tan femenina y grácil. Su sola presencia lo embargaba de una sensación de euforia que daba pábulo a sus esperanzas y lo

volvía osado, capaz de todo. Se incorporó y la saludó con un beso en la mejilla. Inhaló su perfume floral y sintió cómo su ánimo flaqueaba. Tuvo que recordarse que no podía besarle los labios y hundir la nariz en su cuello, un gesto natural y cotidiano para él hasta la madrugada que ella lo había abandonado. Descartó la pena que experimentó por la distancia que había entre ambos, adoptó una actitud amistosa y la invitó a tomar asiento frente a él. Michela dejó una pequeña mochila oscura en el asiento a su lado y cruzó las piernas enfundadas en unos vaqueros desgastados. Le dedicó una sutil sonrisa. Procuraba no mirarlo a los ojos. Los débiles rayos del sol la iluminaron por un instante, circundándola y otorgando un aspecto entre diáfano y etéreo a su rostro. La viva imagen de una *madonna*. Lukas contuvo la respiración ante semejante espectáculo. Tragando saliva, tomó asiento a su vez.

—Gracias por atender a mi llamada, Michela.

—No habíamos hablado y creo que es importante hacerlo. No me des las gracias, por favor. Estoy feliz de verte. ¿Cómo tienes el labio? —le preguntó de forma apresurada con evidente incomodidad.

Lukas se echó a reír.

—Está perfecto, mira...

Se acercó para que ella pudiera examinarlo.

—También estoy muy feliz de verte. Es mucho más que eso en realidad —expresó el hombre emocionado al tiempo que tomaba sus manos y las estrechaba con fuerza. Lo insufló de ánimos que ella no las apartara ni retrocediera ante su contacto—. Quería pedirte perdón, Michela. No te haces una idea de cómo me he tortura...

Michela se removió y se inclinó hacia adelante en la silla. Apretándole a su vez las manos, lo observó con aprensión. Sus ojos grises reflejaron aflicción y una terrible ansiedad.

—Por favor, no lo hagas. No hay nada que perdonar, de veras.

—Pero mi conducta fue reproba...

—No, no —volvió a interrumpirlo ella. Se llevó las manos de él, que seguían entrelazadas con las suyas, a los labios y le plantó un beso en el dorso. Ese gesto enterneció a Lukas. Quizás no todo estaba perdido—. No te disculpes. Ah, Lukas, yo también tengo tanto de lo que arrepentirme. Eres tú el que merece una explicación y mis más sinceras disculpas. He sido la peor novia del mundo.

—Me gustaría entender qué es lo que ha pasado. ¿Por qué nos hemos distanciado de esta manera? Yo te quiero, Michela. No lo dudes ni un instante. Eres lo más importante en mi vida.

Michela tragó saliva y soltó las manos de Lukas. Frotándose los

dedos, tomó una honda inspiración, antes de hablar.

—Nunca lo he dudado y no puedo comenzar a explicarte lo que eso ha significado para mí. Lukas, no quiero darte falsas esperanzas ni alargar una situación innecesariamente. No puedo seguir con lo nuestro. No estoy enamorada de ti. Te quiero y eres una persona muy importante para mí. Te admiro también, eres un hombre íntegro y sólido. Sin embargo, todo aquello que nos unió ya no existe en mí.

Lukas apretó el ceño solo un poco, se echó hacia atrás en el asiento y se limitó a observarla fijamente, enmudecido. Conmocionado.

«Todo aquello que nos unió ya no existe en mí».

¿Qué significaba eso? «Ya no existe en mí». ¿Cómo debía él interpretar esa frase? No podía creer que todo hubiera llegado a su fin. ¿Cómo podía la gente seguir paseando con esa tranquila liviandad por la plaza? A Sabonis todo le parecía absurdo, grotesco. Una pantomima. Sus palabras habían sido lapidarias.

Sentía un nudo en la garganta y otro alrededor del corazón y le quemaba y le dolía como el infierno.

Lukas Sabonis sabía cuándo una guerra estaba perdida antes siquiera de tomarse la molestia en iniciar la primera batalla. Flotaba en el ambiente y, aunque no se pudiera expresar con palabras, había señales para aquel que supiera distinguirlas. Él había aprendido muy bien a lo largo de sus años de profesión a cazarlas al vuelo, interpretando las sutilezas del lenguaje corporal. Le había llevado algo más de tiempo conciliar la idea de que resignarse no significaba ser un perdedor, sino lo contrario, era un gesto de triunfadores.

Michela rascaba la superficie del mantel con las uñas y evadía su mirada. No obstante, estaba ahí. La maldita señal. Como un jodido cartel luminoso en mitad de su frente. Casi podía leer la palabra «tarado» tatuada en su propia piel. Ella ni siquiera deseaba estar ahí con él. Le había mentido. No estaba feliz con ese encuentro. Lo padecía.

El problema es que, por una vez en su vida, Lukas Sabonis no quería resignarse a la idea de perder. ¿Qué era lo que le había dicho? «Lo que nos unió ya no existe en mí».

Mientras se arreglaba en su casa para ese encuentro, había estado pensando en Michela. Siempre pensaba en ella. Había contemplado la ropa de ella que seguía guardada en los cajones de su cómoda y había meditado que, si su ropa estaba allí, si aún tenía su cepillo de dientes y su champú favorito, lo suyo tenía futuro. Se

había sentido esperanzado. Absurdamente ilusionado. Tonto. Él la quería tanto que no podía entender por qué ella no le correspondía. ¿Acaso no sabía cómo la adoraba? ¿Lo mucho que la atesoraba?

Ella no permitía la posibilidad de un «veremos en unos meses». El clásico «vamos a darnos un poco de tiempo». No había nada a lo que aferrarse. Le había negado, incluso, su derecho al pataleo.

Ya está. ¿Ese era el fin?

—¿Y no hay vuelta atrás? —preguntó después de una pausa, aunque sabía la respuesta.

Michela bajó la vista y tragó saliva. Negó con la cabeza.

—¿Por qué?

A la joven le sorprendió la inflexión ominosa que adoptó la voz de su exnovio. Michela carraspeó, incómoda.

—Importa acaso un porqué.

—Para mí, sí. Ayúdame a entender qué hice mal...

—¡Lukas! Tú no has hecho nada malo —se exasperó ella—, es que yo no siento por ti lo que se supone que... —Michela meneó la cabeza y descruzó las piernas frotándose las rodillas con las palmas de las manos—. Por favor, no quiero seguir con esto. No quiero hacerte daño y no quiero hacérmelo a mí.

Lukas la miró a los ojos cuando le dijo:

—No me gustaría perder tu amistad.

Michela comprendía que ceder ahora era un error, que quizás él lo tomara como un incentivo, pero no tenía corazón para negarse.

—No la vas a perder, no quiero que la perdamos. Te aprecio tanto.

Y mientras lo decía se daba cuenta de que era cierto. No quería que Lukas desapareciera para siempre de su vida. Le desgarraba el corazón la idea de no volver a verlo nunca más.

Sabonis se inclinó hacia delante y alargó el brazo. Acarició la barbilla de ella y su mejilla. Michela se lo permitió y no hizo nada por detenerlo, tampoco se movió cuando le palpó los labios con dedos temblorosos.

—Tener cualquier parte de ti es preferible a no tener ninguna —susurró él con la voz rota.

—Mi amistad es lo único que puedo ofrecerte, que siempre tendrás —le replicó ella, que tan sensible como estaba esos días ya no pudo contener las ganas de llorar.

Lukas se puso en pie y la tomó con delicadeza de los hombros. Ella también se levantó y por primera vez lo miró a los ojos mientras gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas y le empapaban la barbilla y el escote de su camiseta.

—De acuerdo, si es lo que necesitas —se resignó él.

Michela se limpió los ojos y sonrió. Una sonrisa apenada y triste.

—Es permanente, Lukas.

—Está bien, como sea.

Se despidieron de una manera extraña y Michela, con mil cosas enturbiándole el pensamiento, se metió en un supermercado cercano para hacer la compra. «La vida es tan absurda», se dijo entonces enfadada. Había roto con una parte de su vida y, en vez de vivirlo de alguna manera apoteósica, exagerada, con llantos desgarradores y lamentos tormentosos, se dirigía a la frutería para encargarle a la frutera cinco manzanas golden, medio melón (si estaba dulce) y un racimo de uvas negras, y entablaba con las dependientas absurdos diálogos sobre el tiempo y demás bobadas, y por momentos se preguntaba cómo estaría Lukas. ¿Habría vuelto a su casa o estaría trabajando en el despacho? No tenía derecho a llamarlo para interesarse por él. Su expresión desanimada, profundamente dolida, la torturaba. Le remordía la conciencia. Durante ese día y sobre todo por la noche se dedicó a odiar a Roberto Pastriani por destrozarle la vida, por besarla y hacerle sentir tantas cosas. Por ser, en definitiva, como era: despótico, autoritario e irresistible.

Una vez que cayó en el sofá, rendida y agotada, para echarse una siesta antes de comenzar su turno esa noche, descubrió que no era capaz de odiar a Roberto porque lo amaba con desesperación, porque lo necesitaba allí con ella. A su lado para siempre. La vida sin él no tenía sentido. Lo comprendía con una certeza que destruía sus argumentos. «¿Me perdonarás?». Se agobiaba con esa y otras preguntas sin respuestas. «¿Volveré a verte alguna vez, amor mío?». En un primer momento, le sorprendió pensar en él de esa manera. Enseguida lo aceptó. A fin de cuentas eso era él para ella. Su amor. Su único amor.

¿Y cómo haría para verlo de nuevo? Se desquició dándole vueltas a esa cuestión, conjeturando diversas posibilidades. Finalmente, claudicó cuando comprendió que no tenía ninguna manera de dar con él. Ese hombre encerraba tantos misterios. «¿Quién eres, Roberto Pastriani? Te presentas en mi vida, la alborotas, me destruyes y desapareces».

Justo antes de que el sueño la venciera, le pidió a Dios que le permitiera volver a verlo. Durante esos momentos de duermevela, Michela olvidó, muy oportunamente, que ella no creía en Dios...

Roberto dejó a un lado el visor nocturno y se reclinó en el asiento del vehículo. Había imaginado que la acción lo haría olvidar y sobrellevar con dignidad la derrota. No obstante, se la había pasado con el culo aposentado en un jodido coche, contemplando cual pasmarote el océano Atlántico que se extendía ante él como un muro infranqueable de agua negra. Un poco más allá se encontraba la dársena rectangular del muelle Adolfo Reboredo y las enormes grúas *portainer* para carga y descarga de los buques. Rodeados de los contenedores y enormes camiones para el transporte de mercancías, el paisaje se le antojaba deprimente y desolador.

Después de haberse pasado varios días estudiando la Ría de Arousa y siguiendo las indicaciones que le daba Marco desde Italia, Roberto había decidido actuar sobre seguro y dirigirse hacia el meollo del asunto. La mercancía se encontraba en el puerto, ahora tendrían que venir a recogerla. El capitán de la Guardia Civil no había mentido al decirle que dar con alguna embarcación en la inmensidad de la ría era peor que buscar una aguja en un pajar. Roberto, tras recorrerse la costa de cabo a rabo, corroboraba un dicho que había leído en un periódico local esa mañana, en referencia a la complicada hidrografía de las Rías Baixas gallegas. Uno de los periodistas explicaba que la costa era la huella de la mano de Dios. «Galicia ha sido creada por un despiste de Dios. Al séptimo día, Dios descansó y sin querer apoyó una de sus manos. Se supone que era una mano enorme», señalaba el artículo. A Roberto la parábola le parecía acertada. Esa peculiar concepción antropomórfica era infernal para sus propósitos.

Suspirando, rotó el cuello y se rascó los ojos. A su lado, Little John zampaba un bocadillo de calamares que habían comprado en el camino, en un bar cercano al Club Náutico. A juzgar por la expresión en su rostro, pareciera que el hombre estaba degustando ambrosía de los dioses.

—En serio, ¿me vas a desperdiciar esta maravilla? —comentó Juan dedicándole una rápida mirada al bocadillo intacto del teniente Pastriani, que seguía envuelto en papel de aluminio, dentro del hueco que formaba la palanca de cambios—. En toda tu puta vida no vas a volver a probar una delicia como esta.

— Calamares fritos y pan —se mofó él—. ¿Me tomas el pelo?

—Putos italianos. Solo saben comer *tagliatelle al pesto*. Solo el nombre me da arcadas. Esto es un manjar español. —Y alzó el bocadillo, quizás para dar más énfasis a la frase. Un trozo de calamar rebozado asomó entre las rebanadas de pan y temblequeó entre las manazas del capitán, antes de ser engullido por su enorme

bocaza. Roberto bufó.

—Lo que tú digas...

—Estos hijos de puta no se rinden —habló Juan, y tomó un buche de refresco para bajar la comida—. Tuvimos un periodo tranquilo en los noventa después de la Operación Nécora, aunque en un principio se llevó todo como el culo, digo desde Madrid. Los UCO son cosa seria y fina trabajando. Pero la cosa antes de los años noventa resultaba hasta ridícula. No había ningún tipo de control, la droga entraba y salía a espuertas. Al final, los grandes narcos gallegos terminaron con sus blancos traseros en las celdas del penal de Teixeiro. Tu querida Ría de Arousa era el núcleo de entrada de la cocaína colombiana. Los gallegos incluso les pagaban a los carteles con la misma droga. Parte se la quedaban ellos y la distribuían por Galicia, País Vasco y Asturias; la otra parte la distribuían los colombianos en el resto de Europa. Todo eso se nota aún en esta zona. ¿No te has fijado cómo siguen las cosas por aquí? Grandes tiendas de marca que no tienen quién compre, concesionarios de alta gama, enormes casonas abandonadas. Hubo muchas detenciones por esos años. Todo dios estaba metido en el ajo, desde los cajeros de los bancos que usaban cuentas falsas para blanquear hasta los que fabricaban las planeadoras. Te cuento una anécdota —le dijo sin dejar de masticar—: imagina que tienes tu sueldito mensual de mil euros y un día vas al cajero a sacar cien pavos y de pronto, ¡toma ya! —y golpeó con su puño el salpicadero del coche—, te encuentras veinte mil euros de más. Y eso pasaba amigo. Todos metidos en el ajo, incluso la Guardia Civil de puestos y la policía de aduanas. Muchos de ellos eran primos o sobrinos de los narcos. Un jodido desastre. Y ahora, todo vuelve otra vez.

—La mafia siciliana tiene un dicho: «*Calati iunco, ca passa la china*» —señaló Roberto y tradujo después—: «Póstrate junto, hasta que pase la riada». La mafia nunca desaparece, solo lo parece.

Antes de terminar la frase, se había echado hacia adelante y había estirado la mano en busca de su visor. Se lo colocó delante de los ojos. Le hizo señas a su compañero, que engulló lo que le quedaba de bocadillo, sacudió las manos y se hizo con sus gafas de visión nocturna.

—Joder, ya era hora. Mamones soplapollas. Se han tomado su jodido tiempo —farfulló el capitán de la Guardia Civil.

—*Va vene, la partita ha inizio* —musitó Roberto sin apartar la vista de la operación que se desarrollaba a unos pocos metros de ellos —. Avisa a tus compañeros para que sigan la mercancía.

—A sus órdenes, Bracco —expresó Juan con ironía antes de

tomar la radio del vehículo. Roberto lo escuchaba farfullar por radio sin prestarle atención.

Tres vehículos Land Rover Range de color negro aparecieron en un lateral de la terminal de contenedores. Se dirigieron un poco más allá por una de las carreteras. Roberto colocó la mano sobre la llave de contacto. La soltó cuando observó que pararon a unos quince metros de distancia. Tenían una perspectiva perfecta desde allí. Varios hombres, Roberto contó ocho, ataviados con chaquetas oscuras y guantes de cuero descendieron de los vehículos. Uno de ellos caminó hasta un grupo de contenedores cercano, extrajo —lo que después Pastriani confirmó que era una llave del interior de su chaqueta—, se agachó y abrió un candado. A continuación, arrancó todos los precintos. El silencio de la noche fue roto por el chirrido de la puerta metálica al abrirse. Los demás, que aguardaban en los vehículos, se apresuraron a abrir los maleteros de las furgonetas y comenzaron la faena, transportando, caja tras caja, desde el contenedor hasta los vehículos.

Cuando la operación estaba llegando a su fin, apareció un Audi Q7 también de color negro con cristales tintados, que estacionó cerca de los 4x4. Juan se apresuró en mirar con el visor y anotar la matrícula. Los dos tomaban fotos de la escena. El Audi no apagó el motor. Una vez que terminaron la operación de estiba, volvieron a cerrar el contenedor, utilizando duplicados de los precintos y el mismo candado. Dos hombres trajeados descendieron del Audi. Uno de ellos, un tipo alto y fornido con un enorme bigote, le hizo señas a uno de los transportistas que parecía una ballena sudorosa, y se movía como tal. La ballena entregó al ayudante de mafioso un maletín. Estaba todo tan coreografiado que Roberto meneó la cabeza en un gesto de contrariedad. Terminada toda la operación arrancaron los vehículos y desaparecieron de la zona de carga del muelle.

Al parecer, nadie observó que al Audi SUV lo seguía a pocos metros un utilitario Seat León con las luces apagadas.

—Vamos a tener problemas —anunció Little John día y medio después.

—Me cago en esta gente —farfulló Roberto exasperado propinando un manotazo al volante.

—Necesitaremos permiso para investigar en Holanda. Una cosa es conducir alegremente por toda la campiña y otra colocar micrófonos y toda la mierda que nos va a hacer falta.

Roberto rumió unos cuantos insultos en italiano y agarró su móvil, tecleó con impaciencia y resopló.

Después de haber atravesado el norte de España y el país galo por carreteras secundarias hasta llegar a Bélgica, con dos paradas para comer y turnarse en el sueño cada vez que lo hizo el Audi, Roberto y Juan cansados, sucios y malhumorados tenían los nervios a flor de piel. Pastriani recordó los momentos de incertidumbre mientras esperaban en un motel de carretera regentado por prostitutas, poco antes de cruzar la frontera con Francia. El teniente del ROS había tenido una corazonada y decidió que John se posicionaría en una salida cerca de la autovía, mientras que él lo haría en otra. Al final resultó un golpe de suerte, puesto que los narcos decidieron cambiar de vehículo y uno de ellos partió con el Audi. El tipo del enorme bigote se hizo con un Mercedes clase E Coupé. Después de una pequeña discusión se habían decidido por seguir al Mercedes, que se dirigía a la frontera con Francia.

—Mi coronel, al habla Bracconiere —respondió Pastriani al saludo de su superior.

—¿Se puede saber dónde cojones estás?

—En la nacional N14, en Ringlaan, cerca la frontera entre Bélgica y Holanda.

—¿Y dónde está la droga?

—Dirigiéndose a Milán, rastreada por la Guardia Civil antidroga.

—¿Y qué haces tú en Holanda cuando la droga está en Milán, hijo?

—El dinero es lo que importa, mi comandante. Estamos cerca de saber con quién trata esta gente.

La línea se quedó momentáneamente en silencio. Trascurrido un tiempo, Roberto escuchó la voz de Lorenzo Pavianti.

—Y necesitas autorización para operar en Holanda, ¿no es cierto?

—El acuerdo transfronterizo de Schengen nos ampara. Podemos ir donde nos plazca.

—No me tomes el pelo, Bracconiere. No me tomes el pelo. Está bien. Espera y no te muevas hasta que lo autoricemos. Y te debo una patada en el culo.

—Sí, mi señor.

Colgó la llamada y tamborileó con los dedos sobre el volante.

—Esto para ti es la vida, ¿no es cierto? —inquirió el capitán que se dedicaba a estudiarlo con una sonrisilla divertida.

—Quiero pillar a esos hijos de puta, John... —Pero siempre aparecerán más hijos de puta, Bracco.

—Y también pillaré a esos.

—Esto es una guerra que nunca acaba, seguirá cuando tú ya no

estés aquí.

—Eso espero. Que sigan peleando contra estos hijos de puta. Pero a estos —dijo señalando el vehículo que llevaban persiguiendo casi dos días— los saco de la calle. No me mires así, ya sé que muchos de ellos siguen operando desde la cárcel. Pero allí dentro se van debilitando. Bah, en realidad, voy detrás de otra cosa.

—Los Barreta.

—Salvatore Barreta y su brazo armado en Roma: Giuseppe De Moro —acotó Pastriani.

Tras quince minutos, el móvil de Pastriani volvió a sonar.

—Vía libre —confirmó el coronel del Arma, al otro lado de la línea.

—*Grazie*, mi comandante.

—Una patada en el culo.

—Sí, mi coronel.

Pastriani, que nunca había perdido de vista el vehículo de los narcos, lo seguía a pocos metros. Un poco antes de coger por la E311, en dirección Utrecht, el Mercedes se desvió y se adentró en una carretera secundaria. Unos metros más adelante, rodeados de frondosos arbustos y un bosque de árboles, pararon frente a una Texaco. También lo hicieron los policías, que aprovecharon para turnarse en el bar de la gasolinera, tragar un sándwich de máquina y echar una meada rápida.

El móvil de Roberto volvió a sonar en el bolsillo de sus vaqueros y los hombres se miraron. Pastriani descolgó y se lo colocó en la oreja.

—Tienes que volver. No tienes autorización para seguir a ese vehículo hasta Ámsterdam. La orden viene de arriba, de la DCDSA.

Lorenzo Pavianti hacía referencia a las siglas por las que era conocida la Dirección Central del Servicio Antidroga del Ministerio Interior Italiano.

—Lo tenemos a tiro de piedra.

—Órdenes son órdenes, hijo.

—Una mierda. ¿A quién cojones estamos tocando las narices?

—Nos vemos a tu vuelta. Por cierto, cuando vuelvas, pásate por la Caserma Orlando de Tomasso, el general quiere verte.

Roberto dio un volantazo y detuvo el coche en el arcén de la carretera. Le propinó un puñetazo al volante.

—Vamos, hombre, no me jodas. No puedo dejar esto así.

—No te he oído, *tenente*. *Buona sera*.

Colgó el teléfono. La línea se quedó en absoluto silencio. Roberto se aferró con rabia al volante y cerró los ojos.

—Han denegado la autorización —habló Roberto sin mirar a su interlocutor.

—No me digas... —respondió Juan con un resoplido. Se echó hacia atrás en el asiento.

Ambos hombres se contemplaron durante varios segundos. El guardia civil observó la férrea determinación en los ojos del oficial. Era un jodido perro de presa. No pensaba soltar la carnaza. Antes tendrían que matarlo.

—Estás como una puta cabra.

—No lo voy a perder, John, que les den a los políticos corruptos de mierda.

—Nada de lo que averigües, nada de lo que hagas, servirá de nada.

—Sabré quiénes son, estaré encima de ellos, seré su puta sombra. En algún momento harán un movimiento en falso. Siempre lo hacen. Siempre se confían. ¿Estás conmigo o te rajas?

Juan Santiago se echó a reír y se frotó las manos.

—Bastardo de mierda. Arranca. ¿Te crees que te voy a dejar a ti solo toda la diversión?

Roberto esbozó una sonrisa socarrona y arrancó el vehículo.

3

Michela, Francesca y Susana habían conseguido ponerse de acuerdo para almorzar juntas. Después de un extenso debate y varias palabras malsonantes habían acordado verse, ese miércoles 10 de octubre, en uno de los restaurantes favoritos de Francesca: Da enzo. Una coqueta *trattoria* en pleno corazón del Trastévere. Las enfermeras tomaron el tranvía desde el complejo hospitalario. Francesca llegaba con media hora de retraso sobre la hora acordada, según les explicaba por WhatsApp, debido a unas clases de última hora que se habían alargado.

A las jóvenes les sorprendió ver aparecer a Francesca Biliardi del brazo de un hombre.

Ella y Susana saboreaban un exquisito vino blanco y unos *antipasti* sentadas en la terraza del restaurante, disfrutando de unos débiles rayos de sol. A Michela se le atragantó el vino. ¿Qué hacía Francesca con ese hombre? Por amor del cielo, si podía ser su padre. El señor, que parecía abstraído en la conversación de su amiga, barrigudo, con una calva incipiente y una espesa barba entrecana usaba unas enormes gafas de pasta roja que no terminaban de encajar con el resto de su persona. Vestía pantalones bombachos.

Edward Savage era oriundo de Ottawa, aunque residía desde hacía diez años en Roma, les estaba explicando una acalorada Francesca debido al paseo hasta el restaurante. La romana se abanicó con las manos y dejó su bolso colgado de un lateral de la silla e inició las presentaciones. El hombre las saludó efusivamente en un pesado italiano. A Michela le incomodó la inspección minuciosa a la que la sometió el amigo de Francesca. Más que

mirarla, la examinaba. Ella carraspeó, bajó la vista y se concentró en los rallones azules que formaba el mantel. ¡Qué hombre grosero!

Los cuatro volvieron a tomar asiento en torno a la mesa. Michela decidió que no toleraba al canadiense.

Tras varios minutos tensos e insoportablemente incómodos en los que se dedicaron a beber vino y hablar del tiempo, Francesca rompió el hielo:

—Disculpa, Eddie, a mis amigas. —Les dedicó una mirada reprobadora—. La cuestión es que hoy teníamos reunión de chicas y las he traicionado. Por eso tienen esas caras de chupar limón. Hemos tardado mucho en acabar la clase —explicó a Michela y a Susana, para luego volver la vista y centrar su atención en su amigo canadiense—, y no me ha dado tiempo de contarles que te habías quedado tirado y pedirles permiso para invitarte a comer con nosotras. Algo que es culpa mía, no tuya.

Michela alzó una ceja y apretó los labios. Susana se hizo cargo de la disculpa.

—Por favor, Edward, no te pienses que somos unas arpías ni nada por el estilo. Estamos sorprendidas. A mí me encanta que seamos cuatro a comer. ¿Estáis saliendo o algo? —soltó de sopetón la peruana tras meterse un aceituna en la boca.

Michela se la quedó mirando con los ojos abiertos de par en par y le pegó un pisotón en el pie por debajo de la mesa. Susana ahogó un gemido y le devolvió a su compañera una mirada asesina.

—Susana, por Dios, no seas indiscreta —susurró Michela molesta.

Francesca se echó a reír y Edward Savage meneó la cabeza.

—Eddie es como mi hermano mayor, Sussie, que ves historias de amor hasta en los catálogos de deporte. Es mi compañero de Antigravity aerial Yoga.

—No pretendía ofender —añadió Susana apocada.

—¿Antigravity aerial? —intervino a su vez Michela dedicándole a Francesca una mirada irónica.

—No lo has hecho, querida —respondió Edward Savage que se sentía apenado por el rostro sonrojado de Susana—. ¿Te imaginas a un viejo carcamal disfrutando de su vida al lado de esta hermosa mujer? Mi corazón no podría soportar tanto encanto. Moriría ahogado por su belleza y mejor vamos a brindar y a charlar de temas más interesantes. —Alzó su copa de vino y exclamó—: *¡Alla Salute!* Por la vida y estas hermosas y encantadoras jóvenes. Muchas gracias por compartir la mesa con este pobre viejales. *Buon appetito*.

En ese momento se había presentado el camarero con la

comanda salvando la situación. Edward, que se descubrió como un excelente orador, se dedicó a relatarles entre bocado y bocado por qué había llegado a Roma hacía una década persiguiendo el amor. También aclaró antes de comenzar que no se trataba de ninguna historia hermosa y que, no obstante, esa trágica vivencia lo había convertido en el hombre decidido que era hoy día y por ello se sentía enormemente agradecido. Savage se había enamorado locamente en Montreal de un afamado restaurador romano, del cual no quiso dar nombre. El chef había querido expandir su fructífero negocio en el país canadiense con una cadena de restaurantes. Savage, que se había hecho un nombre como decorador de interiores en la ciudad, se puso en contacto con él a través de unos conocidos y lo ayudó a recrear, para los tres restaurantes que abrió en el pequeño distrito de Le-Plateau-Mont-Royal, el espíritu y la esencia romana. La *dolce vita* culinaria. Después de un año de furioso romance, el chef se despidió de su amante porque debía regresar a la madre patria. «He desatendido *impunemente* mis negocios de Roma, me han llamado algunos conocidos», le había explicado entonces. Pero el decorador, enamorado hasta el tuétano por primera vez en su vida, no se conformó con esa despedida descafeinada y decidió dejarlo todo y viajar hasta la capital italiana. En un principio, y superado el impacto inicial, los dos hombres vivieron pletóricos el reencuentro. Sin embargo, tras varios meses de sexo exprés, cenas a destiempo y visitas a cuentagotas, el italiano puso fin al romance. Estaba casado y su mujer le había anunciado que esperaban su cuarto hijo. Así se lo había comunicado por mensaje de móvil una tarde, dando punto final a su relación.

Las chicas expresaron su parecer. Francesca había comenzado a despotricar contra los hombres ligeros de cascos y Susana se lamentaba por los hijos de la pareja con semejante papá.

Michela no había abierto la boca. Se había dedicado a escudriñar los ojillos marrones de Edward Savage, algo velados por esas estrafalarias gafas rojas. El hombre reía, hablaba, gesticulaba y comía. Todo lo hacía con una sonrisa y un comentario amable, no obstante, Michela sabía reconocer los síntomas. Más allá de la postura fingida o el comentario banal, ambos padecían del mismo mal. Sin poder evitarlo, se solidarizó con el canadiense de Ottawa y lo compadeció. Los dos vivían suspirando por el amor perdido. En su caso particular, el dolor le parecía más punzante porque la herida se la había infligido ella misma con su absurda cabezonería. Se sentía desalentada y más deprimida cada día que pasaba porque, transcurridas dos semanas, no conseguía reponerse del maldito beso

de Roberto ni de todo lo que se habían echado a la cara. La última frase que había pronunciado sin mirarla siquiera: «Que seas muy feliz, Michela» le oprimía un punto en mitad del pecho y no le permitía olvidar, distraerse, ni hallar sosiego. Necesitaba verlo, aunque fuera para comprobar que seguía vivo. Sin embargo, él había desaparecido de la faz de la Tierra. A veces, incluso, le había dado por pensar si no lo habría soñado. Una de sus pesadillas. Otra más. En un intento desesperado por dar con él había comenzado a bucear por internet en las webs oficiales de las comisarías capitalinas. Una búsqueda baldía, ya que no había encontrado a ningún policía que respondiera al nombre de Roberto Pastriani. El siguiente paso sería llamar directamente a los teléfonos y preguntar por él. No se decidía a hacerlo. Se moría de la vergüenza.

—Hay una energía muy poderosa que te circunda, Michela —expresó de pronto Edward Savage, acomodado en la silla, mientras daba una calada a un cigarrillo y la estudiaba desde lo alto de sus gafas rojas. El humo gris se dispersó alrededor del hombre. A Michela la postura del hombre y su pinta estrafalaria le recordó al gato de Cheshire, de *Alicia en el país de las maravillas*.

—¿Perdona? —comentó Michela desorientada.

—Querido Eddie, no te molestes —intervino Francesca colocando una mano sobre el hombro de Edward—. No cree en nada de eso. Para ella son cuentos chinos.

—Que no crea no significa que no exista. Tan solo que ella no lo puede ver —matizó el hombre. Le dedicó una franca sonrisa a Michela.

—Ah, para mí esas cosas son chorradas, pero si sois felices viendo espíritus y charlando con fantasmas, por mí, ok —murmuró Michela con la vista puesta en su amiga—. Podéis quedar con Jennifer Lowe Hewitt a compartir experiencias.

—La energía es tan fuerte a tu alrededor, muchacha. Nunca lo había presenciado de esta manera tan vívida. Nada más verte lo sentí, por eso no he podido dejar de mirarte. No consigo dar con una presencia nítida, pero ahí está. A tu alrededor, protegiéndote. Será por esa pena tan grande que te pesa en el corazón.

—¡Francesca! —acusó Michela molesta y herida.

—Yo no he abierto mi boquita, así que respira y relájate, Michi. Todo lo está sintiendo Edward.

—Sintiendo…

—Todas las personas tenemos un aura, Michela —se explicó Edward que había apoyado los codos sobre la mesa—. Unas son luminosas, brillantes, nos envuelven con su cálida luz y su bondad

natural. Son almas puras que nos atraen sin remedio. Otras, en cambio, te absorben la energía, se nutren de la tuya y te debilitan hasta consumirte. La tuya ahora está apagada, sumida en un dolor muy profundo.

Michela parpadeó para ahuyentar las lágrimas y tragó saliva.

—Así es como me siento, apagada. Desconectada de todo.

—Es por el amor de su vida: Roberto Pastriani —aclaró Francesca—. Tuvieron una bronca monumental después de compartir un beso maravilloso y ella le dijo que la dejara en paz porque tenía pareja. Así hizo él. Desapareció. Por eso la tengo que sacar por ahí, para que no se me eche a morir en el sofá de su casa viendo reposiciones de *Anatomía de Grey*.

Susana, a su pesar, soltó una carcajada. Michela entrecerró los ojos.

—Nunca he visto *Anatomía de Grey*. No seas tan melodramática.

—Tonta tú, que te pierdes al doctor macizo.

—No lo necesita —intervino Susana picoteando su tiramisú—, tiene al policía macizo.

—Lo tenía —acotó la romana—. Te recuerdo que el susodicho se encuentra en paradero desconocido. De verdad, ¿no podemos averiguar dónde demonios trabaja ese hombre? Es absurdo que no podamos localizarlo. Por el amor de Dios, estamos en la era de la comunicación, en pleno 2012. Algo habrá que podamos hacer.

—Podríamos investigar en las redes sociales: Facebook, Twitter. Tiene que estar en algún lado —se entusiasmó Susana palmeando y riendo.

Michela había resoplado y se había echado hacia atrás. Que le dieran a ambas.

—Ay, sí, eso es, ¡qué buena idea has tenido, Susita! —Al hablar, meneaba la cabeza y los rizos castaños volaban en todas direcciones —. No creo que sea tan difícil dar con un puñetero policía en esta ciudad.

—Menudo par —comentó Savage—. Que tiemble el mundo.

Francesca se mordió entonces el labio y se inclinó hacia adelante para compartir alguna confidencia. Michela la observó y vio la expresión arrepentida en los ojos oscuros de su amiga y cómo esa sonrisa juguetona moría en sus labios. Le devolvió una mirada extrañada y la estudió con inquietud. ¡Qué había hecho esa mujer ahora!

—Ay, por favor, no me mates. Le conté a Edward lo de tus visiones.

Susana abrió unos ojos como platos y exclamó asombrada

girándose en la silla.

—¿Visiones? ¡Tú has tenido visiones! ¿Y no me has dicho nada?

—Sí, y era una confidencia —rumió entre dientes la aludida, cuyos ojos se habían convertido en teas ardientes enfocados sobre su amiga—. Muchas gracias, Fra. En serio, muy confiable tú.

—Por favor, no te pienses que lo conté por el chisme. Jamás haría eso. Pero Edward conoce a fondo el tema de la hipnosis y de las regresiones. Podría esclarecer nuestras lagunas.

Michela se desesperó y elevó el tono de voz.

—¡Francesca! No hay lagunas que esclarecer. Es un tema ridículo. Además, no he vuelto a tener ninguna.

Omitió un enorme *gracias a Dios*.

—Os lo ruego, no quiero levantar polémica alguna. Por favor, encantadora Michela, no quiero hacerte sentir mal —comentó Edward Savage en voz baja.

Michela se cruzó de brazos, miró de reojo a Francesca, y se dedicó a meditar el tema varios segundos.

—Solo por curiosidad, ¿qué piensas? —preguntó posando sus ojos grises sobre el enigmático señor Savage. La mortificaba la manera en la que se expresaba ese hombre. Con tanta pompa y grandilocuencia.

Francesca esbozó una sonrisita de suficiencia y se repantigó en la silla.

—¿Alguna vez has oído hablar sobre la transmigración de las almas? ¿Crees en la reencarnación?

—Algo, y no —replicó de forma sucinta sin abandonar su postura de brazos cruzados y le dedicó una mirada obsecuente a Francesca que se limitó a sonreírle.

—Verás, —Savage apretó el hombro de su amiga— Fra y yo lo hemos hablado en alguna ocasión y ambos compartimos creencias similares al respecto. Cada ser renace después de morir y, esto es importante, no solo renace, sino que también lo hace en un estado de conciencia determinado, los llamados reinos del samsara, en fin, no te quiero liar más de lo necesario, intentaré sintetizar al máximo. El ser humano está sujeto al samsara, a sus reinos...

—Eso sí que se lo he explicado —intervino Francesca y la miró alzando las cejas en busca de una confirmación.

Michela se encogió de hombros.

—Fra, apenas recuerdo algo de todo lo que me contaste.

Biliardi bufó, tomó su copa de vino y sorbió.

—No puedo con esta mujer, de verdad que no puedo.

—A ver —continuó Edward—, decía que el ser humano está

sujeto al samsara. El samsara es una especie de rueda de reencarnaciones generada por nuestros propios karmas.

—Me hace recordar a una ruleta rusa, nos acabo de imaginar a todos dando vueltas y vueltas a ver dónde caemos —comentó Susana divertida mientras se tragaba una aceituna.

Edward asintió.

—En cierta manera, Susana, funciona así, solo que no es la suerte la que nos guía, sino nuestras propias acciones en esta vida. Tú generas tu propio karma, y en el momento de renacer lo harás en un reino concreto y en un determinado estado de conciencia en función del karma acumulado en tu vida pasada. Pues bien, tenemos la posibilidad, a través de esas reencarnaciones, de renacer bien en reinos superiores o, incluso, iluminados, y así lograr salir del samsara y alcanzar el Nirvana, o seguir dando vueltas y más vueltas por los reinos inferiores. ¿Has oído hablar de Brian Weiss?

Michela suspiró.

—No, tampoco.

—Bueno el doctor Brian Weiss es un eminente psiquiatra estadounidense. Un hombre muy controvertido por sus opiniones. Cree y defiende, fervientemente, la reencarnación de las almas. Reencarnación que demuestra a través de las regresiones realizadas a miles de pacientes a lo largo de sus años de profesión. —Conforme le explicaba, a Michela le sorprendió descubrir cómo se le iluminaba el semblante al compañero de yoga de Francesca. La voz tornaba más cantarina y los ojillos le brillaban con entusiasmo—. Según Weiss, somos seres inmortales gracias a nuestra energía, que como bien sabes, no se crea ni se destruye: solo se transforma —corearon todos. El hombre aprovechó la interrupción del camarero que retiró los platos para encenderse otro cigarro—. Como seres inmortales —continuó después de dar una primera calada— anclados por nuestra alma imperecedera, estamos conectados con aquellas otras almas que nos encantan. Nuestras almas gemelas.

—¿Y las personas que están solas en el mundo? —inquirió Michela con suspicacia.

—También esa es una enseñanza, o una cuenta pendiente. De cualquier forma, algunas personas tienen auras debilitadas, depresivas. Sus almas permanecen ciegas, dormidas a la vida. Deberán evolucionar en sus diferentes vidas.

—Evolucionar…

—Comprendo tus recelos. Cuando no se está conectado con el aspecto espiritual de tu propia existencia y no se es capaz de ver la interrelación, es difícil de aceptar.

—¿Interrelación?

—De todos a tu alrededor, ángel. Dime, Michela, ¿jamás en tu vida has tenido esa extraña sensación de acabar de encontrarte con alguien y, al mismo tiempo, sentir que lo conoces desde siempre? ¿Que estáis conectados de una manera imposible de explicar desde un punto de vista racional? O, por el contrario, sin conocer a alguien, ¿experimentas un rechazo tan visceral que te repugna estar cerca de esa persona? Y bueno, en tu caso particular, ¿cómo explicas tus visiones?

«Sí, lo he sentido. Exactamente, así como lo has explicado», le hubiera respondido de no ser tan cobarde. Desde que sus ojos se encontraron con los ojos de Roberto Pastriani, su mundo se había tambaleado. No, se le había caído encima, y la había aplastado. No había logrado reponerse e iba de mal en peor. En cambio, se removió incómoda en el asiento y carraspeó antes de soltar la primera estupidez que le cruzó la mente.

—Visión. Solo una. No la explico. Ocurrió y ya —expresó en tono de voz plano.

—Nada ocurre porque sí.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Michela Hauffman! —se cabreó Francesca inclinándose hacia adelante con las manos extendidas sobre el mantel azul—. Viste a un hombre apuñalando a otro con una espada antigua y no eres capaz de preguntarte ¿cómo es eso posible? ¿Y por qué te ocurrió a ti justo en ese preciso momento?

—¿Esa es la visión que tuviste? —musitó asombrada Susana.

—La explicación —comenzó Michela ignorando la pregunta de Susana— es que Roberto me daba muchísimo miedo por ese entonces y mi mente completamente aterrorizada conjuró esa imagen. La habré sacado de alguna película o..., yo qué sé, de alguna novela.

Francesca alzó la mano en un gesto de exasperación, bufó y se echó hacia atrás en la silla, ignorándola.

—Es cierto que tu mente conjuró esa imagen mientras estabas despierta, eso no se duda porque tú lo viviste —las interrumpió Edward que, cruzado de brazos, había estado escuchándolas con atención—. La cuestión supongo que es... ¿de cuáles de tus vidas pasadas ha tomado tu mente esa imagen que eligió ese preciso momento para advertirte? Los sueños suelen ser el cauce habitual para desahogar miedos conscientes. Según me explicó Francesca y, perdona que analice tu caso particular, tuviste esa visión en una situación de mucho estrés. Ese hombre, Roberto, te estaba acosando y tú de pronto viste esa otra mano apuñalando a alguien, y le

confiaste a Francesca que sabías que esa mano era la de Roberto.

—¿Cómo se puede saber que es la mano de una persona cuando es, en realidad, la mano de otro? —preguntó Susana perpleja.

—Te contestaría, Susana, que lo normal es que los sueños se nos presenten en forma de parábolas. Nuestra casa nunca es nuestra casa, aun cuando sabemos que estamos en la nuestra. Sin embargo, en este caso, creo que Michela estaba en contacto de una forma vívida con la vida pasada de Roberto.

—Oh, por favor, todo es tan romántico —intervino Susana con ojillos brillantes—. Me encantaría que Roberto y tú terminarais juntos. Qué historia más fascinante. Un alma gemela, vidas pasadas. Si lo viste apuñalando a alguien con una espada, tuvo que ser algún tipo de guerrero o soldado, ¿no? La verdad es que le pega.

—Yo también creo que Roberto y Michela son almas gemelas que se han reencontrado —exclamó Francesca, emocionada, juntando las manos en el pecho—. Ah, todo resulta tan bonito que babeo.

—¿Podemos, por favor, dejar de hablar de Roberto Pastriani? —El tono molesto y cortante de Michela enmudeció a las mujeres—. Ya no tiene caso hablar de nada de todo eso. Él no está y probablemente no lo vuelva a ver en lo que me queda de vida —explicaba Michela nerviosa con voz desafinada—. No somos almas gemelas y no soy un jodido caso para que nadie me psicoanalice, ¿está claro? Así que esta conversación no lleva a ninguna parte y es ridícula.

Antes de terminar la frase ya se había levantado, había tironeado de su bolso para sacarlo de la silla y retrocedido varios pasos.

—Lo siento, disculpadme, necesito un poco de aire. Después arreglamos la cuenta.

Se alejó caminando calle abajo esquivando varias motocicletas y viandantes que venían en dirección contraria.

Ya era noche cerrada cuando Michela llegó a casa. Se había pasado el día deambulando por ahí, meditando y reflexionando. Se avergonzaba del ridículo exabrupto que había montado durante la comida. Para colmo de males, había estallado delante de ese hombre, que debía pensar de ella que no era más que una niñita desequilibrada. La realidad es que la situación la había desbordado. No habían parado de mencionar a Roberto, una y otra vez. Francesca, Susana y el propio Edward Savage hablaban de él como si tal cosa, con una ligereza que la destrozaba por dentro. Como quien habla del tiempo o de la situación política del país. Y para

ella su nombre era mucho más que un nombre. Era algo tan inconmensurable, tan inabarcable que la anulaba y la sumía en un caos de sentimientos que no era capaz de digerir. Para Michela esas dos palabras: Roberto Pastriani significaban la vida misma. Sin él se encontraba apagada, como le había dicho Edward Savage. Apoltronada en el sofá de su casa, agarró el móvil y buscó entre sus contactos el teléfono de Francesca. Su amiga respondió al tercer timbrazo.

—Hola, Fra, perdóname, amiga. No estoy muy cuerda últimamente, por favor, discúlpame con tu amigo. Ay, pobre Susana, ahí la dejé también tirada. También la llamaré.

Antes de terminar la frase ya se había echado a llorar.

—No, perdónanos tú, por favor. Sé que este tema te trastorna, te inquieta y te roba la calma y yo, tu mejor amiga, lo traté con falta de tacto, en un tono de burla. No llores por mi culpa, Michi. Edward luego nos lo hizo ver. Susana también se sentía fatal. Por favor, perdóname, amiga. Sabes que te adoro con locura y que sufro mucho al verte así, quisiera ayudarte. A veces creo que sería capaz de acogotar a Roberto Pastriani por hacerte sufrir de esta manera.

—Bah, ya da igual. Debo pasar página. El único nexo que teníamos en común era Lukas.

Ya no estoy con Lukas, así que...

—¿Es definitivo?

—¿Crees que había otra posibilidad, sintiendo lo que siento? —le explicó mientras se restregaba la nariz.

—No, pero entonces, ¿hablaste con Lukas?

—Sí, fue muy duro. En fin, tenía que hacerlo. Quedamos como amigos.

—Sí, era lo mejor. ¿Amigos? Eso no suele terminar bien.

—No tenía corazón para ser tajante, además, aprecio tanto a Lukas... lo quiero mucho.

—Lo sé, lo sé. ¿Tienes guardia en el hospital?

—Mañana, pero libro el finde.

—Podríamos hacer algo.

—Sí, por favor, no quiero estar en casa otro fin de semana más. Me voy a volver loca.

—Hecho, ya le doy vueltas a ver qué se me ocurre... ¿Se lo decimos a Susana?

—Trabaja.

—Putada.

—Hablamos en otro momento, necesito descansar algo.

—Te quiero, amor.

—Y yo, gracias por todo, Frannie.

Colgó, dejó el móvil a un lado y se dirigió al baño para comenzar con la tediosa rutina nocturna. Mientras se lavaba los dientes volvió a sonar el dichoso aparatito electrónico. Ignorando la irritante melodía, lo dejó sonar. Cuando acabó de echarse encima el arsenal de hidratantes, cremas y tónicos, le echó un ojo a la llamada. Arrugó el ceño. ¿Flora Sabonis? Ay, Dios mío. Ya se había enterado de su ruptura con Lukas y llamaba para reclamarla o, peor aún, para compadecerla. Meditaba si responder o no y volvió a sonar su teléfono. Sí que insistía la niña. Con manos temblorosas, respondió.

—¿Flora? Hola, cielo, ¿qué te cuentas?

—Tengo una crisis de proporciones épicas, Michela. No sabía a quién llamar, no conozco a mucha gente en esta ciudad.

Estaba ella para lidiar con crisis ajenas. Si apenas levantaba cabeza de la suya propia.

—¿Qué ha ocurrido?

—Soy un poco bocazas y comenté con algunos amigos de la facultad que iba a dar una fiesta en casa. Ahora tengo miedo de que no venga nadie. ¿Podrías venir? Si quieres trae a alguien. Por supuesto a Lukas, también se lo puedes decir a alguna amiga. Todavía no he hablado con el carca de mi primito, ya lo haré. ¿Vendrás, por favor? Es este sábado. Nos lo pasaremos genial. Música, copas, comida. Pura diversión.

Michela se llevó la mano a la cara y se la restregó. Cerró los ojos y tomó aire, lentamente.

—Flora, verás. Lukas y yo no estamos juntos.

—¡Cóóóómo! —El grito de la joven la obligó a apartar el aparato de su oído, si pretendía conservar intacto su tímpano—. Pero si sois la pareja ideal. Amo veros juntos. ¡Sois lo más!

—Bueno, cosas que pasan.

—Entonces, no te vienes, ¿no?

Y en ese momento tomó una decisión que sabía que le pesaría, no obstante, la pillaba harta de todo, aburrida de sufrir y muy cansada para dar mayores explicaciones.

—De acuerdo, iré. Se lo diré a una amiga, Francesca, ¿la recuerdas de la fiesta en casa de Lukas? Me apetece ir a una fiesta universitaria, hace mucho que no asisto a ninguna. —Concretamente desde que había dejado la universidad. Pasó por alto que siempre había odiado ese tipo de fiestas—. Háblalo con Lukas. No me importaría verlo.

—Hecho. Ah, eres la mejor, te quiero, Michi. Gracias, gracias,

gracias. —La alegría traspasaba la línea de teléfono y logró hacerla sonreír. Se alegró de hacer feliz a alguien con esa nimiedad—. Buenas noches y que descanses. Ya me cuentas lo de mi primo, si te apetece, claro.

—Buenas noches, Flora.

***

Roberto se presentó en la caserma «Capitano Orlando de Tomasso», el viernes 12 de octubre a primera hora de la mañana. Lo habían citado para presentarse ante el general del Arma, Raffaelle Dalla Chiesa. Lo más probable es que lo expedientaran. Dalla Chiesa disfrutaría tirándole de las orejas. Se temía lo peor. En fin, a lo hecho, pecho. Estaba orgulloso del trabajo realizado, de la información de la que disponían y de haberse topado con Juan Santiago Ruano. Menudo espécimen ese guardia civil español. El teniente saludó al *carabiniere* del puesto de control y accedió al recinto militar en uno de los vehículos oficiales del Arma: un Alfa Romeo por el que, además, sentía una especial debilidad. Dejó estacionado el vehículo cerca del acceso a las oficinas principales de la comandancia. Se cruzó con varios compañeros y algunos estudiantes de la escuela de *carabinieri*, que al reconocerlo se cuadraron y lo saludaron. Devolvió el saludo y atravesó un edificio anexo de oficinas. Salió al patio de armas, alzó la vista y usó su mano de visera para apreciar la hermosa fachada de piedra amarilla del complejo y su entrada flanqueada por frondosos pinos romanos. La bandera tricolor hondeaba furiosa desde la balconada bajo el viento mistral que arrastraba el Lungotevere. Tomó aire y sintió la caricia del viento y el aroma dulzón de Roma. Se sintió feliz por estar nuevamente en casa. Con todo el caos que componía esa ciudad hermética y laberíntica, con todo lo que había padecido él en ese país, amaba esa tierra. Qué egoísta era Roma, se dijo de repente rememorando los párrafos de una vieja novela, pues todo lo tenía y todo lo abarcaba. Eterna, inmortal, a veces inaccesible. No era posible resistirse a la sensualidad de su cielo, al sabor añejo que desprendía cada piedra polvorienta de sus calles. En su fuero interno, Roberto jamás se había sentido ciudadano inglés. Él siempre pertenecería a esa tierra sangrienta y salvaje. Caminó por un largo pasillo, donde se topó con algunos oficiales que lo

palmearon y le estrecharon las manos. Roberto, con la cabeza en otras cosas, avanzaba sin prestar demasiada atención a su entorno y pisaba sus mocasines Scarpe di bianco con contundencia sobre el suelo de cerámica. Viró en una esquina y se adentró en la antesala del despacho del general del Arma. Lo hicieron esperar de pie quince minutos. Finalmente, un *carabiniere* lo condujo al despacho.

—Vaya, aquí tenemos por fin a nuestro teniente rebelde. ¡Qué! Cuéntame. ¿Cómo ha estado la experiencia, James Dean? —expresó el general con ese vozarrón imperativo e irónico tan característico del hombre.

Raffaelle Dalla Chiesa —ataviado con su uniforme, cuyo reluciente color negro resaltaba la mata de pelo blanco espeso y voluminoso— aguardaba de pie con el torso inclinado y las manos abiertas apoyadas sobre la mesa de su despacho. Lo estudiaba con una mirada de ojos entrecerrados e inquisidores. La luz tenue de la mañana se reflejaba desde las cristaleras a sus espaldas, enmarcando su silueta en un haz de luz. Más que un militar, parecía un furioso sacerdote dispuesto a enviar a unos cuantos infieles a la hoguera.

—Mi señor general —lo saludó cuadrando los hombros y de forma oficial el teniente Pastriani.

—Ha desobedecido las órdenes de su comandante, *tenente*.

—Sí, mi señor general.

—Aquí tengo el dichoso informe —explicó alzando la carpeta que Roberto le había hecho llegar el día anterior con toda la información pormenorizada de lo que habían recabado en sus días en Ámsterdam—. ¿Qué narices quieres que haga con esto?

—Lo que crea conveniente, mi señor general.

—¿Y qué crees tú qué debo hacer contigo?

Pastriani se mantuvo en silencio con la mirada fija en el general del Arma.

—¿Quién cojones te crees? ¿El maldito *Capitano Ultimo*? Menudo grupito te has hecho —dijo el hombre al tiempo que manoteaba varios papeles desplegados sobre su escritorio—. El brigadier Girolamo Mori, que por mucho apellido encopetado, tiene su expediente plagado de faltas. Luego ese tal Aldo Pecorelli, ¡que escribe poemas! Por los clavos de Cristo. ¡Poemas! ¿Estamos en el ejército o en un jodido taller literario? Porque a lo mejor soy yo el que no está ubicado.

—También maneja como nadie cualquier fusil de asalto, mi señor general.

—Todo un alivio que el poeta sepa manejar un arma. Le hará

falta si lo destinamos al Reggio. Gracias por la información, teniente, ahora podré dormir mejor por las noches. De Marco Stamile —continuó el general releyendo por encima los papeles— no puedo decir nada, pero todo se andará, y los demás... En fin.

—El *mariscialle* Stamile se destacó en sus días en la Academia en Velletri. Es experto en el manejo de la telemática y las nuevas comunicaciones. Lo que ese hombre puede hacer con un micro y un ordenador es una obra de arte. Mori quizás no tenga un gran desempeño como policía, pero se maneja con soltura dentro de cualquier vehículo con dos o cuatro ruedas. Puede transformar una simple furgoneta en una completa industria del espionaje. Pietro y Paolo Pino —continuó Roberto refiriéndose a los otros dos miembros de su unidad— son igual que sombras en la noche, mi general. Son fantasmas. Sus méritos están probados por sus años de servicio. Imprescindibles para este tipo de misiones en las que debemos ser invisibles.

—Ya, ya... Está bien —farfulló el hombre haciéndole un gesto con la mano para que se mantuviera callado—. Sí, me queda muy claro que los tienes en alta estima. Escúchame bien, Bracconiere, esta será la última que te deje pasar —sentenció apuntándolo con un dedo—. No habrá próxima vez. ¿He hablado con suficiente claridad?

Roberto cuadró los hombros y elevó la cabeza. Sonrió para sí al recordar su conversación con Mori el día que ambos habían irrumpido en el piso franco donde tenían retenida a Inés Soto.

—Meridiana, mi señor general —dijo el teniente con la voz firme.

—Largo.

—*Grazie*, mi señor general.

—Fuera de aquí, *tenente* —ordenó el hombre alargando el brazo.

Una vez que Roberto abandonó el despacho del oficial del Arma, Dalla Chiesa tomó asiento delante de su escritorio y se echó a reír sacudiendo la cabeza. Jodido Pastriani. Sostuvo en alto la carpeta con el informe que había tenido que leer dos veces la noche anterior y adoptó una expresión seria. Se atusó el bigote y se acarició los labios. Durante un tiempo no hizo más que observar la figura de la Virgen que su mujer había mandado colocar en su despacho años atrás. Menuda bomba de relojería tenía entre las manos. Si esa información veía la luz, se armaría la de Dios en Cristo. Los periódicos se matarían por tener la primicia de una noticia como esa. Mención aparte, estaba el hecho de que había sido obtenida de forma ilegal. No pensaba dejar que nadie estuviera al tanto de esa

investigación, por ahora. Necesitaba pruebas. Pastriani se encargaría. Esos papeles se irían a su casa. Directos a su caja fuerte.

4

Cuando Michela Hauffman revisó su aspecto de cuerpo entero en el espejo de su dormitorio, le había parecido que el conjunto que había elegido para esa noche —una falda plisada en tonos verde, de las que llamaban *midi*, combinada con una camiseta gris de cuello redondo y manga corta, con un logo que rezaba: *I'm limited edition* en letras enormes, y unas bailarinas brillantes de color gris— era perfecto para una fiesta de erasmus en el piso de una estudiante universitaria. Antes de salir de casa, había completado su *look casual* con una cazadora vaquera y una pequeña bandolera de piel.

La impresión se dio de bruces con la realidad. Una vez que Flora les abrió la puerta de su *loft*, Michela contempló atónita la vestimenta de la prima de Lukas que, sin mediar palabra, chilló al verlos y se lanzó a enterrar a Michela en un abrazo de oso.

—No te haces una idea de lo emocionada que estoy porque hayáis venido. ¡Esto es lo más!

Michela no salía de su asombro. Flora estaba imponente. Enfundada en un sugerente mono minifaldero de lentejuelas con manga hueca, un escote de vértigo, que mostraba todo un recorrido de tersa piel hasta el ombligo, y el cabello peinado en hermosas ondas castañas quitaban el aliento. Abrió mucho los ojos al descubrirle los pies enfundados en unas espectaculares sandalias de plataforma anudada al tobillo de Jimmy Choo. ¿Flora tenía unos Jimmy Choo?

Deprimida, miró hacia abajo y contempló sus pobres bailarinas de saldo. Definitivamente, no estaba nada puesta en moda femenina universitaria.

—Gracias por haber invitado a algunos de tus amigos, Lukas

—se dirigió a su primo—. Son geniales. En un principio pensé que seríamos unos pocos, pero al final hay muchísima gente. Mi clase entera ha venido, ¿os lo podéis creer? —comentó la joven excitada sin parar de gesticular con las manos. Volteó en dirección a Michela y le guiñó un ojo—. Francesca ya llegó. Está pegada a la mesa de *sushi*.

—¿Hay una mesa de *sushi*? —se pasmó Michela.

Pues sí que habían evolucionado las cosas desde que ella había estudiado en la universidad.

Michela estudiaba la expresión de Lukas y atendía a las palabras de Flora. Había estado dudando todo el día y la conciencia no dejaba de atosigarla mientras se dedicaba a intercambiar mensajes con Lukas. No estaba segura de estar obrando con sensatez. Flora había convencido a Lukas para asistir a la fiesta y Lukas la había convencido a ella para acudir juntos. ¿Era correcto asistir a una fiesta con tu ex, siendo la ruptura tan reciente? ¿Pensaría Lukas que ellos aún tenían algún tipo de futuro como pareja? ¿Le estaría mandando las señales equivocadas?

—Sí, amo la comida japonesa. Es lo más. También hay sándwiches variados, embutidos, queso. Por supuesto, mucho alcohol. Y, Lukas... —tomó el brazo de su primo al tiempo que les hacía señas para que entraran en el apartamento. Una vez dentro, cerró la puerta con el golpe seco de uno de sus tacones. El efecto fue asombroso. Lukas la observaba con el gesto serio. Con total seguridad, también estaría alucinando con ese atuendo que haría palidecer a la mismísima Nikita—, sé bueno y no le digas nada a mi madre, y gracias por todo, *grazie mille* —le dijo ella en tono confidente—. Os tengo que contar que Lucianna ha venido colgada de un portento de hombre. —Hizo una pausa dramática y abrió mucho los ojos—. El Hombre. Roberto se llama. Estamos todas que nos morimos. ¿Sabéis si es modelo? ¿Es cierto que lo conoces? —preguntó la joven escrutando con intensidad el rostro serio de su primo—. Estábamos debatiéndolo en la cocina. O es actor o modelo. Está demasiado bueno para dedicarse a cualquier otra cosa.

A Michela se le cayó el alma a los pies.

«¡Es un jodido policía!», quiso gritarle. ¿Y ese hombre, después de dos semanas sin dar señales de vida, tenía que aparecer en la fiesta que daba la prima de Lukas con otra mujer? ¿Por qué? ¿Qué clase de falta imperdonable tenía ella que purgar? Roberto y Lucianna juntos. ¿Esos dos cuándo se habían visto? Bah, a la mierda. Esto ya rozaba lo absurdo. Estas cosas solo le podían pasar a ella. Su vida se había convertido en un folletín de telenovela.

Nerviosa, y con la sensación de que él podría estar acechándola desde cualquier oscuro rincón, hizo un barrido general por toda la estancia. El piso de planta rectangular era amplio, sin paredes que entorpecieran el espacio y apenas unos muebles diseminados por la estancia. Con una sencilla decoración minimalista y unas preciosas lámparas estilo industrial, que estaban muy de moda, la casa resultaba acogedora. Algunos pósteres de películas y bandas de rock punteras adornaban las paredes. Un amplio sofá curvo servía de separación para la zona del comedor donde divisó a Francesca que se estaba llevando un *niguiri* de salmón a la boca en ese momento. Su amiga también la vio, la saludó con un gesto de cabeza y, con la boca llena, alzó las cejas y le hizo señas. Los ojos de Fra volaron hasta un ventanal acristalado que daba a una pequeña terraza. Y sí, ¡cómo no!, allí estaba él. Sonriente. Enfundado en un elegante traje de chaqueta oscuro sin corbata, y una copa en la mano. Hablaba con una joven que se lo comía con los ojos. Roberto iba vestido acorde al resto de estudiantes. ¿Qué le ocurría al mundo? ¿También había un estúpido código de etiqueta para asistir a una puñetera fiesta de universitarios?

—¿Te apetece algo en especial para beber? —le preguntó Lukas.

Michela, con el corazón a punto de salírsele por la boca, se volvió en su dirección y se encogió de hombros. ¿Beber? Sí, que alguien le dejara una botella de tinto. Se la pensaba ventilar de una tacada.

—Yo me voy a buscar un *gin-tonic*. Por Dios, ¿pero tú te has fijado en cómo van vestidas estas niñas? ¿Y Flora? ¡Dulce María! Y mi madre preocupada por *la niña*, porque esta ciudad es un nido de depravación. ¡A ver qué le digo yo ahora! —comentó alzando las manos, fastidiado.

—Dile que estamos en el siglo veintiuno y no en la Edad Media, Lukas. Las mujeres nos acostamos con hombres antes de tener la jodida bendición de la Iglesia católica. Bebemos alcohol y utilizamos píldoras anticonceptivas. La depravación ya no es patrimonio exclusivo de los hombres.

—Tú quieres que le dé un infarto a la pobre mujer. Mi madre es una católica a ultranza.

—Pues entonces, miéntele —sentenció Michela con aire indiferente.

—Eso haré.

—Y eso es lo que siempre consiguen los católicos radicales.

—¿Mentiras?

—Y seguir viviendo en la inopia.

Lukas se echó a reír y partió en busca de su *gin-tonic*.

Michela, como la cobarde que Roberto le había echado en cara que era, salió disparada a la mesa de comida japonesa. Cuando llegó hasta donde aguardaba su amiga, se saludaron con un beso en la mejilla. Francesca la tomó de los hombros y la giró de cara a la pared, en sentido contrario a la ventana. Le metió un *maki california* empapado de soja en la boca.

—No mires, pero ya te vio. También a Lukas. Y daba un poco de miedo la mirada que le echó a tu ex. Está mirando hacia aquí. Tú hazte la loca y ríete.

Michela masticó, lenta y pausadamente. Esta vez tenía que comportarse como un ser humano racional. Solo es un hombre. Ya está. Nada especial. Había miles deambulando por las calles.

—¿Por qué me voy a reír, Fra? —preguntó ella después de tragarse el *maki*. Hacía verdaderos esfuerzos para no girar el cuello y espiar en la dirección en la que antes lo había visto.

—Yo qué sé, es lo que hacen en las pelis. A los novios siempre les pone muy celosos.

—Francesca, en serio, déjalo. No ayudas. Además, no quiero ponerlo celoso.

—Ay, Dios.

A Michela se le hizo un nudo en el estómago y se le cerró la garganta.

—Por favor, dime que no viene hacia aquí —murmuró con un hilo de voz. Aunque deseaba con todas sus fuerzas que él la buscara.

—No, peor.

—¿Peor?

—Una rubia acaba de colgarse de su brazo y le está dando besitos en la mejilla. Esos dos están liados. Te lo digo yo.

«Lucianna Petra».

La emoción, los nervios y las ganas que había sentido Michela por saberlo tan cerca, todo se le borró de un plumazo, como si alguien acabara de asestarle un puñetazo en mitad del estómago y la hubiera noqueado antes, sin siquiera haber tenido tiempo de subir al *ring*. *Game over*, repetía su cerebro, una y otra vez. Quiso morirse allí mismo. Así de golpe, que se abriera un agujero en esa preciosa tarima flotante y la tragara.

—Bueno, pues que siga con su rubia. Que la devore si le da la gana. Ay, por favor, vamos a otra zona. No quiero verlo. O mejor, vámonos de aquí.

—Vamos a la cocina, anda. Tranquila, ya verás que todo se arregla.

—Fra, no hay nada que arreglar.

—¿No decías que querías disculparte? Pues aprovecha.

—Estás loca, ¿aquí?

—Sí, aquí, ¿por qué no?

—Está con otra.

—Es Roberto Pastriani. Ese hombre le da una patada a una piedra y se le cuelga un enjambre de *top models*. Si esperas a que esté solito, te conviertes en esqueleto. Venga, a la cocina.

Michela razonó un tiempo después —mientras escuchaba lo último de Rihanna, sorbía vino tinto y mordisqueaba un trozo de queso parmesano— que, hasta esa noche, ella había considerado a Roberto Pastriani como algo suyo, con todo el tumulto ingobernable de sensaciones que le generaba, los malos momentos que habían compartido y las cosas terribles que se habían echado en cara. Daba igual Lukas o que lo suyo hubiera sido imposible desde el principio. Tampoco había importado el miedo irracional que siempre le había provocado. En su cabeza y en su corazón él siempre le había pertenecido. De un modo quizás oscuro y secretamente prohibido, oculto entre las sombras de su alma. Y esa noche había despertado, de golpe y porrazo, a la realidad.

Él nunca había sido suyo, para empezar. Y ahora se paseaba del brazo de otra. Comprender que ese hombre, que había formado una parte intrínseca de sí misma desde el mismo instante en que había puesto sus ojos en él, ya no le pertenecía y que no tenía derecho a soñarlo, pensarlo ni desearlo porque otra ostentaba ese privilegio, le desgarró el corazón. Los ojos se le inundaron de lágrimas y tuvo que esconder la cara en su hombro, tragar un poco de vino y respirar para bajar el nudo que se le había alojado en mitad de la garganta.

Dios, se quería largar de allí. Ya.

Francesca había desaparecido hacía rato, seguramente estaría plantada en la mesa de *sushis*, la muy traidora la abandonaba en el peor momento. Michela, de pie a un lado de la barra de la cocina, estaba cansada de fingir sonrisas y gastar energías en conversaciones banales. La aturullaba ese gentío. Dejó la copa de vino sobre la repisa metálica del fregadero y salió de la cocina. Miró el pequeño reloj que había colgado en la pared del pasillo. Las diez y cuarto. Tenía que buscar a Lukas para avisarle de que se iba. No quería seguir allí ni un minuto más. Temía el momento en que se topara con Roberto y lo descubriera abrazado con Lucianna o, más grave aún, fundidos en un beso apasionado. No podía ver eso. ¿Dónde se había metido Lukas?

Cuando iba entrando al salón, se encontró con los ojos marrones

de Lucianna que nada más verla le dedicó una sonrisa luminosa.

—Hola, Michela. ¿Has visto a Roberto? ¿Está con Lukas?

Tuvieron que hacerse a un lado y pegarse a la pared porque la gente no paraba de entrar y salir y chocaba con ellas.

—¿Perdona?

—Ay, querida, discúlpame. ¡Qué malcriada soy! Empiezo de nuevo. Hola, Michela, ¿cómo estás?

—Bien, supongo, ¿y tú? —recitó ella de carrerilla.

Lucianna se echó a reír.

Michela se preguntó entonces qué sería lo que atraía a Pastriani de ella. ¿Su sonrisa ancha y luminosa? Elevó los ojos. ¿O su melena? Larga, con bucles pesados y de un rubio cegador. Ella, por el contrario, tenía un pelo negro ondulado, simplón y sin gracia. Se fijó entonces en los ojos de la mujer. Quizás a Roberto le gustaban esos ojos ambarinos de una tonalidad similar a la miel, juguetones y traviesos.

Comprendía que era pueril y ridículo pillarle ojeriza a esa mujer, no obstante, lo hacía.

—Estás muy linda esta noche y qué graciosa tu camiseta —comentó Lucianna, divertida—. Me gusta. ¿Por algún casual has visto a Roberto?

—¿Roberto?

Lucianna alzó una ceja y se la quedó mirando como si ella acabara de preguntar una soberana estupidez.

—Sí, Roberto Pastriani, el amigo de tu novio.

Vaya, así que ya se sabía el apellido. Se preguntó si su rostro reflejaría la profunda desazón que estaba experimentando en ese preciso momento.

—Antes lo vi frente a la terraza.

—Ya no está allí y no lo encuentro. ¡Hombres! Son lo que no hay. Por cierto... —la tomó del brazo y se acercó a ella—, que quede entre nosotras, pero te confirmo que no lo encuentro para nada pedante. Uf, es una bestia en la cama.

Michela palideció y comenzó a boquear. Le empezaron a temblar las manos y tuvo que parpadear, repetidamente, para ahuyentar las lágrimas. No, por favor, no podía llorar en frente de esta mujer. La impresión de lo que acababa de decirle la afectó de tal manera que por varios segundos no pudo respirar.

—Ay, lo siento, he sido demasiado indiscreta. Discúlpame. No quería ofenderte. Cariño, te has quedado blanca como el papel. ¿Te encuentras bien? Mejor voy en busca de Lukas. Apóyate aquí, lo siento. Si localizo a Lukas, te lo mando.

Michela se apoyó en la pared, sosteniéndose con las palmas de las manos abiertas. Cerró los ojos y deseó contar con una varita mágica que la hiciera desaparecer de ese horrible lugar.

Media hora más tarde, deambulaba sin rumbo por el atestado salón del *loft* de Flora. Ofuscada y celosa, procuraba no tropezar con nadie, huyendo de Lucianna y Roberto. Se sentía exasperada de todos los rostros alegres que pasaban de largo y de las conversaciones en alta voz cuando sonaron los primeros acordes de una canción que hacía muchísimos años que no escuchaba y, al igual que le había ocurrido aquella primera vez con apenas dieciséis años, la voz de Sting le revolvió las entrañas y le aceleró las pulsaciones. Le extrañó que compartiera gustos musicales con Flora Sabonis. Parecía más del tipo de chica que alucinaba con lo último de Taylor Swift.

Las notas rítmicas y hechizantes del tema *A Thousand Years* la llevaron a mecer la cabeza. Cerró los ojos, embebida con la letra de la canción, con cada sílaba de esa voz legendaria, aguda e hipnótica del antiguo bajista de The Police...

Mil años, mil más,
Mil veces, un millón de puertas a la eternidad.
Pude haber vivido mil vidas, mil veces.
Una escalera interminable que sube en espiral hasta una torre de almas.
Si esto llevara otros mil años, mil guerras,
las torres se elevarían en incontables pisos hacia el espacio.
Yo podría derramar otro millón de lágrimas, un millón de alientos.
Un millón de nombres, pero solo una verdad que enfrentar.

Abrió los ojos y parpadeó confundida. ¿Qué tenía esa canción que la trastornaba? Había olvidado dónde estaba. Musitó en voz baja, como si se tratara de una letanía la última frase: «*But only one truth to face*».

Giró apenas la cabeza y el estómago le dio un vuelco. Roberto Pastriani, al otro lado de la habitación, la contemplaba con una expresión tan fiera y penetrante que durante varios segundos su corazón dejó de latir y los ojos se le inundaron de lágrimas.

Y Sting continuaba cantando...

Un millón de caminos, un millón de temores.
Un millón de soles, diez millones de años de incertidumbre.

Podría decir un millón de mentiras en un millón de canciones.

Un millón de aciertos y un millón de errores en esta balanza de la vida. Pero si hay una sola verdad, una sola luz, un solo pensamiento, un único toque de gracia.

Entonces seguiré sólo ese punto, esa llama solitaria, el único y obsesivo recuerdo de tu rostro.

Aún te amo, aún te deseo.

Una y mil veces los misterios se revelan como galaxias en mi cabeza.

Y ninguno de los dos parecía capaz de moverse. Se observaban fijamente desde la distancia que los separaba, petrificados. Aislados de todo lo demás, pero conectados a través de ese hilo invisible, aunque indeleble que, a veces, provoca este tipo de milagros y une a las almas errantes. Todos los demás se movían en torno a ellos y reían, hablaban y bailaban mientras que los antiguos amantes se hallaban hipnotizados por aquellos recuerdos que jugueteaban en una fina línea de su subconsciente y vibraban al son de cada nota que desprendía el bajo eléctrico y se estremecían con cada palabra desgarrada de Sting...

Quizás sea infinito,
quizás sea inocente,
quizás sé de muchas cosas, quizás sea ignorante.
O podría cabalgar con reyes y conquistar muchas tierras.

O ganar este mundo a las cartas y dejar que se me escape de las manos.

Podría ser carne de cañón, destrozada miles de veces.

Renacer como hijo de la fortuna para juzgar los crímenes de otros.

O vestir una capa de peregrino,
o ser un vulgar ladrón.
He mantenido una sola fe,
no tengo más que una creencia.
Aún te amo, aún te deseo.

Una y mil veces los misterios se revelan como galaxias en mi cabeza. Una y otra vez los misterios descansarán en eternidades aún sin contar. Hasta que tú... me ames.

Michela se estaba rompiendo por dentro. No encontraba otra forma de explicar lo que le ocurría. Hacía rato que había dejado de ver a Roberto. Las lágrimas resbalaban por su rostro y solo era

capaz de distinguir el borrón de colores que permanecía al otro lado de la estancia, incólume. La sólida presencia que le atormentaba la vida. Tal era el dolor que sentía, tal la pena, que se encorvó y se rodeó el torso buscando el consuelo de sus propios brazos.

Roberto, alarmado al presenciar el estado en el que se hallaba ella, hizo el intento de avanzar en su dirección cuando Lucianna lo atrapó por el brazo y lo obligó a girarse para decirle algo en el oído. Pastriani atendía a las palabras de la mujer, no obstante, sus agresivos ojos verdes no abandonaron en ningún momento los de ella. La estudiaba con el ceño fruncido y la mandíbula tensa. Tan serio y molesto se veía que a ella casi le dio risa.

No entendía por qué esa estúpida canción la afectaba de esa manera. Sting contaba la historia de un hombre que había vivido miles de vidas y siempre había estado enamorado de la misma mujer, siempre en la búsqueda del rostro que lo embrujaba.

Sin poder soportar un minuto más a Lucianna Petra, que sonreía como una idiota anclada al brazo de Roberto, como si ella fuera un poste de la luz y él la única fuente de electricidad disponible en toda la maldita ciudad, se limpió las lágrimas, giró sobre sus pies y abandonó el salón, internándose con la marea que se dirigía a la cocina. En el camino alguien la agarró por el codo. Michela se removió y alzó la mano, dispuesta a repartir guantazos si era necesario.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Dónde estabas? Virgen María, ¿has estado llorando? ¿Otra vez?

Francesca, con una copa en alto de lo que parecía un cubata, se movía entre la muchedumbre como pez en el agua, la tomó por la muñeca y la guio hasta los baños. Las dos se metieron dentro y entornaron la puerta. Michela caminó hasta el centro de la estancia y apoyó las manos sobre el lavamanos. Dejó caer la cabeza hacia adelante y tomó aire. Menuda fiesta de mierda.

—Toma, bebe.

Francesca, a su lado, se había sentado sobre la tapa del inodoro y le tendía el brazo con la copa.

Michela miró de reojo la bebida y negó con la cabeza.

—Ni de coña, no sé ni lo que lleva eso.

—Alcohol, y te hace falta. Vamos, bebe.

—Las buenas amigas no me recomendarían beber alcohol en el estado en el que me encuentro.

—Pues ahora mismo yo soy lo único que tienes a mano. Mañana ponemos un anuncio en eDarling, quizás alguien te conteste. Viste a Pastriani con la rubiales y te me descompusiste, ¿no?

—En realidad, no. Y el eDarling es para buscar pareja.

—Tampoco te vendría mal buscar pareja. ¿No hay ningún eFriend en la red? ¿Nadie ha visto el potencial del negocio? Hey, podríamos montar algo juntas.

—Fra, no estoy de humor.

—¿Sabes la conclusión a la que he llegado analizando tu caso con serenidad?

Michela cerró los ojos y dejó escapar un suspiro, largo y pesado.

—No, pero estoy segura de que me lo vas a contar.

—Pierde toda la gracia cuando no te emocionas.

—Discúlpame. Mañana te saco los pompones, hago un doble salto mortal en el aire y silbo tu nombre.

—Punto uno: no tienes pompones. Punto dos: no tienes ni repajolera idea de silbar y mejor no tratemos el delicado tema de tus habilidades gimnásticas. Pues bien, la sabia conclusión a la que he llegado basándome en meses y meses de observarte hacer el imbécil por toda la condenada ciudad, en restaurantes pijos, pubs nocturnos, etc., etc., etc. —Michela había enderezado el cuerpo, se dio la vuelta y apoyó el trasero en el borde del lavamanos. Se había cruzado de brazos y observaba a Francesca con los ojos entrecerrados. Su amiga estaba borracha—, es que ustedes dos necesitan echar un polvo —dijo, y acompañó la frase de un movimiento de la mano.

—A ti el oxígeno no te llega al cerebro, ¿verdad?

—Encima ten el descaro de negármelo. Te estás muriendo por tirártelo.

—Te recuerdo que Pastriani tiene novia. —Ni siquiera pudo disimular el resquemor con el que pronunció la última palabra.

—A Roberto la rubiales no le mueve un pelo de su preciosa cabecita. Tú no lo viste mirándote cuando te descubrió en ese salón. Confía en mí. Te devoraba con esa mirada que tiene, capaz de provocar ella sola un jodido calentamiento global. A decir verdad, también parecía querer matar a Lukas cuando apareciste de su brazo. ¡Qué asco! Dios le da pan a quien no tiene dientes. Suerte de mierda la mía.

Michela se rascó la frente con las uñas y se recolocó dos mechones rebeldes detrás de las orejas.

—¿Y qué hago? Quiero decir, quiero hablar con él, ¿pero y si me acerco y me suelta algún comentario hiriente?

—Cariño, no te confundas, eres tú la de los comentarios hirientes. Él seguro que te escucha encantado. Probablemente, también estaría encantado de arrancarte la ropa y hacértelo en

mitad del salón. Repito, ¡qué asco!

Michela dejó los ojos en blanco.

—Ustedes dos —le preguntó Michela—, ¿se ponen de acuerdo o qué?

—¿Por qué lo dices?

—Hablas como él.

—Ah, ya sabes lo que dicen, las grandes mentes...

—No me refiero a eso —se impacientó Michela—. Bah, da igual. ¿Y crees que me escucharía?

Michela se dio la vuelta y observó con una mueca asqueada su rostro en el espejo. La llama de la esperanza había prendido casi sin quererlo en su corazón oyendo a Francesca relatar cómo la había mirado Roberto. Abrió el grifo del agua fría y se remojó los ojos, las mejillas, luego se las pellizcó para darse algo de color. Con las ojeras no había nada que hacer sin maquillaje. No podía hablar así con Roberto. Estaba horrible.

—Si no haces el intento, nunca lo sabrás.

—¿Sabes dónde está? ¿Y qué hago con Lucianna?

Francesca le dedicó una sonrisita divertida mientras sorbía su mejunje no apto para menores.

—Persíguela con la última edición del *Vogue* y grítale, al más puro estilo Anna Wintour: «Ese vestido hortera que llevas está pasado de moda desde la Segunda Guerra Mundial».

—Si queréis os hago el favor y ya se lo digo yo, aunque no creo que mi imitación de la Wintour sea algo reseñable.

Francesca se incorporó de forma tan súbita que espurreó el cubata sobre los azulejos blancos de la pared y pringó de ron con coca-cola las baldosas grises del baño y los sanitarios. Michela se había enderezado de golpe, pero no observaba el estropicio, tampoco a Francesca, que tosía y tosía sin parar. Una parte de su cerebro que, por algún tipo de milagro divino seguía en funcionamiento, quería centrarse en su amiga para aconsejarle que se limitara a respirar por la nariz de forma lenta y con calma. Le explicaría que lo único que había pasado es que no se le había cerrado a tiempo la epiglotis. Sin embargo, se veía temporalmente imposibilitada de articular una sola sílaba. Sus ojos estaban clavados en la figura de Roberto que, apoyado contra el vano de la puerta, las observaba con una mueca socarrona.

—Será mejor que le des golpecitos en la espalda o se nos va a asfixiar, y tú eres la única enfermera que conozco por aquí.

Michela pareció salir del trance, parpadeó y se acercó a Francesca, que negó con la cabeza y caminó hasta apoyarse en la

mampara de la ducha. Tosió por última vez y se echó a reír.

—Estoy bien, por Dios, solo es un poco de tos —habló con la voz tomada. Carraspeó una, dos veces y cuando volvió a tener el control sobre su laringe, se giró hacia Roberto. Lo observó con descaro y las manos apoyadas en la cadera—. Es de muy mala educación espiar conversaciones ajenas, señor Pastriani.

—La próxima vez prometo avisar.

—Menudo policía de pacotilla estás hecho.

Michela asistía al intercambio pasmada, ¿por qué no podía ella mostrar ese desparpajo delante de él? ¿Por qué ella temblaba y se retorcía bajo el imperio de esa mirada verde?

Roberto soltó una carcajada. Se hizo a un lado para dejarla pasar.

—Está bien —dijo Francesca con las manos en alto—, sé pillar las directas, me largo. Ojito con el estado en el que me la dejas. Si se pone borde, tú ignórala. Es lo que yo hago.

Roberto le guiñó un ojo.

—Gracias, seguiré tu consejo.

Francesca abandonó el baño. Michela contemplaba el hueco de la puerta por el que se había ido su mejor amiga con fijación obsesiva hasta que no le quedó más remedio que hacer frente a Roberto. Tomó una honda inspiración y, reuniendo valor, lo miró. Roberto, cruzado de brazos, se había limitado a esperarla.

—Cierro... ¿o dejo abierto? —preguntó él.

—Prefiero salir al pasillo, si no te importa.

Roberto asintió y abrió del todo la puerta para permitirle el paso.

—*Beauty before age*, que dicen los ingleses.

—Gracias —musitó ella en voz baja. La piel se le erizó al pasar por su lado. Podía sentir la mirada ardiente de él sobre su cogote, abrasándole la nuca mientras avanzaba por el pasillo, giraba a la derecha y se internaba en una pequeña habitación que Flora le había comentado que usaban para tender la ropa. La estancia olía a detergente y suavizante para la ropa. Parecía el sitio más inadecuado en el que pedir disculpas a alguien, aunque no se le ocurría dónde más podían ir. El piso era grande, pero estaba hasta arriba de universitarios colocados.

Michela, que no paraba de restregarse las manos, avanzó hasta pararse frente a un mueble alargado que contenía una tonga de ropa para planchar. Cuando cayó en la cuenta de lo que hacía con las manos y lo patético que resultaba, se cruzó de brazos. Roberto, de espaldas a ella, había entornado la puerta tras ellos y buscaba

algo. Ella extrañada lo miraba rebuscar, hasta que el hombre dio con un interruptor y encendió una pequeña bombilla que colgaba del techo sostenida por un cordel. Luego cerró la puerta. La luz comenzó a parpadear hasta que prendió. La bombilla se movía inquieta de un lado a otro. Michela comenzó a seguir la trayectoria de la luz. Roberto resopló y meneó la cabeza, exasperado. Estiró la mano e inmovilizó la bombilla, arrebatando a Michela esa absurda distracción.

Ella fijó entonces la mirada en un lugar seguro: el cuello impoluto de su camisa. Con el corazón a punto de salírsele por la boca, tragó saliva. Había dejado por un imposible la idea de tranquilizarse. Teniendo a ese hombre en frente y encerrados en ese cuartucho, se le antojaba más sencillo besarse un codo. Así que lo mejor que podía hacer era ir directa al grano.

—Ahora ya sé lo que se siente —habló ella sin tener muy claro cómo llevar esa conversación.

Se avergonzó de lo aguda que le había salido la voz, así que carraspeó antes de continuar.

—¿Cómo?

—Eso de andar buscando a alguien que te rehúye —logró decir de forma convincente.

Roberto frunció el ceño y se acarició la barbilla.

—Ah, ¿eso es lo que estabas haciendo? Creí que, en tu tónica habitual, desaparecías de cualquier espacio en el que yo me encontrara. Pero veo que estaba equivocado y me estabas buscando. Un consejo: la próxima vez, si lo que buscas es hablarme, solo tienes que caminar en línea recta hasta el lugar donde me encuentre y decir: «Hola». No falla.

Michela apretó la mandíbula y se mordió el interior de las mejillas.

—Sí, gracias... por el consejo. Como te dije, quería hablar contigo.

—Creo que no tenemos nada de qué hablar, Michela.

Ella apretó los labios en una fina línea. Genial. Nada de ponérselo fácil a Michela.

«Mamón».

—Sí, hay una cosa... yo sé... bueno, en fin, tú también sabes.

—No, yo no sé nada.

—A ver... quería, en fin. Joder. Quería pedirte perdón por cómo te traté aquella noche.

Quería explicarte también que no pensaba lo que decía y...

—Mentirosa, sí que lo pensabas.

—¿Qué?

—No puedes intentar pedir disculpas a alguien si ya empiezas mintiendo.

—No miento y sí que lo pensaba.

—Lo que yo digo, lo pensabas.

Michela parpadeó confundida. Ya no sabía ni lo que estaba diciendo. Dejó caer los brazos y enderezó los hombros, enrabietada.

—¿Pero qué te pasa? ¡No puedes limitarte a escucharme y ya! Tú qué sabes lo que yo pienso, para empezar. Es muy molesto que siempre me digas lo que pienso...

—Tú también eres muy molesta, siempre.

—Eres un imbécil.

—Y dentro de dos semanas me dirás que esto tampoco lo pensabas. ¿Piensas en algo cuando hablas? ¿O solo escupes las palabras que van rebotándote por las paredes de tu cabeza?

—Sí que lo pienso, ¡eres insufrible! Solo quiero disculparme. Ya sé que te dije cosas horribles y solo necesito decirte que lo siento, que lo siento mucho. No quería hacerte daño. ¿Y tú podrías hacer el favor de quedarte callado y asentir a lo que yo diga como haría cualquier persona normal?

Roberto alzó una ceja e inclinó la cabeza a un lado.

—¿Y perderme toda la diversión? Ni hablar.

—¿Nunca vamos a mantener una conversación civilizada tú y yo?

—Las conversaciones civilizadas están sobrevaloradas.

—¿Tú crees?

—Lo afirmo. Con rotundidad.

—¿Y bien? —preguntó ella con impaciencia golpeando el suelo con el tacón de su bailarina.

—¿Bien, qué?

—¿Aceptas mis disculpas?

—Ah, ¿te has disculpado?

Michela ahogó un grito y apretó los puños a los lados de su cuerpo.

—Es lo que llevo intentando hacer los últimos diez minutos, ¡joder!

—Ah, ¿de veras?

Michela bufó y durante unas milésimas de segundo deseó agarrar el palo de la fregona que estaba apoyado en la pared, a su espalda, y aporrearlo en la cabeza de ese cabezota. Imaginar la escena la reconfortó en cierta manera.

—No puedo contigo. Me rindo —replicó ella, en cambio,

cansada y deprimida. Esto iba de mal en peor.

—Yo tampoco puedo contigo. Será mejor que vuelvas con tu noviecito. Debe estar buscándote como loco.

Michela arrugó el entrecejo, extrañada.

—¿Noviecito? Ah, Lukas.

Roberto soltó una carcajada corta, rabiosa y se cruzó de brazos. Había decidido acudir esa noche impulsado por la rabia y unos celos irracionales. Lucianna le había telefoneado para explicarle acerca de la estúpida fiestecita. Había abierto la boca para negarse en redondo y entonces ella había añadido: «Estarán todos, también irá Lukas, por supuesto, y su novia». Esa palabra: *novia*, asociada a Michela y Lukas, lo había cabreado hasta el punto de ver todo rojo. Deseaba verlos juntos. Verla a ella interpretando el papel de su vida. No sabía muy bien para qué, pero había tomado la decisión cegado por unos celos negros.

—¿Cómo? —se mofó él—. ¿Tan rápido desechas al amor de tu vida? Me decepcionas, Michela.

—Lukas no es mi *noviecito* ni mi nada. Somos amigos.

Roberto apretó la mandíbula. Sus ojos se convirtieron en dos pequeñas rendijas de furia verde.

—Michela, ¿por qué me estás contando todo esto?

—Ya te lo he dicho, quería discu...

—¡Basta! —ladró el—. Contesta a mi pregunta, ¿por qué carajo me estás contando todo esto?

Ella decidió ser sincera, al menos con él, una vez en su vida.

—Porque me duele aquí —expresó en un susurro quedo tocándose el corazón—, y ya no soporto este dolor...

Michela abrió mucho los ojos e intentó retroceder cuando Roberto, con una expresión salvaje en el rostro, cayó sobre ella y la aprisionó contra el mueble de la ropa. La sujetó por los brazos, como si deseara abrazarla, pero cuando sus ojos se encontraron se detuvo. La oleada de rabiosa excitación que le recorrió el cuerpo la hizo jadear.

Cualquier instante vivido con él era, en realidad, preferible a la experiencia más esplendorosa que tuviera que pasar sin él, se dijo aturdida. ¿No era eso de lo que hablaba Borges? «Estar contigo o no estar contigo es la medida de mi tiempo». Si debía pasarse los días discutiendo con ese hombre, lo haría. Se sentía pletórica. Era mucho más que eso, había vuelto a la vida.

—¿Por qué nos has hecho esto? —le recriminó él con voz torturada—. ¿Te haces una idea de lo que han sido para mí estas semanas? Imaginándote con otro. Joder, Michela.

Los ojos de él ardían de rabia, también de un hambre voraz por ella. Reflejaban un deseo tan crudo y visceral que Michela, casi sin respiración, se estremeció de pies a cabeza.

—Lo siento, lo siento, no quería hacerte daño...

—Michela, ¿qué demonios significo yo para ti?

«La vida misma», deseó responderle, sin embargo, no se atrevía, aún no. Y guardó silencio. No lograba dar con una respuesta apropiada. Algo que se aproximara a la realidad sin dejarla tan expuesta. Michela, con el corazón aporreándole errático contra el pecho, se encontraba sofocada y agobiada. Por el peso de él sobre ella. Por los terribles latigazos que había comenzado a sentir por todo su sexo. Por el nudo de nervios que le revolvía el estómago. Necesitaba enfocar sus ideas, organizar sus pensamientos. Parpadeó y, al fin, habló con voz insegura.

—No sé...

—¿No sabes?

Incapaz de soportar tanta intensidad desvió la vista. La fijó en su arteria carótida, que destacaba sobre la red de venas y tendones de su cuello. Quería ponerse en puntas de pie y lamer justo en ese punto, olisquearlo y aspirar a conciencia el aroma que ahora le llegaba en pequeñas ráfagas. Ese olor tan suyo e íntimo, absolutamente delicioso, la estaba intoxicando...

«Alíviame», le hubiera suplicado de haber contado con el valor suficiente.

«¿Por qué siempre es así contigo, Roberto?», pensó de repente enfurecida con él. Me tocas y no puedo ni pensar. Apretó los muslos y se retorció, frustrada y buscando aliviar la terrible puntada que la torturaba entre las piernas.

—Es que... ahora ya no... —musitó en un hilo de voz.

—Ahora ya no, ¿qué?

—No puedo. No sé.

—No puedes, ¿qué? *Merda*, Michela.

—Tenías razón —confesó rendida y abrumada por tantas cosas —. Antes de conocerte todo era seguro en mi día a día y me gustaba mi vida como era. Era una vida tranquila, controlada, y apareces tú y ya nada...

Michela inclinó la cabeza, limpiándose en la tela de su camiseta las lágrimas que le habían comenzado a caer por las aletas de la nariz.

—Ya nada, ¿qué?

—Ya nada tiene sentido sin ti. No hay felicidad posible. No disfruto con nada y no lo soporto.

El corazón de Roberto se había detenido tras escuchar esas palabras. Un sentimiento de feroz alegría se abría paso a través de cada poro de su piel, dejándolo sin aliento...

—¿Y te has dado cuenta ahora?

—En realidad, cuando me dejaste tirada en aquella sala de curas.

Roberto la acercó a él. Sus narices se rozaban y le habló con fiereza.

—En esa habitación me dejaste tirado tú.

—Lo sé, lo sé y lo siento tanto —balbuceó ella entre sollozos apartándose los cabellos del rostro—. Me he torturado mucho con eso.

—¿Sí?, ¿mucho?

Roberto se echó a reír. Dejó que las manos se deslizaran por sus brazos, hasta acunar su rostro. El más hermoso. El más amado. Cerró los ojos disfrutando de ese momento glorioso que ella le había regalado. Inimaginable hacía tan solo unas pocas horas atrás. Se inclinó para recorrer con la nariz sus mejillas húmedas por el llanto.

Michela, que pareció resignarse ante el asalto inmisericorde que suponía Roberto Pastriani, soltó un suspiro, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Sí, mucho, y no te burles. ¿Por qué te ríes?

Roberto volvió a reír bajito y sus labios cayeron sobre los de Michela, en cualquier parte que alcanzó de ella. En un lateral de su nariz respingona. En un punto entre sus cejas que a él le causaba gracia porque se le arrugaba cuando discutían. Besó una de sus elegantes cejas oscuras y su cachete inundado de pequitas. También besó con reverencia sus ojos. Primero uno, luego el otro. Oh, esos ojos grises cautivadores y enigmáticos que lo acosaban incluso en sueños. Demoraba a propósito besarla en los labios porque comprendía que no se controlarían...

—No me burlo, amor, me río porque soy feliz.

Michela pareció salir del trance, elevó la cabeza y abrió los ojos.

—¿Eres feliz porque yo sufro?

—Sí.

—Eres insufrible. Suéltame.

Roberto se echó a reír y la abrazó, inmovilizándole los brazos. Apretándola a su cuerpo.

—Ah, mi pequeña fierecilla, siempre con las uñas afiladas.

—Te recuerdo que estás con Lucianna, así que déjame. Eres un mujeriego impenitente, ¿por qué te sigues riendo?

Sin controlar las carcajadas, la apretó un poquito más contra su

cuerpo y hundió la cabeza en el hueco que formaba su mandíbula con el cuello.

—¡Ah! ¿Qué voy a hacer contigo, Michela? ¿De dónde diantres sacas esas palabras? «Impenitente». «Prístino». ¡Dios! Eres deliciosa. Quiero devorarte.

Roberto restregó la nariz contra la piel suave de su cuello. Amaba esa parte de ella. Todas, en realidad, pero esa tan cálida, donde se concentraba con mayor intensidad su aroma con ligeros toques florales, lo mareaba de placer. Pegó los labios entreabiertos y trazó un camino con la lengua. Se dio el gusto de saborearla con lentitud. Fue dejando un reguero de saliva, hasta que dio con el lóbulo de su oreja y lo mordisqueó. De pronto, cambió la posición de la cabeza y le clavó los dientes en un tendón. Michela ahogó un grito y se sobresaltó. Él aprovechó para afianzar sus caderas entre las de ella, y empujar contra su pelvis su pesada erección. Michela jadeó y dejó caer la cabeza hacia adelante.

—Pues impenitente —comenzó ella como si tal cosa— aparece en cualquier diccionario de la lengua. Si lo usaras de vez en cuando. Oh, señor... —hubo una pausa inevitable cuando Roberto empezó a refregar la erección por su sexo—, lo sabrías.

—¿Qué es lo que sabría, Michela?

—¿Uh?

Roberto llevó una mano hasta su nuca y lo rodeó con sus dedos. Comenzó a masajearle el cuero cabelludo.

—Y no quiero ser aguafiestas —murmuró ella con los ojos entrecerrados y la cabeza inclinada hacia atrás—, pero te recuerdo que hay una chica esperando por ti ahí fuera, en ese salón atestado de universitarios colocados.

Roberto se abatió sobre sus labios. Michela ahogó un jadeo de placer y abrió a su vez la boca dejándolo hacer. Más que eso, lo recibía haciéndole una fiesta, ansiosa, feliz. La lengua de él irrumpió con furia, saqueándola, recorriéndole los dientes, el paladar, jugando con la de ella, succionándola, ahogándola en un placer indescriptible. Perdió por completo la noción del tiempo, del espacio y de sí misma.

Roberto cortó de forma abrupta ese asalto inmisericorde contra su boca, se apartó y le buscó la mirada. Ella abrió los ojos de golpe, rabiosa. Tuvo que ahogar una queja. Quería que siguiera haciéndole eso con la lengua.

—Y quiero dejar claro —le explicó con la voz entrecortada— que no hay ninguna chica esperando por mí. Hablé con Lucianna antes de seguirte hasta los baños. De todas formas, no tenía nada

con ella. Solo fue...

Por primera vez, desde que pudiera recordar, Roberto desvió la mirada. Michela se incorporó apenas. Cerró los dedos en torno a las solapas de la chaqueta de Roberto y tiró para llamar su atención. Durante un instante quiso rogarle que mandara a la mierda a la imbécil de Lucianna Petra y volviera a besarla, pero luego pensó que tenían que aclarar el asunto de la abogada rubia.

—No hay nada con ella, ¿de acuerdo? —aseguró él volviendo a mirarla.

—¿Te acuestas con esa mujer? ¿Y no tienes nada con ella? ¿Quién está mintiendo ahora, Roberto?

—¿Y tú cómo demonios sabes que me he acostado con «esa mujer»? —pronunció Pastriani con intención.

—¿Lo niegas?

—No —afirmó tajante—, pero ya te he dicho que no tengo nada con ella. Solo fue una noche. Y no quiero que te preocupes por esa mujer. No forma parte de nuestras vidas. Y dilo otra vez —le pidió al tiempo que volvía a caer sobre su boca.

Michela hizo su mejor esfuerzo por ocultar la sonrisa. «Nuestras vidas», le había dicho él. Se encontraba en tal estado de euforia que, si lo hubiera deseado, se hubiera podido echar a volar. Tan ligera se sentía, tan sublime.

—Decir otra vez, ¿qué? —preguntó ella con los ojos brillantes en un momento que él tomó resuello.

—Mi nombre. Dilo.

—Roberto.

Y él cayó de rodillas delante de ella. Enterró las manos en las depresiones que formaban las crestas ilíacas de sus caderas y se las apretó con fuerza. Hundió la cara entre sus muslos, refregándole la nariz en su entrepierna por encima de los pliegues de su falda. Michela chilló y sus manos salieron disparadas a la cabeza de él, donde se agarró a dos mechones gruesos de su cabello negro.

—Repítelo... se está muy bien aquí abajo —musitó él.

Michela casi podía verlo esbozando una de esas sonrisitas sardónicas que la sacaban de quicio y quiso prorrumpir en carcajadas. La felicidad la desbordaba.

Una de las manos de Roberto agarró su tobillo desnudo y, acariciando su empeine, metió un dedo por el lateral y le sacó la bailarina que llevaba puesta, masajeándole los huesos de su pie. Comenzó un camino ascendente por su pierna, mientras su cabeza seguía enterrada en su falda y su boca buscaba su sexo. La buscaba a través de las capas de ropa.

—Roberto, ¿qué estás...? ¡Oh, Dios mío! —jadeó ella sin aliento cuando de un tirón le arrancó la falda que cayó como una cascada verde, alrededor de sus tobillos. Roberto elevó el brazo y deslizó su mano por el interior de su camiseta ejerciendo presión sobre su vientre desnudo, recostándola sobre el mueble que contenía toda una tonga de ropa por planchar. Al menos, se dijo ella resignada, la ropa ya estaba arrugada.

—Me vuelve loco el sonido de tu voz cuando estás excitada, te sale muy ronca y necesitada... Me pone a cien.

Ella se limitó a sollozar y dejó escapar el aire entre los labios entreabiertos. Roberto se había decidido por un ataque más directo y le lamía la cara interna del muslo, cerca de su ingle. Ella giró la cabeza a un lado y observó lo que hacía él. Contuvo la respiración cuando lo vio sacar la lengua y aproximarla a su vagina. Al parecer, no estaba muy interesado en quitarle la ropa interior. Ella aún tenía puestas sus braguitas. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás al primer contacto de su lengua húmeda. Lamió los pliegues de su sexo en una caricia lenta y agonizante.

—Dios...

—¿Te gusta así, Michela?

No había terminado de hablar cuando volvió a pegar la boca a su sexo y le mordió con suavidad los labios a través de la tela ya translucida de su ropa interior. Michela se agarró a los lados del mueble clavando las yemas de sus dedos en la superficie rugosa. Sacudía la cabeza de un lado a otro. La lengua de él volvió a entrar en acción y empezó a moverla, esta vez en serio y a conciencia. La paseaba por todo su sexo, deteniéndose sobre su clítoris, repartiendo pequeños golpes alrededor de la pequeña protuberancia, para luego descender e internarla en la entrada de la vagina.

Michela se arqueaba y jadeaba, ahogada por un millar de sensaciones diferentes. Sentía cómo el calor, intenso y sofocante, le trepaba desde las plantas de sus pies. Recorriéndole las piernas, el estómago, los pechos, concentrándose como una llama incandescente alrededor de su sexo. La espiral de placer subía y subía. Estaba tan cerca ya. Ahogando un gemido, arqueó los dedos de sus pies, elevó una pierna, y apretó la boca mordiéndose los labios.

—Roberto, por favor...

—Sí, mi amor, por favor, ¿qué?

—No puedo...

—Oh, cariño, sí que puedes, repítelo, suplícame. Me gusta oírte

suplicar.

—Por favor, ¡oh, Dios!, estoy a punto de correrme...

Él ahogó una risilla. Apartó a un lado la tela empapada de su braguita y le hundió el dedo mayor en la vagina. Michela disparó hacia atrás la cabeza y comenzó a sollozar y convulsionarse sobre el mueble.

La lengua de Roberto directamente sobre su piel era más de lo que podía soportar en ese momento. Había incrementado la velocidad y la fuerza de las embestidas contra su clítoris. Su dedo empapado en sus propios fluidos bombeaba en su interior, imitando los latigazos que le propinaba su lengua. No le daba tregua. La excitaba sobre manera el sonido que hacía la lengua de él cuando le succionaba el sexo y le saboreaba el clítoris. Iba a perder la razón. Entonces lo sintió. El calambre que empezó como una descarga en el útero y estalló. Se le encogieron los dedos de los pies. Sus manos volaron a la cabeza de Roberto y se agarraron a los lados de su cráneo apretándolo y acercándolo más a su pubis. Ella se dejó ir y gritó, chilló y se sacudió. Todo al mismo tiempo.

Pastriani depositó un casto besito en un muslo y le bajó las bragas hasta los tobillos. Comenzó a masajearle las ingles hundiéndole los dedos en la piel, buscaba calmarla después del orgasmo. Acercó nuevamente la cabeza y dejó que su lengua tomara el lugar que había ocupado su mano. Para asombro de Michela, comenzó a lamerle sus propios fluidos, internándose también en el interior de su sexo, penetrándola.

Michela, que no se había recuperado del orgasmo y temblaba de pies a cabeza, comenzó a resollar.

—¡Ah! ¿Otro más? No sé si voy a aguantarlo...

—¿Quieres que pare? —elevó la cabeza y con las manos le acarició con suavidad el vientre— Estás preciosa así, relajada y muy excitada.

—Oh, ni se te ocurra parar —suspiró ella entre jadeos lastimosos.

—A sus órdenes.

Y siguió atormentando su vagina. Michela, con la boca seca, gemía y se retorcía de dolor. Resultaba un placer tan intenso por lo doloroso. Jamás había experimentado algo así. La hacía delirar. De repente, y sin mediar palabra, Roberto se incorporó, la sujetó con manos imperiosas por la cintura, le dio la vuelta y la dejó de cara a la montaña de ropa. Con el culo apretado contra su erección.

—Abre las piernas. Así. Sí, un poco más, cariño. Tienes las piernas más bonitas que he visto en mi vida, tan suaves. ¡Joder!

Tengo la polla a punto de reventar. Por favor, sí, sí, tócame.

Michela, como ciega, había llevado la mano hacia atrás buscando dar con la bragueta de su pantalón.

—Te puedo aliviar, déjame.

—Aaah, Michela, joder.

—Quizás, prefieras mi boca para aliviarte —replicó ella impostando una voz sensual.

—Mierda, acabo de imaginarte haciendo justo eso. Sí, por supuesto que quiero tu boca, pero mejor después...

—¿Después de qué...? Oh, señor... Roberto.

Él había deslizado la mano por su cintura masajeándole el bajo vientre con las yemas de sus dedos y luego más abajo, jugueteando con los pelos recortados de su pubis. Uno de sus dedos se había internado de nuevo en su vagina y había comenzado a masturbar su clítoris con movimientos circulares.

—Quítate el sujetador, pero déjate la camiseta.

—Qué me quite el sujetador...—exhaló ella.

Apenas se veía capacitada para hablar.

—Vamos, anda, quítatelo.

—Oh, sí, sigue, no pares ahora... Roberto. —Michela arqueó la espalda.

Él movía el dedo con una lentitud agonizante, dolorosa y dulce a la vez. La vagina se le contraía y le palpitaba sin darle ningún descanso y las rodillas se le aflojaban por momentos. La cabeza le volaba lejos y todo la volvía loca. Sentir su erección presionando contra los cachetes de su culo. Saber que ella estaba desnuda de cintura para abajo mientras que él seguía completamente vestido. Imaginar el momento en que la penetraría... ¡Oh, señor! Cerró los ojos y gimoteó.

—¿Así que era esto lo que tenía que hacerte para que no pares de decir mi nombre?

—Cállate —suspiró ella avasallada con los escalofríos y pinchazos que le recorrían todas y cada una de sus terminaciones nerviosas.

—El sujetador, por favor...

Michela ronroneó. Le costaba concentrarse, sin embargo, echó las manos a la espalda y se desabrochó el sujetador. Se sacó las tiras. Primero por un brazo. Luego el otro. Lo dejó caer al suelo. Roberto seguía acariciando con suavidad el sexo con la yema de su dedo y depositaba besos húmedos alrededor de sus hombros, el cuello, la nuca, también la mordisqueaba y le succionaba la piel con los labios. Michela apretó los ojos y los labios transida por el

placer...

—Creí —balbuceó Michela en un hilo de voz entrecerrando los ojos— que nunca volvería a sentir esto de nuevo...

Un fogonazo de sus manos extendidas y las uñas clavadas en el tronco de un enorme árbol le hizo abrir los ojos de golpe. Michela miró asombrada sus propias manos y sus brazos. Se vio a sí misma desnuda y en mitad de un bosque que no conocía, convulsionando bajo la caricia implacable de los dedos de ¿Roberto? Se espabiló y el árbol y el bosque desaparecieron. Aturdida por lo que acababa de suceder, parpadeó varias veces. ¿Qué había sido eso? Y lo comprendió. Había sufrido otra visión.

Roberto musitó algunas incoherencias que ella no entendió. Tampoco le prestó atención. ¿Se estaría volviendo loca? De cierta manera, comprendía lo que sucedía, ocurría que no lo aceptaba. Esa tarde en el hospital, encerrados en aquella sala de curas, lo había dejado hacer porque, de alguna manera inquietante y absolutamente absurda, su tacto, su olor, su voz, que él la acariciara y la besara se le había antojado tan cotidiano y natural como respirar. Había anhelado sentirlo de esa manera para volver a conectar con ella misma. ¿Era eso posible desde un punto de vista racional? ¿Acaso tenía razón Francesca? «Sí», le susurró alguna parte remota de su cerebro. Michela deseaba cerrarse a esa idea, a sus implicaciones. ¿Por eso había vivido con la sensación de haber orbitado por el mundo como una vagabunda, sin un puerto al que arribar? Por más que su mente le dijera que tal pensamiento solo se debía al desarraigo propio que cualquiera podía experimentar cuando en plena adolescencia tenías que mudarte de casa, de país y abrazar otra cultura, sabía que para ella no era del todo así, porque cada vez que había coincidido con Roberto y, a pesar de su miedo, había experimentado en torno a él una conexión instantánea, sólida e inquebrantable, distinta a cuanto había vivido en el pasado. Una conexión que, lejos de aislarla del resto, la acercaba a todo y a todos como nada lo había hecho antes. Como si ambos compartieran un secreto del que nadie más sabía y era justo ese misterio lo que la volvía más real y cercana. Había vivido aislada de todo lo que ella en verdad era, para volver a conectar consigo misma a través de las certezas que él le brindaba y que, durante tanto tiempo, se había negado a examinar. Sacudió la cabeza y renegó de esas tonterías. Estaba perdiendo la razón, sin embargo, ¿cómo podía explicar lo que le había ocurrido? Experimentaba una libertad que la volvía osada. Se veía capaz de cualquier cosa. Nunca se había permitido abrirse de esa manera ante nadie. Desde luego,

no lo había hecho con Lukas ni mucho menos con los otros chicos con los que había salido antes. Jamás le confesaría que Lukas había sido su primer amante. Perder la virginidad con veintisiete años era algo patético. Eso se lo callaría. Además, sus primeros encuentros sexuales con Lukas no habían sido explosivos. Más bien se trataba de encuentros pausados y cohibidos, tiernos, sí, pero faltos de ese algo mágico que ella sabía que existía. Con Roberto, en cambio, tomaba otro cariz diametralmente opuesto. No podía compararlo. Ella se entregaba a él en cuerpo y alma, y no le avergonzaba que él la viera desnuda o que pudiera analizar sus defectos, que eran muchos y tan espantosos que prefería no profundizar en ellos.

—Quiero que te acunes los pechos y te aprietes los pezones mientras te masturbo.

Michela volvió de golpe a la realidad y, a propósito de sus pensamientos, se echó a reír. El hombre no se podría limitar a tener una ordinaria relación sexual. ¿Cómo le había dicho, antes? ¡Ah, sí! Que lo civilizado estaba sobrevalorado. Desde luego, el sexo con él jamás estaría sobrevalorado y, por lo que veía, tampoco sería muy civilizado. Aquel orgasmo había sido demoledor.

—¿Te excita que me toque los pechos? —le preguntó ella divertida.

Roberto le mordisqueó un lateral de su cuello y la penetró con un dedo mientras con el pulgar la seguía masturbando. Michela dejó de reír, jadeó y se agarró a la mesa clavando los dedos en el mueble.

—Michela, para que te quede claro —expresó en una voz tan ronca y tormentosa que a ella le oprimió el pecho—. Tú me excitas. Simple y llanamente. No hay ningún si o algún cómo cuando de ti se trata. Me tienes como un maldito perro cachondo: babeando y rabiando por ti desde el mismo instante en que te conocí. Y te he odiado por eso. No te haces una idea de cómo. Estas últimas semanas de mierda no he hecho otra cosa más que odiarte mientras te imaginaba entregándote cada noche a ese gilipollas de Lukas. Te odiaba por eso y sentía celos. ¿Eres mía, Michela? —siseó de pronto como un lamento y, al tiempo que le reclamaba cualquier disparate que se le cruzaba por la cabeza, le sujetó el sexo con la palma de la mano y le enterró el dedo en su vagina.

Michela sollozó y cerró los ojos agonizando de placer.

—No, cariño, no, por favor, no soporto tu dolor....

—Yo soy tuyo, ¿lo sabías? Soy tuyo, ¿y tú? ¿Tú eres mía? Dímelo. Necesito escucharte.

Sus dedos se volvieron implacables bombeando en su interior,

masturbando sin clemencia su clítoris. Michela contrajo el cuerpo. Intentaba poner freno a todas las sensaciones. Le causaban dolor, la agobiaban y también la enardecían. Como sabía lo que vendría después, lo dejó hacer y echó la cabeza hacia atrás. Roberto no la dejó reclinarse y colocó su cuerpo sobre el mueble apoyándole los codos sobre la ropa. De pronto, notó cómo su otra mano le hurgaba también en el sexo.

Roberto pringó su dedo índice en los fluidos de ella y llevó la segunda mano hasta su trasero. Mientras su dedo mayor seguía torturando su sexo, internó la otra mano entre los cachetes de su culo y comenzó a frotarle la entrada del ano.

—¿Te gusta así?

Michela aguantó la respiración. Su corazón se había detenido durante varios segundos para luego romper a batir furioso. Jamás había practicado sexo en el que su culo, o el de otro, estuviera implicado, sin embargo, no deseaba que él se detuviera, se avergonzaba y la deleitaba a partes iguales. Cerró los ojos, como transida ante la oleada de violenta excitación que le anegó por completo el cerebro. El orgasmo casi la rozaba.

—¿Eres mía? —le preguntó y Michela sufrió en carne propia la indefensión, la urgencia y la súplica que su voz tormentosa no le pudo ocultar.

—Oh, cariñ...

—Dímelo, joder.

—Soy tuya.

Y en ese momento, el dedo de Roberto penetró su ano y ella lo sintió como un disparo que se extendió por todas sus terminaciones nerviosas, paralizándola. La sensación fue tan fulminante que la obligó a encorvarse y se le doblaron las rodillas.

—Júrame que nadie te excita como yo. —Su voz no era más que un jadeo tormentoso—. Que jamás habías sentido algo así por ningún otro, dime que a nadie te habías entregado así antes.

—Jamás —juró ella entre sollozos—. Nunca... Por favor...

—¿Qué quieres, Michela?

—A ti.

—Me tienes, cariño, siempre me has tenido. Soy tuyo, amor, solo tuyo, siempre lo he sido.

Y quizás fueron esas palabras susurradas con reverencia en su oído o los dedos que la masturbaban de forma salvaje o el otro que le hurgaba en el culo, pero Michela sufrió el orgasmo más intenso y desgarrador de toda su existencia. Su cuerpo se envaró. Su cabeza cayó hacia adelante. Dejó escapar un grito largo, agónico, doliente

y colapsó sobre la tonga de ropa por planchar.

Desmadejada y satisfecha, como no se había sentido en la vida, notó las manos de Roberto incorporándola y dándole la vuelta con cuidado. Ese hombre la manejaba como si ella no fuera más que un muñeco de trapo. Una de sus manos le acunó la nuca, mientras él se limitaba a depositar besos suaves y delicados por todo su rostro. Michela no había abierto los ojos. Se veía incapaz.

—Hola, ¿sigues por ahí?

—No.

—¿Y dónde estás?

—En el maravilloso país de los orgasmos devastadores.

Roberto se echó a reír.

—Me gustaría visitar ese país, ¿se está agradable ahí?

—Ujum...

De pronto, ella abrió un ojo y dibujó una pequeña sonrisa lánguida y exultante, abrió el otro ojo y miró hacia abajo. Roberto siguió la dirección de su mirada. La enorme erección de él pareció saltar al frente, saludándolos con ansia.

—Oh, pobrecito, mírate. Tendremos que ocuparnos de ti —le dijo ella con voz suave.

—Sí, vas a tener que ocuparte mucho de mí.

Michela soltó una risilla. Estiró las manos con la vista puesta en la hebilla de su cinturón.

Roberto se pegó a ella y le besó los labios. Una vez, dos veces. Se contemplaron. Igual que si alguien hubiera echado estopa al interior de una estufa, la temperatura en ese cuarto subió de grados. El beso se transformó en un caos de sentimientos encontrados. Michela olvidó lo que tenía en mente, se aferró a sus hombros y hundió las yemas de los dedos en la chaqueta de él buscando perforar la tela para metérsele dentro de la piel. Él la rodeó con sus brazos apretándola a su cuerpo con tanto ímpetu que apenas le permitía respirar. A ella no le importaba lo más mínimo. Lo necesitaba. Oh, Dios mío, lo necesitaba tanto. Sus bocas se abrieron con hambre y sus lenguas se enredaron como cerezas, una en torno a la otra. El mueble chirrió cuando Roberto se echó hacia adelante, emitiendo un gemido ronco que brotó de lo más profundo de su garganta. Michela, con los ojos cerrados, se hacía eco de los sonidos que producían el choque de sus labios y el de sus lenguas al lamerse, el roce de sus cuerpos calientes y el murmullo lejano de la algarabía de la fiesta. Hasta eso la excitaba. Que nadie supiera lo que estaban haciendo ahí encerrados la conducía a su propio paroxismo de desenfreno e inconfesable placer. Cada instante que

vivía con ese hombre era único, la hacía volar.

Supo que estaba tirando con demasiada fuerza del cabello de él al escucharlo gemir de dolor. Eso no la detuvo. Tampoco había sido consciente de que se había agarrado de los mechones de su cabello. Los dos movían la cabeza de un lado a otro, buscando la postura que lograra aplacar esa sed que solo despertaba el uno del otro y que parecían no ser capaces de saciar.

—Vámonos de aquí. No vamos a hacer el amor en el cuarto de la ropa sucia —jadeó él sin aliento sobre sus labios.

—En realidad, es de la ropa limpia, y ¿dónde entonces? —preguntó ella sin soltarse de sus labios con la voz entrecortada y la respiración errática.

—A casa.

Se separaron y fue como si a cada uno le hubieran arrancado una parte vital de sí mismos.

—¿Qué me pasa contigo? —preguntó Roberto cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás. Exhaló por la boca.

Michela tragó saliva, se limitó a mirarlo y sacudió la cabeza. No contaba con la energía suficiente para hablar.

Pastriani, haciendo una mueca de dolor, se agarró la erección con la mano recolocando el enorme bulto que sobresalía como un mástil entre la bragueta de sus pantalones. Sus ojos se encontraron y él esbozó entonces una sonrisa ladeada, socarrona, y bajó la vista recorriendo con una mirada burlona el cuerpo de ella.

Michela prefería no mirar hacia abajo. Por Dios, la estaba mirando mientras ella seguía medio desnuda. Percibía sus propios fluidos escurriéndose por su vagina y la cara interna del muslo. Las comisuras de su boca también se curvaron en una sonrisa cómplice. Ese momento se le antojó la experiencia más erótica que había vivido en sus veintiocho años de vida. Él, completamente vestido y con la mano en esa enorme erección, devorándola con la mirada. Ella, después de los dos mejores orgasmos de su vida, muy mojada y muy desnuda, a falta de su *I'm limited edition*.

—Tienes una camiseta preciosa. No sé si te lo había comentado —le dijo él con la voz pesada.

—¿A que sí? Una ganga de los *outlets*.

—Se te marcan los pezones erectos, quiero chupártelos. Me importa una mierda de dónde sea la camiseta.

— Sí, y también quieres que me los toque.

—Eso también. —Y le dedicó una sonrisa tan ancha y traviesa que a ella se le antojó la de un niño delante de una bolsa de golosinas. Quiso lanzarse a besarlo como una loca.

Roberto se acomodó los pantalones, se atusó el pelo con una mano y se ajustó la chaqueta. Un gesto en el que siempre caía. Conocer ese pequeño detalle de él la llenó de una dicha absurda.

Sin dejar de mirarla, se acercó hasta donde estaba ella, la sujetó por la cintura y le besó los labios. Un beso rápido y húmedo que la dejó con ganas de más. Michela rememoró la frase que había dicho él momentos antes: ¿qué me pasa contigo? ¿Y a ella... qué le pasaba con él? Roberto la distrajo cuando se agachó y recogió sus ropas desperdigadas.

—Yo te los quito, mujer, así que yo te los devuelvo —le dijo con una voz impostada al tiempo que le entregaba la ropa.

—Por Dios, acabas de parecer un señor feudal de la Edad Media.

—Buena época la Edad Media. Las mujeres te pertenecían y podías impedir que tuvieran novios imbéciles. Me gusta eso.

Le guiñó un ojo. Michela arqueó una ceja y meneó la cabeza.

—Oh, por favor. Eres un neandertal.

Roberto perfiló una sonrisa malvada.

Una vez que ella terminó de vestirse, Roberto abrió la puerta. En el último momento había decidido no ponerse las bragas y las llevaba convertidas en una bola en la mano. Estaban demasiado mojadas después de haberlas usado para limpiarse. Michela, con dedos nerviosos, se recolocaba el pelo bajo la atenta mirada de Roberto, que se reía de ella y de sus intentos por disimular que acaban de magrearse como salvajes ahí dentro. Tomados de la mano salieron de ese cuartucho.

Cuando ya giraban por el pasillo y mientras Roberto le decía no sé qué cosa sobre su casa, Michela alzó la vista y lo observó embelesada. Lo que experimentaba por él era esa clase de sentimientos que te devoraba el alma, te sacudía el cuerpo e intoxicaba cada minúscula parte de la mente. No dejaba espacio para nada más en su interior. Amor puro, le había dicho Susana. Una sensación inefable le había explicado su madre. Y así lo sentía ella. Eterno, maravilloso, sublime... Bajó la mirada y observó sus manos entrelazadas. El sólido apretón de él la conmovió. La sensación de alegría que sintió casi le hizo explotar el corazón en el pecho.

Cuando ya avanzaban hacia el salón, Michela tiró de la mano de Roberto.

Él se giró y le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué ocurre?

—Necesito ir al baño.

Roberto estiró los labios en una sonrisa perversa que a ella le

provocó un vuelco en el estómago. Le colocó esas manazas grandes a los lados de sus caderas y caminó con ella marcha atrás hasta la puerta del baño. Sus ojos burlones fijos en ella todo el tiempo.

La soltó para entornar la puerta y encendió la luz del baño. Alguien había limpiado el estropicio de Francesca. Le hizo una seña con la cabeza para que entrara.

—Aquí te espero.

—Gracias —musitó ella, y cerró la puerta.

Pastriani se pasó la mano por la cara y sacudió las piernas. Joder con la maldita erección. No le había dado un segundo de tregua a la hija de puta. Estaba a un paso pequeño de que se le inmolara. O se vaciaba en la próxima media hora o se temía que empezaría a aullar y restregarse con las esquinas. Se metió las manos en los bolsillos, recolocándose por décima vez la erección, y desvió la vista hacia el pasillo. Su mirada se encontró con la de Lukas, que lo observaba tenso y con ojos entrecerrados desde la entrada del salón. El tipo se veía agobiado y nervioso. Roberto se incorporó envarado y lo fulminó con la mirada, dispuesto a partirle la cara al muy gilipollas. En ese instante, oyó el clic de la cerradura del baño.

Michela abrió la puerta. Ahogó un jadeo cuando Roberto, sin mediar palabra, la metió dentro, cerró de un portazo y empujó su cuerpo contra la pared. Michela entreabrió los labios al sentir el frío de los azulejos quemándole la espalda, y él aprovechó para morderle el labio superior y recorrérselo con la lengua al tiempo que se apretaba contra su cuerpo y empezaba a refregarse con ferocidad por toda ella. Michela comenzó a jadear. Encerró su cabeza entre sus manos y la inclinó para profundizar en el beso, presionando su boca con la suya. Sus lenguas se enroscaron con desesperación, hambrientas. Como si en vez de dos minutos hubieran pasado décadas desde su último beso. Michela deslizó las manos por el interior de su chaqueta y presionó los dedos en los duros músculos del abdomen. Roberto gimió dentro de su boca.

—*Sí, maledizione, toccami.*

Michela, embriagada de poder y excitada por la desesperación implícita en esa demanda, comenzó a tirar de su camisa. Sí, quería tocar su piel. Lo necesitaba más que respirar. De repente, nada más le importaba.

Se sintió eufórica cuando logró sacarle la camisa y sus dedos hicieron contacto, al fin, con su piel desnuda. Tersa, cálida y magnífica. Tan masculina. Y recorrió con manos anhelantes la superficie de su estómago plano, endurecido por las sesiones de deporte que practicaría. Y subió buscando sus pectorales. Al llegar a

ellos se sorprendió de su dureza. Los apretó con avidez y hundió las yemas de sus dedos en las depresiones que formaban sus músculos. Roberto gimió, cortó el beso y apoyó la frente sobre la de ella.

—No puedo contigo, Michela. ¿Qué me estás haciendo? —manifestó él con la voz quebrada.

Michela se maldijo, ¿habría hecho algo mal? Tampoco es que tuviera una experiencia excesiva en esto de los primeros encuentros sexuales y lo quería hacer todo bien con él. Perfecto. Quería volverlo loco. Ser especial para él. Ser única para él.

—¿Qué...? ¿Qué hice?

—Esto que siento por ti me está trastornando. No me reconozco cuando estoy contigo —le habló con una voz resignada sin despegar la frente de la suya. Afianzó los dedos alrededor de su cráneo—. No soporto la idea de que alguien te lastime, ¿entiendes?

Alejó el rostro y la miró a los ojos. Tenía una mirada salvaje.

—No entiendo por qué me estás diciendo todo esto...

—Lukas todavía está ahí fuera.

Michela dejó escapar un suspiro.

—Ya te he dicho que no estoy con él. Lo dejamos hace semanas.

—Sí, y ya sé por qué lo largaste. Maldito hijo de puta. Cobarde de mierda. Pero él quizás no lo vea como tú. No quiero que se te acerque.

—Roberto, por el amor de Dios, sé razonable, ¿tú te estás oyendo? Lukas y yo somos amig...

—¡Cállate! —rugió furibundo.

Michela cerró la boca, asustada, con los ojos abiertos de par en par.

Roberto, agobiado por su exabrupto, se apartó de golpe y chasqueó la lengua. Se alejó internándose en el baño, dándole la espalda.

—No te das cuenta de que no soporto que me hables así de él, como si el bastardo te importara. Hay algo en mi interior, algo muy siniestro que habita dentro de mí y me impulsa a salir ahí fuera y aplastar a ese cabrón. Te juro que sería capaz de matarlo con mis propias manos. Cada vez que recuerdo que él te tocó en contra de tu voluntad... No puedo manejarlo. Y no voy a poder manejarlo nunca. Lo siento.

Michela no entendía por qué esa actitud despótica de él la conmovía de tal manera que le provocaba dolor. Debería sentirse horrorizada. Parecía que había perdido la cabeza. Sin embargo, no podía recriminarle cuando lo veía tan desamparado. Inmerso en esa espiral de odio, celos y rabia. Y todo porque Lukas se había pasado

aquella noche con ella. ¿Cómo se habría enterado?

Tomó una honda inspiración. Con cuidado se fue acercando a él, poco a poco, igual que si tanteara a un animal salvaje que en cualquier momento se pudiera dar la vuelta y atacar. Cuando lo tuvo a unos pocos centímetros, deslizó sus manos por su espalda, circundó con los brazos su cintura y se apretó contra él hundiendo la cara entre los pliegues de su chaqueta. Aspiró con desesperación su aroma, tan masculino, tan embriagador... único. La cabeza de Roberto cayó hacia adelante.

—Saber el miedo que pasaste, que saliste de allí corriendo y que encima lo defiendas... Joder, Michela, tampoco quiero agobiarte. Me estoy portando como un auténtico capullo. Lo sé, pero lo cierto es que no lo lamento.

—Shu, tranquilo. —Y en ese momento comprendió lo que él necesitaba, lo que le estaba implorando que verbalizara. No entendía qué tipo de clarividencia se había apoderado de ella, pero experimentaba su dolor como propio—. Nunca he sido suya. No en lo que de verdad importa. Eso solo lo tienes tú. Siempre lo has tenido tú. No sé por qué, porque apenas te conozco, pero así es como lo siento.

Roberto se giró. Sus ojos verdes, siempre seguros y dominantes, se veían agobiados, un poco dementes también y, por primera vez, fue ella la que tomó su rostro entre las manos y tiró para que él se agachara.

—¿Y qué tengo? —susurró él apenas en un hilo de voz.

—Mi alma. Es tuya. Creo que siempre ha sido tuya. Te quiero, Roberto, te quiero tanto...

Sintió tanto amor por él en ese instante que no pudo contenerse y lo besó. Primero besó su labio inferior, luego el superior. Después recorrió con el dedo pulgar el contorno perfecto que conformaban sus labios entreabiertos y acarició con reverencia la sombra de barba que ya comenzaba a apreciarse en su barbilla, palpó una pequeña cicatriz. Una de tantas, pensó afligida. No le gustaba la idea de saberlo herido. Con delicadeza posó su lengua en el centro de su boca y lo lamió de arriba abajo. Roberto tenía los ojos cerrados y el ceño apretado, como si las cosas que ella le hacía le infligieran algún tipo de atroz tortura. Ella, enternecida, tomó entre sus labios el superior de él y succionó con suavidad, luego pegó su boca a la suya. Roberto abrió los labios para recibir su beso y gimió.

—Michela...

—Te quiero, amor.

—Oh, Michela, no me dejes nunca. Te necesito, te necesito

tanto.

Se fundieron en el beso más dulce que habrían de vivir jamás. Un beso en el que ambos se devolvieron el alma, pues no podía ser de otra manera. Estaba así escrito en las estrellas.

5

Lukas Sabonis quería aporrear la puerta del baño o tirarla abajo. Le daba igual, en realidad, una cosa o la otra. ¿Qué estaba haciendo Roberto con Michela? ¿Desde cuándo estaban juntos? Imbécil, era un completo imbécil. Se habían estado riendo de él todo este tiempo.

Escuchó un carraspeo detrás de él y se volvió furioso. Francesca, con el gesto serio, le entregó un *gin-tonic* y lo tomó de la mano.

—Ven aquí, creo que necesitamos hablar un poco tú y yo.

—¿Me puedes explicar qué hace Michela encerrada con Roberto en un cuarto de baño? —preguntó él entre dientes, mientras Francesca lo conducía hasta el salón.

—Sí, te lo voy a explicar todo, pero mejor nos sentamos, que estos tacones me están destrozando las plantas de los pies.

Tras dar varias vueltas por el salón, lograron encontrar un trocito de sofá libre gracias a que Francesca montó un numerito para que la dejaran sentarse, fingiendo un esguince de tobillo. Lukas, para ese entonces, echaba humo hasta por las orejas. Los ojos azules asemejaban dos antorchas, encendidos de rabia. Una expresión asesina enrarecía su semblante.

—¡Qué mierda me vas a decir! ¿He hecho el papel de cornudo? ¡Esos dos se han estado riendo de mí! —explotó una vez que se sentó, y dejó la bebida intacta en el suelo, a su lado.

Francesca tomó un trago de su cubata y silbó.

—Uf, ¿y ese carácter? No te lo conocía. Te pones más interesante, así, todo rabioso.

—Vete a la mier... —soltó Lukas disgustado y, sin terminar la frase, echó la cabeza hacia atrás y tomó aire—. Perdona, lo siento.

No quería ser grosero. Tú no tienes culpa de nada. —Francesca suspiró, dejó la copa a un lado y lo tomó de las manos, apretándoselas.

—Lukas, cielo, aquí nadie tiene la culpa de nada. Sé que estás ofuscado y rabioso, deseando buscar culpables para llevarlos de cabeza a la hoguera y reírte a mandíbula batiente mientras los ves calcinarse ante tus ojos.

Lukas, que la observaba con los ojos abiertos de par en par, carraspeó incómodo.

—Bueno, tampoco te pases.

—Es lo que pensaríamos todos si hubiéramos presenciado lo que tú acabas de ver. Sin embargo, detrás de eso, hay una historia larga y muy desgarradora.

—¿Y por qué me lo estás contando tú? —le espetó enrabietado—. Debería ser ella la que estuviera aquí explicándome esa historia taaaan larga y tan espantosa. Ya imagino el infierno en el que ha vivido, revolcándose con Roberto.

—No ha habido ningún revolcarse, así que no dramatices antes de tiempo. Ella no sabe ni dónde está parada últimamente, Lukas. Tiene la cabeza del revés nuestra Michi. Y eso tú lo sabes bien.

—*Su Michi*, querrás decir. A mí me dejó tirado.

—Lo vuestro tenía los días contados. No, no me mires así, lo sabes. En tu fuero interno siempre lo has sabido. Lukas, esas cosas siempre se saben. Lo que pasa es que nos encanta flagelarnos y hacernos los idiotas.

Lukas se desinfló, dejó caer la cabeza hacia adelante y resopló. Francesca padeció con el sufrimiento de él y le acarició con suavidad la mano.

—Tienes razón. Lo sabía. Todo cambió el día...

—El día de la fiesta de tu cumpleaños cuando conoció a Roberto —lo interrumpió ella en voz baja.

Los ojos azules de Lukas brillaron de rabia.

—La vio y no pudo contenerse, maldito —rezongó furioso—. Ese hombre nunca ha sabido respetar nada. Tendría que haberlo imaginado.

—¿Y qué hubieras hecho? A ver, dime. Ah, Lukas, el amor es así. Es algo que se da un día libremente y, del mismo modo, cuando no es verdadero, perece. Te puedo decir que creo que ninguno de los dos lo buscaba. Lo difícil en tu caso es aprender a aceptar que no te amaron como lo hiciste tú, que no es tu culpa. Era así como tenía que suceder.

—¿Amor? —se burló Lukas con un resoplido—. ¿Tú crees que

Roberto la ama? —Lukas estalló en una carcajada seca y breve—. Francesca, no seas ingenua. La está usando. Cuando se canse de ella la dejará tirada e irá a por otra. Es un mujeriego. Vino aquí con Lucianna, ahora se larga con Michela. ¿Te crees que le importa lo que pueda sentir Lucianna? Tú no lo conoces...

—Y tú, al parecer, tampoco lo conoces —exclamó ella exasperada—. No seas tan cínico. No te pega.

—¿Tú también has caído bajo su irresistible influjo? Te hacía una mujer más versada en estas lides.

Francesca alzó una ceja interrogante.

—¿Estás insinuando que soy un pendón? —inquirió ella más sorprendida que molesta.

Lukas se sobresaltó, tragó saliva y sacudió la cabeza.

—¿Qué? No, jamás. Por favor, Francesca, jamás he pensado eso de ti. Pero Michela es muy inocente. Tú, en cambio...

—Sí, sí, estoy más *versada* en esas lides —repitió ella con voz cansada moviendo la mano de un lado a otro—. Y casi mejor no me especifiques de qué lides hablas. Te estoy contando todo esto porque conozco la historia en profundidad. No has escuchado a Roberto, ni lo has visto. No sabes lo que siente o lo que piensa.

«Sí que lo he visto», pensó Lukas afligido al recordar la expresión torva y los ojos inyectados en sangre de Roberto cuando lo había acogotado en el ático de su casa.

—No niego —continuó ella— que haya podido ser un mujeriego. Por favor, yo con ese físico también lo sería. Incluso tú y no te hagas el sonso. Ja, *Giacomo Casanova* sería un pobre principiante a mi lado. Ya estás otra vez mirándome con ojos de besugo. ¡Qué fácil es inquietarte! —rio Francesca.

Volvió a tomar su bebida y le dio un sorbo. En el fondo, la lastimaba ese brillo opaco en los ojos optimistas del joven abogado.

—Quizás no debería contarte esto, pero Michela es mi mejor amiga y me veo en la obligación de confiarte que ha luchado contra lo que sentía por Roberto como una fiera. Ha llorado muchísimo y ha sufrido como una condenada. Jamás ha querido hacerte daño. Y bueno, tú tampoco ayudaste mucho al abalanzarte sobre ella como un bárbaro energúmeno.

—¡Ya he pagado por eso! —Se desesperó Lukas y se llevó las manos a la cabeza—. Por Dios, lo sigo haciendo. Me dejó. ¿Te parece poco?

—No, yo te hubiera hecho morder el polvo, amigo. Y porque me pillas ahora y me lastima verte así. Te llego a pillar esa noche y te desnuco por bruto. Cuando una mujer dice no, ¡es no! Pedazo de

animal. Parece mentira, Sabonis.

Lukas hundió la cabeza entre los hombros y habló con un hilo de voz.

—No la escuché, te juro que no la escuché, jamás le haría daño. Ella es lo más importante en mi vida...

—Sí, pero ella ama a otro hombre, Lukas. Comprendo que estoy haciéndote un daño terrible diciéndote esto, pero es mejor que empieces a hacerte a la idea.

Lukas soltó un suspiro pesado. Se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre las rodillas. Dejó que la barbilla cayera sobre sus manos entrelazas y preguntó en voz baja.

—¿Y cómo se hace uno a la idea de que ha perdido al amor de su vida?

«No te haces nunca», pensó ella conmovida. A Lukas le mintió.

—Con tiempo, solo date tiempo. —Acarició con ternura su espalda.

Después de escuchar esas palabras, Lukas, dispuesto a replicar, alzó la cabeza y se quedó congelado al descubrir, entre el mar de cabezas que atestaba la sala, la de Roberto. Destacaba entre todos por su imponente altura. Estaba parado cerca de la puerta que daba a la calle. Lukas, con el corazón aporreando furioso dentro de su pecho, inclinó un poco su cuerpo. Distinguió la figura más pequeña de Michela, que a su lado y aferrada a él se veía... alborotada, ¡sexualmente alborotada!

La rabia, la humillación y los celos le retorcieron las entrañas. Sin pararse a meditar nada más, se incorporó de forma súbita y salió disparado a por Roberto.

Francesca, asombrada por el cambio en la actitud de Lukas, brincó del sofá como un resorte. Dejó escapar un gemido y quiso arrancarse todos los pelos de la cabeza cuando distinguió las figuras de Roberto y Michela de pie, frente a la puerta de salida. Decidió seguir a Lukas. Intentaba detenerlo, mientras lo exhortaba a la calma.

—¿Es que no ha servido de nada la media hora de charla terapéutica que hemos tenido? Lukas, por favor, un poco de mesura...

Cuando la muchacha observó la expresión burlona e incluso divertida en los ojos verdes de Roberto y la postura que adoptó su cuerpo, con las piernas algo separadas y el torso echado hacia adelante, preparándose para una pelea, sintió pavor. Por amor de la Virgen Santísima, incluso había arrastrado el cuerpo de Michela detrás de él. Un escalofrío le recorrió el cuerpo de arriba abajo.

—¡Mierda! Me cago en la madre que... Aquí se va a armar.

Lukas, rígido, cuadró los hombros y apretó las manos en puños a los lados del cuerpo al detenerse delante de Roberto.

—Quiero hablar con Michela, apártate.

—Apártame tú si tienes huevos.

—Eres un matón, nunca has sido otra cosa más que un vulgar matón.

Francesca había derrapado al lado de Lukas y, en ese momento, alzaba las manos entre los hombres.

Las conversaciones habían cesado de pronto. La música, interrumpida. Todo el mundo murmuraba y contemplaba el patético espectáculo. Francesca quiso volverse y gritarles.

Parecían hienas, ahí paradas mirándolos expectantes, casi relamiéndose de gusto.

Roberto se había echado a reír. Una de esas risas que te congelaban hasta la médula espinal y que normalmente eran el anticipo de mucha sangre. Al menos, en las películas.

Francesca volvió la cabeza hacia Pastriani. Comprendió que el único que estaba disfrutando de ese momento era él.

—Roberto, sé razonable, tengo que hablar un momento con Lukas. Roberto, por favor. —Se empecinó Michela e intentó zafarse del apretón de Roberto.

La joven permanecía parapetada tras el corpachón del hombre, que la mantenía agarrada y le impedía moverse.

—Por favor, alégrame la noche y dame un motivo para partirte la cara —le dijo Roberto sin apartar los ojos de Lukas, ignorando por completo a Michela.

—¡Roberto! —exclamó Michela asombrada—. ¿Te has vuelto loco? Mira dónde estamos.

—¿Y este es el tipo con el que quieres estar? Un matón cualquiera que lo arregla todo a golpes —dijo Lukas rabioso mientras la buscaba con la mirada.

—No todo Lukas, no todo —replicó Pastriani con intención curvando los labios en una sonrisa siniestra.

Michela comenzó a golpearlo en la espalda al tiempo que le gritaba:

—¡Basta! ¡Qué estás diciendo! No te reconozco.

Francesca logró meterse en medio de los dos hombres. Con las manos extendidas, alternaba furiosos vistazos entre ambos.

—Por el amor de Dios, somos adultos civilizados. Hablemos con calma. Estamos escandalizando a un grupo de estudiantes universitarios.

—Quédate al margen, Francesca. Esto no va contigo —le habló Roberto en un tono seco y frío.

—Una mierda no va conmigo —se ofendió Francesca.

—No, esto no tiene nada que ver contigo, Biliardi. Así que mejor te quitas de en medio —replicó Pastriani tajante.

—Maldito bastardo arrogante— rumió Lukas entre dientes.

Michela, que no paraba de retorcer la mano que Roberto tenía agarrada, logró soltarse y le habló furiosa a su espalda.

—Paso de esto. Paso de ti. Me largo. Si quieres matarlo, adelante. Yo no pienso presenciarlo.

Roberto se dio la vuelta a la velocidad del rayo y comenzó a seguirla.

—Michela...

—En eso te has convertido ahora... —se mofó Lukas en voz alta —, en su perrito faldero. Es tan patético, Pastriani. Ni yo me arrastraría de esa manera.

Roberto elevó los ojos al cielo y vocalizó un gracias.

Y nadie lo vio venir. Un segundo estaba tocando el pomo metálico de la puerta, al siguiente había caído sobre Lukas con un puño bajo que dio de lleno en el estómago de Sabonis. El hombre se retorció de dolor y dejó escapar un gemido apretándose el estómago mientras Roberto cerraba el puño de su otra mano para encajarle un derechazo en la mandíbula que lo levantó del suelo y lo lanzó unos pocos metros. Cayó como un saco. El ruido sordo de la caída hizo que varios de los presentes apartaran la vista, horrorizados. Flora apareció de entre el mar de jóvenes y se quedó paralizada cuando vio a Roberto avanzar como una furia vengadora, implacable e imparable, hacia el lugar donde había caído su primo indefenso.

Roberto no le dirigió ni una mirada a la joven. Sin inmutarse, se ajustó la chaqueta y se acuclilló al lado del cuerpo de Lukas.

—Te avisé. Si te acercabas a ella, te destrozaba. La próxima vez no seré tan condescendiente.

Acto seguido se incorporó, y no se molestó en despedirse de nadie antes de abandonar la casa de Flora Sabonis en busca de Michela.

Cuando alcanzó la calle, miró desesperado a un lado y otro. Entrecerró los ojos. A lo lejos divisó la figura encorvada de Michela iluminada a intervalos por la luz parduzca que arrojaban sobre la acera las farolas de la calle. Se echó a correr en su dirección, esquivando bolsas de basura y otros desperdicios que encontraba a

su paso.

Michela no dejó de andar, al volver la cabeza atemorizada, cuando escuchó las pisadas de alguien que se aproximaba con pasos apresurados. Al ver de quién se trataba, el temor se transformó en ira ciega. Giró la cabeza al frente, apretó la mandíbula y siguió caminando, apurando el paso.

Roberto la agarró por la cintura segundos después, le dio la vuelta y la alzó pegándola a su cuerpo.

Michela ahogó un jadeo, movida más por un instinto natural de supervivencia, se agarró a las solapas de su chaqueta y comenzó a retorcerse y gritarle.

—¡Qué haces!

—Portarme como un neandertal. Creí que te ponía mucho.

—Bájame. ¡Ahora mismo! —chilló furiosa removiéndose a un lado y otro.

—¿Se puede saber hacia dónde ibas, amor? Es peligroso deambular sola por aquí a estas horas.

—¡Y a ti qué demonios te importa! Estabas muy entretenido buscando hacer trizas a tu mejor amigo.

—Me importa —retrucó él serio— todo lo que tú haces, piensas o dices. Me importa mucho.

—¡Una mierda! Eres un bruto. ¿Quieres soltarme? —Rabiaba entre dientes mientras luchaba intentando liberarse de las cadenas en las que se habían convertido los brazos de Roberto alrededor de su cuerpo. —Estás loco. ¡Bájame!

—Sí, loco por ti, ven aquí.

Y dejó que el cuerpo de ella se deslizara por el suyo, la tomó por la nuca y se pegó a su boca.

—¿Por qué eres así? —jadeó ella exasperada cuando logró reunir fuerzas y echó la cara a un lado.

—¿Así? ¿Cómo? —gimió él que, al verse privado de sus labios, había enterrado la cabeza en su cuello y le besuqueaba la piel.

Michela lo empujó y él la dejó ir. Ella retrocedió varios pasos.

—¿No te das cuenta de que Lukas está sufriendo mucho?

—Y a ti te mata que Lukas esté sufriendo mucho, ¿no? —le habló él en un tono mordaz, pasándose la mano por los cabellos.

—Pues claro que me duele, ¿qué clase de persona te crees que soy?

Roberto volvió a caer sobre ella ciñéndola a su cuerpo.

—Una buena persona. La mejor de todas, por eso te adoro. Dios, ¡cómo me pones cuando te cabreas! —exhaló él excitado y le buscó con desesperación la boca.

—Roberto, por favor...

Él bajó la vista y se miraron.

—¿Y qué quieres que te diga? —se exasperó él frustrado—. Yo no sufro por ese desgraciado. Después de lo que te hizo solo quiero matarlo.

—Es tu amigo o lo era. ¿Es que no sientes nada?

Pastriani se encogió de hombros con aire indiferente.

—Quizás, en un principio, sí que me sentí algo incómodo por fijarme en ti —comenzó a relatarle en voz baja. Dejó escapar una pequeña carcajada—. Tan *pijita* te veías que me daba risa. También me sacaba de quicio y envidiaba a Sabonis, llegué a detestarlo simplemente porque tú le sonreías y lo mirabas con cariño y yo quería esas miradas, esas sonrisas, ¡todo para mí! —pronunció con emoción apretándola a su cuerpo—. Me provocas tanta ternura, amor. Me gustaría llevarte lejos para que nadie te codicie, que seas solo mía, además, eres preciosa y tienes un cuerpo que me da ganas...

Volvió a buscarla con ansias, cayendo sobre su boca como un lobo hambriento, recorriendo con manos demandantes su cadera, la cintura y la apretaba y acariciaba justo en los sitios claves, aquellos que la hacían jadear.

—Roberto...

—Todo cambió —continuó él con el aliento contenido sobre su boca— el día que nos vimos en el Lanificio. Esa tarde sufrí una debacle y algo en mi interior me dijo que nos pertenecíamos el uno al otro y lo odié aún más porque él podía tenerte, tocarte... respirarte. —Le tomó el rostro entre las manos y la contempló con intensidad al jurarle—: Michela, te amo y... y todo esto se me ha escapado de las manos, no sé qué demonios me pasa contigo. No puedo controlarlo. Es lo que he estado intentando decirte. Jamás había experimentado esto. Nunca antes... Ah, Michela. Nadie me había provocado este enjambre de sentimientos que tú me provocas. Esto que siento por ti me sacude, también me acojona. Antes, en ese cuartucho con olor a desinfectante, cuando hemos empezado a discutir, me he sentido eufórico, como si alguien me hubiera chutado una dosis de algo muy potente en las venas. Verás, durante estas semanas he transitado por ahí como un zombi: caminaba, comía, trabajaba, dormía porque eran funciones que tenía que realizar, pero no lo disfrutaba. Dejaba que un día siguiera a otro y hacía lo que se suponía que tenía que hacer. Vivía sin vivir, si es que eso tiene algún sentido. Luego, tú apareces y me dices que me amas y comprendo que todo está bien en el mundo, que no necesito

de nada más en esta vida y me pregunto ¿qué cojones será de mí sin ti? Y odio esta sensación de indefensión que experimento cuando estoy contigo y, al mismo tiempo, no creo que pueda hacer nada para evitarlo. —Negó con la cabeza y suspiró—. No quiero hacer nada para evitarlo.

Michela lo observaba pasmada y embelesada a partes iguales. El padecimiento de él la perturbaba hasta el punto de que no se veía capaz de analizarlo. Conmovida hasta las lágrimas descubrió que estaba enamorada de un hombre tierno y maravilloso. También era un bruto, pero a ella le gustaba así. No le tocaría ni un pelo de su cabeza. Comprendía cada uno de sus reclamos, de sus miedos, cada absurdo sentimiento porque ella misma había padecido uno a uno los segundos de separación.

—Me gustaría —le confío él con la voz más pausada y le apartó con delicadeza unos mechones de la cara— que las cosas con Lukas no hubieran terminado así. Pero estando los dos enamorados de la misma mujer y después de que te agrediera, ¿qué esperabas que ocurriera? Desde luego, no nos ibas a ver abrazados llorando, solidarizándonos el uno con el otro y no nos vamos a reconciliar. No lo quiero cerca de ti.

—Eres tan intransigente.

—Sí, ya lo sé.

—¿Qué pasa? ¿No te fías de mí? —preguntó ella mirándolo a los ojos.

Tal vez él pensara que su amor era inconstante y voluble. No había demostrado otra cosa hasta el día de hoy.

—Oh, Michela —musitó él emocionado depositando un beso en la punta de su nariz—. Claro que me fío de ti, amor mío. ¡Qué preguntas haces!

—¡Qué preguntas quieres que haga! —se ofendió ella—. Lo haces ver como si yo fuera una niña medio tarada.

—No eres ninguna niña —le dijo riendo entre dientes. Le dedicó una mirada burlona de ojos entrecerrados— y, mucho menos, una tarada, pero eres inocente.

—¿Inocente? —Michela carraspeó de pronto nerviosa y agobiada—. ¿A qué te refieres exactamente?

—La forma en la que ves el mundo, a la gente, tu bondad... y cómo respondes ante las cosas... —Pensó en seguir hablando, explicarle que su inocencia era para él un cálido refugio; meditó si alguna vez él lo había sido, inocente, puro, quizás siendo muy niño. Justo en ese instante hubiera deseado serlo para ella. Llegar a ella virgen, que ella fuera lo único, lo primero y lo último. En cambio,

no tenía nada que ofrecerle, estaba corrompido, sucio de tanta basura y mendicidad que había vivido, de las cosas que había hecho, pero guardó silencio y fingió que todo iría bien. Le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

Michela quería borrársela de un puñetazo.

—¿Y esto te causa risa?

—Eso me vuelve loco y te deseo tanto, ¿y tú a mí? —comentó como de pasada mientras la sujetaba por la barbilla y le aplastaba los labios en un beso demoledor. Michela asintió y le devolvió el abrazo—. Venga, nos vamos a casa.

***

Cuando Lukas Sabonis llegó a su edificio y bajó del taxi, decidió que ese día no subiría a pie las escaleras, como hacía cada día después de llegar de la oficina. No contaba con fuerzas ni coordinación. Había estado bebiendo demasiado. Estaba machacado en más de un sentido y, para remate, con un ojo *au beurre noire*. Le pesaba la humillación sufrida, más de lo que se veía capaz de expresar con palabras. Por eso le sorprendió descubrir luz en su rellano al salir del ascensor y le sorprendió más aún la presencia de un bulto encapuchado, sentado y hecho un ovillo en la misma puerta de su casa.

Se puso alerta. Se quitó la chaqueta con cuidado y la dejó en el suelo para tener más posibilidades de movimiento. Podía ser alguien con la intención de robarle o uno de esos sicarios de la mafia. El caso de Inés estaba levantando ampollas en sectores importantes.

—Eh, tú, ¿qué demonios haces en la puerta de mi casa?

También podían simplemente pegarle un tiro y dejarlo allí tirado, desangrándose hasta morir. Maldita su suerte.

El bulto se movió y Lukas ahogó una maldición cuando la capucha cayó y se encontró con el rostro de Inés Soto.

***

El espectacular Maserati blanco de Roberto volaba por las calles

de la ciudad de Roma. Roberto había encendido el equipo de música nada más arrancar el coche. Le había comentado que tenía un sistema de sonido con *tweeters* de diamante y rejillas protectoras de Fibonacci de Bowers & Wilkins, que se iluminaban sutilmente para proporcionar una acústica digna de una sala de conciertos, con agudos cristalinos y naturales. Incluso se había molestado en señalarle dónde estaban instalados y cómo funcionaban. Y sí, debía ser cierto, porque la música parecía envolverlos y aislarlos del resto del mundo que iba quedando tras ellos.

Michela, ajena por completo a la música, a los baches en el camino, a los monumentos iluminados, a la gente y a los ruidos propios de la marcha nocturna en el barrio de estudiantes, se revolvía inquieta en su mullido asiento. Necesitaba hacerse con algo de aire. Parecía que el oxígeno en el interior de esa lujosa cabina mermaba. Si bien no se decidía a preguntarle si podía bajar la ventanilla porque, ¿qué diría eso de ella?, ya no soportaba la presión en el cuello del cinturón de seguridad. Cada tanto apartaba la hebilla. Iban a su casa para tener sexo y ella estaba a un paso muy pequeñito de sufrir un infarto. El corazón le iba a mil por hora, tenía las manos sudorosas y le estaba costando respirar. El tema de la respiración comenzaba a inquietarla. Tenía que tranquilizarse y relajarse. Solo era sexo, no un examen sobre política medioambiental. Se estaba comportando como si tuviera quince años y fuera virgen. Virgen e ignorante. Se agobió, momentos después, cuando meditó que no es como si ella manejara los sutiles entresijos de los encuentros sexuales. Miró con anhelo el botón de la ventanilla de la puerta de copiloto. Siempre había sido más bien torpe y algo desmañada con el aspecto físico de las relaciones. Él se iba a reír de sus patéticos intentos por parecer una mujer sensual. ¿Y si se decepcionaba con ella? ¿Y si la consideraba poca cosa? ¿Y si le descubría la celulitis o las estrías en su barriga fofa? Las muy mamonas habían aparecido ese verano. ¿Y si no disfrutaba con ella? Ay, señor. No estaba preparada para tener sexo con ese hombre.

—Tierra llamando a Michela, ¿hola? ¿Hay alguien por ahí?

Michela volvió de golpe a la realidad cuando la canción llegó a su punto álgido. La batería resonó como un cañón en el interior del pequeño habitáculo y la sobresaltó. Si no hubiera estado tan nerviosa, ni se hubiera sentido cohibida hasta el punto de la parálisis, le hubiera pedido que subiera el volumen de la canción para disfrutar de la música. También se hubiera recreado con la suave tapicería de cuero rojo y los esmerados acabados artesanales que Roberto le había comentado que los fabricaba una casa italiana,

Pelle frau.

No obstante, y, tal como estaban las cosas, lo perentorio era disimular.

—¿Ah? —se aclaró la garganta e impostando una voz firme le dijo en el tono más casual que pudo improvisar—. Bah, ni caso, solo estaba pensando tonterías. Estoy aquí, no te preocupes. ¿Qué grupo es ese? Nunca lo había escuchado.

Roberto se echó a reír y pulsó un botón del panel de mandos que había en su puerta. La ventanilla a su lado comenzó a descender con suavidad en el momento que atravesaban el puente Vitorio Emanuele II. El viento catabático procedente de las montañas se mezcló con la suave brisa que arrastraba el río y le golpeó en el rostro. Michela cerró los ojos y se apresuró a inhalar como si hubiera estado bajo agua mucho tiempo. Roberto puso los indicadores y tomó por una intersección. Colocó una mano en el muslo de ella y apretó ligeramente. Michela, que sintió ese contacto en lo más profundo de su útero, se dijo, más excitada que decidida, que le importaba una mierda que la considerara torpe, desmañada o un orco. Deseaba más que cualquier otra cosa en el mundo hacer el amor con ese hombre. Todo lo demás podía esperar. Incluida su respiración.

—Poets of the fall. Un grupo finlandés —contestó él—. La canción se llama *Carnival of rust*. Y para que conste, no me lo trago.

—¿El qué no te tragas? —replicó ella con una sonrisa tensa en los labios.

—¿Qué te pasa, cariño? No dejas de tamborilear con los dedos, con los pies. Hace un momento parecía como si te faltara el aire y casi puedo ver el humo escapando de tus orejas.

Michela se miró las manos y quiso darse de bofetones. Menudo papelón estaba haciendo.

Entrelazó los dedos, los apoyó sobre sus muslos y tomó aire.

—Estoy nerviosa. Lo que quiero decir es que estoy muy nerviosa.

En ese momento comenzó a sonar una canción que sí conocía bien. *Creep*, de Radiohead. Bien. Sencillamente maravilloso. ¿Esto era alguna clase de señal subliminal?

—¿Por venir a mi casa? —la interrogó él mirándola de reojo mientras giraba el volante.

—Sí.

—Pues ya somos dos —añadió él como si la cuestión fuera intrascendente.

—¿Estás nervioso?

—Claro.

—No creí que fueras de los que se ponen nerviosos.

Roberto rio por lo bajo.

—Te sorprenderías. ¿De qué crees que estoy hecho yo, Michela? A ver, cuéntame, ¿por qué estás tan nerviosa? ¿Solo es por el sexo o hay algo más?

Michela se echó a reír, más como un mecanismo para rebajar toda esa tensión que por el interés en continuar con esa conversación. Apoyó la cabeza contra el cabecero de su asiento. Era muy confortable y cálido. Puro lujo. Debía reconocer que ese coche era una obra de arte. Podría quedarse a vivir en ese vehículo.

—¿Lo del sexo te parece poco?

—En absoluto, y menos contigo.

Michela cerró los ojos apretándolos muy fuerte, avergonzada y horrorizada.

—Creo que has puesto las expectativas demasiado altas, diría yo —musitó ella con la voz apagada.

—¿Así que ahí está el problema? En las expectativas.

—No creo que sea buena idea hablar de eso.

—¿Por qué no dejamos las expectativas en el cajón donde deberían estar? Aparcadas hasta más adelante. Nosotros nos dedicamos a vivirlo, ¿te parece?

Michela, que seguía con los ojos cerrados, elevó las comisuras en una tenue sonrisa.

—De acuerdo —murmuró ella sin demasiada convicción.

Una verja metálica negra se abrió delante de ellos con un suave chirrido. Ella abrió los ojos de par en par y Roberto accedió con el coche. La verja dio paso a un pequeño camino adoquinado, rodeado de pequeños arbustos recortados inundados de florecillas. A un lado, había un enorme ciprés centenario que tapaba las vistas de la casa. Frente a ellos, se alzaba una coqueta marquesina que servía de *parking*. Allí estacionó el coche Roberto.

—Ya llegamos.

—Ah, llegamos. Bien.

La luz de techo del vehículo se encendió e iluminó el interior de la cabina.

Michela, sabiéndose observada, hizo el intento de quitarse el cinturón de seguridad, pero las manos le temblaban tan violentamente que se veía incapaz de dar con la jodida palanquita.

Roberto la contemplaba enternecido.

Cuando comprendió que Michela no lo lograría, alargó el brazo y apretó la clavija. Ese comportamiento nervioso y torpe, que en cualquier otra persona lo hubiera sacado de quicio, en ella lo

conmovía. Le despertaba el instinto protector, ese anhelo tan exacerbado que sentía por ella. También incrementaba las ansias por comérsela a besos. Respiró y se instó a conservar la calma y a obrar con prudencia.

«Abalanzarte como un hombre de las cavernas no la va a ayudar».

El clic del cinturón resonó como un cañonazo en la quietud del interior del vehículo. Michela, sin saber qué hacer con sus malditas manos, estaba convencida de que Roberto ya se estaba arrepintiendo de haberla invitado a su casa. Dios, estaba haciendo un ridículo espantoso. ¿Y por qué esa dichosa luz no se apagaba de una vez? Mientras habían estado en penumbras se había sentido relajada. Ahora, siendo objeto de una inspección más minuciosa, se sentía morir. ¿Y por qué narices no podía calmarse?

En ese momento, Roberto la tomó por la barbilla y se aproximó a ella, reclinándose en el asiento. El cuero rojo de la tapicería crujió bajo su peso. Michela se sintió embriagada con ese verde tan nítido de sus ojos cuando sus miradas se encontraron. Tenía un color cautivador. La subyugaba. Roberto Pastriani poseía la mirada más hermosa que ella había visto en un ser humano. No era, en realidad, su color tan puro y cristalino, tampoco lo era con exactitud la forma de sus ojos, algo alargados y con los párpados ligeramente caídos. Era la manera que tenía él de mirarla. Todo lo que le provocaba en el cuerpo y en el corazón.

—Eres perfecta y adorable —dijo él, de pronto—. Hermosa hasta el delirio y me vuelves loco. Te deseo como no he deseado, ni desearé jamás, a ninguna otra mujer. Y me importa una mierda lo que tú creas que va a pasar en mi casa. Será perfecto y jodidamente espectacular, como todo lo que lo que tiene que ver contigo. ¿Te ha quedado claro, Michela Hauffman?

Ella asintió con la cabeza y luego negó. Después volvió a asentir cuando lo vio arquear una ceja, para negar de nuevo segundos más tarde, porque no tenía sentido mentirle.

Agachó la cabeza y apretó las manos sobre la falda.

—No soy muy mañosa... y estoy segura de que tú eres... Bueno, en fin...

—Mujer exasperante. No estás haciendo ninguna tesis. Cállate y bésame.

Ella arrugó el entrecejo, frustrada.

—Roberto, en este preciso momento, no puedo ni moverme.

Pastriani le soltó la barbilla, sacudió la cabeza y salió del vehículo. Al cerrar la puerta, se apagó la lucecilla. Rodeó el coche y

abrió la puerta del copiloto. Y otra vez volvió a quedar bajo el foco directo de la luz. Pastriani se inclinó, con los brazos apoyados en la puerta, y la miró con una sonrisa. Michela le envidiaba la seguridad con la que se movía. La sutil economía de sus movimientos. Precisos, elegantes, medidos. Y ella que se veía incapaz de alargar una mano.

—Dios, ¿qué voy a hacer contigo?

Michela le devolvió una mirada insegura y se encogió de hombros.

Roberto la observó embelesado durante varios segundos.

«Estoy enamorado de ti. Estoy tan jodidamente enamorado de ti».

Pastriani metió la cabeza en el interior de su vehículo y haciéndole a un lado los brazos, que ella había anclado en torno a su cuerpo, le apartó el cinturón que llevaba atravesado en el pecho, y le tomó la mano para sacarla.

El apretón de la mano de Roberto fue sólido y firme. La hizo sentir segura. A salvo. En casa. Él era su hogar. Al mirarse volvió a sentirlo, la conexión entre ellos. Así de simple, de mágico y de extraño era todo con él.

La apoyó contra la carrocería y cerró la puerta. Las luces delanteras y traseras de los faros parpadearon dos veces y se oyó un pitido. Pastriani apoyó las manos a los lados de ella, sobre el capó, encerrándola entre su cuerpo y el vehículo.

—Me he dado cuenta de que te gusta aprisionarme contra las cosas —habló ella con más confianza de la que en verdad sentía.

Roberto, esbozando una sonrisa torcida, se pegó a ella dejando que la erección se le clavara en el vientre. Michela entrecerró los ojos y apretó los muslos y el puño donde llevaba sus bragas sucias y arrugadas.

—Me gusta todo contigo, ¿no lo has entendido aún? —señaló él arrastrando la voz.

No, al parecer ella no entendía nunca nada. Pero no se lo explicó, porque él le introdujo una mano por la camiseta y le acarició casi con reverencia la piel desnuda de su vientre. Michela cerró los ojos y apretó los labios.

—Joder, ven aquí...

Y antes de terminar la frase ya le había metido la lengua en la boca. La había sujetado por la nuca, y clavándole los dedos en la cintura, la había arrancado del coche.

Estaban caminando hacia lo que Michela suponía era la puerta de la casa, y decidió que también ella se moría por tocarlo. Se ancló

a su cuello y se arrimó a su cuerpo con desesperación. Todas sus dudas y cuestionamientos quedaron olvidados, relegados a un rincón de su cerebro, para ser analizados en otro momento.

Michela no llegó a comprender con qué mano había logrado él abrir la puerta porque ella las sentía sobre cada pulgada de su piel, recorriéndole el cuerpo entero. Sin embargo, lo había hecho, porque escuchó el porrazo que dio al chocar contra la pared y estuvieron dentro de la vivienda. Luego creyó oírla cerrarse con un sonoro *pum*, aunque tampoco estuvo muy segura. Ellos deambulaban medio ebrios, dando tumbos por un pasillo, mientras se arrancaban la ropa.

—Bienvenida a casa —murmuró él sin separarse de sus labios—. Por allí hay un pasillo. Nada interesante. Aquí frente, una bonita sala de estar que rara vez uso —le explicó separándose de sus labios el tiempo justo para subirle la camiseta.

Michela, molesta con él por alejarse de su boca, jadeó, estiró los brazos y cerró sus dedos en torno al cuello de su camisa, buscándolo desesperada. Dejó escapar un gemido cuando sus lenguas volvieron a encontrarse. No le dedicó ni una mirada apreciativa a la habitación

—Por allí hay un baño... creo —farfulló él mientras le arrastraba los labios por la mandíbula.

Le sacó el sujetador con un gruñido y lo lanzó por las escaleras. Michela, aprovechando la coyuntura, tiró hacia atrás de las solapas de su chaqueta. Se sintió exultante cuando logró arrancársela.

En un instante que la joven abrió los ojos, cayó en la cuenta de que había varias lámparas de pie encendidas a lo largo de su camino y de que subían por una escalera recta. No había sido consciente de que se movían hasta ese momento. Vio volar lo que le pareció que era una de sus bailarinas, también los zapatos de él, segundos antes de volver a cerrar los ojos. Roberto le estaba masajeando uno de los pechos con la palma de su mano. Sintió otro jalón cuando él le arrancó la falda. Sin embargo, ella andaba atareada con los dedos incrustados en la tela de su camisa intentando sacar la maldita cosa del confinamiento del pantalón.

—Por ahí está... no sé qué cojones hay allí. Y me importa una mierda —rugió él antes de acunarle una de las nalgas y empujarle las caderas contra su erección.

—¡Aaaah...!

Volvió a aplastarla contra la pared al llegar a un descansillo. Ella ahogó un jadeo cuando su piel desnuda hizo contacto con la frialdad del ladrillo. Se olvidó de todo una vez que él se pegó a ella

y las palmas de sus manos comenzaron a recorrerle el cuerpo desnudo. Y entonces, solo hubo calor, deseo y ansias. Una pierna de ella se enroscó en la cadera de él y tiró de su cintura. Roberto comenzó a refregarle la erección contra el sexo, en un movimiento ascendente y descendente que la dejó anhelante y descontrolada. Sujetándola por el cuello le echó la cabeza hacia atrás, apartándole el cabello y, mientras le masajeaba un pecho, le recorría con los labios la piel del cuello succionándole la arteria carótida. Descendió hasta hurgarle con la lengua en el sinoide vascular: ese hueco que conformaban sus clavículas y que a ella se le antojó la caricia más sublime de esa noche, hasta que Roberto se inclinó para meterse un pezón en la boca y chupárselo, mamando de él como si se estuviera alimentando. Y Michela decidió que no, que esa era la caricia más erótica que había recibido jamás. De cualquier manera, no iba a aguantar mucho más así. En puntas en pie y haciendo equilibrios para sostenerse, estaba a un paso de caer redonda al piso.

—Dios, me muero por ti —gimió Pastriani desesperado contra la piel de su garganta.

Dejó caer la cabeza hacia adelante, le tomó el rostro entre las manos. La besó con fuerza, le mordió la oreja y luego susurró en el oído:

—Michela, tócame, por favor.

Ella, que estaba a un paso de conseguir quitarle la camisa y deseaba más que cualquier otra cosa acariciarlo, tocarlo y embeberse de él, deslizó las manos hasta la hebilla de su pantalón. Y manejó el cinturón con una destreza que la dejó boquiabierta. Logró pasarlo por las presillas del pantalón y lo dejó caer al suelo. El porrazo que dio al hacer contacto con el piso de madera casi la hizo prorrumpir en vítores. Con dedos temblorosos le hurgó el botón y le bajó la cremallera. Ambos contuvieron la respiración cuando el pantalón se deslizó por las fornidas piernas de él hasta formar un remolino de carísima manufactura italiana en torno a sus tobillos. Roberto lo hizo a un lado y volvió a su boca. Con la lengua le saboreaba las encías, el paladar... Michela se erizó al sentir la cabeza de su erección presionando contra su sexo desnudo. Solo la delgada tela de la ropa interior de él los separaba en ese momento. Michela deslizó las manos por el interior de su calzoncillo y se lo bajó, hasta amasarle los cachetes del culo. Se los apretó con fuerza. Roberto gruño y le mordió los labios. A ella le frustró no poder hundir los dedos, como él hacía con ella. Pero estaba tan prieto y duro que era imposible. Parecían esculpidos en piedra.

—No tengo paciencia para esto —gruñó Roberto, entonces.

Y calzándole las manos bajo el trasero, la alzó en vilo, recorrió un tramo del pasillo y torció a la derecha. Abrió, de par en par, unas puertas dobles y se abalanzó como un poseso contra la cama. Cayeron enredados en una maraña de brazos, piernas y mucha piel desnuda. Rodaron por la cama, hasta que él se impuso con una facilidad humillante y la apretó bajo su cuerpo contra el colchón. Pastriani terminó de arrancarse la camisa y pateó los calzoncillos fuera de la cama. No le podía haber dado tiempo de echar mano de un condón en su mesilla de noche cuando ya lo tenía nuevamente encima. En realidad, y para ese entonces, ninguno sabía quién besaba el qué, quién tocaba qué, o qué demonios andaban saboreando y masajeando cada uno del otro. Los jadeos iban aumentando. La ferocidad con la que se buscaban, se lamían y se mordían se disparaba. Michela dejó que sus manos se perdieran entre los bíceps definidos de sus brazos, en las ondulaciones que formaban los deltoides en sus hombros, hundiéndole los dedos en los músculos dorsales que parecían cincelados sobre su piel. Una piel cálida, soberbia. Besaba, lamía y chupaba cualquier parte que alcanzara de él. Era embriagador. Sentía la presión que ejercía él contra sus caderas, buscándola, excitándola y adorándola. ¿Podía uno morirse de placer? La cabeza de Michela daba vueltas y más vueltas. Roberto serpenteaba sobre el cuerpo de ella, amasándole la carne, saboreándole los pezones, mordiéndolos, lamiéndole las costillas, y hurgándole en el ombligo. Hasta que logró abrirle las piernas y hundir la lengua entre los pliegues viscosos de su vagina...

Michela echó la cabeza hacia atrás y un ronroneo profundo y agudo escapó de su garganta. Sus manos volaron a la cabeza de Roberto, clavándole las uñas en el cuero cabelludo.

—Abre más las piernas. Sí, así. Dios, eres deliciosa. Amo ese sonido.

Sostenida en un agónico abismo de éxtasis sexual, él hacía rodar su lengua alrededor de su clítoris, golpeándolo, una, dos, tres veces, y luego se apartaba y se dedicaba a besuquearle la piel suave de las ingles. Estuvo a punto de correrse hasta en tres ocasiones. Las piernas le temblaban tanto que la hacían sacudirse, le ardían la planta de los pies, pero él la dejaba ahí... agonizando...

—Coloca tus piernas alrededor de mi cuello, cariño —dijo él soplando las palabras sobre su vagina.

—No puedo más, Roberto, por favor... —gimoteó ella resignada y dolorida.

—Podría correrme solo escuchando tu voz en este momento —susurró él lamiéndole el sexo con una pasada lenta y torturante.

Con las manos le masajeaba la piel de sus muslos.

Michela chilló, se arqueó y dejó escapar el aire retenido. Se soltó del cabello de él, estiró las manos a los lados de su cuerpo y tomó las sábanas en puños apretados.

—Ah..., por favor, no pares... no pares —le urgió con desesperación. Lo sentía tan cerca ya.

—No, amor, no paro, pero quiero estar dentro de ti cuando te corras —le pidió él en un murmullo gentil que, por lo inesperado, le produjo ternura. Tan diferente del tono desapegado que siempre empleaba con todos. La conmovió que le pidiera permiso.

—Sí —gimoteó ella—. Hazlo, Roberto, por favor...

Roberto alzó la cabeza y subió por su cuerpo, besándole un punto de su vientre cerca del ombligo, lamiendo una depresión de su costado. Cada roce la hacía estremecerse y jadear. Sus miradas se encontraron cuando se posicionó sobre sus caderas. A Michela se le inundaron los ojos de lágrimas. Y Roberto pensó que no era posible sentir por otro ser humano lo que él experimentaba por esa mujer. Después de besarle los labios varias veces, se encorvó un poco para colocarse el preservativo. Ella parpadeó en un intento por ahuyentar las lágrimas que la avergonzaban y mortificaban. Enterró la cara en el pecho de él. Roberto se inclinó y le acarició las mejillas húmedas con la punta de la nariz, depositando besos suaves en su barbilla, por encima de sus párpados y la frente.

—Te amo tanto, amor mío —decía él entre beso y beso—. Es más que eso. No soy capaz de expresarlo con palabras. No sé qué me pasa contigo. Ah, Michela, hasta que te conocí no comprendía que uno podía amar así. —La hizo mirarlo cuando le juró—: Me dejaría matar por ti.

Y la firmeza con la que le habló, el fuego que ardía en sus pupilas verdes y la manera en que la apretaba, le erizó la piel del cuerpo entero y le provocó un quebranto. Un absurdo e inusitado temor la asaltó entonces. Le tomó el rostro entre las manos y sacudió la cabeza, atemorizada.

—¡Eso nunca! —exclamó, asustada y nerviosa, aterrada ante la posibilidad de perderlo—. No vuelvas a decir eso. Tu vida, no. Jamás. Dios, no sé qué me pasa. No sé por qué estoy llorando.

—Si te hago esto... ¿tienes ganas de seguir llorando?

Antes de que ella pudiera preguntar a qué se refería, él ya se había metido un pezón en la boca y lo succionaba con glotonería.

Michela gimió y se removió bajo su peso, buscándolo.

—Te deseo, Michela, no puedo más. Voy a explotar y prefería hacerlo dentro de ti.

—Yo también te deseo. Mucho, muchísimo. Oh, Dios, Roberto...

—Rodéame la cintura con tus piernas. Sube un poco más los pies. Así está perfecto.

¿Estás cómoda, amor?

Michela jadeó por toda respuesta.

Roberto afianzó los codos a los lados de su cuerpo y comenzó a recorrer con el pene los pliegues empapados de su sexo, mientras la besaba en el rostro, en la frente, en la nariz, en los labios también. El cuerpo de Michela tan tenso y sobreexcitado comenzó a sacudirse.

—Oh, señor...

—¿Ya no lloras? —le preguntó divertido, mientras la mortificaba frotándole la erección en la entrada de la vagina.

—Ah, por Dios...

Michela contuvo la respiración y se preparó cuando lo vio apretar el ceño y cerrar fuerte los ojos. Y en el momento en que se hundió en su interior, ella echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un jadeo pesado, largo, infinito. Su cuerpo se envaró bajo el peso de su cuerpo y explotó en un orgasmo incendiario. Roberto rugió, olvidando toda la ternura inicial, y comenzó a moverse en serio.

—Apriétame, Michela. Más. Joder, sí, así.

Michela, ahogada por los últimos espasmos de su clímax, con las rodillas clavadas a los lados de su cadera, permanecía con las manos abiertas y los dedos enterrados en su espalda. Iba a desfallecer. Las sensaciones eran tan fuertes, tan inquietantes, que le comprometían cada fibra de su ser, cada músculo y cada terminación nerviosa. Incluso el cuero cabelludo lo sentía tirante. Todo el cuerpo convulsionaba bajo las potentes sacudidas de ese hombre. Ella gritaba y gemía desesperada, apretaba los ojos y se mordía los labios, en un vano intento por dar salida a todo ese tumulto inconmensurable de placer físico. No podía ser que fuera a correrse nuevamente.

Las caderas de él la embestían con violencia hasta enterrarse en lo más profundo de su vagina. Parecía que quisiera llegarle al útero. Y tal vez lo conseguiría. Para ese entonces, ella lo creía capaz de todo. Michela elevó los brazos y se aferró al cabecero de la cama, clavando los dedos en la suave piel, buscando no sabía muy bien el qué, quizás un punto de apoyo. Roberto alargó a su vez una mano y agarró en un puño sus muñecas, estirándole los brazos. La presión de su mano sobre la piel le causaba dolor, pero ella no se quejó. Le gustaba ese dolor. La excitaba. Todo lo que estaba viviendo la volvía loca. La sólida presión de sus dedos alrededor de sus

muñecas. El roce de sus muslos duros y fibrosos que se frotaban contra los suyos. La manera en que se le hinchaban los músculos de los brazos cada vez que se impulsaba. La afectaba en especial el sonido de su respiración fatigosa, como si se encontrara agonizando, y los gruñidos cuando la penetraba. La enardecía el movimiento circular que hacía él contra sus caderas, y la sacudida brusca de su polla cuando lograba alcanzar el punto más profundo. Las embestidas se fueron recrudeciendo. Sus bocas se encontraron y él le hundió la lengua y la saboreó al ritmo de los empujes de sus caderas. Y los gemidos y jadeos agudos de ella se mezclaron con los más profundos de él.

—Dios, Michela...

Su voz no fue más que un susurro reverencial y a ella le conmovió afectarlo de esa manera. También la hizo sentir poderosa.

—Joder, Michela, apriétame un poco más, sí, así, Dios...

Volvió a ocurrir. El orgasmo la devoró. La hizo apretar los párpados, arquear la espalda y sacudirse violentamente. El calambre le recorrió el cuerpo de arriba abajo. Roberto continuó bombeándola con ferocidad. Con cada envión de él se le repetía el clímax, y así una y otra vez. Roberto gruñía perdido en su propio éxtasis hasta que lo escuchó rugir.

Michela abrió un instante los ojos. La imagen de él, con los ojos fuertemente cerrados, las aletas de la nariz dilatadas, la boca entreabierta, la cabeza apuntando al techo y cada tendón de su cuello tenso y tirante, la hizo contener el aliento. Los brazos de él la envolvieron, la apretaron, casi cortándole la respiración, y colapsó un segundo después sobre el cuerpo de ella.

Transcurrido un tiempo, parecieron volver en sí. Ninguno de los dos fue capaz de hablar. Se limitaron a buscarse las miradas y contemplarse estupefactos con la respiración entrecortada. Roberto salió de su interior y ella frunció el ceño. Lo sufrió como la pérdida de algo vital, como si le hubieran arrancado una parte de su corazón. Quiso rogarle que siguiera en su interior, que sin él no podía vivir.

«¿Es normal sentir así?», se preguntó Michela mientras estudiaba el rostro de Roberto. Él le devolvía una mirada tan ardiente y salvaje que la hizo sonrojarse y desear apartarse de tan intenso escrutinio. Con Lukas jamás había sentido de esa manera, ni tan siquiera algo remotamente parecido. Con nadie antes que él.

Ahora comprendía a Lucianna Petra y su desesperación por buscarlo, por retenerlo a como diera lugar. En realidad, compadecía a todas las amantes que él hubiera ido coleccionando a lo largo de

su vida. Haber experimentado este carrusel inacabable de sensaciones físicas, perderlo y tener que conformarse con el sexo ordinario, debía ser de pesadilla. Una no podía recuperarse de algo así. Era imposible. Cerró su mente a esos pensamientos inoportunos. ¿Por qué la agobiaban en esos momentos? No, no quería pensar en nada de eso. Tenía a Roberto. Era suyo. La amaba. Él se lo había jurado esa noche infinidad de veces.

¿Se lo habría dicho también a las otras? Se descorazonó al caer en la cuenta del desfile de mujeres que habrían transitado por esa habitación. Ella era una más.

Roberto se hizo a un lado. Más bien se dejó caer sobre el colchón porque no tenía fuerzas para nada más. Y en el mismo movimiento sujetó a Michela por la cintura y la pegó a su piel húmeda. Se inclinó a un lado y se le echó encima, colocándole un muslo sobre la cadera y la circundó con sus brazos. Probablemente debía dejarla ir, meditó con pesar. Permitirle asearse. También debería hacerlo él, pero no contaba con fuerzas y no quería separarse de ella. Tal vez a ella le repugnara todo ese sudor.

No pensaba soltarla. No podía aún.

Joder, ¿qué había sido eso que había ocurrido entre ellos? No lograba dar con las palabras precisas. Cualquier ser humano mataría por el orgasmo que esa mujer acababa de regalarle.

Enterró la cara en el pelo de ella, aspiró su aroma y ronroneó. Toda la estancia estaba impregnada con esa esencia de ellos: floral y especiada, algo picante debido al sexo compartido. El mejor sexo que había tenido en toda su maldita y jodida existencia. Desde esa posición, la estudiaba. Ella estaba sonrosada y tenía el ceño fruncido. Estudiaba con insistencia las vigas de madera del techo de su dormitorio y, mientras, jugueteaba con los dedos sobre la almohada. A saber, en qué disparates estaría pensando.

«Oh, Michela, ¿qué voy a hacer contigo? Me estás sacudiendo la vida».

—¿Estás bien? —preguntó él en voz baja. Su nariz le recorría el cabello negro, aspirando su olor. Michela giró el cuello y le sonrió.

—Más que bien, diría yo —musitó ella y se echó a reír. El sonido cristalino de su risa lo hizo sonreír.

—He sido un poco bruto, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

Roberto colocó la palma de su mano abierta sobre su estómago, recorriéndole con los dedos el vientre algo abultado. Tan suave tenía la piel, tan delicada. Lo volvía loco. Subió por su estómago para trazar cada una de sus hermosas costillas y hundió las uñas en

la piel más delicada debajo de sus pechos. Michela contuvo la respiración.

—Puedes ser así de bruto las veces que se te antoje —exhaló ella casi en un suspiro.

—Ah, ¿sí? —se rio Roberto. Se impulsó y se apoyó sobre un codo. Se dedicó a perfilarle el rostro con su dedo índice—. Las veces que se me antoje. ¿Es una promesa?

Y cuando lo preguntó, le sujetó la barbilla buscándole los ojos. Tenía el semblante serio cuando sus miradas se encontraron. Los dos supieron que le preguntaba otra cosa.

—Es una promesa —corroboró ella inclinando la cabeza a un lado y dedicándole una sonrisa luminosa, enorme.

—Te amo, Michela —soltó él porque no podía evitar decírselo a todas horas.

Ella, dichosa y absurdamente desinhibida, le lanzó los brazos al cuello y él la recibió riéndose. La ciñó contra su pecho y la besó varias veces en los labios.

—Yo también te amo, Roberto —le dijo ella emocionada entre beso y beso—. Eres lo más bonito que me ha pasado en la vida.

—¿Sí? ¿Lo más bonito? —preguntó él cohibido.

Michela, intuyendo una tierna inseguridad tras la pregunta, se lo comió a besos mientras le recitaba:

—Lo más bonito, lo más intenso, lo más pasional, lo más sublime, lo más maravilloso. Y bésame, porque ya no se me ocurren más calificativos.

—Creo que puedo añadir unos cuantos más —señaló él segundos antes de aplastarle los labios en beso rudo y húmedo.

Rodaron por la cama. Las manos se volvieron cada vez más osadas y los jadeos se convirtieron en gemidos. Antes de que ella pudiera darse cuenta, Roberto se había hecho con otro preservativo y mordía el envoltorio, segundos antes de colocárselo.

—Dios, te amo, Michela... me vuelves loco. Date la vuelta, quiero verte el culo mientras follamos.

—¡Roberto!

—No te escandalices, cariño. Ah, mi niña tímida. ¿Qué podemos hacer con eso?

—Una semana contigo y creo que la timidez se me va a ir a hacer puñetas.

De repente, la tomó de la nuca con ferocidad, alzándola sobre el colchón y la besó con fuerza en los labios, casi con rabia. Sus ojos verdes ardían desafiantes cuando la miró.

—Solo conmigo, Michela, con nadie más.

Y más que una declaración, lo pronunció como una amenaza.

—Solo contigo, Roberto y tú solo conmigo —le refutó ella agarrándolo de los brazos. Parecían de acero. ¿Cuántas horas le dedicaba ese hombre al ejercicio?

Pastriani asintió con seriedad y sus labios se estiraron en el inicio de una sonrisa. Michela ahogó un grito cuando Roberto, sin mediar la palabra, le dio la vuelta y la alzó hasta que ella quedó a cuatro patas sobre el colchón. La sujetó por la cintura y la arrastró hasta el borde de la cama. Con los pies colgando por los laterales del colchón, se dedicó a acariciarle la parte baja de la espalda y cada una de sus nalgas, rozándole con los dedos y, casi sin intención, la entrada del ano.

—Eres deliciosa, tienes un culo precioso. Lo adoro —y diciendo esto le besó una nalga.

Michela se echó a reír de forma nerviosa, la idea de él besando su trasero la excitaba y la inquietaba a partes iguales.

—Disfrutará mucho cuando le haga el amor a este hermoso trasero que tiene —dijo mientras le masajeaba los glúteos enterrándole las yemas de los dedos en la piel mórbida.

Ella, roja de vergüenza, prefería no pensar en que él le estaba admirando el trasero. Una parte de su cuerpo que no era especialmente bonita. Más bien al contrario. Lo tenía muy ancho. Los vaqueros le quedaban fatal.

—Ay, por favor, cállate —jadeó ella y dejó que la cabeza le cayera sobre el colchón.

Inclinándose sobre su espalda, Roberto comenzó a hurgarle entre los pliegues de la vagina que ya estaban empapados, y al tiempo que le masturbaba el clítoris, le depositaba besos húmedos a la parte baja de su espalda.

Michela alzó la cabeza y giró el cuello en un movimiento súbito, cuando sintió la boca de Roberto en la entrada de su culo. Por el amor de...

—Roberto, ¡qué haces!

—Besarte, creí que era muy evidente.

Y se sintió morir de placer, también de vergüenza y apuro cuando la lengua le recorrió la abertura del ano. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo.

—Oh, Dios mío...

Y no pudo evitar arquear la espalda y contraer la vagina. Se le habían hinchado los pechos y tenía tensos los pezones, las puntas apretadas hasta causarle dolor.

—¿Estás cómoda? Te siento tan tensa.

—No creo que pueda, Roberto. Esto es demasiado para mí.

Y antes de terminar la frase, Roberto volvió a girarla, tomándola de la cintura y Michela cayó despatarrada sobre el colchón. Roberto, riéndose, subió a la cama y se sentó a horcajadas sobre ella. Michela contempló durante un segundo su pesada erección, hasta que desvió la mirada. Pastriani, con las manos convertidas en puños apoyadas a los lados de su cabeza, se echó a reír.

—Ah, Michela, aquí solo estamos tú y yo. Y somos libres de hacer lo que nos plazca. ¿Sientes vergüenza o asco? ¿Es por un tema religioso?

—¿Religioso? —musitó ella sin voz. Carraspeó y se aclaró la garganta—. No, qué va. Es que no es algo muy... usual. No sé, es que me da un poco de vergüenza.

—Nada entre tú y yo es usual, cariño. He ido muy rápido, soy muy bestia, nada de culos, ¿pero algún día me dejarás que te muestre lo delicioso que puede ser?

—No puedo argumentarte nada mientras estás espléndidamente desnudo encima de mí.

—Entonces no argumentes, por dónde íbamos...

—Ah, Roberto, bésame...

—Siempre.

Sus labios se fundieron en un beso que fue subiendo en intensidad. Michela elevó las manos que rodearon el cuello de él y se arqueó buscando la calidez de su cuerpo, tan firme, tan sólido. Roberto la estrechó por la cintura y antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría, se había enterrado en su interior y había comenzado a mecerse contra su pelvis.

Horas después, Michela abrió los ojos. Se removió satisfecha cuando sintió la piel cálida, dura y flexible de Roberto a sus espaldas. Sus brazos la rodeaban. Se había molestado en cubrirlos con una colcha. Después del último orgasmo, ella había caído frita sobre él. ¿Qué hora sería? Aún era noche cerrada. La estancia quedaba iluminaba tenuemente gracias a la suave luz de luna que se colaba por las ventanas del dormitorio. Ja, con el dormitorio. Su casa entera cabía en esa habitación.

—¿Todo bien? —le habló él desde su espalda con la voz ronca.

—Lo siento, no quería despertarte —susurró ella.

—No pasa nada, ¿todo bien?

—Sí, sí, te quiero, duerme.

—Te quiero. —Y su voz no fue más que un murmullo quedo hasta que su respiración volvió a ser uniforme.

Michela rio divertida y se pegó un poquito más a su cuerpo

caliente, frotándose contra él. Agotada e inmensamente feliz.

Cuando volvió a abrir los ojos ya era de día. No tenía ni repajolera idea de la hora que podía ser. Por la intensidad de la luz del sol que se filtraba desde los resquicios de las contraventanas cerradas, debía ser bien entrada la mañana. ¿Quién las había cerrado? Recordaba que habían estado abiertas durante la noche. Sacudió la cabeza. ¿Y qué más daba?

Pateó las sábanas y se estiró encogiendo los dedos de los pies. Luego arqueó la espalda, sonriendo como una idiota. Jamás en toda su vida se había sentido tan feliz, tan dichosa y tan dolorida. Le dolían músculos que jamás antes de esa noche había ejercitado. Por conocimientos de anatomía básica comprendía que tenían que estar por ahí, entre sus piernas, abdomen y brazos, pero hasta el día de hoy no había sido muy consciente de ellos.

Se echó a reír de forma absurda, y de pronto se llevó la mano a la boca y guardó silencio. Roberto no se había movido.

Miró a un lado y la embargó una felicidad delirante. Roberto, boca abajo y con los brazos estirados, había apartado todas las almohadas contra el cabecero y dormía profundamente. La tentación de acariciarlo era demasiado fuerte. Ella volvió a tumbarse a su lado, con mucho cuidado para no despertarlo, y se dedicó a embeberse con su figura. Qué ejemplar más magnífico de espécimen era ese hombre. Todo en él rezumaba masculinidad, virilidad y fortaleza. Incluso así, relajado por el sueño, su cuerpo parecía enviar un mensaje claro para cualquiera. Una advertencia sutil. Quizás por la forma en la que sus manos estaban apoyadas en la cama, con los puños apretados sobre el colchón. O la posición de sus piernas, algo abiertas y tensas, como si en un instante pudiera abrir los ojos y atacar con contundencia. La imagen de tipo duro se veía un pelín deslucida por culpa de su cabello que, revuelto alrededor de la cabeza, le caía en desorden por la frente. Le hacía parecer un niño rebelde. Se le veía casi inocente, perdido en algún sueño dulce. Y, de repente, ella tomo consciencia. Parpadeó varias veces y se dejó caer sobre el colchón, boca arriba. Ahogó un jadeo.

Apenas podía creerlo. Era la primera vez, desde que tenía uso de razón, que no había sufrido una sola pesadilla. Se incorporó de golpe de la cama y se llevó las manos a la boca. No podía ser. Tal vez sí que había soñado, pero como siempre le ocurría, no recordaba nada. Lo extraño era que tampoco tenía esas espantosas sensaciones que le recorrían el cuerpo. No había terror ni lágrimas, parálisis o arritmias. No sentía que alguien le hubiera arrancado el corazón de golpe. Dios bendito, ¿se habría librado de una vez y

para siempre de las pesadillas? El subidón de adrenalina que experimentó fue tan potente que tuvo que incorporarse de la cama. Como una posesa, comenzó a pegar brinquitos aquí y allá. Hasta que se topó con una chimenea de ladrillo envejecido, de un tono algo más oscuro que el de los tablones de madera del suelo. No había visto esa chimenea la noche anterior. Arqueó una ceja. La noche anterior no había visto gran cosa de la casa. De nada más, en realidad, que no fuera Roberto Pastriani en toda su gloriosa desnudez.

Arrugó el entrecejo e inclinó la cabeza a un lado. ¿Una chimenea? También había un leñero en frente a rebosar con troncos y un cubo con varios atizadores de hierro forjado. Giró el cuello y miró más allá, hasta la cama. Observó al hombre, que seguía plácidamente perdido en sus sueños. Roberto tenía una chimenea en su dormitorio. ¿No había dicho que le gustaba la Edad Media? Meneó la cabeza divertida y se dio la vuelta para recorrer la habitación. Era amplia y muy luminosa.

Al fondo, una pared de ladrillos envejecidos en tonos blancuzcos enmarcaba una hilera de enormes ventanas rectangulares y un riel de ligeras cortinas blancas que rozaban el suelo entarimado. Michela caminó hasta ellas y las acarició con el dorso de su mano. Delante de las ventanas había una preciosa alfombra persa con un enorme sol rojo justo en medio, y una elegante y clásica *chaise longue* tapizada de gris oscuro. El resto de las paredes, también de ladrillo blanco, permanecían despejadas. Ni cuadros ni espejos las adornaban. Y, en el techo, entre las vigas de madera, desperdigados una red de pequeños focos halógenos. Situadas frente a la monstruosa cama de matrimonio, que ocupaba un lugar preferente en la habitación, había dos puertas de madera envejecida. Una correspondía al cuarto de baño. La otra daba al vestidor. Michela, sin poder contenerse, le echó un vistazo, entornando la puerta. Tuvo que ahogar un jadeo de asombro cuando le dio al interruptor de la luz. Dulce María. Esa estancia componía el sueño tórrido de Carrie Bradshaw. Cuatro paredes forradas con lustrosos paneles de madera, cientos de rieles, cajoneras y cómodas inundados de ropa carísima. Salió de allí medio mareada. Al girarse, descubrió cerca de la cama un coqueto juego de viejos butacones de cuero de estilo Chester y, a un lado, como contrapunto a la elegancia clásica de los asientos, una mesita de madera con dos viejas teteras de hierro que se veían bastante estropeadas. Tal vez fueran alguna reliquia familiar. Le llamó la atención las tongas de libros apilados unos encima de otros, dispersos en torno a los butacones.

Michela se acercó, desnuda como estaba, a inspeccionar los libros. Miró de reojo en dirección a la cama. Roberto seguía en el quinto sueño. Mejor para él. Ojeó distraída los títulos. Todos en inglés. Roberto dominaba el inglés. Recitó para sí misma, *The Art of Peace,* de —le costó pronunciar el nombre— Morihei Usheiba. ¿Así que leía autores japoneses? ¡Qué hombre tan peculiar! Hojeó distraída unas cuantas páginas. No entendía una palabra de nada de lo que decía el libro. Lo dejó sobre su pila correspondiente y estudió otros títulos. Todos iban relacionados con la guerra, la política y temas raros japoneses. Nada de todo eso le interesaba a ella.

—Si sigues apuntándome con el trasero, me lo voy a tomar como un desafío personal y voy a mandar a la mierda el horror que te produce que te lo bese...

La voz grave de Roberto a sus espaldas la asustó. Tropezó con los libros, que cayeron desparramados sobre los tablones de madera, lastimándole el dedo meñique del pie. Ahogando una maldición, se dio la vuelta. Apretaba el dedo contra el tobillo contrario y se mordía el labio para soportar el latigazo. Roberto, apoyado contra el enorme cabecero gris, desnudo y repantigado sobre el colchón, con los brazos cruzados en torno al pecho, la observaba con expresión risueña.

—¡Qué visión más espléndida desde aquí! —Ella pensó lo mismo —. Tienes un cuerpo maravilloso. Mis manos lo echan de menos. Anda, ven aquí, y déjame ver lo que te hiciste en ese dedito.

Michela ignoró que la estaba viendo tal cual la había traído su madre al mundo y, dedicándole una mueca fastidiosa, se acercó cojeando. Apoyó el trasero en el borde de la cama, cruzó la pierna sobre la rodilla y se puso a masajearse su dedo dolorido. Roberto se acercó por la espalda, la rodeó con los brazos, le hizo a un lado el cabello y le besó un punto en el cuello.

—¿Te duele mucho? —preguntó él con voz suave.

—Ya se está pasando. ¿Dormiste bien?

Tuvo un ronroneo por toda respuesta y después él tiró de ella hacia atrás. Antes de que pudiera abrir la boca, ya lo tenía encima frotándose contra su cuerpo, recorriéndole con las manos el estómago, los pechos, apretándole los pezones. Michela jadeó y olvidó por completo el dolor en el dedo.

—Creo que hace unas cuantas horas que no hacemos el amor —susurró momentos antes de morderle los labios.

—Y hay que ponerle remedio, ¿no? —musitó ella después de un beso interminable y delicioso.

—Por supuesto.

Nora Dini abrió la puerta de la vivienda de Roberto, como venía haciendo cada mañana desde hacía ocho años. Había accedido por la verja metálica que daba al pequeño jardín. Siempre le había gustado esa entrada de la casa, más austera y acogedora que el acceso principal y su imponente recibidor, situada en la calle Orazio.

Avanzó canturreando una nana de su tierra cuando se tropezó con lo que le pareció un sujetador de mujer. Frunció los labios y se lo quedó mirando extrañada, igual que hubiera hecho con un muerto en mitad de la calle.

Se llevó las manos a la cabeza, escandalizada, unos segundos después. Santa María. Contemplaba horrorizada unas bragas de mujer. Un poco más allá, olvidado sobre un escalón, una falda en tonos verde y una camiseta gris, que desde luego no podían pertenecer a su Roberto. Los recogió del suelo sin saber cómo proceder. Alzó la vista y miró al frente, mortificada. De un tiempo a esta parte estaba muy rarito, circunspecto e irascible. Eso sin contar el intento de asesinato a su querido amigo de la infancia. Apretó los labios y, con la intención de exigirle explicaciones, subió por las escaleras.

Nora Dini irrumpió en el dormitorio de su señor con la delicadeza de un tren de mercancías desbocado.

Una de las puertas se abrió de golpe y los sorprendió a todos. Los amantes, alarmados, volvieron la cabeza al mismo tiempo.

—Espero que tengas una buena explicación para lo que acabo de... —y ahogando un insulto típicamente fiorentino, que por fortuna ninguno de los dos entendió, la mujer desvió la mirada de la tórrida escena que acontecía en la cama.

Michela chilló y se encogió, pateando las sábanas, buscando mimetizarse con las colchas o con el cabecero. Lo mismo le daba. Intentaba escabullirse por un lateral de la cama y salir de debajo del cuerpo de Roberto, que la mantenía sujeta y no le permitía moverse de allí.

—Nora, por Dios, estoy ocupado —habló Roberto entre dientes.

Nora se cruzó de brazos con la cabeza vuelta hacia la chimenea.

—Ya veo. ¡Gracias a Dios! —expresó la mujer con devoción—. ¿La próxima vez serías tan amable de avisarme antes? Estoy haciendo un papelón aquí de pie.

Roberto sacudió la cabeza, exasperado.

—Nora, lárgate.

—Entonces, esta ropa ¿no es tuya? —preguntó la mujer estirando el brazo con toda la ropa de Michela hecha un amasijo

entre las manos.

Michela miró de refilón a través del hueco que formaban el brazo de Roberto y el colchón. Se sintió morir cuando descubrió una de las tiras de su sujetador.

—Nora... —le advirtió Pastriani.

—Casi me da un infarto, compréndeme. No estoy acostumbrada a estas cosas. La culpa es tuya.

—Nora, maldita sea. ¡Fuera de aquí!

—Y da gracias que os he descubierto yo y no la pobre de Amalia —continuó la mujer como si nada—. Esa pobre chica no se hubiera recuperado de la visión de tu trasero desnudo. Y hola, a la que sea que está ahí abajo. Te lavaré la ropa, querida. Así cuando termin...

—¡Nora! —rugió Roberto—, sales ya o te juro que te saco a rastras.

—Ya me voy, ya... hasta después, corazón. Y disfruta.

Roberto escuchó la carcajada de la mujer cuando la puerta se cerró tras ella.

Michela agarró una almohada y se la colocó sobre la cabeza.

—Aprieta —ordenó ella—. Bien fuerte.

—¿Dónde estábamos? —inquirió él agachándose para besarle uno de sus pechos.

Michela se quitó la almohada del rostro y miró hacia abajo sorprendida. Roberto acababa de meterse un pezón en la boca.

—No lo sé. Roberto, por favor —suspiró ella arqueando la espalda para profundizar la sensación—, ¿cómo puedes estar tan tranquilo? Es la experiencia más vergonzosa de toda mi vida. No voy a poder mirar a esa señora a la cara en la vida.

Pastriani le mordisqueó un pezón.

—Sí que lo harás. También querrás matarla. Vieja entrometida. —Elevó la cabeza y le dedicó una sonrisa traviesa— ¿Quieres que pare?

Michela bufó y se las ingenió para poner una expresión lo suficientemente remilgada.

—Oh, no te atrevas.

—Abre las piernas, amor. Así es más fácil hacer el amor.

—Roberto...

—No te mortifiques por esta tontería. —Y antes de terminar de hablar ya la había penetrado.

Una hora después, mientras se deleitaba con el agua templada de la ducha, Michela meditaba que no podría mirar a los ojos de la

señora Nora Dini. Sentía que le subían los colores a las mejillas cada vez que recordaba el absurdo intercambio de esa mañana. La vergüenza se intensificó cuando rememoró lo que había ocurrido entre ellos, una vez que Nora Dini abandonó la habitación. Las cosas que había hecho con ese hombre. Roberto, después de darse una ducha rápida, se había enfundado en un pantalón corto de deporte y había ido en busca de la señora Dini. Michela imaginaba que era la encargada, junto con la tal Amalia, de dirigir esa enormidad de casa.

Ella, por su parte, había decidido darse un baño. Lo necesitaba con urgencia, toda ella era un pringue viviente. Había dudado cuando se había topado con la ducha de Roberto Pastriani. Más que una ducha aquello parecía el panel de control de la Estrella de la Muerte. Le había costado entender su funcionamiento. Al final, después de liarse a aporrear botones y mandos le había salido el agua caliente. Esperaba no haber estropeado nada.

Ahogó un grito cuando notó unos brazos envolviéndole la cintura. Si él no la hubiera sujetado con fuerza, se hubiera caído de bruces contra el plato de la ducha. Las pulsaciones se le habían disparado y el corazón aporreaba contra su pecho.

—Por el amor de Dios, ¡podrías avisar! No te esperaba.

—Lo siento —señaló él con voz contrita mientras le acariciaba con delicadeza el vientre y le besaba en el cuello—. No quería asustarte. Pensé que habías escuchado la puerta. Se te veía tan relajada y deliciosa aquí, tan mojada.

Michela tragó saliva al sentir la pesada erección de Roberto presionándole la parte baja de su espalda.

—Uno suele terminar mojado cuando se mete bajo el chorro de la ducha.

—Me gusta que estés mojada.

A su pesar, Michela se echó a reír.

—Idiota.

Él comenzó a refregarle el pene por el trasero. Ella dejó de reír, se le aflojaron las rodillas y se le secó la boca.

—Joder, quiero hacértelo otra vez. Pensé que las ganas irían mermando, pero es justo lo contrario. Cualquier cosa que haces me pone a mil.

—Ah, ¿sí? —ronroneó ella—. ¿Cualquier cosa?

Deslizó las manos hacia atrás y las encerró en los glúteos de él, meneando el trasero contra su pelvis. Roberto gruñó de forma salvaje, le agarró los cachetes del culo y le introdujo la cabeza de su erección, presionándola contra la entrada de su ano.

—Roberto... —susurró ella en un gemido—. No creo que sea capaz de aguantar tus embestidas estando de pie. Me duele todo.

—Te gusta jugar con fuego, ¿no? Pobrecita, mi niña. ¿Así que te duele todo?

—Todo...

—¿Mucho?

—Sí... —suspiró ella cuando él le enterró la mano en el sexo y le palpó los pliegues hasta introducirle un dedo en la vagina. Comenzó a moverlo, con la palma le frotaba el clítoris.

—Si te tocó así... ¿te duele mucho?

—Oh, señor.

—Vamos a divertirnos un rato —le dijo él mordisqueándole la oreja.

Inclinándose un poco hacia adelante, jugueteó con varios botones de esa máquina infernal. Abrió uno de los grifos que estaba situado en la parte baja de todo ese aparataje, y el agua, que salía a presión, le dio de lleno en el sexo. Él la movió un poco, le hurgó la vagina hasta abrirla y dejó que el chorro de agua golpeara directamente sobre su clítoris. Michela gimió y dejó caer la cabeza hacia atrás sobre el pecho de él. Las piernas le temblaron y se estremeció de pies a cabeza.

—¿Te gusta? —musitó él riéndose.

—Mucho. Eres un cabrón.

—Me gusta ser un cabrón contigo. Vas a tener que inclinarte, amor. Apoya las manos sobre la ducha. Agárrate aquí. —Y le colocó las manos sobre dos mandos que sobresalían.

—Oh, es increíble.

Michela escuchó el ruido del sobrecito de un preservativo al rasgarse y lo sintió trabajar en él para colocárselo. Ella, encorvada como estaba y muy cerca de correrse con la presión del agua, se convulsionaba. Las rodillas se le doblaban solas. Roberto jugueteó un rato con su pene entre los pliegues de su culo y de su vagina. Le apretaba la cabeza de su erección contra la entrada de su ano, y le iba recitando en el oído y en voz baja todo tipo de cochinadas sobre las cosas que quería hacerle a su culo. Ella jamás imaginó que todas esas vulgaridades pudieran excitarla de esa manera. Luego se dedicaba a refregarle la erección por todo el largo de la vagina, mientras le apretaba los pezones con los dedos.

—No voy a sostenerme por mucho más tiempo, Roberto, me tiemblan las piernas.

—Yo te sujetaré, no te preocupes. Ahora déjame entrar.

—Como si pudiera evitarlo —susurró ella en un hilo de voz.

Eso lo detuvo en seco.

—¿Necesitas que pare? —El tono desgarrado de él la conmovió. También la exasperó.

—¡Roberto! ¡No pares! Era un decir, cariño... por favor, estoy muy cerca.

La penetró de golpe y Michela, que no lo esperaba, salió disparada hacia adelante. Él la sostuvo por la cintura, clavándole los dedos en la piel, mientras la embestía siendo fiel a su estilo. Brusco, abrasivo y demoledor. No iba a poder soportarlo.

—Quiero que te corras conmigo.

—Joder...

—Aguanta, Michela.

—Ah, no puedo.

—Sí que puedes... —gruñó sobre su oído.

Le enterró la mano en un hombro y la clavó contra sus caderas con fiereza, ella echó el cuerpo hacia atrás y cerró las uñas en cada cachete de su culo. Con cada embestida se potenciaba el efecto del chorro de agua sobre su clítoris. Le dolía, sí, y también se sentía morir de placer. Pareciera que su pene pudiera conectarse con el resto de su cuerpo a través de su vagina y cada empujón reverbera en cada músculo de ella, en cada pequeña terminación nerviosa. Todo su ser estaba conectado a él. Le temía al orgasmo. Iba a derrumbarse, las piernas no la sostendrían. Apenas lo hacían ahora...

—Córrete conmigo, vamos... —siseó él arrastrando la voz y le deslizó una mano por el cuerpo hasta dar con su maltratado clítoris y comenzó a frotárselo. Dos segundos más tarde ella colapsó, gritando el nombre de él.

Con una mullida toalla blanca envolviendo su cuerpo y otra sobre el cabello húmedo, Michela se mordisqueaba la uña de su dedo meñique y se dedicaba a contemplarse en uno de los tres espejos de cuerpo entero del vestidor de Roberto. ¿Por qué tres espejos? Sacudió la cabeza y se encogió de hombros mirando su alrededor. Armario, lo había llamado él. Sí, menudo armario.

—Elige algo y póntelo mientras Nora plancha tu ropa. ¡Termina ya, estoy muerto de hambre! —le exigió Roberto a viva voz desde el cuarto de baño.

«Elegir algo...».

—No sé si has caído en la cuenta, ¡pero eres un poquito más grande que yo! —gritó ella.

—Ponte alguna camiseta. No seas quejica.

Quejica, la había llamado. Sería...

Cinco segundos después lo tenía apoyado en el marco de la puerta, embutido en un chándal gris y oliendo a ese perfume que le disparaba las pulsaciones.

—Esta tarde te haré un hueco en el armario. Así no me darás el coñazo con lo de qué ponerte. Mira que eres lenta.

Michela se quedó paralizada, meneó la cabeza y arrugó el entrecejo, conmocionada.

—¿Un hueco?

—Para que traigas tu ropa.

La joven tragó saliva y se carcajeó. Una risa que cortó en seco al ver la expresión taciturna en el rostro de Roberto.

—Estás bromeando, ¿no? —habló ella medio atragantada.

—No te entiendo. ¿Con qué bromearía?

Michela volvió a sonreír, nerviosa, y se rascó la frente con las uñas.

—Siempre haces eso cuando te pones nerviosa. ¿Por qué estas nerviosa?

Roberto se cruzó de brazos y la miró con ojos entrecerrados.

—¿Hacer qué?

—Rascarte la frente. Lo haces cuando algo te altera. ¿Por qué estás alterada?

—Dejar un hueco para mi ropa... —empezó ella con voz suave —, ¿no te parece algo muy importante?

—Sí, por supuesto que considero importante que te vengas a vivir conmigo.

Michela abrió mucho los ojos y retrocedió varios pasos. Ese hombre no podía estar hablando en serio.

—¿Vivir contigo?... Roberto, sé razonable, eso es muy precipitado. Solo hemos pasado una noche juntos.

—¿Y qué quieres decir tú con eso de «solo hemos pasado una noche juntos»? ¿De verdad estamos teniendo esta conversación?

Michela se ajustó la toalla en torno al cuerpo. No podían estar teniendo esa conversación. En ese momento y con ella desnuda.

—Vamos a ver... Yo había pensado...

Roberto se incorporó y se frotó la cara.

—Sí, dime, ¿qué habías pensado que pasaría después de la noche que hemos pasado juntos?

—¡Quieres dejar de decir esa frase!

—Me limito a citarte.

—Roberto, por favor.

—Roberto, por favor, ¿qué?

—Casi toda mi ropa sigue aún en casa de...

Dios Santo, no había sacado sus cosas de casa de Lukas. Esto era de locos. ¿Por qué ese hombre tenía que precipitarse tanto?

—No te preocupes por eso. Yo me haré cargo —soltó él manoteando al aire como si la cuestión fuera del todo irrelevante.

Michela se lo quedó mirando con la boca entreabierta.

—¿Cómo que tú te harás cargo? Soy yo la que va a hacerse cargo de eso.

—Tú no vas a pisar la casa de ese hombre. Nunca más.

—Roberto, ¿tú te estás escuchando? Ese hombre es tu amigo.

—Ya te lo he explicado. No puedo soportar que estés cerca de él después de lo que te hizo.

—Basta ya con eso. No fue para tanto.

Roberto apretó los dientes y se instó a mantener la calma. No podía soportar que encima defendiera a ese hijo de puta.

—Explícame, porque debe ser que soy un poco idiota. Un tipo te intenta violar y no es para tanto. Yo te digo que te dejo un hueco en mi armario, ¿y entras en crisis?

Michela aferró la toalla y avanzó un paso en dirección a Roberto.

—Lukas no intentó violarme —musitó ella entre dientes, cabreada.

Roberto se acercó y la tomó de la barbilla antes de hablarle en voz baja y de forma lenta.

—Permíteme que te ilumine, cariño. Cuando dices no y él sigue, es agresión sexual.

—Roberto, por favor.

—Te estás repitiendo, amor mío. Eso ya lo dijiste antes. ¿Qué cojones significa que solo hemos pasado una noche juntos, Michela? Vienes, follamos y te largas. ¿Es eso? Y luego quedamos algún día entre semana para follar o ir a cenar por ahí. ¿Es eso lo que estás intentando decirme? ¿Ese es el tipo de relación que quieres conmigo? ¿Qué cojones soy yo para ti? ¿Tu puto follamigo? ¿Tu jodido desahogo ahora que no tienes otra polla a mano?

Michela se zafó de la mano de Roberto y le dio la espalda, arrancándose la toalla de la cabeza y lanzándola al suelo. Debía verse ridícula con esas pintas. Los ojos se le llenaron de lágrimas de rabia, pero tragó, se dio la vuelta para enfrentarlo y dejó que la rabia tomara forma verbal. No quería echarse a llorar.

—A mí no me hables así. No seas grosero y no uses lo que hemos compartido en mi contra. No te veo como un follaamigo, ni como

una polla andante y lo sabes de sobra, pero esto de venirme a vivir contigo es muy precipitado. Acabo de salir de una relación, por el amor de Dios. No puedes pretender que inicie otra y me venga aquí, con todo lo que eso implica. Aún tengo mis cosas en casa de él. Y por supuesto que voy a recogerlas —se señaló a sí misma— yo, no tú. Además, tengo que hablar con él. Anoche salí de allí sin darle ninguna explicación y tú montaste ese numerito de neandertal ofendido en casa de su prima. Se las debo.

Roberto abrió la boca y luego volvió a cerrarla para finalmente musitar:

—Se las debes... — repitió en un susurro ronco.

«¿Y a mí? —quiso preguntarle él—, ¿a mí me debes algo? Dijiste que me amabas. ¿Era mentira? ¿Era solo por el sexo? ¿Qué soy para ti?». Como le temía a su respuesta, guardó silencio. Ella contaba con el poder de destruirlo y dejarlo reducido a escombros con unas pocas y certeras palabras.

Roberto se apartó de ella y retrocedió. Tragó saliva y apretó los dientes. Sencillamente, no contaba con las fuerzas suficientes para tratar con ella en ese momento. Joder, cómo le dolía que tuviera más en cuenta a ese mamón que a él. Se estaba volviendo loco de celos y no se veía capaz de razonar, no podía controlarlo.

Los ojos, a su pesar, se le inundaron de lágrimas.

—Una explicación... a él le tienes que dar explicaciones. ¡Y a mí! —gritó de pronto, rabioso y dolido—. ¡Qué me parta un rayo! Como solo hemos pasado una maldita noche juntos...

Michela, herida porque Roberto no hiciera el mínimo esfuerzo en entender y porque, en realidad, comprendía que él estaba sufriendo debido a sus propias inseguridades, se acercó e intentó abrazarlo, pero Pastriani no se lo permitió y le agarró las muñecas, alzándoselas, para impedirle que lo tocara.

—No, no es eso lo que quería decir... —le explicó ella con calma — Por favor, escúchame...

—Es todo o nada, Michela. No puedo soportar compartirte. No es mi estilo, cariño. No puedes tenernos a Lukas y a mí jugando a ser tus malditos monigotes.

—¿Por qué demonios eres tan intransigente? No me estás escuchando.

—Tú lo llamas intransigencia —disparó él con rabia—, yo lo llamo supervivencia. ¿Qué decides?

A su pesar, los ojos de Michela se llenaron de lágrimas de impotencia.

—Yo te amo.

—Pues demuéstramelo.

Michela lo experimentó todo de golpe, la frustración de no poder encauzar esa absurda conversación, la impotencia de no ser capaz de hacerlo entrar en razón y la rabia por la presión que él pretendía ejercer sobre ella. No le iba a permitir que la manipulara a su antojo.

—¡Y cómo te lo demuestro! ¿Con tus condiciones y bajo tus órdenes? No. Así no, Roberto. Por ahí no paso.

—Vete al infierno.

Y diciendo estas palabras, abandonó el vestidor. Un momento después, Michela se sobresaltó al escuchar el portazo que dio la puerta del dormitorio al cerrarse.

6

Sabonis permanecía apoltronado en la butaca de su dormitorio. Contemplaba su cama vacía. Esa donde solía dormir con Michela. Ella ahora dormía en la cama de su mejor amigo. El hombre con el que lo había estado engañando desde hacía meses. Su amigo que, después de haber intentado acabar con su vida, le había propinado una golpiza la noche anterior. Tal vez era hora de visitar a su superior en el Talamo. ¿Cómo le sentaría una denuncia por intento de homicidio? Ahogó un quejido y cambió de postura. Santo Dios, cómo le dolían las costillas. Temía mirarse el rostro en un espejo, tenía la impresión de que su ojo izquierdo le abarcaba la totalidad del rostro.

Arrugó el entrecejo cuando escuchó ruidos procedentes de la cocina. ¿Alguien estaba revolviendo con las cacerolas? Y entonces recordó a Inés Soto. Dios Bendito, se había olvidado de ella. Se levantó de la butaca de un brinco y escupió una retahíla de insultos. Encorvado esperó con los puños apretados sobre el brazo del sillón que el dolor fuera remitiendo hasta resultarle tolerable. Farfullando incoherencias y otros disparates, caminó hasta la puerta, la abrió y salió al pasillo, giró al llegar a la esquina y se detuvo en el umbral de la cocina.

Inés Soto había enchufado la tetera y el ruido del agua caliente, llegando al punto de ebullición, llenó por completo la estancia. La joven, al escuchar los pasos de él, se volvió y le dedicó una sonrisa abierta. Hermosa y cautivadora como los primeros rayos de sol al amanecer. Meneó la cabeza. Su poesía era una basura. Pero el rostro inocente de Inés suponía un bálsamo para su estado de ánimo actual. La joven se había deshecho de la enorme sudadera que

vestía la noche anterior y ahora lucía una camiseta ancha de color verde y unos pantalones de deporte negros, también muy anchos. Tenía el pelo recogido en una cola de caballo y los moratones en su rostro ya no presentaban el lamentable aspecto de la primera vez que la había visto en su despacho.

—Tenía hambre. Me he comido unas galletas que encontré por ahí. Espero que no te moleste que me haya puesto a trastear con tus cosas. ¿Quieres café o té? Yo soy más de té. ¿Te sirvo uno?

Levantó la tetera en su dirección. Lukas negó con la cabeza. Ella se encogió de hombros y sirvió el agua caliente en una de sus tazas blancas de porcelana fina. Las que usaba únicamente en las ocasiones especiales. Lo sorprendió caer en la cuenta de que también había colocado un platillo para la taza. Siempre había asumido que los jóvenes no tenían en cuenta esos detalles. Sabonis no conseguía salir del *shock*. ¿De verdad tenía a una de sus clientes *adolescentes* parada en mitad de su cocina preparándose el desayuno?

—Inés, vamos a ver. Esto es muy irregular. Lo comprendes, ¿verdad? —expresó él con voz cansada.

—Sí, ya lo sé. Además, me lo dijiste anoche. Cuatro veces. Pero, al final, después de la conversación que tuvimos, también dijiste que podía quedarme.

—Anoche no estaba muy en mis cabales. No recuerdo nada de esa supuesta conversación. Me sorprende que no te llevara de vuelta a casa. Está mal que estés aquí. Eres menor, Inés. Tus padres deben estar alarmados.

Inés agarró el platillo con la taza y tomó asiento en una de las sillas de ratán de un juego de cuatro, frente a la mesa rectangular de su cocina.

—Ni que fueras a violarme...

—Inés...

—Anoche no me pudiste llevar a casa porque estabas hecho una verdadera mierda. Además, te di varias grajeas de paracetamol que encontré en tu botiquín del baño. Y mis padres creen que estoy con una amiga. ¿Dónde tienes el azúcar? Me gusta ponerme un poco. No me mires así, ¡qué pasa! ¿Acaso no puedo bromear? ¿No se me permite reírme? ¿Tengo que echarme sobre una cama y llorar hasta quedar seca? ¿O pasarme la vida tumbada en el diván de un psicólogo? ¿O medio loca empastillada hasta arriba de diazepam?

—No es eso. No pretendía reñirte. ¿Qué ocurre si llaman a tu amiga, Inés?

—Nada, porque, si quisieran saber de mí, me llamarían

directamente al móvil. ¿El azúcar?

Lukas sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro. Caminó resignado hasta la despensa y agarró el cuenco con los sobres de azúcar. Tenía de tres tipos. Blanca, porque le gustaba a él; morena, porque era la favorita de Michela, y la dietética para esos días que Michela decidía que tenía que adelgazar.

Colocó el cuenco sobre la mesa y tomó asiento frente a la joven. Apretó los labios cuando su cuerpo magullado cambió de postura.

Inés Soto tomó un sobrecito de azúcar blanca. Durante un tiempo no hablaron. Inés sorbía su té y parecía divertirla permanecer en silencio observándolo.

—Al final no me aclaraste quién te dejó así la cara.

—Es una larga historia.

—Me gustan las historias largas.

—Me lo hizo mi mejor amigo. Debería matizar que era mi mejor amigo. Creo que ahora nos odiamos.

—¿Tú lo odias?

—No. —Y le sorprendió descubrir que era verdad. No lo odiaba—. Aunque me complacería no volver a verlo en lo que me queda de vida.

—¿Asunto de faldas?

Lukas se echó a reír. Esa niña había visto demasiadas películas. Pero a sus maltratadas costillas no les pareció buena idea tanto meneo y se quejaron. Lukas tosió y se agarró el estómago. Arrugó el ceño cuando habló:

—¿Dos hombres no pueden pelearse por otro motivo?

—Me limito a descartar posibilidades. Esa suele ser la opción habitual.

Lukas tamborileó con los dedos sobre la mesa al tiempo que observaba a la joven con expresión grave.

—Inés, ¿qué haces aquí?

La joven apretó los labios, suspiró y se dedicó a juguetear con la taza. No en un gesto que implicara nerviosismo, más bien de concentración, como si estuviera buscando las palabras precisas.

—Eres la única persona con la que me siento yo misma —expresó pasados varios minutos—. No la que solía ser, sino la nueva Inés que soy ahora. Si es que eso tiene algún sentido.

Lukas se inclinó sobre la mesa y con los codos apoyados en el cristal y los brazos extendidos mantenía las manos unidas. Se la quedó mirando fijamente.

—¿Te haces una idea de lo que es ser Inés Soto estos días? —le preguntó ella mirándolo a los ojos—. La prensa me busca, incluso

he leído en alguna revista que yo fui provocando a mis secuestradores. Añadía una aclaración muy interesante: «Los niveles de promiscuidad entre los adolescentes son alarmantes». Mis amigos están asustados y mi familia me observa como si en cualquier momento se me fuera a ir la cabeza. Se mueven de puntillas a mi alrededor. Nadie me toca, nadie me cuenta tonterías. Creo que todo el mundo se piensa que, junto con mi virginidad, también me han arrebatado el sentido del humor, la esencia de lo que yo era. Y he descubierto que quiero reírme a mandíbula batiente. Que la gente me cuente los cotilleos de siempre, la última película que han visto en el cine o el chico que las vuelve locas.

—Quieres tu vida tal como era. Yo también la querría recuperar a como diera lugar. Todo volverá a su cauce, no de la manera en que antes fue, eso es imposible. Pero nada es para siempre. Y creo que esto es el título de alguna canción. —Inés se echó a reír. Lukas se frotó la nuca avergonzado—. Debes comprender, Inés, que la gente que te quiere también necesita recuperarse. Se sentirán culpables, directamente responsables de lo que te ha ocurrido, en especial, tu familia, por no haber sabido protegerte. Y ese no es un sentimiento nada cómodo de sobrellevar. La culpa te puede ir corroyendo. Paralizándote.

Inés, imitando la postura del hombre, apoyó los codos sobre la mesa, pero colocó la cabeza sobre las palmas de sus manos.

—Por eso me encanta estar contigo. La frase que lo resume todo. Nada es para siempre, y no estoy de acuerdo. La rabia siempre vivirá en mí. La rabia y el asco.

—Quizás necesitarías hablar con un psicólogo, yo solo soy un abogado.

Inés inclinó la cabeza y se mordisqueó el labio inferior.

—Perdiste a la chica, ¿no?

—No voy a hablar contigo de mi vida privada, Inés. Y ahora mismo te llevo a tu casa. Vamos.

La chica asintió y le dedicó otra de esas luminosas sonrisas que a Lukas le provocó un extraño hormigueo en el estómago.

—De acuerdo, y gracias.

Lukas parpadeó.

—Gracias... ¿por qué?

—Por escucharme. Eres el único que lo hace. Es curioso, el mundo entero parece querer saberlo todo de mí, pero cuando hablo nadie escucha. Solo tú. Por cierto...

—Dime.

—Esa chica es gilipollas.

Michela no sabía cómo proceder. Sentada en uno de los butacones de cuero del dormitorio de Roberto, se mordisqueaba las uñas, miraba a la puerta y dudaba. Se había echado encima la primera camiseta con la que se topó en los cajones del vestidor. Estaba incómoda sin sujetador, pero no creía que fuera a toparse con ninguno entre la ropa interior de Roberto. ¿Debía ir en busca de ese hombre? ¿Esperar a que se calmara para intentar razonar con él? ¿Se habría cabreado tanto que no querría saber más de ella? Hombre cabezota y despótico. Armándose de valor se puso en pie y recortó la distancia que la separaba de la salida. Entornó una de las puertas del dormitorio y echó una ojeada al pasillo. Se quedó a cuadros cuando descubrió la pared frente a ella. La pared que era, en realidad, una hermosa estantería pintada de blanco repleta de libros. Miró a la derecha y luego a la izquierda. Libros y más libros. Desde el suelo hasta el techo. Le pareció una idea original y deliciosa. Le enterneció imaginar a Roberto en pijama parado frente a su curiosa biblioteca escogiendo un libro para llevárselo a la cama. Entrecerró los ojos, frustrada. «Roberto, Roberto, ¿qué voy a hacer contigo?».

Alguien la saludó al otro lado del pasillo. Una joven con pantalones de deporte, camiseta blanca y el cabello recogido en una coleta alta, avanzaba en su dirección. Sostenía, apoyada en la cadera, una cesta de mimbre con ropa. Por Dios, ¡que fuera su ropa!

—Hola, buenos días, *signorina*. Soy Amalia —la saludó con una pequeña sonrisa cuando la tuvo delante—. La señora Dini me ha pedido que le entregue esto. ¿Le gustaría desayunar?

—Oh, muchas gracias.

Michela alargó los brazos para tomar su ropa, pero Amalia negó con la cabeza.

—Yo la llevaré al dormitorio. Gracias, *signorina*.

—Por favor, nada de señorita. Tutéame. Michela Hauffman, encantada, Amalia.

Michela esperó de pie tamborileando con los pies descalzos los tablones de madera hasta que Amalia acomodó su ropa, prenda a prenda, sobre la *chaise longue*. En un primer momento, la joven pretendía extenderla sobre la cama, pero al ver el desastre que había con las sábanas se decidió por el sillón.

Tras colocar la ropa, abrió, una a una, las contraventanas del dormitorio, arrancó las sábanas y la colcha y formó una bola con ellas. Michela, para ese entonces, no sabía muy bien dónde meterse, se dedicaba a observar la chimenea. No le inspiraban ninguna confianza los leños de madera. El fuego le daba pavor. No entendía

por qué, puesto que nunca había tenido ninguna experiencia traumática con el fuego, pero esperaba que a Roberto no le diera nunca por encender esa cosa delante de ella.

—¿Necesita algo más? —comentó Amalia acarreando la cesta con la tonga de ropa de cama por lavar.

Girando el cuello, Michela le dedicó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Nop, muchas gracias.

—¿Y para desayunar?

Michela carraspeó, incómoda. Los cachetes le ardieron cuando preguntó:

—¿Está Roberto?

—Don Roberto salió. No especificó cuándo volvería.

Rastrero. Cobarde. Cabrón. La dejaba allí tirada lidiando con las sábanas desechas de la cama y el temido encontronazo con Nora Dini.

—Me vestiré y me iré a mi casa. Gracias, Amalia.

—Entonces, ¿no se queda a desayunar?

Michela volvió a negar con la cabeza.

—No, muchas gracias.

Le cabreaba, más que cualquier otra cosa, hacer justo lo que él le había echado en cara. Follar y largase. Ella hubiera preferido hablar con él, aclarar el asunto. Pero no se iba a quedar allí hasta que al señorito se le antojara aparecerse. En esos momentos estaba tan enfadada que prefería esperar hasta que se enfriaran un poco las cosas.

Una vez que estuvo vestida y calzada, escudriñó la habitación. Cayó en la cuenta de algo terrible. No tenía su bolso. Su bolso que se había quedado en casa de Flora Sabonis. Cerró los ojos, murmuró una ringlera de palabras malsonantes y se cubrió la cara con las manos. Dios Santo bendito. Su bolso. Su cartera. Su móvil. ¡Sus llaves! No tenía manera de volver a casa. Tendría que echarse a caminar. En ese instante odió a Roberto. Decidió culparlo de todo. Además, la culpa era suya. Si no hubiera montado ese absurdo numerito de macho cavernícola con Lukas, ella no hubiera salido de allí cabreadísima y, quizás, se hubiera acordado de recoger su bolso. ¿Cuánto tendría que caminar hasta llegar a su casa? ¿Y dónde demonios vivía Roberto? Al menos, esa pregunta era sencilla. Amalia lo sabría. Qué ridículo tener que preguntarle por la dirección de la casa donde había pasado la noche. ¡Qué vergüenza! ¿Qué iban a pensar de ella? «Un polvo de una noche un poco desubicado». ¿Por qué le tenían que pasar estas cosas? Maldito

Roberto. En medio de la catarsis violenta que estaba experimentando por ese hombre, se le iluminó la bombilla. Llamaría a Francesca. Miró a su alrededor, pero no vio ningún teléfono allí. Bueno, se dijo resignada, algún teléfono habría en esa casa.

Tomó aire, abrió de nuevo la puerta del dormitorio y salió. Cerró tras ella con cuidado y se echó a andar sin dedicar una sola mirada a la maravillosa estantería. Atravesó el pasillo, giró en la esquina y llegó hasta las escaleras. Había que reconocer que eran hermosas. Con una barandilla elaborada con pletinas y adornos de hierro forjado en una intricada red de dibujos geométricos y un sencillo pasamanos de forja que finalizaba con una enorme bola de bronce. Acariciando con la yema de los dedos la frialdad de la estructura, bajó hasta el primer piso. No sabía muy bien dónde estaría Amalia. «Por favor —oró con humildad—, que algo me salga bien esta mañana y encuentre a Amalia». No le apetecía tener que lidiar con esa señora Dini y su lengua viperina.

—Buenos días, *signorina* Michela.

Frente a ella se materializó la temible Nora Dini. Con el cabello de un negro brillante recogido en un moño estirado en la nuca y un discreto delantal blanco que tapaba una falda y un jersey azul de manga corta, le dedicaba una amable sonrisa y se limpiaba las manos en un paño de cocina.

«Maravilloso. Sencillamente maravilloso».

—Buenos días, señora Dini.

—Nora, por favor. Lo de señora solo me lo llama Amalia. Me hace sentir una vieja de ochenta años. No he conseguido disuadirla de esa odiosa costumbre. Dichosa muchachita.

—Nora, me estaba preguntando dónde habría por aquí un teléfono.

La mujer se cruzó de brazos e inclinó la cabeza.

—Lamento que Roberto se haya ido de esa manera. Estaba furibundo. Intenté hablar con él, detenerlo, pero no me hizo ni caso. Cuando está de ese humor es mejor huir en dirección contraria.

Michela decidió armarse de paciencia. ¿Y qué se suponía que tenía que contestar a eso? «Sí, su señor es un troglodita y me encantaría estamparlo contra la pared». Comprendió, desanimada, que no iba a resultar sencillo abandonar esa casa. Sin embargo, no pensaba permitir que esa señora la toreara. Debía mantenerse firme.

Se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Y el teléfono? —inquirió nuevamente ella con una sonrisa.

—No estoy acostumbrada a que haya invitados en esta casa y no

sé cómo actuar. ¿Amalia le ofreció desayunar? —Nora se echó a reír ante la expresión desesperada que adoptó Michela—. Anda, venga aquí. No soy una vieja chocha, Michela. Ya sé que está deseando largarse. Imagino el calvario que debe estar pasando en casa de su... —Y mientras se adentraba en la cocina, sacudía las manos en el aire, como si a ella tampoco se le ocurriera qué tratamiento otorgarle—. No obstante, no es bueno actuar con la cabeza caliente, creo que sería mejor que esperara a que él viniera para que puedan hablar.

Y se dio la vuelta y la miró a los ojos al pronunciar esta última frase.

—Con todo el respeto que usted se merece —expresó Michela con tranquilidad cayendo otra vez en un tratamiento más formal—, no quiero hablar con él. Al menos, no en este momento. Y necesito un teléfono, por favor.

Nora Dini la ignoraba por completo, revisaba algo que hervía al fuego. En algo sí le daba la razón Roberto. Quería matar a esa señora.

—Ay, las cosas del corazón —dijo la mujer—. ¡Cuánta complicación para algo tan sencillo!

—Señora Dini —la llamó Michela con intención desde el vano de la puerta—, no quiero ser grosera, pero me gustaría que me indicara dónde hay un teléfono. Necesito telefonear para hacer saber a mi familia que sigo viva.

Nora se frotó las manos y apretó los labios.

—¿No prefiere esperar a que él venga para que puedan hablar?

Michela no contestó. Se limitó a cruzarse de brazos.

—En la habitación, aquí en frente. Allí hay un teléfono. Me resulta tan extraño que alguien lo pida. Ese teléfono jamás se usa. Nos limitamos a quitarle el polvo y ya. Ahora con todo esto de los móviles, nadie usa los fijos.

—Muchas gracias, Nora.

Michela giró sobre sus pies.

—A Roberto le importas mucho.

Eso la detuvo en seco. Cerró los ojos, de pronto, angustiada. Se dio la vuelta y tragó saliva.

—Ya lo sé, Nora. Ese no es el problema.

Nora, que la observaba apenada, pareció salir del trance y sacudió la cabeza. Alzó la mano y la agitó delante de ella.

—No me haga caso. Es que estoy tan sorprendida de tener a una mujer en esta casa. Vaya, llame a su familia.

—¿Por qué sorprendida...?

Detestó el matiz de inseguridad que destilaron sus palabras...

—Roberto jamás había traído a ninguna mujer a esta casa. Nunca. De chiquillo las escondía en el granero de la *Azienda*. Nunca logré pillarlo. Horas más tarde lo veía sacarlas a hurtadillas. Menudo trasto era, hasta el día que... —La mujer carraspeó y le dedicó una gran sonrisa—. Casi me había resignado a que se me quedara solterón. Ahora aparece usted y él pierde la cabeza.

Michela detestaba a la gente que se quedaba a medias con un chisme. ¿Hasta el día que... qué? Menuda lianta... En fin, ella se tenía que largar. Además, necesitaba dar con su bolso. No podía ir deambulando por ahí sin documentación, sin llaves. Sin nada.

Michela observó la sonrisa triste en el rostro de la mujer. Dejó escapar un suspiro. Decidió portarse como una persona civilizada. Ella, al menos. El otro cavernícola que hiciera lo que le diera la gana. Se acercó hasta el lugar donde estaba Nora Dini y la tomó de la mano.

—Yo también he perdido la cabeza, Nora. Pero su querido trasto debe aprender que no siempre se puede hacer su santa voluntad.

A Nora Dini le brillaron los ojos y esbozó una sonrisa ladeada asintiendo con la cabeza.

—Me gusta, Michela Hauffman. Espero verla más a menudo por aquí.

Michela sonrió.

—A mí también.

—Bracco... me gustaría hablar a solas contigo.

Roberto miró de reojo a Aldo, alias Cobra, que a escasos centímetros de distancia inspeccionaba con atención la pantalla del ordenador. Luego estudió el rostro del hombre que le había hablado. Marco Stamile. *Il Mago*.

—¿Ahora?

Pastriani no se encontraba de humor. Entre la pelea que había tenido cuatro mañanas atrás con Michela, que lo tenía a mal traer e irritado con todo bicho viviente que se le cruzara en el camino, y las misteriosas desapariciones de pruebas que sufrían últimamente en Roma, no tenía ánimos para soportar un nuevo contratiempo.

Y por la cara con que Marco lo contemplaba, se temía un desastre de primer nivel.

Aún no lograba averiguar, y era algo que no ayudaba a su mal humor, quién cojones se había hecho con el portátil que habían hallado en el apartamento franco donde había permanecido

retenida Inés Soto. Él mismo, una vez que se hubo asegurado de que se llevaban esposados a todos los detenidos y, en una camilla directo al forense, al tipo que se había cargado, había guardado el maldito aparato en un sobre sellado con la orden de entregarlo directamente a los laboratorios. Hasta allí se había desplazado la misma mañana de la discusión con Michela. Pensaba entregarle el *laptop* a Pecorelli y que este obrara su magia con el disco duro. Estaba convencido de que se harían con algo jugoso. Su decepción fue mayúscula cuando nadie supo darle señas del ordenador. Estalló entonces en un cabreo de órdago y la emprendió con medio laboratorio, también con el *carabiniere* que se había hecho cargo del portátil. Según el joven oficial, lo había entregado como se le había ordenado. Sin embargo, en el jodido laboratorio nadie tenía constancia de ninguna pc Toshiba de color negro del caso de Inés Soto. Una de las pruebas fundamentales contra De Moro..., desaparecida. Evaporada por arte de magia. ¿Quién coño le estaba haciendo la cama al clan de los Barreta? Comprender que tenía un topo entre sus propios compañeros le revolvía el estómago. Tarde o temprano lo pillaría y, cuando lo hiciera, sería mejor que corriera lejos, muy lejos.

Marco asintió con la cabeza.

—Cobra, ve a buscarnos unos cafés, por favor —le pidió Roberto.

—A sus órdenes, *tenente* —respondió Pecorelli.

El hombre se incorporó, pero su altura no le permitía colocarse del todo recto en el interior de esa *ballena*. Dejó los cascos a un lado en la mesa. Antes de salir apretó el hombro de su compañero.

—¿Qué ocurre, Mago? —inquirió Roberto cuando quedaron solos.

Los dos hombres, sentados en incómodos taburetes frente a un tablón empapelado de mapas y fichas escritas a mano, se contemplaron en silencio.

—Temo que he perdido mi objetividad con todo esto.

—Objetividad —repitió el teniente, se frotó la cara y se inclinó hacia adelante.

Después de cuatro días encerrados en una furgoneta escuchando las variopintas conversaciones telefónicas de numerosos miembros del clan de los Barreta con algunos Di zzese de Platí en un lenguaje indescifrable, estaba a un paso de volarse la tapa de los sesos. Por ahora, solo tenían paja y muchos datos inconexos, nada concreto. Lo más jugoso con lo que se habían encontrado eran las conexiones que mantenían los Barreta con Milán a través de la creación de un

consorcio de cooperativa; Nuovo Ba.re.ti, gestionado por un *ominicchi* —un hombre de paja— cuyas iniciales eran B.C. El sujeto operaba con total libertad —gracias a un pase expedido por el propio ayuntamiento milanés—, y les permitía entrar y salir a cualquier hora del día y de la noche del Ortomercado de Milán. Desde allí enviaban cientos de camiones con cocaína a toda la región de la Emilia Romagna, Alemania y los Países Bajos. Habían abierto, incluso, un club nocturno a nombre de ese mismo testaferro: Anime Nere, un nombre que Roberto consideraba muy apropiado. Había enviado uno de sus hombres de mayor confianza, Paolo Pino, Sombra, para indagar en toda esa trama y desmontarles el jueguito. Sin embargo, no lograba hilvanar la relación de los Barreta con Ámsterdam. En teoría, intuía que De Moro funcionaba de intermediario como capo *locale* de Roma. Totò Barreta, el *boss* del clan daría las órdenes desde Calabria, ¿pero quién los estaba protegiendo desde la capital? ¿Quién los secundaba desde más arriba? Los hijos de puta parecían estar al tanto de las *chinches* —los pinchazos en los móviles— y hablaban en clave, utilizando símiles absurdos sobre entrega de caballos y aspirinas para el dolor de cabeza. Roberto, nervioso y cansado, quería pasar a la acción. Estaba decidido a colocar micrófonos en el interior de varias viviendas de la familia.

—Ha ocurrido algo de lo que no te he informado, Bracconiere...

—Lo estás haciendo ahora. Tranquilo, cuéntame lo que sea.

Marco se llevó las manos a la cabeza y la dejó caer hacia delante. Su cuerpo comenzó a estremecerse. Roberto lo tomó por los hombros y se quedó a cuadros cuando el hombre alzó la cara y le descubrió lágrimas en los ojos.

—Ey, ¿qué ocurre? ¿Es por la presión? ¿Necesitas tomarte unos días?

No, Marco no necesitaba tomarse días, necesita hacerse un trasplante de cerebro.

—Todo empezó de la manera más absurda. Cobra y yo estábamos siguiendo uno de los vehículos de los Scotello. Creíamos que iban a reunirse varios clanes. Ya sabes, tomaríamos fotos... lo de siempre. Pero era extraño porque una de las hijas del menor de los Barreta iba con ellos. Según nos consta, ella no tiene nada que ver con las actividades de la familia.

Marcos se restregó la nariz y se pasó las manos por el cabello rizado.

—Continúa...

—El vehículo en el que iban pinchó y vi la oportunidad perfecta

para intervenir. Me bajé del coche y me ofrecí a ayudar para cambiarles la rueda.

«—Y tú quién eres, ¿chico? —me preguntó Rosario Scotello, jefe de una de las familias más antiguas de San Lorenzo.

—Es el chico que trabaja con el manco, tío Saru —explicó con voz tímida la hija de Luigi Barreta, que había asomado la cabeza por la ventanilla del coche.

Rosario asintió con la cabeza y lo estudió con atención.

—Ah, me han hablado bien de ti. El parlemitano. Dicen que eres un chico serio. Trabajador.

—Para lo que se preste, don Rosario. Si me permite ayudarlo.

—Sí, sí. A ver, todos fuera del coche.

Los hombres apiñados en un recodo de la vieja carretera bajo un enorme risco observaban cómo Marco Stamile cambiaba la rueda del vehículo con el mar tirreno como fondo de la estampa. Finalizada la operación, Marco se sacudió el polvo de los pantalones, se quitó la boina que cubría su abundante y rizada cabellera cobriza y le dedicó una mirada directa a los ojos estrábicos de Rosario Scotello.

—Hecho, don Rosario.

—Pásate por mi casa una de estas tardes.

—Como ordene, don Rosario. Buenas tardes.

Los hombres volvieron a los vehículos. Teresa, que así se llamaba la única hija de Luigi Barreta, vocalizó un gracias y le dedicó una sonrisa tímida antes de subir. Marcos se estremeció. Por primera vez en su vida, su corazón se había puesto en funcionamiento.

Durante los meses que siguieron se había topado con la joven de forma casual. Se limitaban a mirarse con intensidad desde la distancia. A veces, a ella se le escapaba alguna sutil sonrisa que a él le provocaba cosquillas en el pecho. Lo que comenzó a preocupar a Marco fue la necesidad cada vez más apremiante de ver aparecer por alguna esquina el rostro níveo y dulce de Teresa Barreta.

Una tarde, le encargaron llevar unas cajas con bebidas desde el bar, que gestionaba la familia, hasta la casa, pues iban a dar una gran fiesta. Se sorprendió de ver a Teresa esperándolo en la cocina de los Scotello.

—Hola —musitó ella en voz baja jugueteando con los botones de su chaqueta de punto.

—Hola, Teresa, ¿cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?

Marco se sacó la boina de la cabeza y la restregaba entre las

manos. Se había encogido de hombros antes de responder.

—Aquí, trabajando un poco.

—Sí, te he visto. Siempre te miro.

Y esos ojos oscuros, brillantes, cargados de pasión se habían posado en los de él. La adrenalina se disparó por sus venas, haciéndolo experimentar un instante de pura euforia. El pene se le endureció bajo los pantalones. Tal vez demasiada euforia para su gusto.

Marco había dejado de respirar.

—Creo que eres un hombre muy trabajador, Luccio.

Stamile hizo una mueca ante la mención de su nombre falso. ¿Qué demonios estaba haciendo él allí hablando con esa chica?

—Gracias, Teresa. Tú también lo eres.

—No te creas que hago gran cosa. He oído que mi tío quiere ascenderte.

Pues ya sabía ella algo más que él.

—Sería un gran honor.

Ella pareció desinflarse al escuchar esas palabras. Agachó la mirada y ladeó la cabeza.

—Sí... lo sería.

Marco avanzó en dirección a la joven, porque ella estaba parada en mitad de la única salida, y él necesitaba escapar de allí. La joven se hizo a un lado, pegando la espalda contra la puerta, para dejarle paso en el estrecho hueco. Marco percibió cuando con su brazo rozó uno de sus pechos...

—Luccio...

Antes de volver la cara, ella ya se había apoderado de su boca o, quizás, había sido Marco el que se había apoderado de la suya. Los dos habían enredado las manos en torno al cuerpo del otro y se devoraban los labios. Marco se embebió de la calidez del cuerpo de Teresa, que dejó escapar un gemido involuntario. Un ruido procedente del interior de la vivienda los había alertado. Los dos se habían apartado asustados y con las respiraciones aceleradas. Sin pronunciar palabra se miraron durante una eternidad, hasta que Marco había dado la vuelta y abandonado la casa».

—Te has enamorado de ella —confirmó Pastriani.

Marco alzó la cabeza y le dedicó a su jefe una mirada atormentada.

—Está embarazada y, sí, estoy loco por ella. Quiero sacarla de aquí.

—¿Qué es lo que sabe ella?

—Nada. Pero no quiere que me meta en los negocios de su

familia. No le gusta. Está cansada de que todos terminen muertos. No quiere que yo muera. —Se echó a reír sin fuerzas.

—La sacas de aquí, de acuerdo, y luego qué... ¿crees que no la van a buscar hasta debajo de las piedras?

Roberto bufó y volvió a frotarse la cara con la mano. Por Dios Santo, no tenía la cabeza para esto. Un jodido Romeo y Julieta en su maldita unidad y, entonces, recordó una conversación telefónica interceptaba dos días atrás.

—Teresa Barreta —exclamó confuso—... ¿no la quieren casar con un hijo del viejo de los Palmarì?

Los ojos marrones de Marco relampaguearon y alzó la mano en un puño apretado.

—Por encima de mi cadáver.

Roberto cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Joder, comprendía a Marco, maldita sea si lo comprendía. La sola idea de imaginar a Michela casada con otro... Sin embargo, esa situación no podía terminar bien. Por el amor de Dios, la hija de Luigi Barreta, el segundo al mando de uno de los clanes más violentos y poderosos de la 'ndrangheta. El jodido bastión de San Luca. Y todo tenía que ocurrir justo en medio de la maldita operación para poner, de una vez y para siempre, a los Barreta entre rejas.

—Te repito, y necesito que te centres —Roberto se inclinó en el taburete y le habló mirándolo a los ojos—, la sacas de aquí. Eso será lo más sencillo y, después... ¿a dónde vas con una mujer embarazada? ¿A vivir en una isla desierta en mitad de la jodida Atlántida? Porque creo que sería la única posibilidad que tendrías y no estoy muy seguro de la fiabilidad de ese plan.

—No me has entendido. No te estoy pidiendo permiso.

—Ya lo sé, ¡carajo! —explotó Roberto que se echó hacia atrás y alzó las manos—. Lo que intento decirte es que no van a dejar pasar esto. Jamás. Probablemente se desatará una jodida *faida* entre los clanes. *Merda*, y su radio de acción es tan extenso, Mago... Su brazo tan largo y certero. Como una putrefacta e intricada red de telaraña que os perseguirá y acosará allá donde vayas. Dondequiera que te escondas. No habrá descanso para los malditos, hermano. Si te largas, la propia policía no podrá protegerte, tampoco querrá hacerlo, ya sabes cómo funciona esto. Joder, macho, te quedarás solo. Y, si te quedas solo, serás hombre muerto. Más te valdría que te sacara ahí fuera con una jodida diana en el culo y ella y tu hijo también serán objetivo de su venganza. Su familia la repudiará. Fugarse con un maldito policía. Joder... ¿comprendes eso también?

—Asumo todos los riesgos. Sé que mi vida no valdrá nada. Que

el Ministerio de Defensa no me protegerá, incluso me atrevería a afirmar que seré una deshonra e intentará liquidarme por su cuenta. Los medios me pondrán a parir y dirán que soy un delincuente, que me vendí. Todos mis años de servicio no valdrán una puta mierda.

Roberto se pellizcó el puente de la nariz.

—¿Y vale la pena?

— Por ella, todo.

—Maldita sea. Mierda.

Roberto giró en la butaca y fijó la mirada en el mapa de los montes escarpados del Aspromonte cubierto de chinchetas y apuntes en rojo.

—Quiero pedirte algo, Bracco —habló Marco con firmeza tiempo después—. Si no lo logro, y es muy probable que no lo haga, cuidarás de ella y de mi hijo, ¿de acuerdo? ¿Lo harás? Eres el único en el que confío. No me fío de nadie más, Bracconiere...

—Marco...

—¿Los cuidarás como si fueran tu propia sangre?

Roberto le obsequió con una mirada rabiosa.

—Me ofende siquiera que tengas que preguntarlo.

El teléfono sonó. Una vez... dos veces... tres veces...

El hombre permaneció quieto, con el aliento contenido, expectante. Clavó una mirada sin pestañeos sobre el aparato. Colocó los brazos estirados sobre la mesa de su estudio. Su corazón latía al ritmo de los repiques del maldito teléfono. Sabía quién aguardaba al otro lado.

Su vida se estaba precipitando al vacío. Cada vez lo ahogan más, cada vez había más presión. Lo estaban asediando.

A los cuarenta años, la idea de sacarse dinero extra le había parecido adecuada. Su mujer había dado a luz otro crío.

A los cincuenta, se había sentido omnipotente. Prácticamente todopoderoso.

Ahora, a los sesenta, el altar en el que él mismo se había elevado se tambaleaba como arcilla blanda bajo sus pies de barro. El paraíso se había convertido en un infierno. Los ángeles se habían revelado como los demonios que siempre fueron.

Vivía acorralado como una rata.

Descolgó el teléfono con mano temblorosa, se secó el sudor de la frente con el pañuelo que siempre guardaba en el bolsillo de su chaqueta y colocó el auricular contra el oído.

—Escúchame con atención —Salvatore Barreta siempre hablaba

con esa insidiosa voz pausada, tan puñeteramente controlada. Sin prisas, sin nervios. Una eterna y jodida balsa de agua— porque no me gusta repetirme. ¿Creías que un tipejo como tú podía joderme? Puede ser que no me haga entender con suficiente claridad. ¿Necesitas un mensaje conciso? De acuerdo. Te lo haré llegar. No más dilación, no más excusas. Quiero que me saques de encima a tus jodidos niñatos.

La línea permaneció en silencio durante varios segundos.

—No me amenace. Ya he contrarrestado los daños. Además, no está en posición de hacer nada, teníamos un trato y no me gusta que me dejen fuera...

—¿Entiendes con quién estás hablando? —La voz del jefe de una de las *'ndrine* más letales de la mafia calabresa le provocó escalofríos en la espina dorsal—. Tus palabras rozan peligrosamente la falta de respeto. ¿Quieres seguir en esto? Bien. ¿Quieres jugar a hacerte el gallito mandando a tu cuadrilla a seguirme? Estupendo. Ya sabes lo que espero de ti y para eso te pago. De cualquier manera, ¿quién crees que tiene más que perder aquí? ¿Tú y tu apestoso puesto encopetado o yo? Ya me buscan. Mi culo lleva impreso una orden de captura desde hace más de una década. La Interpol tiene mi foto en uno de sus murales. Una foto nada favorecedora, por cierto. Y no pienso permitir que me pesquen zampando achicoria y *ricotta* en una granja inmunda.

—De acuerdo.... De acuerdo, veré lo que puedo hacer, las cosas se salieron de madre...

—Y por si no lo has advertido a lo largo de estos años, yo nunca amenazo. Buenas tardes y que San Miguel Arcángel te favorezca, amigo mío.

La línea se quedó muerta.

El hombre se echó hacia atrás en el asiento de cuero, que chirrió bajo su peso. Miró el reloj de cuco de pared que lo sobresaltó al dar las cinco de la tarde. Una llamada que había durado escasos sesenta segundos y que a él lo sumía en una condena de por vida. El tic en el ojo empezaba a fastidiarle. Otra vez. Se aflojó la corbata y con dedos inquietos se encendió otro cigarro. El tercero de la segunda caja que llevaba ese día.

7

Aturúm cerró la boca, tragó el espeso líquido y lo sintió bajar por su garganta mientras soportaba a duras penas las arcadas. Sabía asqueroso y notaba la boca tirante. La lengua le picaba igual que si hubiera estado lamiendo cecina reseca de caballo. Qué diferente esa noche de aquella otra entre los brazos de Durato, se lamentó durante unos pocos instantes, antes de volver a fingir para su amante una expresión de deleite sensual que en modo alguno sentía. Relamió la cabeza ya flácida de la erección masculina, recogiendo entre lametones las últimas gotas de su placer y jugueteó con las pesadas bolsas del hombre sobándolas entre sus manos. Este gemía y se retorcía entre violentos espasmos. Si de algo estaba orgullosa Aturúm era de su buen hacer, inculcado por su madre desde su más tierna infancia. Sabía cómo excitar a un hombre, llevarlo a la cúspide de su placer y hacerlo implorar por repetir la experiencia. Le había funcionado con todos. Con todos, menos con el único al que deseaba enloquecer.

Cuando Ultinos, agotado, cayó desmadejado sobre el jergón, farfulló una sarta de palabras incoherentes, se colocó panza arriba y apoyó el antebrazo sobre su cabeza. Desnudo, con los muslos peludos entreabiertos, la barriga abultada y aquello colgándole inerte hacia un lado, el hombre daba pena. Aturúm se incorporó, se sacudió la tierra de sus rodillas y se aproximó a la entrada de la vivienda para hacerse con un poco de cerveza. Había dejado algo de comida y bebida. Sabía que a los hombres el sexo les abría el apetito y la sed. Vertió el líquido amarillento en una jarra de cerámica decorada con relieves, tomó unos tragos a las apuradas, realizando gárgaras, y lo escupió sobre el suelo apisonado de la

cabaña. Volvió a llenar el recipiente y la llevó hasta Ultinos. Se acuclilló, ofreciéndole la bebida, y le habló con voz suave.

—Toma, querido. Creo que te vendrá bien un poco para refrescarte.

Ultinos apartó el brazo de la cara y musitando unas pocas palabras de agradecimiento, agarró el recipiente y comenzó a beber. Parecía un cerdo. No se había molestado en inclinarse, la bebida se le derramaba de entre las comisuras de la boca y le empapaba la espesa barba entrecana, el pecho velludo y el jergón de paja, que con tanto cuidado ella había armado para esa ocasión. No había ningún tipo de elegancia en ese hombre.

Tan diferente de las maneras de Durato y su innata nobleza. Pensar, en esa instancia, en el general, le despertó la rabia. Le carcomían los celos y la sed de venganza. Había perseguido a Durato de forma incansable. Lo había deseado desde que tuvo uso de razón y descubrió en brazos de su esposo lo que ocurría entre un hombre y una mujer. Ella había deseado que fuera Durato el que se enterrara en su intimidad de mujer y le colocara hijos en su vientre. Cuando enviudó, se sintió feliz. Unos meses atrás había sacrificado un cerdo para agradecer a los dioses la muerte de Nuún. Les había rogado tanto que se sentía en deuda con ellos. No solo se había quitado a esa mujer de encima, también a los críos que le había dado. Ella se encargaría de llenarlo de hijos. Tenía un vientre fértil y sano y ningún hombre podía compararse a Durato en gallardía, belleza y arrojo. Su sola presencia le robaba el aliento y la paz de espíritu. Se había sentido triunfante tras la noche que habían pasado juntos. Tal y como tantas veces lo había soñado, Durato había resultado ser un amante formidable, atento, diestro y gentil. El mejor. Algo arisco y parco en palabras, pero ya le enseñaría el grandioso lenguaje del amor.

El hombre no había vuelto a buscarla ni a insinuársele desde aquella noche. Su decepción con el paso del tiempo había dejado paso al dolor. El dolor se había transformado en el odio más puro. El hombre hacía como que ella no existía y desde la noche que llegaron las esclavas, solo tenía ojos para esa maldita puerca romana. Lo había observado estudiándola. Durato la celaba, la anhelaba. La acechaba, incluso cuando la mujer se alejaba del resto buscando un poco de intimidad para bañarse desnuda en algún recoveco del río. Y, en esa instancia, presenciar la transformación en los gestos del hombre —sus ojos negros encendidos como teas ardientes, los labios entreabiertos y la necesidad de la que hablaba la postura encorvada que adoptaba su cuerpo— la habían hecho

rechinar los dientes y maldecirlos a todos. La contemplaba extasiado, como si ella fuera la única criatura viva sobre la faz de la Tierra. Esa perra de Licinia. ¡Cómo la odiaba! Había intentado acabar con ella. Primero, de buenas maneras, exhortando a las demás mujeres y soliviantando a los hombres en su contra. Sin embargo, aquella tarde, cuando pensó que se le cumpliría el ruego, Durato había impedido su sacrificio. ¡Maldito fuera! Más tarde, había intentado envenenarla. Se había acercado a ella con palabras de amistad, le había entregado algunas de sus ropas más viejas, intentó entablar conversaciones con ella. Pero esa maldita mujer se negaba a probar sus guisos o bebidas. Licinia siempre se preparaba sus propias comidas y no acostumbraba a charlar demasiado. Se había mantenido distante de las demás mujeres, solo hablaba con la vieja alcahueta de Ovidia. Tal vez intuía la envidia que las demás sentían por ella, debido a su belleza y ese incuestionable porte de reina. Aunque a ella le importaba un ardite su origen noble; la inquina que le despertaba era debido a la exacerbada atención que recibía de Durato, porque ella quería ser la esposa del general, ansiaba el poder y el ascendente que ostentaría entre sus gentes, y ninguna esclava, por muy romana que fuera, se interpondría entre ella y aquello por lo que había luchado toda su vida.

Esta vez se había decidido por un plan más sutil. Le llevaría un poco más de tiempo, pero esperaba deshacerse, de una vez y para siempre, de esa odiosa mujer. Después de lo que había presenciado, no le quedaba más remedio. Tenía que dejar de lado toda sutileza. Nuún nunca fue una verdadera rival. Una mujer mansa y serena de buen carácter a la que Durato no había prestado demasiada atención. Con Licinia era distinto. Ella jamás había visto a un hombre fornicar de esa manera con una mujer. A su pesar, los alaridos de Licinia durante su alivio y las palabras suplicantes que habían escapado de la boca de Durato la habían excitado hasta hacerla caer de rodillas. Su excitación había alcanzado un punto culminante cuando el hombre había decidido volver a tomarla mientras la mantenía maniatada al tronco de un árbol. Había necesitado aliviarse hasta en tres ocasiones antes de volver a ponerse en pie.

—Se me ha abierto el apetito, Aturúm.

La voz ronca del hombre la hizo volver en sí. El hombre sentado sobre el jergón se rascaba el pecho y bostezaba con la boca abierta. La mujer le dedicó una sonrisa amable, se inclinó y, depositando un beso en sus labios, lo lisonjeó:

—¿Crees que tu Aturúm no había previsto ese percance? He

preparado para ti mi guiso especial de perdiz. Sé que es tu favorito.

—Oh, mujer. Eres una bendición de los dioses.

—Querido, incorpórate, por favor. ¿Estás cómodo? ¿Sí? —Le pasó un cuenco con la comida y se arrodilló a su lado—. ¿Está sabroso?

—Delicioso —habló con la boca llena y le dedicó una gran sonrisa.

—Me alegro de que lo disfrutes. Lo preparé pensando en ti.

Aturúm carraspeó y se acomodó los cabellos. Ultinos alzó la vista por encima del plato de comida y la inquirió con la mirada.

—Querido, pongo en tu conocimiento que las mujeres estamos preocupadas por nuestro caudillo. Lo sentimos distraído y agotado, cansado de realizar sus funciones. Hace muchas lunas que no sale a luchar contra nuestros enemigos. ¿Tú qué piensas? ¿Los hombres han hablado?

—Durato está irreconocible. No nos hagamos los idiotas. —Alzó un dedo grasiento y lo agitó en el aire—. Solo tiene ojos para esa condenada esclava. ¡Por los cuernos del Toro! Le ha construido una casa. ¡A una esclava! Muy irregular, ese comportamiento es muy irregular.

Aturúm había apretado la mandíbula y los puños, que permanecían apoyados sobre la falda de su túnica, hasta que las uñas se le clavaron en las palmas de las manos y comenzaron a sangrar. Maldita, maldita, maldita. Suspiró en un intento por relajarse y dejó escapar una musical risotada de entre sus labios.

—Ultinos, querido. Lamento comunicarte que todos los hombres del poblado padecéis del mismo mal. ¿O te piensas que no te he visto observándola con expresión de embeleso? Ultinos agarró un muslo de carne y le dio un bocado.

—Es una mujer hermosa, no lo niego. Pero jamás se me ocurriría que una esclava viviera en mi casa, como lo haría con una esposa —farfulló masticando y chupándose los dedos.

—Tienes razón, Ultinos. Es una conducta aberrante. Impropia del cargo que él ostenta.

—Lo he hablado con él, no te creas. Se muestra tajante.

—¿Crees que nos dejaría vendidos, a merced de esos bárbaros romanos? Parece que a él solo ella le importa.

Ultinos arrugó el ceño y se atusó la barba.

—Antes te hubiera contestado que no, mujer. Ahora no lo tengo tan claro.

Aturúm se adelantó, recogió las sobras del guiso que el hombre dejó en el suelo y lo llevó hasta el fuego donde había mantenido la

comida caliente. Las echó en el caldero. Después, volvió sobre sus pasos y se recostó al lado del hombre.

—Querido mío, ¿crees que sería conveniente hablarlo en Consejo y que los demás hombres expresen su parecer? Está en juego nuestra propia supervivencia. La vida de nuestros hijos.

—¿A espaldas de Durato?

Aturúm comenzó a acariciarle el torso.

—Tienes razón, es deleznable. Discúlpame, ¿qué puedo saber yo?

—No, no. Tienes tu parte de razón.

La mujer colocó una mano sobre el corazón del hombre.

—Tú, sopésalo. Eres un hombre sabio y sabrás obrar con prudencia.

Durato observaba con una sonrisa cómo Licinia, arrodillada frente al fuego del hogar, se afanaba en prepararle la cena. Le había costado no moverse de su sitio mientras la veía destrozar la liebre que él había cazado para ellos esa tarde. La mujer había arrancado las partes más suculentas de la carne y las había arrojado en la vasija de los desechos. Había decidido que no serían de su agrado. No se atrevía a cuestionarle el porqué de esa inapelable decisión. Con los codos apoyados en las rodillas y la espalda contra la pared, jugueteaba con una de las cintas para el cabello de la mujer haciendo rodar el trozo de cuero entre sus dedos. De cuando en cuando, se lo llevaba hasta la nariz e inhalaba su aroma. Se había sentado a esperarla. A ella. La cena no podía importarle menos. Había descubierto que nada lo llenaba de tanta paz y sosiego como observarla en los quehaceres diarios. Daba igual lo que hiciera. Cuidar de las plantas, tejer, preparar la comida... él amaba mirarla. Todos sus gestos lo enternecían, lo atraían, hasta el más nimio.

—Licinia...

La mujer había alzado la vista y le había sonreído avergonzada. Un oscuro mechón de su cabello se había escapado de ese extraño peinado que se había elaborado en lo alto de la cabeza y le cayó sobre el ojo. Ella le había dado un manotazo, pringándose de sangre la mejilla.

—Dime. Lo estoy haciendo todo mal, ¿verdad?

—¿Me permites ayudarte?

La mujer apretó los labios y negó con la cabeza.

—Debo aprender. Todas las mujeres saben hacer esto. No quiero que se burlen de mí.

—Jamás permitiría que nadie se burlara de ti.

—No quiero que pienses que soy una mujer floja —retrucó ella con un mohín.

—No lo pienso. Te admiro.

Licinia disparó la cabeza hacia arriba. Esos maravillosos ojos dorados lo miraron con estupor. Durato contuvo la respiración y tuvo que echar mano de su férrea disciplina para no levantarse y caer sobre ella. Se moría por besar esos labios rojos que se entreabrían en un gesto de perplejidad. También por arrancarle el espantoso peinado que se había hecho esa mañana.

—¿Me admiras? No creo que haya nada por admirar de mí.

—Que admirar en mí... —la corrigió él en voz suave. Volvió a llevarse el trozo de cuero a la nariz e inhaló.

—Oh, se dice así: «que admirar en mí». —Y lo repitió varias veces en voz baja cerrando los ojos.

—Hay mucho que admirar en ti, *kaini*. Tanto que no sabría por dónde empezar a relatarte.

—Eso último no lo he entendido —frunció el ceño, frustrada. Ese gesto lo hizo sonreír. El pelo había vuelto a caerle sobre la frente.

—Quédate quieta —le ordenó Durato entonces.

Se incorporó antes de terminar de hablar y avanzó hacia Licinia. La mujer aguardó. Se arrodilló a sus pies y llevó sus manos al cabello de la mujer. Comenzó a trabajar para sujetárselo mejor. Licinia se quejaba, mortificaba. No obstante, nada podía hacer con los brazos cubiertos de sangre hasta los codos, metidos en un barreño con los restos del animal muerto. Una vez que su cabello quedó bien sujeto, Durato observó lo que había hecho. Cuando giró el cuello para explicarle cómo debía hacerlo, observó la sangre que pringaba su mejilla, inclinándose lamió la mancha. Licinia cerró los ojos estremecida.

—Vamos a ver, ¿tienes algo en contra de los muslos?

Licinia pestañeó, un poco confundida.

—Yo... no, me gustan mucho.

—Perfecto, a mí también. Entonces dejamos los muslos, ¿no? Que son muy sabrosos. —Licinia sonrió avergonzada—. Mira —le dijo él, le tomó una de sus muñecas y le hizo palpar la articulación del animal—, aquí es donde tienes que arrancarlo justo cuando palpes esto que parece una bolita...

Licinia tragó saliva cuando Durato comenzó a trazar círculos alrededor de la piel de sus muñecas, la carne se le erizó. Durato la observó y como ciego se acercó y besó sus labios, también se los lamió.

—Amor mío, esto se estropeará si no...

—Saldré —suplicó él— y te traeré todas las liebres que quieras.

—Durato...

—No te he tenido en mis brazos desde esta mañana. Te necesito.

—Yo también te necesito... pero mírame —le explicó Licinia y elevó las manos del interior del recipiente y se las mostró—, sangre... ¿Cómo se dice?

—Manchada de sangre.

—Eso.

Durato se levantó, le dedicó una mirada divertida y se fue quitando toda la ropa: las botas de piel, el cinturón de cuero, la camisa, las polainas de lana... Las iba lanzando a un lado, cerca del jergón que habían apoyado en la curvatura que hacía la pared de su vivienda. Licinia, con la boca entreabierta, se sentía embriagada. No lograba acostumbrarse a la magnificencia de su cuerpo masculino. A todo el poder que transmitía ese hombre. Su hombre. Embelesada le admiraba los músculos nudosos de sus brazos, el estómago duro, la solidez y resistencias de esos muslos que asemejaban troncos de árbol, hasta que su mirada recayó en el pene que crecía y engordaba bajo su atenta mirada. Se preguntó asombrada cómo su cuerpo era capaz de recibirlo. El hombre se arrodilló delante de ella, la contempló con una sonrisa pícara antes de tomar con cuidado sus muñecas y colocarlas alrededor de su propia cintura desnuda, ciñendo el cuerpo cálido de ella contra el suyo. Se estremeció cuando su erección rozó el vientre femenino. Los dos dejaron escapar un gemido al hallarse unidos.

—Ya está. Estoy manchado de sangre también. —La recostó sobre la tierra y se apoderó de su boca—. Ahora, ¿nos centramos en otro tipo de comida?

—¿Qué pensaste la primera vez que la viste a mí? —le preguntó Licinia en un susurro a medianoche.

Durato sonrió y depositó un beso sobre el cabello de ella.

Los dos permanecían desnudos, echados sobre el jergón, abrazados. Licinia tenía su cabeza apoyada sobre el pecho de él y uno de sus muslos encima de su cadera. Con la rodilla le acariciaba el estómago plano y duro.

Después de hacer el amor, se habían escabullido entre risas hasta el río para darse un baño de agua helada y comer algo de fruta. Durato la había conducido hasta una preciosa cascada en la desembocadura de un riachuelo. Licinia había chillado, chapoteado

y había deseado matar a Durato que, muerto de risa, se la había echado al hombro y le había colocado el trasero justo debajo de la tromba de agua. Habían peleado como dos salvajes y se habían lanzado agua sin clemencia. Por culpa de un descuido imperdonable de ella, él había conseguido asirla por la cintura y, apoyándola en la curvatura de una roca plana, se había enterrado en ella, porque según él había que entrar en calor. Habían vuelto horas después titiritando, congelados. Durato había reavivado las llamas del fuego en el hogar y los había acomodado sobre el jergón, bajo montañas de pieles. Así, agotados y felices, se habían quedado dormidos escuchando el crepitar del fuego.

—La primera vez que me viste —repitió él con la voz enronquecida por el sueño.

—Eso dije...

—Dijiste algo que no tiene mucho sentido. La primera vez que te vi, te odié.

—Yo sentía tanto miedo de ti.

—¿Me sigues teniendo miedo? —inquirió en ese mismo tono de voz, suave y aterciopelado.

Ella se echó a reír y le mordisqueó la tetilla que tenía a mano.

—Tiemblo ante tu presencia —le soltó en su lengua materna con ánimo juguetón. Entonces, recordó por qué él la había odiado de esa manera y la alegría murió en su corazón, la pena le oprimió la garganta y le pesó en el alma. Se incorporó de forma precipitada. Los cabellos cayeron alrededor del rostro como un manto oscuro cubriendo también a Durato.

Licinia le tomó el rostro entre las manos. La solemnidad de su gesto y la gravedad que expresaban sus ojos ambarinos enmudecieron al hombre.

—Lo siento, amor mío. Siento que mi esposo cometiera esa barbarie contra tu amado pueblo. Y más que cualquier otra cosa, lamento, desde el mayor fondo de mi alma, que perdieras a tus...

No había podido continuar porque la emoción, el dolor tan profundo y la rabia le habían impedido pronunciar las palabras: «a tus hijos y a tu amada esposa». Enterró la cabeza en el pecho de él y se echó a llorar desconsolada. Avergonzada.

Durato, acariciándole la cabeza, cerró los ojos con lentitud y tragó saliva.

—No fue tu culpa —le dijo una vez que se hubo asegurado de que la voz le saldría firme.

—Tus hijos..., amor mío. Tanto dolor... lo siento, lo siento...

Los ojos de Durato se llenaron de lágrimas que desbordaron por

sus ojos y resbalaron hasta mojarle las orejas. En voz baja musitó una oración: «Tautalus... Anuún... Los dioses os bendigan, mis pequeños tesoros. Vuestro padre siempre os ama».

—Tú eres mi familia ahora —pronunció el hombre con la voz ronca tiempo después.

Ella elevó la cabeza con lentitud. Su rostro, demudado por la pena, lo conmovió.

—Sí, quiero ser tu familia.

—¿Y si no soy capaz de encontrar a tu esposo y acabar con él?

Durato gruñó y con un movimiento veloz se colocó encima de ella. La tomó por las muñecas aprisionándolas contra el lecho. La furia y los celos se habían apoderado de él.

—¿Lamentarías su muerte?

—Lamentaría que no pudieras matarlo.

Él se mantuvo en silencio escrutándola con fiereza. Había tantas preguntas sin formular en las profundidades negras de sus ojos. «¿A qué le temes, amor mío? —quiso preguntarle ella—. Solo te amo a ti. Solo existes tú. No hay espacio para nadie más en mí».

—¿Lo amas...? —musitó él en voz baja.

—Lo odio. Tú eres todo lo que amo.

Durato dejó caer la cabeza hacia adelante y no la miró cuando le confesó en un hilo de voz:

—Que caiga sobre mí la vergüenza, porque eres lo único que amo.

Los labios de ella temblaron al hablar.

—Te apena amarme...

—Siento que falto a la memoria de mi esposa muerta —aclaró él con expresión contrita.

—Lo comprendo...

Pero le dolía tanto. Tanto.

Durato levantó la cabeza y clavó sus ojos en ella. Esa mirada torturada e incisiva que a ella le cortaba el aliento.

—No, no comprendes nada. Te amo más que a mi vida, Licinia —pronunció con fervor—. A veces me quedo observándote sin que te des cuenta, admirando algún absurdo detalle de ti. La forma en que te colocas el cabello, cómo mueves la cabeza cuando buscas concentrarte en alguna tarea o el sonido de tu risa y, en esos momentos, siento incluso que te amo más que a la memoria de mis hijos. Y me avergüenzo de ese sentimiento. Pero no puedo evitarlo. Es algo más fuerte que yo.

—No, amor, no lo evites, por favor, no lamentes amarme. Para mí es la vida.

—Eres mi esposa, Licinia. Aquí —se golpeó el pecho—, eres mía. Siempre mía. Para toda la eternidad.

Licinia tragó saliva y asintió con la cabeza.

—En Roma, cuando las personas celebran el matrimonio… —le explicó Licinia en su idioma, porque no sabía el término en la lengua de él.

—Sí, cuando se casan —tradujo él.

—… se entregan algo de valor y sellan la unión con palabras solemnes.

Durato se echó a un lado, le besó los labios y le dedicó una sonrisa brillante y luminosa como un día de primavera. Licinia sintió que el pecho se le contraía. Jamás lo había visto así de entusiasmado, con la entrañable inocencia de un niño al que acababan de conceder su mayor ilusión.

—Espera aquí.

Ella se apoyó sobre los codos y lo vio revolviendo el interior de un pequeño cofre que había traído con él cuando comenzaron a vivir juntos. Volvió exultante segundos después.

Se arrodilló frente a ella y alargó la mano.

—¿Se entregan algo como esto?

Licinia observó los obsequios con recelo y una mueca de disgusto en los labios.

—¿Son robados?

Durato dejó caer la cabeza hacia atrás y explotó en una carcajada.

—¡Tan mal gusto crees que tengo! —le riñó él una vez que logró calmarse—. Son nuestros. De mi pueblo. De mis padres. Los llamamos *viria,* vosotros lo llamáis brazalete.

—Viria… —repitió Licinia y tomó uno entre las manos con cuidado admirando la rica ornamentación de la joya. La pieza era de sólida plata bellamente decorada con repujados e incisiones que formaban dibujos de flores, animales y ramitas. Se veía muy fino. Lo que la emocionaba hasta las lágrimas era que pertenecía a Durato. Él deseaba obsequiarla con bienes de su propio pueblo. La emoción la llevó a sollozar y también a reír de felicidad.

—¿Cómo son las palabras?… Para convertirnos en marido y mujer —expresó él en un susurro ansioso.

Licinia dejó a un lado la joya y lo miró con una sonrisa emocionada. Durato la contemplaba con expresión grave, solemne. Para él era un paso importante, transcendental en su vida. Y ella, imbuida por la actitud reconcentrada del hombre, se arrodilló frente a él y dejó que resbalara sobre su piel el cuero caliente que la había

protegido de la humedad. Así quería simbolizar su unión con Durato. Se entregaba a él en cuerpo y alma. Los dos desnudos, arrodillados uno frente a otro, se contemplaron emocionados, tan enamorados.

Licinia tomó las manos a Durato.

—Las palabras son simples —comenzó ella, que hizo una pausa para limpiarse las lágrimas con el dorso de sus manos—. Se las dice la mujer al hombre. Sí él está de acuerdo, las acepta.

Durato asintió con la cabeza sin dejar de mirarla en ningún momento.

—Antes tengo que... —Se soltó de las manos de él y gateó hasta el rincón donde guardaba sus escasas pertenencias.

Acuclillada sobre un pequeño cesto, tomó su vieja *stola*. No comprendía qué impulso la había llevado a conservar la estropeada prenda. Sin dudar, la desgarró.

Durato seguía todos sus movimientos con la boca seca. ¿Esa hermosa criatura, la más hermosa y pura de cuantas habitaban la tierra, se iba a unir a él? ¿Qué bien había hecho él para merecer el don de su luminosa presencia?

Licinia volvió a arrodillarse frente a él y sonrió apenada.

—También nos hacemos entrega de una alianza. Simboliza la unión. —Le mostró dos hilos finitos de su túnica que había enrollado para formar unas sencillas alianzas.

—Lo que tú quieras... —suspiró él y carraspeó conmovido.

—Durato, amor mío, vida mía, a partir de este día me entrego a ti y sello mi unión con estas palabras —mientras recitaba su juramento, ataba con manos temblorosas, en torno al dedo de él, el hilo de su túnica—: *Ubi tu Duratus, ibi ego Duratia*. Donde tú seas Durato, yo seré Durata —expresó ella con una voz tan baja y áspera que él tuvo que hacer un esfuerzo por retener sus últimas palabras.

—Acepto.

—Ahora tú me pones el brazalete y yo debo ponértelo a ti —señaló ella con la voz desafinada.

—Antes me gustaría también hacer mi propio juramento. Me permites nuestra alianza.

Ella asintió cohibida y le entregó el hilo acordonado. Tenía la garganta hecha una bola y le costaba tragar saliva. Durato tomó la mano de ella, le dio la vuelta y, agachando la cabeza, depositó un beso muy suave sobre la red de pequeñas venas azules de su muñeca. Licinia se estremeció. Luego acarició sus nudillos, los besó y comenzó a enrollar el trozo de tela alrededor de su dedo anular.

—A partir de este día eres mi vida y eres mi sangre. El camino

que tú andes yo lo seguiré. El destino que te guie me guiará también a mí. Ruego a los dioses, los tuyos y lo míos, que, si alguna pena haya de acaecerte, sobre mí recaiga. Si algún dolor tienes que padecer, lo padezca yo por ti. *Ubi tu Licinius, ibi ego Licinia*. A partir de este día, soy tuyo.

Licinia apretó con fuerza sus dedos en torno a la mano de él. La boca le temblaba, tenía el cuerpo erizado y las lágrimas corrían libres por su rostro.

Durato tomó el brazalate, lo deslizó por su brazo y luego lo ajustó en torno a su antebrazo.

Licinia, después de varios intentos, debido al temblor de sus dedos, hizo lo propio.

—Soy tuyo. Siempre tuyo. Para toda la eternidad —le habló él sobre los labios cuando por fin la ciñó entre sus brazos.

—Soy tuya. Siempre tuya. Para toda la eternidad —repitió ella antes de caer los dos sobre las pieles, fundidos en un abrazo eterno.

Compartieron una unión lenta y calmada. Los esposos se recitaron palabras de amor a través de los besos. Besos que se dieron con el alma y caricias que se prodigaron con suspiros. Ternura, jadeos, piel y lágrimas de alegría. La boca entreabierta de Durato sofocó un gemido ronco y cayó sobre la frente perlada en sudor de Licinia y, mientras se aferraba a su pecho desnudo y su pelvis se mecía sobre la húmeda y resbaladiza vagina de su mujer, dejó que lo desbordara la oleada de éxtasis más potente que hombre alguno haya podido sentir jamás.

Michela, acalorada, se removía inquieta en el sueño, gemía y se retorcía de un lado a otro murmurando palabras sin sentido, anhelaba algo que no lograba identificar. «Oh, Roberto… ¿Dónde estás, Roberto? Te necesito ¿Por qué siempre me abandonas?».

Se había quitado a patadas las mantas cuando un ruido estridente comenzó a importunar el sueño tan plácido; por Dios, que parara.

Se espabiló de sopetón. Alguien estaba llamando a su casa con insistencia, no dejaba de aporrear el timbre, una y otra vez. Se quedó paralizada cuando creyó oír el chasquido de la puerta al abrirse.

—La *mamma* está destrozada —comentó Salvatore de pie en el umbral de la puerta. Enfocó una mirada reprobadora en la figura de su tío. Los hombres de las chaquetas de cuero volvieron sus cabezas y le dedicaron un vistazo rápido y poco consecuente al muchacho, antes de girarse y esperar el comentario de aquel que destacaba dentro de ese grupo variopinto. Su traje hecho a medida de Brioni, sus zapatos de suela Ferragamo y las carísimas monturas de sus gafas lo hacían descollar entre el resto, cuya vestimenta algo más basta hacía patente la diferencia de estatus.

La mirada acerada de su tío, velada por los cristales opacos de sus gafas, se centró en el joven.

—Chico, no haces nada aquí. Venga, salte y vete a la sala con la *mamma* —ordenó Rocco Barreta con ese acento cerrado propio de la gente de la campiña.

—Disculpe, tío, pero no creo que sea apropiado mantener esta reunión aquí y ahora. La *mamma* está de luto y necesita descanso.

Rocco giró el cuello con lentitud, entrecerró sus ojos oscuros y arrugó el ceño. Juntó el índice y el pulgar y levantó la mano cuando habló.

—¿Qué? Todos estamos de luto. Largo, chico. No me gusta repetirme.

Antonio se adelantó y tomó el brazo de su hermano mayor, que le dedicó una mirada fastidiada, pero se dejó arrastrar hasta la salida. Bajaron las escaleras y enfilaron por el angosto pasillo, sin echar un vistazo a los desconchones de las paredes ni a los marcos de fotografías en blanco y negro de su abuelo y los miembros de su familia caídos en batalla. Antonio se persignó ante el busto de la Virgen de Polsi que presidía el recibidor de la casa.

Antes de salir, Salvatore le hizo un gesto a su hermano para que aguardara por él. El mayor de los Barreta entró en el salón de la vivienda familiar y miró el entorno asqueado por toda esa rutina funeraria, asfixiado de la atmósfera cargada en esa habitación. Las ventanas permanecían cubiertas por espesos cortinajes morados. La estancia quedaba parcialmente iluminaba gracias a la luz amarillenta que arrojaban las deslucidas lámparas de araña suspendidas, en un acto de abierto desafío, de los techos enmohecidos y la de las velas, que alguien había decidido diseminar por toda la habitación y lo único que lograba era condesar el ambiente acentuando el aspecto lóbrego y siniestro que componían el cuadro de las cuatro mujeres hacinadas como cuervos negros en

torno al ataúd, donde reposaban los restos de su padre.

Las mujeres no acusaron la presencia del hijo mayor del fallecido y continuaron bisbiseando oraciones y lamentos mientras sus manos, encallecidas por el duro trabajo del día a día, movían sin parar las cuentas de los rosarios. Salvatore se paró delante de su madre, se agachó y le murmuró unas pocas palabras de consuelo en el oído. Depositó sobre su mejilla arrugada un beso breve. La mujer, abatida, dejó caer la cabeza perlada de gris y se llevó el pañuelo de tela a la boca para ahogar un sollozo. Acto seguido, el chico se incorporó y abandonó la casa.

Antonio, sin decir palabra, lo acompañó a la parte trasera de la granja. Entraron por la cocina y saludaron con un sutil movimiento de cabeza a las mujeres de la familia que preparaban en una gran olla renegrida, sobre los leños ardientes de madera, el almuerzo para ese día. Se sirvieron vino tinto de la zona en pequeños vasos de cristal. Con aire concentrado, se sentaron en las destartaladas sillas en el porche trasero, que daba a la montaña, y se encendieron unos pitillos.

—¿Por qué soltaste ese comentario, Totò? ¿Acaso has perdido la cabeza? Y delante de todos los hombres. El tío se puede sentir ofendido.

Salvatore Barreta dio una calada a su cigarro, tomó un trago de vino y guardó silencio.

El gélido aire de tramontana soplaba con insistencia expandiendo por todo el risco montañoso los balidos de las cabras y sus cencerros cuando se movían en su búsqueda de comida.

—No me gusta que no guarden el respeto debido en nuestra casa —habló Salvatore con esa voz tranquila que lo caracterizaba, tiempo después.

—También es su casa, Totò. Es tu tío, el hermano de tu padre. ¿Crees que faltaría el respeto a su memoria?

—Digo que aquí y ahora no es el momento de discutir estas cuestiones.

—¿Crees que esto es la guerra? —susurró Antonio, que no hizo un secreto del temor que filtró el tono bajo y reverencial en su voz.

—No es necesario que haya ninguna guerra —respondió Salvatore con indiferencia.

Antonio miró sorprendido a su hermano.

—Pero los hombres dicen…

—Los hombres no saben una mierda —se fastidió el mayor de los Barreta y dejó que el humo de su tabaco negro se llevara esas últimas palabras.

—Y tú sabes más que ellos, ¿no?

—Yo sé que los Piromenì son unos tocapelotas y que su fuerza reside en *il Papa*, que se cree que puede manejar todo aquí, como si la jodida montaña fuera suya. —Salvatore aludía a don Peppe, jefe de la familia Piromenì—. Quítalo a él de en medio y los demás se esconderán como ratas.

—¿Y eso lo saben Rocco y Natale? —preguntó Antonio, que alzó la vista y se envaró en la silla al divisar la figura de su tío. Rocco Barreta avanzaba hacia ellos desde el acceso principal de la finca.

Salvatore se encogió de hombros y apuró su vino. Permaneció sentado con los hombros apoyados en el respaldo y las piernas estiradas, cruzadas por los tobillos, en tanto Rocco se acercaba con paso firme, cuesta arriba, por el camino de tierra que comunicaba la vivienda con las cocinas y los graneros. Se adentró en el patio, empujando una pequeña cancela destartalada, y se dirigió al porche donde descasaban sus sobrinos. Subió los escalones hasta detenerse y apoyar el trasero en el murete de piedra.

—¿Por qué me estás tocando las narices, Totò? —inquirió Rocco cuando lo tuvo delante.

—¿Por qué le faltas el respeto a la memoria de tu hermano, Rocco?—retrucó molesto Salvatore dedicándole una mirada ceñuda.

La tensión se apoderó de Antonio que, conmocionado, observaba a su hermano mayor como quien contempla la actuación de un extraño.

—Serás zopenco. ¿Pero de qué leches estás hablando?

—Mi madre llora por mi padre a los pies de su ataúd. Mis tías, tus hermanas, se lamentan y rezan en su memoria. Y, mientras, tú, a dos pasos de ellas, estás hablando de la *faida* y de cuestiones que deben tratarse en otro lugar. Le faltas el respeto a mi madre, a tus hermanas, a mis hermanos y a mí, Rocco. Y eso no me gusta.

Los dos hombres se quedaron mirando de hito en hito al joven Barreta. Era el discurso más largo que le habían escuchado jamás a Salvatore que, por lo general, no gastaba energías en chácharas sin sentido, como él a menudo le gustaba recalcar.

—¿De qué guerra hablas?

—No me tomes por idiota, Rocco. Sé lo que os proponéis tú y tu hermano Natale. Me parece bien, pero no la manera grandilocuente que queréis emplear. No es necesario.

Rocco se cruzó de brazos y se echó a reír.

—Y según tú, ¿qué se debería hacer? Vamos, ilumíname.

Salvatore se reclinó en la silla y clavó su mirada incisiva en la de su tío.

—Aquí el problema es ese bastardo de don Peppe. Los demás son unos perros, ¿quién le sucedería? ¿El pusilánime de su hijo? ¿El hermano medio lelo que se folla a las cabras? Deshazte de él y los Tazurro no los apoyarán. Acobardados por la presión de los Moratoni y los Bastinì, buscarán nuestra protección y harán negocios contigo.

Rocco siempre había pensado que la mirada de ese crío no se correspondía a la de un chico joven. Ya desde niño, su actitud seria y reconcentrada con el ceño muy junto y los ojos permanentemente entrecerrados había mantenido distante a la propia familia. Y eso había sido así porque los hombres le temían. Tal vez intuían cierto sesgo de iniquidad oculto en las profundidades de esa mirada gélida. Imponía respeto. Eso no podía negarse. Nunca participaba de la fiesta, la juerga y los botines que el tráfico de estupefacientes y la venta de armas les reportaba. Rocco Barreta nunca se había parado a analizar —hasta el día de hoy y debido a la inusual irrupción en mitad del funeral por su padre— al mayor de los cuatro hijos de su hermano. Le resultaba más simpático el pequeño, Luigi. Jovial, juguetón y divertido. Salvatore, en cambio, era un muchacho de pocas palabras, meditabundo, que se pasaba los días perdido en la montaña cuidando de las cabras. Parecía no necesitar nunca nada de nadie. Ahora, de pronto, lo veía bajo otro prisma. Se desvelaba ante él un joven de mente inquieta, sagaz, pausada pero también inquisitiva. Y lo que lo dejaba a cuadros, muy hábil.

—Pero ahora mismo los Tazurro los apoyan —retrucó Rocco—. ¿Crees que es fácil llegar a don Peppe?

—Lo he estado observando. La única manera de cerrajearle un tiro en la cabeza es cuando baja la guardia. En su casa.

—Bravo por ti, Salvatore. Me quieres decir, ¡cómo narices nos colamos en esa jodida fortaleza!

—Nos, no. Yo lo haré. No necesito de nadie. Vengaré la muerte de mi padre.

—Has perdido la razón. No puedo permitirte hacer eso.

—Eres tú el que ha perdido la razón, tío, si piensas que podemos salir con bien de una guerra con los Moratoni y los Bastinì, que cuentan además con el beneplácito de las *'ndrine* de Africo y Platì. Nadie nos apoya ahora mismo. Ni el cornudo del alcalde se ha presentado hoy en la iglesia. Esas ratas negras nos han desvalijado la casa porque don Peppe lo ha permitido. Hemos perdido al cabeza de familia. Ellos lo saben. Buscaban darnos ese golpe de gracia, cabreados, porque papá estaba haciéndose con el favor de los colombianos. Por mucho que busquen disfrazarlo como una ofensa

de Luigi en aquel jodido baile. Esperan relamiéndose de gusto, apoltronados en sus casas, a que hagamos ese movimiento en falso, para así ir liquidándonos uno a uno.

Rocco tragó saliva, ¿cómo es que un maldito crío de apenas veinte años era capaz de comprender toda esa intrincada maraña de relaciones de los clanes, si se pasaba el día recorriendo los riscos? Observó el rostro decidido de su sobrino y se acarició la barbilla.

—¿Cómo entrarías en esa casa?

—Eso déjamelo a mí. Y si caigo, es uno y no veinte.

—Y tu madre se muere de tristeza.

—Mi madre ya está muerta.

La leyenda de Salvatore, Totò, Barreta, que degolló a uno de los capos más sanguinarios de la 'ndrangheta con un cuchillo carnicero mientras el hombre cagaba en uno de los baños de su mansión en Africo, se extendió como la pólvora por todo el sur de Italia. Nadie supo jamás quién había traicionado al viejo *boss* en su propia casa. Y así, con tan solo veinte años, el Carnicero tomaría el relevo de su padre en la dirección de la familia y, diez años más tarde, se haría con el control en el norte de Italia del negocio de drogas, orquestando una poderosa red del narcotráfico internacional y toda una infraestructura empresarial a su alrededor que extendería sus tentáculos desde Colombia hasta el Mekong.

Gracias a un inesperado golpe de suerte para la policía del Reggio, en la que se denominó «la masacre de Ferragosto», que se saldó con la vida de seis jóvenes italianos en un pequeño restaurante en Duisburgo, también posicionaría al pequeño macizo montañoso del Aspromonte en el mapa geodelictivo de la policía de todo el mundo.

Roberto tocó el timbre y golpeó la puerta, una vez y luego otra más, no se podía estar quieto, y tamborileaba los dedos en la pared, estaba a un paso de abrir él mismo. Se contenía porque no quería darle el susto de su vida y, más que nada, porque no estaba seguro de si sería bien recibido y eso también lo estaba matando. Se pasó las manos por el pelo, revolviéndoselo, y miró la hora. *¡Merda!* Se maldijo entre dientes. Joder, eran las cuatro de la mañana. No se había parado a meditar en nada en su ansia por volver a verla. Contuvo el aliento cuando sintió movimientos del otro lado de la puerta.

—¿Sí?

La voz suave e insegura de Michela le provocó escalofríos.

—Soy yo, Roberto.

Cerró los ojos y descansó la frente contra la puerta, la mano sobre el pomo. «Ábreme, por favor, abre la puerta. No me dejes aquí tirado».

Escuchó el cerrojo y su corazón se detuvo. El estómago se le contrajo.

La puerta se abrió. Roberto disparó la cabeza hacia arriba. Los ojos de ella, luminosos y brillantes, resplandecieron en medio de la oscuridad que los rodeaba. Roberto, con la respiración agitada, musitó un hola. La joven parpadeó confundida y luego inclinó la cabeza interrogándolo con la mirada. Roberto, enternecido por el gesto perplejo de su ceño fruncido y la inocencia con que lo estudiaba, dejó escapar un suspiro. Vencido. No tenía el ánimo para entablar ninguna charla. La necesitaba. Solo él, y nadie más, entendía hasta qué punto la había extrañado durante esos días de pesadilla. Su risa nerviosa, sus besos, la calidez de su cuerpo, sus modos infantiles. Añoraba, incluso, discutir con ella. La deseaba tanto. Tanto que, si no la abrazaba en ese mismo instante, se terminaría pegando un tiro. Se encontraba tan asqueado de toda la basura que había en el mundo, de la mierda con la que tenía que lidiar todos los días. La idea de perderse en el cuerpo de esa mujer era un bálsamo para su alma. ¿Y qué bien había hecho él para merecer a una criatura como Michela? Nada. La miró y sacudió la cabeza, obstinado en el silencio. Resignado. Se aproximó hasta rozar con sus botas los dedos de sus pies descalzos y se limitó a contemplarla con ansías mal disimuladas, aguardando por ella, tragó saliva. Michela le devolvió idéntica mirada hambrienta y él dejó que su boca hablara en su nombre y tomara su lugar. Porque teniéndola cálida y acogedora contra su cuerpo, él no podía hacer otra cosa más que besarla.

Michela ahogó un gemido y le devolvió el beso con ansias. Roberto llevó la mano libre a su cabello y enredó sus dedos en él, tirando hacia atrás para colocarla en un ángulo que le facilitara acceder a ella. Michela jadeó entreabriendo los labios. Se oyó el porrazo de la puerta y comprendió que ya estaban dentro de la casa. Él aprovechó para lamerle los labios y hundir la lengua en el interior de su boca recorriéndole con hambre los dientes, las encías, el paladar... No lograba asimilar cómo le alborotaba esa mujer cada centímetro de piel, cada hueso, y ese músculo en el pecho que se movía al ritmo que ella le iba marcando. Gruñó apretándose contra

ella, dejándose arrastrar por toda esa inmensidad de sensaciones que le provocaba. Michela Hauffman: un pedacito de paraíso robado. Lo más sagrado y hermoso que tenía en la vida. El sol que orbitaba bajo el influjo de su sombra.

Los jadeos y gemidos de ambos se entremezclaban con los sonidos sibilantes que producía el roce de sus cuerpos húmedos y las aspiraciones de sus labios. Roberto se fue quitando la ropa sin apenas separarse de ella ni ser conscientes de que se movían por la casa. Le recorrió el cuerpo con manos anhelantes y desesperadas. Introdujo la mano por la tela delgada de su camiseta, apretó un pezón y masajeó un pecho, también le hurgó en el ombligo con la uña y bajó, un poco más, hasta dar con la cintura del pantalón y de las bragas. Se los sacó de un tirón. Sus bocas se separaron y Michela jadeó sorprendida, pero no lo detuvo. Incluso colaboró meneando el trasero. No le había reclamado su comportamiento despótico, las horas que eran, que ni se molestara en explicarle nada. Lo dejaba hacer y deshacer a su antojo. Esa actitud de ella, obsecuente, exacerbaba un lado primitivo que habitaba en su interior. Oh, las cosas que quería hacerle a esa mujer. Cayeron sobre el colchón que se quejó por la intromisión. Él, ejerciendo presión con sus rodillas, le abrió los muslos y comenzó a refregarle el sexo con su erección.

—Preservativo —susurró Pastriani sin despegarse de su boca.

Michela estiró la mano y rebuscó en un cajón, musitó un sí cuando alcanzó el condón.

En silencio y sin dejar de besarse y acariciarse con manos desmadradas, Michela le colocó el preservativo. Pastriani llevó una mano hasta su pene plastificado y la colocó en la entrada de su vagina. Con mandíbula tensa, le buscó la mirada. Michela, mordiéndose los labios, asintió imperceptiblemente. Su polla comenzó a penetrarla con lentitud, en tanto sus ojos suplicantes no abandonaron los de ella. El hecho de que los dos se empecinaran en el mutismo, de que contuvieran la respiración mientras se aferraban el uno al otro con ansias poco disimuladas, incrementaba la sacralidad de ese extraño momento. El cuerpo de ella se sacudió cuando él, con un gruñido bajo, se enterró hasta el fondo. Sus miradas siguieron entrelazadas. Roberto siseó. Ella, con la boca entreabierta, gruñó. Cuando él comenzó a mecerse sobre sus caderas con suavidad, ella acompañó sus movimientos con el delicioso vaivén de su pelvis.

Michela elevó sus brazos hasta que sus dedos se cerraron en torno a su cuello. A Roberto le encantaba cuando ella, presa del delirio, comenzaba a tironearle del cabello. Con un rápido

movimiento, la alzó sobre el colchón y quedaron sentados en medio de la cama. Roberto la asió por las caderas y la ajustó sobre sus muslos. Michela chilló cuando el movimiento pronunció la penetración y permitió que la polla le alcanzara un nuevo punto en su interior.

—Móntame, cariño —le suplicó él en el oído.

A Michela el cuerpo se le estremeció al escucharle pronunciar con esa voz ronca, necesitada, y tragó saliva. Afianzó las manos sobre sus hombros, hundiendo la yema de los dedos en los músculos firmes, deleitada con toda esa piel tersa, caliente y sudorosa. Comenzó a rotar sobre sus caderas. Su vagina lo succionaba y lo apretaba con fuerza.

Roberto se apretó a ella, presionando con la palma de su mano, su espalda. Se dejaba mecer a la velocidad que ella le iba dictando.

Michela disparó la cabeza hacia atrás y ronroneó.

—Mírame —la apremió con un jadeo—... no, no cierres los ojos.

Ella lo complació. Roberto, que quería verla correrse, llevó la mano hasta la unión de sus cuerpos y comenzó a masturbarla con el pulgar. Michela gimió profundamente e incrementó la fuerza de sus embestidas, cada meneo iba acompañado de un ruidito que a Roberto le provocaba escalofríos por toda la columna vertebral.

—¿Lo sientes, amor? Estoy muy profundo dentro de ti —exhaló él entre dientes—. Siento que puedo tocarte las entrañas... ¿Te gusta así? Te gusta lo que te hago...

—Sí... sí, me gusta, todo... Oh, Dios... por favor —gimoteó ella.

—No dejes de mirarme, Michela. Quiero ver tus ojos cuando te corras.

El dedo de él se movía cada vez más rápido sobre el pequeño botón de su sexo. Iba alternando las caricias. Primero movía su dedo en círculos, luego hundía la yema en el clítoris, apretándoselo, y lo detenía durante unos pocos segundos que la dejaban sollozando, hasta que reanudaba la tortura con mayor intensidad. Así, una y otra vez. Las caderas de Michela habían perdido por completo el ritmo y ya no sabía ni lo que estaba haciendo o la dirección en la que tenía que moverse. Tampoco le importaba, estaba tan cerca ya...

—Al final... fuiste a casa de ese bastardo, ¿no es cierto? —inquirió Roberto en voz baja, sin dejar de masturbarla ni taladrarla con esa mirada de pupilas dilatadas que había adoptado un matiz macabro. A Michela se le enfrío la piel presintiendo lo peor. Se paralizó sobre él y le suplicó con la mirada. Los ojos le lagrimeaban por la necesidad que tenía de cerrarlos y dejarse llevar por toda esa

marea de infinitas sensaciones, pero obstinada por lo que le había pedido él, los mantenía sobre los suyos, desafiantes. No iba a ceder. No sabía con exactitud lo que él se proponía. De todas formas, no pensaba ceder.

Los muslos comenzaron a temblarle, anticipándose al orgasmo. Su vagina palpitaba y los músculos se contraían involuntariamente. Roberto le había afianzado una mano en la parte baja de su espalda y la golpeaba contra sus caderas, clavándole la erección con un movimiento intenso que ella sentía hasta en el útero y se potenciaba cada vez que la ceñía a él...

—Por favor, Roberto, ahora no es...

—Dímelo... ¿fuiste a verlo? —siseó agitado—. ¿Le explicaste lo que te había hecho? ¿Le dijiste que me pasé la noche entera follándote?

El dedo se detuvo sobre su sexo. Michela curvó la espalda y se sacudió.

—Roberto... No...

—Le dijiste que no paraste de gritar, que me llamaste a mí todas y cada una de las veces que te hice correrte, que terminaste tan dolorida que no podías ni sostenerte...

Cada frase iba acompañada de un envión de sus caderas que lo enterraba más profundamente en ella.

—No hagas esto...

—Te repites mucho, cielo.

Roberto se apoderó de su boca en un beso salvaje y violento. Inició un asalto en toda regla a sus sentidos. El dedo había reanudado esa caricia ruda que a ella le hacía perder la razón y también le causaba molestias. Le restregaba el clítoris, se lo apretaba, refregándole la vulva con la palma de su mano. La potencia de sus embestidas se había recrudecido y la hacía brincar sobre sus caderas. Los pezones, aún en el confinamiento del sujetador, se apretaban hinchados contra la tela rugosa del sostén. Le ardían los muslos y el sexo, le incomodaba esa postura y los pechos, también las demandas capciosas de ese hombre. Sin embargo, se sentía extasiada... ¿Cómo se podía estar mortificada, cabreada y excitada, todo al mismo tiempo?

—Joder ¡Aaah!...

—Sí, eso es. Grita. Me gusta oírte gritar. Me encantaría que él pudiera verte en este instante. Mírame, Michela.

Ella lo hizo y no entendía por qué seguía haciéndole el gusto cuando el corazón le dolía tanto. Quizás porque la inminencia de su clímax había arrasado con su capacidad para razonar.

Cuando segundos después se corrió y las lágrimas resbalaron por sus mejillas, no lo vivió como un hermoso sentimiento de liberación o la expresión de ese amor único y maravilloso que ambos se tenían, sino como una venganza hacia ella. Le avergonzó lo que acababan de compartir.

Roberto la arrastró con él al caer sobre ella, Pero ya no le importaba. Su cuerpo era un peso muerto bajo el suyo. Giró el cuello y miró para otro lado. No quería formar parte de eso. Que él hiciera lo que le diera la real gana...

Roberto se detuvo, con la respiración acelerada la tomó de la barbilla y le buscó los ojos. El corazón de él había comenzado a latir descompasado.

—Michela...

Ella cerró los ojos. No quería volver a verle esa mirada fea y siniestra. Roberto tragó saliva y se quedó quieto.

—Michela... Michela, ¿estás llorando?

Ahora se lo venía a preguntar. ¡Ahora! La rabia le quemaba en el pecho. Cuanto más lo pensaba, más ira experimentaba y se veía incapaz de articular palabra. Cómo se atrevía a destrozar eso tan especial que compartían. Todo lo que le había hecho no era sino producto de una sucia venganza, un cruel desquite porque los celos le habían hecho perder la cabeza.

—Michela, por favor... Michela, mírame, por favor. ¿Estás enfadada?

«¿Enfadada? Enfadada no empezaba a definirlo...».

—Hey, cariño, mírame. —Le había tomado el rostro entre las manos y le besaba atormentado los labios, los párpados cerrados, la nariz, también en mitad de la frente—. No, no, por favor, perdóname. No sé qué me ha pasado. Michela, por favor..., dime algo, lo que sea. Grítame, golpéame. No te quedes ahí callada. Dime que estás bien... Michela, se me fue la cabeza. Me dejé llevar... Amor mío... escúchame. Llegué hace unas horas y lo único en lo que venía pensando mientras conducía como un desquiciado era en llegar aquí para estar contigo. Tenerte entre mis brazos. Eso era todo lo que quería. Quizás me precipité buscándote así y de madrugada. Te di un susto de muerte. Lo siento, pero es que no podía esperar hasta la mañana, me iba a volver loco. Te imaginé acurrucada en medio de todos estos cojines y te deseé tanto...

Y, mientras nos besábamos, recordé la discusión que tuvimos en mi casa e imaginé que estos días habrías hablado con él, porque tú eres muy obstinada, y te imaginé sonriéndole como me sonríes a mí y se me fue la cabeza...

—Y yo tengo que pagar los hipotéticos escenarios que te montas tú solo en la cabeza —se enrabietó ella y apartó de un manotazo la cara de él de la suya. Se removió para quitárselo de encima. Roberto se hizo a un lado y se sacó el condón. Ya no le iba a servir. Michela se sentó sobre la cama y se cobijó entre las mantas.

Roberto no se acercó y permaneció arrodillado frente a ella. Agachó la cabeza y dejó escapar un suspiro.

—No...

—Sí. Eso es lo que te dicta esa mente enferma que tienes.

—No quería hacerte daño.

—Pero sí querías castigarme.

—Debería decir que no tajante, pero mentiría —reconoció él en un susurro.

—No puedes hacer eso, Roberto.

—Lo sé...

—Lo sabes y te da igual.

—No, no me da igual. Me está matando haberte lastimado y que estés llorando por mi culpa.

—Entonces, ¿por qué lo haces, Roberto?

—Porque soy incapaz de contenerme contigo. —Desesperado, se le echó encima y le sujetó el rostro entre las manos pegando su frente a la de ella—. Todo lo que tú me provocas me supera —le confesó con fervor—. Siento por ti todo lo bueno que hay en este mundo. El amor, la ternura, esta pasión que me doblega y me postra de rodillas ante ti, pero también padezco todo lo malo. Me vuelvo tiránico y cruel. No sé cómo separar lo uno de lo otro. Eres mi mejor sentimiento, Michela, y también el peor. A veces me asusta esto tan fuerte que siento por ti. Una vez vine a verte... la noche que huiste de la casa de Lukas. Te observé mientras dormías, aquí mismo.

A Michela se le descolgó la mandíbula y parpadeó confundida. Tras varios segundos, logró musitar:

—¿Cómo?

—Tenía que comprobar que estabas bien, a salvo, en tu casa. No sabía si habías llegado bien o si te había pasado algo, era de madrugada. Y te observaba dormir y pensaba...: «Ojalá no la amara de esta manera que me lastima». Pero no puedo, Michela, es más fuerte que yo. No puedo.

Michela dejó escapar un suspiro agotado. Iba a necesitar toneladas de paciencia con ese hombre. Entrelazó los dedos en las manos de él que enmarcaban su propio rostro.

—Roberto, no puedes castigarme, ni siquiera puedes pensar que

algo de lo que yo haga merece un castigo, por el amor de Dios —Él musitó un «ya lo sé» con los ojos cerrados—. ¿Qué voy a hacer contigo?

—No sé, ¿necesitas que me vaya? —susurró contra sus labios.

—No, no quiero que te vayas, pero no puedes comportarte de esta manera.

—Lo sé, lo sé, por favor, ámame aunque no me lo merezca.

—Te amo siempre, lo merezcas o no.

—Cariño...

Y, conmovido, sintiéndose el ser más miserable de la Tierra, la rodeó con sus brazos y la apretó contra él. Michela enterró la cara en el hueco cálido de su clavícula sintiéndose absurdamente feliz.

—Tenías razón —le dijo él en voz baja en el oído.

—¿Qué?

—No puedo agobiarte, no puedo cabrearme por mis celos, ¿por qué además en qué me convierte eso? En un ser humano despreciable si le hago daño a quien más amo, y no te creas que se me escapa que esos hipotéticos escenarios, como tú los llamas, son un reflejo de una estúpida inseguridad que llevo dentro.

—Ay, Roberto, yo también siento celos todo el tiempo, pero si pudieras ver en mi interior, si pudieras estar en mi cabeza, no habría lugar para los celos...

—Lo sé, en el fondo, lo sé. Porque yo siento lo mismo por ti. No hay ninguna otra para mí. Sintiendo lo que siento es imposible. Aunque no son celos lo que siento por Lukas. No le perdono lo que te hizo. Me cabrea que lo tengas en tan alta consideración, que le debas alguna explicación. Me llena de tanta rabia que sería capaz...

—Roberto, por favor, no sigas —lo interrumpió ella y se alejó para mirarlo a los ojos—. Yo no lo viví así. No tengo ningún trauma, por el amor de Dios, no es como lo que le ocurrió a Inés Soto. No pienses eso. No fue así.

Roberto se echó hacia atrás y se replegó. Michela gateó por la cama hasta quedar de rodillas frente a él.

—Roberto...

—Mierda. ¡No quiero saber cómo fue! —se impacientó—. No, no puedo, Michela. ¿No entiendes que la sola idea de saberte lastimada o forzada a algo me hace perder la razón? Y encima yo también acabo de hacerte daño, Dios debería largarme —Le devolvió una mirada agobiada, atormentada—. Dime que me vaya, por favor, si tú no me echas, no tengo la suficiente voluntad para dejarte y es lo que debería hacer.

—Es que no quiero que te vayas, Roberto, ¿qué voy a hacer

contigo? —Pastriani lucía perdido, ella estiró una mano le acarició la mejilla y entonces sonrió.

—Creo que cuando termine de educarte, haré de ti un gran hombre.

Roberto apretó los labios para disimular la sonrisa y meneó la cabeza.

—Vamos a dormir, anda. Esto es lo que querías, ¿no? Cada uno en su casa y llevando las cosas con calma. Está bien. Es lo que tú necesitas y, como yo te necesito a ti, así lo haremos.

Michela asintió y se tumbó sobre el colchón. Roberto se acostó a su lado, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

—¿Me das un beso de buenas noches? —preguntó ella con timidez.

Roberto se echó a reír, sin ganas. Amargado.

—Después de lo que te hice, ¿aún quieres que te bese? —le dijo serio.

—No te castigues. Yo no lo hago. No estoy enfadada. Ya no. Estoy empezando a entender esa mente retorcida que tienes.

Él volvió a carcajearse. Michela se incorporó y se inclinó sobre él apoyando sus manos sobre los pectorales masculinos hasta rozar su boca con la de él. Le habló, exhalando las palabras sobre sus labios.

—Pues déjame besarte…

La voz de ella susurrada en medio de la penumbra que era su dormitorio le erizó la piel de los brazos, le endureció la polla y le tensó el cuerpo entero. Roberto tragó saliva y asintió con la cabeza. Michela lo miró a los ojos.

—Te amo —vocalizó ella.

Roberto cerró los ojos y se sintió morir. Dejó que Michela se deslizara por su cuerpo besándole los pectorales, mordisqueándole las tetillas, imitando lo que él siempre le hacía, acariciándole los bíceps, recorriendo con su lengua los pliegues endurecidos de su estómago, saboreándole el ombligo. Ahogó una risilla cuando ella sopló sobre la pelusa de su bajo vientre. Dejó escapar un siseo, segundos después, cuando le hundió las uñas en las depresiones de sus caderas. Anticipando lo que iba a venir, se escurrió por el colchón, para facilitarte a ella las cosas. La cabeza de su erección casi le tocaba el estómago. Cuando la lengua de Michela lamió la cabeza de su pene, el cuerpo entero se le convulsionó.

Gruñó y apretó los puños.

—Joder…

Michela ahogó una risilla y lamió todo el largo de su polla,

deteniéndose en el glande, chupándolo como si estuviera paladeando un caramelo. Roberto jadeó y se retorció de gusto. Una gota de líquido seminal brilló sobre su glande hinchado. Ella la recogió entre los labios y después le depositó un besito. Roberto rio entre dientes. Le sorprendió la impetuosidad de ella cuando abrió la boca y se tragó su erección. Las manos de Roberto se enredaron en el cabello de ella y comenzó a mecer las caderas con movimientos suaves mientras ella marcaba el ritmo, apretó los dientes para controlarse y no prorrumpir en gritos, siseando y gimiendo cada vez que ella lo succionaba.

—Apriétame con tus dientes, sí, así. No me importa que los claves. Me gusta. Haz que me duela, Michela.

Michela arrastró los dientes por la carne tumefacta, saboreándolo.

—Joder, eso es... más fuerte, cariño, apriétame más... Eres perfecta. Dios...

Michela conforme ganaba en entusiasmo se volvía más atrevida, enrollaba la lengua en torno a la punta mordiéndolo como a él le gustaba, prensando con sus labios la carne caliente y aterciopelada. Las embestidas de él también se hicieron más bruscas.

—Si quieres termina con la mano porque estoy a punto de explotar. Joder, sigue así. Quiero verte las tetas... me encantan tus tetas, me vuelven loco.

Y, soltándole el cabello, sus manos se movieron hasta agarrarle los bajos de la camisa y sacársela por la cabeza. Michela dejó ir su erección y observó lo que él hacía. Roberto enganchó con los meñiques las tiras del sujetador acariciándole con las uñas la piel de los hombros cuando las dejó caer. Se estremeció. Roberto introdujo las manos por las copas del sujetador acunándole los pechos, masajeándolos hasta que le apretó los pezones entre el índice y el pulgar. La mujer entreabrió los labios y soltó el aire retenido. Sin quitarle el sostén, sacó sus hermosos pechos del confinamiento de la tela. Ella sofocó un jadeo y contrajo el interior de su vagina procurando calmar los latidos que habían comenzado a torturarla.

—Necesito tenerte dentro de mí, Roberto...

—Estoy a punto de correrme, cariño, y no tengo otro preservativo.

—No me importa.

Roberto se echó a reír y meneó la cabeza, se inclinó hacia adelante y le besó un lateral del pecho, a continuación, tomó el tierno pezón entre los dientes y comenzó a mordisquearlo suavemente. Tenía la polla tan rígida, los testículos tan cargados,

que era un milagro que la hija de puta no hubiera decidido aliviarse por su cuenta.

Michela, con los ojos cerrados y la mandíbula prieta, aguantaba a duras penas los gritos que morían en la punta de su lengua. Pastriani deslizó una mano por el vientre de ella y enterró su dedo mayor en el interior húmedo de su vagina, luego metió un segundo. Moviendo los dedos en una burda imitación de lo que su polla se moría por hacerle. Los dedos resbalaban en su sexo, los sentía pringosos y muy pegajosos. Michela, con los ojos cerrados, alargó una mano y, cuando las yemas de sus dedos hicieron contacto con la punta de su erección, él dejó caer la cabeza hacia adelante, apretó los dientes y gruñó.

—Quiero que termines en mi boca...

Esa voz gutural, tan jodidamente *sexy* que ella empleaba cuando estaba excitada... casi fue su perdición. En un movimiento brusco la tomó por los hombros, pegándola contra él y devoró su boca. La polla se sacudió...

—No te haces una idea de las ganas que tengo de follarte hasta que me supliques que pare porque te estoy machacando —le dijo con la respiración entrecortada sobre los labios entreabiertos y húmedos.

—Pues déjame que te la mame...

Roberto se carcajeó y volvió a besarla. Michela se agachó y, sin mediar más palabras, engulló su miembro y comenzó a succionar con avidez. Roberto exhaló aire entre los dientes y arqueó la espalda.

—Me gusta el sabor de tu polla —dijo ella lamiendo el glande, obsequiándolo con una mirada juguetona.

—Me pone a cien cuando dices esas cosas... Mierda, apriétala, cariño, más fuerte.

Las caderas lo impulsaron hacia adelante y el chorro de semen salió disparado hasta la garganta de ella. Roberto rotaba las caderas y rugía. Con las manos ancladas en el cráneo de ella, dejaba que los últimos espasmos de su orgasmo lo dejaran seco.

No la dejó regodearse en su brillante actuación. En un movimiento que la pilló desprevenida, la empujó y la hizo caer sobre el colchón, y ya había hundido la cabeza entre sus piernas y tenía la lengua enterrada en su sexo sin darle un segundo de tregua. Michela se retorcía sobre las sábanas y gritaba sin contenerse. Roberto se había arrodillado entre sus muslos y curvando la mano la había penetrado con dos dedos. Los sonidos de la succión la arrastraron a un paroxismo insuperable de placer. El orgasmo la

pilló de improviso. El calor galopó desde las plantas de los pies concentrándose como una bola incandescente en su vientre, obligándola a arquear la espalda y curvar los dedos de los pies. Comenzó a chillar suplicándole que parara.

—¿Por qué tardaste tanto tiempo en venir a buscarme? —Michela le acariciaba el pecho con dedos lánguidos. Acostados en la cama, entrelazados y plácidamente relajados, se dedicaban a hacerse arrumacos y confidencias. El sueño los rehuía esa noche.

Después de la apasionada sesión de sexo oral habían necesitado lavarse. Roberto se negó a compartir la ducha porque ella «sabía muy bien cómo terminaría el asunto» y le fastidiaba no tener condones.

Él esperó paciente su turno inspeccionándole el pequeño apartamento. Le criticó su lamentable gusto cinematográfico. Michela lo ignoraba mientras canturreaba bajo el chorro caliente de agua y replicaba que nada tenía que reprocharle viendo su afición por las espantosas novelas japonesas de artes marciales que atesoraba en su dormitorio.

La cosa se había terminado torciendo porque él, profundamente ofendido, mandó al garete sus buenas intenciones, la atrapó bajo la ducha y le demostró que también se podía aprender mucho de ciertas técnicas ancestrales del Japón...

—Quise venir antes, pero me fue imposible. Cosas del trabajo. En realidad, quería hablar contigo a los cinco minutos de haber abandonado mi habitación. Aunque también comprendía que tenía que tranquilizarme y meditar las cosas.

—¿Cómo supiste dónde vivo?

—Soy policía, ¿recuerdas? Es parte de mi trabajo investigar a la gente.

—A los delincuentes —matizó ella clavándole la punta del dedo en mitad del pecho.

—Cuando me decidí a investigarte no tenía muy claro que no estuvieras dentro de ese sector. Te recuerdo que empezaste a gritarme sin ningún motivo aparente llamándome animal y otras lindezas.

Michela apretó los ojos y escondió la cabeza en el hueco del brazo musculoso de él.

Roberto tomó su mano y depositó un beso suave justo en la palma abierta.

—Ay, no me lo recuerdes. —La voz le llegaba algo amortiguada

—. ¡Qué espanto! Me da mucha vergüenza pensar en ese día.

—¿Qué te pasó, Michela? ¿Por qué me tenías tanto miedo? Jamás te hice nada, o eso creo.

Michela desenterró la cabeza y apoyó la barbilla sobre sus costillas. Dejó escapar un suspiro cansado.

—Es una historia tan larga, tan absurda que después de todo este tiempo ya no le veo ningún sentido.

—Explícamelo, por favor. Yo también quiero entender cómo funciona tu mente retorcida.

Michela se echó a reír y le palmeó en el pecho. Luego apretó los labios. Dudaba...

—Me da vergüenza.

—Después de todo lo que hemos vivido, ¿aún sientes vergüenza conmigo? Entre tú y yo no puedo haber nada de eso. Estamos por encima de esas tonterías.

—Está bien. Te advierto que no tiene ningún sentido y que, si antes tenías dudas sobre mi cordura, ahora vas a confirmar que he perdido varios tornillos. —Roberto depositó un beso sobre su cabello y guardó silencio. Ella se acomodó para empezar a hablar—. A ver, veamos... Joder, tú dirás lo que quieras, pero me estoy muriendo de la pena y de la vergüenza.

—¿Quieres que te cuente algo que nunca le he contado a nadie? ¿Algo que me avergüenza profundamente? Así estaremos en igualdad de condiciones.

A Michela le brillaron los ojos y asintió con la cabeza.

—Sí, por favor, cuéntame eso que te causa mucha vergüenza.

Pastriani sofocó una risotada. Carraspeó antes de empezar a hablar.

—Cuando tenía trece años, una noche de tormenta de esas que te dejan tiritando de miedo en la cama, mi madrastra se coló en mi habitación. Me dijo que estaba aterrada por los rayos y que necesitaba de mi consuelo. Mi padre estaba de viaje de negocios. Yo, sintiéndome muy hombre, hinché el pecho de orgullo y le dije que la protegería. Menuda gilipollez. Cuando se metió en mi cama, me resultó extraño que me abrazara y se pegara contra mi cuerpo. Ella nunca se había mostrado cariñosa conmigo antes. Nunca me besaba en la mejilla ni me abrazaba como suelen hacer las madres. Imaginé que no era más que una tontorrona miedica. Me quedé congelado cuando, en un movimiento sutil y mientras me susurraba chorradas en el oído, deslizó la mano por la cinturilla elástica de mi pijama y me agarró el pene. Casi no pude ni respirar cuando un segundo después comenzó a masturbarme. Esa noche experimenté

mi primer orgasmo. También el segundo. Y fue increíble.

Michela había empalidecido. Estupefacta, se veía incapaz de pronunciar palabra. Imaginaba a ese pobre niño solo en su habitación, desamparado y sometido a la asquerosa lujuria de una vieja pederasta y se le revolvían las tripas.

—Abusó de ti…

—Lo hizo, y en la mayoría de las ocasiones encontraba en mí a un ansioso aprendiz sexual.

—¿Por eso te avergüenza? ¿Porque lo disfrutabas?

—Es difícil de explicar y tal vez para ti de entender la maraña de sentimientos con los que convivía por esa época. No quiero que te hagas una idea equivocaba. La esperaba ansioso cada noche. Rogando, suplicando casi, porque apareciera y me hiciera todas esas cochinadas. Porque no las disfrutaba igual cuando me las hacía yo mismo. Al mismo tiempo, durante el día, me sentía indigno frente a todos, como si ella me hubiera marcado de por vida. Comprendía que todo lo que hacíamos estaba mal, que ella, además, me estaba haciendo mucho daño, aunque no lograba encajar el placer que experimentaba con todo eso que se suponía que debía sentir. El daño, en realidad —Roberto se llevó una mano a los ojos y se los restregó—, apareció muchos años después de todo eso, pero en aquella época oscura cuando la veía deambular por la casa destilando su veneno o la tenía que soportar criticándome durante los almuerzos familiares, riéndose de mí, el asco y la vergüenza me pesaban. Era una arpía cruel. Lo sigue siendo supongo. No la veo desde que tenía diecisiete años y mi padre me echó de la casa.

Michela se incorporó.

—¿¡Te echó!? —bramó furiosa y ofendida—. ¿Tenías que soportar que esa infra humana te violase y abusase de ti y tu propio padre fue capaz de echarte de tu casa?

—Michela, verás… Ella me acusó delante de toda la familia de intento de violación. Mi padre se creyó su convincente interpretación. Yo mismo, de no haber sabido que era una flagrante mentira, también me la hubiera creído. Fue una actuación memorable.

—¿Cómo puedes tratarlo con tanta ligereza? ¿No sientes rabia, ira… por tamaña injusticia? ¿Por qué nunca has vuelto y la has desenmascarado? ¿Tu padre nunca supo la clase de criminal con la que estaba casado?

—Mi padre es el peor hijo de puta que existe. Son la pareja perfecta. En serio, déjalos que se destruyan el uno al otro. A mí, qué más me da. Que me echara de casa fue lo mejor que pudo pasarme.

Todo el asunto comenzó porque una noche me negué a follármela. Ya no me divertía, además, había encontrado otras chicas. Relaciones normales y sanas. Toda una novedad para mí. Sentía tanta repugnancia de ella, también de mí, por lo que le había dejado hacerme. Por lo que yo le había hecho. Ella no lo aceptó. Me gritó, me amenazó, se pilló un rebote de órdago. —Roberto se carcajeó y colocó las manos cruzadas detrás de la cabeza—. Joder, lo disfruté tanto...

—En serio que tienes una mente muy retorcida. Yo estoy horrorizada oyéndote, y tú me dices que disfrutabas mientras esa loca te gritaba y te amenazaba.

—Disfruté su impotencia. Su desesperación. Era maravilloso verla descalabrarse frente a mis ojos. Fue tan patético el espectáculo que dio. Y sí, hay aspectos muy sombríos de mi personalidad. Pero no quiero hablar de eso. Ahora te toca a ti.

Michela se inclinó, le tomó el rostro con delicadeza y besó sus labios, apenas un roce. Roberto gimió, elevó el cuello y abrió la boca para profundizar en el beso saboreándola con la lengua.

—No hay nada sombrío en ti —musitó ella sobre su boca—. No vuelvas a decir eso. Me duele. Eres un hombre valiente e íntegro. Maravilloso. Yo te quiero con toda mi alma.

Roberto abrió los ojos y sus labios se estiraron en una sonrisa inocente.

—Yo también te quiero con toda mi alma. Ahora, te toca a ti contarme...

—Después de todo lo que has dicho, lo mío es ridículo y mi vergüenza, patética.

Roberto le dio un beso rápido en los labios.

—Desembucha.

—Desde que te vi por primera vez me volviste loca. —Le dedicó una mirada de soslayo— . No te lo cuento para que se te suba a la cabeza. Loca en el peor sentido de la palabra. Conocerte ha sido de las experiencias más traumáticas de mi vida. Ya ves, qué tontería.

Tú, en cambio, has sufrido tanto...

Roberto le colocó un dedo sobre los labios que ella besó.

—Sh... no compares, amor. Tu dolor y tus penas son tuyas y de nadie más. No es peor ni mejor que el sufrimiento de otros, es tuyo. No le des más vueltas.

Michela meneó la cabeza.

—Lo que sea... es patético. Ahora me doy cuenta. Por un lado, me atraías tanto y no porque fueras... porque eres —aclaró en voz baja— un hombre muy guapo.

—Gracias, me gusta que pienses que soy guapo.

—No te hagas el tonto. Sabes que eres muy guapo. Demasiado guapo.

—Sigue —le pidió con impaciencia.

—Me atraías, pero por otro lado, y esa es la parte más complicada de explicar, sentía pavor de ti. Un miedo absoluto y visceral. Algo dentro de mí me decía que debía huir de ti porque me ibas a hacer daño.

—Michela, ¡cómo pudiste pensar eso!

—Ese es el punto, no lo pensaba. Lo sentía. Aquí —y se apretó el estómago—, en las entrañas. Tú insistías en hablar conmigo y yo que huía de ti aterrada y apenada porque me atraía el mejor amigo de mi novio. El día que te grité y te dije esas cosas fue porque me seguiste hasta los baños como un acosador... —le acusó mirándolo con los ojos entrecerrados.

Dos rendijas de furia gris.

Roberto se tapó la cara con los brazos cuando ella comenzó a aporrearle en la cabeza con un cojín.

—¡No te atrevas a reírte! Viniste todo gallito. Me ponías nerviosa a propósito diciéndome todas esas cosas para provocarme.

Roberto se incorporó súbitamente y se colocó a horcajadas encima de ella, inmovilizándole las manos, colocándolas a los lados de su cabeza.

—¿Qué cosas te dije para provocarte? —preguntó él arrastrando la voz y la nariz por un lateral de su cuello.

—Ya lo sabes, no te hagas el tarado.

—¿Y lo conseguí? ¿Te provoqué?

Comenzó a rotar sus caderas sobre las de ella. Michela notaba su erección, gruesa y pesada, deseosa de internarse entre los pliegues de su vagina. Entreabrió los muslos y suspiró.

—Ya sabes que sí...

—Me he puesto duro. Joder, quiero hacerte el amor.

—Di mejor que quieres que follemos.

Michela jadeó cuando él la sujetó por la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Yo siempre te hago el amor —pronunció con seriedad—. Incluso cuando follamos, hacemos el amor. Eres la única mujer con la que le he hecho el amor en mi vida.

—Lo sé, tranquilo —musitó ella para apaciguarlo. Le acarició con suavidad el lóbulo tan suave de las orejas y enredó los dedos entre los gruesos mechones de su cabello negro obligándolo a inclinarse—. Bésame...

—No has terminado de contarme y, además, no tengo ningún jodido preservativo. Vine desesperado por verte y me olvidé de todo. Si nos besamos no vamos a saber parar y yo no tengo maldita voluntad contigo.

—Te sales antes de terminar...

Ella luchaba por besarlo, pero él no se lo permitía.

—Michela, ¿y a ti quién te entiende? Entras en un ataque de pánico en toda regla porque te quiero dejar un hueco en mi armario... ¿y aceptas, tan ricamente, la posibilidad de que te pueda dejar embarazada?

—Si te apartas antes...

—Eres enfermera, por amor de Dios, sabes que puedo soltar a estos microscópicos hijos de puta antes de tiempo... —dejó escapar una risotada—. Créeme, nada me gustaría más que dejarte embarazada. Al neandertal que convive aquí dentro conmigo le entusiasma esa idea. Sin embargo, estoy seguro de que a ti te puede provocar una crisis existencial. Así que, por favor, habla y no me tientes más.

—Pues, entonces, no te me eches encima.

—Tienes razón, disculpa —reconoció él divertido ahogando una risilla.

Roberto se hizo a un lado y Michela dio un respingo. Apretaba los muslos para mitigar el latido en la entrepierna.

—Bien, gracias... ¡Dios!

—¿Necesitas que te alivie? ¿Estás dolorida?

Michela lo fulminó con la mirada.

—Idiota... No te hagas el bobo que te estoy viendo ese mástil. ¡Aaah! En estos momentos, me importan una mierda tus jodidos amiguitos microscópicos.

Roberto se inclinó a un lado, sosteniéndose con el codo apoyado en el colchón.

—Pero, después, cuando te alivie, lo harán. —Le deslizó una mano por el muslo y presionó con los dedos para abrirle las piernas—. Déjame ayudarte, cariño. Hay muchas maneras de hacer el amor...

Michela apretó los labios.

—Pero justo ahora yo quiero tu polla...

Roberto resopló, abandonó la cama y encendió la luz de la mesilla de noche, salió de la habitación y lo escuchó moviéndose por la casa. Michela parpadeó hasta habituarse al incómodo resplandor de luz y se incorporó sobre los codos.

—¿Qué haces? —le preguntó intrigada.

—Salgo a comprar condones, y eres una tramposa. No me has explicado nada.

Los ojos de ella brillaron emocionados ante la perspectiva de tener sexo.

—Oh, genial. Gracias.

—Todo con tal de aliviar a la dama.

Michela se llevó una mano al pecho e inclinó la cabeza.

—Un gentil detalle que la dama aprecia.

—Pues será mejor que la dama esté preparada para cuando vuelva —farfulló él mientras se deslizaba la camiseta por la cabeza.

—Lo estará, ardiendo y en ansias, gentil caballero.

—Veras tú lo gentil que voy a ser...

—¿Necesitas las llaves, *gentil* allanador de moradas?

Michela sofocó una risotada contra la almohada cuando lo escuchó maldecir.

—Oh, por Dios...

Y fue lo último que escuchó antes de que cerrara la puerta de un portazo.

El móvil pitó desde la mesilla de noche. Roberto, perdido entre los pechos de Michela, elevó la cabeza y arrugó el ceño. Mierda.

—Oh, Señor, ¿tienes que contestar? —jadeó ella pasándose las manos por el cabello enredado.

Pastriani rodó a un lado, se sentó en el borde de la cama y se frotó la cara.

—Desgraciadamente, sí. No te muevas. —Giró el cuello y la señaló con un dedo—. Es una orden.

Michela se cubrió con las sábanas hasta la nariz e impostó una voz sensual.

—Como ordene el señor.

Roberto contestó a la llamada y Michela observó el cambio drástico del hombre. Los músculos de la espalda se le contrajeron y la tensión se apoderó de su cuerpo envarándolo.

—¿Alguna novedad?... ¡Qué! —Roberto se había puesto en pie y se paseaba frotándose la boca—. ¿Dónde? Malditos hijos de puta. —Esto lo había pronunciado en voz baja. Se había parado delante de la mesilla de noche y comprobaba la hora en su reloj de pulsera. Michela se incorporó en la cama sujetando las sábanas contra su pecho. Se sorprendió al comprender que ya había amanecido—.

Salgo para allá. Llegaré en media hora. ¿Ya llegó la científica? Sí... gracias. Saludos.

—¿Malas noticias?

Roberto fijó la mirada en un punto más allá de la cabeza de ella y se llevó las manos a las caderas.

—Dos compañeros han caído.

—¿Caído?

—Los han acribillado en mitad de la calle, frente al Palazzio Chigi.

Michela empalideció.

—¡Santo Dios! ¿Conocías a esos hombres?

Roberto, con la vista perdida, frunció el ceño dolido, y asintió.

—Cariño...

Michela abandonó la cama y se abrazó a Roberto que la apretó fuerte entre sus brazos. El hombre la asió por la nuca haciendo que lo mirara a los ojos.

—No sé cuándo podré volver. No cuentes conmigo hasta que te avise. ¿Estarás bien aquí? Dame tu número de teléfono para poder localizarte. Cuando no te tengo a la vista me pongo nervioso.

Michela arqueó una ceja y le dedicó una sonrisa tierna.

—No sé qué me pasa contigo —siguió explicándose Roberto—. Siento algo muy extraño bullendo dentro de mí. No lo puedo explicar con palabras. No tiene sentido. Lo sé. Es como si necesitara llevarte lejos y esconderte. Me inquieta saberte lejos de mí.

Michela le tomó el rostro entre las manos y besó con suavidad sus labios. Pastriani cerró los ojos y suspiró.

—Estaré bien, aunque te extrañaré muchísimo. Todo el tiempo. Hoy trabajo en el hospital, tengo guardia. Toma nota de mi número. ¿Si sabes que me puedes llamar cuando se te antoje, te quedas más tranquilo?

Roberto esbozó una sonrisa arrepentida y asintió con la cabeza. Se le había hecho un nudo en la garganta. Así de intenso y absurdo era todo con ella. Ella le decía «cuando se te antoje» y su maldita polla volvía a la vida. Lo embargaba una especie de absurdo delirio de felicidad cuando le hacía el gusto en sus paranoias.

Michela lo contemplaba obnubilada. Roberto se vestía y tecleaba en el móvil a toda velocidad. Sus dedos se movían con tanta destreza... Ese hombre poseía una fuerza inconmensurable, meditó entonces, embargada por un fiero sentimiento de orgullo y por ese amor infinito que experimentaba por él. Su fuerza era palpable en cada uno de sus gestos y detalles. La manera que tenía de caminar, con el torso ligeramente echado hacia adelante, la cabeza erguida y

ese movimiento ondulante de sus hombros. Enérgico y preciso. Parecía decirle al mundo que estaba preparado para enfrentar cualquier adversidad. Después de haberle escuchado relatar la pesadilla que había sido su precoz pubertad, comprendía el origen de la sabiduría añeja y envejecida de su mirada, también el hastío que alguna que otra vez asomaba a sus labios cuando sonreía. No había vivido situaciones normales para un joven de su edad. Lejos de provocarle lástima, esa circunstancia alimentaba su propia soberbia. Ese hombre, al que la vida había jugado tan malas pasadas y que se había vuelto duro y resistente frente a los embates, era suyo. Y la amaba. Aunque esas mismas cualidades que admiraba en él, paradójicamente, la hacían sentirse insignificante, pueril y en desventaja.

El hombre se abotonó los vaqueros y ella, de pronto, sonrió avergonzada cuando rememoró lo que esas manos le habían hecho a su cuerpo.

Roberto, que la observaba de reojo, también estiró los labios en una sonrisa. Las mejillas de ella ardían. La ternura tras ese gesto lo conmovió. Se inclinó, la tomó de la barbilla y le besó los labios con delicadeza.

—Te amo con locura, no puedes imaginarlo... —musitó sobre su boca.

—Sí que lo imagino porque yo siento lo mismo por ti —replicó ella, que lo había envuelto en un abrazo de oso y no quería apartarse de él—. Sé que te ha afectado lo de tus compañeros más de lo que me dejas ver, así que, por favor, aunque estés trabajando, si me necesitas para lo que sea o necesitas hablar, llámame.

—Siempre te necesito para todo. Y yo te quiero más.

Roberto se bajó del Alfa Romeo. Había tomado su placa de la guantera y se había calzado un chaleco sin mangas de color azul marino que tenía impresa la palabra: *CARABINIERI*, en letras mayúsculas de un blanco cegador. Caminó hasta llegar a la *piazza* y se acercó hasta la zona acordonada. Los vehículos oficiales de la policía habían rodeado el perímetro sellado. Se colocó sus gafas de sol Ray-Ban y miró más allá, hasta la escena del crimen. Diseminado sobre el pavimento, los conos alfabéticos en color amarillo señalizaban, secuencialmente, las pruebas del crimen halladas por la policía científica. Uno de los peritos criminalistas ataviado con el clásico mono blanco, que lo cubría de arriba abajo, permanecía acuclillado hablando con el comandante del ROS

mientras recogía en una bolsa de plástico un casquillo de bala. Otro de los peritos, unos pasos a la derecha, cerca de uno de los cuerpos abatidos, que habían cubierto con una sábana blanca, tomaba fotografías con luz rasante. Tras la cinta de seguridad, al otro lado de la *piazza*, varios *carabinieri* custodiaban que nadie se colara en el escenario de la investigación. Un retén de ávidos periodistas se agolpaba en el área, micrófono en mano, y entrevistaba a varios transeúntes y a algunos políticos. Roberto distinguió entre ellos la figura alargada y enjuta del primer consejero del ayuntamiento y, a su lado, haciendo de contrapunto, la del alcalde de Roma, Ricardo Romano. Apretó la mandíbula. «Hijo de puta. Te voy a pillar, mamón, te juro que te voy a pillar».

—Compañero —saludó Roberto. Mostró su placa al *carabiniere scelto* que custodiaba ese tramo del cordón de seguridad.

—*Comandi, tenente* Pastriani. —El *carabiniere* le dedicó el saludo oficial. Roberto se inclinó para traspasar la cinta de seguridad.

Se aproximó hasta el lugar donde se encontraba el cuerpo de su compañero abatido. Se agachó y respiró hondo. Apartó un poco la sábana... Se tapó los ojos con la mano y dejó caer la cabeza. Lo habían acribillado de forma salvaje. Un nudo de rabia y profunda impotencia se alojó en la base de la garganta. «Lo siento, amigo. Lo siento tanto, Giovanni».

El coronel Pavianti caminaba hacia él.

—*Comandi* —lo saludó Pastriani desde su posición con voz ronca cuando lo tuvo delante.

—*Tenente*...

Roberto alzó la cabeza y fijó una mirada atormentada en el hombre. El cuerpo robusto y sólido del coronel servía de telón frente al brillo cegador de los rayos del sol. Su figura quedó enmarcada en un halo brillante de luces y sombras.

—¿Qué demonios ha ocurrido aquí? —preguntó Roberto haciendo un barrido general por toda la escena—. ¿Qué estaba haciendo aquí Lugarà? —Giovanni Lugarà era de los miembros más jóvenes de la unidad. Solo tenía veinticinco años.

El comandante del ROS apretó los labios y enfocó la mirada en el trabajo de los peritos.

—No tengo idea. Un loco con un arma que se ha liado a tiros.

—¿Contra dos *carabinieri*? ¿Disparó a alguien más? ¿Qué tipo de arma empleó?

—Según las primeras pesquisas fue directo a por ellos con un fusil de asalto.

Roberto apretó el ceño.

—¿Algún móvil? ¿Lo han detenido?

—Por ahora, nada. Desapareció. Nadie, al parecer, ha visto nada.

La mente de Roberto iba a mil por hora. Dos *carabinieri* acribillados en mitad de una plaza pública. A primera hora de la mañana. Uno de ellos pertenecía al ROS.

—Esto es un mensaje y el que lo hizo sabe que el mensaje ha sido recibido. Les dispararon de frente, no por la espalda. No eran soplones.

—¿Un mensaje?

—Un aviso. Mire a su alrededor, señor. El tipo llega, hace su trabajo y desaparece. Nadie ha visto nada. Esto lleva el tufo de la mafia impreso en el culo. El arma empleada... un maldito fusil de asalto. ¿Quién cojones dispone de ese tipo de armamento? Si se tratara de un loco cualquiera en guerra contra el Estado, atacaría sin ton ni son. Los hombres presentarían heridas de bala en varias partes del cuerpo. También habría señales por el suelo, en el edificio. Este trabajo lo ha hecho un profesional. A estos hombres les han volado la cabeza. El que les apuntaba sabía lo que se hacía. También comprendía que su mensaje sería captado.

—¿Un aviso para quién? ¿Por qué? Hijo, no creas que la mafia está detrás de todo lo que pasa en esta ciudad. No creo que haya ninguna trama conspirativa. Solo un loco que se lio a tiros en la calle.

Roberto se rascó la barbilla y fijó la mirada en el cadáver del otro *carabinieri*, a unos cinco pasos del de Giovanni.

—Un día, Albert Anastacia —relató Roberto casi para sí mismo—, uno de los jefes de la Murder Inc., el brazo armado de la Comisión de la Costa Nostra en Nueva York, veía la televisión en su casa, allá por el año 1952. Las noticias pasaban un reportaje sobre un ciudadano ejemplar que había testificado contra un atracador de bancos. Anastacia, que era un loco psicópata de esos que provocan escalofríos, se pilló tal rebote que llamó a uno de sus sicarios y le dijo que quería muerto al tipo porque no aguantaba a los chivatos tocapelotas. El hombre fue acribillado por la espalda cuando se disponía a abrir la puerta de su vivienda de Brooklyn con una bolsa de la compra. —Roberto enfocó entonces una mirada penetrante en los ojos huidizos del coronel Pavianti—. No creo en las casualidades, señor.

De cualquier forma, faltaban varias piezas del *puzzle*. ¿Por qué dos *carabinieri*? ¿Por qué allí frente a la antigua sede gubernamental?

—¿Han avisado a su familia?

El comandante carraspeó algo incómodo.

—¿Tenía hijos, mujer? No estoy al tanto.

—Madre, tres hermanos y novia. Soltero, sin hijos —contestó el teniente—. Yo me haré cargo de la familia. Conocía a su madre.

Roberto centró su atención en el pavimento, unos pasos más allá, y entrecerró los ojos; avisó a uno de los peritos del RaCis.

—Ey, compañero, mira allí. —Alargó el brazo señalando el punto exacto—. Dos pasos a tu izquierda, cerca de la prueba E. Hay una colilla que no está marcada.

El criminalista arrugó el ceño y se acuclilló para examinarla.

—No estaba aquí antes cuando revisé esta sección —habló el hombre desde la distancia. Roberto y Lorenzo Pavianti compartieron una mirada perpleja.

—¿Qué estás diciendo, hombre? —se cabreó Pastriani—. ¿Apareció por arte de magia, en medio de todo esto...?

El hombre se encogió de hombros. Tomó varias fotografías y extrajo de su maletín una pequeña bolsa donde guardó la colilla, sellándola y marcándola a boli rojo como otra prueba del caso. La prueba M-1.

—¿Qué estás haciendo aquí, teniente? —El coronel del Arma tenía la mirada fija en el cadáver del policía—. ¿Quién te aviso?

—Girolamo...

—Tú estás para otras cosas. Deja esto en manos de los criminalistas.

Roberto cubrió el cuerpo nuevamente con la sábana y musitó una oración en voz baja. Él nunca había creído en nada, pero sabía que su compañero lo agradecería. Se puso de pie y clavó una mirada dura en su jefe.

¿Otras cosas? ¿Más importantes que la vida de uno de sus hombres, señor?

—No empieces a tocarme las narices. No dejaré pasar esto. Atraparemos a ese hijo de puta y lo pondremos entre rejas. ¿Dónde están los informes de lo de Ámsterdam? No los he visto sobre mi mesa.

—Se los entregué al general, señor. Como se me ordenó.

—¿Y no hay ninguna copia?

—No lo consideré oportuno —mintió Roberto—. No es información que me guste que esté deambulando por ahí.

—Bien, bien... ¿Cómo van las cosas abajo?

—No avanzan demasiado. —Otra mentira—. Saben que están pinchados, pero tarde o temprano a alguno se le irá la lengua.

Siempre se confían.

—Por supuesto. Roberto, quiero que os centréis en España.

—España…

—Queremos que mandes al Mago a Málaga. Me he hecho con un aviso que necesito que comprueben *in situ*. Quiero que Aldo lo acompañe, forman un buen equipo esos dos.

—¿Y quién se queda al mando de la operación contra los Barreta?

—Nos ocuparemos de eso más adelante. De todas formas, esa gente no se va a mover de sus casas.

Roberto endureció la mandíbula y apretó el ceño.

—Señor, estamos muy cerca de culminar la investigación. Estoy seguro. Esto nos va a llevar a algo gordo. Necesito mantener allí a mis hombres. Por ahora reconozco que todo son flecos sueltos sin mucho sentido, pero tengo un presentimiento. No me fío de nadie más que de esos hombres.

—Sí, tú siempre estás seguro, pero nunca me puedes confirmar nada.

Roberto dejó escapar un bufido.

—Ya sabe cómo funciona esto.

—Hasta que me lo puedas asegurar, obedecerás las órdenes que te den. Al menos, por una puñetera vez en tu vida harás lo que te dicen. —El coronel miró al frente por encima de los hombros de Pastriani, se ajustó la corbata y su gorra negra de visera y se quitó unas pelusas invisibles de las solapas de la chaqueta militar—. Discúlpame, la prensa me está esperando. Tengo que hacer declaraciones sobre este fregado. Menudo fastidio.

Roberto lo observaba hablar con la prensa y estudiaba los movimientos de Lorenzo Pavianti con ojos entrecerrados. «Este fregado». Se cargaban a dos de sus hombres y era un fregado. Una mierda iba a dejar las cosas abandonadas. Su móvil pitó. Un mensaje. Extrajo su móvil del bolsillo trasero de su vaquero y leyó el mensaje.

«Tenías razón. Estaba aquí. La gran comadreja ha salido de la madriguera. Visitará Roma. Adivina con quién se va a encontrar: Nero Carbone. Eres un genio».

Tuvo que leer el mensaje dos veces. El corazón le aporreaba furioso en el pecho. Salvatore

Barreta en Roma reunido con el mismísimo rey de los bajos fondos: Nero Carbone. Marco Stamile sí que era un puto genio.

Roberto respondió al instante.

«Puto genio, tú. ¿Cómo va lo tuyo? No te muevas de ahí. No

podemos ir a por la comadreja sin más. Dos días con interrogatorios de mierda y luego nada».

Su dedo tecleó a toda velocidad las primeras letras del nombre de Giovanni. Al final, decidió no decirle nada. ¿Para qué darle el disgusto de la muerte de un compañero? El hombre ya tenía bastante con todo ese asunto trágico de Teresa Barreta. Después de mandarle el mensaje, buscó en su lista de contactos y apretó el botón, esperando que su interlocutor no le cortara la llamada al reconocer su nombre.

—¿Qué quieres?

—Necesito reunirme con Inés Soto.

—Esperaba esta llamada.

—No quiero que se sienta presionada. En el momento que ella pueda.

—Está dispuesta a reunirse contigo.

—Dale mi número a tu secretaria. Que me avise ella a la hora que sea.

La línea se cortó. Lukas Sabonis siempre había sido un buen profesional. Cabal, serio y comprometido. Eso había que reconocérselo al hijo de puta.

8

Michela se quedó dormida. Había ideado toda una mañana de actividades, pero le pudo el cansancio después de la noche que había pasado con Roberto.

Su mente se perdió en medio de un sinfín de escenas extrañas que no tenían ningún sentido y que, más tarde, no recordaría.

Había una chica muy hermosa en sus sueños. De cabello cobrizo o ¿quizás fuera caoba? La luz brillante del sol vespertino se reflejaba a través de las siluetas de las ramas y se mecían gracias a un viento suave y apacible. Envolvía el bucólico entorno en un halo de luces plateadas que incidían sobre los mechones de la mujer, lo que le dificultaba distinguir con precisión su color. Su rostro era tan exquisito que la hizo suspirar. Pómulos firmes, sonrosados, labios llenos, finamente perfilados y en forma de corazón. La joven permanecía agachada, inclinada en la cuenca de un pequeño riachuelo de agua cristalina, salpicado de piedras. Sonreía a un hombre que esperaba por ella apostado en la misma orilla. Cuando los ojos de Michela se enfocaron en él, se le alborotó el alma. Ella lo conocía. Era él. Su amor. Su amor eterno.

Ella era esa chica. La chica era ella.

—No quiero que hagas trabajos pesados. Eres muy cabezota, mujer.

—No estoy enferma, Durato, solo estoy embarazada. ¿No tienes otras cosas de las que ocuparte?

—Estoy muy ocupado en este instante.

El hombre caminó hasta la majestuosa encina que se erigía orgullosa a sus espaldas, decidido a sentarse bajo el solaz que proporcionaba la frondosidad de sus ramas. Apoyó la espalda contra

el tronco y se acomodó. Arrancó unos matojos de hierba y se puso a juguetear con ellos dedicándole una enorme sonrisa de oreja a oreja a su mujer.

Licinia elevó una ceja y resopló.

—¿Mirando cómo lavo ropa?

—Vigilando —matizó él meneando en el aire el hierbajo— que no hagas ningún movimiento brusco. Ya que no me dejas ayudarte con las tareas, al menos, me aseguraré de que no hagas locuras.

Licinia tomó otra de las prendas de la cesta, la hundió en el agua y comenzó a refregar la tela.

—Eso ya está limpio, Licinia, ven aquí. Quiero que descanses ahora.

Licinia se quitó el sudor de la cara y se echó hacia atrás el cabello que había recogido en una coleta.

—No estoy cansada.

—Me da igual, ahora descansarás y comerás algo. Ven aquí. No me hagas ir a buscarte.

La mujer apretó la mandíbula y farfulló algo en contra de los hombres hurraños y mandones. Se levantó y caminó molesta e irritada. Se dejó caer al lado del hombre. Se recogió la túnica para que no atrapara sus pies y cruzó los brazos en torno a su pecho. Antes de que pudiera decir una sola palabra, Durato alzó el brazo, el brazalete que vestía su muñeca brilló bajo la luz del sol, la tomó de la nuca y le besó los labios.

—No te enfurruñes. No me gusta verte realizar esas tareas tan pesadas. Yo te quiero en casa reposando, tumbada en nuestro lecho.

Licinia le dedicó un mohín.

—No te he entendido.

Durato se echó a reír y extrajo de un morral que llevaba consigo un puñado de frutos secos. Tomó la mano de ella y depositó la comida.

—Anda come. ¿Te encuentras bien?

—Estoy muy bien —masticó con avidez unas almendras—. Ya te lo he dicho.

La mujer comió en silencio, miró de reojo a Durato y el ceño fruncido que, desde hacía tiempo, ensombrecía sus bellos rasgos. Dejó escapar un suspiro. Armándose de valor, se decidió a exponerle sus temores.

—Estoy un poco preocupada con la división que existe en el Consejo.

Durato echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Alargando la mano tomó la de la mujer y la apretó entre sus dedos.

—Creo que no voy a poder evitar que vayamos a la guerra. Yo mismo soy responsable de esa sed de sangre por la que claman mis hombres.

—Me asusta la idea de enfrentar una guerra contra Roma. Temo que arrasen con todo. Es un ejército muy poderoso, amor mío.

—He intentado dialogar con los hombres. Se niegan a parlamentar y acordar una paz con este nuevo pretor. Quieren guerra, desean expulsar a los romanos de nuestras tierras. Y se ven capaces de lograrlo.

—Están ciegos, es como si una pulga se enfrentara a un león. ¿Por qué es necesaria la lucha? ¿Por qué es tan difícil aceptar una tregua?

—No perdonan lo que Galba hizo.

Licinia tragó saliva.

—¿Y tú...?

—Yo tampoco perdono, aún menos olvido. Pero el odio y la sinrazón ya no impulsan mis acciones. Tú y este amor sincero y puro expulsaron el odio que me carcomía por dentro. Ahora siento tanto amor, una paz tan profunda, *kaini*, que busco lo mismo para mis hombres y para mi pueblo. De todas formas, mi palabra ya no les vale. Necesitan ver las cosas a través de sus ojos y no de los míos. Además, estoy conviviendo fuera de nuestras leyes con una esclava. Nada menos que la mujer de nuestro mayor enemigo. No confían en mí. Algunos me acusan de traidor...

—¿Ultinos?

—No, Ultinos me conoce. Siempre ha sido un amigo fiel.

—No quiero perjudicarte. Si es necesario que abandone la casa... Durato meneó la cabeza, molesto y contrariado.

—Eres mi mujer. Si no están conformes, el que debe irse soy yo.

—Galba es un hombre siniestro, pero no todos los generales romanos son como él. Hay muchos hombres buenos y honorables.

—Licinia, ¡cómo puedes hablar así! Qué importancia puede tener que haya buenos hombres entres las filas de esas bestias. Ninguna civilización que someta a otra para subsistir podrá perdurar en el tiempo. Está en la naturaleza propia del hombre el anhelo por la libertad. El que lo ha experimentado ya no puede renunciar a ella y luchará hasta la muerte por recuperarla. Tus nobles generales quieren someter y humillar a mi pueblo, Licinia. Roma ha levantado su imperio gracias a la esclavitud de los hombres y esa misma esclavitud será su ruina. Ese será su destino. Ese debe ser el destino de cualquier nación que someta a otra.

Licinia se quedó callada, meditando las palabras de su esposo.

Comprendía su razonamiento, sin embargo, no lo compartía. Roma no se componía de un puñado de soldados violentos. Roma era un monstruo político hambriento y su poder amplio y duradero en el tiempo. El brazo armado de ese inmenso poder resultaba una fuerza implacable e imparable. Y, si Roma debía caer, otro imperio ocuparía su lugar. El hombre amaba el poder y todo el boato que lo precedía. La dicha de la riqueza, la majestuosidad de la opulencia. Para obtenerlo era necesario el sometimiento de los pueblos. La riqueza no podía existir sin la pobreza. Era parte de la propia naturaleza humana, también, esa sed inacabable por dominar y controlar a los semejantes.

—De cualquier manera, por favor, amor mío, convéncelos para firmar la paz con el pretor —le suplicó ella angustiada—. ¡Qué importa ceder un poco de libertad con tal de salvar la vida!

—Ah, Licinia. Roma no escucha. Roma solo conoce de la traición y el saqueo. De todas formas, lo haré. Por ti lo haré. Para que no sufras. Seguiré el ejemplo de los Cuneos del sur con los que conviven en paz. Porque no quiero causarte el dolor de una guerra con tus semejantes.

—Gracias, amor mío —proclamó Licinia con devoción y le besó el rostro, en las mejillas y sobre los labios.

—Lo creas o no, también lo hago por mí, porque me encuentro cansado de esta lucha sin fin, de la sangre que ensucia mis manos y de las muertes que me pesan en el alma. Quiero un futuro en paz para mi hijo —le acarició con infinita dulzura el vientre—, pero no admitiré concesiones impuestas de Roma. Parlamentaremos con ellos de igual a igual.

Licinia, que también había colocado una mano sobre la de Durato, sonreía dichosa.

La felicidad murió de forma drástica en su rostro y una nube de dudas opacó el brillo dorado de sus ojos. Experimentó un escalofrío de temor que se le alojó en su vientre y se lo endureció cuando vio aparecer, recortada en el horizonte, la figura de Ultinos seguido del joven Likinos y de ese zarrapastroso de Touto, que últimamente los seguía a sol y a sombra. Ese hombre ya no le inspiraba ninguna confianza. La incomodaban las miradas sibilinas que le dirigía cuando compartían la cena en su compañía. Le temía a él y, más aún, a la viuda Aturúm con la que el hombre pasaba muchas noches. No olvidaba los extraños conjuros que hacía la mujer en lo profundo del bosque. Ultinos le hizo señales a Durato. Su esposo, ajeno por completo a todas las dudas que la carcomían por dentro, depositó un tierno beso en su frente, le ordenó no realizar tareas

pesadas y partió al encuentro con su lugarteniente. Licinia se llevó las manos a su estómago, cerró los ojos y murmuró una oración.

Renato conducía con la vista puesta en la carretera y en las señales de tráfico, giraba cuando correspondía y cedía el paso y aguardaba en las colas a la salida de la ciudad, más allá de que su cabeza se hallaba en otra parte: en aquella plaza desierta frente al Palazzo Chigi, y sus manos no sujetaban el volante de su nuevo Honda —regalo de su padre al cumplir los dieciocho el mes anterior—, sostenían su nuevo fusil, que en ese momento daba tumbos en el maletero, y sus ojos contemplaban aquel otro par de ojos sin vida. No conseguía arrancar de su memoria la mirada aterrada y vacía del *carabiniere* en el momento posterior a los disparos cuando le perforó el cerebro. Le habían dicho que el trabajo sería fácil: darle matarile a dos carambas, pero mientras cruzaba el país hasta su pueblo natal y se repetía que había hecho lo correcto y que, por fin, reunía los dones para aquello que siempre había sido un sueño, descubrió que su trabajo no iba a ser en absoluto fácil.

Atravesó las polvorientas calles de San Luca, aparcó en el patio de la casona cerca de la entrada principal y descendió del Honda. Lo recibieron como a un héroe nacional, le palmearon la espalda y lo felicitaron. Salía en las noticias. Su padre, Renato Vilanti, se aproximó con los brazos extendidos y delante de todos besó con sonoridad sus mejillas. Lo tomó de los hombros y lo condujo al interior de la casa, alguien le puso en las manos un vaso de vino. Renato lo bebió con fruición, sin saborearlo. Caminaron hasta la cocina. Allí, cinco hombres, los miembros más elevados de la honorable sociedad, entre ellos el mismísimo capo de la *società*, Salvatore Barreta, cuchicheaban algo entre ellos. De cuando en cuando, sus voces se interrumpían por sonoras carcajadas. Renato aguardaba impaciente al lado de su padre. Los rayos del sol tan intenso a esas horas del mediodía incidían a través de las persianas bajadas y teñía las siluetas de los hombres, desenfocándolas. En un instante, el ambiente en aquella cocina mutó. Cayó el silencio. Los cuatro hombres se volvieron hacia la figura que avanzaba hacia ellos. El maestro de ceremonias se presentó y saludó a sus compañeros. Todos tomaron asiento alrededor de la mesa.

—*Buon vespero* —saludó el maestro.

—*Buon vespero* —contestaron todos.

—Estad conformes.

—¿Con qué? —corearon los cuatro.

—Con convocarme al puesto —replicó Renato.

—*Conformísimo*.

—Justamente con este *buon vespero* y con el permiso del capo de la Sociedad —e inclinó la cabeza en señal de respeto hacia Salvatore Barreta que presidía la reunión— de la Corona que lleva en la cabeza de derecha a izquierda, os paso la noticia de que ha llegado un *picciotto* franco, libre y afirmativo para toda actividad, que reclama su derecho para bien y para mal como se espera aquí, fuera de aquí, en cualquier localidad. Si habéis de darme órdenes estoy siempre presto a serviros a vosotros y a toda la Sociedad.

—Gracias —corroboró Salvatore—, la Sociedad ruega y no ordena.

—Hace mucho tiempo —prosiguió el maestro—, tres caballeros españoles desembarcaron en la isla de Favignana. Se llamaban Osso, Mastrosso y Carcagnosso y los tres eran prófugos de la justicia. Una de sus hermanas había sido violada por un altivo miembro de la nobleza loca y habían tenido que huir de España después de haber limpiado la afrenta con la sangre del violador.

El discurso se vio enriquecido por un gruñido de aprobación de los hombres. Renato se mantuvo en silencio como le había ordenado su padre.

—Allí los hermanos encontraron refugio y, asimismo, un lugar donde encauzar su sentido de la justicia, dando pie a un nuevo código de conducta y una nueva forma de hermandad. Durante los siguientes veintinueve años —clamó el maestro— crearon y refinaron las reglas de la honorable sociedad. Asumieron al fin la misión que les estaba encomendada en el resto del mundo. Osso se hizo devoto de San Jorge y cruzó a la cercana Sicilia, donde fundó la rama de la sociedad que llegaría a ser conocida como la Mafia. Mastrosso escogió a la Madonna como su guía y navegó hasta Napolés, donde fundó otra rama: la Camorra. Carcagnosso se hizo devoto del arcángel San Miguel y cruzó el estrecho para llegar a Calabria. Allí fundó la *'ndrangheta*.

Los hombres elevaron un murmullo exaltado.

—*Il giovane d'onore* que se presente.

—Renato Vilanti.

—A todo responderás como se te ordene.

—Sí, maestro.

—Aquí y ahora —recitó el maestro—, frente a tus hermanos de sangre, ¿te comprometes a compartir con los demás todo lo que

posees, hasta el último céntimo, y a defender la honorable *Società* hasta la última gota de tu sangre?

Renato tragó saliva y pronunció a viva voz.

—Sí, me comprometo.

Sus hermanos de sangre golpearon la mesa con sus puños.

—Aquí y ahora, frente a tus hermanos de sangre, ¿te comprometes a que, si cae sobre ti alguna infamia o mancha de honor, tendrá repercusiones personales y no manchará a la organización en su conjunto?

—Sí, me comprometo.

Otro golpe de puños.

—Recita tu juramento.

—Comeré con mis compañeros —comenzó Renato de memoria. Había practicado la noche anterior—, y compartiré con ellos justo e injusto, carne, piel, huesos y sangre hasta la última gota. Si cometo mancha de honor, será a mi cargo y en descargo de la Sociedad.

Uno de los cuatro se levantó entonces y entregó un puñal a Renato junto a una estampa con la figura del Arcángel San Miguel. En el centro de la mesa ubicaron una pila de piedra con agua fresca.

—Prosigue —ordenó el maestro.

Renato se puso en pie y aferró el puñal y se clavó la punta en la yema de su pulgar.

—Juro sobre este puñal y sobre esta tumba bautismal ser fiel a mis compañeros y a todos los sabios maestros. No transgredir las reglas sociales y estar siempre presto a cualquier llamada de la *Onorata Società*.

Roberto presionó la tecla de marcación rápida que le había asignado a Michela. ¿Quién lo hubiera dicho? Ahora el número de ella ocupaba el primer puesto en su lista de contactos preferentes. Aguardó a que ella le respondiera. Era la primera vez que hablaban por teléfono. Le resultaron dramáticos los nervios que experimentó entonces esperando oír su voz.

—¿Amor? Va todo bien...

El pecho de Pastriani se expandió a lo ancho. La emoción de escucharla llamarlo *amor* con esa voz ansiosa lo llenó de ternura y de esa fiera posesividad que solo sentía hacia ella.

—¿Y tú? ¿Has tenido un día duro?

—Como siempre, y te extraño...

—Si pudiera te llevaría conmigo a todas partes.

Michela se echó a reír. Y él, como un idiota, sonrió a su vez.

—Quedaría curioso imaginarme a mí en un coche patrulla de la policía haciendo la calle contigo. ¿Se dice así? No estoy muy puesta en el argot policial. Por cierto, ¿en qué comisaría trabajas? Te he buscado por Internet y no apareces...

—Así que me quieres tener vigilado y controlado.

—Idiota, ¿querías algo? Por aquí me reclaman.

Roberto apretó la mandíbula, molesto.

—Le dices a quien sea que se espere. Y que no abusen de ti, que llevas ahí doce horas. ¿Te paso a recoger esta tarde? ¿Quieres venir a mi casa?

—Sí, sí, me encantaría —contestó ella emocionada.

—Hecho. Te amo. Hasta después —pronunció Roberto alargando las palabras, reacio a dejarla ir.

—Te amo. Hasta después. Que tengas buen día.

—Igual, amor...

—¿No vas a colgar?

—Después de ti.

—Idiota.

—Me educaron para ser un caballero, aunque haya resultado un fiasco. Me pones cuando me llamas idiota. Te amo. Cuelga.

—No quiero y eres un caballero, uno intransigente. ¿Te pone mucho?

—¿No era que alguien te reclamaba por ahí? Me gusta ser intransigente y tú me pones solo con respirar.

—Está esperando... empieza a mirarme con cara de perro, algo molesta. Ya me he dado cuenta de que eres muy intransigente. Será defecto de profesión. Me gusta que mi respiración te excite. A mí también me excita la tuya. —Esto último lo susurró con la boca pegada al teléfono. Roberto experimentó escalofríos por todo el cuerpo.

—Adiós, vida mía —dijo ella en voz alta.

—Adiós.

Por fin, ella colgó. Roberto sufrió un bajón en su estado de ánimo después del intercambio con Michela. De todas formas, no le agradaba la tarea que lo aguardaba. Los dos últimos días habían sido caóticos. A todo el revuelo de la prensa, nacional e internacional, por la muerte de dos *carabinieri* en una plaza pública a plena luz del día, había que sumar que estaba empezando a actuar por su cuenta, desobedeciendo las órdenes directas de su comandante, tampoco había informado a su general, Raffaelle dalla

Chiesa, y, aunque le había perdido el respeto al coronel, le fastidiaba y mucho estarse cargando su propia carrera en el Arma.

Inés se paró en el umbral de la puerta, delante del despacho de Lukas. Había llegado antes de la hora al bufete de abogados Belli&Partners en el barrio de Patri. Tragó saliva y respiró hondo. Había estado repitiendo durante toda la mañana el discurso con el que quería honrar y agradecer al hombre que le había salvado la vida, pero ahora no recordaba nada. Mierda. Tendría que haberlo apuntado. La otra noche le había quedado perfecto. Aunque quizás, la idea de leérselo en voz alta resultara un poco pueril. Como si recitara la lección en el colegio.

Una mano se posó cálida sobre su hombro. Lo reconoció sin necesidad de girarse por el olor característico a sándalo y pachulí que desprendía su piel y por la firmeza de su apretón. Era el único que se atrevía a tocarla de esa manera. Su abogado. Su único amigo por esos días. Lukas Sabonis.

—Inés, no hay ninguna diferencia a las otras ocasiones en que has hablado conmigo. Si te sintieras incómoda, yo cortaría en seco toda la conversación. Es lo que le prometí a tu madre —habló desde su espalda.

—Lo sé. ¿Qué tontería, no? Que me ponga nerviosa después de lo que he pasado. Lukas... Dime.

Inés se dio la vuelta y alzó la cabeza hasta encontrarse con los ojos de Lukas. Siempre le sobrecogía lo que experimentaba al toparse con los ojos de ese hombre. De un azul intenso, como las aguas profundas del océano.

—¿Me puedes abrazar? Cuando lo haces, siento que todo va a salir bien.

Lukas arrugó el ceño y se llevó una mano a la frente, agobiado.

—Inés...

—¿Acaso estoy pidiéndote algo malo?

«No, tú no pides nada malo, chiquilla», le hubiera respondido él, de no haber sido un cobarde. «Lo malo es lo que tus palabras me provocan por dentro. Lo malo es lo que siento cada vez que te toco. El malo soy yo, no tú».

—No, Inés, no es malo. Es normal buscar el consuelo de aquellos en los que confías.

Sintiéndose un miserable y pervertido embaucador, le rodeó la

espalda delgada con sus brazos y la apretó contra él. Ella apoyó su delicada cabeza en mitad de su pecho y suspiró.

Como le había ocurrido la primera vez que ella lo había abrazado, su cuerpo entero respondió a ese inocente contacto.

Inés inclinó la cabeza cuando escuchó un pequeño revuelo en la salita adyacente. Lukas abrió los ojos y parpadeó. Parecía que acabara de volver de un sueño. Los remordimientos le pesaron en el corazón y se apartó de la joven.

Chiara abrió la puerta de la antesala y con una sonrisa de profundo embeleso dio paso a la imponente figura de Roberto Pastriani.

Roberto negó con la cabeza a algo que le estaba comentando Chiara y, desde la corta distancia que los separaba, fijó una mirada dura sobre Lukas Sabonis. Inclinó la cabeza en su dirección.

—Sabonis, gracias por la entrevista. Hola, Inés.

Inés tragó saliva.

—No me agradezcas nada. Es el procedimiento —respondió Lukas en un tono seco.

La joven le dedicó una sonrisa amplia y luminosa a su salvador. Lukas desvió la vista y apretó la mandíbula.

—Hola, señor Pastriani.

—Roberto, por favor, nada de señor.

Inés asintió cohibida.

—Será mejor que nos acomodemos en el despacho —intervino Lukas—. Chiara, por favor, si fueras tan amable de servirnos unos cafés y un tentempié ligero.

—Por supuesto, *dottore*.

—Antes de que empiece el interrogatorio —habló Inés nada más tomar asiento en el *office* del despacho de Lukas—, me gustaría agradecerte, Roberto, lo que hiciste por mí. Te debo la vida. Es mucho más que eso. Había preparado un emotivo discurso, pero lo he olvidado. —Las mejillas de la joven se encendieron. No debido a la vergüenza, sino a la profunda emoción que la embargaba. Respiró hondo y se inclinó un poco en el sillón. Alargó las manos que Roberto tomó entre las suyas—. Gracias —pronunció después de una pausa y con profunda devoción—. Nadie que no haya pasado por lo que yo he pasado podrá comprender jamás lo que tú y tu compañero hicisteis por mí esa noche. No pasará un día de mi vida en que no te lleve en mis oraciones, en que no te bendiga y le pida al Señor que te cuide y te proteja de todo mal. Eres un ángel para mí. Un verdadero ángel vengador.

Lukas, con la cabeza gacha, se dedicaba a limpiar motitas

invisibles de sus pantalones oscuros.

Roberto, visiblemente emocionado, le apretó a su vez las manos y carraspeó antes de hablar.

—No me debes nada, Inés. Ojalá hubiera podido evitarte todo el calvario que viviste allí. Intentaré que esos hombres paguen lo que te hicieron.

Inés asintió con la cabeza firmemente. Luego se enderezó, tomó aire y juntó las rodillas.

En ese momento apareció Chiara, todo sonrisas lánguidas y miradas apreciativas hacia el hombre que ocupaba el asiento frente a Lukas. Depositó con cuidado la bandeja con el café, un surtido de dulces y una jarrita con leche sobre la pequeña mesa de cristal, que habían dispuesto a un lado del asiento del abogado.

—Muchas gracias, Chiara.

—De nada, *dottore*, ¿se le ofrece algo más?

Lukas negó con la cabeza. Chiara suspiró y cerró tras ella al abandonar el despacho.

—Estoy preparada. Más que lista para contarte todo lo que sé.

—Y ahora me gustaría aclararte, como ya te habrá informado Lukas, que esto no es un interrogatorio. Solo es una conversación. Aunque todo lo que me digas intentaré demostrarlo y Lukas lo usará para fundirlos entre rejas. Antes que nada y por casualidad... ¿te topaste en esa casa con un portátil de color negro?

Inés arrugó la frente, pareció meditarlo y negó con la cabeza.

—Lo siento, no. Estuve encerrada y amarrada en ese cuartucho inmundo del que me rescataste. No vi nada de la casa. Ni ordenadores ni televisión, ni tan siquiera un mísero teléfono móvil.

—¿Te suena el nombre de Giuseppe De Moro? ¿Estuvo por allí?

—Sí, él sí —respondió con una sonrisa tensa y ansiosa—. Vino en varias ocasiones. Hablaba con los hombres, yo los escuchaba discutir. Se asomaba, me echaba un vistazo, quizás para comprobar si seguía con vida y se largaba. Nunca me tocó.

—¿Pudiste enterarte de qué hablaban?

—No, lo siento. Con De Moro siempre discutían en otra habitación, nunca delante de mí. A veces en ese dialecto calabrés que es incomprensible para mí. Lo que sí te puedo contar es dónde llevaban la droga. Mi padre era uno de sus conductores. Ha confesado delante del juez. Lo han detenido por ese asunto.

—Lamento que también tengas que sufrir eso.

Inés, con ese optimismo derrotista que caracteriza el espíritu incólume de los italianos, se encogió de hombros con indiferencia.

—Se lo buscó él solito por andar metido en negocios turbulentos

y yo pagué las consecuencias de sus tejemanejes. —Inés buscó la mirada de Lukas que, reclinándose en el asiento, le asió la mano en un apretón—. Mi padre y yo no estamos en buenos términos por estos días.

—Comprendo. Cuéntame lo que sepas...

—Mi padre empezó a ir en malas compañías mucho antes. Uno de los primos calabreses de mi madre, Renato Vilanti, se hizo muy amigo de papá. Fue él quien lo introdujo en ese mundo. Empezó haciendo pequeños trabajillos, hasta que un día, De Moro, le encargó el transporte de la mercancía pesada. Droga. Creo que también hacía otras cosas. Cosas feas de verdad. Mi padre aceptó, aunque no creo que hubiera podido negarse, llegados a ese punto. Tampoco estoy segura de que hubiera querido negarse. A mi padre le gusta mucho el dinero y la vida regalada. Por las conversaciones entre esos hombres que yo escuchaba y las que mantenían conmigo mientras... bueno, en fin... —Inés carraspeó y agachó la cabeza visiblemente incómoda. Lukas le pasó un vaso de agua. La joven se lo agradeció, bebió y volvió a entregarle el vaso. Tomó aire y continuó—: Me dijeron que mi padre había entrado a formar parte de su *società*. Era como un soldado o algo similar, porque había pasado un periodo de prueba con éxito y tenía buenas referencias. Le daban un nombre...

—*Picciotti*.

Inés elevó las cejas.

—Sí, eso es. *Picciotti*. Tuvo que hacer un juramento que para ellos es sagrado, algo con sangre, ante la Virgen, palabras consagradas... Esa parte está un poco confusa en mi mente. Además, no quería saber. Todo me horrorizaba.

—Espera un momento, tu padre de ascendencia hispana, ¿terminó en las filas de un clan calabrés?

Inés se encogió de hombros.

—Sí, eso parece, pero ahí no termina el asunto, lo grave es que mi padre los traicionó. Ellos no paraban de repetírmelo todo el tiempo, que mi padre era un traidor. Que los había vendido al enemigo y que por esa terrible traición yo debía morir, para que él purgara su falta y limpiara el honor de la Sociedad. Al parecer, mencionó con alguien que no debía un envío de droga que iba a llegar de España.

Roberto se echó hacia adelante y se llevó las manos a la boca acariciándose los labios.

—Un envío desde España...

—Sí, lo transportaban en un buque mercante desde Sudamérica

con destino a Galicia. Luego tenían que trasladarla hasta Milán, desde allí la distribuirían a otros países. Eso sí que lo escuché. Lo mencionaron varias veces.

Lukas le dedicó un asentimiento de cabeza e Inés le sonrió con dulzura.

Roberto se limitó a asentir con la expresión en blanco, muy calmada. Nadie podría haber deducido, por la postura relajada de su cuerpo, la tensión que se apoderó de él. ¿Podría tratarse del intercambio que él había interceptado en el puerto de Marín con Little John? No obstante, el secuestro de ella había ocurrido antes. Si sabían que era una trampa, ¿por qué continuar? Nada parecía encajar. «Las cosas siempre encajan, Roberto», se dijo apesadumbrado.

—¿Se les escapó algún nombre de todo ese asunto?

Inés negó y agachó la cabeza, entristecida.

—Lo siento, no tengo nombres.

—Está bien, lo que me has dicho es suficiente. Gracias.

Roberto se incorporó. Necesitaba centrar las ideas. Estrechó las manos con Inés Soto y se despidió de Lukas con una inclinación de cabeza. Lukas no lo acompañó hasta la puerta.

Fue mejor así.

Nada más poner un pie en la calle, se echó a andar hasta su vehículo estacionado en un *parking* cercano a las oficinas. La mente le bullía de posibles escenarios, nombres y fechas...

Inés había sido secuestrada en los cuatro días anteriores a la llamada que habían interceptado en sus oficinas. Después de las detenciones y, tras el escándalo que se había desatado a nivel mediático por el secuestro de la menor, su coronel lo había mandado a España para investigar sobre ese extraño alijo... ¿Y ya sabían que todo era una trampa?

¿Había asistido a una escenificación perfectamente orquestada por parte de los capos? ¿Alguien quería que él interceptara esa droga? ¿Con qué fin? Para terminar de embrollar el asunto, Giovanni aparecía acribillado frente al Palazzo Chigi a plena luz del día. Giovanni, que era quien había interceptado la llamada en el piso donde retenían a Inés. ¿Era también una coincidencia? ¿Tantas coincidencias?

Roberto apoyó los brazos en el techo de su coche, inclinó la cabeza y cerró los ojos. ¡Maldición! No quería enfrentar las siniestras implicaciones de todo ese asunto.

Extrajo el móvil del bolsillo de su pantalón y tecleó el número de Paolo Pino, Sombra, el agente que había mandado a Milán. Uno

de los cuatro por los que ponía la mano en el fuego.

—Dígame, Bracconiere.

—¿Tienes vía libre para hablar?

—Alto y claro.

—Te voy a pedir un favor personal. Necesito que investigues en profundidad sobre el alijo que la Guardia Civil interceptó hace semanas de camino a Milán. Por ahora pásame todo lo que tengas de la investigación del Ortomercado. Necesito que me lo hagas llegar cuanto antes.

—Lo mando hoy mismo, esta tarde lo tendrá en la mesa de su oficina.

—No, quiero que me lo hagas llegar a mi casa, apunta la dirección. —Le facilitó los datos.

—Me pongo ya mismo con el otro asunto, ¿es por el juicio de Inés Soto?

—Sí, necesito todo lo que haya hasta la fecha de hoy, informes, nombres. Todo lo que tengas y lo quiero para ayer.

—Sí, señor.

—Gracias, Sombra.

—Un placer, señor.

Cortó la llamada y buscó entre sus contactos el número del capitán de la Guardia Civil: Juan Santiago Ruano.

—Italiano... ¿Qué cojones quieres ahora?

—Me abruma tu efusivo recibimiento.

Ruano explotó en una carcajada al otro lado de la línea.

—Necesito un favor —continuó Roberto de forma sucinta.

—Lo que quieras, hermano. Suelta por esa boquita.

—Necesito que solicites a tus superiores permiso para continuar la investigación que empezamos en Ámsterdam. Creo que he dado con el hilo que me hará tirar de la manta. Debo mantener un ojo sobre nuestro eminente abogado.

—¿Qué? ¿Los tuyos ya te han dado una patada en el culo?

—Los míos están contaminados. No me fío. Quiero que trates esta información con tacto y mucho tiento. ¿Comprendes? Nadie debe saber nada.

—Oído cocina. Dalo por hecho. Está de más decirlo, pero voy contigo.

—Contaba con eso.

Roberto cortó la llamada. Se quedó mirando un instante el móvil. Aún le quedaba una última llamada.

Pastriani tomó asiento en una de las miles de cafeterías que inundaban la piazza Navona y esperó. Un camarero se acercó y le

pidió un *expresso*. Diez minutos más tarde, se detuvo frente a él Vincenzo Macrì. El juez nacional antimafia del Tribunal Penal de Roma. Famoso, desde hacía ya un tiempo, por hablar sin tapujos sobre los males de Italia, proponer medidas efectivas para acabar con la terrible corrupción que asolaba cada uno de los estamentos del país e iniciar investigaciones efectivas. Toda una novedad. Además, era coautor de un libro sobre lo que se había venido a llamar la Antimafia. Uno de los pocos hombres honorables que conocía en la capital. Roberto distinguió a la escolta del magistrado, dos tipos algo siniestros y bien abigarrados que se apostaron cerca de la entrada de acceso al local. Pastriani se puso en pie y se estrecharon las manos.

—Gracias por responder a mi llamada, su señoría. Por favor, tome asiento.

—Me llama la atención que seas tú el que contacte conmigo y no tu coronel.

—Y por estar aquí sin dudarlo un instante, vuelvo a darle las gracias.

Macrì lo estudió de reojo, algo contrariado. Los dos tomaron asiento. El juez se pidió un bitter sin alcohol y se encendió un Marlboro. Colocó la cajetilla sobre la mesa y se reclinó en el asiento. Se dedicó a observar a los miles de turistas que paseaban por la *piazza*, tomando fotos, riéndose y charlando con los guías, que, paragua en mano, los hacían desfilar como obedientes corderitos.

—Roma es absurda, ¿no crees? Un cúmulo de contradicciones y pecados sin pies ni cabeza. No obstante, te juro, *tenente*, que amo vivir aquí. No entiendo cómo alguien no elegiría esta ciudad para establecerse de por vida. Observa el cielo: azul como ningún otro. ¿Has visto alguna vez otro cielo más embrujador que este? Recrea tu vista con la imponente belleza de cuanto te rodea, la perfección de las esculturas, el ingenio de sus trazos. Cada piedra, cada centímetro de sampietrini de esta ciudad bendecida por los dioses cuenta una historia única y legendaria. —El hombre exhaló el humo de su cigarrillo —. Inevitablemente, amo Roma.

—He vivido casi toda mi vida en Verona. Me va a permitir que mi idolatría recaiga en cada muro y en cada rincón de mi emblemática ciudad natal.

—«En la bella Verona esto sucede: dos casas, ambas en nobleza iguales, con odio antiguo, hacen discordia nueva» —recitó el Juez; luego se carcajeó—. Discúlpame, tengo debilidad por los clásicos.

—Aunque no lo crea, jamás he visitado la casa de Julieta,

tampoco he visto el famoso balcón más que en fotos.

El hombre siguió riendo.

—Ni yo, pero he prometido llevar a mis nietas.

En ese momento, el juez antimafia carraspeó, tomó un sorbo de su bebida y fijó una mirada amistosa sobre el teniente del ROS.

—No me gusta andar con rodeos, así que iré al grano, si me lo permite —comenzó Pastriani—. Necesito una orden judicial para pinchar varios teléfonos privados. No le va a gustar los nombres que le voy a dar y lo cierto es que no le puedo dar razones de peso. Aquí tengo un informe con todo lo que he podido recabar hasta hoy. Todos son indicios, aunque no dispongo de pruebas o evidencias incriminatorias, que es lo que estoy buscando.

Sin mayor dilación, deslizó por la mesa un sobre cerrado con toda la información de que disponía, la que él había recabado y lo último que le había facilitado Paolo Pino, la Sombra, desde Milán. El juez se apresuró a recogerlo y lo colocó sobre sus muslos.

—Te equivocas en algo. Estoy seguro de que me gustará mucho y necesito razones de peso. Ya sabes cómo funciona el asunto, ¿o quieres que te tiren todo abajo cuando aleguen defectos de forma en los Tribunales? Habla, soy todo oídos.

—Nero Carbone. Ricardo Romano. Lorenzo Pavianti.

Macrì se echó hacia atrás en la silla silbando.

—Joder. No te andas con minucias, ¿verdad, teniente? Lo del Tuerto es comprensible, hace mucho tiempo que ese sujeto debería estar entre rejas, desde los días en que andaba con la banda de la Magliana, pero el alcalde de la ciudad y un distinguido coronel del Arma... A ti se te ha ido la olla, ¿no?

—Me gustaría que se me hubiera ido la olla, su señoría. Sospecho que esos tres y el brazo derecho en Roma de Salvatore Barreta, el *capo locale,* Giusseppe De Moro, están metidos en toda la mierda que apesta en esta su amada ciudad.

Los dos hombres esperaban apoyados en la carrocería de un reluciente Porsche 911 azul metalizado. La nueva adquisición de la casa. Un pequeño regalo por una operación bien hecha. Uno de ellos, un jovenzuelo que no pasaba de los diecisiete trasteaba con un móvil; el otro, cuarentón, espigado, con el cabello voluminoso, ensortijado, de un profundo tono cobrizo, embutido en una chaqueta de cuero negro con aire de perdonavidas, fumaba un

pitillo con parsimonia.

—Eh, tú, ¿ese es seguro?

El chico lo miró de reojo.

—Lo acabo de comprar. Claro que es seguro. ¿Se puede saber qué hacemos aquí?

—Estoy esperando a alguien.

—¿Trabajo?

Giuseppe De Moro perfiló una sonrisilla perversa, codeó al chico en el estómago y le guiñó un ojo.

—Placer —pronunció relamiéndose la boca.

—Y entonces, ¿qué pinto yo aquí?

—Estás aquí conmigo y cierras esa puta bocaza.

—Dame un tabaco, anda.

El hombre se llevó el dedo índice a la cabeza.

—A ti se te ha ido la olla, primo. Me pilla tu madre y me corta los huevos.

—La *mamma* no se va a enterar. Dame el piti. Vamos, tío. ¿Cuándo empezaste tú a fumar?

El cigarro se había quedado parado a medio camino entre los labios húmedos del chico y la chispa prendida del mechero, cuando un hombre había descendido de un elegante Maserati blanco. Un modelo que ninguno de los dos había visto circulando las calles.

—*Cazzo*, es él.

De Moro, que babeaba ante la visión de esa maravillosa máquina de ingeniería italiana y ya se imaginaba así mismo al volante de ese espectacular Sedán, siguió la mirada del chico y se enfocó en el hombre enfundado en unos vaqueros de marca y cazadora de cuero que caminaba hasta las puertas de acceso al área de ginecología.

—¿Quién?

—El maldito *sbirro* que se cargó a tu hermano por el caso de aquella zorra, la hija de Miguel Soto. El tal Ricardo Petrosono, Petrosino... algo así.

De Moro había lanzado el tabaco a la acera y se había adelantado unos pasos, con el torso echado hacia adelante, fijando una mirada asesina en el policía. Envarado, juró mordiéndose el nudillo del índice:

—Es hombre muerto.

—Ya lo creo que lo es...

Giuseppe se quedó a cuadros cuando vio a Susana Vásquez, la cosita peruana que últimamente le calentaba la cama, en la puerta de acceso al área de ginecología fundida en un abrazo con la mujer que momentos después entró en el vehículo del asesino de su

hermano.

Roberto echó un vistazo por el retrovisor a la pequeña maleta que Michela había colocado en el asiento trasero de su vehículo. Luego la miró de reojo y perfiló una sonrisa de profunda satisfacción. Michela, abstraída, meneaba la cabeza y los brazos al ritmo de *Gotan project* y su *Confesión*. Un tema que a él le tocaba una fibra sensible.

—Nunca había oído a este grupo, ¿cómo dijiste que se llamaba? Me encanta…

—Gotan Project. Un grupo de tango electrónico y jazzista afincado en París —le comentó en español— compuesto por varios músicos de diferentes nacionalidades. Su nombre responde al vesre. —Al observar de reojo la mueca extrañada en el rostro de Michela, se explicó—. En realidad, es un juego de palabras muy típico rioplatense, popularizado por los tangueros. Consiste en invertir el orden de las letras. Revés, vesre. Tango, gotán.

—Sigo en shock porque me hayas hablado en español, no sabía que lo hablabas, ¿por qué no me lo habías dicho? Lo hablas casi sin acento y no tenía idea de eso del vesre, qué interesante… ¿Cuántos idiomas sabes?

—No tantos. Italiano e inglés. Me defiendo en español y francés.

Y chapurreaba algo de *pashto* de sus días en Afganistán. Pero prefería no entrar a debatir el porqué conocía los rudimentos de la lengua oficial afgana.

—Francés. Lo amo, me resulta muy evocador y sensual. Dime algo en francés.

—*Alors, tu veux quoi que je te dis en français?*

—¿Qué has dicho? —manoteó con aire distraído—. No importa. Suena divino. Podemos hacer todas esas cosas guarras con el culo, si me lo pides en francés.

Roberto, con las manos en el volante, estalló en carcajadas.

—Ah, así que esa era la clave: el francés —expresó entre risotadas.

Michela también se echó a reír y le devolvió una mirada traviesa.

—Sería fantástico aprender a bailar el tango —le comentó minutos después—. Es un baile tan íntimo, tan magnético y pasional… Le puedo decir a Francesca que me enseñe. —Lo

contempló con ojos soñadores—. Amaría bailarlo contigo.

Roberto se echó a reír.

—También tendría que enseñarme a mí.

—Nos puede dar clases conjuntas. ¿Te gustaría?

El brillo en esos ojos diamantinos, cuando volvió la cabeza para estudiar ansiosa su reacción, lo hizo sonreír.

—Todo lo que sea tenerte contra mi cuerpo me parece una idea estupenda. Me gusta que sueñes con estar pegada a mí en algo que es magnético y pasional.

Michela le dio un manotazo en el brazo y siguió canturreando. Le había pedido que pusiera la canción en modo repetición y la escuchaba una y otra vez.

—¿Y se puede saber cómo es que siempre te mueves con total libertad por esta ciudad con tu vehículo particular? —le inquirió asombrada mientras circulaban por un barrio de Roma de tránsito restringido.

—Soy poli, ¿recuerdas? Tengo autorización gubernamental para moverme libremente por esta ciudad —le guiñó un ojo.

—Ah... asqueroso burgués privilegiado.

Roberto se quedó contemplándola embelesado mientras ella se mecía al ritmo de la música.

—Me encantaría que folláramos ahora mismo.

Michela disparó la cabeza en su dirección y entreabrió la boca.

—Estás como una cabra, ¿follar? ¿Ahora? ¿Aquí en el coche? ¿En mitad de la calle?

—Sí —y se mordió los labios al hablar—, aquí en el coche, en mitad de la calle.

Michela tragó saliva y sacudió la cabeza. Las ondas espesas de su cabello se movieron alrededor de su rostro.

—Corrijo. Estás enfermo. —Apartó con un movimiento sensual de sus dedos un mechón que se le había enredado entre los labios.

—Mucho, y tú estás excitada.

Él también lo estaba. Se removió en el asiento para mitigar la presión en sus pantalones.

—Por favor, no seas tan creído. Pierdes parte de tu encanto natural. Arranca el coche de una vez...Van a comenzar a pitarnos de un momento a otro.

Conducían por la vía Leonida Bissolati y estaban parados delante de un semáforo en verde.

Roberto soltó una carcajada guiñándole un ojo, perfiló una sonrisa socarrona y apretó el acelerador. El rugido del motor reverberó en el interior del vehículo y enalteció sus ánimos. Roberto

miró al frente y giró en la rotonda de la *piazza* de San Bernardo.

—Estás jodidamente sexy con las piernas cruzadas y el cabello volando en todas direcciones mientras tarareas la misma canción una y otra vez. ¿Sabes? Acabo de imaginarnos dentro de muchos años. Los dos viejos y achacosos. Yo te diré que quiero que follemos mientras nuestros nietos chillan en el asiento de atrás, y tú, encendida como una bombilla de Navidad, me mandarás al infierno, justo igual que ahora.

Michela ahogó una carcajada, miró al frente y elevó la nariz.

—No creo que quieras follar cuando sea una vieja achacosa y esté llena de arrugas...

—Amaré todas y cada una de tus hermosas arrugas porque contarán nuestra historia y yo también estaré lleno de arrugas, por cierto. ¿Tampoco me querrás entonces?

Michela, esbozando una sonrisa lánguida, se reclinó en el asiento, hizo la cabeza a un lado y dejó escapar un suspiro embelesado.

—Zalamero, claro que te querré, ¿también me querrás cuando engorde sesenta kilos y me ponga como la tía Herminia?

Roberto se carcajeó.

—Te querré de cualquiera de las maneras en que estés. Siempre. Estaré encantado de conocer a la singular y rechoncha tía Herminia para decirle que estoy loco por su sobrina, flaca o gorda, con arrugas o sin arrugas —hizo una pausa y le dijo con seriedad—: Te quiero.

Ambos se miraron desde la pequeña distancia de sus asientos. Había tanto anhelo y deseo acumulado en sus ojos...

—Te amo tanto, tanto que no puedo expresarlo con palabras —le confesó él con voz pesada.

—Me pasa igual, no hay palabras que puedan definir todo lo que me provocas, todo lo que siento por ti.

Con el coche parado en medio de un atasco, Roberto se reclinó en el asiento y procedió a demostrarle cuán sincero y profundo era su amor.

—Te haces siquiera una idea de lo que sería capaz de hacer por ti —expresó él entre jadeos con la nariz pegada a la suya.

—Lo mismo que yo sería capaz de hacer por ti —respondió ella acariciándole las mejillas.

—Mi chica valiente —susurró—, tan fuerte y con malas pulgas...

—Muchas malas pulgas.

—Las adoro. Me excitan tanto.

Michela sofocó una risilla y volvió a acomodarse sobre el asiento

cuando el tráfico imposible de esa hora punta les dio vía libre.

—¿Hay algo de mí que no te excite?

Roberto echó un vistazo a la carretera y dio un giro brusco con el volante, para abrirse paso. Sus ojos se entrecerraron y el enojo que experimentó ensombreció su semblante.

—Tu ex.

Michela cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Roberto, por favor...

—No hemos aclarado ese tema. ¿Qué has decidido hacer?

—¿Por qué te cuesta tanto entender mi punto de vista?

—Entonces, ¿no has hablado aún con él?

—No, aún no he hablado con él. ¿No puedes entender que él está sufriendo? ¿Que el pobre debe pensar que lo he traicionado contigo?

—Por si no te ha quedado claro, me suda la polla lo muchísimo que él pueda estar sufriendo. Si fuera por mí, lo tendría entre rejas esperando un juicio por intento de violación. Y, como no me dejas ni meterlo en prisión ni acabar con su vida, no quiero que se te acerque. Fin de la historia.

—Dios Santo, ¿se te fue la cabeza? ¿Pero tú te escuchas cuando hablas? Escucharte de verdad, con atención a las burradas que sueltas. Hablas de la muerte con una ligereza que me provoca escalofríos... —Michela meneó la cabeza—. A veces eres muy razonable, comprensivo, sabio y reflexivo, incluso me haces sentir en desventaja, como si aún me faltara mucho por saber de la vida y, de pronto, en un segundo, te transformas en un hombre implacable, frío y cruel que desconozco.

Roberto frunció el ceño, algo incómodo, alargó la mano y le apretó el muslo.

—Jamás te haría daño, ¿lo sabes, verdad? Pase lo que pase, jamás haré nada que te lastime lo más mínimo. Nunca. Quiero que lo entiendas. No puedo soportar que sientas miedo cuando estés conmigo o incluso cuando no lo estés. No soporto la idea de que algo te lastime o que sufras.

—Oh, por Dios, no te tengo miedo. Pero, con respecto a Lukas, no tengo tan claro que no decidas hacerle daño, porque el pobre haga o diga algo que, según tú, rebase esa línea te hace bufar como un toro encabritado.

Roberto resopló.

—Bufar como un toro...

—Sí, un toro encabritado.

—¿Qué vas a hacer? —la inquirió en un tono seco.

—Hablaré con Lukas para explicarle cómo sucedieron las cosas contigo. —Michela alzó la mano cuando Roberto abrió la boca para replicar—. Quedaré con él y mandaré que un servicio de transporte recoja mis cosas de su piso.

—¿Ahora le vas a explicar nuestras intimidades? —replicó malhumorado.

—No veía que te preocuparan mucho «nuestras intimidades» cuando me reclamaste si se las había contado... —Michela hizo una pausa porque no sabía qué tratamiento darle a lo que había ocurrido, al final decidió omitirlo— la otra noche.

Roberto la estudió de reojo.

—*Touché*, aunque nunca he querido que le cuentes nada de lo nuestro y lamento cómo me comporté —le explicó con aire contrito.

Michela alargó el brazo y le acarició el dorso de la mano.

—Ay, Roberto, ¿por qué contigo todo es siempre... tan abrumador, tan intenso? —se cuestionó casi para sí misma.

—Por fin.

La verja negra se abrió ante ellos y Roberto estacionó en el *parking* de su casa. Apagó el motor y la música se interrumpió de forma repentina. El silencio se extendió como un presagio llenando por completo el pequeño habitáculo. Los dos se hicieron eco de sus respiraciones aceleradas. Pastriani se giró en el asiento, que crujió bajo su peso, y apoyó el codo sobre el volante. La contemplaba dibujando una sonrisa desafiante.

—¿Necesitas ayuda?

Michela entrecerró los ojos y presionó con seguridad la clavija del cinturón de seguridad. Alzó una ceja impertinente en su dirección.

—Eres un capullo insoportable.

Roberto se lanzó a por ella. Cayó sobre su cuerpo, al tiempo que apretaba una palanca bajo el asiento y lo echaba hacia atrás. La empujó con un movimiento seco de sus caderas. Michela jadeó y abrió las piernas rodeando su cintura y apretándose contra él. Elevó la pelvis, para profundizar esa maravillosa sensación de su erección presionando sobre su sexo. Sus bocas chocaron y comenzaron a besarse embriagados y eufóricos.

—He empezado a tomar la píldora —resolló ella en el interior de su boca.

Roberto abrió mucho los ojos y, sin despegarse de sus labios, introdujo una mano por su camiseta, le acarició el estómago, hasta que consiguió anclarse a uno de sus pechos.

—Sí —rugió excitado— lo que tú digas estará bien...

—Por favor, penétrame ya, te necesito...

—Desabróchame...

Las manos de Michela, que se aferraban con vehemencia a su espalda, descendieron comprimiéndole las nalgas y luego se internaron en su bragueta, palpando a través de la tela vaquera la rígida erección.

—Dios, odio los cinturones.

—Yo también estoy empezando a odiarlos.

Roberto se enderezó sobre ella. Tuvo que encorvarse. La cabeza golpeaba el techo. Su imponente altura se potenciaba en ese espacio tan reducido. Sin decir palabra, se quitó su propio cinturón y se desabotonó la bragueta. Liberó su erección del confinamiento de sus calzoncillos. Se la acarició en todo su largo, recreándose en el movimiento. Sonriéndole.

Esa fiera mirada verde, excitada y ardiente, fija en la de ella, la excitaba como nada.

Michela tragó saliva y contempló con anhelo su pene, imponente e inhiesto en una actitud desafiante. Retándola. Justo igual que el dueño.

—Quítate la ropa —le susurró él con la voz ronca. Michela apretó los labios y echó un vistazo a su alrededor.

—¿Aquí? —ronroneó con ánimo juguetón.

—Sí, aquí.

—Y si manchamos este coche tan caro y bonito...

—Me encantaría que los asientos de este coche se mancharan. Los contemplaría siempre con ternura recordando este momento y la forma en la que me estás mirando.

Michela se llevó una mano al pecho.

—No sé si sentirme halagada u horrorizada.

Roberto ahogó una carcajada.

—Quítate la ropa.

—¿Y si alguien nos ve? —replicó con una voz pícara y zalamera — La señora Dini, por ejemplo o, peor aún, la pobre de Amalia...

Roberto elevó una ceja fingiendo impaciencia.

—Quítate la ropa.

—Ay, Señor —se resignó Michela—. Las cosas que me haces hacer...

—Que te mueres por hacer. O me vas a decir que, si te meto un dedo justo ahora, no va a salir pringado, empapado con tus fluidos.

—Mi vagina está empapada por ti casi desde que salimos del hospital, señor quisquilloso.

—Joder —siseó Roberto—, no me digas eso. Desnúdate. O lo

haré yo.

Michela ahogó una risilla, deseaba alargar ese momento.

—Lo haces sonar como una amenaza —y al tiempo que le decía recorrió con el dedo índice el largo de su pene.

—Oh —Roberto observó con atención la mano de ella sobre su polla—, es una amenaza.

—Y, si me tienes que desnudar tú..., ¿qué me harás?

—Follar ese culo hermoso que tienes, como he deseado hacer desde que te conocí.

Michela abrió mucho los ojos sopesando la propuesta, y sofocó un gemido. De pronto, no se le antojaba tan mala idea.

—Estoy tan cachonda que creo que hoy quiero hacer todas esas cochinadas.

Roberto se la quedó mirando extasiado. Se le había secado la boca.

—Oh, joder, dime que estás preparada. ¿Cómo lo haces para ponerme a cien?

Michela, presintiendo que aquello se iba a salir de madre, alargó las manos y aferró lo primero que pilló: el manillar de la puerta y la palanca de cambios. El corazón se había lanzado a batir sin tino y retumbaba como un tambor en fiestas. La tensión había ido *in crescendo* entre los dos y, en ese momento, aguardaba el desenlace, asustada, también expectante, por la férrea determinación que leía en los ojos de Roberto, por el fuego verde y abrasador que ardía en las pupilas de ese hombre.

—No lo sé... —logró balbucear con los ojos entrecerrados.

Roberto le había calzado una mano debajo del culo. Le bajó de un tirón el pantalón, que quedó enredado en sus tobillos, le hizo a un lado la braga y la penetró con suavidad para enterrarse en el último momento con un potente empujón.

Michela, que mantenía los ojos cerrados, deseando magnificar el torrente de pinchazos, latigazos y dolores que experimentaba cuando hacían el amor, chilló y arqueó la espalda, buscando aliviar el escozor. Cuando creía que ese hombre no podía sorprenderla, volvía a dejarla sin palabras y sin respiración.

—Joder... lo que siento cada vez que me entierro en ti.

Roberto la bombeaba como empujones feroces. Le dolía, ardía y la llevaba hasta cuotas de placer que jamás hubiera imaginado posibles.

—Yo también lo siento, amor —jadeó ella, que se sentía eufórica —. Por favor, no pares, me gusta que lo hagas así. Quiero que lo hagas más fuerte. ¿Puedes? Oh, Dios...

—Así que a mi niña decente le gusta más fuerte —jadeó él con el aliento contenido—. Sigue en pie lo de juguetear con ese culo hermoso...

—Oh, Dios... —Michela apretó los dedos en torno a la palanca de cambios y al asa de la puerta y abrió un poco más las piernas, sofocada, dolorida y anhelante—. Sí, sí...

Michela entreabrió los labios y gimió hondamente cuando él, tras volver a enterrarse en ella, la golpeó con las caderas. Se levantó la camiseta y el sostén, que quedaron enrollados de una manera nada cómoda bajo su barbilla y le pidió que le chupara los pechos.

Roberto se relamió los labios.

—Tienes los pechos más hermosos que he visto en mi vida. Eres preciosa...

Antes de terminar de hablar, ya se había metido un pezón en la boca y lo succionaba con glotonería, alimentándose de él. Michela se aferró a su espalda y le clavó las uñas en los músculos. No podía rodearlo con las piernas porque permanecían enredadas entre sus pantalones vaqueros, así que elevó la pelvis para salir al encuentro de sus violentas embestidas. La cabina se inundó con sus gritos y jadeos. Michela, cuando sintió próximo el orgasmo, le tomó el rostro y le buscó la boca. Se fundieron en beso húmedo, exigente y jadeante. Las lenguas se lamían y se enredaban, se succionaban con avidez hasta que sus bocas volvían a quedar selladas.

Michela abrió los ojos y su mirada se concentró en el rostro de Roberto. La expresión hambrienta que le dedicó y esos ojos que habían tomado un matiz oscuro y primitivo la impresionaron. Se temió lo peor. Pastriani se alzó como un coloso sobre ella y, sin dejar de horadarla con la mirada, asió las agarraderas superiores, para que le sirviera de palanca e incrementó el ritmo demencial de sus embestidas, también la intensidad con que rotaba sobre ella. Michela alzó las manos y se aferró, como si la vida le fuera en ello, al cabezal de su propio asiento para evitar salir despedida con los empujones que daba. Contemplaba extasiada cómo se inflamaban los músculos de los brazos al impulsarse dentro ella, la tirantez en su cuello, haciendo sobresalir su nuez de Adán y la mueca tensa, transida por el placer, de su rostro. Dios Santo. Michela apretó los labios, hasta mordérselos, y saboreó su propia sangre.

—Joooder...

—Así es como te gusta...

—Aah...

—Grita. Nadie nos oye. ¿Es así como lo querías? —siseó Pastriani entre dientes.

El orgasmo no la alivió, todo lo contrario, aumentó exponencialmente el placer, también la quemazón y, cuando él sintió cómo su vagina se contraía en torno a su pene anunciándole la inminencia de su clímax, la sujetó con fuerza por las caderas para ser capaz de impulsarse y comenzó a bombear con su pelvis como si hubiera perdido la razón. Michela no se contuvo y prorrumpió en gritos y alaridos. Perdió contacto con la realidad.

Roberto cayó sobre ella, después de eyacular en su interior, desmadejado y con la respiración acelerada y errática, pero Michela aún sufría las convulsiones, y sus muslos, los brazos y hasta la espalda le temblaban. Él se cerró sobre ella y le besó el cabello. Le circundó la cara con las manos.

—Joder, siempre acabo disculpándome. Soy un animal. ¿Me he pasado?

Michela se veía incapacitada para abrir la boca. Menos aún para pronunciar una sola palabra. Las fuerzas la habían abandonado. No creía que fuera capaz de recuperarse jamás.

—Cariño mío, dime algo. ¿Te he hecho daño? Ahora en casa te prepararé un baño con aceites. Me dijiste que lo querías más salvaje... y se me fue la cabeza...

Por fin, ella pudo vocalizar una frase.

—Normalmente —expresó jadeante—... no te comportas así con las mujeres, ¿verdad?

Roberto alzó la cabeza y la miró molesto y contrariado.

—¿Qué mujeres, Michela? —se fastidió él—. Por favor, no compares esto que tú y yo compartimos con cualquier cosa que haya tenido antes de ti.

Michela tragó saliva, bajó la mirada arrepentida, también secretamente complacida por ser única para él.

—Lo siento.

—No hay comparación. ¿Para ti la hay?

La tomó de la barbilla obligándola a mirarlo. Otra vez los celos y un leve rastro de duda asomaron a esas profundidades verdes.

—¡No! Ni hablar, jamás. Esto que siento por ti es lo más hermoso e intenso que he experimentado jamás. Ya te lo dije. Eres lo mejor que me ha ocurrido en la vida. Lo único que necesito para ser feliz.

Roberto se inclinó y se apoderó de su boca.

—Bien. ¿Entonces por qué me haces esas preguntas estúpidas? Me cabrean —aclaró él irritado. La postura ya empezaba a incomodarlos—. Vamos, anda, que nos tenemos que duchar, estamos hechos un asco.

Michela se rebujó bajo las sábanas y se despertó sin sobresalto. Giró la cabeza y observó el rostro relajado de Roberto, mientras roncaba con suavidad. Cuando dormía con él no había pesadillas. Sin embargo, cada vez que dormía sola, todo volvía a empezar. Contempló a Roberto y acarició con ternura el cabello ensortijado que le caía en desorden por la frente. «¿Tú también sufres de horribles pesadillas, amor mío?». Se lo hubiera preguntado de haberlo encontrado despierto. Suspiró y se movió con cuidado para no irrumpir su sueño. Agarró la bata. La noche anterior la había dejado a los pies de la cama. Le asombraba que allí siguiera después del trajín que habían tenido esa noche. Se la echó por encima, ajustándose el lazo alrededor de su cintura. Avanzó en puntas en pies por la habitación. Dios Santo, le dolía cada músculo de su cuerpo, en especial, sentía tirantes los abductores. El baño caliente con aceites perfumados que habían preparado no había solucionado mucho, tampoco había logrado calmarle la irritación. Tendría que hacerse con alguna crema.

Se detuvo frente a las puertas del dormitorio. Giró la cabeza solo para comprobar que Roberto no se habría despertado. Sostuvo la manija y, con todo el cuidado que pudo reunir, giró el pomo metálico. El clic de la cerradura la dejó paralizada, pero Roberto ni se inmutó y ella se dirigió emocionada hasta la estantería del pasillo. No le apetecía que la descubriera espiando entre sus cosas, otra vez. Sin embargo, sentía muchísima curiosidad por indagar entre los libros que tenía allí. Como buena amante de la literatura que era, Michela consideraba que, una vez que conocías los gustos literarios de una persona, te podías hacer una idea de la personalidad oculta tras la coraza. Ojeó con interés títulos que no conocía. Paseó distraída por el pasillo. Mucho rollo militar y qué manía con las novelas de artes marciales japonesas. Hasta que sus ojos se toparon con un tomo que sí reconoció: *Holy Sonets*, de John Donne. Alzó las cejas, anonadada. Roberto leía poesía inglesa. No podía imaginarlo recitando poemas cual tonto enamorado bajo la luz de la luna. Soltó una risilla ante la imagen que se le formó en la mente. Tomó el libro con cuidado y lo abrió. Comenzó a leerlo.

Tan abstraída estaba en la lectura, tan mimetizada en cada trágico soneto del poeta inglés que había olvidado dónde estaba. No escuchó los pasos de Roberto hasta que la calidez de sus dedos sobre su cintura penetró la delicada tela de su bata. La sutil caricia en un primer momento la sobresaltó, para luego confortarla y emocionarla. Esa voz suya, ronca y profunda, comenzó a susurrar en su oído.

—«*Yet dearly I love you, and would be loved fain, but am betroth'd unto your enemy: divorce me, untie, or break that knot again; take me to you, imprison me, for I never shall be free, except you enthrall me, nor ever chaste, except you ravish me.*»

«Y aún te amo, y si me amaras sería dichoso, mas mi mano pertenece a tu eterno enemigo: divórciame de él, deshaz, rompe este lazo odioso; ráptame, llévame y enciérrame contigo, pues, si no soy tu esclavo, no he de ser liberado, ni he de ser casto jamás si tú no me has violado».

Este último verso, pronunciado con tanta devoción, le provocó un estremecimiento y las rodillas se le aflojaron.

—Es hermoso, ¿verdad? —le comentó con naturalidad—. Quizás un poco trágico para estas horas de la mañana. John Donne únicamente debería ser leído en las noches de tinieblas.

¿Tú qué piensas?

Michela, que no podía pensar en nada, se limitó a asentir con la cabeza.

—Te confieso que siempre me ha hecho recordar a este otro verso.

Había alargado el brazo para tomar otro libro de un estante superior, que colocó sobre el de John Donne que ella sostenía. Michela, abstraída, observaba sus manos moverse con soltura entre las páginas. Se deleitaba por momentos al recordar dónde habían estado esos dedos y lo que le habían hecho esa noche.

—«Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en alguien cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío; alguien por quien me olvido de esta existencia mezquina» —recitó él a Cernuda con esa voz que asemejaba un susurro torturante.

Y ella experimentó, justo entonces y en carne propia, todo eso que declamaba Cernuda entre las líneas de sus versos. Los escalofríos, el temblor, el ansia, el amor tan grande, eterno.

La giró entre sus brazos y le tomó el rostro con delicadeza repartiendo pequeños besos muy dulces, en sus mejillas, la nariz, la frente, sus cejas...

Los libros quedaron aprisionados entre sus cuerpos.

—Tú me haces olvidar todo lo oscuro y sucio que hay en el mundo. Cuando te tengo conmigo —le explicó con el mismo tono de voz calmado y susurrante—, comprendo lo que esos hombres querían decir. Todas y cada una de sus palabras. Antes me parecían trágicas, exageradas. Hermosas, sí, aunque poco realistas. ¿Quién podría querer vivir preso de los caprichos arbitrarios de otro? ¿Quién puede amar así hoy día? Ya no me planteo nada. Lo siento

aquí dentro, Michela. —Tomó la mano de ella y la presionó sobre su pecho, a la altura de su corazón—. Y es así. Lo contrario a la vida no es la muerte, es vivir sin ti. Todo lo que soy es tuyo. Soy tuyo, amor. Siempre seré tuyo, hasta el día que me muera. Quizás también después. Toda la eternidad.

Michela sufrió un repentino mareo. Un pinchazo en la nuca que la hizo parpadear y tambalearse y se le extendió por el cuello, hacia abajo, hasta anudarse en su pecho. La asfixiaba, le impedía respirar. Las piernas le fallaron.

—Michela...

Roberto, alarmado, la sostuvo por la nuca y por la cintura. La sacudió ligeramente.

—¿Michela? ¿Qué te ocurre? Háblame, ¿estás mareada? ¿Amor...?

Michela se quedó conmocionada cuando aquella otra voz, tan conocida, la más amada por ella, irrumpió en su mente tan clara y real como el imperio con que Roberto, nervioso y agitado, la reclamaba con insistencia.

«Soy tuyo. Siempre tuyo. Para toda la eternidad».

Se desvaneció y su mente volvió a olvidar esa otra voz que cada noche se filtraba entre las brumas de sus sueños para obligarla a recordar.

9

Los libros cayeron al suelo con gran estruendo al tiempo que Roberto alzaba el cuerpo desmadejado de Michela entre sus brazos. Sin perder un segundo, la cargó de vuelta al dormitorio llamando a gritos a Nora Dini y a Amalia. Había que pedir una maldita ambulancia. Michela, sin venir a cuento, se había quedado blanca como el papel y se había desplomado como un peso muerto entre sus brazos. El cambio drástico de su semblante, tan pálido y con los labios azulados, lo asustaba como nada. El pánico que experimentó entonces le anegó la mente, casi paralizándolo. La depositó con infinito cuidado sobre las sábanas, apartó las almohadas y la colocó en una posición cómoda. Reunió varios cojines y las almohadas desechadas y las colocó bajo sus pantorrillas, elevando sus piernas.

—Vamos... abre los ojos... Michela, no me hagas esto. Otra vez, no...

«¿Otra vez?», sacudió confundido la cabeza y se ordenó centrarse. Debía obrar con sensatez. Él sabía lo que tenía que hacer. Colocó los dedos bajo su nariz. Exhaló profundamente aliviado cuando el aire cálido de la respiración de ella acarició la piel fría de sus dedos. Examinó sus pupilas. Todo parecía correcto. Miró de reojo la puerta. Escuchaba los pasos de las mujeres que subían apuradas las escaleras.

—¿Qué ocurre, Roberto? Y todos esos gritos. ¡Santa María bendita! ¿Qué le ha ocurrido a esta criatura?

—No estoy para tonterías ahora, Nora. ¡Amalia! —ladró al ver asomarse a la mujer con precaución por el filo de la puerta.

—Dígame, señor.

—Llama una ambulancia. Le dices esto: «Mujer joven de

veintiocho años, desmayada sin razón aparente. Constantes vitales estables. No vuelve en sí. No ha consumido alcohol ni drogas». Amalia —esta vez se expresó en un tono conciliador—, date prisa, por favor.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

Nora se dirigió hasta la cama y tomó las manos de la joven.

—Está helada.

—Ya lo sé. Mírala tú, por favor. No consigo centrarme. Cayó desmadejada en mitad del pasillo. No sé qué ha podido pasarle. Y no puedo pensar...

Nora Dini observaba pasmada el rostro acongojado de Roberto. Era la primera vez en su vida que lo veía así: acobardado ante algo. Temeroso de tomar la iniciativa. Siempre había pensado que ese niño no conocía el significado de la palabra «peligro» o el concepto de «ser precavido». A veces le había dado por pensar que ese chico carecía del sentido común de proteger su propia integridad física. Se lanzaba, sin medir las consecuencias, donde sea que lo necesitaran. Osado, impulsivo, suicida... eran términos que le iban como anillo al dedo. En cambio... esta actitud medrosa y asustadiza con la que contemplaba a la mujer, la dejaba estupefacta. ¿Quién lo hubiera dicho?

Se centró en la joven. Si bien era cierto que estaba muy pálida, no creía que estuviera grave. Una bajada de tensión... ¿La habría dejado embarazada?

—Está bien, tranquilo *mio caro bambino*, es una joven sana y fuerte. ¿Me dejas intentar una cosa?

—Siempre que no le haga daño, lo que sea.

—No le hará daño —le prometió, y añadió cuando Pastriani le dirigió una mirada de ojos entrecerrados—: Voy al sótano, a la despensa, ahora vuelvo.

—Ya llamé a la ambulancia, vienen de camino. ¿Qué puedo hacer ahora, señora Dini?

Amalia observaba atentamente a Nora apoyada en el umbral de la puerta. La mujer trajinaba con un frasco que contenía un líquido transparente y una caja de algodones que había tomado del armario de primeros auxilios.

—¿Qué haces aquí perdiendo el tiempo, niña? Ve a la cocina y échale un ojo a la comida que dejé al fuego.

—Pero el señor...

Nora le dedicó un gesto exasperado con la mano que tenía libre.

—El señor está histérico. Pero hazme caso a mí, que para algo soy más vieja y he visto muchas cosas. Vamos, criatura. O se nos quemará el almuerzo.

Amalia asintió y salió de allí disculpándose.

Cuando Nora volvió a la habitación, encontró a Roberto arrodillado en un lateral de la cama, al lado de ella. Velándola con absoluta devoción. El hombre alzó la vista, mientras Nora caminaba en su dirección.

—Le hablo, pero no responde. Maldita ambulancia, se toma su jodido tiempo.

—Hazte a un lado, Roberto. —Nora se inclinó sobre el rostro de Michela. Centró su atención en la joven inconsciente—. A ver, cariño, si con esto reaccionas.

Roberto, que se había incorporado y esperaba de pie, le paró la mano en el aire y se quedó mirando extrañado el algodón.

—¿Qué carajo estás haciendo?

—Hijo, por Dios. Solo quiero que inhale un poquito para que vuelva en sí.

Roberto lo acercó a su nariz y olfateó. Arrugó el ceño.

—Esto le puede hacer daño.

—No exageres. Ni que se lo fuera a tragar.

Roberto revisó el rostro pálido de Michela. Sintió un nudo de aprensión en el estómago.

—Está bien, pero yo lo haré.

Roberto tomó el algodón empapado con la solución de amoniaco y lo situó bajo las fosas nasales de la joven.

Michela meneó la cabeza y arrugó la nariz. Acto seguido, apretó los labios y los párpados cerrados se movieron imperceptiblemente. Segundos después, abrió los ojos y miró extrañada en todas direcciones.

—De nada —expresó Nora Dini desde la espalda de Roberto.

Roberto se arrodilló y enterró la cara en el colchón.

—Joder, menos mal.

El alivio casi lo hizo murmurar una oración de agradecimiento.

—¿Roberto...?

Roberto elevó la cabeza y tomó las manos de ella, húmedas y tan frías, apretándoselas.

—Sí, cariño, aquí estoy.

—¿Qué hago aquí?

—Te desmayaste en el pasillo. Te desplomaste entre mis brazos. ¿Te sientes bien? ¿Estás mareada?

Michela hizo un intento por incorporarse. Roberto la detuvo

obligándola a recostarse.

—Espera un poco. Tranquila. Vamos poco a poco que acabas de recuperar el conocimiento.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Cuatro minutos.

«Agónicos. Infinitos».

—Me encuentro bien, no sé qué me pasó. Supongo que sufrí una lipotimia. De pronto, la cabeza comenzó a martillearme, sentí un pinchazo muy fuerte y...

Alzó la cabeza y le dedicó al hombre una mirada angustiada.

—Fue igual que la otra vez... —susurró ella en voz queda.

Roberto apretó la mandíbula y los puños, que encerraban sus manos, sobre la cama.

—¿Ya te habías desmayado antes? ¿Por qué demonios no me lo habías dicho? ¿No te ha visto un médico? Joder, Michela, eres enfermera. Sería lógico que fueras un poco más responsable con tu propia salud.

—Te quieres callar y dejarme hablar —se ofuscó ella exasperada.

Una risotada que provenía de un lateral de la cama le hizo volver la cabeza.

Nora se posicionó al lado de Roberto, que seguía arrodillado junto a la cama. Le dedicó una sonrisa amable a Michela.

—Jamás deja hablar a nadie. Sería un milagro si consiguieras que te escuchara.

—Nora, gracias por tu ayuda —expresó Roberto con voz cansina —. Lo aprecio, sinceramente, ya lo sabes. Ahora, si eres tan amable de dejarme a solas con mi mujer.

Michela lo contempló con la boca entreabierta y Nora ahogó un gemido.

—¿Tu mujer? —se asombró la señora Dini.

Roberto observó la expresión seria de Michela y la estudió unos instantes.

—¿Eres o no eres mi mujer?

¡Qué hombre imposible era Roberto Pastriani! Siempre retándola y presionándola. «Señor, ¡dame paciencia!». Michela le dedicó una sonrisa abierta y luminosa observándolo enternecida.

—Y tú mi hombre, —manifestó con ironía—. Por ahora, creo que sería mejor definirme como tu entrañable quebradero de cabeza.

Roberto le dedicó una mueca, después tomó su mano y depositó una ringlera de besos por el dorso, la muñeca y los nudillos.

—Sí, esa definición se ajusta mucho a la realidad —expresó sin dejar de besarla.

Nora Dini asistía anonada a la escena que se desarrollaba ante ella. No hubiera creído posible, de no verlo con sus propios ojos, la dulzura y el infinito cuidado que Roberto desplegaba en torno a esa joven. La idolatraba como si se tratara de una especie única en el mundo. La manera en que se preocupaba por cada ínfimo detalle la dejaba pasmada. No parecía posible en un hombre como él, rudo y cínico, que no se caracterizaba por mostrarse correcto o paciente.

Pastriani le había arreglado las sábanas y las mantas estirándolas con cuidado, la había arropado igual que hubiera hecho con una niña y luego se había dedicado a contemplarla y a acariciarla con un mimo y una delicadeza reverencial, como jamás le había visto hacer con nadie. Ni aun con Caterina Pastriani, su hermana pequeña, a la que había adorado toda su infancia, había mostrado ese comportamiento protector, embelesado y a un tiempo delicado. Tampoco con su tío Tullio, que era el único padre que había conocido. Sin embargo, con esa mujer la ternura le brotaba de forma natural. El amor entre ellos era una energía tangible. Una fuerza poderosa que los circundaba y parecía envolverlos, aislándolos del resto. Era imposible no sentirlo o conmoverse por ellos.

—Nora, por favor, ¿podrías dejarnos solos?

La mujer pareció salir del trance. Elevó la nariz y le dedicó un mohín.

—De mal agradecidos está el mundo lleno. Ya me lo decía mi madre, cría cuervos... De verdad, que no sé quién me manda a mí a meterme en estas cosas. ¿Y para qué? Para que luego a una la ninguneen y la desprecien...

—Entiendes ahora —le explicó a Michela en voz baja— cuando te digo que dan ganas de matarla...

La susodicha, repantingada igual que un marajá entre almohadas y cojines, se había cubierto la boca con la mano y contenía las carcajadas.

Roberto suspiró y se enderezó. Caminó hasta la mujer que no cesaba de rezongar y la tomó por los hombros con delicadeza.

—Nora, te quiero. Eres un pilar fundamental en mi vida. Me echo a temblar solo con imaginar cómo alguien podría alguna vez osar ningunearte. No quisiera estar en su pellejo. Ahora, por favor, ¿podrías dejarnos un momento a solas? Te prometo que luego te la llevaré abajo, comeremos juntos y, si ella acepta, podrás cocinarla a preguntas.

Nora arqueó una ceja y le dedicó una mirada fulminante.

—Jum.

—Nora...

—Me voy.

—Gracias, muy amable de tu parte. Por favor, discúlpate con la ambulancia. No creo que la necesitemos.

Nora cerró la puerta tras ella. Roberto se apoyó contra la madera y se echó a reír. Michela, que había logrado sentarse en mitad de la cama, también se carcajeaba.

—La conoces hace mucho, ¿no?

—No tengo recuerdos de mi vida sin esa dichosa mujer dándome el coñazo todo el tiempo. Reprendiéndome, riñéndome, persiguiéndome. No entiendo qué demonios se apoderó de mí para traerla a mi casa.

—No te hagas el duro conmigo. Es cierto lo que le dijiste. La quieres. Seguramente, también es cierto que es un pilar fundamental en tu vida.

—Tú eres el pilar fundamental en mi vida —retrucó él muy serio—. Quiero que me expliques eso de que ya te habías desmayado antes.

Michela se dedicó a acomodar las sábanas a su alrededor y carraspeó.

—No me dejaste terminar, desmayada, no. Nunca me había desmayado en mi vida hasta hoy. Pero sí que había sentido ese extraño pinchazo, aquí, en la cabeza —señaló con un dedo el punto exacto en la nuca—, como una extraña presión en la base del cráneo que me tira hacia abajo.

Roberto tragó saliva. Él también había experimentado algo similar el día que Lukas los había citado a los dos en la cafetería.

—¿Y cuándo fue?

—El día que tuvimos el encontronazo en el restaurante, ¿recuerdas? Por el cumpleaños de la jefa de Lukas, Bárbara Cottini. Por eso te llamé animal y otras lindezas —le explicó ella en tono de burla.

Roberto inclinó la cabeza a un lado y se rascó la barbilla.

—Cuéntamelo desde el principio porque no entiendo nada.

Michela bajó la vista, avergonzada.

—Tampoco es que yo entienda mucho... —rezongó entre dientes.

Roberto se sentó en la cama con una pierna debajo de su trasero, la tomó de las manos y le buscó la mirada.

—Eh, ¿qué ocurre?

—A ver... ¿por dónde empiezo?

Roberto se echó a reír.

—Estoy empezando a inquietarme...

—Verás, desde siempre, desde que era niña y tengo memoria, he sufrido horribles pesadillas.

Roberto se enderezó de golpe.

—¡Cómo!

Michela abrió mucho los ojos, impactada por su reacción y la brusquedad con que se había expresado.

—Bueno, no es como para alarmarse —habló ella con inseguridad—, solo son pesadillas. Sí, son terroríficas. Aunque no se trata de lo que sueño, puesto que, en realidad, no sé el qué o con quién sueño por las noches. Es por la manera en la que me despierto, la sensación es...

—De un vacío aterrador —terminó él por ella.

La joven se dedicó a contemplarlo con la boca entreabierta. Él la comprendía. Asintió con la cabeza.

—¡Sí! Eso es. Siento un dolor en el pecho tan fuerte, tan intenso. Es horrible...

Roberto, incapaz de permanecer sentado por más tiempo, se había incorporado. La estudiaba, a pocos pasos, en una postura de piernas separadas, con los brazos cruzados en el pecho.

—Sigue...

—Aquel día en el restaurante, mientras me tenías sujeta por el brazo y me decías que íbamos a sentarnos a hablar y no sé qué tonterías más, de la nada, mi mente recreó la imagen de un hombre empuñando una espada y clavándosela a alguien en el pecho. En realidad, era tu mano, a ver, no, no era tu mano, sin embargo, yo sabía que era tu mano. —Sacudió la cabeza—. Ya sé que no tiene sentido nada de lo que digo y parezco una loca desequilibrada.

—Sí, sí que lo tiene... es parecido a esos sueños en los que estás en la cocina de tu casa, aunque no es tu cocina, sino un campo de fútbol... ¿Fue así?

Michela arqueó una ceja e inclinó la cabeza. La risa le burbujeó en la garganta.

—Sí, supongo —conjeturó con una sonrisa—, solo que yo no dormía —lo miró al responderle— estaba bien despierta.

Roberto se llevó las manos a la cabeza alborotándose el cabello. Esa misma noche, la del restaurante, él había despertado en medio de la noche sudando en su cama, llorando y gritando después de una de sus pesadillas más terroríficas... Aún hoy, experimentaba escalofríos al recordar esa noche. Tan real había sido que había

podido sentir cómo la sangre se escurría entre sus dedos, debido a las heridas que le habían infligido en sus manos. Solo que no había habido ninguna herida.

—¡Michela!

Ella, con la cabeza gacha, jugueteaba nerviosa con las sábanas.

—Es absurdo y estoy para que me encierren, ya lo sé.

Roberto se aproximó, hincó la rodilla sobre la cama delante de ella y la abrazó con fuerza.

—No, no, no es absurdo. Dios Santo, Michela. No puede ser, ¿qué es esto?... Yo también sufro pesadillas. He vivido con ellas toda mi maldita vida. Siempre pensé que eran producto de mi infancia de mierda, de perder a mi madre, de las crueldades de mi padre. En fin, de tantas cosas. Y ahora tú me dices que has padecido lo mismo que yo.

Michela no salía de su asombro. O quizás en su fuero interno lo había esperado. ¿No era lo que le había dicho la propia Francesca? ¿Corroboraba esto todo lo que ella y Edward Savage le habían explicado tantas veces?

—Francesca dice...

Roberto se alejó y la contempló extrañado.

—¿Francesca? ¿Francesca Biliardi? —la interrogó él—. Ah, sí, claro, es tu amiga... Le has contado sobre tus pesadillas.

—En realidad, hasta aquel día del restaurante no había hablado con nadie acerca de mis extraños sueños, pero ese día todo me desbordó. Bueno, todo lo que estaba viviendo contigo me tenía atemorizada, destrozada y hecha un lío.

Roberto volvió a apretarla contra su pecho y besó con dulzura su frente.

—Oh, mi niña linda, y yo no te ayudaba lo más mínimo presionándote como lo hacía. Lo siento, no me gusta la idea de que hayas sufrido por mi culpa.

Michela alzó los brazos y tomó el rostro de Roberto entre las manos, acariciándole las cejas pobladas y los pómulos donde ya se apreciaba una incipiente barba.

—Tenerte así ahora, vivir esto tan maravilloso que compartimos, sentir lo que siento por ti, hace que todo lo anterior no me importe en absoluto. ¿Y qué importa lo que haya vivido? Lo pasaría igual. Mil veces más si es necesario. Cada día, cada hora y cada llanto.

Roberto, emocionado, le besó los labios con reverencia.

—Michela... te amo tanto. Cuéntame, ¿qué piensa Francesca Biliardi de todo esto?

—¿Tú crees en el karma, en la reencarnación y en esas cosas?

Roberto se encogió de hombros con aire indiferente.

—Digamos que no puedo negar la evidencia de lo que nos sucede. No es normal que los dos hayamos sufrido pesadillas toda nuestra vida, de las cuales no recordamos ni un maldito detalle. Los dolores de cabeza, los pinchazos en la nuca, no sé, pero no es algo usual.

—Tú dijiste que nuestra relación no era usual...

—Cierto, lo dije y esto lo confirma. Esa visión que tuviste sobre mí me deja pasmado, y también las cosas que yo mismo he experimentado contigo. Esa presión en el cráneo que describiste yo la sufrí el día que Lukas nos citó en el Lanificio. Tengo que confesarte que fue el momento más surrealista y esclarecedor del que tengo memoria en mi vida. Comprendí que tenía que estar contigo. Así que tengo mucho interés en escuchar lo que nos pueden decir, porque si la ciencia no puede explicar nada de todo eso, tal vez lo haga lo espiritual... —Se encogió de hombros—. Yo qué sé, Michela. ¿Quién nos dice que debamos negar la existencia de algo que no podemos demostrar?

—Francesca considera que son estudios muy serios, que es una especie de mapa de nuestra psique más profunda. Yo no sé, también hay muchos que tiran por tierra las creencias de la astrología por considerarla tonterías sin fundamento científico. Pero ella cree firmemente que tú y yo nos hemos reencarnado en Roberto y Michela después de habernos buscado a través de los tiempos. Océanos de tiempo, creo que fue la expresión que utilizó ella, pero no le hagas mucho caso, la frase se la copió a Bran Stoker, el autor de *Drácula*. —Roberto se carcajeó—. Ella afirma que somos almas gemelas y los sueños, las pesadillas, mejor dicho —acotó humedeciéndose los labios—, son la expresión de ese anhelo por encontrarnos en la vida presente. Uno de sus amigos, Edward Savage, es un tipo muy peculiar y me explicó que hay un eminente psiquiatra norteamericano, no recuerdo el nombre que me dijo, que se dedica a realizar regresiones a sus pacientes para demostrar que existe la reencarnación. Según él, nuestra alma es inmortal. Nuestro cuerpo perece, sin embargo, el alma se mantiene latente hasta que encuentra otro cuerpo en el que tomar vida, porque somos energía que se regenera cada vez, lo cual nos lleva a reunirnos con aquellos que nos atraen para aprender en esta nueva vida lo que hemos dejado pendiente en la anterior. Creo que lo estoy explicando fatal. Lo estoy embrollando todo, ya sé que no tiene mucho sentido. Es muy difícil explicar algo que no entiendo en su totalidad y que me cuesta creer.

—Te has explicado muy bien y suena interesante. Aunque, si te soy sincero —y aunque fuera cierto que eres mi alma gemela—, me da igual. Estamos juntos y no te voy a dejar escapar.

—Según lo que dice Francesca y también Edward Savage, la cuestión es que hay que reparar las cosas que hemos dejado pendientes en otras vidas, nuestros karmas o no sé qué, porque si no seguimos atados a ellos.

—¿Como si el destino nos hubiera dado una segunda oportunidad?

—No lo había visto así, pero supongo que sí. —Michela se encogió de hombros—. A mí la verdad es que también me da igual. Cuando duermo contigo no tengo pesadillas y soy inmensamente feliz. Es lo único que me importa.

Pastriani le dedicó una sonrisa lobuna, le atrapó las muñecas, llevó sus manos a la espalda hasta apresarlas y se pegó a su pecho.

—Tendrás que dormir conmigo todas las noches de tu vida, cariño. Ya sabes —la tentó con una voz lisonjera—, para que no sufras esas horribles pesadillas de sangre y asesinatos sin fin.

Michela esbozó una sonrisa ladeada y alzó una ceja.

—Entonces... ¿te dejo un hueco en mi armario para tus cosas?

Roberto dejó caer la cabeza hacia atrás y explotó en una carcajada.

—Siempre encuentras algo, ¿no? Sí, de acuerdo, tú dejarás cosas tuyas aquí y yo dejaré cosas mías en tu casa. Jesús, qué mujer más exasperante eres, Michela Hauffman.

—Gracias, mi querido hombre neandertal.

Michela, que ya se sentía molesta por el tirón de sus brazos, se removió para acomodar la postura.

—Me costaría más renunciar a tenerte por las noches —le dijo él arrastrando la voz—.

Deja de menearte. Estás restregando tus caderas contra mi polla.

—Lo dices como si fuera culpa mía, cuando me tienes aprisionada. A mí también me costaría renunciar a ti, ya sea de noche o de día...

—Es culpa tuya.

Roberto le buscó los labios y se fundieron en un beso ansioso. Como Michela aún tenía las manos apresadas a la espalda, sujetas a la altura de las muñecas por la mano de él, no podía abrazarlo. Él aprovechó la coyuntura para deslizar una mano por el escote de la bata, hasta dar con un pecho desnudo. Michela ronroneó cuando él le apretó el pezón y lo hizo rodar entre sus dedos.

En ese momento tocaron en la puerta. Roberto, molesto, lanzó

un vistazo rabioso en su dirección.

—Nora, ahora bajamos. ¡Lárgate!

—Tullio está al teléfono. Dice que necesita hablar contigo. ¡Y no me grites! Mocoso insolente.

Roberto pareció sacudirse de encima la nube de lujuria que siempre se apoderaba de él cuando tenía a Michela cerca. Se quedó mirando la puerta varios segundos, dudando.

—Ya vengo.

Con un gruñido se apartó del cuerpo cálido y acogedor de Michela y se dirigió a la entrada. Abrió la puerta y la dejó entornada. Su cuerpo bloqueaba a la mujer y su afán por husmear lo que no le interesaba.

—Tú ganas. Dame el teléfono. —Alargó la mano.

Nora le entregó el aparato, le dedicó una sonrisilla traviesa y se fue canturreando por el pasillo.

—Tullio, ¡qué alegría saber de ti! ¿Cómo va todo por Falcon Crest?

Roberto cerró de un puntapié y tomó asiento en uno de los butacones situado a un lado de la cama. Se echó hacia atrás, relajado y estiró las piernas. Michela, que lo observaba desde la cama, sonreía contenta por la expresión aniñada y alegre que se había dibujado en el rostro del hombre cuando había saludado a su tío. También se recreaba con su figura atlética y felina. Solo llevaba puesto un pantalón gris de deporte y ella admiraba la manera que ceñía sus piernas. Todavía no lograba encajar que ese hombre magnífico fuera suyo y la quisiera.

—Sí, claro. Cuéntame algo que no sepa. —La sonrisa murió en la boca de Roberto y sus ojos se cerraron. Se llevó una mano a la cara y se restregó la frente. Siempre hacía eso cuando algo lo sacaba de quicio—. En realidad, se veía venir. Lo siento por ti, por tener que estar allí. ¡Qué! —Los ojos de Roberto se abrieron de sopetón. Sus miradas se encontraron en la distancia, pero al momento enfocó su atención en otra cosa, como si en realidad no la hubiera visto. Se levantó y se echó a andar de un lado a otro—. ¿Se volvió loco? ¿Y eso que tiene que ver conmigo? No puedes estar hablando en serio. ¿Ahora? Sin querer faltarte el respeto, tío, que les den por culo. No le debo nada. Por mí, como si Isabella se lanza desde el campanario de la iglesia y los demás se matan entre ellos. Joder, ¿qué cojones quieres que te diga? No te molestes en chantajearme con Catia. Es una mujer hecha y derecha, está casada y tiene dos hijos. No me infles los huevos.

Michela salió de la cama, quería darle algo de intimidad para

mantener esa conversación y sobre todo necesitaba ir al baño. Se echó a andar de puntillas. Se sobresaltó cuando Roberto la tomó por el codo.

—Espera un segundo —dijo a su interlocutor. Se colocó el teléfono inalámbrico sobre el pecho desnudo y la interrogó con la mirada—. ¿Te vas?

—Solo al baño —susurró ella.

Roberto asintió y se relajó.

—Tenemos un asunto pendiente tú y yo —pronunció en un tono serio antes de volver a la llamada. Michela meneó la cabeza. Se metió en el cuarto de baño y dejó al hombre discutiendo con el tío Tullio.

Cuando volvió a abrir la puerta, minutos después, se topó con la mirada concentrada de Roberto, que la observaba con los brazos cruzados, apoyado en un lateral de la cama. La postura hacía que sus bíceps tan definidos sobresalieran abultados destacando sus músculos nudosos, Michela no pudo evitar desearlo de forma desesperada. Tuvo que contenerse para no echársele encima.

—¿Algún problema con tu familia? —lo interrogó ella impostando un tono de voz casual. La expresión de Roberto era ininteligible. Un aire severo oscurecía sus facciones, pero no podía descifrar si se encontraba molesto, dolido o absolutamente cabreado.

—Mi padre se está muriendo. Cáncer de próstata. No pueden hacer nada por él, tiene metástasis. Es cuestión de días u horas. Los médicos no pueden establecer una fecha exacta. Qué fastidio, ¿no?

Michela tragó saliva.

—Lo siento. Comprendo.

—No, no comprendes nada —espetó molesto—. Tullio quiere que vaya. Don Gennaro pregunta por mí. Al parecer, al cabrón se le han debido aflojar los dos tornillos que le bailaban en la cabeza, porque está empeñado en verme. Solo pregunta por mí. De manera insistente.

—¿Don Gennaro?

—Gennaro Pastriani. Mi padre.

—Dicen que, cuando la gente ve la muerte de cerca, se arrepiente de los errores de su vida, quizás necesite pedirte perdón. ¿Vas a ir?

—La verdad es que me importa una mierda lo que él pueda necesitar hacer. ¿Quieres venir conmigo?

Michela abrió mucho los ojos.

—¿A Falcon Crest?

Roberto sofocó una risotada.

—Independientemente de las víboras que deambulan por esa casona, es uno de los lugares más hermosos que verás en tu vida. Me gustaría enseñártelo. Si te apetece.

—Tendría que pedirle vacaciones a mi jefa. En realidad, me deben unos cuantos días... En ese momento, Michela cayó en la cuenta de algo y dejó a un lado a su jefa, el *planning* de vacaciones y las horas extras que había echado en el último mes.

—Espera, en esa casa vive...

—¿La madrastra perversa del cuento? —terminó por ella y esbozó una sonrisa ladeada—. Sí. Ahí sigue, torturando a cuantas pobres almas se encuentran cerca de su radio de acción.

—No respondo de mis actos si tengo que hablar con ella. Para mí es una criminal.

—Mandaré sacar todos los cuchillos y demás objetos cortantes de la casa. Por primera vez, casi compadezco a esa arpía.

—No te burles. Es algo horrible. ¿Cómo puedes hablar de este tema con tanta ligereza? No lo entiendo.

—No me afecta, cariño, y no quiero que te afecte a ti. No le des más vueltas. No le des a ella ese poder. Porque le gustará saber que te duele. Lo usará para lastimarte. Y, si ella te hace daño, me veré obligado a matarla. Lentamente.

Michela, molesta, se cruzó de brazos.

—Sí, claro, del mismo modo que tú ignoras lo que pasó con Lukas, ¿no?

Roberto resopló.

—No es lo mismo.

—¡Esto es peor! Mil veces peor —se cabreó ella y avanzó hasta detenerse delante de él, con los brazos en jarras—. Esa mujer abusó de un niño de trece años. Los abusos fueron diarios. Destrozó tu inocencia, te arrebató tu virginidad. Cada vez que lo pienso, me enervo. Siento deseos de matarla.

—De acuerdo, te lo concedo, es mucho peor. —Roberto la tomó de los hombros—. Michela, mírame. Te hablo desde la experiencia. No le des a ella ese poder. No le permitas vislumbrar en ti ninguna debilidad. No juegues un juego que ella domina como nadie. Te lleva décadas de ventaja. Ignórala. Es lo mejor que puedes hacerle.

Michela elevó los ojos y lo miró rabiosa y dolida.

—No soporto que te hayan hecho tanto daño y que nadie te haya defendido. Encima, me abruma saber que te echaron de tu casa porque creían que fuiste tú el que intentó sobrepasarse. Es atroz y asqueroso.

—Si te consuela, yo no viví los abusos de manera tan trágica. Lo disfruté mucho. Me sentía muy hombre, muy macho. Ya te expliqué que largarme de esa casa fue una liberación.

Michela se revolvió entre sus brazos.

—Eso que has dicho es una estupidez y lo sabes. Ah, eres imposible.

—Y tú, adorable. Me pone mucho esa faceta tuya: furiosa y justiciera por lo que me han hecho. Ven aquí.

La arrastró con él hasta la cama donde compartieron una cópula rabiosa, un poco violenta y bastante desestabilizadora. Michela conectó con la desesperación que le trasmitían las manos de Roberto y la furia con que su boca se abatió sobre la suya. Tomó todo el dolor que a él le horadaba el alma, toda la rabia y la profunda e íntima frustración que lo dominaba, y le devolvió el amor infinito que sentía por él. Sin condiciones. Complaciéndolo en todo. Besándolo con reverencia. Acariciándolo con delicadeza. Pero él no estaba dispuesto a aceptar su compasión. Cuanto más suave se mostraba ella, más brusco y despótico se volvía él. No se quejó en el instante en el que él le mordió los pezones y le causó dolor, porque la excitaba ese padecimiento, la enervaba. Tampoco le dijo nada cuando la hizo levantar de la cama y, en silencio, sin intercambiar una sola palabra, la apoyó contra la *chaise longue*, le untó la entrada del ano con la vaselina que habían usado la noche anterior, la hizo inclinarse y primero la penetró con los dedos, estirándola y preparándola para luego y, sin previo aviso, embestirla. Ella vivió ese momento, entre el éxtasis más absoluto y la desesperación de vencer sus propios complejos. No lograba asimilar ni le hallaba lógica alguna a tantas sensaciones, increíblemente placenteras por lo dolorosas. La polla follándole el culo, los gruñidos tormentosos de él cada vez que la penetraba, los dedos anclados en su clítoris masturbándola a conciencia. Sabía que el orgasmo sería demoledor. No imaginó cuánto hasta que perdió el contacto con la realidad que la rodeaba. Para su eterna consternación, Roberto, una vez que eyaculó en el interior de su ano y empecinado en ese mutismo, se arrodilló detrás de ella y se dedicó a lamerla y masturbarla una y otra vez, sometiéndola a cuantos dislates se le ocurrían. Ella lo secundó y animó en todas y cada una de las cosas que le hacía.

Le dejó volcar sobre su cuerpo todo aquello que él no se veía capacitado para explicarle: la confusión de un niño que no entendía por qué su padre nunca lo había amado, la violación que habían ejercido sobre su cuerpo impúber, la desidia a la cual se había visto sometido por parte de aquellos que deberían haberlo protegido de

todo mal. Dejó que la tomara de todas las formas que a él se le antojara, en extrañas posturas, manos desmadradas y capciosas demandas. Cuando horas después cayeron desfallecidos uno al lado del otro sobre el suelo de madera, cerca de la chimenea de piedra, la sorprendió el rugido torturante que brotó de la garganta de él y la fuerza con la que sus brazos se cerraron en torno a su cuerpo. Roberto enterró la cara en su pecho, se ovilló alrededor de ella y rompió en un llanto desgarrador. Michela aguantó las ganas de echarse a llorar con él, porque intuía más que comprendía lo que le sucedía. Lo abrazó, apretándolo con todas sus fuerzas, y lo mecía bisbiseando palabras de consuelo en su oído.

—¿Por qué me has dejado hacerte todo esto? —le preguntó él con un hilo de voz cuando el llanto cesó y sus cuerpos entibiados se fueron relajando. Permanecían medio tumbados en una extraña postura entrelazada. La cabeza de Roberto sobre su estómago y las manos de ella rodeándolo. Michela le peinaba el cabello con mimo.

—Lo necesitabas...

—¿Tratarte como una pu...?

Ella le cubrió la boca con las yemas de sus dedos y negó con la cabeza.

—Sh, no se te ocurra decir eso. No degrades esto tan hermoso que acabamos de compartir. Necesitabas dominarme. Te he dejado hacerlo y lo he disfrutado mucho.

—Gracias por comprender mi alma oscura mejor que yo mismo. Gracias por no salir huyendo de aquí, aterrorizada. Juré que no iba a lastimarte y mira lo que...

—No me has lastimado —interrumpió ella—. No me conviertas en una víctima porque no lo soy ni me he sentido así. He participado y lo he disfrutado. Muchísimo. Y volvería a hacerlo. Todo.

Roberto se carcajeó.

—Eres una viciosa pervertida.

—Tu viciosa pervertida, sí.

Roberto se movió de forma veloz. Ella no tuvo tiempo de reaccionar cuando se le echó encima, haciendo crujir los tablones de madera bajo el peso de ambos. Se había colocado sobre ella y la había besado con fiereza en los labios.

—Sí, mía, solo mía —rezó con devoción.

—Lo soy y tú eres mío, solo mío.

El hombre asintió conmovido.

—No comprendía que se podía sentir así con el sexo, con tu propio cuerpo —expresó ella buscando poner en palabras aquello tan inexplicable que había sentido—. Aún no consigo reponerme de todo lo que hemos hecho. Y lo he disfrutado, sí, pero también me avergüenza. Ese orgasmo cuando me penetraste por el... fue... no hay palabras que puedan definirlo. Apoteósico. Catártico. Ha sido la experiencia más devastadora y cruda que he vivido jamás.

—Para mí también ha sido sublime y hermoso. Contigo todo va a más... sube y sube y me hace perder la cabeza. Soñaba con estar así. Es extraño de explicar, es como si al hacer todas esas cosas juntos me confirmaras que eres mía. Es enfermizo, ya lo sé. Me hace sentir todopoderoso, también humilde y agradecido por tenerte, porque no quiero hacer esto con nadie más. No quiero que nadie más me toque nunca, solo tú.

—Supongo que tiene relación con lo que viviste siendo tan niño. No estoy diciendo que tengas una visión del sexo errónea o que esté mal. Pero sí que, quizás, a través del sexo exploras un lado oscuro de tu personalidad que se desarrolló por los abusos.

Roberto se carcajeó.

—¿Ahora también me vas a psicoanalizar?

—Bueno, soy enfermera. Además de administrar fármacos a los pacientes, también suelo hacer de psicóloga, psiquiatra, madre, hermana y asesora sexual de mis pacientes. No siempre con buenos resultados.

—Contigo no me cuesta abrirme, explicarte lo que siento, los detalles íntimos sobre mi vida, sobre lo que pienso, las cosas que siento... Joder, incluso he llorado. Hacía tantos años que no lloraba, desde que era niño. Ni recuerdo la última vez.

—A mí me pasa igual. Es liberador estar contigo. Soy yo misma más que nunca, si eso tiene algún sentido. Sin filtros ni dobleces, sin procurar ser correcta o decir aquello que debo o que se espera que diga o piense. Es como si te conociera por dentro. A ti, al Roberto detrás del rostro perfecto y esas maneras impecables y fuera capaz de acceder a tu verdadero ser, al centro mismo de tu alma. Creo que comprendo exactamente quién eres, de dónde vienes y por qué actúas como lo haces. Tuve esa sensación la primera vez que te vi.

—Dijiste que me tenías pavor.

—Eso después. Lo primero que pensé aquella lejana noche de mayo fue: «Nadie lo ve como lo veo yo, nadie lo puede conocer como lo hago yo».

—Y es cierto, a nadie le he confesado mis intimidades antes que a ti. Con nadie me abro de esta manera, sincera, sin tapujos ni

complejos. Por nadie sentiré jamás lo que siento por ti.

Michela ahogó un gemido. La erección pesada y rígida de él hacía su intento por internarse entre sus piernas.

—Roberto...

—Me he puesto duro escuchándote decir que el orgasmo fue apoteósico y catártico —le explicó con aire contrito—. Esta vez lo haremos suave, muy lento.

Michela abrió las piernas y ronroneó.

—Oh, Dios mío, me vas a matar.

—Sí, a base de polvos.

—Vamos a ducharnos y luego a comer algo. No quiero que te me vuelvas a desmayar —le dijo Roberto, que se había incorporado, pleno de energías y optimismo, y le tendía una mano para ayudarla a levantarse. Michela contempló la mano con recelo. Dudaba de que fuera capaz de volver a caminar en lo que le quedaba de vida. Roberto carraspeó ante el gesto dubitativo de ella.

—Mejor voy a ver qué está preparando Nora. Así te dejo unos momentos de intimidad.

Michela agarró la bata y se cubrió el cuerpo. Tenías las piernas como mantequilla derretida. Era mejor no centrarse en el escozor de su vagina y la tirantez en el trasero.

—Todo un detalle. ¡Dios!

Roberto se acercó, se acuclilló a su lado y le acarició con dulzura la mejilla, demorándose en el pico tan pronunciado que formaba su labio superior.

—¿Estás muy dolorida? —musitó en voz baja arrepentido.

—Creo que voy a estar dos horas en tu bañera acabando con todos tus aceites, sales y cuanto jabón carísimo encuentre. Te dejaré sin agua caliente.

Roberto se echó a reír y le besó la punta de la nariz.

—El tiempo que necesites, ¿quieres que te dé un masaje? Se me da muy bien.

Michela abrió mucho los ojos, se alejó de él y negó con la cabeza, asustada.

—Ni muerta. Ya sabemos dónde terminaríamos... Ahora necesito un poco de calma y relax. Reposo.

Roberto se rascó la nuca, avergonzado. Se puso en pie.

—Sí, he sido muy brusco. Lo siento. De acuerdo, entonces. Cuando termines, ve directa a la cocina. Yo me ducharé arriba en el ático.

Michela también se levantó, se acercó hasta él y se puso en puntas en pie. Le olisqueó el cuello, donde aún se podía apreciar unas notas de su delicioso perfume y le besó en el centro de la barbilla. Una barba incipiente le hizo cosquillas en los labios.

—¿Qué perfume usas? Me vuelve loca.

—*French Lover*, de Frederick Malle. Está encima de la repisa del baño. También puedes acabar con él si te apetece.

—Quizás lo haga. —Lo olisqueó un poquito más—. Te amo.

—Yo más.

—Yo mejor.

—¿Siempre tienes que tener la última palabra?

—Siempre.

—Idiota.

10

Desde que habían salido de la casa de la vía Orazio y tomado rumbo a la *Azienda agricola* que la familia Pastriani poseía en el Véneto, cerca de la mismísima Verona, Roberto no había abierto la boca. Se había limitado a colocar los bolsos en el maletero de su reluciente Maserati blanco y se había despedido de Nora con un gesto de cabeza antes de subir al coche y arrancar como alma que lleva el diablo. Había estado fuera parte de la mañana por temas de trabajo. No le había explicado nada de lo que había hecho o por qué se encontraba de ese humor de perros. Momentos antes, cuando ambos tomaron asiento en el lujoso Sedán, se había limitado a explicarle de manera sucinta que, si notaba calor en los asientos, era porque había encendido la calefacción interna. Después de eso, ni mu. A todo contestaba con monosílabos y subía el volumen de la música. Una música, por cierto, que a ella le estaba destrozando los nervios. Slipknot no era un grupo que ella hubiera elegido en la vida. Con las cinco horas de carretera que les esperaban por delante, se le antojaba una tortura infernal. La voz del cantante principal era satánica, gritona y odiosa.

—Roberto, Roberto... ¡Roberto!

—No hace falta que grites, ya te escuché el primer «Roberto» —replicó el aludido en un tono monocorde que la puso de mal humor.

—¿No tienes otra cosa? —Señaló con la cabeza el panel donde aparecía en letras enormes el nombre de la banda y la canción que sonaba en ese momento.

—Sí, pon lo que quieras. Aquí están las canciones que tengo. —Manejó el tablero táctil multifunción que parecía un miniordenador y seleccionó la carpeta con toda la música—. Elige lo que más te

guste. No estoy prestándole atención.

—Esto no es música, son chillidos con el aporreo de una guitarra electrónica como fondo.

—Lo que sea...

Michela lo estudió de reojo de forma disimulada mientras se dedicaba a rebuscar entre toda esa amalgama de autores variopintos, que desconocía, algo que le sonara remotamente familiar. Aunque, para ser sincera consigo misma, no prestaba verdadera atención a las canciones que iba pasando. La entristecía la distancia que había impuesto Roberto entre ellos. Deseaba arrancarse el cinturón de seguridad para lanzarse a cubrir a Roberto con sus propios brazos, acunarlo y prometerle que no dejaría que nadie volviera a lastimarlo. La estaba destrozando verlo tan abstraído peleando en silencio con sus propios fantasmas. La rabia que manaba de él era una energía tangible, casi palmaria. La tensión con la que sus manos aferraban el volante y su mirada hermética e inalcanzable gritaban dentro de la cabina de ese vehículo. Sus ojos lucían más negros que verdes. Ella deseaba devolverlo a la luz, extirparle de cuajo esa pesadumbre hasta llegar a él. Hacerle saber que estaba con él de forma incondicional y que juntos podrían enfrentar el reencuentro —tras casi veinte años— con el padre moribundo. También con esa asquerosa pederasta. Apretó la mandíbula. La propia Michela prefería no analizar demasiado el encuentro que tendría lugar con su madrastra porque se le despertaban los instintos asesinos.

Parpadeó y se quedó consternada contemplando la pantalla *touch-no sé qué* del vehículo de Roberto. Ahí estaba: *A thousand years*, de Sting. Giró el cuello y observó el perfil adusto de Roberto con el corazón encogido dentro de su pecho. Él, centrado en la conducción y abstraído en sus propios pensamientos, no se había percatado de la reacción de ella. Michela no dudó un segundo en seleccionarla. El dedo le tembló cuando presionó la pantalla. Cerró los ojos y se dejó caer sobre su asiento. Se le formó un nudo en la garganta cuando la voz rasgada y sensual de Sting inundó cada rincón del pequeño habitáculo. Las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas. Cada estrofa de esa canción guardaba un secreto que permanecía inveterado en su interior, tejido a la historia que compartía con el hombre magnífico que estaba sentado a su lado. ¿Podría ser cierto? ¿Serían almas gemelas, como se empeñaba en afirmar Francesca? ¿De qué manera, si no, podía entenderse ese amor tan inconmensurable que experimentaba por él, por un hombre al que conocía desde hacía tan poco tiempo, en realidad?

Su madre le hubiera contestado que ahí residía el misterio del amor. No había ninguna explicación lógica, ninguna fórmula racional que aclarara el porqué esa persona sí y el resto no. El amor se limitaba a suceder, a trastornarte la vida y todo aquello en lo que creías para posicionarte frente a una nueva realidad. O puede que sí, que hubiera una explicación lógica, después de todo, puesto que Roberto habría resultado ser parte de un supuesto destino inconcluso. Ella todavía se resistía a darle pábulo a las historias de reencarnaciones y energías misteriosas, pero empezaba a abrigar serias dudas...

—Eh, ¿qué te ocurre? Cariño, ¿estás bien? —se preocupó Roberto que había alargado el brazo y la tomaba de la barbilla para que lo mirara a los ojos.

Michela se refregó las lágrimas con las manos y rio nerviosa. Se sentía avergonzaba con su reacción infantil.

—¿Te has acordado de la fiesta en casa de la universitaria? ¿Por eso te pusiste triste?

—Triste, no —matizó ella—. Eso jamás. Me trae los mejores recuerdos. Si te soy sincera, no sé qué demonios me ocurre con esta canción. Es demasiado para mí. Me destroza, me emociona, y por eso lloro.

—Te entiendo. Yo también lo sentí allí contigo. En un instante fue como si el mundo se apagara. No había más. Solo te veía a ti...

En ese momento se miraron a los ojos y sonrieron con timidez. Michela aún con lágrimas en los ojos. Se estrecharon las manos y así, como por arte de magia o del amor tan inmenso que compartían, todo volvió a cobrar sentido.

—Si estamos juntos le podemos hacer frente a lo que sea —murmuró ella apretándole la mano.

Roberto, visiblemente emocionado, parpadeó varias veces y le dedicó un rápido asentimiento de cabeza. Volvió la vista a la carretera y apretó los labios.

—Lo sé —expresó él con voz ronca—. Gracias. Te amo.

—Yo más.

—Yo mejor...

Michela meneó la cabeza.

—Eres imposible.

Bárbara Cottini observaba divertida los intentos de su hermana mayor por permanecer indiferente delante de la doméstica, después de que esta acabara de anunciarles que, su hijastro, Roberto

Pastriani, y su prometida habían llegado a la *Azienda*. Lorettana las había irrumpido mientras tomaban un martini, apoltronadas en los sofás de ratán, bajo el amparo que proporcionaba el techo de vigas, en el soportal trasero de la casa. Habían permanecido en silencio contemplando el bosque que se extendía frente a ellas, aspirando los diferentes aromas cítricos de los árboles frutales de la finca y disfrutando de la suave brisa que corría a esa hora de la tarde. La impresión que sufrieron ambas tras el anuncio de la criada había hecho brincar a Isabella, que se había puesto en pie. Bárbara, con la copa de martini en la mano y una sonrisa autosuficiente plastificada en la boca, se limitaba a observar los cambios en la expresión siempre desapegada y distante de la mayor de las Cottini.

—Bien, que pasen. ¿Qué es lo que espera? ¿Que salgamos todos a recibirlos?

—No, *signora*, solo le informo. Dejaron sus maletas en la antigua habitación del joven señor. Luego, el señor partió con la señorita.

—Entonces, ¿vienen o no? Explícate, Loretanna, porque no te entiendo.

—Llegaron, doña Isabella, pero no vienen. Salieron. No sé dónde están ahora.

—Eres absolutamente exasperante. Sal de mi vista. No, mejor ve a comprobar cómo se encuentra don Gennaro, por si necesita algo.

—Así que vuelve Roberto... ¿lo sabe el viejo? —comentó Bárbara a sus espaldas cuando la vieja ama de llaves abandonó el patio.

—Fue él quien lo mandó llamar.

—Y tú te mueres por volver a verlo.

—Sabes que detesto a ese mocoso.

—Isa, cielo, que estás hablando conmigo y conozco tu sucio secretillo.

Isabella Cottini, *signora* Pastriani, se dio la vuelta para quedar frente a su hermana, apartó a un lado su melena negra, que esa mañana había decidido peinar en ondas fluidas para que cayeran sobre su espalda, y se cruzó de brazos, fijando su atención en el brillo dorado de los anillos que adornaban sus dedos.

—Te confieso que me ha despertado la curiosidad. Apuntaba maneras cuando era un crío. Bárbara ocultó una trémula sonrisa tras su martini y tomó un sorbo.

—La curiosidad no será lo único que te despierte. —Bárbara cruzó las piernas y, haciendo alarde de ese sarcasmo displicente que le había dado fama en los despachos de Milán, añadió con voz incisiva—: ¿Te das cuenta, cariño, que en todo este drama te has convertido en la madrastra vieja y malvada? ¿Cuánto hace que no

lo ves? ¿Veinte años? Viene con prometida... se avecina tormenta, hermanita. No me pienso mover de aquí.

—No seas vulgar, no lo soporto, y no digas boberías. Voy a descansar un rato. Luego me refrescaré. Recuerda que la cena se sirve a las ocho en punto.

Isabella, con la mente aturullada, abandonó el patio. Atravesó el amplio portón de madera e irrumpió en el salón. Casi había atropellado a una de las chicas encargadas de la limpieza en su afán por alcanzar el pasillo. Espantó a la muchacha y enfiló por el amplio corredor pisando con aplomo sus tacones sobre el suelo de piedra, en dirección a las escaleras que comunicaban con el ala este de la casona. Llegó hasta la segunda planta y tomó a la derecha por un pasillo. Miró hacia atrás para comprobar que nadie la seguía y avanzó, esta vez, con premeditada lentitud y el aliento contenido. Se detuvo delante de una puerta entornada. Saboreaba el momento. También lo temía. Nada más poner la mano en el pomo de bronce se sintió desfallecer. Cerró los ojos y tomó aire antes de abrir. Hacía veinte años que no se atrevía a pisar ese dormitorio. Tantos recuerdos agridulces, tanto dolor...

Había ordenado a la servidumbre que no tocaran nada. Todo seguía igual al día de su partida. «Roberto». Se llevó una mano a la boca, donde ahogó un sollozo. Apoyó la frente sobre la puerta, elevó el brazo y acarició la superficie rugosa de la madera barnizada, con devoción. Su niño. Su tormento. Su amor maldito. Había vuelto a casa. Por fin.

—¿Y tú también colaborabas para recolectar la viña?

—Recolectar la vid. Sí, lo hacía. Todos en la casa —la corrigió Roberto con los brazos cruzados en torno a su pecho y un pie apoyado en el muro que franqueaba la finca. Se dedicaba a contemplar el paisaje que los rodeaba. Michela también admiraba el bucólico entorno.

A sus pies, la torre centenaria de la parroquia di Calmasino parecía saludarlos con el monótono tañido de sus campanas y se alzaba con modestia en medio del encantador pueblecito que rodeaba la Azienda Pastriani Fratelli. «Bardolino» le había dicho Roberto que se llamaba. A lo lejos, el marco bajo el cual el paisaje adquiría el embrujo onírico de un cuento de hadas: la majestuosidad del lago di Garda, de un color azul celeste profundo,

enmarcado por las siluetas filosas de las montañas nevadas de los Alpes.

Era una estampa idílica que la hacía suspirar.

—Eso es, la vid. Perdona mi ignorancia en la materia; tanto que me gusta el vino y no sé nada. Dios Santo, Roberto. Estoy desbordada por todo.

Roberto ahogó una risotada, pero no se movió de su sitio, tampoco se molestó en darle conversación. Tenía la vista fija en un punto a lo lejos. Michela comprendía su necesidad de aislamiento. Ella misma se encontraba inquieta y exaltada, pero a diferencia de Roberto, que se empecinaba en su mutismo, ella necesitaba hablar de cualquier tontería.

A los nervios de la llegada había que sumar la impresión que le produjo la *Azienda* y el personal de la casa. Las mujeres, atareadas con la cena, guardaron silencio y se quedaron congeladas en sus posiciones al ver trasponer el corpachón de Roberto por las puertas entornadas de la cocina. Compartieron una mirada de franca incredulidad, hasta que, segundos después, una de ellas había dejado escapar un gritito de pura alegría y las demás mujeres, uniéndose al coro de chillidos, se habían llevado las manos a la cabeza y se abalanzaron a su encuentro. Se habían dedicado a hablar todas al mismo tiempo, llorando, acariciándolo, acunándolo e inspeccionándolo con tanto cariño y deferencia, que a Michela, que se había mantenido en un discreto segundo plano, se le había escapado un sollozo para luego romper a llorar como una niña absurdamente emocionada. Roberto había permanecido impasible bajo toda esa desbordante atención femenina y después se tomó su tiempo para tranquilizarlas y pedirles un poco de calma. Les presentó a Michela como su prometida y se había disculpado con ella porque le urgía hablar a solas con su tío Tullio al que conocería más adelante. Roberto les había pedido a las mujeres que no anunciaran aún su presencia y le había encargado a Loretanna, el ama de llaves, que la cuidara en su ausencia.

La encantadora Lorettana, algo más repuesta del encuentro con *el niño de sus ojos,* se había recolocado el moño y con una franca sonrisa, le había hecho señales para que la acompañara. Se había enganchado a su brazo al poner el pie fuera de las cocinas y no había parado de hablar. Las mujeres se dedicaron a pasear por los alrededores de la finca. Lorettana disfrutaba explicándole los pormenores de la vida en la *Azienda*. Michela descubrió que en ese pequeño mundo agrícola la vida giraba en torno a los vinos. Su cultivo, producción, elaboración, la vendimia. El ama de llaves le

mostró entusiasmada los kilómetros de viñas que se extendían más allá de lo que alcanzaba a cubrir la vista, aunque se lamentaba porque en esa época no mostraban toda su belleza y esplendor, pues la vendimia había finalizado unos días atrás. Ese año, y debido a las lluvias, habían tenido que retrasarla un poco.

—Han sido unas noches de no parar. Imagínese el caos —le explicó Lorettana.

Michela arrugó el ceño.

—¿Noches?

—Sí, la vendimia se realiza de noche. Verá, una vez que se arranca la uva de la vid, esta se oxida muy rápidamente. Transportarla de noche hasta las bodegas retrasa ese proceso natural de oxidación.

Michela asintió con la cabeza, sorprendida, y pasó un dedo por la superficie rugosa de una planta. Se acercó y la olisqueó. El aroma fuerte y dulzón de la madera hizo que le picara la nariz.

—No tenía ni idea. Lo encuentro tan interesante. Gracias por compartirlo conmigo. Es muy emocionante.

—Sí que lo es. Una se siente conectada directamente con la naturaleza y con la tierra, en el sentido más literal de la expresión. Es algo maravilloso. En estos momentos se ve así, todo pelado —apuntó con un dedo a los viñedos que asemejaban un campo desértico después de que un huracán hubiera arrasado con ellos—, porque se está efectuando la poda. Se realiza ahora que empieza el frío. No se crea, *signorina*, es uno de los procesos más importantes. Si no se realiza la poda, la vid crecería libremente y el tronco acabaría siendo demasiado grande, con frutos pequeños y casi sin acidez. Un desastre. Una vez que llega el frío —las dos mujeres habían dejado atrás las viñas y habían tomado rumbo a otro sector de la *Azienda*—, la vid empieza a ralentizar su crecimiento. La savia se detiene en la planta debido a las bajas temperaturas y es justo en este momento cuando realizamos la poda.

Pasaron por delante del famoso granero que le había mencionado días atrás Nora Dini. Michela quería inspeccionarlo de cerca. Y lo haría. Lorettana, en cambio, no le dio mayor importancia y siguió de largo. Le enseñó la granja y le permitió campar a sus anchas. Michela, que sentía que volvía a su propia infancia y a los paseos escolares que de tanto en tanto programaba su colegio por granjas rurales, se dedicaba a saludar a las ovejas, los cerdos y las cabras. La mujer le comentaba que la finca abastecía de carne y queso a los restaurantes y a algunas viviendas particulares de la zona. No tuvieron tiempo para inspeccionar las caballerizas,

«algo mermadas en los últimos años —se lamentó la mujer—, porque don Gennaro no era muy amante de los caballos y no le gustaba perder el tiempo *con esas bestias brutas que no servían para nada*». La visita quedó postergada porque Loretanna debía volver para terminar de organizar la cena.

Roberto, tras dejar a Michela en las capaces manos de Lorettana, se había adentrado en la casa. Necesitaba mantener una conversación con su tío y los temas que iban a tratar conllevarían un sinfín de preguntas por parte de Michela que no se veía capacitado para responder. Sin perder el tiempo, se dirigió a las habitaciones del menor de los hermanos de su padre. Mientras recorría las estancias, se dedicaba a analizar los cambios que había sufrido la ancestral mansión familiar en todos los años de ausencia. Pocos, en realidad. Habían sustituido buena parte del mobiliario. El nuevo era más moderno y funcional, de sólida madera y acabados artesanos. Habían renovado el color de las paredes. De aquel deslucido tono amarillento que él recordaba, ahora habían pintado las paredes de un blanco sutil, que aportaba un aire fresco y luminoso a cada estancia. Se habían barnizado puertas, ventanas y cuarterones en toda la planta baja. La madera lucía brillante y rejuvenecida. Por lo demás, no parecía haber pasado el tiempo, idéntica decoración rural y los mismos tejidos en motivos florales y botánicos. Cruzaba la salita cuando se topó de frente con una lámina bellamente enmarcada de una de las pinturas favoritas de su madre: *La Clase de Danza*, de Edgar Degas.

De golpe y porrazo, volvió a tener diez años.

«Roberto se recuperaba de la última golpiza que había sufrido a manos de su padre, echado sobre un sofá y despotricaba contra su maldito progenitor por la vida de mierda y los estúpidos Grazianni. Su tío, harto de escucharle la misma monserga, una y otra vez, lo había increpado.

—Deja ya de quejarte. Hiciste lo que tenías que hacer.

—Tenía que haber dejado las cosas como estaban —le espetó el niño furioso—. Total, ese idiota de Uberto nunca agradece nada.

—No necesitas su agradecimiento. Ni de él ni de nadie y, si te ayuda a sobrellevar mejor el dolor en el culo, vi el rostro de su madre. Te aseguro que esa mujer te estará agradecida todos y cada uno de los días de su vida.

Roberto había cerrado la boca, humillado y contrariado. Con lágrimas en los ojos, estudiaba con insistencia una pintura ubicada

en la pared frente a él de un pintor francés: Degas. Una de las obras favoritas de su madre. Siempre le había llamado la atención la figura de un hombre difuminado entre las sombras que se dedicaba a abrazar a una de las bailarinas bajo la atenta mirada de un grupo de señoras.

—Nadie me mandó meterme donde no debía —replicó malhumorado porque le costaba no ser él quien pusiera fin a la conversación.

Tullio había resoplado y se había sentado en un taburete frente a su sobrino.

—Escúchame, Roberto, en este mundo hay malas personas. Personas que disfrutan causando dolor a aquellos más débiles que tienen a su alrededor. Tu padre es una de esas personas. Si permites el abuso con el que tu padre tiene sometidos a todos, serás igual que él.

—¡Yo no soy como mi padre! —chilló el joven Pastriani que se había incorporado y había alzado un puño al aire. Los ojos verdes le brillaban por la ira.

—Lo sé, lo sé —le confirmó Tullio acariciando con infinito amor la rebelde melena negra de Roberto—. Eres un chico extraordinario, pero tienes que recordar que lo que hiciste fue lo correcto. Era tu obligación por ser hijo de quien eres.

—No fue mi culpa nacer aquí. Yo no lo pedí.

—Tampoco Uberto merecía ser golpeado. Hiciste lo correcto al defenderlo y plantarle cara al despotismo arbitrario de tu padre.

—Mi padre me odia.

—No te odia, hijo, te teme porque no puede controlarte. No le obedeces con fe ciega y temor como hacen todos los demás.

Roberto bufó.

—¿Y por eso me pega tantas palizas?

—Te pega porque es un mal hombre, lleno de odio y rabia.

—¿Y yo por qué carajo tengo que sacar la cara ante eso? ¿Por qué? Es muy injusto.

Tullio se había inclinado hacia adelante y le había hablado mirándolo a los ojos.

—Lo único que necesita el mal para triunfar es que los hombres buenos no hagan nada.

En ese momento, Roberto no fue consciente del impacto que ese conjunto de palabras, simples y ordinarias, tendrían en su vida. Removieron un rincón muy oculto y profundo en su alma. Más adelante, y sin ser consciente de ello, se convertirían en la máxima bajo la cual guiaría sus acciones.

El joven Pastriani averiguaría meses más tarde que esa reflexión pertenecía a Edmund Burke, un político y filósofo inglés que las había pronunciado un siglo atrás y no, como él había supuesto en un principio, a la sabiduría infinita que le adjudicaba a su tío.

A partir de ese día, Tullio, decidido a asestarle un duro golpe a su hermano mayor, tomó a Roberto bajo su ala. Lo quería bien lejos de las maquinaciones insidiosas de Gennaro. Por un lado, porque adoraba a ese chiquillo como si fuera carne de su carne, y más que cualquier otra cosa, porque ya no aguantaba asistir como un mero espectador al repugnante maltrato al que sometía a su propio vástago.

El detonante de todo el conflicto había sido un detalle que, en cualquier otra familia y bajo cualquier otra circunstancia, habría pasado desapercibido. No así en el seno de los Pastriani.

Roberto, que detestaba el trabajo de campo, se había entretenido ese mañana en las cabellerizas. El hermoso pura sangre bayo de las caballerizas, Svadilfari, acababa de ser padre, y Pastriani, con apenas diez años, no quería perderse detalle de los primeros movimientos del joven potrillo.

Sabía que debía estar en los viñedos ayudando a la familia, ocurría que le importaba un carajo. Estaban en plena jornada de la recolecta en el sector norte de la plantación. Esa noche había sido seca y las uvas estaban listas. Don Gennaro, que tenía un olfato insuperable para saber en qué momento había que iniciar la vendimia, los había movilizado días atrás. Además, el tiempo del que disponían era muy escaso, pues resultaba fatal dejar la uva madura sin colectar. Se estropeaba y ya no servía para nada. Gennaro Pastriani siempre explicaba —a todo el que quisiera oírlo— que el secreto de sus vinos estaba en conocer con exactitud el tiempo en que las uvas estaban maduras y listas para la toma. Era ese trascendental detalle lo que diferenciaba sus Pastrianis de la bazofia producida por las bodegas vecinas. Afirmaba que un vino no debe ser solo bueno, sino genuino. La Azienda Agricola Pastriani Fratelli obtenía una producción de vinos tintos donde predominaban las castas internacionales. Así, empleaban uvas merlot y cabernet franc para su Pastriani Sagezza. Y con los blancos, la garganega, con la que obtenían el Soave «Classico», propio de la zona del Véneto, y luego estaba la joya de la casa, un vino blanco dulce y exquisito: el Silenzio, elaborado a base de uvas vespaiola desecadas, que había alcanzado en pocos años prestigio en todo el país. Durante esas jornadas había mucho estrés y nervios en la casa, y entre los vecinos que vivían de la vendimia, porque

disponían de unas pocas horas en el día para realizar el trabajo. Se huía de las horas cálidas para impedir la deshidratación a través del raspón y el inevitable ablandamiento o ennegrecimiento de la uva.

Cuando Roberto llegó a la plantación asistió atónito a una escena que, por varios minutos, lo dejó paralizado.

El mayor de los Grazianni, Uberto, permanecía de pie frente a las vides sostenidas por las contraespalderas, analizando los racimos. A diferencia de otros campos, donde habían instaurado un sistema de recolecta mecanizada, en las plantaciones de los hermanos Pastriani seguían trabajando de forma manual. De esta manera, cada recolector sabía que debía evitar aquellas uvas afectadas por hongos o podredumbre, ya que el hongo destruye los antocianos, lo cual produce una disminución del color de la uva que hace a los vinos más sensibles a la oxidación. Tampoco se recogían los racimos rotos, pegados al suelo o con tierra, para evitar impurezas tales como polvo, sarmientos, hojas o insectos. También evitaban los racimos excesivamente verdes, como el caso de los agraces o racimas. Solo se recogían aquellos que prestaran una coloración y textura adecuada.

Con la pericia que dan los años, Uberto usaba el corquete —la navaja curvada con forma de hoz que siempre mantenía limpia y desinfectada— para arrancar los racimos. Lo hacía con un movimiento de muñeca rápido y preciso. Colocaba una mano bajo el racimo y con la otra llevaba el corquete hacia el raspón tirando una vez que estuviera colocado hacia arriba. Al separarlo de la planta, este caía directamente en la mano del joven y lo depositaba en el cesto de mimbre con un cuidado y una reverencia que hablaban del amor del joven por la tarea que ejecutaba.

Roberto observó el cesto, donde aguardaban los racimos y que luego trasladarían a las bodegas, y sintió un apretón en el estómago cuando Uberto trastabilló al inclinarse para arrancar otro racimo y tropezó con él. Cayó de culo y de forma aparatosa sobre el cesto, esparciendo sobre la tierra y sus propias ropas parte de la producción de la uva vespaiola. La más importante para don Gennaro.

Su padre, que había presenciado estupefacto al igual que su hijo y los demás trabajadores toda la escena, avanzó hacia el joven como un toro embravecido. Los ojos negros inyectados en sangre, los hombros inclinados y la cabeza apuntando al frente.

Roberto, sin pensarlo dos veces, corrió a campo través hasta el lugar donde se hallaba su padre y se interpuso en su camino. Alzó las manos al frente, como si con ese sencillo gesto pudiera detener

el avance implacable del hombre, y le habló entre gritos. Resollaba por el esfuerzo de correr cuesta arriba desde la puerta de las caballerizas hasta las viñas. —¡Ha sido un accidente! No es su culpa, padre. ¡Solo ha sido un accidente!

Todos observaron con el aliento contenido la escena, incluido el propio Uberto, que con el rostro pálido permanecía tirado sobre el charco blancuzco que formaban las uvas escachadas bajo sus pantalones. La familia Grazianni se mantenía a distancia sin atreverse a intervenir y enojar, más aún, al poderoso don Gennaro Pastriani.

A don Gennaro había comenzado a temblarle un punto debajo del ojo debido a la penosa intromisión de su hijo. No daba crédito a lo que sucedía, ¡para colmo delante de sus empleados y vecinos! Ni hombres hechos y derechos se atrevían a enfrentarlo cuando se desataba su furia y lo hacía ese jodido mocoso que aún debía limpiarse la leche de la boca. Estaba dispuesto a apartarlo de un empujón para enfrentarse al imbécil que había dejado estropear un cesto lleno de su mejor uva. La que producía su precioso Silenzio. Hasta que escuchó nuevamente la voz de su hijo y su encono llegó hasta un límite, donde no hubo retorno.

—Por favor, padre, cálmese. Uberto no ha hecho nada malo. Solo tropezó. Fue un accidente.

Olvidando por completo al mayor de los Grazianni, Gennaro Pastriani bajó la vista, entrecerró los ojos y centró toda su furia, la rabia y la profunda vergüenza de ser amonestado en público, en el cuerpo menudo de su hijo. El estúpido crío tenía esos malditos ojos verdes, idénticos a los de su madre, fijos en él, desafiantes y pendencieros. Le iba a borrar, de una vez y para siempre, toda esa chulería. Iba a darle una lección que nadie olvidaría en mucho tiempo. Atreverse a enfrentarse a él. Delante de la propia familia, de sus vecinos y criados.

Tomó a su hijo por el cuello y llamó a su hombre de confianza. Roberto no apartó la mirada, tampoco intentó alejarse. El muy cabrito ni temblaba. Ya lo haría. Así se le quitarían las ganas de hacerse el héroe en otra ocasión.

—¡Luigi, el bastón! Tráeme también un taburete —rugió sin dejar de mirar a su hijo.

Podía sentir sobre sí las miradas estupefactas de todos. Se solazó ante el jadeo unánime que exhalaron los allí reunidos cuando Luigi apareció con los dos utensilios. Depositó el taburete a un lado y le entregó lo que le había pedido. Se largó sin decir ni mu a una zona segura: la casa. Gennaro comprobó la solidez del bastón haciéndolo

girar, mientras le dedicaba una mirada aviesa a su hijo. Le habló con la voz lo suficientemente alta para que los oyeran todos.

—Bájate los pantalones, Roberto.

El niño no apartó la mirada de la de su padre, no se atrevía ni a pestañear. No sabía qué clase de impulso suicida habitada dentro de él y lo horadaba a pinchar un poquito más al hijoputa. Quiso cabrearlo en serio. Sus labios se curvaron lentamente en una sonrisa torva, colocó las manos sobre las caderas y le habló en voz alta.

—Si va a golpearme, haga usted todo el trabajo, padre —movió las caderas hacia adelante—, y bájeme los pantalones.

Gennaro Pastriani los sorprendió a todos, incluido el propio Roberto, al explotar en una sonora carcajada.

—¡Luigi! Ven aquí otra vez —vociferó entre risotadas.

Cuando el hombrecillo con la cabeza gacha se presentó al lado de su amo, miró de reojo al joven Roberto sintiendo lástima por el muchacho.

—Ordene, patrón.

—Bájale los pantalones a mi hijo, también los calzoncillos. Al parecer está tan cagado de miedo que no se atreve a hacerlo él mismo.

Roberto, herido en su orgullo, no permitió que Luigi se acercara. Le dedicó un gesto seco con la cabeza y se los bajó de un tirón. Lanzó las prendas a un lado. Ahí quedó, de pie y desnudo de cintura para abajo, delante de todos. Furioso, humillado y desafiante.

—Cacone —le susurró a su padre para que solo él lo oyera.

Gennaro ignoró el comentario y tomó asiento en el taburete. Tanteó el bastón, sopesándolo de una mano a otra. Dejó pasar varios minutos para que Roberto se pusiera nervioso, desnudo como estaba y expuesto a todas las miradas. Transcurrido un tiempo que consideró adecuado, levantó la vista y clavó su oscura mirada en la del niño.

—Ven aquí, hijo. Túmbate sobre mis rodillas —dijo con voz suave y le hacía señas con el bastón—. Debes aprender a respetar y a obedecer a tus mayores. Como no he sido capaz de enseñártelo por las buenas, me veo obligado a hacerte comprender por las malas.

Roberto apretó la mandíbula. Sentía tanta rabia que se le había formado un nudo en la garganta que le impedía hablar o reaccionar, pero no quería darle el gusto al hijo de puta de verlo dudar ante él. Así que se obligó a moverse y se acercó con la mayor tranquilidad de la que pudo hacer acopio. Hizo lo que le había ordenado. Se colocó a un lado e inclinó su torso, hasta quedar tumbado sobre las

piernas de su padre, tragándose la rabia y el odio. El corazón le retumbaba. Temía que su padre lo sintiera y se riera de él. Miró el suelo y concentró su atención en el conjunto de piedrecitas que había a los lados de una de las patas del taburete. Ante todo no quería llorar. Pasara lo que pasara, no quería llorar. Los golpes comenzaron sin previo aviso. Se tragó el grito que le rebotó en el pecho y se le atoró en la punta de la lengua. Terminó mordiéndosela y saboreó su propia sangre. Su padre lo había agarrado por la espalda para impedir que los golpes lo desplazaran. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero los apretó con fuerza. No iba a llorar. Antes muerto.

Recordó aquella historia que su tío Tullio le había contado sobre la vez que se había quebrado el hueso de la pierna, en el transcurso de una complicada misión en el norte de Bissau, durante la guerra de Guinea. Su tío no había ido lloriqueando como una nena a ninguno de sus compañeros. Había aguantado hasta que lo habían conseguido localizar y lo habían podido sacar de allí. Le había explicado, como si se tratara de una confidencia, que el dolor era algo que habitaba dentro de ti y, por tanto, se podía controlar, y uno debía ser capaz de luchar contra el dolor, que no era más que un reflejo en una parte muy pequeña del cerebro, una zona llamada amígdala. Así lo hizo Roberto esa vez. No cesó de recitar en su cabeza: «Es una parte muy pequeña de mí y yo soy más fuerte, yo soy más fuerte». No sabía cuántos golpes llevaba su padre. Tenía la zona del culo al rojo vivo, entumecida por el dolor. Se sentía mareado de tener que soportar esa posición incómoda, con la cabeza colgándole y la mandíbula tan tensa de apretar los dientes y aguantar las ganas de prorrumpir en gritos. Una vez que terminara todo, Roberto no creía que fuera capaz de volver a abrir la boca.

De pronto, una vocinglera proveniente de la casa hizo que su padre cesara de repartir bastonazos contra su trasero.

Tullio Pastriani, que pasaba una temporada en la hacienda familiar, se personó ante ellos hecho una furia y arrancó a Roberto de las piernas de su padre. Lo tomó entre sus brazos y lo acunó como si fuera un bebé. Alguien le echó una manta sobre el cuerpo para cubrir sus vergüenzas. Roberto, emocionado por el gesto de su tío favorito, escondió la cara entre los pliegues de la camisa del hombre y ya no pudo aguantar las ganas de echarse a llorar. Desbordado por tantas emociones y sentimientos encontrados, rompió en un llanto silencioso que lo hacía estremecer. Experimentó entonces una profunda vergüenza por tamaña debilidad. Su tío debía estar horrorizado por ese comportamiento

tan patético. No escuchó una palabra de lo que Tullio le gritaba a su hermano mayor, tampoco vio cómo varias mujeres, entre ellas su hermana pequeña, Caterina, lloraba amargamente con la boca abierta agarrada a la falda de Lorettana, y otras sirvientas de la casa dejaron de contener el aliento tras la aparición del militar y respiraron aliviadas cuando se lo llevó de allí.

Tullio Pastriani le enseñó la diferencia entre ser un matón o convertirse en un hombre de valor que lucha de forma honorable, a través del Aikido, un arte de combate japonés que permitía la autodefensa sin armas contra uno o varios adversarios, armados o desarmados».

Pastriani tragó el nudo que se le había formado en la garganta y dejó que sus dedos acariciaran la pintura. Tiempo después, salió de allí y se adentró en el pasillo por el que se accedía a las estancias privadas de su tío. Cuando estuvo frente a la puerta tocó y esperó. El vozarrón de Tullio le autorizó el paso.

—¿Ya no tiene fuerzas ni para levantarse a abrir usted mismo, tío?

—Muchacho, ¡qué alegría verte! ¡Qué inmensa alegría! Ven aquí. Dame un abrazo.

El hombre salió al encuentro de su sobrino con el paso renqueante por su antigua lesión en la rodilla y se fundieron en un abrazo. Tullio le palmeó la espalda, le tomó la cara entre las manos, le besó ambas mejillas y sonrió dichoso. Roberto meneó la cabeza, cuando sus miradas hicieron contacto y descubrió en los ojos de su tío cierto sentimiento de culpa.

—Sé lo que significa para ti volver a esta casa. —Tullio apoyó una mano en la nuca de su sobrino—. Lo entiendo mejor de lo que soy capaz de expresar con palabras. Sin embargo, esta vez se hacía necesaria tu presencia en la casa. Se va a desatar un infierno cuando... en fin, cuando mi hermano fallezca. Tú eres el único que cuenta con el ascendente y la mala hostia necesaria para poner orden en la barahúnda que estallará entre los hermanos y sus hijos.

—Exageras. Tullio, por favor, sé razonable. —Roberto se apartó y se frotó la cara con la mano—. No he pisado estas tierras en veinte años. No he visto a mis tíos desde que era un crío, no conozco a mis primos. ¿Quién va a molestarse en escuchar mi opinión? Me mandarán a freír espárragos antes de que tenga tiempo de saludarlos.

—Quizás tú los hayas olvidado, muchacho, pero aquí siempre te recordamos. Tus tíos te respetan. Tus primos te admiran. Es mucho más que eso, en realidad. Con el paso de los años, tu recuerdo, en

sus mentes, ha ido adquiriendo proporciones épicas, como el de un héroe de leyenda. Saben que te alistaste en el Ejército inglés. También que participaste en la guerra de Afganistán. Eso los impresiona mucho, piensa que ellos apenas se han movido del pueblo y los alrededores. Y, por aquí, nadie puede soslayar el hecho de que has sido el único con un par de cojones para enfrentarte a ese demonio de mi hermano, aun a riesgo de llevarte palizas y humillaciones públicas. Y siendo solo un mocoso que no levantaba ni tres palmos del suelo. —Tullio se cruzó de brazos y le dedicó una sonrisa socarrona—. A ver, cuéntame... ¿cómo te recibieron en la casa? ¿Qué ocurrió cuando esa manada de cotorras te descubrió en la cocina? No, no te molestes en explicármelo. Ya lo sé. Imagino lo que tuvo que ser. Como si el mismo mesías se hubiera presentado en la puerta. Te mimaron, te lloraron, te consintieron y no podías despegártelas de encima. Te idolatran, Roberto.

Roberto resopló y echó un vistazo a la habitación. La estancia seguía exactamente igual a como él la recordaba. Incluso aquel espantoso empapelado de mariposas amarillas, algo descolorido y ajado por el paso de tantos años, seguía allí. Inconmovible.

—Por el amor de Dios, ¡sigues teniendo esta mariconada en las paredes!

—Lo eligió tu madre.

Roberto se volvió de golpe y ahogó un bufido.

—¿Me tomas el pelo?

Tullio paseó por la habitación y acarició una de las mariposas de la pared con cariño y reverencia. Roberto no exteriorizó la impresión que le provocó ese gesto de su tío.

—En absoluto. Tu madre decoró mi dormitorio. Se encargó de todos los detalles. Solo le pedí que respetara mis baúles y libros. Cuando llegué de la guerra, lisiado, no tenía ánimos para nada. Estuve un poco deprimido, por decirlo de una manera suave, sin ningún propósito en la vida. Bah, me comporté como un imbécil malhumorado y quejica. Deborah, que era un ángel en esta tierra, decidió que un cambio de aires me vendría bien. Así que se puso manos a la obra. Creo que también fue bueno para ella. Le dio algo en lo que mantenerse ocupada y la distrajera de tantas cuestiones. Por eso esta habitación parece extraída de un catálogo de mobiliario inglés. También ella experimentaba la añoranza por el hogar. Yo la dejé hacer a su antojo. No he tocado nada en todos estos años. Todo sigue tal cual ella lo dispuso.

Roberto se lo quedó mirando perplejo y asombrado. ¿El hombre había sido consciente de lo que sus palabras habían dejado

entrever? ¿Lo había hecho a propósito?

—¿Por eso siempre cuidaste de mí? ¿Por ella, para honrar su recuerdo?

Tullio se humedeció los labios y tragó saliva. Asintió, visiblemente emocionado, con la mandíbula contraída.

—Si la pregunta que callas es si guardo sentimientos por tu madre, la respuesta es sí.

Por supuesto que sí. Y si la hubieras conocido, entenderías que había sido inevitable para mí. Para cualquiera, en realidad. Bah, creo que todos vivíamos medio enamorados de Deborah Weade, de sus ojos verdes, de su sonrisa brillante y de su melena azabache. Tú eres su vivo retrato. Era una luz en la Tierra. Pura, perfecta. Tan hermosa que no podías apartar la mirada de ella.

—¿Y mi padre?

—Un maldito hijo de puta que nunca se mereció una mujer como ella. No supo entenderla, valorarla ni apreciarla. Igual que arrojar perlas a los cerdos.

—¿Y por qué cojones no la sacaste de aquí? Te la hubieras podido llevar lejos, volver a Inglaterra si ella tanto lo extrañaba...

—Porque no soy como tú. Y porque ella era mujer muy tradicional, muy espiritual, había hecho unos votos. Además, aunque me avergüenza reconocerlo, nunca tuve huevos para declararme. Luego, llegaste tú y ella pareció florecer...

—Lo siento.

—Por Dios, no digas tonterías. No fue culpa tuya nacer.

—Siento que no tuvieras huevos para llevártela de aquí.

Tullio Pastriani dejó escapar una risa amarga e inclinó la cabeza.

—Yo también. Lo lamento cada día de mi vida. Cada día... —carraspeó aclarándose la garganta y se frotó las manos—. Me comentó un pajarito que has venido con una chica.

Roberto perfiló una sonrisa ladeada.

—Menuda pájara está hecha Nora Dini.

—¿Y dónde está ese mirlo blanco? Quiero conocerla.

—Lo harás. La dejé con Lorettana, que la estará volviendo loca. Antes que nada, necesitaba hablar contigo.

Tullio Pastriani le hizo señas con la mano y se acomodó en su viejo sillón orejero situado frente al sofá Chester en mitad de la salita.

—Tú me dirás.

Roberto tomó asiento y echó el cuerpo hacia adelante, apoyando los codos sobre las rodillas. El cuero crujió bajo su peso.

—Estoy en medio de una tormenta turbulenta de intereses

encontrados. Tengo un topo en mi unidad. Uno o dos, no estoy seguro.

—Entiendo. ¿Alguien muy cercano?

—Peor, alguien con poder para tomar decisiones.

—¿Y te sorprende? En este país es el pan nuestro de cada día.

Roberto se echó a reír y se acarició los labios.

—Me jode, en realidad. Es como jugar a la jodida gallinita ciega.

—Analízalo como si estuvieras en una partida de ajedrez. Tienes que adelantarte a los movimientos de tus enemigos. Igual que en la guerra, necesitas planificar los posibles escenarios, así como diferentes resultados para cada uno de ellos. No esperes lealtad y prepárate para la traición de cualquiera en el momento más inesperado. Imagino que habrás tomado precauciones.

—Sobre aquellas cosas que puedo decidir, sí, pero ahora debo actuar prácticamente en solitario. Por mis propios medios. Y ya sabes lo que sucede cuando te quedas solo, sin apoyos.

—La manada te cae encima como una jauría dispuesta a devorar a una presa débil, pero tienes apoyos. ¿Qué pasa con el fiscal antimafia? ¿No conocías también a un par de jueces incorruptibles?

—Esa palabra, incorruptible, es la que me preocupa. ¿Hay de verdad hombres incorruptibles por estos días?

—Dímelo tú. ¿Qué te podría corromper a ti?

Automáticamente, su cerebro se anegó con la mirada gris de Michela y su sonrisa serena.

«Por Michela, Tullio —le hubiera confesado— por ella haría lo que fuera. No hay principios que valgan ni ideales o bandera alguna. Mataría, robaría, engañaría... Moriría por ella».

—En realidad, temo por mis hombres —expresó en cambio—. En especial, hay uno que atraviesa una situación personal delicada. Ah, todo es una gran mierda.

—Asegúrate cada jugada, hijo. No des ningún paso en falso. No te fíes de nadie. ¿No es acaso lema de los *carabinieri* que sois sombras en la noche? Pues conviértete en una, incluso para tus propios compañeros. Vigila, escucha, recaba información. Sabes cómo hacerlo. Estás acostumbrado a actuar en solitario. Igual que un cazador furtivo, Bracconiere. Ten presente que solo podrás mostrar tus cartas al final de la partida y reza para que los pilles desprevenidos.

Roberto se echó hacia atrás, se llevó las manos a la cabeza, cerró los ojos y respiró hondo.

El local en el hotel Majestic estaba abarrotado a esas horas, como solía ser habitual. Nero Carbone elevó las comisuras en una sonrisa divertida y saludó con un apretón de manos a Giovanni Strazzo. El primer consejero del Ayuntamiento había salido a recibirlo —con la deferencia que habría desplegado hacia un distinguido personaje de la sociedad— cuando traspuso las dobles puertas acristaladas del restaurante. El lujo y la sofisticación del ambiente que lo rodeaba no terminaba de encajar en un tipo como *er guercio* que se había abierto paso desde las cloacas inmundas de ese inframundo que muy pocos conocían, peleando a punta de navaja y extrayendo el oro de las pulgas, como a menudo le recordaban sus amigos napolitanos. La ropa cara y la apostura con la que se pavoneaba no podían ocultar la marca del lado oscuro en forma de cicatriz en su mejilla derecha que solía disimular con una barba recortada y pegada a la barbilla. Un camarero se acercó a ellos y los guio a su mesa. Tomaron asiento en la esquina de la terraza del Massimo Riccioli Bistrot con vistas a la famosa vía Veneto.

—Te veo muy bien, amigo mío.

—Lo mismo digo, Giovanni. Hiciste muy bien en llamarme, me alegro de que, por fin, nos hayamos encontrado. Me aburre andar siempre con intermediarios.

—Bienvenidos —los saludó otro camarero inclinando la cabeza —. ¿Qué desean tomar los señores?

—Tráiganos un Sassicaia de dos mil nueve —intervino Carbone —, luego pediremos la cena. *Grazie*.

—Tengo buenas noticias para ti y tus socios, aunque con condiciones —comenzó Strazzo después de paladear la bebida.

—Soy todo oídos.

—Nuestro amigo común nos aconseja ir con mesura. Está bien ordeñar la vaca, sin embargo, para hacerlo necesitamos darle de comer de cuando en cuando, ¿comprendes? Y últimamente habéis ordeñado tanto tanto que está famélica. Ese tipo de cosas siempre resultan peligrosas. Sé de buena fuente que tenemos encima al ROS y que hay un teniente que está metiendo las narices en el AMA —hacía alusión a la Empresa que llevaba con el ayuntamiento los contratos para la limpieza y saneamiento de las calles de la ciudad de Roma—, y eso no nos conviene a ninguno. Si nos conectan, nos veremos en serios aprietos.

—No me vengas con minucias. Tengo en nómina a fiscales, jueces y policías. No me preocupa ese tema lo más mínimo, hablaré con De Moro. ¿Trajiste los pagos?

—Aquí están, bajo la mesa. No obstante, no creo que sea tan

sencillo como tú lo ves. De todas formas, sobre las condiciones de las que te hablé... Romano exige un mayor porcentaje. Alega que es él quien gestiona que todo salga y también quien más se arriesga.

Carbone se inclinó hacia adelante y le dedicó una sonrisa socarrona.

—Y luego hablas de ordeñar tantísimo.

Strazzo se encogió de hombros y Carbone se acarició con parsimonia la barba.

—Para que nos entendamos bien, somos nosotros los que decidimos los porcentajes a repartir y para el trabajo que hacen en el jodido Ayuntamiento ya están suficientemente bien pagados, *¿capisce?* Considero que hemos sido más que generosos y te aconsejo que no olvides que tú y tu jefe, y todos los demás a su alrededor, trabajan para mí. Así que dile que se relaje, se perfume y se vaya con alguna puta para que le alivie los picores en los huevos. Ahora, por favor, vamos a cenar, estoy hambriento y aún me queda mucho por hacer esta noche.

Después de saborear una última cucharada de su postre, Carbone se hizo con el maletín, se despidió de Strazzo con una inclinación de cabeza y abandonó el hotel Majestic. Condujo su Ferrari Testarrosa hasta un polígono industrial abandonado en el norte de la ciudad. Allí lo había citado Giuseppe De Moro. Aparcó cerca de otros dos vehículos y bajó del coche. Varios hombres cargaban en silencio uno de los camiones con el nuevo alijo de droga que había llegado la noche anterior desde el puerto de Gioa Tauro, que disimulaban para su transporte entre cajas de cítricos. El vehículo de Moro, su nuevo y reluciente Porsche 911, estacionado al otro lado de los camiones, parpadeó las luces. Giuseppe bajó la ventanilla trasera y le hizo una señal con la mano para que se aproximara.

—¿Qué quería Strazzo? —preguntó desde su asiento en el vehículo.

—Imposibles, pero ya le paré los pies.

—Bien, asegúrate de que no se desvían del buen camino y si no, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Oído cocina.

—Creo que tienes algo para mí.

De Moro extendió las manos y agarró el asa del maletín.

—Después de que don Salvatore lo revise —le dijo colocando la maleta en el asiento del copiloto—, te haré llegar tu parte.

Carbone asintió, se apartó y la ventanilla volvió a subir. El coche

arrancó con un sonoro *prum* y se perdió en la noche.

Giuseppe De Moro cerró la puerta de su dormitorio y presionó el interruptor de la luz. Al otro lado de la habitación, de pie y de cara a la ventana, se hizo nítida la figura de Salvatore Barreta. Desde la ventana, las vistas del *castel* Sant'Angelo y su iluminación nocturna atraían las miradas de algunos paseantes rezagados, que se apresuraban a buscar resguardo de una lluvia intempestiva.

Barreta no se inmutó, tampoco realizó comentario alguno que diera a entender que sabía de la presencia de su hombre en la habitación. Giuseppe avanzó con nerviosismo por la estancia, dejó el maletín sobre la cama y se posicionó detrás del hombre.

—Don Salvatore, la bendición. —Hincó una rodilla en el suelo y agachó la cabeza.

Barreta se dio la vuelta, alargó una mano y dejó que el capo le besara los nudillos.

—¿Cómo marchan las cosas por aquí, Giuseppe?

El hombre se incorporó delante del *boss* con las piernas algo abiertas y las manos a la espalda. No deseaba que descubriese cómo le temblaban. Jamás se acostumbraría a la perturbadora presencia de la máxima autoridad de la organización.

—Todo en orden, don Salvatore. Aquí tengo el dinero —señaló el maletín—. También pido humildemente autorización a la Sociedad para tratar un tema personal.

Barreta se acarició con aire distraído el dedo anular de su mano izquierda. Todavía podía apreciar, después de casi treinta años, la marca que había dejado en su dedo su antiguo anillo familiar.

—Autorización para qué.

—Vengar la muerte de mi hermano. He localizado al policía que se lo cargó. Roberto Pastriani.

—Me reuniré y te informaré de la decisión que se tome al respecto acerca de tu petición sobre ese Roberto Pastriani. Antes que todo eso, te pondrás en contacto con el señor Janseen en mi nombre. Quiero que te reúnas con él y los hermanos Vargas que volarán en una semana a la capital holandesa. Necesito poner en orden las cosas y realizar de una vez los pagos. Las familias están presionando. Ya sabes lo que tienes que decir a nuestros socios. Se mantendrán las mismas condiciones que habíamos negociado la vez anterior. No quiero cambios de última hora.

—Así lo haré, don Salvatore.

El *boss* inclinó la cabeza y esbozó una sutil sonrisa.

—Peppe, no me gusta la vida desordenada que estás llevando. Tienes una esposa. Céntrate en ella y déjate de mujerzuelas.

De Moro enrojeció y agachó la cabeza.

—Sí, don Salvatore, ocurre que una de ellas es importante. Me llevará hasta el policía. La necesito por ahora.

La sonrisa de Barreta se ensanchó. Giuseppe tragó saliva cuando comprendió que con su comentario lo había importunado.

—No es eso lo que estoy diciendo.

—Sí, señor. Lo sé, don Salvatore.

—Que pases buena noche. No te molestes en acompañarme. Ya saludé a tus hijos y a tu esposa.

Giuseppe De Moro inclinó el torso en una reverencia hasta que Salvatore Barreta abandonó la habitación con el maletín y un imperceptible clic al cerrar tras él. Tomó asiento en la esquina del colchón, se llevó una mano temblorosa al cuello para aflojarse los primeros botones de su camisa y dejó escapar el aire contenido. Uno nunca sabía cómo podría reaccionar el tipo o qué jodida minucia haría estallar ese carácter endemoniado que tenía. Era el hombre más inestable con el que se había topado en su vida. Y su vida se caracterizaba por la presencia diaria de tipos peligrosos e inestables. El Carnicero era el peor de todos.

Michela, con las manos a la espalda y una actitud serena, fingía contemplar el paisaje, cuando en realidad lo que hacía era analizar de reojo a Roberto. Procuraba desentrañar, por los gestos del hombre, cómo se habría desarrollado el encuentro con Tullio Pastriani. Le fastidiaba no ser capaz de preguntarle abiertamente. Le molestaba el muro de silencio que Roberto había erigido entre ellos. No. Lo que en verdad la sacaba de sus casillas era que ella no se atreviera a derribarlo. Y le fastidiaba todavía más habida cuenta de todo lo que habían compartido, de todo lo que se habían dicho el uno al otro. Sin embargo, desde que habían iniciado ese trayecto al norte, la distancia entre ellos parecía abarcarlo todo, a cada minuto se volvía más y más tangible, inabordable. Roberto se había presentado media hora antes en la cocina y, sin explicarle demasiado, le había pedido que lo acompañara al exterior. La había invitado a dar un paseo. Michela comprendía con perfecta claridad el caótico tumulto de sensaciones, de miedos, dudas y cuestionamientos por los que estaría atravesando él. Demonios, ella quería consolarlo, ayudarlo o, simplemente, escucharlo.

Y parecía que ambos se limitaban a contener el aliento a la

espera de un fatal desenlace. La calma que precedía a la tormenta. Una tormenta que, para ella, tenía forma de mujer. La malvada madrastra que todavía no había hecho acto de presencia y aguardaba entre bambalinas. Le temía a ese momento, a sus respectivas reacciones. ¿Qué se le podía decir a una mujer que había abusado de un niño indefenso? «Deseo que sufras una muerte lenta y muy dolorosa. Ojalá, caigas fulminada por un rayo divino». Por más que lo deseara, no podía decirle eso.

—Tenías razón, esto es espectacular —lo tentó Michela en un intento por aligerar los ánimos y entablar conversación—. Más que espectacular. Es bello en un sentido tierno y sobrecogedor.

La joven admiraba con sincero regocijo el cielo color cereza del crepúsculo salpicado de nubecillas aquí y allá.

—Sigue igual —musitó Roberto para sí mismo—. Han pasado casi veinte años y nada ha cambiado.

—La modernidad tarda más en hacer su aparición en los pueblos perdidos entre las montañas.

—Supongo. —Roberto esbozó una sutil sonrisa y pareció volver en sí. Se colocó frente a ella y le dedicó una sonrisa abierta. Michela también sonrió con alegría—. No creo que hoy tengamos tiempo; sin embargo, mañana te llevaré a un lugar donde sí que podrás contemplar la puesta de sol más sobrecogedora que presenciarás en tu vida. Vamos, que debes de tener hambre. Te he dejado completamente abandonada. Lo siento. —Le tendió una mano que ella tomó sin dudar.

Caminaron entrelazados y cuesta abajo en dirección a la casa. El fragrante olor a campo y un aroma algo dulzón, que no lograba descifrar, se extendía por el aire e insuflaba sus pulmones de oxígeno puro. Michela tomó una honda inspiración antes de hablar.

—¿Bromeas? Estoy fascinada con todo esto. Lorettana es muy divertida y elocuente. Estoy deseando probar el vino que elabora tu familia. Aunque, si te soy sincera, no logro imaginarte de niño recogiendo uvas y escachándolas en esos enormes barriles de madera.

—No es tanto así. El proceso se ha modernizado bastante. Todo esa parte se ha mecanizado. Aunque la vid se sigue recogiendo a mano. El viejo siempre ha dicho que así se estropea menos y sabe mejor. Que tiene más cuerpo.

Michela observó con recelo el perfil de la majestuosa casona de piedra amarilla con sus tres plantas, sus contraventanas de brillante madera pulida y las hermosas macetas con rojos geranios que adornaban cada una de ellas.

—¿Cenaremos en tu casa? ¿Con tu familia?

Roberto se detuvo y la hizo volverse para abrazarla apretándola fuerte contra él.

—No quiero que te preocupes por Isabella.

—¿Así se llama la madrastra malvada?

Roberto asintió y besó su cabello.

—Tú, ignórala. Cenaremos solos. Te prepararé algo en la cocina. Isabella acostumbra a cenar en el comedor con toda la pompa, la familia alrededor de la mesa y las mujeres que entran y salen con bandejas de plata. Todo muy formal. Infumable. Jamás asoma la nariz por las cocinas. Confía en mí. Allí no nos va a ir a buscar.

—Esa mujer es una esnob estúpida. —Ante el silencio de Roberto, decidió cambiar de tema—. ¿También sabes cocinar?

—Pues claro que sé cocinar. ¿Tú, no? Anda, vamos.

—Mi madre lo intentó, aunque no es algo que me apasione. Aprendí lo básico cuando me independicé: tortilla francesa, macarrones con tomate. ¡Ah!, y los bocadillos de calamares. Me vuelven loca y me quedan muy ricos. Es lo único que me sale decente.

Roberto soltó una carcajada, sacudió la cabeza y tiró de su mano para llevarla a la casa.

—¡¡¡Lorettana!!!

La mujer que subía con pesadez las escaleras voló por el pasillo y se detuvo bajo el umbral de la puerta. Isabella Cottini, que contemplaba las maletas sobre la cama como si pudieran cobrar vida y lanzarse a por ella, la fulminó con la mirada cuando vio su corpachón asomar por el umbral.

La mujer resollaba, se recolocó el delantal, que se le había torcido de la carrera que se pegó para llegar cuanto antes y asintió con la cabeza.

—Mande, *signora* —jadeó Lorettana.

—¿Por qué están los bolsos de la *signorina* en la habitación de mi hijo?

Lorettana alternó una mirada confundida entre los bultos y el rostro encendido de su señora.

—Así lo dispuso el señor, doña Isabella.

—Dime, Lorettana, ¿está casado con esa joven, acaso?

—No, que yo sepa, doña Isabella —musitó la mujer en voz baja.

—Esta es una casa decente, Lorettana. Ante todo exijo respeto. Quizás mi hijo venga de la capital y allí se dedique a llevar una vida

disipada. Aquí, en cambio, respetamos las tradiciones. Por favor, lleva las cosas de la señorita a la habitación de invitados. La verde. Imagino que será de su agrado. Tiene unas hermosas vistas al bosque. No podrá quejarse. Vamos, ¿qué haces mirándome como una lela? *Subito*.

—Sí, *signora*, como mande.

Lorettana se apresuró en cumplir con el mandado y salió del dormitorio arrastrando los bolsos.

Isabella se acariciaba el lóbulo de la oreja y observaba toda la operación con satisfacción.

Cuando la mujer abandonó la pieza, se acercó hasta un lateral de la cama. ¿Roberto habría visto ya su antigua habitación? ¿Qué pensaría al descubrir que todo permanecía igual? Se agachó y olisqueó su bolsa de viaje. Unas notas de un penetrante perfume masculino la hicieron suspirar. Pasó con reverencia las yemas de sus dedos por la suave superficie de cuero negro. Él había tocado esa misma maleta. Cerró los ojos y entreabrió los labios. Una de las últimas imágenes que guardaba de Roberto de pie, frente a ella, con una vieja maleta abierta de par en par sobre ese mismo colchón, la sobrecogió.

«—Hiciste un buen número allá abajo. Muy convincente. Están todos completamente escandalizados. No podrán volver a conciliar el sueño durante años. Espero que estés muy orgullosa. Estuve tentado de aplaudirte.

Isabella, con lágrimas en los ojos, se refregaba las manos con nerviosismo y contemplaba con espanto la destartalada maleta que él iba llenando con toda su ropa.

—Vuelve a mí y desmentiré lo que he dicho.

Roberto se había carcajeado de ella.

—¿Y qué le dirás a mi padre? —se mofó él—. ¿Que me lancé a por ti por error? ¿Que te confundí con otra, con alguna novia tal vez, y por eso te rasgué la ropa haciendo oídos sordos a tus gritos desesperados?

—Tú no tienes ninguna novia, ¿verdad que no? Oh, Roberto, ¿por qué me has obligado a hacer esto? Eres un crío impulsivo y estúpido. Vuelve conmigo, nadie te entiende como yo ni lo hará jamás, porque nadie te conoce como yo.

—Entonces sabrás que nadie me produce tanta repulsión como tú.

Los ojos azules de Isabella centellearon.

—¡Cállate!

Roberto se aproximó a la mujer. Le sacaba casi una cabeza, pero

la mujer era alta. Ella clavó una mirada atormentada y dolida sobre él.

—Detesto esta casa. Sin embargo, a nadie detesto como a ti.

Isabella pareció enloquecer, su rostro demudó en una mueca rabiosa y se lanzó a golpearlo y a arañarlo, completamente enfurecida.

—¡Mentira, mentira! Bastardo mentiroso. Estás loco por mí. Te gusta lo que te hago. Tu cuerpo no me miente. Eres hombre, no puedes negarlo. Eres mío. Yo te hice. Te enseñé todo lo que sabes.

Roberto, acostumbrado a sus arrebatos de ira, la asió por las muñecas con brutalidad y las llevó hasta la espalda, donde se las apretó, estirándole los brazos. Presionó un punto en su muñeca que sabría que la mataría de dolor. Sonrió divertido ante su mueca de sufrimiento.

—Durante un tiempo fuiste entretenida. Fue la novedad, supongo, me pillaste demasiado joven e ignorante. Ahora, si te soy sincero, resultas aburrida. Anodina. Además, el cuerpo se te está descolgando, Isabella. Yo que tú me plantearía pasar por un quirófano cuantos antes, si continuas con esta incorregible afición por los jovencitos.

—¿Te crees que no sé lo que estás haciendo? Ese juego lo inventé yo, bastardo ignorante.

—Cree lo que quieras. Ya sabes que no me gusta mentir. La verdad siempre es mucho más interesante. Eres una mujer inteligente, mírate en el espejo. Lo verás por ti misma.

—Te arrepentirás de esto. Te juro que si sales por esa puerta, no te permitiré volver.

—Eso espero. Gracias.

Pastriani la soltó, ella trastabilló y gimió. Se frotó las muñecas doloridas. Roberto le había dejado impresas las marcas de sus dedos en la piel. Pareció perder la razón cuando lo vio cerrar la maleta.

—¡Roberto!

El chico la ignoró y abandonó la habitación. Isabella se quedó paralizada. Todo se le había ido de las manos. Se había vuelto loca cuando la había rechazado una semana antes y se había negado a acostarse con ella. Se había enfurecido con él hasta el punto de no razonar. Y, para colmo, todo se había terminado de embrollar con sus estúpidos celos tras enterarse de que estaba manteniendo relaciones con otras chicas de su edad. Había perdido la cabeza. Impulsada por una rabia virulenta que la ahogaba hasta hacerla rechinar y arrasar con todo a su paso, había querido humillarlo y destruirlo. Sin embargo, lo único que estaba obteniendo era

destruirse a sí misma. Lo perdía. Lo último que ella deseaba era que él la abandonara. No se veía capaz de pasar un solo día sin él. Él lo era todo. La vida misma. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo podría detenerlo? Desesperada, salió corriendo tras él.

—Ven aquí, no hemos terminado de hablar. ¡Roberto!

Él hacía oídos sordos a sus palabras y avanzaba con determinación por el pasillo. Isabella se colocó delante de él cortándole el paso.

—¿Qué es lo quieres? ¿Qué pides para quedarte? Haré lo que tú quieras, seré lo que tú quieras. Si quieres verte con otras, no volveré a cabrearme. Te lo juro. ¿Quieres experimentar cosas nuevas? Está bien. ¿Quieres un trío? Sé que a los jóvenes os va eso.

Lo acepto. Sé que lo has hecho. Sé que te gusta. Roberto, por favor, habla conmigo.

Roberto perfiló una sonrisa fría, dejó la maleta a un lado y, con premeditada lentitud, se fue acercando hasta el lugar donde ella lo esperaba. A Isabella, las piernas le temblaron.

Se estremeció, excitada, y cerró los ojos cuando lo tuvo encima.

—Un consejo —para hablar se inclinó y le pegó la boca a la oreja. La mujer amaba el sonido de su voz, grave, susurrante. Lo amaba todo de él—: no supliques. Cuando lo haces, pierdes el encanto de bruja malvada que es la única gracia que tienes.

Acto seguido, se alejó de la mujer. Con un movimiento fluido de su mano, tomó la bolsa que echó sobre sus hombros y pasó por su lado. Isabella dio media vuelta y lo siguió.

—No me importa suplicarte. ¿Eso es lo que quieras, que te suplique? ¿Que te ruegue?

—Haz lo que te dé la gana, pero, por favor, hazlo en otro lado, porque no me dejas caminar.

—Roberto».

Se había ido sin despedirse de nadie. Ni aun de ella. Después de casi veinte años, recordar ese día la lastimaba como nada lo había hecho en toda su vida. Y hoy lo vería. Por fin, volvería a verlo.

Los vehículos aguardaban con los motores encendidos. Se resguardaban del aguacero que cubría la ciudad en el interior de un garaje comunitario cualquiera en un complejo de edificios de reciente construcción.

Salvatore le hizo una señal a su primo, Enzo Barreta, que bajó el

cristal presionando el botón del mando eléctrico de la ventanilla. Al mismo tiempo, el coche frente a ellos hizo lo propio. El cristal dejó al descubierto el rostro visiblemente perturbado del coronel del Arma Lorenzo Pavianti, que alzó la cabeza en señal de saludo.

—Ya está todo arreglado con Romano, me faltas tú —habló Barreta, y apoyó el codo en el hueco de la ventanilla.

—¿Y qué es lo quiere de mí? —preguntó con la voz gruesa, haciendo alarde de una actitud despreocupada que en modo alguno sentía.

—Que mantengas a tus niños ocupados en otros asuntos.

—Es lo que hago.

—No veo que pongas un excesivo empeño. Francamente, estás agotando mi paciencia. Te pago una nómina para algo.

Lorenzo Pavianti se frotó la boca.

—Algunos son rebeldes y van por su cuenta.

—Algo de eso he oído. Eres un maldito incompetente.

—Pastriani no es un tipo fácil de controlar, don Salvatore.

—¿Pastriani? ¿Roberto Pastriani?

Lorenzo arrugó el ceño, sorprendido de que el *boss* conociera santo y seña de su teniente.

—Sí, ese es. ¿Lo conoce?

—Anda metido en turbios asuntos tu niñito malcriado. Tenemos con él una cuenta pendiente.

—El niñito malcriado es un tipo de cuidado. No lo subestime. Es astuto, muy inteligente y lo peor es que no renuncia, jamás se da por vencido. Lo tendrá pegado a su culo hasta que consiga atraparlo. Y lo hará. Fue militar en los SAS, especializado en atrapar a personajes de lo más escurridizos. Uno de los pesos gordos dentro dell'Arma lo observó en Livorno adiestrando a los GIS. Quedó impresionado con su destreza y lo convenció para prestar servicio en el ROS. Por eso ese cabrito hace lo que le da la gana y no rinde cuentas ante nadie.

—Sería interesante convencerlo para que se una a nuestra causa si tan bueno es en el desempeño de su trabajo. Me hacen falta hombres así. Inflexibles.

Pavianti soltó una carcajada seca y encendió un cigarro.

—Pues le deseo suerte con eso.

—No es cuestión de convencerlo, sino de hallar su talón de Aquiles y explotarlo.

—Nunca le he descubierto alguno. —Exhaló el humo entre los labios.

—Y por eso tú trabajas para mí, Lorenzo. Eres un hombre con

una mente simple. Pásame todo lo que sepas de ese hombre. Ya veré yo si me interesa conservarlo.

Los dedos que sostenían el tabaco temblaron ligeramente. Pavianti asintió con un gesto imperceptible y subió la ventanilla. Mejor Pastriani que él, se dijo con practicidad. Había intentado alejarlo de todo eso, sin embargo, ese crío cabezota insistía e insistía, indagando y metiendo las narices en cosas que excedían a su control. Esperó quince minutos después de que el coche de Barreta abandonara el garaje y salió de allí. Había días que odiaba habitar su propia piel.

—No había imaginado lo *sexy* que podía resultar verte amasar harina.

La sombra de una sonrisa asomó a los labios del hombre, que no levantó la cabeza de lo que estaba haciendo. En vaqueros, con una sencilla camiseta blanca de manga corta, los pies descalzos y un viejo paño de cocina sobre el hombro derecho, Roberto Pastriani se le antojaba el bocadito más delicioso que pudiera probar en esa cocina. El estómago le rugía y Michela no sabía a qué respondía en realidad. Desde su posición, sentada en una silla, frente a la enorme mesa de madera en el centro de la estancia, fijó su atención en el juego de cacerolas de cobre y espumaderas que colgaban en ganchos sobre la cabeza de Roberto. Se trataba de una típica cocina de campo, con sus techos artesanales de vigas, un ancestral horno de piedra de cantería y una pequeña cocina de leña con bisagras de bronce. Macetas con hierbajos y cuencos de barro salpicaban cada repisa de la estancia. Una lustrosa alacena en una esquina, inundada con diferentes tipos de vajillas de porcelana, completaba la equipación de la cocina. Roberto, en medio de tanta rusticidad, se veía muy relajado trabajando sobre la masa. Primero, había mezclado agua con levadura y sal en un bol, lo había revuelto con un tenedor varios segundos. Después, había pillado diferentes harinas que conservaban en unos enormes tarros de cristal cerrados herméticamente y las había mezclado con el agua. Ahora se estaba dedicando a trabajarlas sobre una superficie embadurnada de harina, en la encimera de la cocina.

—Michela, deja de mirarme así o te vas a quedar sin cenar...

Michela, con los codos apoyados en la mesa y una actitud adormilada, ignoró el comentario.

—¿De dónde dijiste que es la receta?

—No lo dije. Esta receta, en concreto, es del lugar donde preparan las mejores *pizzas* en todo el planeta: mi pueblo. La receta es endémica en esta zona. *Pizza al taglio*. Me la enseñó un viejo amigo. El chef Paolo Sabatini, que en la actualidad trabaja en el famoso restaurante Pastriani. Ha conseguido una estrella Michelin.

Michela se enderezó y abrió grande los ojos.

—¡Posees un restaurante con estrella Michelin! ¿Y qué demonios hacemos aquí? Quiero cenar en ese restaurante y que Paolo Sabatini me prepare una *pizza al taglio*.

Roberto alzó la cabeza en su dirección, elevó las manos enharinadas y arqueó una ceja. Tomó un puñado de harina de uno de tarros y la lanzó en su dirección.

—Calla, traidora.

Luego siguió a lo suyo, aplastando la masa con movimientos circulares de sus nudillos y amasándola después con las yemas de los dedos y la palma de la mano. Trabajaba con velocidad y destreza. Había cierta técnica ancestral en la manera en que sus manos se movían sobre la masa. Desde luego, no era la primera *pizza* que elaboraba. Michela lo contemplaba embelesada.

—El restaurante es de mi padre y de mis tíos. Yo me desentendí de todo el negocio familiar. Me dediqué a la carrera militar.

—¿Militar? ¿Es necesario hacer la carrera militar para ser policía?

Roberto la miró de reojo, antes de hablar.

—Fui soldado en el Ejército británico.

Michela lo contempló de hito en hito, estupefacta.

—¿Cómo?

—A los diecinueve años me enrolé en el Ejército de su graciosa majestad. De todas formas, hubiera terminado haciéndolo aquí. Es necesario pasar tres años en las fuerzas armadas italianas antes de ingresar en la escuela de *carabinieri*.

Michela elevó una mano al frente y negó con la cabeza.

—Espera, espera, ¿cómo que te enrolaste en el Ejército británico? No entiendo nada... ¿No es necesario ser inglés para entrar en el ejército? ¿Eres *carabinieri*? Creí que eras policía. Lukas cree que eres policía.

—Lukas sabe dónde trabajo. También sabe que soy un oficial de los *carabinieri*. Y soy inglés, Michela. Nací en Inglaterra y mi madre era inglesa. Luego, siendo muy pequeño, nos trasladamos aquí. Tengo doble nacionalidad.

—¿Por qué me has mentido?

—Más que mentir, omitir la verdad.

Michela entrecerró los ojos, molesta.

—Es lo mismo.

—Según cómo se mire.

—No lo tergiverses y no me cambies de tema. ¿Por qué me has mentido?

Roberto introdujo la masa en el bol, la aplastó y la cubrió con papel film transparente y un paño de cocina. Se lavó las manos, las secó con un paño y luego se sentó a la mesa, en una silla idéntica a la que ella estaba sentada. Se colocó frente a Michela y se frotó la barbilla.

—Nunca hablo con nadie acerca de mi profesión. Tampoco lo hice con Lukas. Él se enteró por otros medios.

—No suena nada bien que alguien no pueda hablar de lo que hace para ganarse la vida.

—Lo sé.

—Y no me vas a contar nada.

—No.

Michela se cruzó de brazos y apretó los labios; le temblaban también las manos. El corazón le latía fuerte en el pecho y no le gustaba el barullo de sentimientos que las palabras de Roberto le estaban provocando por dentro. Por un lado, se sentía dolida, inmensamente dolida. Más que eso, se sentía menospreciada y ninguneada. Ella se había abierto en canal a él. Ese hombre lo sabía todo acerca de ella. Mientras que él la había apartado de forma sumaria y tajante de una parte fundamental de su vida. Por otro lado, también por primera vez, experimentó miedo por él. Miedo real. ¿Qué es eso que haces sobre lo que no puedes hablar con nadie? El pánico irracional por perderlo la estaba asfixiando.

—¿Y qué? —espetó rabiosa—. ¿Cómo funciona esto? Un día, un oficial se presentará en la puerta de mi casa y me informará de que has aparecido abandonado en alguna cuneta con un tiro en la frente.

La expresión en blanco en el rostro de Roberto y la mirada serena que le devolvía la inquietaba, la aterraba. Por encima de todo lo demás, la enfurecía. Sentía que más que unos pocos centímetros de madera, en ese instante, los separaban los kilómetros de viñedos, el lago di Garda y todo el jodido macizo montañoso de los Alpes.

—Espero que no. Me gustaría morir de viejo en tus brazos.

Michela golpeó la mesa con la palma de su mano.

—¡No te burles de mí!

—No lo hago, cariño. —Extendió los brazos para tomar sus manos. Ella no se lo permitió—. Quita ese ceño, por favor. Michela, no sufras por mí.

—Estoy imaginando los peores escenarios. ¿Eres de esos que salen en las noticias, cubierto con pasamontañas y chalecos antibalas?

—No vamos a hablar de esto. Ven, déjame abrazarte.

Michela hizo la silla hacia atrás y se levantó. Se colocó detrás de ella. Parapetada tras el muro infranqueable que formaron sus brazos alrededor de su cuerpo.

—No. No puedo. No hace falta que te molestes con la *pizza*, se me han quitado las ganas de comer.

—Michela, por favor, siéntate, estás exagerando las cosas...

—Por eso viajas tanto, ¿no? ¿Tampoco me puedes decir dónde trabajas en Roma? Yo te estuve buscando... ¿Eso también es secreto?

Roberto suspiró.

—En el Talamo.

Michela tragó saliva y parpadeó para ahuyentar las lágrimas.

—¿Perteneces al ROS? —lo expresó en un gritito agudo y desafinado que la avergonzó. Se llevó una mano a la boca y ya no pudo contener las lágrimas. El amor de su vida perseguía a los peores criminales del país—. Discúlpame —logró musitar tras varios segundos. Se volvió nerviosa e insegura y buscó la puerta. Tenía que salir de allí. Roberto la imitó, bordeó la mesa y la tomó por el codo.

—Michela, por favor, escúchame.

Ella forcejeó, él la soltó y se llevó las manos a las caderas.

—No, ahora no. Me siento engañada. Me has tomado por una soberana imbécil. Entiendo que no puedas hablar de tu trabajo. Vale. Pero que me lo hayas ocultado me duele. Me haces sentir como si fuera una niña pequeña a la que hay que omitirle las cosas importantes.

—Por favor, no pienses así. Lo siento. Jamás te he tomado por imbécil. Por favor, vamos a hablarlo.

—¡Dijiste que no podías hablarlo! No, en realidad lo que dijiste fue que no querías hablarlo y punto. Yo ahora estoy confundida y dolida. Necesito tiempo. Voy a dar una vuelta.

—Michela, no sabes ni dónde estamos, ¿a dónde vas a pasear?

—¡No soy ninguna tarada! —explotó ofuscada—. Si me pierdo, pregunto.

—No salgas de aquí. Camina por los viñedos y no se te ocurra

abandonar la propiedad.

—No se te ocurra abandonar la propiedad —lo imitó ella impostando su voz—. Ahora comprendo de dónde te viene ese afán por mangonearme todo el tiempo. Pues yo no soy uno de tus soldados, ¡te queda claro! Iré donde me dé la real gana y, si me pierdo y te preocupas, te jodes. ¡Así son las cosas!

Roberto se frotó la cara con la mano y dejó escapar un suspiro.

—Michela, sé razonable. Te estás comportando como una cría con pataleta.

—Eres imbécil, Roberto. Tal vez me comporto como una cría porque me tratas como una. Dio media vuelta y se largó de allí envuelta en un halo de furiosa dignidad ultrajada.

Roberto, olvidando por completo la masa de la *pizza*, atravesó las puertas de la cocina y se dispuso a seguir a Michela. Lo haría con discreción. Quería dejarle el espacio que necesitaba, pero no iba a permitir que se perdiera por el bosque. Mujer cabezota, insufrible y terca.

—Creí que te habíamos inculcado ciertas nociones de urbanidad, Roberto.

La voz de Isabella Cottini a sus espaldas le terminó de agriar el humor. Roberto apretó los dientes y se dio la vuelta. Justo aparecía en el peor momento posible. Isabella, con un cigarro entre los dedos, y su hermana Bárbara, sentada a su lado, lo observaban con sendas expresiones de incredulidad. Iluminadas por dos pequeños plafones que colgaban del techo, asemejaban dos cuervos negros. Unos estirados y con ropa de marca, de largas melenas lisas aplastadas sobre los cráneos y rostros casi idénticos, cetrinos y serios. Sentadas en una postura similar y con las piernas cruzadas parecían dos figurantes de una película de terror. Pastriani inclinó la cabeza hacia adelante, en un gesto de burla, y les dedicó una sonrisa ladeada.

—Buenas noches, Bárbara.

—Roberto, un placer volver a verte.

Isabella tomó aire y se humedeció los labios. Aferró el tabaco entre los dedos. Se le había cerrado la garganta de golpe. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por permanecer indiferente frente a él. Nada podía haberla preparado para el impacto que la sobrecogedora belleza madura y rotundamente masculina de Roberto le provocó en el cuerpo entero. Experimentaba temblores y calambres que la recorrían de arriba abajo. Impostando una actitud fría, tomó una calada y miró por encima del hombro de él, sofocando una risilla.

—Un poco niñata tu prometida, ¿no? —comentó divertida exhalando el humo. Bárbara se echó a reír.

Roberto entrecerró los ojos.

—Si me disculpan.

No tenía los ánimos ni la necesidad de enredarse en una discusión con ninguna de las dos arpías. Giró sobre sus pies y comenzó a caminar por la hierba. Isabella lo seguía con la mirada devorando cada centímetro de su soberbia figura, tan sólida y varonil. Le robaba el aliento.

—Llegas a mi casa y no te molestas en saludar a la familia. ¿Ya viste a tu padre moribundo? —le espetó para detenerlo. Anhelaba un enfrentamiento con él, lo que fuera que lo hiciera volver a ella —. Veo que no te enseñé buenos modales. Entras y deambulas por todas partes como un vulgar chucho callejero.

Pastriani abrió la boca para replicar lo que pensaba de los chuchos callejeros y sus costumbres, pero cambió de opinión, se detuvo y volvió sobre sus pasos. Se acercó hasta el porche. Las dos permanecían sentadas. Bárbara abrió la boca en una O perfecta ante la seductora hostilidad de Roberto. Isabella ahogó un jadeo cuando la tomó del codo y la levantó de forma brusca para quedar cara a cara. La mujer parpadeó y entreabrió los labios, asombrada de la facilidad con que la había hecho ponerse en pie, como si no pesara más que una criatura. El tabaco se le había escapado de las manos.

—Para que veas que no soy del todo grosero, te lo advierto desde ya. Mantente alejada de mí y a kilómetros de ella. No te interesa iniciar ningún jueguecito conmigo. La molestas con cualquier absurda minucia y te aplasto como a un insecto. Y no te sulfures, ya mandé trasladar mis cosas a la habitación de invitados. De cualquier manera, la cama de mi antiguo dormitorio se me ha quedado estrecha. Has sido muy amable. Nos gustan mucho las vistas. Todo un detalle por tu parte.

Isabella, obnubilada y profundamente mortificada por el irresistible influjo que él ejercía sobre ella, tragó saliva.

—Esta es mi casa, Roberto. En mi casa se guardan las formas. Deberás dormir en otra habitación. Ella aún no es tu esposa.

—Te equivocas. Esta es mi casa. También la de Catia, y te permitimos vivir aquí porque eres la esposa de mi padre, el moribundo. Así que te aconsejo que guardes las formas delante de mí y mi prometida. Buenas noches.

Michela, impaciente y mortificada, daba vueltas por la cama.

Extrañaba la suavidad de las sábanas de la casa de Roberto en Roma. También la firmeza de aquel colchón. En este, se hundida. Era demasiado blando y la ropa de cama, áspera, le raspaba la piel. Tampoco le entusiasmaba el aroma que la rodeaba, demasiado floral para su gusto. Nunca le había agradado el olor a mandarina. ¿Y a quién pretendía engañar? Lo extrañaba a él. Con desesperación. Permaneció quieta, congelada en su sitio y contuvo la respiración cuando escuchó el clic de la puerta al abrirse. Miró por encima de las sábanas y colchas y distinguió la silueta de Roberto que se perfilaba a contraluz desde el umbral de la puerta.

—¿Puedo entrar?

Michela se incorporó en la cama. Con las prisas, la camiseta de su pijama se le enredó entre las colchas y le apretó en el cuello, ahogándola. La muchacha le dio un tirón a la prenda y nerviosa buscó a Roberto con la mirada. Tragó saliva y asintió con la cabeza. Cuando comprendió que era imposible que él la viera, pues la habitación estaba sumida en las penumbras, habló en voz baja.

—Sí, por favor.

—¿Prefieres que pase la noche en otro sitio?

Michela parpadeó, algo contraria por la pregunta de él, y se humedeció los labios.

—¿Qué? No ¡No!... ¿Lo prefieres tú?

Roberto traspuso la puerta y la empujó tras él. Cerró con llave y se apoyó contra la madera. La habitación quedó completamente a oscuras. Michela no veía nada, solo era capaz de distinguir el bulto oscuro y enorme que formaba el hombre contra la puerta. Intentó calcular dónde quedaba la mesilla de noche, pero temía caerse de bruces en su intento por dar con la lamparilla, así que se mantuvo en la misma posición. También fue dolorosamente consciente de que él no había contestado a su pregunta. ¿Y si lo había cansado con sus reclamos infantiles? Después de andar y andar hasta que experimentó pinchazos en las piernas y quemazón en los pulmones, comprendió, como le había echado en cara Roberto, que se había comportado como una cría con pataleta. Su berrinche no había sido más que un exabrupto producto del miedo a perderlo. Él tenía todo el derecho del mundo a no hablar de su trabajo, ya fuera porque no pudiera o no quisiera hacerlo. Y quizás tampoco se lo permitieran. Había vuelto a la casa desinflada, deseosa de hallarlo y hacer las paces, pero él había desaparecido. No lo había encontrado en la cocina ni alrededores, y no se atrevía a aventurarse por los pasillos sinuosos de esa casona. Afligida y muy cansada, se había dirigido a la única zona que le era familiar: el cuarto de invitados verde, en la

segunda planta.

—Por favor, Roberto, ven a la cama... —Alargó una mano implorante en su dirección.

Roberto dejó caer la cabeza y se resignó a que siempre iba a ser así con ella. ¿Qué cualidad poseía su voz que lo conminaba a obedecer cualquier absurda minucia que pidiera? Ella le decía «ven» y él atravesaría el mismo infierno por llegar hasta su lado. Y si le hubiera dicho: «Por favor, Roberto, tírate al suelo y lámelo», le hubiera hecho el gusto igual de feliz.

Antes de que ella pudiera volver a rogarle, ya lo tenía encima. Michela ahogó un sollozo y el cuerpo entero sufrió una sacudida cuando las manos de él se enredaron en sus cabellos, tiraron hacia atrás su cabeza y la ciñó contra su cuerpo aplastándola contra la calidez de su piel y la dureza de sus músculos. Ambos permanecían de rodillas en mitad de la cama.

—Lo siento, lo siento, perdóname... Me asusté tanto —lloriqueó Michela aferrada a su cuello—. Tengo miedo, Roberto, me da mucho miedo... No quiero perderte. No podría soportarlo...

—Michela...

Roberto, conmovido por la angustia de su súplica expresada con esa vocecilla atormentada, le buscó la boca con un hambre apenas disimulada. Se ancló a sus labios y jadeó cuando sintió la esponjosidad de su lengua abriéndose paso y enredándose en el interior de su boca. Se besaron con apremio, un poco desquiciados los dos. Cayeron sobre el colchón y Michela quedó enterrada bajo el peso de él. Abrió las piernas para acomodarlo entre sus muslos deleitándose con la solidez de sus formas masculinas que ceñían a la perfección cada curva de su cuerpo. A veces le daba por pensar que ella había sido hecha para encajar en él y solo en él. Michela apretó las rodillas en torno a su cintura y comenzó a mecer la pelvis bajo sus caderas, frotándose contra su pesada erección. Inquieta y nerviosa, buscaba dar salida física al temor, la frustración y la odiosa incertidumbre que se había apoderado de ella desde que había puesto un pie en esa casa. Gemía descontrolada, mientras se iban arrancando el uno al otro la ropa. Roberto zigzagueaba por su cuerpo y la obligaba a girar a un lado y a otro, según lo que se le antojara hacerle. Le lamía la cara interna del brazo o le torturaba el sexo con sus dedos hábiles, le chupaba la carne mórbida de un pecho, raspando un arrugado pezón con su incipiente barba, succionándolo con fuerza o apretándolo entre los dientes hasta hacerla gritar con el dolor y el placer que experimentaba. Ella le seguía el juego y también lo lamía y mordía allá donde alcanzara.

De repente, la giró en el colchón para clavarle los dientes en el cuello y masajearle los músculos de la espalda, ella sofocó la risa y seguía riéndose cuando se dio la vuelta y manoteó hasta dar con su erección. La rodeó con sus manos y acarició el glande con dedos juguetones hasta que Roberto comenzó a resollar y jadear. No comprendió cómo las cosas se le fueron de madre, en un segundo ella estaba deseosa por saborearlo y al siguiente vio cómo la cabeza de él se perdió entre sus muslos abiertos y su lengua cálida y demandante se ocupó de apaciguarla.

Una sombra oscura rondaba las paredes blancas de las amplias habitaciones de esa casa, los pequeños recovecos del viejo suelo enlozado y los innumerables cuadros rupestres que adornaban cada metro cuadrado de esa villa, había pensado Michela unas horas antes mientras atravesaba la planta baja para llegar al dormitorio. Esa sensación era la que le impedía relajarse y actuar con naturalidad. Solo Roberto lograba traerla de vuelta, anclarla a un puerto seguro y proporcionarle el consuelo silencioso que ella solo sabía transmitir con zozobra, gritos y berrinches. Él se lo prodigaba con largueza, amor infinito y una pasión que la sumía también en una pesadumbre inquietante. Porque esa necesidad acuciante que vivía por él le pesaba como una losa en el corazón. ¿Y si él se cansaba un día de ella y sus pataletas de cría? ¿Y si le metían un tiro en la cabeza? Cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza ante el horror de ese pensamiento.

El clímax la pilló de imprevisto, chilló el nombre de él y convulsionó sobre la cama. El orgasmo no se limitó a devorarla durante unos pocos segundos, sino que se expandió por cada una de sus terminaciones nerviosas hasta provocarle temblores que la sacudieron y la hicieron prorrumpir en gritos y alaridos, porque Roberto, fiel a su costumbre, no la dejó perderse en esa marea infinita de sensaciones y continuó estirando su propio éxtasis al penetrarle la vagina y el ano al mismo tiempo. Inclinado sobre su espalda, le susurraba cuanto disparate se le cruzaba por la cabeza y la animaba a seguir gritando y chillando. Ese placer delirante que solo experimentaba con él y por él arrasó con todos sus juicios, sus miedos y dudas... y dejó que terminara de ahogarla.

Bárbara Cottini se había asegurado de dejar a la histérica de su hermana acostada en la cama y la había obligado a tomarse una

pastilla para dormir antes de seguir a Roberto, que primero se había dedicado a perseguir por los viñedos a esa estúpida noviecita que se había traído de Roma y luego, mucho más relajado, una vez que ella hubo entrado a la casa, se había dedicado a contemplar abstraído durante más de media hora, el pueblo que se extendía frente a él. En ese momento, inclinada sobre el dintel de la puerta de invitados de color verde, se masturbaba con frenesí y sofocaba mordiéndose los labios, sus propios gemidos ansiosos mientras escuchaba los gritos y súplicas femeninas y los gruñidos salvajes de él. Recordaba lo que era tener a ese hombre follándola como un animal. Sabía lo que se sentía, lo que te provocaba en el cuerpo. Jamás había vuelto a disfrutar de un amante como él, intenso, exigente, devorador... La había arruinado para cualquier otro. Curvó la espalda cuando llegó al alivio y respiró pausadamente hasta serenarse. Se mantuvo expectante. Sin embargo, ya no se escuchaban los gemidos sexuales de los amantes. Dejó escapar un suspiro y se olisqueó la mano. Siempre le había gustado el aroma ácido de su propia liberación, la enardecía. Se recolocó la ropa y caminó hasta su propio dormitorio sintiéndose algo incómoda, porque no había logrado sofocar del todo la rabiosa oleada de excitación que la había dominado, tras escuchar las cópulas salvajes que habían compartido esos dos. Las ganas solo se las aliviaría el responsable de su estado: Roberto Pastriani. Habían transcurrido cinco meses desde la última vez que lo había invitado a su casa. Esa vez, la última, había planificado una coqueta escapada a la Toscana con él para celebrar su cumpleaños, pero cuando llegó la noche de la celebración, Roberto se había mostrado esquivo y arisco. Al final, y después de una breve conversación en la que él terminó irritado con ella, se había largado de la fiesta en el restaurante de la vía Portuense, con un humor de perros y sin despedirse de ella.

La bomba del día había sido descubrir que estaba prometido. ¿Quién demonios sería esa muchachita? ¿Se había prometido con una chica en menos de dos meses? Se le antojaba difícil de digerir en un hombre como Roberto. Frío y desapegado. Tenía que averiguar quién era ella y por qué la había presentado como su prometida. ¿Sería una manera de mantener lejos a Isabella? Negó con la cabeza. Roberto no necesitaba aparecer escudado con nadie. Le bastaba una mirada torva de esos penetrantes ojos verdes para que no se te ocurriera ni respirar a su alrededor. Además, la chica le importaba. De otra manera no se explicaba que hubiera perdido el tiempo vigilando todos y cada uno de sus pasos, mientras la muy imbécil daba tumbos entre los viñedos. Sí, debía averiguar quién

era para quitarse de encima a esa incómoda rival.

—¿Por qué te empeñas en el silencio? Me lastima, ¿acaso no me has perdonado?

Roberto cerró los ojos, enternecido por el disgusto con el que lo reclamaba. Besó una, dos y tres veces los labios húmedos y reblandecidos de Michela. Le volvía loco lo mullido que los tenía, también el ruidito ahogado que hacía ella con la garganta cada vez que se los mordisqueaba.

—No tengo nada que perdonarte, cariño —expresó arrastrando la voz mientras se dedicaba a recorrer con la punta de su nariz las mejillas femeninas.

Aún sobre el cuerpo caliente y resbaladizo de ella se dedicaba a hacerle carantoñas y mimos. Se acariciaban con ternura y se saboreaban con lentitud. Eran esos momentos, después del sexo, lo que le hacía comprender, sin ningún género de dudas, que lo que tenía con Michela era sublime, único y especial.

—Fui injusta contigo. Tú tienes derecho a decir o no decir, explicar o no explicar lo que te venga en gana. Y tenías razón, me he comportado como una cría con pataleta.

—Me gusta que te comportes como una cría con pataleta. Me encanta que cada vez que te cabreas conmigo, me grites y reclames como una loca. —Michela rezongó, pero no se opuso a que siguiera jugueteando con ella. Roberto sofocó una risita contra la piel de su cuello. Se acercó hasta su oído para hablarle—. Entre tú y yo no valen todas esas reglas de lo que se debe o no se debe hacer. Justo o no. Correcto o incorrecto. Tonterías. Tú puedes cabrearte, exigirme o echarme en cara lo que te venga en gana. Para mí, tú y yo somos uno.

—¿Y tú también lo puedes hacer?

—Creo que ya lo hago. —Le dio un beso rápido en los labios y se hizo a un lado—. Tengo que contarte algo que no quiero que te pille desprevenida.

Se estiró sobre la cama y se pasó las manos por los cabellos. Michela se inclinó, apoyándose sobre un codo, y lo observó expectante. Roberto le dedicó una mirada de reojo.

—Bárbara Cottini está en la casa.

—¿De qué me suena ese nombre? Bárbara Cotti… ¡Oh, es la antigua jefa de Lukas!

Roberto asintió y endureció la mandíbula.

—¿Aquí? ¿En tu casa? ¿Y qué hace esa mujer en esta casa?

—Bárbara es la hermana pequeña de Isabella. Eminente abogada. Mi padre está por palmarla un día de estos. Ata cabos.

Michela se incorporó y se quedó mirando a Roberto, anonadada.

—Dios Santo. ¿Por eso estabas allí, en la fiesta de su cumpleaños?

Roberto le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Acudiste a la fiesta de cumpleaños de la hermana de la mujer que te violó siendo un niño?

Roberto se echó a reír y se frotó la cara con la mano.

—Joder, expresado así suena como un trabalenguas muy desagradable.

—Es muy desagradable. ¿Qué te puede unir a esa mujer? ¿Ella sabe lo que te hizo su hermana?

—Creo que necesito sentarme para mantener esta conversación. —Roberto se acomodó sobre la cama y apoyó la espalda contra el cabecero de madera cruzándose de brazos—. Cuando volví a Italia en el 2004, estuve un tiempo en Livorno y luego me instalé de forma definitiva en Roma. Ya sabes, por mi trabajo. —Michela asintió—. Me topé una noche con Bárbara de pura casualidad. Ella también trabajaba en Roma y coincidimos en un restaurante...

La respiración de Michela se había vuelto errática.

—Os hicisteis amantes —lo interrumpió ella—. ¿Eso es lo que te cuesta decirme?

—No me cuesta, Michela, pero no quiero que te afecte ni te haga sufrir. Es agua pasada.

No tiene ninguna relevancia para mí y no quiero que la tenga para ti.

—Esa noche... en su cumpleaños, ¿estuviste con ella?

Roberto entrecerró los ojos y la observó con atención, ¿a dónde querría llegar ahora esa mujer?

Michela tragó saliva y acomodó las sábanas en torno al pecho. Se sentía muy expuesta hablando de esas cuestiones desnuda en una cama, en la casa donde también se hospedaba esa mujer.

—Michela, ¿tú me escuchas cuando te hablo?

—Siempre.

—No, no. No menees tanto esa cabecita. ¿Acaso no recuerdas que te dije que desde que te vi en casa de Lukas no volví a tocar a ninguna otra mujer?

Michela lo fulminó con una mirada rabiosa.

—Mentira, te acostaste con Lucianna Petra.

—Eso fue después, cuando me mandaste a paseo después de que nos besáramos en el hospital.

—Tenía pareja —matizó enfadada—, no podías pretender...

Roberto colocó un dedo sobre sus labios.

—No vamos a volver a eso. Solo quería explicarte lo de Bárbara para que no te lleves una sorpresa desagradable. No quiero que te acerques a ninguna de esas dos. Son tóxicas y envenenan todo lo que tocan.

—Lukas siempre decía que Bárbara era una excelente profesional.

Roberto resopló.

—Lukas se refería a su trabajo —expresó con fastidio—. Y lo es. Es competente en lo que hace y también es una zorra de cuidado. Por eso no quiero que estés cerca de ella. Además, me mosquea que haya estado siguiéndome.

Michela arrugó el entrecejo, contrariada.

—¿Siguiéndote?

—Yo te seguía a ti, porque no quería que te alejaras mucho. Y ella se dedicó a perseguirme a mí. Quizás te la topes si abres la puerta.

—¡Está ahí fuera! —siseó incrédula al tiempo que disparaba la cabeza hacia la puerta, para luego volver a observar a Roberto—. ¿Mantienes una relación con una mujer que consideras que es tóxica, que envenena todo lo que toca? ¿Y por qué me seguiste? Me ofende que no confíes en mí.

—Michela, por Dios, ¡de qué relación hablas! Solo era sexo. Y confío en ti siempre. No me fío tanto de tu coordinación para no terminar perdida de noche en medio del bosque.

—¡Ah! Eres el hombre más arrogante e insufrible que he conocido jamás. ¿Cómo puedes decir «solo era sexo»? No lo soporto. Me molesta que la gente diga «solo es sexo», como si fuera una nimiedad... cualquier cosa...

Roberto se acercó, le habló mirándola a los ojos y en voz baja.

—Contigo jamás podría ser *cualquier cosa*. Contigo *es* la única cosa. Lo más hermoso que existe. Te molesta tanto porque tú te entregas completamente. No entiendes que para otros solo les suponga un alivio momentáneo. Eres un alma pura y cándida. Oh, Michela, mi dulce Michela. Eres tan buena, tan inocente. Me conmueves, me vuelves loco. No eres capaz de entender que haya tanta maldad en el mundo, tanta inmundicia.

—Sí que la veo, ¿por qué te empeñas en decir que soy inocente? No lo soy. Ni tampoco un alma pura, mucho menos cándida. ¡Qué estupidez! Soy la persona más rotundamente humana del mundo. Tengo malos pensamientos y malos sentimientos.

Roberto perfiló una sonrisa torcida y arqueó una ceja.

—¿Sí? ¿Muy malos? —le guiñó un ojo—. Cuéntamelos...

—No te burles de mí. Me jode cuando no me tomas en serio.

Roberto se inclinó hacia adelante y le acarició el lóbulo de la oreja con la punta de la nariz.

—Siempre te tomo en serio. Oh, muéstrame todos esos malos pensamientos que te torturan la cabecita. ¿Has tenido malos pensamientos conmigo? ¿Han sido muy tórridos?

Michela elevó la barbilla y se cruzó de brazos.

—Especialmente contigo. No pongas esa cara de engreimiento. Ah, eres insoportable. No sé para qué te cuento nada. —Roberto la tomó de la muñeca—. Déjame, Roberto. Estoy enfadada.

—Tú y tus palabrejas: engreimiento. Así que pongo cara de engreimiento y estás muy enfadada, ¿sí? —Le rozó un pezón con el pulgar—. Si te toco aquí, ¿te cabreas más?

Michela le palmeó en la mano.

—¡Basta, estate quieto!

—Me has puesto duro.

—Tú vives con una erección permanente. Que no me toques te digo.

—Es lo que tiene que duermas en mi cama. Eres imposible de resistir. —Ante la expresión resuelta de ella, Pastriani resopló y se echó hacia atrás—. ¿Ahora por qué estás enfadada?

—¿Te crees que eres el único aquí que tiene celos? Bárbara, abro comillas: «Esa zorra de cuidado», cierro comillas, te ha visto desnudo y te ha tenido entre sus brazos. Me vuelvo loca de pensarlo.

—Cariño mío, no sientas celos de esa mujer. Fue hace mucho.

—*Ni tan mucho.* Solo han pasado unos pocos meses.

—Y entonces, ¡yo qué hago! —le expresó él con una ironía soterrada que escondía sus propias inseguridades—. ¿Me subo por las paredes? ¿Me tiro por un puente? Hasta ayer, como quien dice, te has estado acostando con otro hombre.

—Pues te equivocas, don Enterado.

Roberto se la quedó mirando con un gesto contrariado, abandonó su postura relajada.

—¿Cómo que me equivoco?

Michela parpadeó incómoda por lo que acababa de soltar, se desinfló por completo, se replegó y apretó los labios. Volvió la vista hasta la ventana del dormitorio, porque no se veía capaz de enfrentar la mirada pertinaz de Roberto Pastriani. Había hablado demasiado. ¡Bocazas! No quería contarle esa intimidad. Le dolía por

Lukas.

—No, no, nada —balbuceó incómoda.

Roberto echó el torso hacia delante, la tomó de la barbilla y negó con la cabeza.

—No, nada no. Ahora me lo explicas.

—No puedo. Son cosas que pertenecen a otra persona.

—¿En qué me equivoco, Michela?

Michela giró el cuello y lo contempló rabiosa.

—Yo tampoco intimé con —tragó saliva— él desde la noche que te conocí.

Roberto la soltó de forma brusca, abrió la boca, la volvió a cerrar y, luego, simplemente, sonrió. Comenzó como un sutil movimiento en las comisuras, algo apenas perceptible, y que se fue ampliando hasta que la sonrisa le comprometió incluso la mirada.

—Espera... ¡No has mantenido relaciones con Lukas desde mayo!

Michela agachó la mirada, incómoda y violentamente avergonzada.

Roberto se echó a reír.

—No seas cruel —musitó ella arrepentida de lo que acababa de confesar, se sentía miserable—. No soporto cuando eres cruel.

—Has dormido con él cada maldita noche y no le permitías que te tocara —hizo una pausa—, ¿por mí?

—No sigas. No te voy a explicar nada.

Roberto se arrodilló delante de ella y estiró las manos para asirla por la cintura ciñéndola a él. Michela se revolvió.

—¡Oh, Michela! No puedes hacerte la más mínima idea de lo que significa para mí oírte decir eso. ¿Cómo carajo pudo aguantarlo? —Meneó la cabeza y elevó las manos en un gesto de incredulidad—. Creo que ahora mismo admiro a Sabonis. Sinceramente. Te lo digo en serio. No me burlo. —Encerró su rostro entre las manos y le habló bajito con las frentes unidas—. Dios, Michela. No sé qué tienes, no sé cómo lo haces, pero cualquier gesto tuyo, el más absurdo, el más insignificante, me embelesa, me roba el aliento. ¿Acaso entiendes cómo te atesoro? ¿Lo que significas para mí? Dormir a tu lado y no poder abrazarte, tocarte, olerte, besarte, lamerte y perderme en ti hasta oírte gritar sería equiparable a vivir en el infierno.

Y Michela le permitió que la tumbara y le dejó hacer todas esas cosas y unas cuantas más porque para ella era igual. Sin él vivía en el infierno.

11

La despertaron el delicioso aroma a café recién hecho y el del pan tostado acabado de hornear. Michela, reticente aún ante la idea de abrir los ojos, dilató las ventanas de la nariz para hacerse con el olor del desayuno. Ronroneó y se estiró sobre el colchón. ¿Quién lo hubiera dicho? Se estaba acostumbrando a la intensa rutina sexual que le imponía Roberto. Hoy no experimentaba las terribles agujetas de otras veces.

Pastriani deambulaba por la habitación, posiblemente recolocando el desorden que ella había provocado con su ropa la noche anterior. ¡Qué maniático era ese hombre con el orden!

Se dio la vuelta y se tumbó boca abajo, colocó los brazos debajo de la barbilla y lo espió. Como había supuesto, Roberto había hecho una montañita por orden de tamaño —de mayor a menor— con su ropa y estaba guardándola en los cajones de una cómoda.

—Buenos días.

—Oh, la bella durmiente está de vuelta con nosotros. Tú y yo vamos a tener conflictos con el orden —musitó cerrando un cajón. Se dio la vuelta para estudiarla con una mirada de ojos entrecerrados—. Eres incapaz de ordenar nada, ¿no?

—Incorrecto, soy muy ordenada. Dentro de mi cabeza todo está perfectamente distribuido por la habitación y sobre la silla. Es un estilo propio... bohemio y personal.

Roberto negó con la cabeza y le señaló la bandeja de madera con su desayuno.

—Estoy famélico, así que a comer.

Michela se incorporó animada ante la idea de llevarse algo al estómago. Ella también se moría de hambre. Roberto llevó la

bandeja hasta la cama, le dio un beso en los labios y situó la comida entre ambos.

—¿Me esperaste? —comentó ella conmovida.

—Claro —lo expresó como si la idea contraria fuera, poco menos, que un pecado capital.

Los dos sentados con las piernas cruzadas sobre el colchón contemplaron las viandas relamiéndose los labios.

—A comer.

Michela le dedicó una mirada divertida.

—A sus órdenes...

—Teniente —aclaró él ocultando una sonrisa.

—Oh, vaya —chasqueó la lengua y ronroneó—, así que un teniente. Estoy segura de que estarás imponente en tu uniforme de gala.

Roberto, con la cafetera en alto, ignoró el comentario.

—¿Café?

Michela se carcajeó, se llevó la mano derecha a la cabeza e hizo el saludo militar.

—Señor, sí, señor.

Roberto le dedicó una mirada exasperada.

—Eres idiota, ¿azúcar?

—Sí, por favor. ¿Hay morena? —preguntó mientras revisaba con interés el azucarero.

—Me temo que no.

Michela sorbió con fruición su café y tomó una rebanada de pan untada con mantequilla y mermelada que acababa de prepararle Roberto. Le dio un mordisco y se dedicó a contemplar la bandeja con su desayuno. Había un surtido completo de platillos que haría las delicias de cualquier hotel de postín. Embutidos variados, cuñas de queso, mermelada en tarritos de cristal, un cuenco de madera con ruedecitas de mantequilla. Una pequeña hondilla con frutas frescas: uvas —no podía ser de otra manera—, también moras, arándanos y peras. Dos tazas para el café y una jarrita de barro con leche tibia. El lujo para ella venía representado por una cestita de *minicroissants* calentitos. El estómago le rugía ante la visión de todo ese festín.

—Y no te creas que se me escapa que me has copiado la frase —habló ella con la boca llena.

—Estás muy chistosita esta mañana.

—El sexo es lo que tiene. Menuda bandeja nos has preparado.

—No cenamos —le dedicó un gesto reprobador alzando una ceja —, estoy que devoro. Me temo que no puedo llevarme el mérito

esta vez. Fue Lorettana la que nos hizo este desayuno.

Michela se encogió de hombros mientras mordisqueaba una mora.

—La culpa de que no degustáramos esa deliciosa *pizza* es tuya y de tus secretos...

Roberto se carcajeó y colocó una cuña de queso sobre su tostada. Se dedicaron a comer y a mirarse en silencio. De cuando en cuando, sonreían con complicidad. Michela se recostó contra el cabecero de la cama cuando hubo terminado. Con los ojos cerrados, se acarició el estómago repleto y satisfecho. Roberto colocó la bandeja vacía con los platos apilados en una pequeña cómoda situada bajo la ventana. Abrió las contraventanas, también las ventanas de madera, y dejó que el sol radiante del mediodía inundara la estancia.

—¿Vas a ir a ver ahora a tu padre?

Roberto no se volvió para responderle.

—No veo la necesidad.

—Y, entonces, ¿qué hacemos aquí?

El hombre inhaló con intensidad y apoyó los codos en el batiente observando el paisaje.

—Según Tullio, mi misión es impedir que mis tíos y primos se maten por la herencia. Está convencido de que me harán caso. No veo cómo. Al parecer ignora lo descerebrada que se vuelve la gente por un poco de dinero y unas tierras fértiles.

—También es tu herencia.

—No quiero nada que venga de ese hombre. Tampoco las tierras. Que se maten entre ellos.

—Pero ¿y la legítima? Esa es irrenunciable.

—Se la donaré al que sobreviva.

—Pero tú amas esta tierra, no puedes negarlo. Tu manera de hablarme de los viñedos, de lo que te provoca este sitio. Además, es el trabajo de tu familia. ¿No conociste a tus abuelos?

—Creo que te has montado una historia equivocada acerca de este lugar y sus comienzos —le explicó dándose la vuelta y rascándose la barbilla—. Aquí no hay ninguna tradición familiar transmitida de generación en generación y de padres a hijos. Verás, mi entrañable abuelo, Angelo Pastriani, aficionado a las putas y al alcohol, dilapidó la pequeña fortuna que había heredado de su padre. El origen de esa fortuna no queda del todo claro. Hay muchos puntos oscuros en la vida de mi bisabuelo. Incluidas ciertas misivas enviadas a un conocido capo de los Genovesse: una de las cinco familias que regían la Cosa Nostra en América, en la que se

hablaba de una hipotética venta de limones desde Sicilia. Imagínate el percal. —Alzó las cejas con aire travieso y se cruzó de brazos—. Por cierto, que Angelo no tenía idea del manejo de las tierras ni de lo que había que hacer o no hacer para generar dinero. Solo sabía gastarlo y muy rápidamente. Ni idea de cómo producirlo, mucho menos, ahorrarlo. Debido a la mala relación que mantenía con su padre, había vivido fuera de Italia gran parte de su vida, a expensas de la maltratada fortuna familiar. Se estableció en Inglaterra donde cultivó buenas amistades. En realidad, huía del fascismo. Mi abuelo era un hombre de ideologías poco claras, sin embargo, detestaba todo lo que oliera a la ultraderecha de Mussolini. A la flor y nata de Windsor les caía genial ese italiano bohemio, de excelentes modales, con acento estrambótico, un poco borracho y que sabía reírse de sí mismo como nadie. O eso es lo que me ha contado siempre mi abuela materna. Volvió a su hogar sin un centavo en el bolsillo poco antes de terminar la guerra, huyendo de las bombas de los nazis. Yo imagino que pensó que tendría más oportunidades en una Italia debilitada por la guerra donde el fascismo casi era historia. Al menos, eso creía él. No sé cómo lidiaría con la democracia cristiana. Supongo que buscaba carta blanca para seguir con sus emocionantes *hobbies*. Aquí entra en juego mi padre, cuyo único mérito reside en haberse preocupado por la tierra y cumplir, a rajatabla, el deber que se había impuesto de convertirse en el hombre más rico y poderoso del Véneto. Así lo hizo y se casó con una mujer que sí poseía dinero a espuertas. Y, precisamente, fue la familia de mi madre la portadora de esa gran tradición generacional. Deborah Weade, mi madre, procedía de una familia de Windsor de ilustres antepasados, muy respetable. Los Weade no formaban parte de la aristocracia local, pero sí que eran burgueses podridos en billetes, y, por supuesto, amigos íntimos de mis abuelos, Angelo y Caterina Pastriani. Se había cerrado el círculo. Gennaro Pastriani jamás hubiera logrado introducirse en esos ambientes sofisticados por sí mismo. Era lo opuesto a su padre: huraño, receloso y rastrero. Los Pastriani se inventaron su propia historia de cara al negocio años después. No eran más que una manada de vividores arrimados a quien sea que tuviera el poder en el momento. Un conjunto de *vitelloni*: cobardes y valientes, exagerados, medio esperpénticos, puteros, muy cínicos y absolutamente piadosos de la fe y de las tradiciones católicas. Si consideras que todo eso puede tener sentido. Bueno, mi familia es todo eso y algo más. De cualquier manera, a los vinos y en el restaurante le viene muy bien todo ese montaje rocambolesco de los

orígenes pseudomíticos de los Pastriani. Impresiona a los turistas. Tenemos escritos que datan de no sé qué siglo sobre mierdas de mi familia e intrigas palaciegas con los papas de Roma. Están enmarcados y expuestos en las bodegas. Es todo una gran mentira.

Michela lo observaba con los ojos brillantes y la boca entreabierta, anonadada.

—Guau… ¡Qué historia más fascinante! Mentiras incluidas. Especialmente me interesa todo eso de los secretos truculentos. ¡Qué maravilla! Me gustaría seguir indagando en esos misterios familiares, ¿quién sabe? Tal vez, entre toda esa rocambolesca red de mentiras, exista alguna verdad. Toda la historia parece extraída de las páginas de una novela negra. Algo que podría haber escrito Leonardo Sciascia. En comparación, mi vida es de lo más anodina e insípida. Me hubiera encantado conocer a tu abuelo. Estoy segura de que me hubiera caído muy bien.

Roberto se carcajeó y se dirigió a la cama.

—No tienes remedio y quiero que me cuentes tu historia, por muy anodina e insípida que la consideres. —Se inclinó apoyando las manos sobre el colchón y se apoderó de su boca.

Ella lo rodeó con sus brazos y le devolvió el beso disfrutando de su aliento a uvas y café— .Vamos, nos arreglamos y salimos que hoy quiero enseñarte todo por aquí. Tendrás que conocer a la amalgama ingobernable de *Pastriani's*. —Michela arrugó el entrecejo—. Es inevitable, ya se habrá corrido la voz de que he vuelto a casa. ¡Y con chica!

—No sé si estoy preparada para conocer a según qué miembros de tu amplia familia.

—No somos tantos y te van a resultar encantadores si te apasionan los secretos *truculentos* y los mentirosos *impenitentes*. La mayoría, al menos, suelen ser encantadores, sobre todo, cuando los pillas muy borrachos.

Caterina Pastriani regañaba a Lorettana al tiempo que procuraba que su hija de diez meses y medio se agarrara a su pezón para mamar.

—No puedo creerme que no me avisaras, Lorettana, por la Virgen Santísima. Soy yo. Entiendo que no lo comentaras con los demás. No son más que una bandada de cuervos a la espera de carroña, pero Roberto es mi hermano querido. ¡Mi único hermano! ¡Maldita sea! Tenía derecho a saber que estaba aquí.

Lorettana se restregó las manos en el delantal y agachó la

cabeza.

—Niña Catia, *per cárita*, no se enfade. El señor me pidió que no dijera nada. Que le diera tiempo para establecerse con la *signorina*.

Catia la había fulminado con la mirada mientras arrullaba a su hija.

—*Brilla, brilla una estellina, su nel cielo, piccolina* —canturreó la mujer—. Vamos, tesorito de mamá... ¿qué le pacha a *la mia principessa*, hoy no tiene hambre? —Alzó la cabeza y le dirigió a la ama de llaves una mirada incendiaria sin detener el arrullo a su bebé—. Tonterías, Lorettana. Me lo podrías haber dicho. Ni que yo fuera a presentarme en medio de la sala y como una loca montarle una fiesta de bienvenida.

—Sí, *signora*, quiero decir, no, *signora*. Ya le dije que don Roberto me pidió que no dijera nada.

Caterina alzó una ceja.

—Y hay que seguirle al gusto a tu niño consentido, ¿no?

Lorettana le dedicó una sonrisa amable.

—Sí, *signora*. —Meneó la cabeza horrorizada cuando comprendió lo que había dicho y se mordió el labio—. Quiero decir, no, no.

Catia resopló. Se levantó de la silla y comenzó a mecerse para calmar a la niña y que se agarrara al pecho.

—Ea, mi bebé. Vamos, cariño. Ah, por fin. Así, muy bien. A comer. —Volvió a tomar asiento, algo más relajada cuando la pequeña comenzó a mamar con fruición. Caterina centró su atención en el ama de llaves que amasaba sobre la encimera y con manos diestras la pasta para el almuerzo. Con una mirada de ojos entrecerrados se mojó los labios y le comentó en voz baja—: ¿Y cómo es su prometida? Estoy ansiosa por conocerla. Por favor, alcánzame una pieza de fruta. Dar el pecho siempre me da un hambre atroz.

Lorettana dejó la masa, se limpió las manos y tomó una manzana. La restregó con un paño limpio de cocina y la colocó sobre un plato. También sirvió un poco de agua fresca, porque sabía que a la niña Catia le gustaba beber mucha agua mientras daba el pecho.

—Oh, le va a caer muy bien, *signora* Caterina. —Le pasó la pieza de fruta y el vaso con agua—. Una joven preciosa, muy educada. Muy fina. Es enfermera en Roma, eso me lo ha dicho Nora por teléfono. Se les ve tan enamorados.

—Ah, Nora, esa vieja bruja. Deja que la pille. Esa es otra traidora. ¿Y mi hermano, Lorettana? —Depositó el vaso vacío sobre

la mesa—. ¿Él está muy cambiado? No puedo creer que esté aquí. No puedo creer que vuelva a verlo después de tanto tiempo.

—Don Roberto es el vivo retrato de su madre, *signora*. El cabello negro, esos relucientes ojos verdes. Tan bello es. Apuesto como un diablo. Con un vozarrón de ensueño. Muy gallardo y tan elegante.

Catia, que le hacía carantoñas a su hija, esbozó una sonrisa divertida.

—Lorettana, por Dios, te brillan los ojos.

—Con el señor aquí las cosas van a ir bien. Ya lo verá, *signora*, ya lo verá.

Lorettana Rossi se escabulló de las cocinas una vez que se hubo asegurado de que doña Catia estaba tranquila durmiendo a su pequeña. Necesitaba verificar cómo andaban las cosas por el salón principal, donde el resto de la familia se había reunido con la excusa de almorzar todos juntos y festejar la llegada del primogénito del viejo Pastriani tras su larga ausencia de veinte años. Desde primera hora de la mañana habían ido llegando a cuentagotas. A la mujer no se le escapaba lo absurdo de ese recibimiento cuando lo habían echado de allí acusado de cometer el más vil de los delitos. La doméstica, entreviendo la tensión existente entre los miembros de la familia, había mandado que sirvieran unos tentempiés para mantenerlos con las manos ocupadas. Se temía lo peor. Se asomó con discreción por el vano de la puerta y escudriñó la estancia.

Tullio Pastriani, el menor de los hermanos, aguardaba con aire indiferente cerca de la ventana. Con los brazos cruzados a la espalda, miraba al exterior ignorando al resto. Cerca de la antigua chimenea, que ahora solo servía como objeto de decoración, conversaba en voz baja el mayor de los Pastriani, Angelo, con sus hijos Agnolo y Pietro. Su mujer, Annamaria Bramante, sentada en uno de los cuatro sillones que rodeaban una elegante mesita de centro, sorbía vino blanco y reía las gracias de la pequeña Sofia Pastriani, nieta del mediano de los hermanos, Calogero. Con apenas seis añitos, la niña hacía las delicias de todos en la casa. Había sido buena idea traerla porque ayudaba a distender los ánimos de los presentes e impedía que la tensión existente entre los hermanos se desmadrara.

Había un vacío evidente en torno a las hermanas Cottini. Ninguno de los Pastriani había podido soportarlas jamás. Las consideraban unas meras arribistas. Ahora que el viejo Gennaro no

estaba presente, nadie se molestaba en disimular. Lorettana observó la postura tensa de doña Isabella, que murmuraba algo en el oído de su hermana. Se solazó al comprender que había llegado el fin del reinado de terror de esa mujer. Después de tanto tiempo, se haría justicia.

«Odiosa mujer, mala pécora, engendro del demonio».

La doméstica escuchó un ruido procedente de las escaleras, a sus espaldas, y los nervios se apoderaron de ella. Volvió la vista y contuvo la respiración cuando Roberto y su prometida caminaron tomados de la mano y muy sonrientes, en su dirección. El salón enteró enmudeció al escuchar el vozarrón de Roberto. Todos, excepto la pequeña Sofía, que no entendía muy bien qué ocurría allí y quién diantres era ese tal Roberto.

—*Mammina,* ¡qué pasa! ¿Por qué me tengo que callar? No me quiero callar, estaba enseñándole a la tía Annamaria la nueva canción de Violeta. ¿Verdad, tía, que tú quieres oírla?

—Lorettana —dijo Roberto—, gracias por el desayuno. Estaba delicioso. Deduzco por la expresión de susto con la que nos miras que la familia al completo debe estar ahí dentro reunida y esperando.

La mujer asintió y le dedicó una sonrisa tensa.

—Sí, don Roberto.

El ama de llaves, antes de volver a las cocinas para organizar el almuerzo, se permitió una miradita con disimulo hacia el salón. Sus labios se curvaron en una sonrisa ladina, cuando vio empalidecer a la imperturbable Isabella Cottini.

Roberto miró de reojo a Michela, que había enderezado los hombros adoptando una actitud muy profesional. Serena, fría y arrebatadoramente *sexy*. Recordó la noche de su primer beso cuando casi había hecho llamar a la seguridad del hospital para impedirle acosar a su paciente, también las veces que lo había tratado como si no fuera más que un insecto desagradable que hubiera osado importunarla. ¡Que se prepararan los Pastriani! ¡Cuánto orgullo sentía por esa mujer! Y qué agradecido estaba por tenerla allí con él. ¿Sabría ella la fuerza que le transmitía solo por permanecer a su lado?

—Bien, vayamos pues a saludar a la familia. —Tomó la mano de Michela y le guiñó un ojo—. Para mí también es una novedad. No conozco a la mayoría de mis primos.

Nada más trasponer las puertas del salón, todas las miradas recayeron sobre la pareja. No se escuchaba ni el más leve zumbido, hasta la inquieta Sofía había guardado un reverente silencio. Solo

Tullio se adelantó y atravesó la estancia disimulando su leve cojera con su garbo militar y una gran sonrisa. Se abrazó a su sobrino. Le propinó dos sonoros besos en la mejilla y le palmeó la espalda.

—Bienvenido a tu casa.

Roberto le devolvió una sonrisa. Se hizo a un lado y se giró para presentarle a Michela.

—Tullio, te presento a mi prometida, Michela Hauffman. Michela, mi querido tío, Tullio Pastriani.

Alzó entonces la mirada, mientras su tío comentaba algo con Michela y observó los rostros acongojados de los presentes que le devolvían miradas incómodas y esquivas. Hasta que sus ojos se toparon con los ojillos negros, avispados y completamente perplejos de su joven sobrina. La niña tenía la boca entreabierta por el asombro. El hombre se disculpó con la pareja y avanzó hasta detenerse frente al sofá, donde aguardaba la niña.

Se acuclilló y le dedicó su mejor sonrisa.

—Tú debes de ser la bella Sofía, ¿me equivoco?

—Eres *Dracule Mihawk*, *Ojos de Halcón*, de One Piece —afirmó la niña, que lo contemplaba con los ojos brillantes bien abiertos, deslumbrada. El padre de la criatura se apresuró a intervenir. Roberto, que a duras penas lograba reprimir la carcajada, elevó con disimulo la mano para advertir a su primo. Pastriani carraspeó y le hizo señas a la niña para que se inclinara y hablarle al oído.

—No puedes ir por ahí descubriendo mi identidad secreta. ¿Serás capaz de guardarme el secreto?

La niña movió de arriba abajo la cabeza y las dos coletas que le habían hecho esa mañana bailaron en todas direcciones.

—Por supuesto. Te guardaré el secreto. Te admiro, eres el espadachín más fuerte de los Guerreros de Mar. Eres el mejor de todos —y esto lo expresó en voz baja en su oído con las manos casi cubriéndole la boca, para que nadie se enterara de la confidencia.

—Sofía —explicó entonces el padre adelantándose unos pasos— es muy aficionada al manga japonés.

Roberto le guiñó un ojo a la niña.

—Yo también.

El hombre se incorporó y extendió la mano para saludar a su primo Alberto, que le devolvió un sólido apretón de manos.

—Me alegro de verte, primo, tienes una hija preciosa.

—Gracias, Roberto. Te presento a mi esposa, Grazia della Rovere. Y, bueno, ya conoces a nuestro adorable terremoto.

Roberto la saludó muy cortésmente, se volvió y alargó una mano en dirección a Michela que observaba divertida la escena, a pocos

pasos.

—Michela, cariño...

La joven se aproximó con una sonrisa y saludó a los miembros de la familia Pastriani que Roberto le fue presentando. Intercambiaron las típicas palabras de rigor. Ella comenzó a agobiarse al comprender que sería incapaz de retener el nombre de ninguno de ellos. Las hermanas Cottini no se acercaron. Se mantuvieron muy serenas en una esquina observando con rigidez el intercambio de saludos y cumplidos. Michela no les quitó la vista de encima. En un primer momento, la sobrecogió la impactante belleza de las mujeres. No había esperado que parecieran criaturas celestiales de cautivadores ojos claros, piel cetrina y brillantes melenas de un tono endrino más oscuro que el suyo. Superada la primera impresión, la avergonzó haber caído bajo el influjo banal de un rostro bonito. Enfundadas en unos trajes de diseño en tonos oscuros y unos tacones vertiginosos permanecían estiradas e indiferentes a cuanto ocurría a su alrededor. Como dos estatuas de hielo, severas e inhóspitas. Después de un primer vistazo, uno descubría la impudicia que irradiaban. Clavándoles una mirada displicente, se había permitido dedicarles su mejor sonrisa mientras rodeaba a Roberto por la cintura. «Es mío y no lo vais a volver a dañar, jamás».

Bárbara sorbía su *champagne* y la contemplaba con ojos entrecerrados y el ceño rígido. ¿Se acordaría de que ella había sido la novia de su antiguo compañero de bufete? Isabella, por su parte, le sonreía con gesto burlón y una ceja alzada.

—Tengo entendido que hoy coméis en familia —comentó Roberto a nadie en particular, y Michela volvió a la conversación que mantenían con los primos. Decidió ignorar la existencia de las hermanas Cottini.

—Comemos en familia —se apresuró a corregirlo Angelo Pastriani con una sonrisa tensa mientras se ajustaba sus gafas sobre el puente de la nariz y depositaba su copa de vino sobre la repisa de la chimenea.

—Lamento tener que excusarme, tío Angelo —expresó Pastriani con cierta indiferencia—. Habíamos planificado una excursión por la zona. —Giró el cuello y le dedicó una sonrisa abierta a Michela —. Nadie me avisó de esta agradable reunión.

Quedáis en vuestra casa. Caterina os hará de anfitriona. Yo os veré en otro momento.

—Pero tenemos que hablar, Roberto —señaló con voz aflautada Marcello Pastrini, otro de sus primos—. Hay muchas cuestiones...

—Cuestiones que no vamos a resolver sentados a una mesa con niños —lo interrumpió el aludido e inclinó la cabeza en señal de despedida—. Buenas tardes y disfrutad de mi casa y de la deliciosa comida de Lorettana.

Precedido por su prometida, abandonó el salón. Roberto tomó por el codo a Michela cuando se dirigían a la cocina. Se miraron. La joven se cubrió la boca con la mano y sofocó una risotada. Él negó con la cabeza.

—Hemos sobrevivido a la primera reunión con los temibles hermanos Pastriani's, *Drácula Mija, Ojos de Halcón* y *azote de los nibelungos* —explotó ella entre incontrolables accesos de risa.

—Es *Drácula Mihawk,* de One Piece y estás mezclando historias —la corrigió muy serio—. Fue *Sigfrido* el que se enfrentó a los *nibelungos.* Te informo, además, pequeña ignorante, que esa leyenda es parte de la mitología germana.

Michela volvió a estallar en carcajadas.

—¿Me vas a decir que iba en serio que conoces a ese tal *Ojos de Halcón*? —manifestó sin poder parar de reír.

Roberto alzó las cejas.

—¿Bromeas? Me encantan los manga japoneses. Este en concreto tiene millones de seguidores en todo el mundo. One Piece es una joya del manga. Por Dios, ¡cuánta ignorancia!

Michela no podía parar de reír y negaba con la cabeza.

—¿Quién me lo iba a decir? Eres un maldito *freaky*.

Entraron en la cocina desternillados de risa. Roberto se detuvo en seco y guardó silencio cuando descubrió la figura de una joven de cabello castaño y ojos oscuros que se había puesto en pie de forma precipitada. La joven se llevó una mano a la boca donde ahogó un sollozo. Se miraron durante varios minutos que parecieron extenderse hasta el infinito. Al cabo de un tiempo, la mujer pareció recomponerse y sacudió con ligereza la cabeza, como si se sintiera disgustada de su propio exabrupto sentimental. Rodeó la mesa y carraspeó antes de hablar.

—¿Eres tan asquerosamente grosero que ni siquiera vas a darme dos besos y saludarme como es debido? Te quedas ahí, mirándome como un pasmarote. —Colocó los brazos en jarras—. Después de todos estos años de cruel abandono.

Roberto dio dos pasos al frente y arrugó el ceño. Dudaba.

—Caterina…

—Hola, Roberto —pronunció ella con la voz rota y lágrimas en los ojos.

Lorettana y otras dos muchachas del servicio observaban la

escena con aliento contenido y mirada vidriosa. Michela no obvió el detalle de que las domésticas habían entrelazado las manos. Tal vez les ocurría como a ella y no podían permanecer indiferentes ante la emoción que vibraba entre los hermanos. No comprendía con exactitud lo que ocurría, pero se mantuvo callada y expectante. Le partía el corazón la expresión desolada con que Roberto contemplaba a su única hermana.

—Hola, Catia.

—¿Y mis dos besos?

—Oh, Caterina...

Antes de terminar de pronunciar el nombre de su hermana, Roberto se abalanzó a su encuentro. Ella le abrió los brazos y se dejó engullir por él. Se fundieron en un abrazo que hizo exclamar a las mujeres. Los pies de la joven no tocaban el suelo. La muchacha desapareció tragada por el corpachón de su hermano mayor. Lo rodeó con sus brazos y se echó a llorar desconsolada sobre su pecho. Las mujeres también rompieron a llorar al unísono y se abrazaron. Michela se llevó una mano temblorosa al cuello, sorbió por la nariz y respiró hondo. Se contuvo para no montar un numerito. Alguien debía de mantener las formas en esa cocina.

—¿Por qué? No lo entiendo —balbuceó entre sollozos Caterina Pastriani. Solo Roberto la escuchaba—. Nunca me llamaste. Nunca me enviaste una carta. Una maldita carta, ¿tanto te costaba? Le pregunté a Tullio cientos de veces, le rogué, lo amenacé con todo tipo de locuras. Me planteé incluso escaparme de casa para seguirte. Lo eras todo para mí. Hasta que una mañana me explicó que habías volado hasta Inglaterra y que no volverías nunca. Me rompiste el corazón, Roberto. ¿Por qué fuiste tan cruel conmigo? No era más que una niña, sola en este mausoleo, que necesitaba con desesperación de su hermano mayor...

—Oh, ten piedad, Catia, no me tortures más —le suplicó Roberto con voz ronca estrechándola entre sus brazos, aplastándola contra su cuerpo—. Me estás destrozando. Yo no —le falló la voz—. Joder, Caterina. Jamás quise lastimarte, mucho menos abandonarte. Me mantuve lejos porque estaba convencido de que me odiabas. Después de lo que tuviste que escuchar aquella tarde... Yo solo recordaba tus ojos, la expresión de repulsa que vi en ellos, la vergüenza que sentías. Estabas horrorizada. Esa mirada tuya me ha perseguido durante años. Creí que jamás serías capaz de perdonar lo que le hice a tu madre y asumí que no querrías volver a saber de mí, que no soportarías ni escuchar mencionar mi nombre. Y no me importaba que los demás me odiaran, pero me veía incapaz de

llamarte y que me dijeran que no querías hablar conmigo. Eso hubiera sido demasiado doloroso para mí. Tú eres lo único que siempre me ha atado a esta casa.

—Eres un idiota. Un ciego. ¿Odiarte? ¿Te crees que no conozco a mi propia madre? ¿Que no sé de sus mentiras y maquinaciones? Me sentía horrorizada, sí, pero de ella, de ver hasta dónde fue capaz de llegar. Nunca contigo. Si yo te adoraba, eras mi mundo entero, mi hermano mayor, mi héroe...

Roberto rio apenado.

—Y ya no me adoras...

Caterina le propinó un coscorrón.

—Oh, tonto. —Acarició con infinita ternura la mejilla recién afeitada, carraspeó, se alejó de su hermano y miró más allá, en dirección a Michela. Caterina se aclaró la garganta y alargó una mano—. Y, a ver, que me han dicho que tengo una nueva hermana. ¿No me la vas a presentar? —Fulminó con la mirada a su hermano —. Seguro que esa tarada de tu prima Grazia ya la saludó y yo aquí como un pasmarote, esperando. Es inadmisible.

Roberto elevó la vista y sonrió. Miró en dirección a Michela que le devolvía una sonrisa emocionada.

—Michela, te presento a mi hermana: Caterina Pastriani. La reina de los culebrones televisivos, el azote de las almas impías en Bardolino, la que jamás se calla ni debajo del agua ni aunque su vida dependa de ello. Caterina esta es...

—Eres imbécil —soltó Caterina muy seria y miró a la joven—. No le hagas ni caso al tarado este. Hola, Michela, estoy encantada de conocerte. Al fin.

Michela, que asistía asombrada al intercambio entre los hermanos y al insólito arranque humorístico de Roberto, aguantaba a duras penas las ganas de reír y alargó la mano. Tuvo que ahogar una exclamación de sorpresa cuando Caterina Pastriani la rodeó con sus brazos y la estrechó muy fuerte.

—Gracias por traerlo a casa. Gracias, hermana mía —susurró con verdadero afecto en su oído.

Michela enrojeció y parpadeó confundida. Tuvo que tragar saliva, emocionada. También comprendió entonces por qué Roberto amaba con devoción a esa criatura alegre y dicharachera. Era imposible resistirse a su encanto juvenil y al desparpajo con el que se expresaba. Poseía una cualidad que ella envidiaba: la de hacerte sentir a gusto y relajada al instante. Como si al conocerla hubieras puesto un pie en tu propia casa. En cierto sentido, Caterina Pastriani le recordaba a Francesca Biliardi y sus modos francos,

alocados, desprovistos de afectación o dobleces.

—Yo no he hecho nada, Caterina, puedo prometértelo. Tullio lo llamó y me consta que tuvo que luchar con denuedo hasta convencerlo.

Caterina Pastriani le echó un vistazo consecuente a su hermano, elevó una ceja y luego volvió a mirar a Michela.

—Tullio podría haberse desgañitado al teléfono, estoy segura de que lo hizo, y a mi querido hermanito no le hubiera temblado la voz para mandarlo a freír espárragos. Quizás haya pasado media vida lejos de mí, sin embargo, lo conozco muy bien. —Caterina le guiñó un ojo a su hermano—. ¿O me equivoco?

Roberto le sacó la lengua a su hermana. A Michela le sorprendió descubrirlo en ese gesto infantil. Estaba tan fuera de lugar en un hombre tan fiero como él.

—En absoluto, hermanita.

—Vamos. —Caterina les hizo una seña con las manos al tiempo que caminaba hasta un cochecito de bebé, situado en un lateral de la larga mesa de madera—. Venid a conocer a vuestra sobrina: Deborah Sabatini.

Roberto se detuvo y durante varios segundos no hizo otra cosa salvo mirar a su hermana. Se le había hecho un nudo en la garganta al escuchar el nombre con que Caterina había bautizado a su sobrina.

—Mi esposo, Paolo —aclaró Caterina sin inmutarse por la reacción de su hermano—, vendrá a la noche. Está trabajando, el pobre —soltó un bufido y cargó en brazos a su hija con mucho cuidado, porque la niña dormía apaciblemente—. De pobre nada, ¿verdad, mi pequeña? Ese hombre ama su trabajo. Pobres nosotras que nos quedamos huérfanas sin él. El mayor, Roberto, está en el colegio, vendrá en un rato. Ja, deja que conozcas a tu sobrino, hermano. Es un tornado. Algo ingobernable. Las malas lenguas dicen que se parece a cierto muchacho rebelde que tuvimos por aquí hace unos años.

—¡Oh, qué cosita más hermosa eres! —expresó en voz baja Michela—, ¡qué nombre tan hermoso eligieron para ti! Eres muy afortunada. —Se entretuvo acariciando las pequeñas manitas regordetas de la pequeña Deborah Sabatini.

—Muy hermoso el nombre, Catia. Gracias —pronunció Roberto emocionado. Caterina le guiñó un ojo.

—Era una mujer hermosa y bondadosa, según me han contado.

—No tuvo que sentarle nada bien a Isabella.

—He llegado a una edad en mi vida en la que lo que haga, diga

o piense esa mujer me resbala como el agua. Que se desgañite si quiere o que se lance por la ventana. Lo que mejor le parezca. ¿La has visto?

—Anoche tuvimos una pequeña conversación en el jardín.

Michela siguió acariciando las manitas de la niña. No hizo un solo gesto que delatara que había prestado atención a esa última frase. No obstante, todo su cuerpo sufrió una conmoción y un nudo de nervios se le alojó en la base de su estómago. Se sabía capaz de arrancarle los ojos a esa víbora si se atrevía a molestar a Roberto.

—Ya sabes lo rígida que se pone con las normas y la etiqueta en la casa. Tuve que recordarle que la casa es nuestra.

Caterina rio entre dientes, complacida.

—Hubiera dado lo que fuera por verle la cara. ¡Qué rabia! Siempre me pierdo lo mejor. Lorettana, por favor, ve a abrir una botella de vino. Tenemos que celebrar de alguna manera. Yo me limitaré a mojarme los labios que estoy dando el pecho.

—Que sea rápido que quiero enseñarle a Michela el pueblo y la llevaré a comer por ahí. —¿Quieres que avise a Paolo? Le diré que os reserve una mesa.

—Gracias, Catia, pero había pensado ir a otro sitio. Dile a Paolo que, cuando se pueda escapar, venga a casa. Me gustaría verlo y conversar con él.

—Por supuesto. ¿Has ido a ver a papá?

—No. —Lanzó a su hermana una mirada de advertencia. La joven asintió con la cabeza y recibió una copa llena de vino tinto.

—Muchas gracias, Lorettana. Por el amor de Dios, mujer. Toma una tú también.

—Oh, pero *signora*...

—Que te sirvas una, te digo. Formas parte de la familia, más que muchos de sus miembros. Corre y no me contradigas.

Un golpe en el portón entreabierto que daba acceso desde el jardín a las cocinas llamó la atención de todos. Lorettana dejó escapar un gritito y se echó a correr para recibir a su mejor amiga. Nora Dini soltó su bolsa de viaje y las amigas se fundieron en un caluroso abrazo. Roberto resopló y elevó la vista al techo. Caterina farfulló un comentario que nadie entendió. Depositó la copa sobre la mesa y le entregó a Michela la niña. La joven la recibió en sus brazos y sonrió por la inocencia de su carita sonrosada. La niña se veía relajada y feliz, sumida en el sueño profundo de los bebés, ajena por completo a todo el barullo que formaban los adultos a su alrededor.

—Nora Dini. No puedo creerme lo que ven mis ojos —manifestó

con una mano en el pecho Caterina Pastriani—. Vil traidora. ¿Así que ahora te apareces por aquí? ¿Qué ocurre? ¿No puedes pasar un día sin tu niño mimado? —Giró el cuello y contempló a Michela, que mecía con suavidad a la niña entre los brazos—. Te juro que no sé cómo sobrellevas todo esto. Yo estaría ya sin uñas del estrés. Donde sea que va este hombre lo persigue un enjambre de mujeres. Ha sido así desde que tengo uso de razón. Se mueren, literalmente, por él. Es algo horrible.

Michela hizo una mueca.

—Ah, eso no me preocupa —mintió cual bellaca.

—No le hagas caso a Caterina. Exagera —le dijo Roberto con las manos calzadas bajo el sobaco. Caterina le pellizcó en un brazo.

—¿Exagero? ¡Tendrás cara! Cuéntale lo que pasó en el granero con las gemelas Favero.

—Catita, ya está bien —intervino Nora Dini y dejó su bolsa de viaje en las manos de Roberto—. No tortures más a esta pobre niña. Esas jovencitas eran todas unas descerebradas. Ni caso a todas esas historias, Michela. Roberto, querido, coloca mi bolso en mi antigua habitación, que ya estoy mayor para andar cargando cosas pesadas. Y bien, ¿no estabais a punto de brindar? Yo he venido aquí por el vino exquisito que sirven en esta casa.

Caterina le hizo señas a una de las chicas que se apresuró a servir una copa para Nora Dini. Roberto regresó ya sin equipaje y recibió su copa de manos de su hermana.

Una vez que todos estuvieron servidos, Caterina Pastriani alzó su copa y miró con infinito amor a su hermano mayor.

—Por tu regreso, hermano mío. Porque hoy empezamos una nueva vida contigo formando parte activa de ella. Un presente y también un futuro que auguro lleno de alegría y de risas. Y gracias por traer a mi nueva hermana. Te quiero, *titito*, con todo mi corazón. También estoy feliz de que hayas venido, Nora. A esta casa sin ti le falta el alma.

—La gallina clueca, querrás decir —se mofó Lorettana. Nora le propinó un codazo y las chicas se echaron a reír.

—¿*Titito*? —preguntó divertida Michela mientras enfilaban por el jardín en dirección a la enorme cancela de hierro que daba acceso a la *Azienda*.

—Cuando esa arpía sabionda empezó a hablar —explicó Roberto divertido— fue una pesadilla. Por un momento, imagínate a una niña de dos años con esa verborrea infatigable. Era infernal, me perseguía todo el tiempo, a todas horas: «¿Qué hace, Titito? ¿Pa qué, Titito? Yo quero, titito. Juega conmigo, Titito». Eso, a los dos

años. Luego fue empeorando. Como no era incapaz de pronunciar mi nombre, me decía Titito y así me quedé.

—Es que no te pega nada. *Titito* —volvió a carcajearse—. Seguro que estabas muy orgulloso de ti mismo enseñándole el mundo a tu hermana pequeña. Advirtiéndole sobre los peligros. Prohibiéndole cosas. Estoy segura de que te fascinaba la parte de prohibirle todo e imponer tu santa voluntad.

Roberto le dedicó una mirada divertida.

—No te creas, con doce años estaba interesado en otras cosas.

Michela le propinó un codazo en las costillas y se agarró a su abrazo. Le habló impostando una voz sensual.

—¿Qué cosas, *Titito*?

Él se echó a reír.

—No lo que estás pensando. Amaba las artes marciales, leer, salir de fiesta, perderme por el centro de la ciudad. Lo de leer cambió mi vida, también el Aikido. Al principio, todo lo hacía obligado por Tullio. Yo quería luchar y detestaba el tiempo que me hacía perder leyendo libros aburridísimos. Más adelante descubrí el universo de fantasía y sabiduría que se encerraba tras las tapas de un buen libro y no pude parar. Devoraba todo lo que caía entre mis manos.

—Vamos, en tu tónica habitual. Cuando algo te gusta, lo engulles hasta consumirlo.

Pastriani le dedicó una mirada ardiente, la sujetó por la cintura y le plantó un beso que los dejó jadeando.

—Estoy orgulloso de ti, de tenerte a mi lado y poder compartir todo contigo —le confesó él con voz ronca. La contemplaba con tal intensidad que a ella le provocó un vuelco en el estómago.

Michela rio por lo bajo y se pasó la mano por el cabello, algo avergonzada.

—¿Orgulloso de qué? No he hecho nada especial...

—Nunca había experimentado esto por otra persona —siguió él ensimismado, igual que si hablara para sí mismo—. Tener a alguien a mi lado y confiarle mis cosas con esta libertad, sin temor a dejar ver demasiado de mí. Quizás tú no lo comprendas porque tienes una estrecha relación de amistad con Francesca. Yo nunca he mantenido ese tipo de relación con nadie. Sí, a veces he sentido orgullo de mis hombres, de lo que logramos y confío en ellos, pero esto es diferente. Me conmueve que estés aquí y soportes a mi familia, haciéndoles frente, tratándolos con cordialidad. Y lo haces por mí. Me enterneció tu forma de proceder con Tullio, con tanto cariño. La sonrisa tan hermosa que le dedicaste y cómo hablaste con

él, como si le guardaras un cariño especial y lo conocieras de toda la vida. Y Caterina. No logro asimilarlo. —Roberto desvió la vista. Aún lo emocionaba mencionar a su hermana. Michela le apretó la mano con que lo agarraba, para confortarlo—. Admiro la valentía con la que te enfrentaste a esa jauría de hienas. Estabas tan soberbia y *sexy*. —La tomó de la barbilla y la miró a los ojos al expresarle—: No te creas que se me escapó la sonrisa seca que le dedicaste a Isabella y la manera en que me abrazaste después. Me gustó que lo hicieras, que expresaras que yo era tuyo.

Michela esbozó una sonrisa tímida y agachó la cabeza.

—Creo que Bárbara me reconoció. Te confieso que me avergüenza que sepa que estuve con Lukas. Es una situación incómoda para mí. Muy violenta. Hace poco más de un mes asistí a la fiesta de su cumpleaños del brazo de otro hombre. Y ahora tú me presentas como tu prometida.

—¿Vergüenza? —le manifestó él pasmado—. ¿Tú sientes vergüenza frente a esas dos? Por favor, Michela, no digas tonterías. No te quiero cerca de esa mujer. Menos de Isabella. No me fío de ninguna de las dos. Bárbara está aquí por la herencia, querrá asegurarse de que no perjudiquemos a su hermana. Sin embargo, algo traman.

—Pues sí —se empecinó ella—, siento una vergüenza terrible. Me apena que piense que soy una veleta. Hoy con uno, mañana con otro.

Habían tomado por una ruta pintoresca que los conducía a lo profundo de un bosque frondoso. Roberto le había explicado que ese camino era un atajo para llegar al pueblo sin tener que transitar la carretera principal.

Roberto detuvo sus pasos y tomó del codo a Michela. La obligó a mirarlo porque ella quería continuar el paseo.

—No, mírame, por favor. —Le enmarcó el rostro con las manos acariciándole las mejillas con la yema de sus dedos—, Michela, me asombras. ¿Qué te puede importar a ti lo que piense una persona a la que desprecias? Entendería que la opinión de tu madre te pesara o la de tus amigos íntimos, pero ¿la de esa arpía avariciosa? No pierdas el tiempo con ese tipo de sentimientos. Nadie salvo tú conoce de tus actos y nadie salvo tú tiene derecho a juzgarlos.

Michela lo instó a continuar el paseo, no obstante, se quedó pensando.

—Tienes razón —habló tiempo después y le dedicó una gran sonrisa—. Intentaré que no me afecte. ¿Y no decías que estabas orgulloso de mí? Pues más lo estarás cuando le arranque el corazón

a esa arpía y me lo zampe cachito a cachito.

Tras escucharle esas palabras, Roberto volvió a detenerse. Michela tiró de su mano e inclinó la cabeza dedicándole una sonrisa.

—Vamos, estaba bromeando. Me limitaré a sacarle los ojos con una cuchara. Me deleitaré con sus gritos agónicos y los estertores de su muerte.

—No es eso, es solo que... —Roberto sacudió la cabeza y siguió andando—. Bah, déjalo.

Michela volvió a tirarle de la mano y se colocó delante de él.

—No, dime, ¡qué pasa!

—Por un momento fue como si, y esto suena terrible, la escena me resultara muy familiar. Es muy extraño de explicar porque jamás he vivido nada como eso. —Roberto le soltó la mano y se rascó en el pecho—. Ah, no me hagas caso. Ni yo me entiendo.

—Sí, bueno, la escena es bastante sangrienta —alegó ella—. No te creas que sea original.

¿Has leído las novelas *Canción de hielo y fuego*, de George R. Martin? Hay varias escenas parecidas. Ya ves, tampoco estás saliendo con una loca sanguinaria. Aunque esa mujer merece eso y mucho más.

Pastriani alzó la cabeza y sus ojos atormentados se enfocaron sobre ella.

—Creo que sería capaz de hacer eso.

Michela elevó las cejas sorprendida, inclinó la cabeza a un lado, entrecerró los ojos y estudió el rostro severo de su prometido.

—Supongo que sí —murmuró con aire distraído—. De ti ya me espero cualquier cosa.

Roberto sofocó una risotada y le tomó la mano para que continuaran caminando.

—No sé si horrorizarme de que me creas capaz de cometer tal sangría o tomármelo como una broma.

Michela se llevó un dedo a la boca y pareció meditar la cuestión.

—Un poco de ambos. Eres un hombre peligroso, Roberto Pastriani. Estoy convencida de que tuviste que ser un guerrero.

—¿Perdón?

—En tu otra vida —le explicó ella—. Si tú y yo somos almas gemelas o lo que sea que alega Francesca, estoy segura de que tuviste que ser algún tipo de indómito guerrero. La verdad es que no logro imaginarte de cortesano, uno de esos lleno de encajes y puntillas en la corte francesa lamiéndole el culo al rey sol. Mucho menos, me veo a mí misma vistiendo esos trajes escotados mientras

mis pechos se bambolean como flanes ante la mirada de cientos de condes libertinos. Francesca, por otro lado, asegura que eras un jinete enmascarado y justiciero.

Pastriani se carcajeó.

—¿En serio esos son vuestros temas de conversación? —Le dedicó una mirada interrogante—. Aunque no voy a negar que me atrae la idea de ver tus pechos balanceándose de un lado a otro.

Michela le golpeó en el brazo con su puño.

—Pervertido. Jamás me verás de esa guisa. Verás, conjeturar chorradas es nuestra afición número dos.

—¿Y la número uno?

—Criticar a todo bicho viviente.

—Par de víboras.

—De lo peorcito, así que ándate con ojo. —Michela miró al frente y ahogó una exclamación de asombro—. ¡Oh, qué maravilla! ¡Qué vistas!

Habían llegado al límite del camino en el sendero del bosque y Michela contemplaba extasiada el paisaje de Bardolino: la torre centenaria de la iglesia y las casitas con sus tejados de tiza, salpicados aquí y allá de olivos y cipreses. El sol brillaba esa mañana en un cielo que de tan azul parecía irreal. Inspiró hondamente, insuflándose de la relajante placidez que le inspiraba el entorno.

—Ayer apenas lo pudiste disfrutar porque anochecía, pero hoy hemos tenido suerte y disfrutamos de un sol radiante. Vamos, no perdamos tiempo que se nos echa el día encima.

Primero, se entretuvieron callejeando por el pueblo mientras Roberto se afanaba en relatarle divertidas anécdotas de su infancia y la hacía reír con sus ocurrencias. Se detuvieron a hablar, cerca de una heladería, con varios hombres que recibieron a Pastriani con efusivos abrazos, muestras de cariño y felicitaciones por su reciente compromiso. Tras unos minutos, salieron de allí. Roberto se había hecho con las llaves de un todoterreno.

—¿Y eso...?

—Llaves.

Michela resopló y Roberto le dedicó una mirada pícara.

—Un vehículo para movernos mejor por aquí.

—¿Y te lo dejan así, sin más?

—Así funcionan las cosas por aquí. Si consideran que tardo más de la cuenta en devolverlo, irán a molestar a mi casa. Lorettana les servirá vino y queso. Se dedicarán a charlar y a tomar litros de alcohol hasta que yo aparezca.

—¡Qué pintoresca la vida de pueblo!

Michela hablaba y hablaba de cualquier cosa. Acerca del clima, las costumbres locales, lo que le había contado Lorettana sobre la *Azienda*. Pastriani la escuchaba y asentía o replicaba con alguna anécdota. Los condujo por una carretera que bordeaba el lago. Atravesaron numerosos puentes y entonces... Michela se olvidó de todo abstraída con la inmensidad del paisaje.

El lago di Garda se abría como un mar entre los Alpes y la llanura padana. Un espléndido vergel de palmeras, adelfas, olivos y vides, que se extendían más allá, se fundían con el horizonte.

—Sus orillas bañan tres regiones —le habló Pastriani despertándola de su ensoñación—: Lombardía, Trentino alto y Véneto. Alrededor han surgido pueblos en verdad pintorescos, lidos y puertos y hermosas reservas naturales.

Michela ahogó una risilla y se repantigó en el asiento del *jeep*.

—Pareces el típico guía turístico.

—*Mea culpa*.

Estacionaron cerca del pequeño muelle deportivo de Bardolino. Roberto se bajó de un salto y la tomó de la mano. La condujo hasta el embarcadero.

Michela se quedó mirando la señorial goleta frente a ellos, hecha de oscura madera noble. Tres marineros de pieles bronceadas aguardaban apoyados en una lustrosa barandilla de la cubierta. Elevaron sus brazos al descubrirlos y los saludaron. Roberto les devolvió el saludo.

—¿Vamos a navegar? —preguntó ella procurando ocultar la emoción que le burbujeaba en el pecho.

—Es la mejor manera de disfrutar del paisaje.

—¡Qué ilusión me hace! —aplaudió emocionada—. Dios mío, espero no marearme.

Roberto parpadeó y la estudió perplejo.

—Yo también lo espero.

Ella siguió de largo. Roberto meneó la cabeza, pero la siguió.

—Ahora, señorita, si es tan amable de subir, comenzaremos la travesía.

—¿Sabías que Frank Sinatra quiso comprar aquella villa?

Michela elevó la vista y miró el punto que señalaba Roberto a su lado. La travesía en la cubierta de la embarcación se estaba convirtiendo en un viaje inolvidable gracias a las anécdotas de Roberto.

—Acababa de terminar su tormentoso matrimonio con Ava Gadner cuando se hizo con una nueva amante...

—¿Una nueva amante?

Roberto curvó los labios en una pequeña sonrisa y con voz enigmática le susurró:

—El lago...

Michela apoyó las palmas de las manos sobre la barandilla e infló el pecho tomando una profunda bocanada de aire. El viento soplaba con fuerza y la embarcación surcaba las aguas con altiva dignidad.

—Lo comprendo. ¿Qué ocurrió? ¿Pudo comprarlo?

—Lamentablemente, no.

—Debió de ser descorazonador tener que renunciar a todo esto.

—Lo fue —expresó Pastriani en voz baja.

Michela deslizó las manos en torno a la cintura masculina. Depositó un pequeño beso en su brazo, apoyó la mejilla en su omóplato y lo estrechó entre sus brazos buscando confortarlo por todo lo que había tenido que pasar siendo tan solo un niño.

Pastriani se dedicó a relatarle mil historias que habían surgido en torno al lago. Su ingenio y agudeza la asombraban. No podía contener su curiosidad y le preguntaba por todo, tan emocionada que apenas lo dejaba concluir sus explicaciones y ya lo estaba interrogando de nuevo. Él se lo tomó con filosofía y contestaba con infinita paciencia. Al aproximarse a su primera parada, decidió avisar al capitán de un alto en el camino y dejó a Michela en cubierta. Minutos después volvió y guardó silencio cerca de las escalerillas, sin hacerle saber a ella de su presencia. Le resultó tan hermosa y encantadora justo en ese instante que así quedó: un pie en las escaleras, la mano sobre la barandilla, sus ojos sobre ella, admirándola. Con los codos apoyados en la regala y las manos sujetando casi con desgana su barbilla, Michela estudiaba absorta las aguas cristalinas del lago. Su cabello negro flotaba en todas direcciones. Deseó inmortalizar ese momento. Tomó varias instantáneas con su móvil. Mandaría hacer una pintura con la mejor fotografía y lo colgaría en su dormitorio, frente a su cama. La joven, que pareció percibir su presencia, se volvió hacia él con una sonrisa y le recriminó que siguiera teléfono en mano sacando fotos, cuando

debía disfrutar del paisaje. En un descuido, Michela se hizo con el infernal cacharrito y esbozó una triunfal sonrisa de oreja a oreja.

Pastriani se adelantó tras dar instrucciones a la tripulación y avanzaba con paso resuelto y las manos en los bolsillos por el muelle de piedra. Habían hecho una parada en la punta de San Vigilio para almorzar. Michela lo contemplaba embelesada desde la rampa. Se mordió el labio inferior. Dudó un instante. Echó mano del teléfono y comenzó a rebuscar entre las aplicaciones de la Blackberry hasta dar con la cámara. Alzó la mano con el teléfono y retrató a la criatura magnífica que era Roberto Pastriani. El intenso sol del mediodía incidía sobre su figura sumiéndolo en un haz de luces brillantes. «Pareces un ángel», pensó admirándolo desde la distancia. El acantilado sobre el que reposaba el majestuoso hotel del siglo diecisiete, sus piedras desgastadas, la espesura de la vegetación de cipreses y olivos que lo rodeaban servían de espectacular telón de fondo a tal magnífica estampa. A veces, recapacitó Michela, se hacía necesario conservar para la posteridad aquellos instantes que a una le llenaban el corazón.

Cuando llegaron a la casa, bien entrada la noche, y Roberto aparcaba delante del patio por el que se accedía a la cocina, su móvil comenzó a sonar. Michela extrajo el teléfono del bolsillo de su vaquero y se lo entregó a Roberto. Compartieron una sonrisa cómplice. El hombre observó el nombre que brillaba en la pantalla: Paolo Pino.

—Discúlpame un momento, tengo que atender esta llamada. Es importante.

Michela se inclinó, lo besó en la mejilla, bajó del coche y se dirigió a la casa. Le hizo un gesto con la mano de despedida antes de entrar y desapareció por el portón de la cocina.

—Por fin, algo verdaderamente grande, Bracconiere —habló con entusiasmo el cabo Pino—. De Moro se reúne en Ámsterdam otra vez con los colombianos. Esta misma noche le haré llegar el informe. Le adelanto que se trata del mismo lugar, aquel despacho del abogado de la otra vez. Tenemos fecha y hora del encuentro. Queda de su mano montar el circo, señor.

Roberto apretó la mano en un puño.

—¡Bravo, Sombra! Bien hecho. ¿Y qué tenemos del tema del Ortomercado?

—Por aquí las cosas no marchan según lo esperado. Han cambiado su *modus operandi*. Si me lo pregunta, señor, le diré que estoy casi seguro de que saben que los tenemos vigilados. —«Maldito Lorenzo Pavianti», se lamentó Roberto para sus

adentros. Iba a detener al hijo de puta aunque el escándalo le costara el puesto. Le haría pagar la muerte de Giovanni. A saber la de cuántos más—. Aunque hemos obtenido fotos del menor de los Barreta, Luigi, en compañía de la que creemos que es su testaferro. Se trata de una mujer, creemos que tienen algún tipo de relación íntima. Le pasaré toda la información que hemos ido recabando en estas últimas semanas. Al menos, ya lo tenemos localizado y es cuestión de tiempo que podamos echarle el guante encima.

—Sombra, tienes prohibido comentar nada de esto con nadie, ni con tu madre, ¿queda claro? Solo te comunicarás conmigo.

—Comprendo, Bracco. Esto queda entre usted y yo, señor.

12

—Vaya, vaya, al fin nos vemos. —La voz inquisitiva de la madrastra de Roberto le provocó un sobresalto al toparsela de frente—. Te he estado buscando, muchacha. Resulta difícil dar contigo. No nos presentaron formalmente esta mañana. Los modales de mi hijastro dejan mucho que desear por estos días.

Michela se envaró, contempló con anhelo las escaleras que llevaban hasta sus habitaciones y quedaban justo detrás de la mujer. No veía ninguna otra salida, salvo enfrentarse a Isabella Cottini. Está bien, ya era hora de poner a esa pederasta en su sitio. No pensaba perder el tiempo con ella, pero no le iba a dar el gusto de una huida. Resuelta y engreída avanzó por el amplio corredor, apenas iluminado por varias lámparas de pie que arrojaban una pálida luz amarillenta.

—Roberto comprende que no me interesa conocerla, así que no se ha molestado en presentármela —expresó con el tono más seco del que pudo echar mano—. No suelo entablar relaciones con criminales.

La joven se detuvo delante de la figura afilada de la mujer que le sacaba sus buenos diez centímetros. Esperó a que ella se moviera y le permitiera el paso, sin embargo, Isabella no se dio por aludida y se echó a reír.

—¿Criminales? Niña, creo que no sabes ni dónde estás parada.

—Michela para usted, y créame que lo sé, señora.

—¡Qué descaro! ¿Y qué es lo que te contó? —le preguntó intrigada y con un atisbo de burla. Sus ojos fríos e incisivos perforaban los de la joven. Buscaba intimidarla—. ¿Te dijo que me buscaba incansablemente por todos los rincones de la casa? ¿Que

me espiaba a través de las rendijas de las puertas mientras yo me desnudaba? Un día, incluso, lo pillé olisqueando mi ropa interior. Estaba obsesionado conmigo. —Chasqueó la lengua—. No. Ya imagino por tu cara que de eso nunca te habló. Solo te contó alguna clase de cuento de terror acerca de una malvada y cruel madrastra que abusaba de una pobre criatura indefensa. Por favor, míralo, ¿te crees que alguna vez ha sido una criatura indefensa? ¿Que alguna vez podría ser víctima de algo? Con trece años le propinó tal paliza a su propio padre que el hombre casi no lo cuenta.

Michela, que temblaba de pies a cabeza, se obligó a mantener una expresión serena. No permitiría que esa mujer descubriera lo que ese comentario la había afectado.

—Usted era una mujer adulta; él, un niño —sentenció con fiereza—. No necesito saber nada más. Ahórrese sus historias para no dormir.

Isabella se acarició los labios con parsimonia, analizándola.

—Ninguna historia, querida. Qué inocente eres, niña. ¡Cuánta candidez! Te daré un consejo sobre el hombre que dices amar y defender con tan encomiable y juvenil entusiasmo. Lo comprendo, no te creas, yo también tuve tu edad. —Michela se sentía como una olla a presión. La cabreaba como nada que la tratara de idiota. También la afectaba sobremanera que, al igual que siempre le decía Roberto, la tachara de inocente—. Roberto Pastriani no es ningún caballero de brillante armadura. Es un príncipe, sí, pero de las tinieblas. Es un hombre profundamente egoísta. Implacable. Al que solo le importa complacer sus propios deseos oscuros. No te engañes, es despiadado. Créeme, lo sé muy bien. Estás muy lejos de llegar a comprenderlo alguna vez, ni tan siquiera estás cerca de comenzar a desentrañar sus motivaciones. Te consumirá en un placer indescriptible hasta que se aburra de ti. No es cruel de manera intencionada, simplemente, es su forma de ser. No creas ni por un instante que te ama. No sabe amar a nadie salvo a sí mismo. ¿Lo has visto rodeado de un nutrido grupo de amigos? ¿De algún amigo, en realidad? —Hizo una pausa para que sus capciosas preguntas enfangaran la mente de Michela—. Es un hombre solitario por decisión propia. Piénsalo bien. Eras la novia de su mejor amigo hasta hace, cuánto... ¿dos días? No te estoy juzgando. Es más, comprendo tu proceder. Lukas es tan poquita cosa... —Agitó las manos en el aire y se echó a reír observándola con fijeza. Sabía con exactitud lo que cada una de sus palabras le provocaba por dentro—. ¿Acaso Roberto ha sido presa de los remordimientos? ¿Se encuentra arrepentido por arrebatarle la novia al mejor amigo

de su infancia? La verdad es que le da igual. Porque lo cierto es que a Roberto Pastriani no le importa nadie salvo Roberto Pastriani.

Michela tragó saliva y se negó a sucumbir ante esas verdades enfangadas de mentiras.

—Bravo, señora —le dijo en cambio con la voz tomada—. Menuda parrafada sin sentido. Creo que ha hecho una perfecta descripción de Isabella Cottini, aunque le faltó añadir que también es una mentirosa que le gusta abusar de niños. No se moleste en escupir su asqueroso veneno conmigo. No me interesa nada de lo que pueda decir de un hombre al que no ha visto desde los diecisiete años. No sea ridícula, por favor.

—Tiene dientes el angelito. —La mujer esbozó una sonrisa torcida y se cruzó de brazos—. Está bien, lo reconozco, mi intención tampoco es noble ni encomiable. Solo te aconsejo que no te dejes engañar por el sexo que compartes con él. Roberto y yo somos iguales. Por eso lo quiero para mí. Carece de escrúpulos. Es un bastardo sin corazón. Hará lo que sea necesario y luego lo imposible por quedar en pie tras una pelea, admiro eso de él. Claro que si te apetece sufrir, haya tú. Disfrútalo, querida, hasta que aparezca otra que lo vuelva loco. Roberto es bastante inestable a nivel sentimental. Hoy te lo da todo, mañana no se digna ni a mirarte.

Michela apretó tanto los dientes que comenzó a dolerle la mandíbula. La ira que experimentaba hacia esa mujer la consumía hasta el punto de desear embestirla y liarse a puñetazos para desfigurarle esa sonrisita autosuficiente. Detestaba toda la basura que había soltado sobre el hombre que ella amaba más que a nada en este mundo. Jamás se había enfrentado con ese aspecto de su personalidad: el impulso violento de hacerle daño a alguien de manera intencionada.

Entonces, curvó los labios en una sonrisa torva. Le había descubierto un punto débil. Está bien, se dijo decidida a asestarle un golpe definitivo, Isabella, yo también sé jugar a tu juego.

—¿Otra como su hermana Bárbara? —A los ojos de Isabella asomó de forma fugaz la sorpresa. No obstante, se recompuso con encomiable entereza—. ¿Cree que Roberto se cansó de tratar con señoras mayores y se buscó el reemplazo joven? Dígame, Isabella... ¿le advirtió también a ella de que Roberto le rompería el corazón?

La mujer dibujó una sonrisa de desprecio. Michela experimentó una placentera e inefable sensación de triunfo que le hizo insuflar el pecho. «Chúpate esa, cabrona».

—Cuidadito —le advirtió la mujer con frialdad—. No juegues con cosas que no entiendes o te puede ir muy mal. Todo esto te

viene muy grande, Michela. Demasiado grande. Ya sabes lo que le ocurre a la insignificante polilla cuando se acerca demasiado a la luz.

—Cuidadito usted, Isabella —retrucó ella cabreada—. Nunca les tuve miedo a las madrastras malvadas de los cuentos. De niña me parecían seres patéticos y amargados, me provocaban repugnancia y lástima. Por si nunca ha leído los clásicos, siempre terminan solas, abandonadas o muertas.

Isabella abrió mucho los ojos, estupefacta y, de pronto, rompió a reír.

Michela, sabiéndose impotente y más furiosa de lo que se había sentido jamás, decidió que no valía la pena enzarzarse en una batalla dialéctica con semejante espécimen abominable y optó por abrirse paso. Aunque para ello tuviera que llevársela por delante. Isabella, en el último momento, se hizo a un lado y le dejó vía libre. Michela se alejó a zancadas. Deseaba poner el maldito Lago di Garda y todo la cordillera alpina entre ella y esa vieja bruja. No quería volver a verla en lo que le quedaba de vida.

La joven se hallaba en un estado tal de nervios y temblores que no se percató de la presencia de Roberto, que la observaba con atención desde el rellano de la escalera.

—Todo lo que te ha dicho es cierto.

A Michela el corazón le dio un vuelco al escuchar la voz grave de Pastriani a sus espaldas. Se volvió de forma abrupta para quedar frente a frente con él. Roberto aguardaba en las sombras. La contemplaba a una distancia de pocos pasos con la mirada fija en ella. Se acercó con paso tranquilo y se detuvo a escasos centímetros de ella. A ella le impresionó la ferocidad con que la miraba. La atmósfera en torno a ellos pareció espesarse. La actitud de Roberto le ponía los pelos de punta. Los dos se observaron con gravedad y en silencio.

—Lo he imaginado —musitó ella en un hilo de voz tragando saliva. Las manos le temblaban de tal manera que las cerró en puños—. ¿Para qué molestarse en mentir cuando la verdad es tan humillante y dolorosa?

Roberto se inclinó rozándole apenas con los labios la carne tierna del lóbulo de su oreja. Ese roce sutil le envió escalofríos a todo el cuerpo. Le erizó la piel. Le habló en voz baja al oído.

—¿No te doy asco? —lo preguntó con curiosidad, como si la respuesta que ella pudiera darle le provocara diversión.

—Me lo advertiste. Que lo habías disfrutado mucho, que la ansiabas. Me lastima que fuera así, pero puedo entenderlo.

El hombre alzó la cabeza y la miró.

—No me mientas —le advirtió en un tono seco—. Dices que lo entiendes y no te creo. Sientes repugnancia y horror. Vi tu cara mientras ella se recreaba con los detalles escabrosos.

Michela inclinó la cabeza a un lado y frunció el ceño, parpadeó confundida.

—Claro que sentí horror. De que ella sea un ser tan despreciable y de que tú te encontraras a su merced, indefenso. ¿Qué es lo que pretendes con todo esto? ¿Por qué me tratas con esta frialdad? ¿Qué buscas?

—La verdad. Quiero que me digas lo que piensas de mí. No me digas lo que crees que quiero oír, sino lo que te hizo sentir conocer esa parte de mí.

—Jugó con tu mente y con tu cuerpo núbil que acababa de descubrir la sensualidad del placer sexual. Comprendo, porque también conozco sobre tu naturaleza posesiva, que te desbordara y te obsesionara. Tú no hiciste nada malo. Fue ella la que te confundió.

—Estás equivocada en todo. Nunca fui su víctima. Me la follaba en la cama que compartía con mi padre. Ella no quería, sin embargo, yo le insistía y la obligaba porque me excitaba.

Deseaba que ese cabrón nos pillara. Tampoco te mintió cuando te dijo que le propiné una paliza al bastardo. Lo disfruté muchísimo. Casi más que los polvos que le echaba a mi madrastra.

Las palabras en los labios de Roberto se convertían un arma mortífera. En algo mucho más potente y mil veces más contundente que una bala directa al corazón.

«¿Por qué deseas torturarme, Roberto? ¿Por qué me hablas de esta manera?».

—¿Y qué quieres que piense entonces de ti? —lo atacó ella de repente enfurecida con él, también con ella misma, y más que nada con Isabella Cottini—. ¿Buscas que te diga que eres un ser humano aún más horrible y malicioso que ella? ¿Quieres que salga corriendo de aquí? Jamás lo haré, ¡maldito desagradecido! —Roberto abrió mucho los ojos, impresionado por la reacción violenta de ella—. ¿Tú crees que esa mujer se molestaría en rescatar a una pobre niña de un grupo de violadores para salvarle la vida? ¿Crees que se dedicaría a arriesgar cada día su vida en la lucha contra el crimen organizado en este país corrupto? ¿Que volvería a la casa de su infancia donde sufrió unos abusos terribles para estar junto a su familia cuando lo necesitan, después de que lo echaran como a un perro? Estás hablando conmigo. No te equivoques. —Michela se

colocó en puntas de pie y tomó su rostro entre las manos, enredó los dedos entre los gruesos mechones de su cabello negro para obligarlo a bajar la vista, buscándole los ojos—. Te he tenido dentro de mí —le susurró con vehemencia y rabia. Deseaba acceder de una maldita vez a ese rincón inhóspito del alma de ese hombre. Entrar en ese lugar inaccesible que él se había empeñado en erigir entre ellos— y, por si no lo entiendes, no hablo del sexo. Tú y yo estamos unidos de la manera más profunda e íntima en que dos personas pueden estarlo. Te he visto romperte y llorar desesperado en mi regazo. Hace pocas horas he presenciado cómo te entregabas a tu hermana, feliz, con la inocencia de un niño esperanzado después de tantos años. Te conozco, aunque tú pareces ser incapaz de aceptarlo. Tú, Roberto Pastriani, no eres ningún santo. En eso estamos de acuerdo. Eres un hombre egoísta, sí, y en ocasiones bastante intratable. Buscarás siempre la manera de salirte con la tuya. Si hace falta mentir, robar o extorsionar, no dudarás en hacerlo, quizás, también hayas cometido asesinatos. Si quieres contarme acerca de eso, te escucharé. En el fondo, sé que te impulsa la idea de alcanzar un bien mayor. Comprendo que, cuando te enfureces y te sientes acorralado, reaccionas atacando con todo el arsenal del que dispones. Escúchame con atención porque no te lo pienso volver a repetir: eres un hombre bueno, noble y generoso, a pesar de lo que tú mismo pienses sobre ti. Lo eres mucho más de lo que soy capaz de expresar con mis torpes palabras. Cariño, te amo. Con todo lo que has sido, con todo lo que eres y con todo lo que llegarás a ser. Te amo, ¿entiendes lo que eso significa? Significa que no cambiaría ni una sola página de tu pasado, porque ese pasado tormentoso es el que te guio hasta mí. Ese pasado e incluso esa mala mujer te trajeron hasta mí. Y sin ti, mi existencia sería opaca. No mala o desdichada, sino vacía. Sin enfrentamientos conmigo misma, sin emociones intensas que me destrozan, sin esta mezcla de sentimientos contradictorios, vívidos y complejos que solo tú me provocas y me dejan con el corazón expuesto y abierto en canal para ti. A veces he llegado a sentir que me dejas el corazón en carne viva.

Esto último lo expresó en voz baja, entrecortada.

Roberto tragó para deshacer el nudo en su garganta y dejó caer la cabeza. Se veía incapaz de replicar, de agradecerle la confianza, el amor infinito. Tan emocionado se sentía. Ella lo había dejado sin palabras, sin fuerzas. Vacío de orgullo.

—Te prohíbo, Roberto Pastriani —pronunció con una sobria serenidad que los descompuso a ambos—, que vuelvas a insinuar

que eres algo parecido a esa mujer. Eres lo mejor para mí. Lo más hermoso y puro que viviré en esta vida. —Lo había acercado a ella y recorría con labios enfebrecidos cada espacio que alcanzaba en su rostro. La mejilla barbuda, sus ojos cerrados, la nariz, una ceja, tratándolo con toda la ternura de la que era capaz...

Roberto, inmóvil y con las manos sobre la cintura de ella, la dejaba hacer. Cuando habló, un tiempo después, lo hizo profundamente conmovido y con lágrimas en los ojos. Temblaba hasta el punto de que la voz le salió desafinada.

—Vi tu cara y me asusté.

Michela le dio un pequeño tirón en el cabello para que la mirara a los ojos.

—Y la manera que tienes de defenderte es atacando. Oh, Roberto.

Él asintió, contemplándola con una mirada de ojos torturados.

—Por primera vez pensé que podía perderte. Tú eres buena y honrada, sincera y transparente en todo lo que haces, en cada palabra que pronuncias... Y yo no soy así, no puedo ser así. No vivo según unos rígidos esquemas morales. Ya te lo dije. En mi profesión no es posible y, además, no creo en ellos. Ni en dogmas arcaicos ni en verdades absolutas. Así que me haces sentir en desventaja, como si tuviera que dedicarme a expiar mis faltas y mis pecados. Tan numerosos que me avergüenzan. Y por un lado, tu forma de ser y de proceder en la vida es algo que me hace sentir un orgullo inmenso, por tenerte a mi lado, pero también me cabrea. Me enfurece no estar a tu altura. No alcanzarte nunca. Te veía hablando con Isabella y cómo la enfrentabas desde tu sencilla honradez, mientras que ella todo lo enfangaba con sus sucias verdades. Y comprendí que no te merecía. En realidad, mereces estar con alguien como Lukas. Amable y noble, de altos ideales. Hoy lo he visto de forma clara, sin embargo, soy demasiado egoísta y un completo bastardo como para dejarte ir.

—¿Dejarme ir? Como si yo fuera un objeto inanimado sin voluntad. No seas obtuso y no vuelvas a decir eso. —Roberto sofocó una carcajada y asintió con la cabeza—. No estoy enamorada de Lukas, sino de ti. No es justo para ti que me digas esas cosas. Tampoco es una posición cómoda para mí. No creo que yo sea mejor o peor que nadie. Sigo sin entender por qué te empeñas en compararnos. Yo no he vivido lo que tú has tenido que vivir. ¿Quién sabe cómo hubiera reaccionado yo? Nunca lo podré saber. Creo que has tenido una vida dura y complicada y te has abierto camino de la manera que consideraste necesaria para tu

supervivencia. ¿Quién soy yo para juzgarte? Me niego a que me coloques en un altar. No soy ninguna divinidad a la que adorar. Quiero que me ames tal cual soy: defectuosa e imperfecta, y que me digas cuando meto la pata y me comporto como una cría con pataleta. Yo, por mi parte, prometo hacer lo mismo contigo cuando te vuelvas demasiado obsesivo y asfixiante. Seamos solo tú y yo. Nada más, ¿sí?...

Roberto rodeó la cintura de Michela y la estrechó contra su cuerpo, enterró la cabeza en su cuello y le refregó la nariz por la piel, desesperado, aspirando su aroma único.

—Dios, ¡cómo te amo! Me dejas sin palabras. Sí, sí a todo, amor mío. A todo. ¿Dónde tengo que firmar? Oh, Michela...

—Venga, vamos a la habitación. Nos daremos un baño relajante con el agua tan caliente que nos queme la piel. Yo, al menos, lo necesito. Estoy exhausta después del día tan intenso que hemos vivido hoy.

Cuando Michela abrió los ojos a la mañana siguiente, Roberto ya se encontraba vestido y aseado. Las puntas de los cabellos se veían algo húmedas aún. En vaqueros, deportivas y un jersey en tonos azules de cuello alto, aguardaba apoyado en el alfeizar de la ventana y contemplaba abstraído el bosque que se extendía más allá del patio de la *Azienda*.

—Tullio estuvo hablando conmigo hace un momento.

Lo comentó como de pasada, sin darse la vuelta, sumido en sus propias cavilaciones. ¿Sabía él que ella acababa de despertarse? ¿Le había estado hablando mientras aún dormía?

—¿Hay alguna novedad? —preguntó ella con la voz enronquecida por el sueño.

—Mi padre ha empeorado, sabe que estoy aquí y pregunta insistentemente por mí.

Michela se incorporó en la cama y se apoyó contra el cabecero de madera, peinándose con los dedos los enredados de su cabello y deseando contar, justo en ese momento, con una humeante taza de café bien cargadito.

—Sin ánimo de pretender meterme donde no me llaman, ¿es tan malo que lo veas y escuches lo que tiene que decir?

Roberto se volvió y la contempló un momento con una mirada intensa y apesadumbrada. Caminó hasta sentarse en un lateral de la

cama. Encontró los pies de ella, escondidos entre las sábanas, y comenzó a acariciárselos con lánguidas pasadas de sus dedos.

—Tú puedes opinar siempre de cualquier aspecto de mi vida, ya te lo he dicho. —Tomó aire antes de hablar—. Me revienta hacerle el gusto al cabrón. Es así de simple. La cuestión es que se está muriendo y yo no siento nada. Ni lástima, ni rabia, ni dolor. Me da igual. ¿Qué dice eso de mí?

—Que ese hombre te ha hecho un daño irreparable.

Roberto curvó los labios en una sonrisita irónica, se incorporó y se recostó a su lado cruzando los brazos detrás de la cabeza y estirando las piernas sobre las sábanas arrugadas.

—Y que soy un bastardo sin corazón.

Michela se apoyó de lado contra la madera y observó el perfil de Roberto, tan varonil y majestuoso. ¿Nunca conseguiría reponerse a la impresión que le causaba su descarnada belleza?

—¿Qué ocurriría si fuera Tullio el que estuviera en esa cama? —Esperó unos segundos antes de replicar. Aguardaba estudiando su reacción, permitiendo que la idea calara en la mente de ese cabezota—. Te lo voy a decir: no habría forma humana de arrancarte de su lado. ¿O si se tratara de tu hermana? No, no eres un bastardo sin corazón. Sufriste demasiado a manos de ese hombre que, en vez de protegerte y cuidarte, se dedicó a maltratarte.

Roberto ahogó una risilla.

—Siempre tienes respuesta para todo, ¿no? ¿Tú qué harías en mi lugar, doña marisabidilla? No, no me digas. Hablar con él. Le permitirías que aliviara contigo su alma podrida y le dirías, aunque en el fondo no lo sintieras, que lo perdonas.

Michela, que se había tomado muy en serio la pregunta, la meditó durante unos minutos.

—La verdad es que no sé qué haría. No me llevo muy bien con mi padre, sin embargo, no he sufrido lo que has pasado tú. Claro que acudiría a su lecho de muerte para hablar con él y sí, también confortarlo. ¿Es algo tan terrible?

—Para mí, lo es.

—¿Y qué vas a hacer entonces, esperar el fatal desenlace?

—Iré a verlo.

La joven se lo quedó mirando, pasmada.

—No te entiendo...

—No lo voy a perdonar y no pienso tomar su arrugada mano para hacerlo sentir bien. Por una vez, seguiré tu consejo. Al menos, no le negaré su último deseo.

—¿Quieres que te acompañe? Puedo quedarme contigo en todo

momento...

Roberto la miró y su rostro se iluminó con una gran sonrisa, alargó la mano y le acarició la punta de la nariz.

—Mi valiente guerrera.

La pilló desprevenida cuando le cayó encima y le buscó los labios con anhelo. Apartó las sábanas de un tirón y le acarició con suavidad el cuerpo desnudo, haciéndola jadear y retorcerse de gusto. El deseo se disparó en Michela y se desplegó por todo su torrente sanguíneo hasta hacerla estremecer. Lo rodeó con sus brazos apretándose contra él.

—Eres deliciosa —murmuró él mientras la besaba—, te amo. Eres un bálsamo para mi alma sucia y corrupta.

—No aguanto que digas cosas como esas.

—De acuerdo, lo retiro. Y no, no necesito que vengas conmigo. Quédate aquí o baja y desayuna, da un paseo si te apetece. —Se incorporó apoyando los puños cerrados sobre el colchón y la observó con semblante divertido—. Me voy ya, hasta después.

Ella se mojó los labios con la lengua y echó la cabeza hacia atrás. Incitándolo.

—Bésame otra vez.

Y eso hizo. Le dio un beso y luego otro hasta que terminaron enredados sobre la cama con las sábanas desparramadas por el todo el suelo.

—Vete ya.

—Eso he intentado, pero te has puesto exigente.

—No me culpes a mí, eres un hombre de laxa moral.

Roberto se carcajeó y se puso en pie, se peinó con movimientos rápidos, sin dejar de mirarla, y se ajustó los vaqueros y el jersey.

—Ahora sí que me voy.

—Suerte —musitó ella y lo vio salir de la habitación—. Hasta después.

Isabella elevó la mirada de la revista que hojeaba cuando escuchó pasos acercándose por el pasillo. Le llamó la atención la contundencia de las pisadas. No se trataba de la vieja Loretanna. Los pasos se detuvieron de forma abrupta delante de la puerta de la habitación de su esposo moribundo. Abrió mucho los ojos al ver aparecer tras la puerta al errante hijo pródigo.

—Eres la última persona que hubiera esperado que se presentara

aquí —comentó ella revitalizada. Dejó a un lado la revista y cruzó las piernas.

Roberto cerró tras él.

—Estoy igual de sorprendido. Eres la última persona que hubiera esperado que se quedara aquí haciendo guardia.

Isabella le dedicó una sonrisa sibilina y lo devoró con la mirada mientras él atravesaba el dormitorio.

La habitación parecía haber permanecido suspendida en el tiempo, se dijo él con asombro. Todo estaba igual a como recordaba: muebles robustos de sólida caoba hondureña, esas odiosas cortinas, que apenas permitían la entrada de la luz del sol y lograban el efecto deseado, una atmósfera cerrada y asfixiante, sobrecargada a consecuencia de la enfermedad, de los medicamentos que le suministraban cada pocas horas o de la podredumbre que se iba apoderando del cuerpo de Gennaro. El agrio olor de un cuerpo en agonía se filtraba por cada rincón de la pieza y le revolvía el estómago. El único cambio ostensible era la sustitución de la imponente cama matrimonial, donde él e Isabella habían retozado tantas veces, por una de esas hospitalarias, de estructura metálica con mando incorporado, que se podía mover según el antojo del paciente.

Pastriani se detuvo en un lateral de la cama. Contempló con indiferencia el bulto indefenso y empequeñecido que formaba el cuerpo de su padre en mitad del colchón.

Había esperado, con cierto sentimiento de inquietud, experimentar algún tipo de congoja ante el deterioro físico en el que hallaría al hombre. No obstante, lo estudió con pasmoso desapego y comprendió que había contemplado demasiados cuerpos en descomposición y horriblemente mutilados a lo largo de su vida como para sufrir algún impacto por los efectos de un cáncer avanzado.

Su padre abrió los ojos de golpe, como si hubiera percibido su presencia. Clavó una mirada desagradable sobre él. La sorpresa, la sospecha y un brillo de inusual energía asomaron a las profundidades de esas pupilas oscuras y envejecidas.

—Me dijeron que había estado preguntando por mí.

El hombre no hizo caso del comentario y desvió la vista. Enfocó sus ojos en la silueta de su esposa, que presenciaba con interés, desde su discreta posición, sentada en una butaca en una esquina de la habitación, el reencuentro de los dos hombres.

—Qué curioso que estemos los tres en este dormitorio. Nunca se había dado tal nefasta casualidad —expresó Gennaro en un tonillo

displicente.

Isabella alzó una ceja dispuesta a presentar batalla. Roberto no se inmutó y siguió observando a su padre.

—Largo, mujer. Tengo que hablar con mi hijo.

Isabella Cottini se puso en pie.

—Como quieras. Avisa cuando necesites algo.

Ni Roberto ni su padre acusaron su partida.

—Me estoy muriendo —anunció el hombre sin ambages.

—No me dice nada nuevo.

—No seas impertinente, chico. Soy tu padre y me debes un respeto.

—Discrepo. No le debo absolutamente nada. El Ejército me enseñó que el respeto uno se lo tiene que ganar.

—¿Y qué cojones se te perdió a ti en ningún Ejército extranjero? Eres un completo tarado. Menos mal que ya volviste de andar jugando al soldadito. Ahora tendrás que hacerte cargo de la finca y de los viñedos: tu legado familiar. Y será mejor que espabiles pronto, chico, porque no tienes ni puta idea de cómo se manejan las cosas por aquí y estás rodeado por una pandilla de inútiles chupasangres. Pero, en fin, eres todo lo que tengo y tendrás que asumir tus responsabilidades.

—Creo que ha equivocado, de medio a medio, mi presencia aquí. Se lo diré de forma concisa: me importa un carajo su jodido legado de mierda. No tengo ningún interés en asumir absolutamente nada. Así que será mejor que cualquier instrucción que tenga en mente la exponga ante alguien que esté interesado en escucharle.

—Y, entonces, ¿qué cojones has venido a hacer aquí? Te sientes triunfante, ¿no es así? Te divierte verme a las puertas de la muerte. Eres un hijo de puta. Nunca has sido otra cosa más que un hijo de puta. Por eso te follabas a mi mujer, ¿te crees que no lo sabía? Mocoso de mierda. Por eso te eché. Aunque merecías que te hubiera desollado vivo por hacerme cornudo. Te lo advierto desde ya, no vas a ver un maldito céntimo de mi herencia, si no tomas en serio tus responsabilidades, así lo he dispuesto. O trabajas duro o no recibirás nada.

Roberto le dedicó una sonrisa divertida, se inclinó y apoyó los codos sobre la estructura, que chirrió bajo su peso.

—Es maravilloso presenciar que ni la muerte lo ha hecho prescindir de su mala baba y esa inagotable energía para comportarse como un auténtico bastardo.

—Vete a la mierda, tú y esa putilla con la que has venido.

Roberto se envaró y apretó la mandíbula, completamente fuera

de sí, deseando hacer que se tragara sus palabras.

El rostro de Gennaro, afilado y macilento, le produjo un instante de regocijo. Tenía la nariz alargada, como si alguien se la hubiera estirado, lo que le destacaba los huesos de la mandíbula y pronunciaba el hundimiento de sus mejillas y las cuencas de sus ojos. La piel alrededor de la boca, debido a la enfermedad, había adoptado un tono amarillento, mientras que el resto del rostro se había oscurecido, señal inequívoca de la proximidad de su final. Y, en ese preciso momento, contemplando el rostro que había detestado toda su vida, sintió de pronto una lástima infinita por Gennaro Pastriani, por la existencia absurda, triste y deprimente que había arrastrado cada día de vida.

¿Por qué nunca me ha querido?, quiso preguntarle. ¿De dónde nace ese odio que siempre ha sentido por mí? Por su hijo. Su único hijo. Antes de conocer a Michela se habría limitado a odiarlo, enfangándose en un lodazal de rabia y rencor, consumiéndose en él. En cambio, ahora, compadecía al viejo miserable. Una vida sin la luz del amor verdadero era una vida perdida. Comprendió que no valía la pena gastar el tiempo en odios sin fundamentos ni rencores tardíos. Nada de lo que dijera ese pobre hombre podría afectarle.

Sin mediar más palabras, se dio la vuelta para salir de la habitación.

—Ella te quería más que a mí.

Roberto se quedó paralizado con la mano aferrada con fuerza al pomo metálico de la puerta. La respiración se le atascó y luego se volvió errática.

—Cuando naciste, Deborah me dejó de lado y se olvidó de mí. Solo quería estar contigo. Con una maldita larva que no hacía otra cosa más que berrear y cagar. Te miraba como si fueras el jodido centro del universo. Me arrebataste a la única persona que he amado en esta vida. Me alegré de que la vida fuera justa y te la quitara también a ti. Así ya sabes lo que se siente. Desde que viniste a este mundo no has sido otra cosa más que un estorbo para mí. Nunca me has servido para nada.

Roberto tomó aire antes de hablar.

—El sentimiento es mutuo, tampoco me ha servido usted nunca para gran cosa.

Elevó la cabeza con la sensación de sentirse liberado al fin de la extraña maraña de sentimientos encontrados que don Gennaro había impreso a su vida, y abandonó ese dormitorio.

Cerró tras él y supo que no estaba solo. A pocos pasos lo esperaba su madrastra.

—Me alegro de que no te hayas ido.

Pastriani avanzó sin detenerse. En el mismo impulso, la sujetó con violencia por el cuello, los metió en la habitación de al lado y cerró la puerta.

—Refréscame la memoria —pronunció en siseo rabioso—. ¿Acaso no te advertí que te mantuvieras alejada de mi mujer?

—Tu mujer, ¿esa niña? Me decepcionas.

La mujer clavó las uñas en los brazos de él con rabia. Roberto no se inmutó.

—Me importa una mierda lo que pienses. Te vuelves a acercar a ella y te aplasto.

—Me importan una mierda tus amenazas baldías —retrucó ella sujetándolo con fuerza por los brazos.

Roberto apretó los dedos en torno al cuello de la mujer. Ella gimió y le devolvió una mirada engreída.

—No tienes ni puta idea de lo que soy capaz de hacerte. Mantente lejos de ella.

—Hazlo —lo retó con los ojos azules brillantes. Estaba eufórica por tenerlo tan cerca, por sentirlo sobre ella—. Hazme lo que quieras.

Pastriani esbozó una sonrisa torcida y continuó apretando, más y más fuerte hasta que el rostro de la mujer comenzó a cambiar de color. A los ojos de Isabella asomó la más leve señal de alarma y colocó las manos en torno a los dedos masculinos.

—Robe…

—Hazme un favor y muérete.

La soltó de repente. Ella trastabilló, tomó una honda inspiración y comenzó a toser. Se llevó las manos al cuello, temblaba. Roberto la hizo a un lado, abrió la puerta y salió de allí.

Michela deambulaba sin rumbo por las inmediaciones de la casa, sin pararse a contemplar el entorno ni entablar conversación con nadie. La desazón dominaba su ánimo. No podía obviar que, en ese mismo instante, Roberto estaría hablando con su padre. Le preocupaba el cariz que pudiera tomar la situación o las palabras que pudieran escupirse los dos hombres. Tanto rencor y odio acumulado en todos esos años de separación podrían resultar fatales. ¿Estaría Gennaro verdaderamente arrepentido? ¿Y Roberto… podría perdonarlo? Deseaba con fervor que así fuera. Por él, porque no deseaba que viviera con odio en su corazón. La tensión llegó a su punto álgido y el estómago le dio un vuelco

cuando lo vio trasponer las puertas de la cocina en dirección al lugar donde se hallaba ella. Michela entrecerró los ojos y colocó su mano a modo de visera, molesta porque la luz del sol incidía sobre la figura de Pastriani y le impedía verle la cara y estudiar su estado de ánimo. Echó la cabeza hacia atrás cuando la alcanzó.

—Ya está. Asunto finiquitado. Hablé con el viejo. ¿Qué es lo que te apetece hacer ahora?

Michela se limitó a observarlo procurando interpretar por el gesto que traía lo que había ocurrido.

—Te mueres de curiosidad, ¿no es cierto? —comentó divertido rascándose la barbilla con aire indiferente—.Ya conoces el dicho: *curiosity killed the cat*.

Michela alargó la mano y le acarició la mejilla.

—Oh, cariño. Lo siento tanto.

Roberto le tomó la mano entre las suyas apretándosela ligeramente.

—¿Te puedo pedir un favor, Michela?

A ella le sorprendió el tono imperioso de su pregunta. Se limitó a asentir y colocó su otra mano en el pecho de él.

—Lo que sea. Ya lo sabes.

Roberto contempló la mano de ella y arrugó el ceño, concentrado en lo que iba a decir.

—No permitas que sea un mal padre para nuestros hijos —suplicó con los dientes apretados. La sujetó por la barbilla y la miró con los ojos encendidos de rabia y dolor, tan tristes que a ella le partieron el corazón—. No permitas que sea un bastardo miserable lleno de celos absurdos. Abandóname, deshazte de mí, pero jamás permitas que le haga daño a un ser indefenso.

Michela, con un nudo en la garganta, negó con la cabeza.

—Roberto, tú serías incapaz de hacerle daño a ninguna criatura indefensa. No es necesario que me pidas eso.

—¡Y tú cómo demonios lo sabes! —explotó y se alejó unos pasos —. ¿Por qué confías tanto en mí? No tienes ni idea de lo que hay aquí dentro. —Se golpeó el pecho con un puño—. Isabella hizo bien en advertirte. No soy ningún honorable caballero. Y por mis venas también corre la sangre de ese bastardo.

Michela, aturdida con el hecho de que hubiera volcado sobre él el odio que sentía por su padre, tomó aire antes de hablar.

—Ver a tu padre, a tu madrastra y estar aquí de nuevo, enfrentándote a tantas cosas de tu pasado que no te gustan y te avergüenzan, te ha generado muchos sentimientos encontrados que ahora mismo no puedes manejar. Roberto, amor mío, si de algo

estoy segura es de que nunca le harías daño a un ser indefenso.

Pastriani se aproximó en dos zancadas y la tomó por los hombros.

—Ese malparido me detestaba porque ella me amaba. ¿Lo entiendes? Mi padre la amaba tanto que no podía soportar que ella quisiera a otra criatura. Y, joder, maldita sea, Michela, yo lo comprendo.

—Tenía una mente enferma y era un hombre débil e inseguro. Lo que sentía por ella no era amor.

—Yo también tengo una mente enferma y tú lo sabes mejor que nadie. Lo que siento por ti no es un sentimiento bondadoso, Michela. Es algo oscuro y egoísta, enraizado con mis paranoias y las ansias que experimento por controlarte. Te quiero solo para mí. ¿Quieres que sea sincero? La terrible verdad es que me gustaría encerrarte. Llevarte lejos. Me inquieto cuando no te tengo cerca. Siento celos de cualquiera que te arranque una sonrisa, de cualquiera que pase el tiempo contigo. Incluso de tu amiga Francesca. Y me he torturado infinidad de veces, imaginándote entregada a Lukas. Me atormenta pensar que has sido suya. Desearía vivir en otra época para poder matarlo. ¿Qué dices ahora? ¿Cómo me justificas?

Michela se humedeció los labios y lo contempló con infinito amor.

—Bueno, creo que es muy positivo que seas capaz de expresar en voz alta tus deseos más sórdidos y egoístas con respecto a mí. ¿Por qué te atribuyes para ti solo el puesto de honor en comportarse como un idiota? ¿Acaso te piensas que yo no siento igual? ¿Por qué crees que me cabreé cuando me enteré a lo que te dedicas? En realidad, lo que me pareció inaceptable fue que no pensaras en mí a la hora de exponer tan alegremente tu vida. Me dolió que yo no estuviera en primer lugar en tus prioridades. ¿Celos? Por favor, no hablemos de celos. Me consumen viva. ¿Qué crees que sentí al conocer a tus gemelitas? Deseaba arrancarles los ojos a esas dos. Ni siquiera soportaba que te tocaran. Mejor callo lo que siento cuando pienso en tu madrastra o en Bárbara. Bien, dime Barbazul, si me vieras triste y deprimida, encerrada en esa jaula dorada que tanto te gusta, ¿seguirías queriendo que me quedara aislada y sola?

Roberto negó con la cabeza.

—No, eso no. Quiero que seas feliz y que hagas aquello que te gusta hacer y que estés con las personas que quieres.

—Eso también es lo que deseo yo para ti, que seas feliz y hagas aquello que te realice como persona, aunque me cause espanto, me

produzca pavor y no me guste. ¿Ves? No eres un bastardo tan inhumano y no somos tan diferentes. —Michela dibujó una sonrisita divertida y le guiñó un ojo—. No hay tanta oscuridad en ti, mi querido *Anakin*.

Roberto echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¿Cómo lo haces? Aquí vengo yo, lleno de rabia y de odio, acosado por las dudas y me desarmas con una estúpida frase. Estás mal de la cabeza. —La observó con los ojos entrecerrados y chispeantes— . ¿*Star Wars*? ¿En serio?

Michela se encogió de hombros.

—¡Qué! Tú tienes tu frikada de One Piece y yo, a mi Han Solo. Prometo propinarte algún sartenazo en la cabeza cuando la oscuridad amenace con nublarte los sesos.

—Eres un bicho raro, Michela Hauffman.

—Me gusta ser un bicho raro. Lo normal es muy aburrido...

Roberto reía cuando la sujetó por la muñeca y tiró de ella. Sin mediar palabra, tomó posesión de su boca.

—Muy aburrido —confirmó él tiempo después.

Oculta tras un enorme naranjo, Isabella contemplaba con encono a la pareja.

—¿Por qué te torturas mirándolos, hermanita?

—Bárbara, sé que llevas detrás de mí un buen rato, así que te devuelvo la pregunta.

La abogada clavó una mirada de ojos acerados en la nuca de su hermana.

—¿Y por qué habría de afectarme?

La mujer se dio la vuelta, apoyó las manos sobre las caderas y apretó los labios.

—No sé, dímelo tú.

Bárbara elevó la mirada y observó a la joven pareja —escondidos entre los arbustos que delimitaban con el bosque, se habían fundido en un apasionado beso—. Enfocó su atención en su hermana mayor que le devolvía una mirada indignada, ultrajada.

—Roberto te lo contó —afirmó ella en un tono plano—. No es algo que me enorgullezca, pero sucedió. No pienso justificarme contigo.

—¿Roberto conoce tu inclinación por las malas compañías? Una conversación con tu querido amante y puedo destrozar ese negocio

tan lucrativo que llevas. Así que no me jodas, hermanita. Sobre todo, no vuelvas a joder con quien me interesa. ¿Te queda claro?

Bárbara soltó una carcajada, corta y desdeñosa, y se aproximó a su hermana.

—Es a ti a quien no le interesa entrar ahí —siseó con desdén—. Te lo digo muy en serio. No te ciegues por la obsesión que sientes por ese hombre y no metas las zarpas en cosas que exceden por completo tu control. Jamás vuelvas a amenazarme, Isabella. Eres mi hermana y te quiero. Por eso te lo advierto.

—¿Me quieres? Y te enredas con el hombre que... —Desvió la mirada ahogada por la rabia—. Sabías lo que él era para mí...

—Te confieso que, en un principio —la interrumpió fastidiada— me impulsó el morbo y la curiosidad. Ya sabes cómo soy. Habían pasado muchos años desde la última vez que lo había visto. En fin, míralo... quedé sorprendida. Quise comprobar si había sido para tanto. De acuerdo, está buenísimo y tiene ese tipo de mirada que puede fundirte el cerebro. Lo que ocurre es que jamás imaginé sentir lo que...

—Cállate —susurró Isabella alterada. Se dio la vuelta y apoyó la mano contra la corteza del árbol—. No vuelvas a hablar así de él. Traidora. Eres mi hermana, maldita sea, la única persona en quien podía confiar.

—Cometí un error al liarme con él. Lo admito. No hace falta que te lo tomes con semejante ultraje. Hacía veinte años que no lo veías. Isa, no olvides por qué estoy aquí. Te aconsejo que no muerdas la única mano amiga que vela por tus intereses.

—Lárgate. No te das cuenta de que ahora nada de eso me importa. No quiero verte.

Bárbara tomó aire y se aproximó hasta colocarse muy cerca de su hermana.

—Aunque te mate escucharlo de mis labios, necesito que seas consciente de que él jamás volverá contigo. No importa lo que hagas o lo mucho que enredes. Te desprecia. Y te recuerdo que no soy yo la enemiga a la que abatir, sino esa mocosa insulsa.

Su hermana mantuvo un estoico silencio y ella se dedicó a estudiar a Michela Hauffman con atención. La joven vestía ropa sencilla, sin gracia. Vaqueros, camiseta y un anorak verde musgo espantoso. No sabía combinar los colores. Carecía por completo de algún sentido de la estética y del buen gusto. Por lo que había observado no se maquillaba ni se molestaba en arreglarse el cabello. No era bonita y, por lo que había visto, tampoco es que tuviera conversación o una cuidada educación. No había nada reseñable

que destacar en ella.

—Hay que admitir que bebe los vientos por esa mujer y no comprendo qué diantres le ve. Es la criatura más anodina que he visto jamás.

—Lo que ve en ella es tan simple que no comprendo cómo no te has dado cuenta. Ella es inocente y confiada. Una buena persona, una joven normal.

—¡Qué chorrada dices! Por favor, Isa, ¿te haces la idiota a propósito? Estás hablando de Roberto Pastriani.

—Sí, y precisamente por tratarse de Roberto Pastriani es por lo que está loco por ella.

Bárbara elevó la mirada al cielo y meneó la cabeza. Tomó a su hermana por el codo y comenzó a arrastrarla al interior de la casa.

—Mejor vámonos las dos antes de que nos vean. Te conviene pasar desapercibida, hermanita.

La cocina de la *Azienda Pastriani* por eso días se había convertido en un caos de mujeres que corrían y gritaban a todas horas, de bandejas que entraban y salían sin remitir el flujo hasta bien entrada la noche, mientras Lorettana y Nora Dini procuraban poner algo de orden entre las mujeres y las miles de cacerolas, sartenes, vajilla y cubiertos que se acumulaban a todas horas en el fregadero.

—¿Se puede saber qué diantres hace esta bandeja todavía aquí? ¡Edda!, ¿acaso no has llevado al señor Tullio su desayuno?

La joven, atareada con las verduras para el almuerzo, se refregó las manos en un paño y se encogió de hombros.

—Lo hice, señora Nora, pero el señor me ordenó que me llevara la comida. ¿Quiere que le insista?

—Basta ya del dichoso «señora Nora». Maldito viejo cabezón. Trae para acá.

Loretanna intercambió una mirada divertida con Edda y, sin hacer un solo comentario, siguió a lo suyo, amasando la harina con ahínco sobre el pollo de la cocina. Sin embargo, no le quitaba la vista de encima a Nora, que tomaba la bandeja y abandonaba las cocinas echando humo por las orejas.

La florentina recorrió la distancia que separaba las cocinas de las dependencias privadas de Tullio Pastriani resoplando y farfullando absolutamente fuera de sí.

Golpeó con el pie en la madera, al detenerse delante de la puerta

cerrada.

—Pase, por favor.

—¡No veo con qué mano pretende que abra, señor! —vociferó la mujer con regia indignación.

Tullio abrió la puerta de par en par y le dedicó a la antigua ama de llaves una sonrisa indulgente. Se había vestido con su mejor traje de domingo y cepillado diligentemente su cabello crespo. También se había perfumado para ella. Siempre había sentido vanidad de su cabellera oscura y muy abundante. Ahora, con casi setenta años ya no lucía el brillo de antaño y las canas lo habían cubierto de blanco, pero al menos no asemejaba una bola de billar.

—Nora Dini, ¡qué placer contar en esta soleada mañana con su presencia! Ha vuelto el sol a todo el Véneto. Sin usted, estábamos sumidos en las tinieblas, señora mía.

—¡Mañana! Menudo descaro. Es la hora del almuerzo, redomado holgazán. Y déjeme pasar que esto pesa.

Lo hizo a un lado de un empujón. Farfulló algo que, por fortuna, Tullio no logró descifrar y se encaminó por la estancia meneando las caderas. Pastriani se carcajeó y se apresuró a cerrar la puerta y a seguirla.

—¿Me puede explicar por qué se niega a comer? —le preguntó la mujer con los brazos en jarras, una vez que soltó la bandeja sobre un pequeño aparador situado frente al antiguo sofá Chester.

—Esperaba este resultado.

Nora Dini parpadeó.

—¿Qué?

—Sabía que vendrías a reclamarme.

—Es un ser humano despreciable, Tullio Pastriani. Está bien, ya estoy aquí, ahora coma.

—Nora, solo bromeo. —El hombre dejó de sonreír—. Por favor, no deseo que te angusties. Esa etapa de mi vida quedó atrás hace muchísimo tiempo. Perdona el subterfugio que utilicé. Por supuesto que comeré, solo deseaba verte. ¿Acaso no me has echado de menos? —La tentó con un guiño—. ¿Ni un poquito?

Nora le dedicó con una mirada recelosa y se cruzó de brazos.

—Sabes que te he echado de menos cada maldito segundo de cada maldito día que he permanecido lejos de ti. No obstante, que seas consciente de ese hecho, como siempre los has sido, nunca ha cambiado nada entre nosotros.

Tullio guardó silencio y se aproximó a la mujer. Nora Dini se alejó unos pasos.

—Nora...

—De Nora nada y no me mires con esa carita de borrego a medio degollar. Me niego a competir con los fantasmas de tu cabeza. Ya lo sabes. No me contento con las migajas que tengas a bien entregarme. No lo hice antes, menos lo haré después de vieja. Además, y aunque nos pese, tu mundo y el mío son muy diferentes.

—Nora, por el amor de Dios, que estamos en el siglo veintiuno... —Pastriani se cuadró de hombros haciendo alarde de su antiguo poderío militar, y carraspeó para aclararse la garganta—. Quería hablarte sobre los fantasmas.

Nora resopló disgustada.

—Tengo más de sesenta años, Tullio. No estoy para aguantar estas tonterías. Y tú tampoco deberías.

—Es cierto, no tenemos tiempo que perder en boberías.

El hombre alargó las manos, pero ella volvió a ponerse fuera de su alcance.

—No me toques y no asumas un «nosotros» cuando no tenemos nada, Tullio.

—Porque tú así lo quisiste. Maldita sea, Nora, ¡por qué estamos manteniendo esta conversación justo ahora! Pensé que hablaríamos de naderías antes de ponernos serios.

—No se me da bien ir dando círculos a las cosas. ¿Y de qué *naderías* te gustaría hablarme?

Tullio elevó las manos, exasperado.

—No lo sé.

—Pues, entonces, será mejor que te aclares las ideas antes de venir a interrumpirme sabiendo todo lo que tengo que hacer. Buenas tardes, señor Pastriani.

—Nora...

Sin embargo, la mujer ya había abierto la puerta y se alejaba por el pasillo. Tullio observó la comida con desánimo. En ese instante, había perdido por completo el apetito.

Ese mismo día, martes 29 de octubre, mientras toda la familia se deleitaba con una cena armoniosa en el comedor familiar, Gennaro Pastriani exhaló su último suspiro. El médico certificó la muerte del cabeza de familia y así lo escribió en el informe de defunción. El deceso ocurrió a las nueve en punto de la noche. Los funerales se celebraron dos días más tarde en el cementerio de la localidad bajo un cielo plomizo y la presencia de todos los miembros de la extensa familia Pastriani y de las principales autoridades de la localidad. Roberto y Caterina presidieron la marcha fúnebre con los restos de

don Gennaro y soportaron con estoica indiferencia las condolencias de las gentes. Por orden expresa de la familia —a ninguno le interesaba alargar más de lo necesario el odioso trámite—, se mandó llamar al notario y se dio paso a la apertura del proceso testamentario tres días después del entierro del cabeza de familia en el cementerio local.

—Y ahora dejarán a un lado las caretas de hipocresía que han estado vistiendo por estos días. ¿Estás preparado para el espectáculo? —comentó Tullio en voz baja.

El hermano menor aguardaba en una postura relajada al lado de su sobrino. Los dos hombres se habían situado al fondo de una habitación estrecha mientras el notario, detrás de un enorme escritorio de madera noble, procedía a la lectura de testamento.

Roberto se encogió de hombros. Para lo que a él le importaba, que se mataran entre ellos. Michela se había negado a estar presente en ese despacho y había decidido ayudar a las mujeres en la cocina.

Caterina, sentada frente al notario y con su pequeña Deborah en brazos, charlaba en voz baja con su marido que, de pie y detrás de la butaca, le acariciaba con suavidad la nuca.

El resto de los hermanos y sus esposas se desperdigaba sin ningún orden por la habitación. Isabella había tomado asiento al lado de Caterina, sin embargo, no hubo entre madre e hija un solo intercambio de miradas o gestos. La relación había llegado a un punto muerto el día que Caterina conoció de los abusos cometidos contra su hermano mayor, por medio de una conversación que había espiado entre sus padres. Armándose de valor, se había enfrentado a su madre meses después. La mujer lo había confesado todo. Desde ese día, se negaba a dirigirle la palabra. Le había perdido el poco respeto que alguna vez le había tenido. Además, se avergonzaba de ella, de su falta de escrúpulos, de la impunidad con la que había actuado. Se le revolvían las entrañas al imaginar a Roberto con esa edad. Recordaba aquel rostro aniñado, el ceño rebelde y esos indómitos ojos verdes. Se atormentaba imaginando lo que esa pobre criatura tuvo que sufrir a manos de su propia madre. La rabia y la incomprensión llegaban a su punto álgido cuando contemplaba a su propio hijo de seis años. ¿Cómo había podido cometer semejante perfidia contra una criatura inocente?

—Muy bien, señores y señoras, procederé a dar lectura de las últimas voluntades del señor don Gennaro Pastriani, en el día de hoy, cinco de noviembre del año dos mil doce, siendo las once y media de la mañana.

El hombre tomó el sobre entre las manos y rompió con diligencia el sello. Se tomó su tiempo en abrirlo y colocar los folios sobre la mesa. Se ajustó unas gafillas metálicas sobre el puente de la nariz. Roberto sofrenaba las ganas de echarse a reír ante los gestos impacientes de sus tíos y primos. Se hizo el silencio en la estancia. El notario carraspeó antes de comenzar a leer.

> «*Yo, don Gennaro Pastriani, italiano, que acredito identidad con documento nacional adjunto, domiciliado en Concordia, Calmasino di Bardolino, Verona, deseando testar en forma ológrafa, declaro:*
>
> *Que nacido el día 17 del mes de octubre del año 1937, soy hijo de don Angelo Pastriani y doña Caterina Pastriani. Dejo constancia que mi hija, que vive y se llama Caterina Isabella Pastriani, nacida el día 3 del mes de febrero del año 1982, cuya partida de nacimiento se encuentra en mi caja fuerte.*
>
> *Que siendo vecino de la localidad mencionada anteriormente, declaro que poseo la suma de EUR 10 500 000 (euros, diez millones con quinientos mil) en bienes y haberes.*
>
> *Que acredito que la Azienda agrícola Pastriani Fratelli se encuentra a mi nombre desde el año 1975, cuyo documento de compraventa se encuentra en mi caja fuerte.*
>
> *Que acredito las cantidades percibidas por mis hermanos en concepto de compensación, cuya copia se encuentra en mi caja fuerte.*
>
> *Que no adeudo suma alguna con excepción de las deudas que figuran en el libro de inventario, en manos de mi albacea.*
>
> *Que instituyo a mi hija Caterina Isabella Pastriani única y universal heredera...*».

Llegados a este punto, un leve murmullo se elevó por toda la sala. Varios pares de ojos se clavaron en la figura de Roberto Pastriani. Él no acusó recibo de las miradas sorprendidas de sus familiares y siguió escuchando. El notario elevó una mirada nerviosa por encima de sus gafas, evitó hacer contacto visual con el hijo mayor. Se aclaró la garganta y continuó la lectura.

> «*Que dejo constancia que mi hijo, que vive y se llama Roberto Angelo Pastriani, nacido el día 10 del mes de abril del año 1977 en Old Windsor, ciudad del Reino Unido, cuya partida de nacimiento se haya en mi caja fuerte.*
>
> *Que dejo escrito que se le haga entrega de la parte que resulte*

irrenunciable por ley. Y, sí así lo desea, se le adjudique un sueldo adecuado si decide hacerse cargo, junto con mi hija Caterina, del manejo de la Azienda agrícola Pastriani Fratelli.

Que dejo constancia que contraje matrimonio civil con Isabella María Cottini en la ciudad de Verona en el año 1980, cuyo certificado también se encuentra bajo resguardo en mi caja fuerte.

Que dejo escrito que se le haga entrega a mi cónyuge de una cantidad mensual que no exceda de la cantidad de seis mil euros mensuales, así como el uso y disfrute de la vivienda familiar, cuya nuda propiedad corresponderá a mi hija Caterina. Mi cónyuge dejará de percibir tal remuneración y renunciará al uso y disfrute de la vivienda familiar el día que contraiga nuevas nupcias.

Es mi deseo que al fallecer se me entierre en el cementerio de mi localidad, en el panteón construido a tal efecto, sepultándome con el collar de perlas de mi primera esposa: Deborah Weade y el traje que vestí en el casamiento con ella.

Que nombro albacea al Sr. notario Pietro Frattini, domiciliado en la calle Cavour de la ciudad de Bardolino, Verona, para que se cumplan mis disposiciones de última voluntad.

Revoco cualquier otro testamento anterior a este, debiendo prevalecer estas disposiciones, que son la expresión de mi última voluntad. Y no teniendo más que disponer, firmo este testamento, escrito de mi puño y letra a los 15 días del mes de agosto de 2012, en la ciudad de Bardolino, Verona».

—Vamos a ver —intervino Rafaelle, el hermano mayor de su padre—. ¿Esto qué es? ¿Y el trabajo que hemos venidos desarrollando en la granja, en las bodegas...?

—Ni siquiera nos menciona —se ofuscó Alberto—. Esto es intolerable. Además, la casa se ha revalorizado desde el tiempo que compró la finca a nuestro abuelo.

—Si me permite intervenir, don Alberto, la compraventa de la *Azienda* se hizo muchos años atrás, y por ella aceptaron percibir la parte proporcional. Y las cosas seguirán como hasta ahora, solo que, a partir de hoy, será la señora Caterina Pastriani quien se hará cargo de todo el manejo. Salvo, claro está, que su hijo Roberto Pastriani decidiera... —dijo el notario.

Los hombres elevaron las voces.

—Don Pietro —lo interrumpió Roberto, sin moverse de su sitio —, por alusiones, renuncio a ocupar algún puesto en la *Azienda*. Ya se lo comuniqué a mi padre antes de su fallecimiento. Me parece bien que mi hermana se haga cargo de la finca, los viñedos y la

bodega.

Caterina los observaba con expresión serena. Paolo, su marido, se había hecho cargo de dormir a la pequeña Deborah. La mujer se puso en pie y alzó las manos solicitando la atención de todos.

—Queridos tíos y primos, por favor, calma. Como bien ha dicho el señor Frattini, todo seguirá como hasta ahora. Seguiréis percibiendo el mismo salario que hasta la fecha y ocupando los mismos puestos. Os necesito. Jamás podría llevar todo esto yo sola. Además, no estoy interesada en erigirme como la máxima autoridad de la materia. Ya me conocéis. Todos sabéis que aprecio y valoro el esfuerzo diario que hacéis cada día. Y ya he explicado en numerosas ocasiones que, si cualquiera desea venir a vivir aquí, podrá hacerlo con total libertad, da igual a quién pertenezca la casa...

—Y tú decías que yo hacía falta por aquí —susurró Roberto en el oído de su tío—. Mírala —expresó con un sentido del orgullo que lo llevó a esbozar una gran sonrisa—, se los lleva de calle.

—Si te soy sincero, no salgo de mi asombro. Creí que estallaría un polvorín. Supongo que, al dejarla a ella como su heredera universal, se ahorra los conflictos que pudieran estallar entre los hermanos si hubiera establecido que varias personas se hicieran cargo del negocio. Pensé que dejaría las cosas más repartidas. Nunca imaginé que tuviera en tal alta estima a Caterina. No le hacía demasiado caso.

—Se pueden decir muchas cosas de mi padre, pero el tipo era un bastardo astuto. Muy astuto. Caterina es la única que cuenta con el respeto y el cariño de todos en esta casa. Y él sabía eso. Esa mujer tiene un carácter de hierro. Paolo sabrá cuidarla y tú velarás porque ninguno de tus hermanos le haga una mala jugada. Yo me voy.

El hombre salió por la puerta y enfiló por el pasillo. Tullio lo siguió, llamándolo. —Espera, Roberto...

Pastriani se volvió y apoyó las manos en las caderas.

—Tullio, no tiene caso que siga por aquí. Están dialogando, no parece que vaya a derramarse sangre y tengo asuntos muy importantes que he postergado por ti. Comprendo tu afán por que me haga cargo de la *Azienda*, pero este no es mi mundo, nunca lo fue. Mi vida es otra. De todas formas, te prometo que vendré a visitaros más a menudo. —Esbozó una sonrisa tímida y se pasó la mano por el cabello—. Si no lo hago, mi hermana puede matarme. La veo capaz.

—Lo haría, estoy seguro de ello. Menudo carácter. —Tullio se colocó delante de Roberto y suspiró—. Está bien, muchacho. Me alegro de haberte tenido por aquí. Y te mandé llamar porque te

echo de menos, mucho más de lo que te dejo ver. Lo de tu padre fue la excusa perfecta. Supongo que ya estoy viejo y achacoso...

Roberto colocó una mano en el hombro de su tío y le acarició la mejilla.

—Tullio, vente conmigo. Ven a casa y quédate una temporada. El tiempo que tú quieras.

Tullio Pastriani comenzó a negar con la cabeza, hasta que pensó en Nora. Curvó los labios en una sonrisa divertida.

—Acepto tu invitación —manifestó con firmeza—. Me hará bien pasar un tiempo en la ciudad. Prometo no ser un estorbo.

—¿Bromeas? Esa casa es enorme. Tu único problema será lidiar con Nora Dini cuando le comuniques que te vienes conmigo.

Las cejas de Tullio salieron disparadas hacia arriba.

—Sé lo tuyo con ella desde que era un crío —le confió Roberto con una sonrisa.

—Criatura del demonio.

—Tullio —el dedo de Roberto apuntó a la cara de su tío—, si ella no quiere nada contigo, te aguantas y ya. La molestas lo más mínimo y te las verás conmigo, ¿te queda claro?

Tullio echó la cabeza hacia atrás y estalló en una carcajada.

13

El avión de Alitalia, en el que viajaba Juan Santiago Ruano, aterrizó a las dieciocho treinta, según la hora prevista de llegada, en la terminal uno del Aeropuerto Internacional de Roma, Fiumicino. Nada más descender por la escalerilla del avión con el petate al hombro, Juan encendió su móvil y buscó entre sus contactos el número de Roberto Pastriani.

—El halcón ha llegado al nido, italiano.

—No puedo ir a recogerte. ¿Te importaría pillar un taxi y venir al Teatro Parioli en la vía Giosuè Borsi? Repito, Giosuè Borsi. Bah, limítate a decir Teatro Parioli.

—¿Y luego me llevarás a cenar en el Mirabelle? Romeo, ahórrate las invitaciones, soy un tío fácil.

—Ya sabes, me van las cosas a lo grande. Ven aquí y luego te llevaré a mi casa.

—¿Ves? Así mejor. Es escuchar ese tono mandón y se me eriza la piel de todo el cuerpo.

—¿Compartiremos la cama?

—Deja las drogas.

—Yo también te quiero, ricura.

Roberto cortó la llamada y se guardó el móvil en el bolsillo trasero de su pantalón. Le dedicó una sonrisa a Michela, que absorta en su amiga, escuchaba con interés las explicaciones que Francesca daba a los bailarines, algo acerca de la intensidad con que debían ejecutar los movimientos.

Había decidido acompañar a Michela esa tarde, porque apenas si habían tenido tiempo de estar juntos desde que habían vuelto de Bardolino. Él, obsesionado y enfrascado en el trabajo, y ella

también había tenido agotadores turnos de noche en el hospital y lo único que deseaba era dormir y descansar al salir del policlínico.

Francesca, visiblemente emocionada porque él hubiera accedido a acompañarlas, les había ido mostrando los entresijos del teatro, relatándoles en voz baja suculentas historias de la vida entre bambalinas. El móvil de Roberto comenzó a vibrar, lo sacó y miró de reojo la pantalla iluminada: Vincenzo Macrì. Se adelantó unos pasos y colocó una mano en la cintura de Michela. Le susurró una disculpa en el oído y dejó el anfiteatro.

—Su señoría, dígame en qué puedo ayudarlo.

—Esta vez te ayudo yo a ti, Bracconiere. Aquí tengo sobre mi mesa, y recién salidas del horno, las órdenes judiciales que me pediste.

Roberto perfiló una sonrisa triunfante.

—Señor, gracias por confiar en mí. Pasaré a retirarlas esta misma tarde.

—Espero que sepas lo que estás haciendo. Tú te las estás jugando, lo sé, pero yo también. Vamos directos a las fauces del lobo.

—No creo que esto termine bien, señor, si quiere que le sea sincero.

—Y cuándo demonios ha terminado algo bien en esta jodida ciudad, ¿eh? Pásate hoy a recogerlas por mi oficina privada, así podremos charlar un rato.

Nada más colgar con el magistrado romano, marcó el número de Marco Stamile.

—¿Mago?

—¡Bracco! Ya empezaba a preocuparme. Una semana sin saber de ti.

—He estado liado. Asuntos familiares. ¿Has decidido lo que harás? Quiero que te quede claro que, sea lo que sea, cuentas con mi apoyo incondicional y todos los recursos de los que soy capaz.

La línea se mantuvo en silencio por varios segundos.

—¿Mago?

—Estoy aquí. Lo siento. —La voz estrangulada con que Stamile habló, lo conmovió—. Esta situación me supera.

—Comprendo.

—Voy a largarme con ella.

—Necesitarás hacerte con pasaportes falsos.

—Lo había pensado.

—Déjalo de mis manos, yo me encargo. Conozco a alguien. Abriré una cuenta a tu nombre para que dispongas de fondos.

—Señor, por favor, no. Eso no es necesario. Cuento con algunos ahorros...

—¿Quieres que esto salga bien, sí o no? Porque si la respuesta es sí y estoy seguro de que la respuesta será sí, necesitarás mucha pasta y, seamos claros, joder, tú no la tienes. Así que te aconsejo que dejes de lado cualquier absurdo sentido del orgullo que creas tener y me dejes actuar.

—Gracias, señor. No sé cómo pagarle lo que está haciendo por mí.

—Ya lo has hecho, créeme. Cuida de ella y de tu hijo. Es lo único que tienes que hacer a partir de ahora.

Michela había decidido abandonar también el anfiteatro. Esperaría a su amiga en el *hall*. La joven, inmersa en los pasos de una coreografía algo complicada, se había subido al escenario para dirigir a los bailarines. Michela abrió las pesadas puertas del salón, cerró con cuidado tras ella y se acercó a leer los carteles que anunciaban las actuaciones previstas para las fechas navideñas. Un movimiento en el acceso al teatro llamó su atención y se volvió a mirar.

La joven contemplaba, como si se hallara hipnotizada, a su primo, y no podía creer la coincidencia de topárselo en el lugar más inesperado. En la recepción del teatro Parioli, ¡en Roma! La escena se le antojaba surrealista.

—¿Juan?

El hombre, que tecleaba distraído su móvil, se detuvo, elevó la cabeza y su rostro se iluminó con una enorme sonrisa.

—¡Michela! ¡Qué casualidad encontrarte aquí! —exclamó en español su primo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Por el amor de Dios, dame un abrazo, ¡qué alegría verte, enana! —manifestó el hombre emocionado, acortando la distancia que los separaba.

Ella, que no conseguía reponerse de la sorpresa, se apresuró a rodear a su primo con los brazos y rompió a reír cuando este la alzó en el aire, la apretujó contra su pecho y se dedicó a besuquearle las mejillas.

—¿Está aquí mi tía? —preguntó ella sin salir de su asombro—. ¿Por qué no nos avisaste? ¿Quién te ha recogido en el aeropuerto?

—Pareces de la jodida Gestapo. Estás preciosa, enana...

—¡Qué demonios está ocurriendo aquí!

La voz de Roberto restalló por el desértico *hall* del teatro con la sutileza de un latigazo y los sobresaltó a ambos. Juan, sin dejar ir a su prima, contempló a Pastriani con los ojos entrecerrados, como si lo viera por primera vez.

Michela no sabía si echarse a reír o a llorar al observar la expresión endurecida en que había mutado el rostro de Roberto. Había llegado a conocerlo bien y comprendía que se estaba conteniendo para no estallar en golpes, gritos y reclamos. Paradójicamente, la enternecía verlo así de desconcertado y rabioso. El hombre observaba con especial encono las manazas de Juan alrededor de su cintura. Deseó pedirle a su primo que la dejara ir, sin embargo, no se atrevía a moverse.

—Será mejor que dejes de mirar a mi prima como si quisieras matarla, italiano.

—Es a ti a quien quiero matar, idiota. —Parpadeó varias veces y los miró de hito en hito, absolutamente confundido—. Espera... ¿tu prima?

En ese momento fue como si alguien le hubiera desenchufado la batería, porque se relajó y la tensión que lo había dominado se esfumó de un plumazo. Michela meneó la cabeza. ¿Y de qué se conocían esos dos?

—Sí, mi prima, troglodita de mierda. ¿Siempre se comporta así? —Le dedicó una mirada inquisitiva a su prima que seguía arropada por el enorme corpachón del español.

—*If someone ask me, he was very polite* —comentó Francesca en tono jocoso.

La joven acababa de acceder a la recepción del teatro desde el anfiteatro, cuyas puertas se cerraron a sus espaldas. Había presenciado con profundo regocijo el espectáculo.

Juan Santiago dejó a su prima a un lado, giró sobre sus pies y clavó la mirada en Francesca Biliardi que le dedicó una sonrisa cohibida.

—¿Rizos?

—Hola —contestó la aludida alzando las cejas en señal de advertencia. Juan le hizo un gesto con la cabeza a Francesca, que pretendió ser un saludo, y volvió a centrar su atención en Michela.

—Escúchame bien, jovencita. Los tiempos de aguantar a neandertales afincados en la puta edad de piedra quedaron atrás hace ya unos cuantos años.

—No es como lo estás imaginando —musitó Michela con fastidio.

El guardia civil, con el rostro más serio que su prima le había

visto jamás, avanzó hasta detenerse delante de Roberto, que lo esperaba con una pose de piernas separadas y sonrisa torva, en actitud desafiante. Así debía de haberse visto Lucifer antes de dejarse caer desde los cielos, meditó Michela. Imponente, engreído y absolutamente sobrado de sí mismo.

—Y escúchame bien tú. Me caes bien, no lo niego, pero si veo la más mínima conducta violenta, aunque sea una ligerísima mirada reprobadora, como la que te he visto hoy dirigida a mi prima, te voy a meter un jodido Kaláshnikov por el culo. ¿Te queda claro, italiano? Que un hombre abuse de una mujer es algo que no soporto, me produce arcadas.

—Si alguna vez trato mal a esa mujer, seré yo mismo el que me meta un fusil por el culo. Y ahora, hazte a un lado, little John.

Michela y Francesca intercambiaron una mirada contrariada.

—¿Hola? Sí, hola a los dos, os recuerdo que estoy aquí —expresó Michela con ironía cansada de la actitud de esos dos idiotas—. Os estáis comportando como si yo fuera un mero objeto inanimado que no puede decidir por sí misma. Los dos —hizo hincapié la joven mirándolos enfurecida— sois un par de idiotas. Y lo comento porque creo que entre tanta meada *testosgenizada* se os pasó comentarlo...

Francesca, que no había entendido una palabra del discurso en español, se cubrió con la mano la boca para sofocar una risotada ante las miradas consternadas de los hombres.

—Tienes razón —se disculpó Juan Santiago rascándose avergonzado la cresta—, defecto de profesión. Lo siento mucho, primita. Podrás meterle el Kaláshnikov tú misma por el culo.

Roberto le dedicó a Michela una mirada engreída.

—Si pretendes que me disculpe por limitarme a pedir una explicación, cuando veo a mi novia siendo besuqueada por otro tipo, espérate sentada —sentenció en italiano.

Ella se cruzó de brazos.

—Sí, disculpe el señor. Debemos darte las gracias por no haberte liado a mamporro limpio, que es más tu estilo habitual. ¿Y qué? ¿Acaso no puedo tener amigos varones con los que besuquearme...?

Pastriani no replicó, se limitó a mirarla con la expresión en blanco. Michela supo que lo había herido.

—Vaya, te tiene calado, ¿no, italiano?

—Será mejor que nos vayamos, tenemos cosas que hacer. Hasta después —comentó Pastriani dándose la vuelta despidiéndose de los presentes. A Michela no le dedicó una mirada, tampoco hizo ademán alguno de darle un beso, como hacía cada vez que se iba.

La joven cerró las manos en puños, furiosa y dolida. Si eso es lo que buscaba, estupendo. Ella también podía cabrearse. Se recolocó el bolso sobre el hombro y se adelantó a los hombres. Pasó por su lado como una exhalación.

—Ya nos veremos. Hasta después.

Roberto farfulló una retahíla de maldiciones y salió en pos de Michela, que a zancadas recorrió el *hall* haciendo restallar sus botas de tacón sobre las piso de cerámica, y desapareció por las puertas del teatro.

—¡Maldita sea! —se quejó Roberto—. Juan, espérame aquí.

—Suerte...

—Vete a la mierda.

Michela ya había alcanzado la escalinata cuando Roberto la tomó por el codo. La joven se rebulló y lo fulminó con la mirada.

—No me toques.

—Lo siento —le habló él con voz contrita.

Michela se dio la vuelta con lentitud, volvió a colocarse el bolso y se cruzó de brazos. Roberto, un escalón por debajo y bañado por la luz del mediodía, que arrancaba destellos cobrizos a su cabello negro, se veía diabólicamente angelical.

—No, no lo sientes.

—De acuerdo, no lo siento, de todas formas, perdóname. No quería ofenderte.

—Aunque no te lo creas, sé lo que hacías. Estabas decidido a castigarme, ignorándome por el delito de decirte que iba a besuquearme con mis amigos varones. ¿Me equivoco?

A Roberto le temblaba un punto debajo del ojo y se empecinaba en mirar hacia otro lado.

—¿Me equivoco? —insistió ella entre dientes.

—No. —Se aproximó a ella echando su torso hacia adelante, horadándola con una mirada rabiosa. Quedó a escasos milímetros de los rizos negros de su frente que revolotearon cuando exhaló con fuerza sobre su rostro—. Te devuelvo la pregunta. ¿Cómo te sentirías si me vieras fundido en un tierno abrazo besuqueándome con otra mujer? ¡Cómo cojones te sentirías, Michela!

Ella tragó saliva y se humedeció los labios sin saber qué contestarle. Le dedicó una mirada de soslayo. Se rascó la frente y volvió a recolocarse el bolso. Si apenas se veía capacitada de oír hablar de los sórdidos asuntos de Roberto con las malditas Cottini o de soportar a aquellas insufribles gemelas de Bardolino y sus patéticos coqueteos descarados, ¿cómo demonios...?

—Me moriría de celos —admitió al fin en voz baja y con la

cabeza gacha.

Roberto agarró con fuerza el pasamano metálico de la escalinata.

—¿Querrías matarla? ¿Querrías matarme a mí...?

Ella lo miró a los ojos y tragó saliva.

—Sí, querría sacarte los ojos.

—Bien. Entonces, ¿cuál es el problema?

Michela dejó escapar el aire contenido.

—Que creo que estamos enfermos.

—Y si lo estamos, ¿a quién cojones le importa?

—Quizás deberíamos hacer terapia de pareja.

—Yo soy tuyo y tú eres mía. Lo que diga o piense el resto del mundo me importa una mierda.

—Oh, Roberto...

—¡Qué! —se exasperó él.

—Vivimos en el siglo equivocado.

—Yo te pertenezco a ti porque así lo he decidido y tú me perteneces a mí porque así lo has decidido tú. Si alguna vez decidieras que ya no me quieres, que no me soportas... ¿qué crees que pasaría? Joder, Michela, tú me conoces. Eres el único ser humano que me conoce realmente. Sabes que no haría nada que te retuviera, que te lastimara. Aunque dejarte ir me mataría, lo haría. Haría lo que fuera por ti.

Michela, aterrorizada ante la idea de perderlo, negó con la cabeza con ímpetu y se lanzó a los brazos de él aferrándose a su cuello, apretándose contra él. Roberto se soltó de la barandilla y tuvo que afianzar los pies en el escalón para evitar una caída. La rodeó con sus brazos y la pegó a su cuerpo.

—La sola idea de vivir sin ti, de no verte, me provoca escalofríos.

—No le des más vueltas y no sufras. No por esto —le replicó él conmovido por la vehemencia de su respuesta—. Eres libre de amar como desees, de entregarte como lo sientas, como lo necesites en cada momento...

—«Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en alguien» —recitó ella en un susurro.

—«Cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío...».

Michela dejó escapar un suspiro resignado.

—Estamos enfermos.

Roberto rio entre dientes, dejó caer sus labios sobre los párpados temblorosos de Michela y se los besó.

—Me tengo que ir —dejó que su nariz paseara por la mejilla de

ella. Tan fría la tenía que le provocó un súbito arranque de ternura —. Tu primo me está esperando. Puñetera casualidad. Little John es tu primo. No sé cómo no caí con el apellido. Es el mismo que el de tu madre.

—Hay muchos Ruano en España, es imposible que pudieras conectarnos —le comentó divertida y se dedicaba a peinar con aire distraído su cabello y se recreaba en su textura suave y sedosa y se embriagaba con las notas especiadas del perfume francés que él siempre usaba. *French lover*. Arrugó el ceño. Debería llamarse *Italian lover*, meditó de forma absurda.

—Mi trabajo consiste en conectar imposibles. Solo que tú me distraes demasiado y no pienso con claridad. Nos vemos después. Iré a tu casa. Te quiero, no lo olvides.

—Yo más.

—Yo mejor.

—Idiota.

—Así que eres amiguito de Roberto Pastriani —expresó Francesca en inglés segundos después de ver a Roberto desaparecer por las puertas siguiendo la estela de ultrajada indignación que había dejado Michela al salir.

La muchacha aguardaba, más tiesa que una mojama, en mitad de la recepción del teatro. —No te gusta —confirmó Juan también en inglés.

Se había vuelto hacia ella para estudiarla con total descaro. Disfrutaba de la visión de cada una de las curvas suaves y delicadas de su cuerpo femenino. Destacaban debido a la ropa que vestía esa mañana. Unos leggins oscuros y una camiseta ajustada de licra en tonos grises. Francesca Biliardi. Cuando pensaba en ella, algo que sucedía más a menudo de lo que sería capaz de confesarle a nadie, lo asaltaba un pertinaz sentimiento de melancolía. Extrañaba la maraña de rizos dispersos en un desordenado caos por toda esa cabecita loca y esa irritante habilidad de hacerte saber su disgusto con la más leve inclinación. Adoraba la barbilla respingada, algo saliente, que le otorgaba un coqueto aire de pueril rebeldía y esa preciosa boca de labios generosos que pocas veces hallaban reposo. La mujer se mostraba al mundo como una llama incandescente de pura vitalidad. Inquieta, audaz y juguetona. Lo había vuelto loco desde la primera vez que había puesto sus ojos sobre ella. Dieciséis años atrás, cuando su madre y él habían decidido acompañar a su tía Carmen y a Michela en sus primeros días en Roma para ayudar a

las mujeres a adaptarse a su nueva vida en la ciudad y procurarles consuelo y apoyo, tras la amarga separación de su tía y el alemán Frederick Hauffman.

—No es eso, creo que no es mal tipo en general. Aunque su forma de ser no encaja conmigo —confesó ella con aire indiferente meneando la cabeza. Miraba al frente, nunca a él—. Es muy absorbente, demasiado autoritario. No me gusta eso.

Juan se echó a reír. Ninguna otra mujer se podía comparar a su Francesca. No había otra que poseyera esa mirada atrevida que lo hacía estremecer de pies a cabeza. O esa carcajada estridente que podría reconocer entre miles y le hacía tronar el corazón como un tambor en fiestas. Todo en ella le atraía: su olor, su voz, sus gestos, el mohín que adoptaban sus labios cuando algo la sacaba de quicio. Incluso ahora, la manera de rehuirle, de ignorar lo que compartían cada vez que se topaban con alguien, lo sacaba de quicio y también le divertía.

—¿Por qué no me has respondido a los *whatsapp*? —lo interrogó Francesca en un tono plano. La joven, que lo miraba furtivamente de cuando en cuando, se dedicaba a contemplar con sumo interés los carteles dispersos por las paredes de la sala.

—¿Y para qué? ¿Quieres que te mande *emojis* de caritas sonrientes y ojos amorosos? Siempre has dejado claro lo que buscas. Cuando nos vemos, nos liamos y después cada uno por su lado. Eso es lo que tú querías, ¿no? Entonces, ¿para qué me escribes?

Francesca volvió la cabeza y sus rizos bailaron en todas direcciones. Esta vez sí que miró a Juan, con los ojos abiertos como platos y una expresión de ultraje que endureció sus facciones alegres.

—Lo dices como si te molestara, como si tú no buscaras lo mismo.

—Es que no quiero lo mismo, Rizos.

—Odio que me llames así.

—Ya me lo has dicho.

—¿Y qué es lo que pretendes? —se ofuscó Francesca elevando los brazos—. ¿Una relación estable? Tú viviendo en España, yo aquí en Roma. ¿Viéndonos dos o tres veces al año durante unos pocos días? Sabes mejor que yo que eso nunca funciona. Las relaciones a distancia siempre acaban mal. Luego hay cuernos, sospechas, mal rollo, discusiones sin sentido, reproches, gritos...

—Nunca te he puesto los cuernos.

Francesca comenzó a reírse. Guardó reverente silencio al percatarse de la expresión circunspecta con que Juan la

contemplaba. Una extraña sensación le recorrió el cuerpo y se alojó en la base de su estómago, dificultándole respirar.

—Y sé que te has acostado con otras personas —continuó él—. Por si no lo has comprendido hasta ahora, no me van los gritos ni los malos rollos. Tampoco se me ocurriría reprocharte nada.

—Qué me estás diciendo...

—Creo que me has entendido perfectamente.

—¡Juan! —lo llamó Roberto, que acababa de abrir las puertas y revisaba su móvil sin prestar atención alguna a la pareja—. Hora de irse.

El hombre acortó la distancia que los separaba. Francesca se estremeció de pies a cabeza cuando él estiró la mano hasta rozar con la yema de un dedo el mullido labio femenino. Esa boca con la que soñaba desde que había descubierto, tanto tiempo atrás, lo que uno podía sentir con los besos de esa mujer. Ella lo contemplaba absorta, con la boca entreabierta y los ojos brillantes, a medias embelesada, a medias anonadada. Las rodillas le temblaban y temía hacer el ridículo y desplomarse contra el suelo. Por primera vez en su vida no sabía cómo debía reaccionar o qué se suponía que tenía que decirle.

—*Bye*, Rizos —susurró antes de pasar por su lado.

Francesca salió a la calle, siguiendo la estela de Juan, y aguardó delante de las escaleras, aferrada a la barandilla y con la mirada puesta en la partida de los hombres, que caminaban calle abajo entretenidos en una conversación hasta que se detuvieron delante del Alfa Romeo de Roberto. Entraron en el coche y salieron disparados.

—Hey, ¿todo bien? ¿Y esa carita? —le preguntó Michela que la había alcanzado y la estudiaba con curiosidad.

—Hay algo que no te he contado nunca —expresó Francesca con voz temblorosa, sin dejar de mirar el lugar por donde había desaparecido el vehículo.

—Me inquieta que te guardes secretos. Yo soy la que se guarda secretos; tú le sueltas todo a todo el mundo.

Francesca le dedicó una mueca contrariada arqueando los labios.

—Estoy liada con tu primo o he estado o estuve... No sé muy bien qué tiempo verbal emplear en todo este asunto.

Michela abrió mucho los ojos y se llevó una mano a la boca. Se quedó mirando a Francesca sintiéndola por primera vez distante y ajena. Le preguntó lo primero que cruzó por su cabeza.

—¿Y por qué te decides a contármelo precisamente ahora?

—Porque me ha dicho algo que no me esperaba y no sé cómo tomármelo o cómo afrontarlo o qué decirle. ¡No sé qué hacer! Y yo siempre sé que es lo que tengo que hacer, tú lo sabes, y nunca ningún hombre... Joder, Michela, odio esta situación.

—¿Y qué te dijo?

Francesca se envaró y alzó la cabeza.

—Tu primo es un zopenco, ¿sabes?

Michela, que aún no lograba asimilar que su primo estuviera en Roma y fuera amigo de Roberto, se veía temporalmente incapacitada para hacer frente a la confesión apresurada de Francesca Biliardi. No obstante, mandó todo al cuerno al presenciar la inseguridad y las dudas que atormentaban a su mejor amiga. De cualquier manera, ¿quién era ella para molestarse con su amiga? Francesca tenía derecho a contarle o no lo que le viniera en gana sobre su vida privada. Ella también había mantenido sus secretos. Así que aguantó las ganas de reír, tomó del brazo a su amiga del alma y tiró de ella para adelantarse y tomar asiento en una pequeña cafetería.

—¿Por qué es un zopenco?

—¿Te puedes creer que acaba de soltarme que no se ha acostado con nadie más que conmigo? ¡Quién hace eso hoy día! ¿Por qué me dice eso? ¿Qué pretende?

—Creo que eso significa que le gustas muchísimo. Solo tú y nadie más.

Francesca se detuvo y se encaró a Michela, rabiosa.

—¡Por qué me hace esto!

—Francesca, en realidad, ¿qué es lo que te aturulla tanto? Te he visto despachando, sin que te temblara un solo rizo del cabello, a tíos que se arrastraban a tus pies.

—Juan es... joder, Michela, Juan es diferente —carraspeó con evidente incomodidad y se aclaró la voz antes de hablar—. Es... fue el primero.

Michela entreabrió los labios, muda de asombro.

—¿Se puede saber cuánto tiempo llevas liada con él?

—Muchos, muchos años. Él siempre ha estado ahí, aunque sin estarlo realmente, ¿comprendes?

—Así no tenías que comprometerte *realmente,* y ahora el muy idiota ha venido a estallarte esa plácida burbuja de *please, do not disturbe*.

Francesca se humedeció los labios, miró a un lado y a otro de la calle y colocó los brazos en jarras.

—Pues, sí. Mierda, Michi... Empezó como un tonteo estúpido, te lo juro, jamás imaginé... Ah, me atraía esa bipolaridad de él. —Ante la mirada extrañada que le dedicó Michela, Francesca se explicó—. Pues tú lo ves así todo grandote, como un luchador de boxeo, ya sabes, uno de esos de los pesos pesados, con ese aire altivo, como de señor severo. Sin embargo, luego, en la intimidad se muestra tan educado y dulce.

—Oh, Francesca.

—Ay... Parece muy salvaje, pero es el hombre más tierno que existe. Oh, Michela, su manera de besarme, de tocarme, siempre es tan suave, tan tierno...

—Es mi primo, por favor, ahórrate los detalles. ¿Y cómo demonios habéis podido mantener una relación en secreto? Si mi tía siempre estaba con él. Yo misma siempre he estado ahí... De veras, me dejas alucinada.

—No siempre estuviste ahí, Michela —le confió con una mirada traviesa—. No fue tan difícil. Ya sé que hice mal en no decirte nada. Es que... no sé, también me excitaba todo ese rollo de la clandestinidad, de que alguien pudiera pillarnos. Nuestro secreto inconfesable. Aunque la verdad es que ahora que te he soltado todo me siento aliviada y más ligera. Muy feliz de comentarlo contigo.

—Me alegro de que te sientas mejor, me pasó igual cuando te hablé sobre mis pesadillas. —Michela tomó las manos a su amiga—. Solo te voy a dar un consejo. Lo quieras aceptar o no, estás muy pillada con él. Tú misma me has dicho hasta cansarte que al verdadero amor no se le cierra la puerta. Yo nunca te había visto en este estado por ningún chico antes. La actitud de mi primo explica por sí sola lo que siente por ti. Oh, Fra, te brillan los ojos y no sabes hacia dónde tirar... ¡Estoy disfrutando de lo lindo!

—¡Qué mala eres! Pero tienes razón. ¡Ay, Señor!, ¿y qué le digo yo ahora?

En ese momento vibró el móvil de Michela. La joven alzó la mano en señal de disculpa y sacó su teléfono del fondo de su bolso. Se echó a reír al ver quien la llamaba.

—¡Mamá! ¿Cómo estás? Adivina quién está en Roma —tanteó Michela. Francesca puso los ojos en blanco—. Jamás lo adivinarás. Tu sobrino, mamá. Juancito, sí, el mismo que viste y calza. —Las dos muchachas rompieron a reír por el diminutivo—. Sí, estoy aquí con Francesca tomando un café. Ay, mamá, no me regañes, es que mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados. Síííií, ya sé, estabas muy preocupada, lo siento. Tengo que ponerte al día. Sí, mami estoy feliz, muy muy feliz. Síííií, tenía que haberte ido a ver.

Síííííí, estas cosas mejor hablarlas cara a cara. ¿Te apetece que cenemos mañana por la noche? Hecho. Hasta mañana, mamita, te quiero. Adiosito. —Michela colgó y miró a Francesca—. ¿Por dónde íbamos?

—Con lo que le tengo que decir ahora a *Juancito*...

Michela esbozó una sonrisita pícara y tiró de la muñeca de Francesca para que tomaran asiento en la terraza de la cafetería del teatro.

—Pues dile que eres un poco retardada en cuanto a descubrir tus verdaderos sentimientos y que te disculpe por la demora —le recitó una vez que estuvieron ubicadas en torno a la mesa.

Las dos amigas se contemplaron en silencio. Francesca la observaba con cara de pocos amigos y Michela estalló en carcajadas.

—Eres una auténtica hija de...

—De nada.

—Venga, necesito algo bien fuerte —farfulló la joven elevando el brazo para llamar a un camarero —. Dios, tengo que llamar a Edward para contarle.

—Ahora sí que estoy enfadada. Le habías hablado al canadiense acerca de mi primo ¡antes que a mí!

—Solo de pasada. Un día comentamos sobre las personas que más nos han marcado en la vida. Ya sabes, él y el restaurador mamón, yo y mi policía gigantón. Por cierto... ¿qué demonios hace aquí Juan? Siempre me avisa cuando viene. ¡Y de qué conoce a Roberto! Estoy alucinada. Esos dos, amigos. El mundo es un jodido pañuelo. ¿Crees que no me habrá avisado porque ya se cansó de mí?

Michela se encogió de hombros.

—Ni idea, eso mejor se lo preguntas a él. Con Roberto no sé, ya le preguntaré, seguro que es algo relacionado con su trabajo, quizás están colaborando en alguna investigación.

Francesca se inclinó hacia adelante y fijó una mirada intrigada en Michela.

—Investigación sobre qué —susurró con verdadero interés.

—Mejor no preguntar.

La mujer se encogió de hombros.

—Bueno, pues bebamos.

Roberto conducía por la ribera del río y se dedicaba a poner al día a Juan acerca de los pormenores y los detalles que necesitaba

conocer sobre la misión que se traían entre manos. Después de años de espera, de callejones sin salida y de un millón de inconvenientes, por fin sentía que llegaban a algo sólido. A un punto de no retorno. Hablaron también de las órdenes judiciales que gracias a Macrì les permitiría cercar a los tres principales sospechosos de orquestar en Roma toda una red de corruptelas y favores auspiciados por la inagotable financiación de la mafia calabresa. Tomaban una intersección para enfilar hacia su casa cuando Roberto se echó a reír sin venir a cuento.

Juan lo observó con el ceño fruncido.

—Acabo de caer... Eres hijo de la tía Herminia —se carcajeó Pastriani.

—¿Michela te ha hablado de mi madre?

Roberto, sin dejar de reír, asintió con la cabeza.

—Así que lo vuestro va en serio —comentó con pasmo el capitán.

—Quiero casarme con ella, John.

Juan silbó, golpeó con un puño el salpicadero y miró de reojo a Pastriani.

—¿Ella lo sabe?

Roberto sofocó otra risotada.

—¿Bromeas? No acepta ni que vivamos juntos.

Juan chasqueó la lengua y miró por la ventanilla con aire distraído meditando sobre la mujer que lo traía de cabeza.

—¡Qué demonios les pasa a las mujeres hoy en día!

—No tengo idea.

—Maldita sea, ¿dónde han quedado los tiempos en los que eran ellas las que amaban comprometerse y nosotros huíamos como alma que lleva el diablo?

—Sin ánimo de querer fastidiar tu disertación, lo que amaban era la idea de liberarse del yugo paterno.

—Tal vez...

—¿Y quién es la chica que te gustaría que viviera en esos dichosos y felices tiempos en los que los hombres gobernaban el mundo?

—Francesca Biliardi, y vas a tener que darme clases de italiano.

Roberto explotó en otra carcajada.

—¿Me tomas el pelo? ¿Francesca? Pues lo llevas claro...

—Lo sé, pero soy un hombre de fe.

—Y necesitas de un jodido milagro.

La verja metálica de la casa de la vía Orazio se abrió con un suave chirrido y Roberto aparcó detrás del Maserati. Juan silbó por

lo bajo y, antes de que terminara de estacionar el vehículo, salió disparado para examinar el magnífico Sedán italiano.

—Venga ya, no me jodas, hombre. Serás marica. —Señaló el Maserati—. ¿Esto es tuyo?

Roberto se encogió de hombros, abrió la puerta de la casa y llamó a Nora. La mujer se presentó en el patio trasero. Roberto le presentó a Juan y le indicó a la florentina que preparara una habitación para el primo de Michela, que se hospedaría un tiempo con ellos.

—Nora, ¿dónde está mi tío? —La mujer envarada en la puerta había elevado la nariz en un gesto altanero—. ¿Ha salido?

Había dado media vuelta y se había internado en el interior de la casa sin responder a la pregunta. Aún no le perdonaba que hubiera accedido a invitar a Tullio Pastriani a pasar una temporada con ellos.

Encontró a su tío leyendo en la sala de estar.

—¿Cómo se desarrolla tu asuntillo con Nora? Acabo de preguntarle por ti y me ha dado la callada por respuesta.

—No se desarrolla. Ella se limita a ignorar mi existencia.

—Me parece bien.

—No seas cruel.

Roberto se carcajeó y avanzó por la estancia hasta tomar asiento en la mesita de palisandro frente al sillón donde su tío permanecía apoltronado como un marajá. Pastriani observó con sorna la bandeja con una taza de té, aún humeante, y un platillo vacío con restos de un sándwich. Después de todo, su ama de llaves no ignoraba por completo la existencia de su tío.

—Necesito pedirte un favor.

Tullio dejó el libro abierto sobre el brazo del sillón.

—Lo que sea, ya lo sabes.

—¿Todavía mantienes el pulso firme?

El hombre entrecerró los ojos con expresión divertida.

—¿A quién deseas eliminar?

—Más que tu puntería, necesito de esas otras habilidades ilícitas.

—Dalo por hecho.

Roberto se enderezó y apoyó la mano sobre el hombro de su tío.

—Gracias, Tullio. Sabría que podría contar contigo. Te pasaré los documentos originales que necesito que tunees.

—¿Tunees? —Tullio se echó a reír—. ¿Qué demonios significa eso?

—Tío, por favor, que estamos en el siglo veintiuno.

—Eso he oído.

Juan Ruano recorría los pasillos y estancias de la casa de Roberto Pastrini con cara de pasmo. El asombro dio paso a la incredulidad cuando, al transitar por el gimnasio del ático, abrió las puertas cristaleras y descubrió la sauna turca.

—Joooooder, ¿quién cojones eres? ¿El puto Onassis italiano? Esta casa no se mantiene con tu mísero sueldo de policía italiano. —Negó con la cabeza al tiempo que desandaba el camino—. No me lo creo.

—¿Ya te cansaste de escudriñar cada puto rincón? Necesito que estés centrado y que nos pongamos manos a la obra. No tenemos mucho tiempo.

—Que sí, hombre, que estoy centrado, pero, cojones, soy un simple chico de pueblo, anonadado con tanto esplendor: mármol en los baños, maderas enceradas, alfombras persas, muebles de diseño, un puto gimnasio, una jodida sauna turca. ¡Tío! —alzó las manos—, eres rico. Vamos, hombre, esa joya que tienes ahí fuera... Eso tiene que rondar los noventa de los grandes. ¿Y esta casa? No sé a cuánto está el metro cuadrado por aquí, pero esto es Roma y vives en una jodida mansión en el barrio de Patri. —Se cruzó de brazos y curvó los labios en una sonrisa—. Así que supongo que será algo que me haría berrear.

—No vas a dejar de incordiar con el temita, ¿no?

—Nop.

Roberto, con las manos en los bolsillos del pantalón, se había apoyado en las puertas que daban acceso al gimnasio.

—Mi tatarabuelo ideó y patentó un proceso de fabricación del caucho que permitía una fijación perfecta en los burletes que usan los vehículos. La patente caducó hace unos años, pero la mayoría de las casas de vehículos le siguen comprando a mi familia. Cuando mi madre falleció, me nombró en su testamento su único heredero. Al alcanzar la mayoría de edad, dispuse de su fortuna. Ya está. ¿Satisfecho?

—Me tomas el pelo.

Pastriani se encogió de hombros. Juan lo contemplaba con una mueca entre divertida y asombrada.

—Eres millonario gracias a un jodido trozo de goma.

El hombre curvó los labios en una sonrisita socarrona.

—Mi familia materna lo es. Y ahora a trabajar.

—¿No me vas a dejar disfrutar de esta preciosidad? —dijo admirando con embeleso las puertas de cristal que daban acceso a la sauna turca.

—Lo harás más tarde cuando vaya a despedirme de tu prima.

Ahora necesito que nos pongamos con asuntos más serios. Ah, y espero que hayas traído ropa de abrigo y paraguas, en Ámsterdam están a cinco grados y no para de llover.

—Tú sí que sabes lo que hay que hacer para conquistar a un hombre.

Roberto dejó al primo de Michela en su casa, haciendo uso de todas las instalaciones de su ático y se dirigió sin dilación al encuentro con Vincenzo Macrì. Los hombres mantuvieron una breve conversación en el despacho que el juez antimafia poseía en un pequeño edificio destartalado, con vistas a la célebre Piazza di Spagna, y que utilizaba para aquellos asuntos que no deseaba que adquirieran notoriedad pública.

—De acuerdo, he leído los informes que me pasaste. Varias veces. Ahora quiero que me cuentes por qué exactamente desconfías de tu coronel.

Los dos hombres habían tomado asiento en el *office* del magistrado. A Roberto le había llamado la atención la decoración del lugar, muy ostentosa. Con techos artesonados de vigas decoradas, pesados cortinajes de motivos florales y muebles de vivos colores. Las ventanas de la habitación estaban abiertas de par en par y el bullicio del exterior distrajo a los hombres que rieron con las atrevidas ocurrencias de varios jóvenes que gritaban en la calle. Roberto rechazó con educación el ofrecimiento de café y había preferido ir directo al grano.

—Creo que Lorenzo Pavianti anda en tratos con el clan de los Barreta de San Luca. Sospecho, además, que se han estado comiendo el mandado en Roma, también en Milán, donde los Barreta y los Di zzese de Platì controlan el envío de droga al norte de Europa, gracias al negocio de entregas que han montado en el Ortomercado. En septiembre, como ya sabe, interceptamos en los despachos del Talamo una llamada desde un piso franco que teníamos bajo escucha. El caso de la joven Inés Soto —le aclaró Roberto—. Después de que la sacáramos de allí, informé a Pavianti y decidió mandarme a España para investigar la llegada de un alijo de coca. Sin embargo, no deseaba que yo interviniera. Solo que me paseara por allí y recabara datos. Ahora imagino que buscaba mantenerme alejado de Roma para mangonear la situación a su antojo. La propia mafia estaba al tanto de mi presencia en España, de que todo era una trampa. Pura pantomima. Eso lo supe después —acotó el teniente—. Estoy convencido de que esa trampa fue

orquestada por el propio coronel, supongo que para presionar a los Barreta. Imagino que alguien querría sacarlo del juego y fue su manera de mandarles un mensaje. Pavianti se hizo con la información del envío de coca gracias al soplo que le pasó Miguel Soto. Y por eso, Salvatore Barreta, a través de su brazo armado en Roma, su *capo locale* Giuseppe De Moro, ordenó el secuestro de la chica. Otro mensaje. Sin embargo, esa misma trampa fue un golpe de suerte para mí porque desobedecí las órdenes de mi comandante y seguí el dinero en vez de la droga. Lo que me llevó, como ya sabe, hasta el despacho de Arjen Janseen, el abogado que los Barreta usan en la capital holandesa para blanquear las toneladas de dinero negro procedentes de la droga, gracias a una empresa de construcción que poseen en un polígono industrial a las afueras de la ciudad. Estoy convencido también de que Pavianti ha estado ocultando pruebas fundamentales a la unidad que podrían facilitarnos refundir al clan calabrés en la cárcel y de que actúa ayudado por alguien del propio departamento. Un portátil que hallé en el piso franco, donde retuvieron a la chica, desapareció del laboratorio de pruebas. Nadie sabe nada. Lorenzo Pavianti ni se inmutó cuando se le informó de su desaparición. No me permitió iniciar una investigación al respecto. Incluso me atrevería a afirmar que de alguna manera estaba al tanto de las muertes de los agentes Giovanni y Federico. —Pastriani hacía alusión a los dos jóvenes *carabinieri* abatidos a tiros frente al Palazzio Chigi un mes atrás—. Creo que incluso llegó al extremo de intentar contaminar la escena del crimen colocando evidencias falsas, pero esto me es imposible de demostrar. Cuando me presenté en el palazzo Chigi, descubrí una colilla que no había sido señalada, se lo comuniqué sobre la marcha al policía que se encargaba de las pruebas. Alegó que no la había visto con anterioridad. Las huellas y restos de ADN hallados no desvelaron gran cosa, pero la marca de tabaco se corresponde con la que fuma el propio coronel. ¿Una coincidencia? Sí, ya lo sé. ¿Cuántos fumaran esa misma marca? ¿Miles? ¿Millones? La cuestión es que estoy hasta los cojones de tantas coincidencias en todo este asunto. ¿Comprende? Sé que Lorenzo Pavianti está metido en toda la mierda.

—Salvatore Barreta —expresó en voz baja el magistrado llevándose las manos a la boca—. Llevo detrás de ese hijo de puta escurridizo muchos años. Joder, cómo desearía echarle las manos encima de una vez. No sé si sabías que uno de mis primeros destinos fue el Tribunal Penal de Locrì.

Roberto asintió y se reclinó en el asiento.

—En realidad —le confió Roberto—, yo siempre he estado detrás de De Moro. No hay nada en esta jodida ciudad que no se mueva sin que él lo autorice. Estoy a un paso de disponer de las pruebas definitivas que me permitan demostrar que el tipo, supongo que bajo las órdenes del Carnicero, ha urdido una trama junto con Nero Carbone —continuó Pastriani— para sacar cantidades ingentes de dinero de las ayudas y subvenciones en el Ayuntamiento y de varias empresas subcontratadas para los temas de salubridad y sanidad en la ciudad. Ahí entraría en juego nuestro querido alcalde haciendo la vista gorda y firmando sin tino los contratos con empresas fantasmas para blanquear así el dinero de la droga y de todos sus negocios ilícitos.

—¿Y lo de Ámsterdam?

—Es algo más delicado.

—¿Más aún que hacer volar por los aires el jodido Ayuntamiento de Roma?

—Mucho más. Janseen lleva asuntos contables de la reina de Holanda.

Macrì abrió mucho los ojos, impactado con la noticia. Giró en la silla y miró más allá, hacia la ventana. Se hallaba estupefacto ante toda la información que le había confiado el teniente.

—¿Y qué piensas hacer? —le preguntó tras varios segundos.

—Cuando consiga atar los cabos sueltos, le informaré de todo y juntos tiraremos de la manta.

—Van a ir a por nosotros, sin piedad ni clemencia. Son poderosos enemigos con el único interés de silenciarnos para siempre. Los tipos como tú y como yo tenemos la incómoda costumbre de no ser de los «dialogantes».

—Lo sé —corroboró el teniente sin inmutarse.

El juez se echó a reír y se encendió un tabaco rubio.

—O eres el tipo con los cojones mejor puestos que he conocido en mi vida o un completo tarado. Aún no lo decido.

—Forgioni le diría que soy un militar. Un jodido militar de los SAS, como le gusta recordarme siempre. Supongo que Nicola se inclinaría por pensar que soy un tarado. —Se puso en pie y tendió una mano al juez—. Ahora me voy, su señoría, gracias por todo.

—Adiós, muchacho. Suerte.

—La suerte la hace uno mismo, señor.

Pastriani se hallaba de un humor extraño: inquieto y a un tiempo exultante, ávido por entrar en acción, pero también reticente al verse obligado a dejar a Michela en la ciudad. Se consolaba pensando que solo serían unos pocos días de separación.

Además, no podía echarse atrás. Tampoco lo deseaba. Intuía que esta vez estaba muy cerca de obtener algo definitivo. Casi podía rozar la amarga victoria.

Subió de tres en tres los escalones para llegar al piso de Michela. Le había avisado de que acababa de aparcar frente a su casa. Ella lo esperaba en la puerta. La asaltó con desesperación, casi engulló sus labios que desaparecieron en el interior de su boca. Había comenzado a desnudarla antes de que tuviera tiempo de vocalizar un «hola»...

—¿Es peligroso? —lo interrogó ella media hora después, procurando no imprimir en su voz el miedo que sentía—. No me mientas, por favor, si lo es, prefiero saberlo.

Roberto la mantenía encerrada en el semicírculo que formaban sus brazos alrededor de su cuerpo, con la puerta como contrapunto. No habían logrado pasar del recibidor y habían hecho el amor allí mismo, de pie. La puerta había crujido y chirriado ante cada embestida. Pastriani la observaba procurando memorizar cada absurdo detalle de ella, enternecido por el esfuerzo que hacía Michela en ocultarle su temor. La apretó un poco más contra él y volvió a sus labios, recorriendo con húmedos besos la piel suave y delicada de su barbilla.

—No, no es peligroso. Estaré pensando en ti todo el tiempo. —Frunció el ceño—. Es como si cada vez que nos despedimos, me sentenciaran a una condena.

—No te quejes tanto que soy yo la que se queda aquí atemorizada de que te pueda ocurrir algo horrible.

—Sé cuidarme, no te angusties, por favor. No me gusta saberte inquieta por mi causa. Prometo llamarte a cada oportunidad para que no estés preocupada, ¿de acuerdo?

A Michela se le iluminó el semblante y le brillaban los ojos cuando alzó la cabeza para mirarlo. Le dedicó a Roberto una sonrisa radiante.

«Aquel día en la cafetería no le sonreía así a Lukas —se dijo con soberbia—. De esta manera solo me sonríe a mí».

—Sí, por favor.

—Eres tan dulce, amor mío. —Recorrió su cuerpo con una mirada ardiente de arriba abajo que a ella la hizo estremecer, y experimentó una inusual alegría de tenerla a su lado, de tener el privilegio de compartir con ella la vida—. ¿Te haces una idea de cómo me excita tenerte completamente desnuda, apoyada contra la puerta, dispuesta a hacer lo que se me antoje? —Sus dedos se internaron en su sexo y comenzó a masajearle el clítoris con

lentitud—. Esto de no tener que usar preservativos me vuelve loco. Sentir tu carne, tan tierna, tan suave... Te amo, Michela, te amo tanto...

—¿Te haces tú una idea... —retrucó ella en un susurro jadeante— de cómo me pone que me estés masturbando contra la puerta mientras me dices que me amas? Me excita imaginar que alguien nos haya podido escuchar desde fuera. Soy una pervertida.

Los dos se echaron a reír y se miraron a los ojos. La tensión entre ambos fue *in crescendo* hasta que él puso fin al juego aplastándole los labios en un beso devorador. Las carcajadas mutaron en suaves jadeos que fueron subiendo de intensidad.

La sujetó por la cintura, sin dejar de besarla, y la arrastró hasta el sofá. La recostó sobre el reposabrazos, dejando que su cuerpo se acomodara sobre la tonga de cojines que inundaba el mueble y se dedicó a recorrerle con las manos el vientre y los muslos, separándoselos ligeramente. Sus dedos revoloteaban alrededor de su sexo, palpando, jugando con ella, excitándola.

—Ah, me gusta tanto esto...

Pastriani colocó una mano sobre su erección y comenzó a acariciarse con movimientos acompasados. Le pidió que lo mirara y, al tiempo que se masturbaba, la fue penetrando. Observaba con profundo embeleso cómo el rostro de ella se contraía por el deseo, y apretaba los párpados, y se mordía los labios, y agitaba la cabeza de un lado a otro, como si no pudiera soportar la agonía...

—Estás temblando —musitó Pastriani con asombro meciéndose sobre ella, en una danza lánguida y suave.

—No puedo evitarlo —jadeó ella con la voz entrecortada. Arqueando la espalda le ofreció los pechos.

—No quiero que lo evites...

—Chúpame los pezones, muérdelos. Me gusta que me duela un poquito —dejó escapar una risilla nerviosa, avergonzada.

—Así que solo un poquito...

Roberto se inclinó hacia adelante y, sin dejar de impulsarse en su interior, le besó los pechos, se los lamió, rodeó la punta de uno de ellos con la lengua prodigándole suaves succiones hasta que lo tomó entre los dientes y se dedicó a morderlo y a saborearlo con fruición. Ella echó la cabeza hacia atrás, entreabrió la boca y comenzó a jadear y a retorcerse. Decidió cambiar el juego y se agachó delante de ella, que aguardaba con las piernas abiertas. Contempló su sexo húmedo, se relamió la boca y esbozó una sonrisa torcida antes de inclinar la cabeza. Michela se llevó las manos a la cara y sofocó un grito. La lengua de Roberto se perdió entre los

pliegues empapados de su sexo.

—Dios, Roberto... no pares ahora...

El hombre guardó silencio e incrementó la velocidad de los latigazos sobre su clítoris, sabiendo que ya estaba cerca. Michela empezó a gritar, aferraba los cojines en sendos puños. Los muslos se sacudían sin control. El orgasmo le hizo arquear la espalda y anuló sus sentidos. Dejó escapar un prolongado jadeo y susurró su nombre con anhelo. Roberto se incorporó y volvió a penetrarla. Sus manos se anclaron a sus pechos, sobándoselos y amasándolos con frenesí haciendo rodar sus pezones entre las yemas de sus dedos. Michela abrió los ojos, alzó el cuello y le buscó la boca, hambrienta y completamente fuera de sí.

—Es la segunda vez que voy a correrme dentro de ti, sin ninguna mierda de goma que nos separe —jadeó él entre dientes—. Córrete conmigo, por favor.

Las uñas de Michela se enterraron en sus hombros y tiró de él para que se moviera más fuerte, para que le llegara más profundo, como a ella le gustaba. Roberto se cerró sobre ella, enterró la cabeza entre sus pechos y deslizó una mano entre sus piernas para masturbarla. Colapsó un momento antes que ella entre violentos empujones, gruñidos y jadeos lastimosos.

—No puedo soportar pensar que voy a estar varios días sin ti...

—Michela...

Roberto la rodeó con sus brazos. Y así, sudado, temblando aún en su interior, sin percatarse de la extraña postura en que se hallaban sobre el sofá, se limitó a aplastarla contra él y repetir su nombre, una y otra vez, como si recitara una plegaria.

Se ahorró confesarle que había deseado con todas sus fuerzas que esa experiencia fuera memorable para ella, para que no dudara de él, para que no se lo ocurriera fijarse en otro. Aún le quemaba el pecho como una herida lacerante haberla descubierto en los brazos de Juan, permitiéndole que la abrazara y besara. Se atormentaba pensando que no lograba superar la escena, que lo machacaba y le agriaba el humor. Se arrepentía ahora, que la tenía tan blanda y suave después de haberle hecho el amor por segunda vez, de los impulsos negros que lo habían dominado mientras conducía hasta su casa. Había querido castigarla. Todavía deseaba hacerlo. En el último momento, mientras corría como loco a su encuentro, había recordado las palabras de ella, su apoyo incondicional en sus días más negros, los momentos únicos que habían compartido en la *Azienda* y se había sentido un completo miserable.

14

Esa noche Michela soñó con Roberto.

Aguantaba sobre la punta de un pie y la única prenda que llevaba encima era la cinta de cuero envejecido que amarraba sus cabellos en una coleta. Estaba sostenida por los brazos nervudos de Roberto, anclados alrededor de su torso. La había apoyado contra la puerta de la habitación verde en la casona de Bardolino. Un espejo rectangular, con el marco desgastado por los años, colocado encima de la cómoda frente a la puerta, le permitía recrearse con la escena de ellos teniendo sexo. La enardecía contemplarlos en ese estado de absoluto abandono. Esclavos del momento y, ofuscados en alcanzar el placer físico, se comportaban como animales en celo. No pudo evitar la mueca de asombro al descubrir su propio reflejo en el espejo: demudado por la lujuria. No lograba reconocerse en la mujer que le devolvía una mirada de ojos vidriosos con la frente perlada en sudor y labios entreabiertos que convulsionaba contra las caderas masculinas.

Apretó los párpados con fuerza y se mordió los labios, para evitar prorrumpir en gritos y súplicas. Por un instante permitió que los gruñidos desesperados del hombre y el exquisito movimiento que hacía hasta enterrarse en lo más profundo de su ser la arrastraran a un paroxismo de absoluto éxtasis. Sintiéndose como ida, abrió los ojos con pesadez y elevó la vista. Se deleitó ante la visión del cuerpo desnudo de Roberto. Los músculos de la espalda masculina se contraían, los glúteos se apretaban con fuerza en cada envión, sus marcados bíceps se inflamaban tanto que parecía que fueran a reventar cada vez que tomaba impulso para penetrarla. Movida por la ardorosa excitación de la que era presa, se dedicó a

provocarlo susurrándole las palabras que sabía que lo volvían loco de deseo. Y él le cumplió la fantasía. La encajó contra la madera con empujones bruscos y secos que, al mismo tiempo que le inflamaban la sangre, le causaban dolor. Decidió mandar al carajo la contención y dio rienda suelta a los impulsos que la dominaban. Los gritos de ella se mezclaron con los rugidos de él. No le preocupaba quién pudiera escucharlos, que la oyera todo el mundo. Le importaba un ardite.

Sin resuello y deseosa de encontrar algún apoyo para sostenerse cuando el orgasmo arrasara con todo, alzó los brazos. Logró anclar los dedos a las ramas más bajas del árbol.

Extrañada, volvió la vista al espejo, pero entre un parpadeo y el siguiente la escena había cambiado por completo de escenario.

Se topó otra vez con aquella chica. «¿Quién eres? ¿Por qué estás en mis sueños?».

Licinia echó la cabeza hacia atrás y exhaló el nombre de Durato, que culminaba entre gemidos torturados. La mujer comprendió que las fuerzas la abandonaban y decidió dejarse caer sobre él que, justo a tiempo, la tomó entre sus brazos con una delicadeza que contrarrestaba la ferocidad con que la había hecho suya hacía escasos segundos.

—¿Todo bien, amor...?

—Ajam...

—Te llevaré al río para que podamos tomar un baño. —Acarició con infinito cuidado el vientre inflamado y luego se agachó y depositó un beso cerca del ombligo—. ¿El bebé?

Ella curvó los labios en una lánguida sonrisa.

—Está perfectamente —susurró sin aliento—. Es un guerrero rudo como su padre.

—Eso no lo dudo, también valiente y decidido como su madre.

El hombre la cargó en brazos y se arrodilló para dejarla sobre el mullido suelo del bosque. Buscó la gruesa capa con que siempre la cubría. Ella se dejó vestir y se arrebujó contra la prenda buscando hacerse con un poco de calor. Sentía tanto frío que apenas si era capaz de notar las yemas de sus propios dedos. Se frotó las manos.

El hombre se adelantó, probó el agua y arrugó el ceño disgustado porque la juzgó fría. De cualquier manera, se dijo con resolución, encendería una fogata para hacerla entrar en calor cuanto antes. Fue a buscar a su esposa y estiró la mano para ayudarla a levantarse, pues el tamaño que había alcanzado su barriga ya le dificultaba a la hora de ejecutar determinados movimientos. Ella se incorporó con pesadez, acarició con aire

distraído su vientre y lo obsequió con una sonrisa de agradecimiento. La mujer avanzó un paso, luego otro y, de pronto, se sintió ligera, muy ligera, tanto que podía flotar...

—¡Licinia! —Durato, que se había aproximado hasta la orilla, echó a correr espantado, cuando la vio desvanecerse—. Liciniaaaaaa, ¡qué te ocurre! Maldición. Licinia.

La tomó entre sus brazos, agitándole la cabeza. Se arrancó el *sagum* con movimientos torpes y la tumbó sobre él. Apoyó el oído justo encima de su corazón y se sintió esperanzado al escucharlo latir con fuerza. La zarandeó, pero ella seguía inmóvil. Sus mejillas habían perdido todo su rubor natural. Los labios habían adoptado un tono azulado y temblaban ligeramente. Parecía muerta. Aterrado, comenzó a gritar, pidiendo ayuda.

—Mi general, ¿qué ocurre?

La voz grave de Indortes lo sobresaltó. Durato disparó la cabeza hacia arriba. El hombre aguardaba unos pasos más allá, en la entrada del camino que llevaba a esa zona del río. Le hizo señas para que se apresurara.

—Ven aquí, mi esposa se ha desvanecido de repente. No vuelve en sí.

Indortes puso una rodilla en el suelo al lado del cuerpo de su esposa y colocó dos sus dedos debajo de la nariz de Licinia. Esperó.

—La mujer respira.

A Durato no le pasó desapercibido que había omitido señalarla como su mujer, tal cual era la costumbre de su pueblo.

—¿Y no se golpeó con nada?

El general negó con la cabeza y el hombre se encogió de hombros con aire indiferente

—Está preñada —habló Indortes mirándolo a los ojos—. Es un desmayo propio de su estado.

—Habla con la esposa de Tautalo, que venga sin dilación. Ella sabe de ungüentos y remedios. Explícale lo que ha sucedido. Vamos, date prisa.

Licinia, que seguía recostada sobre la hierba, balbuceó unas pocas palabras sin sentido. Durato, con el rostro macilento por la preocupación, la incorporó y la tomó entre sus brazos con ternura infinita hablándole con devoción en el oído.

—Licinia, ¿estás bien? ¿Me puedes oír?

—Voy en busca de la mujer, señor —intervino Indortes.

Durato lo despachó con un movimiento seco de su mano, centrado por completo en ayudar a su esposa.

—Ve, ve... ¿Licinia?

El hombre se alejó rumiando su disgusto y meneando la cabeza. Se aproximó al muro de piedras circular, que delimitaban las casas de poblado, y detuvo a un niño que jugueteaba correteando alrededor de unos perros.

—Tú. Ve a buscar a la esposa de Tautalo, le dices que se acerque al río, a la zona del lavadero. El general pregunta por ella. Vamos, sin demora.

Observó al chiquillo correr hasta la casa seguido de la jauría de perros, dio la vuelta y caminó en dirección contraria, hasta la vivienda de Ultinos situada en el centro del poblado. Llamó al hombre, parado en el umbral, y aguardó a que le dieran permiso para entrar.

—Ultinos, disculpa que me presente sin solicitar audiencia en tu casa. Necesito que hablemos.

—No hay problema. Aturúm, ve fuera.

La mujer, que se dedicaba a ordenar varios enseres en un rincón, se incorporó. Inclinó la cabeza.

—Si os puedo preparar algo, lo haré gustosa.

—Ahora no.

Aturúm asintió, se recogió las faldas de su túnica y abandonó la choza. Ultinos, sentado frente al fuego del hogar, esperó y alzó la mano dándole permiso para hablar una vez que la mujer se alejó.

—Habla, Indortes.

—¿Puedo expresarme con libertad?

—Te ordeno que lo hagas.

—Nuestro general ha perdido el juicio. Está embrujado con esa mujer. Temo lo que pueda sucedernos. No podrás creer lo que acabo de presenciar. Yo mismo no salgo de mi asombro. Es cierto que en el último consejo lo vi debilitado, muy cansado de lidiar con las quejas de algunos. Además, me preocupa que se niegue a hacer la guerra contra los invasores romanos. Nunca he estado de acuerdo con la rendición. Lo que me parece intolerable es que todo lo hace por complacer los deseos arbitrarios de esa mujer, que no es más que una... —Indortes se contuvo ante el gesto de advertencia del lugarteniente y prefirió cambiar de tema—. Tú lo conoces mejor que nadie, ¿crees que sería capaz de traicionarnos? Ya no me fío de él ni de las decisiones que tome. Ha cambiado demasiado.

Ultinos lo escuchaba con atención, asentía con seriedad y se atusaba la barba. También él se hallaba asqueado de la actitud de su general, de que desatendiera sus obligaciones para con su pueblo. ¿Cuánto hacía que no salían a realizar incursiones ni pillaje contra los romanos? Detestaba las ínfulas que le daba a una simple

esclava y la humillación que, por ello, sufrían las demás mujeres de su tribu.

—Estamos de acuerdo —confirmó al fin.

—Debemos pensar en el bienestar de nuestra gente.

—Así es.

—¿Hablarás con él? ¿Intentarás que entre en razón?

Ultinos se incorporó y caminó hasta colocarse delante del guerrero. Lo miró con gravedad y colocó una mano en su hombro.

—No. Me temo que ya no es posible. Hablaré con Roma. Estoy seguro de que el pretor Sulpicio Galba querrá saber dónde se encuentra su esposa. Tú me acompañarás, también Likinos. Infórmale. Partiremos al alba.

Servio Sulpicio Galba paseaba con aire indolente y las manos a la espalda por la sala rectangular que conformaba el majestuoso edificio de la Curia Hostilia. Sus sandalias no levantaban sonido alguno sobre el suelo de mosaicos. Sin detener la marcha, echó un vistazo por encima del hombro. Sus hijos aguardaban a un lado de la *Victoria* esculpida en mármol —unos pasos por detrás—, bajo uno de los tres ventanucos que, desde su altura de casi diez pies, permitían el acceso de luz natural en el aula. Los jóvenes murmuraban entre ellos. El antiguo pretor de la Hispania saludó con una elegante inclinación de cabeza a varios senadores que accedieron a las gradas, situadas a lo largo de la cámara, para ocupar sus escaños.

En la sala reinó el silencio cuando un achacoso y nonagenario Catón —censor del Senado y último cónsul que Roma había enviado a la provincia ibérica— accedió al recinto. «Es un viejo ladino, astuto y sibilino como un zorro», meditó Galba mientras lo observaba dirigirse a las gradas. El muy bastardo contaba con un poderoso ascendente sobre los tribunos de la plebe, que lo veneraban como a un dios. Gracias a la ancestral enemistad que él mismo se había granjeado con los Escipiones, y debido al prestigio del que estos gozaban dentro de los miembros más ilustres del Senado, el censor había logrado que lo depusieran de su puesto y lo arrastraran humillado ante Roma. Los dioses lo condenaran.

Marco Porcio Catón avanzaba con pesadez arrastrando los pies, ayudado de su ajado bastón. Sin molestarse en saludar a nadie, tomó asiento en su escaño junto al tribuno de la plebe: Escribonio Libón, que también había tomado parte en la conjura que habían tramado contra el general Galba. Las repulsivas arengas de Libón

habían soliviantado a los magistrados del Senado hasta el punto de revocar el nombramiento del Servio Sulpicio como pretor en la Hispania.

—Esta sagrada cámara, y debido a las continuas súplicas recibidas de los pueblos amigos de Roma, ha decidido iniciar hoy un proceso contra una de sus figuras más ilustrativas: Servio Sulpicio Galba —comenzó Libón a viva voz, tiempo después. El hombre había solicitado permiso del presidente del Senado para iniciar la vista: *Galba, contra el pueblo*. Con una mano apoyada en las gradas, se dirigió con actitud relajada a los miembros del Senado —, por el reprobable delito de exterminio de los indígenas lusitanos. Ha provocado una masacre sin parangón y la esclavización y destierro de miles de buenas gentes. Todo ello auspiciado por el más vil de los impulsos: la avaricia. Deseoso de obtener un suculento botín y las monedas de oro y plata que el comercio de esclavos reporta, los atrajo hasta las afueras de la ciudad de Carmone con la idea de prosperidad. —Alargó una mano señalándolo, sin dirigirle una sola mirada—. Acudieron ese día mujeres, ancianos y niños desarmados, alegres y desde la buena fe. Una vez allí y en lo alto de una colina, sin que en ningún momento la llama de la compasión y de la misericordia lo iluminara para detener su mano impía, lanzó a toda una legión contra ellos. Miles y miles murieron en lenta agonía ese día, otros muchos fueron exportados a las Galias. —Guardó silencio y tomó una honda inspiración para dejar que el eco de sus palabras calara entre el público allí presente—. El único delito cometido: confiar en la palabra de este hombre. —Libón negó con la cabeza—. Con sus acciones ha conseguido arrastrar a la infamia el buen nombre de Roma, enlodando el prestigio de su ejército. Propongo la justicia máxima para el acusado. Así como una próxima reunión con carácter de urgencia para proceder a redactar una ley que exija la devolución con efecto inmediato de aquellos pobres desgraciados de las Galias. De esta manera, repararemos en la medida de lo posible los actos depravados de este hombre vil.

Hubo un murmullo entre los senadores y Catón alzó las manos para llamar al orden.

—Como bien sabe este Senado y mi estimado Catón —inició Galba su discurso de defensa, tras la oratoria de Escribonio—, estas tribus primitivas no conocen de honradez alguna. Preguntadle a nuestro querido Quinto Fulvio. —Se retiró con elegancia la túnica púrpura y estiró el brazo para señalar al antiguo pretor de la Hispania: Quinto Fulvio Nobilior—. ¿No es bien cierto que, tras la

tregua ofrecida a esas tribus indómitas y saltándose todos los acuerdos establecidos, los lusitanos atacaron sin piedad, ocuparon tierras libres que pertenecían a Roma, arrastraron a la rebeldía a otras tribus celtíberas del norte faltando por completo a sus promesas? Acabaron con la vida de nuestros soldados, de nuestros hijos, hermanos y sobrinos...

Nobilior, con una postura afectada y un gesto de soberbia en el rostro, se puso en pie. Se llevó una mano al pecho y asintió con firmeza, bajo el asombro unánime de toda la sala. Catón clavó una mirada acerada sobre Galba, no obstante, se obligó a mantenerse relajado.

—No se puede actuar de buena ley con aquellos que no entienden qué es la buena ley — continuó Galba con fluidez—. Se trata de una guerra, sus ilustres señorías, pero no una guerra en campo abierto. Hablamos de una guerra a traición, pues estos pueblos bárbaros se dedican a la villanía y el asalto por sorpresa. Actúan solapados y auspiciados por la noche y su vasto conocimiento de la orografía de la zona. Están dirigidos por el más infame y salvaje de entre todos ellos, el cacique Durato, azote de Roma. Como bien sabéis, he perdido a manos de esos bárbaros a mi tierna esposa. Mi bella Licinia... —Agachó la cabeza, muy emocionado, y habló con voz temblorosa—. A pesar de mi profundo dolor, aquí y delante de todos mis verdaderos amigos, me hago por completo responsable de mis actos. Actos y acciones que jamás negaré, pues la única defensa con la que contaba era el ataque sorpresivo. Si este magnánimo Senado y sus señorías consideran que he obrado faltando a mi sagrado cumplimiento de servir a Roma, imploro con humildad un atisbo de piedad y suplico que protejan mi legado, que no es otro que mis amados niños. —Galba elevó los brazos en un gesto teatral estudiado y sus hijos, llorando a moco tendido, corrieron a su encuentro, abrazándose a la cintura de su padre, rodeándolo con sus brazos. Servio Sulpicio Galba rompió en un llanto lastimoso. La cámara entera enmudeció—. Pongo en manos de sus señorías su cuidado y protección — expresó entre accesos de llanto—, así mismo y sea cual sea la decisión que tome el Senado, haré entrega de las riquezas que recabé en estos meses en la provincia para que comprendan que mi intención nunca fue otra más que servir con devoción a mi amada Roma.

Varios magistrados se pusieron en pie y comenzaron a golpear sus asientos y patear el suelo enlosado en señal de apoyo al general. Se escucharon quejas, aplausos y voces a favor y en contra. Se formó una algarabía. Catón volvió la vista y sus perspicaces ojos se

toparon con los de Sulpicio Galba, que seguía abrazado con sus hijos. El viejo cónsul comprendió que esta vez había perdido. El recuerdo de la esposa asesinada y la presencia de los niños había sido un recurso infalible. Lo había vencido por compasión. Su actuación había resultado falta de elegancia, pero, a la postre, sumamente efectiva. Poco importaba ya en esa sala las miles de muertes acaecidas de unos cuantos desarrapados. El censor inclinó la cabeza en señal de aquiescencia con su enemigo y abandonó el edificio.

Sila Sertorio, desde su lugar en las gradas, observó incrédulo la partida del censor y se dispuso a seguirlo.

—Su señoría, por favor, ¡aguarde!

El hombre, que bajaba con lentitud los escalones de la curia apoyado en el bastón, giró el cuello. Sertorio se detuvo delante del hombre, dos escalones por debajo del magistrado. Las puertas se cerraron tras él.

—¿Va a dejarlo así? —farfulló sin aliento—. ¿Se rinde? Después de las tropelías que... —Catón colocó una mano sobre el brazo de Sertorio y le dio unos tiernos golpecitos.

—Oh, mi buen amigo Sertorio, ¡qué ímpetu! Me complace comprobar que los ideales de la juventud y la sed por la justicia no han muerto con esta nueva generación corrupta. —Ante la expresión desolada que dibujó el oficial romano, Catón esbozó una sonrisa entristecida—. No hay nada que hacer, mi joven Sila. Nos ganó esta vez. Jugó sus cartas de manera brillante. Ningún miembro de esa cámara va a condenar a un hombre que se presenta con sus niños llorosos a pedir clemencia. Están acostumbrados a la soberbia y a la altanería. La humildad los ha pillado fuera de combate y, por favor, te ruego que no soslayes el detalle de entregar toda la fortuna que amasó con sus tropelías, como bien apuntaste. Nada hay que guste más a los magistrados que hacerse con oro y plata para las arcas. Vamos, acompáñame, tengo que hacer mis oraciones y ofrecer los sacrificios a los dioses.

Sertorio alzó las cejas, en señal de asombro.

—Creía que su señoría no veneraba a ningún dios.

Catón se agarró al brazo de Sertorio y lo instó a caminar junto a él después de abandonar la Curia. Los hombres avanzaron en línea recta por la calle, esquivando la marea de gente que transitaba a esas horas y ahuyentando a los vendedores ambulantes.

—Verás, de puertas adentro no creo en nada en particular. Como bien sabes soy un hombre sencillo, criado en el campo —le confió el censor—. No obstante, mi estimado y joven amigo, esto es Roma.

Las apariencias obligan.

Cuando Galba puso un pie en su casa, se arrancó la túnica con movimientos bruscos, la arrojó al piso y mandó llamar a su esclavo personal. Sus hijos, sin dirigirle una palabra, caminaron en silencio hasta sus propios aposentos en los fondos de la villa.

—Prepárame el baño.

Galba tomo asiento en el *bisellium* que presidía la entrada de su casa, y apoyó con aire distraído el pie sobre un pequeño escabel.

—Sí, amo —respondió el esclavo tras recoger la túnica con la mirada fija en las losetas del suelo del *atrium*. Acuclillándose a los pies del general, estiró la mano y ofreció a su señor un mensaje que había llegado escasas horas—. Ha llegado esta misiva, amo.

Galba, que no se molestó en dirigir una sola mirada al esclavo, alargó la mano y sostuvo el pergamino que el hombrecillo colocó sobre su palma abierta. Rompió el sello y desenrolló el papel. El esclavo se alejó a cumplir sus mandados. El burbujeo del agua de la fuente en el patio logró apaciguar un poco el inquieto temperamento del hombre. Comenzó a leer el mensaje sin poder creer las palabras enviadas por uno de sus oficiales más leales, que permanecía en la provincia romana. El hombre le informaba de que su esposa seguía con vida, que varios hombres de la tribu que la retenían deseaban entregarla. Galba se llevó una mano a la frente, cerró los ojos y se dejó caer sobre el respaldo del asiento. Permitió que durante unos pocos instantes su mente sucumbiera a su recuerdo. Oh, Licinia. Su pequeña Proserpina de singular belleza, tan melindrosa, apocada y sumisa. Volver a tenerla entre sus brazos se le antojaba un premio mucho más suculento que cualquier riqueza que pudiera amasar en esta vida. Siguió leyendo. Sus ojos se abrieron de par en par, alarmados. Arrugó el pergamino entre sus manos y sin levantar la voz, mandó llamar a la joven esclava Seprona, una de las predilectas de Licinia. La muchacha se presentó frente a él. Sin emitir una palabra, Galba se puso en pie y le cruzó la cara con un sonoro bofetón que la mandó al piso. Allí quedó, tendida sobre las baldosas de terracota en mitad del pórtico de la vivienda. Encogida como una criatura. Ni una sola queja manó de sus labios cuando el general comenzó a patearla, una, otra y otra vez, mientras rememoraba las palabras que el oficial había redactado: Licinia, la que vivía en concubinato con el mayor enemigo de Roma, la que esperaba un hijo de ese hombre y se paseaba ufanándose de su estado. Adúltera. Puta. Acabaría con ella.

Le haría pagar con cada onza de su sangre miserable la humillación sufrida.

Enclavada en mitad de la costa, opuesto al viento del oeste y rodeada de colinas surge la ciudad de Carthago Nova.

Los jinetes recorrieron la distancia que los separaba de la ciudad a toda velocidad. Se inclinaron sobre la cruz de sus caballos y chistándolos cerca del oído aceleraron.

Se detuvieron en lo alto de una de esas cinco colinas que cerraban la ciudad y contemplaron el bullicio del puerto más abajo. La tierra se abría como una boca profunda para recibir al mar y parecía estirarse hasta casi alcanzar una pequeña isla un poco más allá del puerto: Scombraria, escarpada y pedregosa, que debía su nombre a la pesca de la caballa de la que se extraía el preciado *garum*. Los tres hombres subidos sobre sus caballos observaron el puente que unía la isla con la costa por el que circulaban carros y bestias que llevaban y traían la mercadería.

El sutil balanceo de una embarcación en su aproximación al puerto los hizo espabilarse. Se trataba de un barco mercante con el clásico cuello de cisne en su codaste, una proa cóncava en forma de espolón y de una popa redondeada que servía para instalar los habitáculos del capitán y altos mandos. Sus velas desplegadas enarbolaban con orgullo el escudo reluciente del Senado republicano: SPQR.

—Nuestros informantes no se equivocaron —comentó Ultinos a sus acompañantes—. Ahí llegan los romanos. Vayamos a su encuentro.

Una vez que la nave en la que viajaba echó anclas en el muelle, Sertorio —desde su posición en la balconada saliente de la popa— no experimentó ningún tipo de emoción o esa clase de energía efervescente que siempre le había acompañado y le hacía desear saltar a tierra y recorrer con su caballo las inmediaciones para planificar las estrategias que debían seguir con sus hombres. En esta ocasión, los ánimos lo habían abandonado y la misión en la que él mismo se había embarcado no le agradaba lo más mínimo. Persuadido por el viejo Catón, había decidido tender una trampa a Galba cuando este, en un inesperado arranque, le había confesado su intención de volver a la Hispania sin tomar en cuenta la prohibición expresa del Senado. Galba, una vez más, había mentido

a los magistrados. Su joven esposa no estaba muerta, sino que había caído prisionera de uno de los clanes lusitanos. El antiguo pretor quería recuperarla. Catón y él habían permanecido reunidos durante días en la villa que el censor poseía a las afueras de Roma, elucubrando cómo actuar con la información de que disponían. Al final decidieron que la única manera de controlar la tendencia del antiguo pretor a los desmanes sería que el mismo Sertorio viajara hasta la península y fingiera interesarse por los asuntos de su antiguo comandante.

Uno de sus hombres se acercó y le comentó al oído que ya estaban descargando la mercancía y que en el muelle aguardaban un grupo de rebeldes lusitanos que decían venir en son de paz. Sertorio se enderezó y suspiró. Ordenó colocar la escalerilla y mandó que una partida de hombres, no superior a una decena, avisaran de su llegada en la ciudad. El soldado se alejó para cumplir con sus órdenes. La brisa marina arrastró un agradable aroma a azahar, que él siempre asociaba con la península ibérica. Sertorio inhaló con fuerza y rememoró a cierta hermosa joven de ojos dorados...

Licinia. Ese nombre permanecía clavado en su pecho como una espina incrustada y supurante que no cicatrizaba jamás. Se reprochaba con amargura la suerte que había corrido la mujer. Se avergonzaba por haberle fallado. No confiaba en que los dioses estuvieran de su lado, encontrarla y reparar así sus errores, sin embargo, deseaba adelantarse a Galba. Escudriñó los ojos y estudió con hastío a los tres hombres que acababan de descender de sus caballos y aguardaban por él. Cuadró los hombros antes de descender por la escalerilla. Las próximas semanas serían una dura prueba para él: tratar con ese enjambre de lusitanos bárbaros, seguir el juego de Galba y recabar pruebas y más pruebas de sus desmanes en la provincia.

—¿Y ahora qué debemos hacer? ¿Qué diremos a los demás? —preguntó Likinos sofrenando a su caballo.

—Actuaremos como siempre —expresó con tranquilidad Ultinos que chistó al caballo para que ralentizara la marcha. Movió la mano instándolos a avanzar—. Salimos a una partida de caza y hemos vuelto con nuestras piezas. Recordad que hemos hecho lo que no era otra cosa más que nuestro deber. Tenedlo siempre presente. Vamos. —El lugarteniente de Durato se adelantó a los dos hombres cuando divisó a los lejos el poblado.

Varias mujeres los recibieron festejando las piezas y los ayudaron a descargar el botín. Esa noche todos festejaron en torno al fuego. Comieron y rieron, bailaron y entonaron populares tonadas, gozando de ese breve periodo de paz.

Aturúm se recogió la falda y caminó hacia Ultinos, que se carcajeaba con las ocurrencias de los más jóvenes y engullía cerveza sentado sobre un tronco de árbol cerca de la fogata principal.

—No has venido a saludarme como es debido.

Ultinos se volvió a la voz que había hablado y soltó una risotada. Tomó a la mujer de la cintura, la dejó caer sobre su regazo y le propinó un sonoro beso en la boca.

—Te saludo ahora. ¿Cómo has pasado estos días?

Aturúm rio la broma y se acomodó sobre los muslos del hombre.

—Extrañándote terriblemente. Necesito que hablemos —le susurró en voz baja al oído.

Ultinos no miraba a su viuda porque no podía quitarle la vista de encima a Licinia. El alcohol había hecho mella en su ánimo y no se guardaba de mantener las formas. La muchacha permanecía sentada, al otro lado de la hoguera, en el semicírculo que formaban las piernas de Durato. El hombre se dedicaba a hacerle confidencias en el oído, mientras ella lo observaba embelesada. De cuando en cuando, Durato le ofrecía pequeños trozos de carne que seleccionaba especialmente para ella. Licinia, agradecida, comía y reía.

—Ahora no es el momento —expresó con fastidio. Se veía incapaz de esconder por más tiempo el encono que experimentaba por la felicidad de la pareja—. Ve a la casa. Más tarde me reuniré contigo.

La mujer hizo el amago de levantarse. Ultinos también se puso en pie, la hizo volverse y miró con intensidad. Que no pudiera disponer de aquella que deseaba, no obviaba que no tuviera necesidades que atender.

—Vamos a la casa.

—Como desees.

—El viento del norte hoy debe estar furioso —manifestó Licinia muerta de risa, cuando varias jóvenes se echaron a correr en busca de un velo que una de ellas les había mostrado con orgullo segundos antes. Pensaba utilizarlo en la celebración de sus esponsales.

—¿Furioso? —inquirió Durato con una media sonrisa

dedicándole una mirada sugerente a su mujer.

—Oh, sí, de vez en cuando el viento del norte se enfada muchísimo.

—¿Y por qué ha de enfadarse? —preguntó el hombre con interés.

—Cuentan que en una cueva habitaba una joven doncella —comenzó Licinia en un murmullo susurrante— tan hermosa que el Viento del Norte había ordenado que jamás saliera de allí por temor a que el sol o la luna, celosos de su belleza y candor, pudieran robársela. Una noche, la joven desobedeció el mandato y salió a explorar el mundo, cansada de tanta oscuridad y la terrible soledad en la que vivía. La muchacha anduvo por la tierra, maravillada con la luna y sus hermanas las estrellas, con las suaves briznas de hierba que acariciaban sus pies desnudos y el plácido ulular de los búhos. Al enterarse, el Viento estalló de rabia y furia. Comenzó a soplar y soplar hasta que alcanzó a la joven doncella y la arrastró de vuelta a su cueva. —Varios chiquillos se habían detenido a escucharla y, acuclillados a su alrededor, la contemplaban con ojillos brillantes y expresiones de arrobo en sus caritas regordetas—. Las noches destempladas, como la de hoy, en que el viento parece soplar tan fuerte que hace retumbar la Tierra, son debidas a su monumental enfado con la joven doncella porque ha vuelto a escapar de su lado.

—¡Qué hermosa historia! —expresó una niña.

—Señora, por favor, cuéntenos otra historia —pidió otra.

—Ya basta por hoy —interrumpió Durato, que tuvo que enfrentarse y acallar un coro de protestas infantiles.

—Mañana habrá más historias. Licinia, es muy tarde y debes descansar.

La muchacha acarició las mejillas de un niño que se aferraba a sus faldas.

—Te contaré más historias, es una promesa. Buenas noches.

Caminaban tomados de las manos cuando Durato la hizo volverse y, sujetándola por la gruesa cintura, la acercó a él y la besó sin contemplaciones. Licinia, intuyendo la desesperación que lo dominaba, se aferró al cuello de su camisa y abrió la boca.

—Cada día doy gracias a los dioses por tenerte a mi lado —jadeó él sobre sus labios—. Eres una bendición para mí, Licinia. Oh, amor mío...

—¿Qué ocurre, Durato? ¿Por qué tanta angustia?

—Nada —la instó para seguir su camino hasta la vivienda—. Solo que he pensado que me gustaría saber más cosas. Querría conocerlo todo.

—¿Y qué es lo que no sabes y te gustaría conocer?

—Me gustaría conocer historias que hicieran soñar a la gente. Como la que has contado hace un momento. Esta noche, esos niños se irán a dormir con una sonrisa y yo ni siquiera sé leer.

—Tú sabes acerca de cosas que no han sido escritas por el hombre.

—Sí, pero quiero saber más. Quiero saberlo todo. —Se detuvo y dejó que una ramita que había arrancado de un árbol acariciara la sedosa piel del cuello femenino. Licinia elevó la cabeza ligeramente y suspiró con los ojos cerrados—. Y quiero saberlo todo acerca de ti. Cada pensamiento que tengas —la estrechó entre sus brazos y contempló con anhelo sus labios de terciopelo—, cada suspiro que escape de tu boca quiero saber a dónde va. Soy como el viento del norte, Licinia. Inseguro y temeroso de que vengan a robarte y me gustaría contar con ese poder y encerrarte en una cueva, para que estés a salvo, para que nada malo te alcance.

—Desde el día que me desmayé andas muy inquieto, vigilándome todo el tiempo. —La mujer se alzó sobre las puntas de sus pies y besó sus mejillas—. Ovidia me ha dicho que es normal sufrir desvanecimientos en mi estado, también me confirmó que todo marcha bien.

—Normal o no... —Durato guardó silencio y negó la cabeza—. Ah, Licinia, soy incapaz de soportar la idea de...

Esta vez ella lo acalló con otro beso que depositó con devoción sobre sus labios.

—Lo que tenga que ser, será. Juntos haremos frente a lo que sea.

Lo que sea me espanta, amor mío. Si algo te ocurriera, perdería la razón. No querría seguir viviendo.

—Solo pido a los dioses —clamó abatido— que no me faltes nunca. Ni tú ni mi hijo. —Y que nada nos separe, porque, si no estás, yo no desearía formar parte de este mundo...

—Por mi hijo, sí, amor mío. Solo tú y él me importan en esta vida.

—Sí, por él, sí.

Se abrazaron con destemplanza.

—Vayamos a dormir.

Licinia buscó los ojos de su esposo.

—Durato, ¿solo eso te preocupa? ¿Mi salud?

El hombre asintió con la cabeza, pero evadió su mirada y continuó andando. A Licinia le temblaron las manos y se le endureció el vientre.

—Si hubiera algo más —le insistió ella—, me lo dirías, ¿verdad?

—Vamos, que tu viento del norte esta noche debe estar más furioso que de costumbre.

Iban a ir a la guerra. Ese era el secreto que no había podido confiarle a Licinia. Que no se atrevía a contarle. No se veía capaz. Temía que, de la impresión, se pudiera malograr el embarazo que ya estaba muy avanzado. Lo haría más adelante cuando no le quedara más remedio. La prepararía antes.

El Consejo, liderado por Ultinos e Indortes, había decidido declarar la guerra a Roma. Ningún argumento de los que expuso el general frente a sus hombres había sido sopesado ni tan siquiera sometido a debate durante la reunión. Muchos de ellos lo ignoraban abiertamente, incluso Ultinos había desoído sus recomendaciones de evitar un enfrentamiento a campo abierto con el poderoso ejército romano. Sus hombres le habían perdido el respeto, también la lealtad. Durato lo sabía y los comprendía. Giró el cuello y observó dormir a su esposa. Con la respiración acompasada y acurrucada sobre una mano, parecía una criatura. Si sus hombres fueran capaces de ver las cosas como lo hacía él. El odio solo engendraba más odio y la venganza dejaba un regusto amargo que se te alojaba en las entrañas y no te dejaba vivir. ¿Qué sentido tenía seguir alimentando esa rabia endémica? ¿No era hora ya de ponerle fin? ¿De vivir en paz? Pero nadie lo había escuchado esa noche. No existía nada en este mundo que pudiera aliviar las pérdidas sufridas o el vacío en el corazón, y ellos irían a la guerra. Los soldados romanos morirían, ellos morirían. ¿Y para qué?

Temía que, en medio de la barahúnda que se formaría durante la batalla, alguno de los legionarios reconociera a Licinia y quisiera llevársela confundiéndola con una prisionera. Debía esconderla. Lucharía junto con sus hombres, pero en ningún momento dejaría desamparada a su mujer. Rogaba a los dioses que una última vez les concedieran la victoria, puesto que nada deseaba más que vivir con ella, para ella. Cerró los ojos, se recostó al lado de su mujer y llevó sus manos a la cabeza. Esa noche no lograría conciliar el sueño.

No fue capaz de ocultárselo mucho tiempo, al día siguiente ella descubriría la amarga verdad de lo que les aguardaba.

—¡Embustero! ¡Me mentiste!

Licinia se había presentado delante de él, y sin preocuparse de quién pudiera oírlos, le había increpado a viva voz con el rostro desfigurado de quien ha perdido el juicio.

Durato dejó a un lado el hacha y se enderezó. Le dedicó a Licinia una mirada de advertencia. Secándose el sudor de la frente la observó de reojo. Se sintió complacido cuando la vio abrir mucho

los ojos, titubear y restregarse las manos con nerviosismo. Con toda la parsimonia de la que fue capaz, tomó un odre con agua fresca y dio varios tragos largos. Se remojó la cara y el cuello y volvió a depositar el odre bajo la sombra de un árbol. Ignorando a su esposa, que aguardaba a una distancia de unos diez pasos, tomó de nuevo el hacha y siguió con la tarea que llevaba entre manos.

La mujer tragó saliva, se humedeció los labios y miró alrededor, asustada de haber incurrido en alguna falta imperdonable entre esas gentes. No se había detenido a meditar lo que hacía. Una vez que Ovidia le susurró que en unos días partirían a la guerra, había actuado por puro impulso. A ella el cerebro se le había vaciado de todo pensamiento. El miedo, como único mecanismo que la regía, tomó el control de su ser.

—Te pido disculpas, esposo. Te ruego —e inclinó la cabeza y así la mantuvo todo el tiempo—, si fueras tan amable, de acompañarme un momento para hablar.

—Ahora no. Fuera de aquí.

No se tomó la molestia de volverse para hablarle.

A Licinia los ojos se le inundaron de lágrimas. Dio media vuelta y caminó pesadamente y cuesta abajo, rumbo a la casa que Durato había hecho para ellos.

Ovidia le salió al paso y la tomó por el codo para ayudarla cuando a ella le faltó el aliento y comenzaron a fallarle las piernas. Juntas entraron a la casa.

—Vigila el lenguaje con el que te diriges a tu esposo, amita querida. ¿Acaso no te das cuenta de que has sido irrespetuosa? ¿De que ahora él deberá castigarte?

—Lo sé, lo sé. —Licinia se paseaba de un lado a otro refregándose las manos—. Y lo lamento profundamente. Me cegué. Oh, ¿qué he hecho?

—¿No sabes que Durato ha perdido el respeto de sus hombres por estar contigo? Tú para ellos no eres más que una esclava.

Licinia golpeó la mesa con un puño y dirigió a la vieja esclava una mirada enfurecida.

—¡Cállate! No digas más. No me tortures. ¿No te das cuenta de que estoy aterrada? Soy consciente de que he cometido una imprudencia terrible. Es que me encuentro muy alterada. —Tomó asiento y se llevó las manos a la cabeza—. Por favor, te lo ruego, cuéntame otra vez. Necesito saber.

Ovidia asintió.

—Esto es lo que sé. En cinco días abandonaremos el poblado e iremos a la guerra. Los hombres ya lo han acordado en el Consejo.

Nadie debe quedar aquí. Y, amita, escuché que mencionaban el nombre de Galba.

Licinia soltó un sollozo y se llevó una mano temblorosa a la boca. Cerró los ojos y con la otra mano se agarró a la mesa hasta que las uñas se clavaron en los tablones irregulares y le causaron dolor. Las fuerzas la abandonaron del todo.

Ovidia estuvo a su lado y la estrechó con mimo entre sus brazos.

—Ay, amita, respira, por favor. Piensa en la criatura que llevas en tu vientre. Dudé si contártelo, pero tenías que saberlo. Estar preparada por si debías volver...

—No digas una sola palabra más.

La voz de Durato, terrible por la severidad con que se expresó, sobresaltó a las mujeres. Ovidia pegó un brinco y contempló el rostro endurecido del hombre con espanto. Licinia hizo su mejor esfuerzo por ponerse en pie, sin embargo, el taburete se negaba a colaborarle. La barriga hinchada pesaba tanto que le dificultaba echarse para atrás.

—Sal de aquí.

Ovidia agachó la cabeza.

—Sí, amo.

Y abandonó la choza sin mirar atrás.

Durato se mantuvo clavado en su sitio, con las piernas algo separadas y las manos tras la espalda, conteniendo las ganas de socorrer a su esposa que se debatía frenética en su intento por levantarse. Lo enfurecía recordar cómo se había atrevido a increparle delante de sus hombres. Cualquier otro la hubiera tumbado al suelo de un puñetazo. Que él no lo hubiera hecho y que no pensara hacerlo ni ahora ni nunca, le traería consecuencias. Más consecuencias. Como si tuviera pocas cosas a las que hacer frente. Dejó escapar un suspiro pesado.

No se permitió dejarle entrever la oleada de fiera ternura que lo embargó ante la mueca desolada con que ella lo contempló cuando al fin se pudo incorporar. A Licinia le temblaba el cuerpo entero. Tenía los labios azulados y el rostro había perdido todo rastro de su dulce rubor. Parecía que estaba a un paso de desplomarse contra el suelo.

—Lo lamento profundamente —expresó con la voz estrangulada y la mirada baja—. Sé que mi comportamiento ha sido deplorable. Imperdonable. No sabes cuánto lo siento, lo arrepentida que estoy. Castígame como estimes conveniente. Sé que debes hacerlo.

Durato se permitió contemplarla unos segundos. Su pelo largo y tan negro que cualquiera podría confundir con el cielo de

medianoche, le caía liso sobre sus hombros y espalda hasta rozarle el trasero. Su figura, ensanchada por su hijo. El vestido dejaba asomar sus delicados pies cubiertos por sandalias. Unos pies, que él había masajeado esa misma mañana para bajar la hinchazón propia de las últimas semanas de embarazo. También se fijó en la postura acobardada con que aguardaba su decisión final, el detalle de su mano apoyada a la mesa para mantener el equilibrio terminó por sacarlo de quicio. Avanzó con determinación y una mirada rabiosa. Licinia, paralizada, ahogó un jadeo cuando él le cayó encima. La sujetó por la nuca con violencia, le echó la cabeza hacia atrás y se abatió sobre sus labios como enajenado, con ese amor profundo y desquiciado que ella le inspiraba.

—¡Necia! —pronunció con fiereza mientras arrastraba su boca por sus labios, consumido por un tumulto ingobernable de sentimientos contradictorios. El amor, el enfado, la frustración, el temor...

—Lo siento —lloriqueó ella y, vencida, se dejó caer contra el cuerpo masculino—, perdóname.

—Eres una necia. Una imprudente también, y una necia. ¿Castigarte? ¿Me crees capaz de levantar mi mano para algo más que no sea para tu placer? —La contempló sin poder creer aún que ella pensara que él iba a causarle dolor—. ¡Necia!

—Sé que tus hombres lo esperan...

—Al cuerno con ellos. Con todos.

—¿Y la guerra? ¿También la mandamos al cuerno?

Durato apoyó la frente sobre la de ella y respiró pesadamente.

—La guerra, sí. ¿Por eso estás tan enfadada? Lo siento, de veras lo lamento. No he podido impedirlo.

La joven parpadeó extrañada.

—Oblígalos. Eres su general. Te deben obediencia.

—Ah, Licinia. No se puede obligar a alguien que defiende con una vehemencia ciega una idea. Eso solo acarrea que las posiciones y los pensamientos enraícen con más terquedad en la mente.

Licinia meneó la cabeza, incrédula y completamente fuera de sí porque no podía comprender el proceder de ese hombre.

—No te entiendo. Sabes que es lo mejor para ellos, entonces, ¿por qué no actúas en consecuencia? Estarías salvando sus vidas. ¿Qué importa lo que piensen ahora?

Durato la soltó y se alejó unos pasos.

—Estaría imponiéndoles mi voluntad por la fuerza. No los habría convencido, los habría aplastado. Si actúo de esa manera me convertiré en un tirano. Además, si lo hago, solo me odiarán más de

lo que ya lo hacen, habría recelos, traición... Ya no cuento con ascendiente alguno sobre mi gente.

La mujer bajó la cabeza tan arrepentida con su exabrupto frente a todos, muy avergonzada porque no había pensado en él, en todo lo que él perdía por unirse a ella. Durato estuvo encima de ella tomándola de la barbilla, abrazándola con delicadeza.

—Vida mía, no. Por favor, no agaches la cabeza. No es tu culpa. Yo he sido el que ha tomado las decisiones que han marcado mi destino. Sabía que tomarte como esposa sería mal visto a los ojos ciegos y torpes de mi pueblo.

Licinia elevó la vista y enfocó una mirada asustada en los ojos negros de Durato. Se aferró a los brazos del hombre. No se atrevía a preguntarle por el paradero de Galba. No era capaz ni de pronunciar su nombre en voz alta. No contaba con fuerzas para enfrentar esa posibilidad.

—Entonces —le preguntó en cambio aterrada por la respuesta—, ¿qué salida nos queda?

—Llegar allí preparados para la guerra e intentar negociar por la paz.

—¿Y si no te escuchan?

—Lucharemos y venceremos. Como hemos hecho en el pasado.

15

—¿Vas a comer algo o prefieres seguir fingiendo que andas muy atareado?

Tullio no levantó la cabeza del ordenador y tampoco se molestó en disimular una sonrisa. Se había enfrascado desde la madrugada en el despacho para terminar con el encargo de su sobrino.

Durante las primeras horas de vigilia había sufrido un instante de sublime inspiración y decidió que la mejor estrategia que debía seguir con esa mujer sería ignorarla. Y ahora que la tenía allí en pie de guerra y con ganas de cháchara, se solazaba al comprender que la conocía bien. Esa cotilla incorregible no podía aguantar mucho tiempo aislada.

—Tienes una verdadera fijación con hacerme comer, señora Dini. —Su sonrisa se ensanchó al imaginar la expresión de ultraje que estaría dedicándole su antigua ama de llaves—. Y no finjo, estoy trabajando.

Nora Dini resopló y elevó la cabeza con curiosidad intentando distinguir, desde su lugar en la puerta, en qué diantres estaría metido ese hombre.

—Creí que estabas retirado.

—De cuando en cuando hago mis cosillas.

—Y trabajo, ¿de qué o para quién?

—Estamos muy curiosos esta noche.

—Jum.

Tullio se volvió en la silla de oficina, haciendo girar las ruedas de las patas, se cruzó de brazos y miró a Nora con expresión alegre.

—Es para Roberto —le explicó de manera sucinta.

—Ah.

Volvió a girar con la silla. Ya no tenía cabeza para seguir con la tarea, pero fingir se le daba de miedo.

—Sigo queriendo hablarte de los fantasmas —habló él como si tal cosa, mientras tecleaba cualquier cosa en el ordenador—. No sé si estás preparada para escucharme.

—Y bien, te estoy escuchando, ¿qué es lo que quieres explicarme?

Una vez más giró con la silla y le dedicó a la mujer una sonrisa resignada.

—Nora —dijo en un tono neutro—, ¿no vas a perdonarme jamás por el delito de haber amado a otra mujer antes de ti?

El ama de llaves avanzó hasta detenerse delante de él. Se abrió paso entre sus piernas, le arrancó de las manos un bolígrafo, lo colocó con un sonoro *pum* sobre el escritorio e inclinó el cuerpo hacia adelante. Apoyó las manos a los lados del cuerpo de Tullio Pastriani, en el reposabrazos del sillón, y lo fulminó con la mirada.

—Lo que no te puedo perdonar, Tullio querido, es que la siguieras amando después de tenerme a mí.

Los dos se sostuvieron la mirada. Tullio ni parpadeaba, tampoco respiraba. No se atrevía. Ella echaba fuego por los ojos. Tantos años han pasado, meditó él, y todavía le duele tanto. La llama de la esperanza se prendió en su corazón como un chispazo.

Nora, inquieta por la cercanía con ese hombre, se enderezó, comprobó que el moño que se había hecho esa mañana siguiera donde se suponía que debía estar y se sacudió la falda al tiempo que hablaba en un tonillo displicente, que sacó de quicio a Pastriani.

—Además, no tiene caso, nuestra historia siempre fue un despropósito. Yo perdiendo la cabeza por ti y tú suspirando por un imposible. Absurdo.

—No vuelvas a decir que lo que vivimos fue absurdo o un despropósito —le advirtió él en un tono desafiante—. No lo hagas porque me enfurece.

Nora, con las manos en las caderas, volvió apenas la cabeza y se lo quedó mirando sorprendida por la ferocidad con la que se había expresado.

—Lo digo y lo mantengo. A ver quién te...

Y ya no pudo hablar porque fue convenientemente silenciada por la boca de Tullio Pastriani.

—¿Se puede saber qué haces?

Roberto Pastriani y Juan Santiago Ruano habían llegado al hotel Intercontinental Amstel, en el mismo centro de la capital holandesa, hacía menos de media hora. Se habían registrado con nombres falsos y habían tomado una cena informal a base de entremeses de la zona en el sofisticado Brassiere de la planta baja con vistas al famoso río del cual había tomado su nombre. Tras la cena, decidieron subir a descansar.

Juan se terminaba de asear en el baño y había asomado la cabeza por la puerta que separaba la zona de estar de sus dormitorios. No conseguía acostumbrarse al esplendor de ese hotel de cinco estrellas donde Roberto los había hospedado. Su sobria decoración francesa, el mobiliario tan sofisticado. Lo había dejado perplejo el trato deferente que habían tenido con ellos, como si fueran miembros de la realeza.

Apoyado contra la jamba de una elegante puerta corredera observaba a Roberto, que había extraído de su petate tres cuñas de madera y las colocaba contra la puerta del pasillo para que sirvieran de palanca. Si es que a alguien se le ocurría la feliz idea de asaltar la habitación de un militar pirado, armado hasta los dientes, se dijo con sorna el capitán de la Guardia Civil.

—Tomar precauciones.

—Sé para lo que sirven. Lo que te estoy preguntando es, ¿quién sabe que estamos aquí? ¿No estás siendo un poco paranoico? ¡Por el amor de Dios! ¡Nos estamos alojando en un jodido palacete del siglo diecinueve! *La Grande dame* —pronunció en un francés con acento español— de la capital holandesa, y no lo digo yo, sino nuestra encantadora recepcionista. La *crème de la crème* en hoteles de lujo.

—En teoría, nadie, pero no quiero jugármela. Ten tu arma siempre a mano. No creo que Pavianti se haya tragado lo de mi retiro por la muerte de mi padre. No me fío de él ni de lo que pueda planear si intuye que pretendo acorralarlo. Y por ese mismo motivo no voy a ir haciendo de idiota por ahí con un cartel en la frente que diga: «Dispárame, por favor».

—Tienes un trabajo de mierda, perdona que te lo diga.

—Lo sé. —Roberto apretó el ceño—. Hasta hace poco esta era la vida que me atraía, con la que disfrutaba.

—¿Hasta hace poco?

Pastriani volvió la vista y miró a Juan.

—Michela. —No hicieron falta más palabras. Juan se echó a reír.

—Te tiene bien pillado mi primita, ¿no?

Roberto aseguró las cuñas, se incorporó sacudiéndose las manos y le dedicó una sonrisa socarrona a Juan.

—Vamos a dormir. No sé cuándo podremos volver a hacerlo una vez que empecemos con el juego.

Nora entreabrió los ojos con pesadez, pareció emerger de un plácido y sensual sueño. Parpadeó y se humedeció los labios. Los notaba hinchados y adormecidos. Le había permitido que la besara a su antojo. ¡Que ya no tenían edad para esas cosas! Tuvo que contenerse para no estallar en carcajadas. Debía mantener una actitud indiferente. No comprendía muy bien con qué propósito, no obstante, le molestaba muchísimo que él se creyera que ella se moría por él. ¡Santa María bendita! Le temblaban incluso las rodillas. Maldito Tullio Pastriani.

El hombre le devolvía una mirada lánguida y pesada, cargada de amor. De ese amor que a ella le provocaba una convulsión en cada centímetro de su ser. Cuando él la miraba de esa manera, ella solo deseada implorarle que la llevara a su dormitorio y le hiciera el amor. ¡Oh, Dios bendito! Lo que ese hombre la hacía sentir. Era como tocar el cielo con las manos. En realidad, si estaban juntos, el cielo era ese lugar en la Tierra donde habitaba con Tullio.

«Virgencita, han pasado tantos años desde la última vez. ¿Y a santo de qué tengo tanto miedo? ¿Temo que me lastime? ¿Que no me ame como yo lo amo a él?». Entonces recordó una frase que hacía muchísimos años le había dicho Lorettana durante una de esas noches que ella se largaba a llorar encerrada en su dormitorio por los sentimientos imposibles que experimentaba por Tullio Pastriani. «Que no te quiera como tú le exiges que te quiera, Norita mía —le había susurrado junto al oído su mejor amiga—, no significa que no quiera con todo su ser».

—¿No crees que ya estamos algo mayores para estos arrebatos pasionales? —manifestó Nora volviendo al presente, fingiendo una mojigatería que no sentía.

—¿Mayores? —El hombre alzó las cejas—. La vida nos está ofreciendo una última oportunidad de ser felices. —La sostuvo con delicadeza por la cintura y la apretó contra su cuerpo tenso y sobreexcitado—. Nora, amor mío, cásate conmigo.

La mujer sufrió una conmoción. A Tullio le enterneció la expresión contrariada con que lo observaba.

—Estás chocheando.

—Ningún chochear. Ya hemos perdido demasiado tiempo en naderías. —Volvió a besarle los labios y ella se agarró a su cuello y le exigió un poco más—. Te quiero a mi lado y tú también me

quieres a tu lado —le dijo él entre beso y beso—. Deja de hacerte la difícil.

—No me hago la difícil, viejo del demonio. Sé razonable. A la edad que tenemos, una boda más que un acontecimiento social sería una broma social. Es ridículo.

—Quiero vivir contigo, Nora. Pasar los días que me queden a tu lado.

—¿Y cuál es el problema?

—Eres una mujer católica.

Nora bufó.

—Y luego soy yo la que vive en otro siglo.

Fue el turno de Pastriani de quedarse pasmado.

—¿Vamos a vivir en pecado, Nora Dini?

La mujer apretó los labios y meneó la cabeza.

—Mira que eres obtuso.

Michela decidió presentarse en la oficina de Lukas sin previo aviso. En contra de su forma habitual de proceder y su tendencia a posponer los problemas, ese mañana sentía sus energías renovadas. Avanzaba por la calle con una gran sonrisa y unas ganas inmensas de comerse el mundo. Quizás fuera la determinación que le contagiaba Roberto o el amor tan inmenso que abarcaba cada centímetro de su ser y le hacía ver el mundo de color de rosa. Se echó a reír en mitad de un cruce de peatones.

«Menudas chorradas se te ocurren, Michela».

De cualquier forma, sin pararse a meditar demasiado, había sentido la necesidad de buscar a su antiguo novio y aclarar por fin el asunto entre ellos. Además, ya era hora de cerrar ese capítulo de su vida y recoger las cosas del piso. Alguna de sus camisetas favoritas aguardaba ser recogida del dormitorio de Sabonis.

Apretó el timbre del interfono en el edificio donde estaban las oficinas de Belli&Partners y esperó contemplando la calle. Varios segundos después escuchó el clic de la puerta y entró.

Chiara abrió mucho los ojos cuando la descubrió atravesando la puerta de las oficinas.

—Señorita Hauffman, ¡qué alegría volver a verla! ¿Cómo está?

Michela le dedicó una gran sonrisa y se apoyó ligeramente sobre el mostrador de la recepción.

—Hola, Chiara, buenos días. Muy bien, gracias por preguntar. ¿Cómo estás tú?

—Liadísima, como siempre. —Soltó una risilla musical y se recolocó un mechón de cabello detrás de la oreja—. ¿Ha venido a ver al *dottore* Sabonis? ¿Le aviso?

—Sí, por favor. Si eres tan amable. Quizás esté ocupado en alguna reunión. No tengo prisa.

—Justo ahora está libre. Espere un segundo, por favor. —Descolgó el teléfono y comenzó a marcar—. Tome asiento. ¿Le traigo un vaso de agua? ¿Té? ¿Café?

Michela sonreía y negaba con la cabeza.

—No, muchas gracias. Me sentaré por aquí.

Se sentó en una de las sillas tapizadas de azul oscuro dispuestas en línea y contra la pared y agarró la primera revista de un montón que había en una mesita de cristal adyacente. Esperó hojeando los cotilleos de la prensa sensacionalista. Antes de abrir la revista, comprobó su móvil para ver si tenía algún mensaje o llamada de Roberto. Nada por ahora. La había avisado de madrugada y a través de un mensaje de *whatsapp* de que ya habían aterrizado en la capital holandesa y se habían instalado en el hotel. Después de eso, nada más. Alzó la vista de lo que leía cuando tuvo la sensación de que la observaban. Miró al frente. Sus ojos se toparon con los ojillos sabios de Inés Soto que le devolvía una mirada extrañada. Michela curvó los labios en una sonrisa abierta. Se levantó, dejó la revista en su sitio y caminó hacia el lugar donde la joven estaba sentada. Otra hilera de idénticas sillas, alineadas en la pared de frente.

—¿Inés? —La joven le salió al encuentro y se fundieron en un caluroso abrazo—. ¡Cómo me alegro de encontrarte aquí!

—Hola, Michela. ¡Vaya! ¡Qué coincidencia! —replicó ella y se echó a reír. Inés apretó con fuerza las asas de una mochila que colgaban de su hombro. Michela percibió cierta inquietud en la joven.

—¿Qué estás haciendo aquí? Es el lugar más inesperado en el que habría imaginado volver a verte.

—Espero a Lu... —la muchacha carraspeó y le dedicó una sonrisa cohibida—, al *dottore* Sabonis.

Michela entrecerró los ojos y su boca formó una O de sorpresa.

—¡Ah! Pero, claro, ya comprendo. ¿Está llevando tu caso?

—Sí, así es —replicó un tanto evasiva, sin mirarla a los ojos.

—Entonces todo saldrá de diez. Lukas es un crack. El mejor, en serio. Ya verás.

—Lo sé —expresó con suficiencia la muchacha. Entonces sí que la miró. Sin entender muy bien por qué, la joven Soto había sentido el súbito arranque de marcar territorio—. Es un excelente profesional.

Michela se humedeció los labios y se le escapó una risita tensa. En ese instante, la puerta del despacho de Lukas ubicada a sus espaldas se abrió. Las mujeres se dieron la vuelta. El hombre acortó la distancia que los separaba. Su semblante tenso reflejaba preocupación. Tenía el cabello revuelto y por primera vez desde que Michela pudiera recordar su corbata estaba torcida.

—¿Michela? ¿Todo bien? ¿Ha ocurrido algo?

Los ojos de Lukas descubrieron a Inés Soto que se había colocado a su lado, y se agrandaron por la sorpresa.

—¿Inés? ¿Qué haces aquí?

La joven bajó la cabeza. Michela la observó de reojo. ¿Se había puesto roja?

—Hola, *dottore* Sabonis, disculpe que me presente sin avisar. Necesitaba comentar un asunto con usted —musitó en un hilillo de voz.

Michela los contemplaba de hito en hito. Se veían cohibidos y nerviosos el uno con el otro.

—Pues ya somos dos —intervino ella en un tono alegre e intercambiaba miradas entre ambos—. Yo también me he presentado sin avisar, pero como tú llegaste antes que yo —le dijo a Inés—, por favor, Lukas, atiéndela primero.

Sabonis no conseguía arrancar sus ojos de Michela. No se creía aún que estuviera allí. Que hubiera ido a buscarlo. Le había hecho repetir a Chiara dos veces el nombre de la «*signorina* que lo espera en la salita de visitas». La impresión de volver a verla después de todo ese tiempo, de lo que había sucedido con Roberto y de todo el dislate inmanejable de cosas que le habían sucedido en las últimas semanas fue abrumadora.

Inés, en cambio, solo tenía ojos para el abogado y le imploraba en silencio porque se volviera a mirarla. ¿Quién es ella para ti? Dolida y humillada, agachó la cabeza y se cerró sobre sí misma.

—Lo mío no es urgente, puedo esperar —farfulló la muchacha de forma apresurada y se recolocó la mochila a la espalda—.

Además, no sé ni por qué he venido. Mejor me voy. Adiós. Buenas tardes.

Lukas se pasó las manos por la cabeza y dejó escapar un suspiro pesado.

—Por favor, Michela, espérame aquí un momento, tengo una cosa que hablar con Inés.

—Sí, por supuesto...

Sabonis salió disparado en pos de la joven que ya había desaparecido por las puertas de la oficina.

—¡Inés! ¡Inéééés! Aguarda un segundo. Por favor.

—No, no. —Apretó sus pasos, casi había alcanzado la puerta que daba a la calle—. No sé ni a qué vine.

—Ya sé que tenemos que hablar. —Lukas estiró la mano con la intención de detenerla y sujetarla por el brazo. En el último momento se arrepintió y la dejó caer. No debía tocarla—. Solo que ahora no es el momento.

Inés se detuvo, se dio la vuelta y lo encaró.

—¿Ella es la chica que te dejó? ¿La que tú quieres tanto? ¿Mi enfermera era tu novia?

—Inés, ahora no es el momento.

—Nunca es el momento. Nunca me cuentas nada.

—Por el amor de Dios, Inés. No tengo nada que contarte. ¿Quieres ser razonable? Solo soy tu abogado.

—Y yo soy una cría, ¿no es así? Una adolescente con toda la vida por delante y que no tiene ni puta idea de lo que quiere o necesita.

—No me hables así y no seas injusta. Jamás te he tratado como si fueras idiota. Aunque según veo, de cuando en cuando, conviene que recuerdes que sí eres una adolescente y desde mi punto de vista, una niña.

La joven apretó las manos en puños, entrecerró los ojos y echó el cuerpo hacia adelante.

—Cuando me besaste no te parecí tan niña —siseó rabiosa en un susurro.

Lukas abrió mucho los ojos, alarmado, y tragó saliva. Desvió la mirada de los ojos oscuros de la joven y la fijó en la pared frente a ellos.

—Eso fue algo imperdonable —comenzó en voz baja—, no concibo cómo pudo ocurrir. No te haces una idea de cómo lo lamento, de lo arrepentido que estoy. Si deseas que transfiera tu caso a algún compañero, lo haré en este mismo momento. Si deseas interponer una denuncia...

Inés parpadeó una, dos, tres veces; se sentía muy confundida, asustada también. ¿Interponer una denuncia? Ese hombre había perdido la cabeza.

—¡Basta! No digas esas cosas, jamás haría nada que pudiera dañarte. ¡De qué demonios estás hablando! ¿Dejar mi caso? Quiero que lo lleves tú, no confío en nadie más. No soportaría tener que contarle a alguien diferente a ti todo mi calvario. Además, fui yo la que te besé, la que lo provoqué todo, es mi culpa...

—Yo deseaba que me besaras —pronunció en un susurro ominoso y sus ojos azules brillaban con furia cuando clavó su mirada sobre ella—, lo deseaba tanto... —Las ganas de abrazarla eran casi incontrolables—. ¡Dios mío, qué tengo en la cabeza! Estoy enfermo.

—¡No estás enfermo! Te suplico que no pienses eso de ti. Me mata oírte hablar así. —Ella avanzó un paso—. No digas que fue un error. Lukas, yo te qu...

—¡Calla! —exclamó aterrado y retrocedió para evitar que ella lo tocara. No podía dejar que eso volviera a ocurrir—. No digas una palabra más. No puedo volver a verte. Inés, esto se acaba aquí y ahora. Mi comportamiento ha sido deplorable. Lo que hemos hecho es una aberración, ¿lo comprendes? ¡Está mal! De cualquiera de las maneras en que se mire, está mal. Es un delito, Inés. A los tipos miserables como yo que abusan de una joven inocente los meten a la cárcel. Un manicomio es donde debería ingresar y que lanzaran la llave a las alcantarillas.

Ella lo escuchaba y no podía creer lo que le decía.

—¿Abusar? —se indignó ella y se llevó una mano al pecho—. ¿Te atreves a hablarme a mí de abusos? Me niego a que denigres lo que vivimos. Fue hermoso. —Y volvió a repetirlo enfurecida. No concebía que él no reconociera que lo habían vivido dos noches atrás había sido algo único y maravilloso. Los había unido para siempre—. ¡Fue hermoso, Lukas! Lo más hermoso que he vivido nunca. Fue mi primer beso —le confió con voz estrangulada—. ¿No fue hermoso para ti?

Él se empecinaba en mirar hacia otro lado y a ella le dolía tanto que no fuera capaz ni de sostenerle la mirada.

—Por favor, no me alejes de tu vida —le suplicó aterrada—. Estoy perdida sin ti.

No podía ser, eso no podía estar ocurriendo. ¿Iba a perder a su mejor amigo? ¿Al hombre del que se había enamorado perdidamente? Comprendía con una certeza que no provenía de su corta edad, sino de la sabiduría que albergaba su alma herida, que

jamás amaría a otro hombre como quería a Lukas Sabonis. Lo cierto es que no era posible.

—Inés, no puede ser —suspiró Sabonis vencido. Se llevó una mano a la cara y se frotó los ojos—. Tienes dieciséis años. Eres una niña. Entiendo que tú no lo veas así y asumo que todo lo que te ha ocurrido también te ha hecho madurar de golpe, pero eres una niña aún. Tengo treinta y cinco años. No me hables de nada hermoso cuando yo solo puedo sentir vergüenza y horror. El día que llegues a mi edad lo entenderás y, si algún día tienes hijos, te sentirás espantada de lo que he permitido que ocurra entre nosotros. Sé que ahora estás dolida, rabiosa y muy confundida, pero no puedo ayudarte, Inés. No debo hacerlo. —Su voz cambió de forma repentina y adoptó un matiz sobrio y distante, incluso la expresión en su rostro se transformó. Esta vez sí que la miró a los ojos y ella contempló alarmada la convicción fanática de quien ha tomado una decisión irrevocable—. Si deseas que lleve tu caso de aquí en adelante, tendrá que ser con la presencia de tu madre. Jamás volveré a verte a solas. Jamás volverás a presentarte en mi casa a deshoras, tampoco a mi oficina, salvo que acudas acompañada de un adulto, y jamás hablaremos de nada que no sea el caso que llevo contigo. Una vez que concluya el juicio, no volveremos a vernos.

Inés lloraba. Resultaba curioso que durante toda su tragedia y en las semanas que siguieron apenas hubiera habido lágrimas, en cambio, ahora sentía que jamás podría parar de llorar. No era capaz de controlar la amargura y el dolor tan intenso que le oprimía el pecho y le cerraba la garganta y ella se sorbía los mocos y lo miraba y se restregaba las manos y volvía a mirarlo, pero las lágrimas no cesaban y la pena crecía.

Sus palabras la hundían en el más negro de los abismos. ¿Cómo haría para pasar día tras día y noche tras noche sin ver su sonrisa dulce? ¿Quién la miraría con reprobación y una sobria advertencia a través de sus gafas metálicas cuando soltara algún improperio? Ah, esos: «Inés, por favor, no es necesario ser tan malhablada. Tu edad no te justifica». A ella le divertía sacarlo de quicio, también lo hacía porque amaba cómo pronunciaba las palabras, con una cadencia tan suave que la estremecía. Cada sílaba en sus labios parecía entonar una melodía única. Y cuando él le hablaba, ella vibraba a su son.

«¿Cómo haré para vivir sin ti?».

—Estás siendo muy cruel y terriblemente injusto —no sabía ni lo que decía. No podía pensar con claridad. Los labios le temblaban. Toda ella temblaba y la voz le salió entrecortada. Le importó una

mierda. Estaba rota.

—Esas son mis condiciones.

La cabeza de ella se movió de arriba abajo en un acto mecánico.

—De acuerdo, acepto —expresó en voz baja, resignada, y luego lo miró a los ojos sintiendo una pena infinita y un enorme agujero en mitad de su pecho—. Adiós, *dottore* Sabonis, que tenga buen día. Suerte con Michela.

Inés se dio la vuelta y sin mirar una sola vez hacia atrás, desapareció por la puerta.

—Adiós, Inés. —Las lágrimas resbalaron por las mejillas rasuradas de Lukas—. Para mí también fue hermoso. Demasiado hermoso.

Vestidos con unos prácticos monos de una compañía nacional de gas y equipados con un arsenal en dispositivos de escuchas en sus mochilas, Roberto Pastriani y Juan Santiago Ruano se presentaron al día siguiente a primera hora de la mañana, y antes de que comenzara el ajetreo incesante de gente que entraba y salía, en el edificio de usos múltiples, donde tenía su sede Harald&Bollmain. Pretendían colarse en el despacho del reputado Arjeen Janseen, el principal nexo de unión de toda la trama que se había destapado a raíz del seguimiento que habían hecho en octubre del alijo de coca procedente de España. Janseen, además de llevar algunos asuntos de la reina holandesa, se dedicaba en sus ratillos libres a blanquear las toneladas de billetes en negro que el tráfico de cocaína reportaba.

Pastriani se acercó exhibiendo una enorme sonrisa hasta uno de los dos mostradores curvos de Teka en tonos ceniza situado en medio de una enorme sala de la planta baja del edificio. Un espacio abierto donde predominaban los tonos grises y blancos, una decoración minimalista y la iluminación natural de las vidrieras con vistas a un frondoso parque cercano y al pequeño lago que circundaba el complejo. Se reclinó y le regaló su mejor sonrisa zalamera a la recepcionista. La mujer sufrió una mutación instantánea y sus mejillas se tiñeron de un encantador rubor. Se dedicó a entablar una conversación con ella en inglés. Logró sacarle la planta y ubicación del despacho del Janseen y luego le comentó que era casualidad que su conocido trabajara en la misma planta en la que debían hacer una comprobación rutinaria de la instalación de

gas ahora que comenzaba el invierno. Antes de partir hacia los ascensores, ubicados al fondo del enorme *hall*, la mujer había conseguido deslizarle entre los dedos un papelito con su número de teléfono que Pastriani arrugó y tiró en la primera papelera con la que se topó al enfilar por el largo pasillo donde estaban las oficinas.

—Eres un completo hijo de puta.

—Atraerlas por una cara bonita es un accidente de la naturaleza, pero conseguir que me den su número de teléfono en cinco minutos gracias a mi encanto personal —alzó la mano y juntó los dedos apuntando hacia arriba—, eso, amigo mío, es una obra de arte.

Little John había echado la cabeza hacia atrás y explotado en una sonora carcajada que resonó como un estruendo en la quietud de ese pasillo.

—Pedazo de marica prepotente. Le comentaré a Michela tu sucio asuntillo con la holandesa para que se te bajen esos humos.

Roberto esbozó una sonrisa ladeada y le guiñó de ojo. Se detuvo delante del despacho de Janseen.

—Manos a la obra —expresó Roberto en español. Juan se palmeó las manos y le dedicó una enorme sonrisa. Estiró el brazo para cederle el paso.

—Después de ti, ricura.

El despacho contaba con dos estancias separadas por una puerta corredera de cristal. Una serviría para atender a los clientes, se dijo Pastriani, y estaba presidida por cuatro sofás de cuero en color crema colocados unos frente a otros, suelo enmoquetado y una curiosa colección de arte abstracto de Kazimierz Malewicz colgado de las paredes. Pastriani imaginó a un Janseen regodeado con las carísimas pinturas del ruso mientras recibía con una cortés sonrisa a las ilustres visitas de esa tarde que no tendrían ni puta idea de quién cojones era Malewicz. Chasqueó la lengua y caminó hasta la otra habitación. Encendió la luz y miró con desgana. Este cuarto presentaba una decoración algo más sobria y seguramente correspondería al espacio que dedicaría para trabajar. Roberto salió de allí, se acercó hasta uno de los cuadros de la sala, le dio la vuelta y colocó un micrófono que pegó con cinta de celo.

—Juan, ¿me escuchas?

—Alto y claro, canta algo para mí.

—Vete a la mierda.

No quería arriesgarse a colocar un micrófono en algún sitio demasiado visible y eligió uno de los sofás. Hizo a un lado una coqueta mesita de centro en nogal y se tumbó boca arriba sobre la moqueta, palpó la parte baja de la estructura y realizó un corte con

una pequeña navaja a la tela del sofá cercana a una de las patas de madera, insertó el micrófono y colocó cinta de celo para mantenerlo. Volvió a dejarlo todo como estaba.

—¿Y cómo escuchas este?

—Como si me susurraras en el oído.

—Ponemos otro en el *office* y nos piramos.

Juan asintió mientras revisaba con curiosidad los cajones de la única cómoda de la habitación.

Roberto le habló desde el interior de la oficina. Juan activó el dispositivo para la escucha del micrófono.

—¿Algo interesante?

—No me digas que estabas esperando que te dijera que he dado con un diario íntimo escrito por Janseen desahogando todas sus fechorías...

Roberto se asomó por la puerta y se encogió de hombros.

—Me conformaba con alguno de esos listines con nombres importantes y datos misteriosos.

—Ves demasiadas películas de gánsteres americanos.

—¿Películas? El año pasado pillaron a dos capos de la camorra ocultos en una casa abandonada en mitad del bosque. Entre todo lo que requisaron unos compañeros *carabinieri* se hicieron con un diario donde uno de ellos contaba con todo lujo de detalle los asesinatos en los que había participado, directa o indirectamente, en los últimos quince años.

Juan se echó a reír.

—Joder, macho. Hay mucho tarado suelto por ahí.

—Anda, vámonos. Ya terminamos aquí. Ahora toca esperar.

Diez horas después, Roberto y Juan esperaban tumbados sobre el suelo de un despacho adyacente que permanecía vacío. Los restos de su almuerzo estaban esparcidos por el suelo. Cuando fueron las cuatro de la tarde, hora local, recibieron las primeras señales de movimientos en la oficina. Janseen fue el primero en presentarse y se dedicó a tararear conocidas canciones de rock y a realizar tres llamadas intranscendentes a su familia desde su despacho. Media hora después se presentó Giuseppe De Moro. Los hombres se saludaron con cordialidad, cada uno preguntó por la familia del otro y empezaron a lo suyo. Los Barreta poseían acciones de una empresa fantasma que se dedicada a la construcción. Esa tarde venían a poner en claro las cuentas de la supuesta empresa. Se dedicaron al conteo masivo de billetes y hablaron de los pasos que debían seguir para ir transfiriéndolo en pequeñas cantidades. Al poco, se presentaron los colombianos. Hablaron en inglés. Se

saludaron, intercambiaron opiniones sobre el viaje desde Medellín y tomaron asiento en los sofás. La sorpresa para los policías se produjo con la llegada al despacho del director financiero del banco Abn Amro acompañado de un nuevo socio, un millonario israelí que tenía su residencia en La Haya y ciertos negocios poco claros en los países bajos.

—Será mejor ir directo al asunto que nos ha traído aquí —expresó De Moro a nadie en particular—. Don Salvatore no quiere cambios, mantendremos las mismas condiciones que hasta la fecha.

—No queremos que la responsabilidad de la llegada de la mercancía esté únicamente en nuestras manos —intervino uno de los hermanos colombianos.

—Mucho riesgo, comprende, amigo —añadió el otro.

—Entiendo, pero ese no es mi problema. Una vez que entre en Europa, nosotros intervenimos, no antes. Ya aportamos los barcos desde Venezuela. ¿Qué más quieren? ¿Una niñera?

La situación tomó un cariz un poco tenso y en ese momento intervino el abogado.

—Señores, vamos a tomarnos las cosas con calma. Tengo un regalo que llegará en breve, así que relajémonos. Nuestro amigo italiano no pretendía ofender a nadie, es un hombre impulsivo de sangre caliente, como la gente del sur.

—Cada vez hay más riesgos —explicó Vargas—, cada vez es más difícil. Sería un gesto de buena voluntad compartir también las vicisitudes a las que nos enfrentamos.

—Ustedes tampoco asumen los riesgos una vez que nos entregan la mercancía. No veo por qué tendríamos que asumir nada en el momento anterior.

—Nos gustaría hablarlo directamente con don Salvatore, si no es mucha molestia.

—Por ahora eso no será posible, pero puedo acordar una reunión con él de aquí a unos meses.

—Está bien.

Los hombres se liaron a hablar de un envío que tenía que llegar a Camboya, Roberto imaginó que estarían hablando de armas. El israelí se mostró muy interesado en hacer de intermediario, pretendía viajar hasta el país asiático para asegurarse de recibir su parte. El asunto se volvió más interesante cuando comenzaron a intercambiar opiniones sobre las nuevas leyes que pretendían aprobar varios gobiernos europeos para el control de armas.

Media hora más tarde llegó el regalito en forma de putas y drogas. Juan y él intercambiaron una mirada resignada, al poco

comenzaron a filtrarse los jadeos y gemidos sexuales de los hombres. Roberto se cubrió la cara con el brazo para sofocar la risa ante el rostro de incredulidad de Little John.

—Esto es de remate, tío —se quejó Juan y se dejó caer sobre el suelo.

—Paciencia, muchachote.

—Putos depravados. Es surrealista.

Pasó otra hora sin nada interesante a lo que hincarle el diente, y entonces mencionaron algo que atrajo la atención de Roberto, que se incorporó de golpe.

—Las orgías que se montaban cuando nos reuníamos en casa del Silvio, esas sí que eran fiestas.

Varios se rieron.

—Ah, qué tiempos felices. Ahora todos están acojonados.

—Se nos fue la época dorada, los ochenta y los noventa fueron algo grandioso.

—Sí, y el respeto que existía.

—P2 protegía bien a los suyos, ahora estamos librados y la jodida policía está en todas partes. Uno no puede ni trabajar tranquilo.

—Eso lo dirán por ustedes allá en Colombia, Roma es nuestro coto privado de caza, una maravillosa tierra media donde los orcos campan a sus anchas. Los jodidos políticos quieren su cacho de pastel. Romano y ese primer consejero putero que tiene, par de soplapollas, no meten las narices en nuestros asuntos mientras les paguemos y nos dejan en paz. El negocio de los inmigrantes es un filón, ya nos lo advertía Carbone y no se equivocaba.

—¿Carbone? —intervino uno de los colombianos que pareció emerger de un plácido sueño a juzgar por la voz arrastrada con la que hablaba—. ¿Nero Carbone? ¿El tuerto?

—El mismo.

Se escucharon risotadas.

—Pedazo de cabrón, lo conocí en los tiempos del Libanés.

—Buenos tiempos, sí, señor —intervino De Moro—. Ahora, si me disculpan, caballeros, se me había olvidado que tengo que hacer una llamada. Quedan en buena compañía, señores.

De Moro se quitó de encima a la puta que le sobaba entre las piernas, se abrochó la cremallera del pantalón y se metió en el despacho de Janseen.

—Buenas tardes, Forgioni, ¿cómo nos encontramos hoy de ánimos? Aquí en Ámsterdam llueve a cántaros. ¿Qué tal las cosas por casa?

Roberto permaneció petrificado por varios segundos. Su rostro se deformó en una mueca de rabia e indignación y apretó las manos en puños. Se levantó, atravesó la habitación en tres zancados y comenzó a golpear con rabia la pared.

—¡Hijo de puta! ¡Maldito hijo de puta! Mierda, mierda. ¡Hijo de puta! ¡Maldito miserable embustero!

Juan se apresuró a detenerlo.

—Hey, amigo. Tranquilo. ¿Qué te ocurre?

Roberto lo apartó de mala manera.

—No me toques, joder. No se te ocurra tocarme.

Ruano alzó las manos.

—Está bien, pero relájate. Vamos a sentarnos y a seguir escuchando.

Roberto se llevó una mano a la cara, asintió y suspiró cansado.

—Mi jefe se está cansando, Nicola —habló De Moro con pesadez—. ¿Acaso te interesa que filtremos los vídeos de las orgías a la prensa? Imagina lo que diría tu pobre señora, tan elegante que es doña Mónica. Shu, shu, a mí no me amenace, señor fiscal del Estado. No está en posición. Siempre dices que en nada interfieres y que vas a ayudarnos, pero seguimos teniendo los mismos problemas de siempre. Carbone quiere vía libre, habla con Romano. No, en eso te equivocas, eres una pieza clave en toda esta trama. No te subestimes, amigo.

Roberto le hizo una señal a Juan y abandonó el despacho como alma que lleva el diablo. Ya escucharía la conversación más adelante, ahora necesita un desahogo físico o terminaría derribando la puta pared de la oficina para molerlos a golpes.

Michela esperaba impaciente la llegada de su madre frente a la puerta del pequeño restaurante, Tramonti e Muffati de la vía Santa Maria Ausiliatrice, y caminaba de un lado a otro, con la barbilla hundida en la bufanda, las manos en los bolsillos de su abrigo y pegando brinquitos para entrar en calor. Ya se notaba el frío de finales de noviembre. Con la Navidad a la vuelta de la esquina, las luces y la decoración típica de estas fechas que adornaban cada rincón de la ciudad. La joven dibujó una sonrisa alegre cuando descubrió a su madre doblando la esquina. Alzó una mano para saludarla y se fundieron en un caluroso abrazo cuando Carmen llegó hasta el lugar en el que aguardaba Michela.

—¿Qué desean tomar las señoras?

Michela alzó la vista de la carta y miró a su madre en actitud

interrogante.

—¿Qué vino te apetece, mamá?

—Le volte, dell' Ornellaia.

—Excelente elección, señora, ahora mismo lo servimos. ¿Con qué desean acompañarlo?

—Michela...

—A ver —le echó una hojeada rápida a la carta—, *crostone con battuta di olive, carpaccio di zucchine romanesche y pallote a cacio e uova.* Todo para compartir. *Molte grazie.*

—*Grazie mille, signorina.*

El camarero se alejó.

—Estás preciosa, cariño —comentó Carmen y se apresuró a sacarse los guantes y el abrigo—. En serio te lo digo, creo que jamás te había visto así... Tan —y agitó las manos en busca de inspiración — resplandeciente.

Michela se inclinó sobre la mesa y susurró con voz alegre.

—Es el amor, mamá.

Carmen Ruano se echó a reír.

— ¿Amor...? ¿Por Lukas? ¿Os reconciliasteis al fin?

Michela negó con la cabeza y jugueteó con sus cubiertos.

—No, ¡qué va! Con Lukas todo se acabó. Hoy mismo he hablado con él —se acarició la barbilla y meditó en voz alta—, aunque lo encontré tan cambiado, mamá.

Carmen se colocó la servilleta de tela sobre los muslos y juntó las manos sobre la mesa. —Ese chico te quería muchísimo. Debe estar destrozado.

—Sí, eso creía yo, pero hoy ha sido diferente, de verdad que no creo que esté así por mi causa. De todas formas, no tengo derecho a preguntarle, tampoco me atrevo después de lo que pasó.

—¿Y qué fue lo que pasó? Hija, de verdad, todo lo hablas a medias. No me entero de nada.

—Está bien, te lo cuento, aunque la historia es larga.

—Tenemos toda la noche.

Cuando les sirvieron los postres, un *mousse* de chocolate para Carmen y un suave tiramisú, que Michela no deseaba que se terminara jamás, Carmen Ruano no salía de su asombro. —¿Y pretendes que procese todo lo que acabas de contarme en una hora?

—Quiero que conozcas a Roberto —manifestó Michela con entusiasmo y saboreó con deleite la última cucharilla de su postre.

Carmen movió la cabeza de arriba abajo.

—Estoy deseando conocerlo, créeme. Si te apetece, pide otro. —Las dos se echaron a reír.

—Estoy alucinada, hija. Se te ve radiante...

Carmen hundió la cuchara en la *mousse* y miró a su hija de reojo.

—¿Pero...? —añadió Michela con media sonrisa.

La mujer se limpió los labios con la servilleta y la colocó doblada sobre la mesa.

—No he dicho nada.

La joven alzó una ceja y meneó la cuchara en el aire.

—Ay, mamá, no hace falta, llevas un enorme «pero» impreso en la cara.

Carmen se humedeció los labios.

—Esa profesión que tiene y esos modos que me cuentas —comenzó la mujer con precaución—, se le ve muy autoritario, ¿no terminará ahogándote, hija? En una relación uno tiene que ser libre, esa es la base de todo.

—Ese es el tema, mamá. —Michela apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y su madre colocó las manos sobre ellas—. Por fin soy libre, nunca he sido más libre. Con él soy yo. No hay artificios ni máscaras. —Apretó las manos de su madre—. Puedo expresarle cualquier cosa que se me pase por la cabeza, lo más disparatada, lo más tonta, sin temor a que me juzgue o me considere medio loca. Él me comprende como nadie lo ha hecho hasta ahora. Nos complementamos, ¿entiendes? En lo que importa somos iguales y pensamos igual.

Carmen sonreía.

—Eso es maravilloso, adoro oírte hablar así, con pasión y contundencia. Finalmente eso es el amor, pasión, locura y disparate, aunque también hay que tener cabeza y comprender que de amor no se vive, que hay un día a día y problemas, y más adelante puede haber hijos. La educación y la forma de criar a los hijos pueden suponer una dura prueba para una pareja. Ay, hija, yo solo deseo que seas feliz y que vivas tranquila.

—Soy feliz, de veras, mamá. Roberto quiere tener hijos y yo también. Solo que para mí es necesario esperar un poco más y disfrutar de nuestra relación de dos. Si fuera por él nos casaríamos mañana mismo y nos dedicaríamos a procrear como enajenados.

Carmen se cubrió la boca con la servilleta y abrió mucho los ojos.

—Ay, por Dios, ¡Michela! Hay cosas que una madre no necesita saber. ¡Qué hombre tan apasionado tu Roberto!

Michela resopló y se echó hacia atrás en la silla.

—No te haces una ligera idea.

16

—El papa dimite.

—Me estás tomando el pelo —fingió sorprenderse Roberto que ya estaba al tanto del anuncio de la dimisión. Un suceso histórico sin precedentes que traería cola.

Pastriani se hallaba moralmente hundido cuando había puesto un pie en la casa del que había considerado durante diez años un gran amigo, su confidente. Ese hombre había sido casi como un padre para él. Necesitó tomar una honda inspiración momentos antes de presionar el timbre en el umbral de la vivienda.

—No, van en serio. Me enteré anoche. El IOR le debe estar dando demasiados quebraderos de cabeza a Su Santidad, supongo. —Forgioni hacía referencia al Banco del Vaticano: Il Istituto per le Opere di Religione.

Tras volver de la capital holandesa, Roberto se había fijado una meta obsesiva: ver entre rejas a los responsables de lo que habían denominado meses atrás «Operación Roma Criminal». Juan, Macrì y él mismo no habían salido del despacho del juez durante días, ya que analizaban con minuciosidad las conversaciones que habían grabado en el despacho de Janseen. Se dedicaron a cotejar los nuevos datos con las pruebas de que disponían, elaborando mapas, esquemas, uniendo las piezas de ese puzle geodelictivo que desde Calabria extendía sus tentáculos a Roma pudriéndolo todo a su paso. Necesitaban de una intervención milimétrica, además de mantener toda su actuación en absoluto secreto.

Fueron interrumpidos al tercer día por una bomba que haría caer los enclenques cimientos en los que se sostenía el desahuciado Ayuntamiento de la capital. Aldo Pecorelli y Pietro Santini, los

únicos agentes encubiertos que todavía mantenía en el Reggio, se habían dedicado a seguir durante días un vehículo en el que viajaban dos sicarios asociados a los Barreta. Los *carabinieri* tenían la fuerte sospecha de que llevaban encima varios kilos de cocaína que habían entrado al país por el muelle de Gioa Tauro. Cuando los narcos se dieron cuenta de la persecución, se habían liado a tiros contra el coche de la policía. El altercado se había saldado con dos muertos, Pietro y uno de los sicarios. Roberto se había presentado sin dilación en la escena del crimen, en un barrio marginal al sur de Roma.

—Aldo, ¿estás bien?

El hombre se aproximó a su encuentro. La policía criminal trabajaba en la distancia en los cuerpos, tomaban fotos e interrogaban a los testigos.

—¡*Tenente*! Yo sí, ni un rasguño, pero le dieron en la cara a Pietro... ¡Joder!

Roberto sujetó al policía por la nuca y pegó su frente a la del hombre, que se contenía mordiéndose la mano para no echarse a llorar.

—Tienen los días contados, Cobra —le juró Pastriani en un susurro vehemente—. Tienen los putos días contados.

—Sí, pero que estén entre rejas no me devolverá a mi amigo.

Roberto le tomó el rostro entre las manos.

—Aldo, vivimos con ese riesgo.

Uno de los agentes encargados de la investigación de la escena del crimen se personó antes ellos y lo saludó formalmente.

—No se va a creer lo que acabo de averiguar, *tenente*.

Aldo partió para que lo atendieran y le tomaran declaración.

—Ilústrame.

—Mire a quién pertenece el vehículo.

Pastriani no se podía creer que el vehículo, un Mercedes clase E de reciente matriculación, formara parte de la flota privada de Giovanni Strazzo, el primer consejero del Ayuntamiento de Roma.

—Que los de criminalista se lleven ya mismo el coche para el laboratorio.

Acto seguido agarró su móvil y efectuó una llamada.

—Su señoría.

—Dime, Bracco —respondió por la otra línea Vincenzo Macrì.

—Necesito que expida una orden judicial para proceder al arresto de Romano y Strazzo. Acabo de incautar un vehículo de Strazzo conducido por dos sicarios de Barreta que venían de Calabria con diez kilos de cocaína pura encima. Necesito conseguir

todos sus jodidos extractos bancarios, los inmuebles que estén a su nombre o a nombre de sus hijos, mujeres o del jodido perro.

Roberto casi podía ver la ancha sonrisa que se dibujaría en la cara del juez antimafia.

—Siento deseos de echarme a cantar, y lo que me pides me llevará un par de días.

De eso hacía tres días y ahora el maldito Mercedes había desaparecido del laboratorio de pruebas. Un jodido vehículo había volado sin que nadie hubiera visto nada. Roberto apretó imperceptiblemente los dedos sobre los brazos del sillón y contempló el rostro tan familiar de Nicola. En realidad, tomar la decisión de refundir en la cárcel al fiscal antimafia no le había llevado más de medio minuto. Le pesaba la traición, las confidencias de años. La falta de moral y escrúpulos de aquel que había jurado servir a la justicia. Con una mueca de fastidio, se rio de sí mismo y de sus elevados ideales. Después de todo lo que había visto, ¿por qué seguía sorprendiéndole la iniquidad humana?

«Porque conoces a ese hombre desde los veinte años», se había dicho dolido, enfurecido, segundos antes de presionar el timbre de la puerta. Creías en él y en el compromiso firme de su lucha. Sacudió la cabeza.

Se había despedido poco antes de Michela. La había estado observando mientras ella lo despedía con la mano en alto y esa sonrisa relajada y serena, ajena a la mierda que infestaba, habitaba y enfangaba las raíces de un mundo que ella consideraba civilizado.

Tras asegurarse de que Michela entraba en el hospital y que allí seguiría las próximas doce horas, se había dirigido hasta la vía Marco Aurelio en el *Coliseum*, donde tenía su residencia familiar Nicola Forgioni. Lo habían recibido con el cálido afecto que otorgan los años de amistad con la familia, su esposa, Mónica Ferruci, y uno de sus hijos mayores. Tras un breve intercambio de saludos, le habían ofrecido quedarse a cenar con ellos y los nietos del matrimonio que estaban de visita. Roberto había rechazado la invitación con una agradable sonrisa. Se había negado también a que Mónica lo acompañara hasta el despacho. Sabía dónde quedaba. Sería la última vez que lo visitaría.

—Sí, y toda la sarta de chupacirios controladores que tiene alrededor. *Urbi et orbi* — citó Roberto en un tono plano—. Nicola, ¿qué sabes de Harald&Bollmain y qué relación guarda con Propaganda Due?

—Que sería mejor que no indagaras en eso.

—Te he preguntado qué sabes. No necesito de tus consejitos

baratos.

Forgioni se enderezó ligeramente, interrogándole sin palabras por la frialdad con la que se había expresado. Se envaró en su sillón y lo observó con una mirada perpleja.

—Propaganda Due fue una logia masónica ilegal. Salió a la luz gracias a las confesiones de Michele Sindona tras la crisis del Banco Ambrosino. Todo ese turbio asunto llevó al presunto suicidio de Roberto Calvi en Londres. Y creo que Harald&Bollmain es un despacho de abogados que tiene su sede en Ámsterdam.

—Dime algo que no sepa. Sí, menudo suicidio chapucero con varios ladrillos adornando el interior de sus bolsillos y unos quince de los grandes en efectivo de diferentes divisas. Vamos, hombre, no te muestres tímido ahora. No es eso lo que te estoy preguntando.

—¿Y qué es lo que me estás preguntando?

—Conoces a Arjen Janseen y has hablado con él.

—Eso no es una pregunta.

—¿Necesito hacerla?

—Roberto, estás sumergiéndote en aguas pantanosas...

—Hablemos claro, Forgioni. —«¿Son cosas mías o el hijoputa ha empalidecido de golpe?»—. Te propongo una adivinanza. A ver si me puedes iluminar y ayudarme a desvelar tanto misterio. Y explícame, porque tal vez a mí se me escapa, ¿qué tienen en común un reputado abogado que lleva asuntos financieros de la mismísima Beatriz de Holanda, el director del Abn Amro, un empresario millonario israelí con dudoso patrimonio, los hermanos Vargas recién arribados de Medellín y nuestro querido Guiseppe De Moro reunidos todos en amistosa connivencia? Te informo que mientras ocurría tal feliz reencuentro, yo estaba en el despacho de al lado, grabando y escuchando cada absurdo detallito. Estuve la semana pasada por allá. Lamento no haberte puesto al día de mis asuntos, ¡qué imperdonable desliz! Por cierto, esta vez sí conseguí una autorización para grabarlo todo. ¡Afortunado que soy! Como no pudiste reunirte con tus amiguitos te cuento que tomaron cafés y unos deliciosos pastelitos de una conocida cafetería de la zona. Alguno se echó una raya de coca para animar un poco la fiesta y porque tenían allí mismo a los máximos exportadores de cocaína del planeta. No les iban a hacer el feo, ¿verdad? Ya sabes cómo terminan estas cosas. Unas cuantas putas fue el colofón final. Lo dice el refrán, no hay tratos sin putas. El asunto se fue animando y comentaron acerca de la desaparecida P-2, de varios negocios interesantes que tenían entre manos en Camboya y, ¿cuál fue mi sorpresa cuando De Moro decidió realizar una llamada

internacional? Tenías que ver mi cara de gilipollas cuando atendiste al segundo timbrazo. Y sí, charlaste con nuestro querido amigo acerca de esos sucios asuntillos que mantiene en Roma con Carbone y el primer consejero del Ayuntamiento de Roma, al que, según tengo entendido, conoces de forma bastante personal. De una orgía ni más ni menos. Menudo pícaro estás hecho, fiscal. Se abordaron muchas cuestiones interesantes: las subcontratas millonarias con los servicios de recogidas de basuras, el pago de nóminas a los políticos y funcionarios del ayuntamiento que los Barreta (a través de De Moro) gestionan. Charlaron, largo y tendido, sobre la red de tráfico ilegal de personas que dirige Carbone, gracias a las elevadas tasas de inmigrantes que nos llegan en oleadas. Por supuesto, auspiciado y apoyado, como no podía ser de otra manera, por nuestro omnipresente Salvatore Barreta. Y allí, en primera plana, haciéndote eco de todo: tú.

Forgioni se echó hacia delante y se frotó la cara con las manos.

—Tienen a Vera.

Roberto apretó imperceptiblemente los puños sobre el reposabrazos. Ese fue el único gesto superficial que delató el estado de ánimo turbulento que lo atormentaba.

—¿Quién tiene a Vera?

—Vera se ha metido con De Moro. Se conocieron en *Le Pieper* a finales del año pasado. Entre otras cosas es su camello. Me hicieron presenciar una orgía con mi hija y el maldito primer consejero del Ayuntamiento de Roma, Strazzo. No te pienses que participé en esa mierda. De ahí la broma pesada que le escuchaste a De Moro. Maldito hijo de perra. Te puedo asegurar que no es agradable para un padre ver algo así. Quiero dejarte claro que no he hecho nada que pueda perjudicarte, tampoco a la unidad. Nada. Me he limitado a...

—Joder, todas las pesquisas que he seguido —finalizó Roberto por él y perforó al fiscal con una mirada despectiva y penetrante—, lo imagino. Tuviste que ver con la negación que obtuve en Holanda y que me jodió toda la investigación del dinero que venía siguiendo desde Galicia.

—Permíteme que te recuerde que nadie te jodió nada porque te hiciste con la información que buscabas.

—Y que no sirvió de una puta mierda.

—No, Roberto, no fui yo. Te repito que no te he perjudicado directamente en nada. Me he limitado a permanecer ciego, sordo y mudo.

—Eres una mierda, Forgioni. Confiaba en ti. Joder, eres el jodido

fiscal antimafia. Y estás detrás de toda la basura de esta ciudad.

Nicola golpeó con un puño el reposabrazos del sillón.

—¡No estoy detrás de nada! ¡Carajo! Yo también quiero a De Moro fuera del juego. Me tiene las pelotas por el piso. Detesto a Salvatore Barreta con toda mi alma y más que nada quiero sacar a mi hija del país. Me están chantajeando con ella. También me han estado enviando vídeos de ella... —llegados a este punto perdió firmeza en la voz, se echó hacia atrás en el sillón y se llevó las manos a la cabeza— con varios políticos. Es mi hija, ¡maldita sea, entiéndeme! No puedo dejar que la perjudiquen de esa manera.

Roberto no había movido un solo músculo y se mantenía tranquilamente sentado en su sillón con las piernas cruzadas y la mirada sobre el fiscal.

—Sí, y tampoco puedes permitir que se asocie el apellido de tu familia con la 'ndrangheta.

¿Y desde cuándo lo sabes y no dices nada?

—No te sigo.

—No me tomes el pelo, hijo de puta. Fue en el Ritz cuando se te escapó lo que sabías. Y yo en ese momento no caí. Me relajé porque hablaba contigo. Me dijiste: «No se trata de la banda de la Magliana, Roberto, ándate con ojo, es la 'ndrangheta», ¿lo recuerdas? «Los molestas y te vuelan. *Mi caspice*». Esas fueran tus palabras. Y vaya que sí sabías de lo que hablabas. Estabas al tanto de los tratos de De Moro con el alcalde y de que Barreta controlaba todo desde su mansión en San Luca. Incluso repetiste las palabras de Nero Carbone. Me sorprendió oírle pronunciar a De Moro esas mismas palabras que te había escuchado aquella madrugada en tu habitación del Ritz. «Roma es como una tierra media, donde los orcos campan a sus anchas». No eres más que una basura —expresó de forma desdeñosa y cruel—. Y por supuesto, que te jode que asocien el nombre de tu hija con los Barreta. Le sentaría un poco mal a tu reputación de fiscal intachable. No lo disfraces con una preocupación paternal por el bienestar de tu hija. ¿Y qué me dices del coche en el que viajaban los sicarios de Barreta? ¡Se cargaron a unos de mis hombres! Has debido enterarte, salió en toda la prensa nacional. Era uno de los coches particulares del maldito Strazzo, que por obra y gracia de Dios voló del panorama cuando me lo traían para extraer muestras.

—Eso tampoco fue asunto mío.

Roberto se lanzó a por el fiscal y lo agarró por el cuello de la camisa, alzándolo. Nariz contra nariz.

—¡Una mierda! Pietro Santini se dejó la vida para pillar a

basuras como tú —tronó furibundo—. No eres más que un bastardo mentiroso.

—No te estoy mintiendo, lo juro. No te estoy mintiendo.

—De acuerdo, supongamos que me trago que tú no tienes nada que ver. Entonces, ¡quién!

Necesitaba sonsacarle que sabía que Lorenzo Pavianti estaba detrás de todo, de las desapariciones de pruebas y de los tratos con Carbone. Ya tenía pruebas suficientes contra el coronel del Arma, pero el testimonio del fiscal le vendría de perlas. Ya luego que se mataran entre ellos si les daba la gana.

—No tengo idea. ¿Te crees que me van a mantener informado de lo que planean, de quién los secunda desde las altas esferas? Se limitan a «aconsejarme» que mantenga las manos y los oídos lejos de sus intereses.

Roberto lo empujó y el fiscal cayó desmadejado sobre el asiento.

—Basura...

—Sí, lo soy. Nunca he tenido tus pelotas.

Roberto se ajustó los puños de la chaqueta.

—Te entregas tú o lo haré yo. Vendré y te arrestaré con toda la pompa. Tú eliges.

—Joder, dimitiré.

—Dimitir es lo que tenías que haber hecho desde el principio. Ahora no sé qué has contado ni con quién estás asociado. —Roberto le dedicó una sonrisa sesgada de labios apretados—. ¿Quién te lo iba a decir? Te vas a convertir en un jodido *pentito* de la mafia. Y para que conste, no te creo una palabra.

—No estoy en tratos con nadie, me llaman y me chantajean con los vídeos de Vera, con filtrarlos por Internet, con joderme la carrera.

—La carrera te las ha jodido tú solito.

Nicola Forgioni se derrumbó y echó a llorar como un bebé. Con las manos se cubría la cara y se balanceaba en el borde del sillón.

—Ya lo sé y lo siento. Sobre todo perder tu amistad. Estoy solo. Eres el único amigo que tenía.

—Vete a la mierda con tu falso arrepentimiento. No te jodía vender a tus amigos para mantener sus sucios secretos. Te fastidia ahora perderlo todo. —Roberto caminó hasta la puerta—. Ya sabes lo que tienes que hacer. Adiós.

Y sin mirar atrás, con una bola aplastándole el estómago, abandonó el despacho del fiscal antimafia. Él también echaría de menos al que había considerado un amigo durante tantos años.

Francesca daba vueltas y más vueltas a su teléfono entre las manos. Dudaba. ¿Había hecho bien al llamar a Juan y pedirle que se reunieran? ¿Qué demonios le iba a decir? Tampoco es que tuviera nada claro eso de mantener una relación a distancia. Ninguno de los dos quería renunciar a su hogar. ¿Cómo lo harían?

—Hola, Rizos.

Francesca pegó un brinco en su asiento. No lo había visto venir, tampoco lo había oído acercarse. Se quedó mirándolo durante un instante, desconcertada y molesta por el saludo. —Lo haces a propósito, ¿verdad?

Ruano perfiló una sonrisa socarrona y se encogió de hombros. Tomó asiento frente a la joven y se la quedó mirando.

—¿Qué tal todo? —le preguntó ella recolocando por décima vez su bolso sobre el asiento. Juan apoyó los codos sobre la mesa y sonrió.

—Si te refieres al trabajo, bastante jodido. Yo, en cambio, me siento muy feliz desde que me llamaste para quedar y hablar. Estás preciosa. ¿Y tú, cómo estás?

Francesca tragó saliva.

—Si te refieres al trabajo, lo llevo muy bien. Yo, en cambio, estoy bastante jodida desde que decidí llamarte para quedar y hablar.

—¿Y por qué te sientes tan jodida?

—Me has desbaratado los planes, Juan, y soy una chica muy organizada.

—Permíteme discrepar. No te he desbaratado absolutamente nada. Te he dejado siempre a tu aire. A saber qué te habrás montado en esa cabecita loca.

La joven se inclinó hacia adelante y le habló bajito, muy angustiada.

—¿Ya te cansaste de mí?

Juan imitó la postura de ella y el tono de su voz al responderle.

—Jamás me cansaría de ti. Estoy loco por ti, por si no te había quedado claro antes.

Francesca se envaró, se dedicó a mirarlo con recelo, tomó su bebida y sorbió un poco de su refresco. Dejó otra vez el vaso sobre la mesa. Le aliviaba su respuesta mucho más de lo que se atrevía a dejarle ver. La emocionaba su sinceridad. Más que eso, haberle oído decir que estaba loco por ella le había hecho saltar el corazón dentro del pecho, aunque también temía las consecuencias que traería esa confesión.

—¿Cómo puedes expresarlo así, tan a la ligera?

Juan se rascó la barbilla y fijó una mirada de ojos entrecerrados en ella.

—Francesca, ¿qué es lo que quieres? —inquirió amargado. Francesca mantenía una actitud hermética que lo sacaba de sus casillas. No parecía querer ir a ninguna parte. Toda la emoción que había experimentado desde la noche anterior cuando ella lo había llamado para verse se iba al garete.

—Yo también estoy loca por ti, imbécil, pero tengo dudas. Me atormento imaginando yo qué sé... mil cosas.

Juan miró al frente, no a ella.

—Si tienes dudas, entonces no sentimos lo mismo.

Francesca golpeó la mesa con la mano, se echó hacia atrás en su asiento y se largó a llorar. —Te quiero, ¿vale? ¡Te quiero muchísimo! ¿Estás satisfecho ahora? —le confesó con lágrimas en los ojos—. Te he querido siempre, maldito cabezota. Discúlpame por no tener las ideas tan absolutamente claras en mi cabeza —expresó con ironía y se restregó las lágrimas—. Es solo que no me gusta la idea de no verte cada día. Me asusta terminar conformándome con una relación a medias, vía teléfono. Me aterra la idea de vivir en un jodido aeropuerto con un pie en mi casa y otro en la tuya. ¿Y si me quedo embarazada? Además —y no lo miró cuando le dijo—, yo sí que soy celosa. No debería, pero lo soy. —Se sorbió los mocos y se encogió de hombros—. No es algo que pueda controlar.

Juan se obligó a mantener una expresión serena. Deseaba arrancarla de esa silla, sentarla sobre su regazo y comérsela a besos, sin embargo, no quería dejarle ver lo que esas palabras le habían provocado. Aún no.

—Francesca —pronunció en un tono calmo—, eres la única mujer con la que he mantenido relaciones sexuales. Creo, y estoy en condiciones de afirmar, que no existe ningún motivo para que sientas celos. Para mí no hay otra más que tú, aunque suene ridículo y cursi.

Francesca se apresuró a intervenir y negó con la cabeza.

—No suena ridículo ni cursi y puedes decírmelo las veces que te dé la gana. Es lo más bonito que me han dicho jamás.

—No te lo digo para envanecerte, es lo que siento. Cariño, eres tú la que tienes que tomar una decisión al respecto. Yo tengo las ideas muy claras. Quiero estar contigo. Decide tú el dónde y el cómo. No me importa dejarme el sueldo en billetes de avión hasta que resolvamos dónde vamos a vivir. —Se pasó la mano por la cresta y se echó a reír—. Total, tampoco tengo muchos gastos. Soy

un hombre de gustos sencillos.

Francesca alzó una ceja y arqueó la boca en una sonrisilla pícara.

—¿Me estás llamando *sencilla*?

—Tú eres lo opuesto a sencillo, Francesca Biliardi —le dijo muy serio dedicándole una mirada ardiente.

Francesca se rebulló en la silla y rio complacida.

—Quizás —tanteó mordisqueándose los labios— pueda pasar una temporada en Madrid. No me desagrada esa ciudad. Aunque la idea de no ver nunca el mar me deprime horrores.

—Siempre puedo solicitar un traslado a alguna ciudad con mar. Tardaré en obtenerlo, pero creo que no habría ningún problema. ¿Dónde te gustaría vivir?

A Francesca le brillaron los ojos.

—Adoro Barcelona.

—Y tenía que salir esa dichosa ciudad. Mira que España es grande...

Francesca abrió mucho los ojos y alzó las manos.

—¿Qué?

—Joder que soy merengue.

—¿Eres qué? —Se la veía tan contrariada que Juan tuvo que apretar fuerte los labios para no estallar en carcajadas—. Creía que eras madrileño.

—Pues eso. —Sacudió las manos—. Nada, déjalo. Cosas del fútbol. Me acostumbraré a los jodidos culés.

—¿Estamos manteniendo la conversación más trascendental de nuestra vida y me sales con temas de fútbol?

Juan arrastró la silla, se colocó delante de Francesca, la sujetó por la nuca y, como se veía incapaz de seguir manteniendo el control, la besó de lleno en la boca.

—Bromeaba —musitó con la respiración entrecortada, un tiempo después. Francesca seguía con los ojos cerrados y ronroneó por toda respuesta.

—Entonces, Francesca Biliardi —le susurró contemplándola embobado—, ¿me aceptas para amarme y transitar por los aeropuertos de medio mundo y viajar de manera incansable de un lado a otro hasta que decidamos formar nuestro hogar, donde sea que este se encuentre, y más adelante aceptarás dejar de lado todo ese ajetreo para llevar una vida sosegada juntos y tener hijos, un perro, cuatro gatos o lo que te dé la gana hasta que el tiempo nos desgaste y la vida diga basta?

—Oh, Juan, ¡qué hermoso! No sabía que albergabas un alma de

poeta. —La joven que reía y temblaba de pies a cabeza se había vuelto a emocionar. Brincó de su silla y saltó a los brazos del español que la recibió encantado y le propinó un sonoro beso en la boca.

—Todavía hay muchas cosas que desconoces de mí.

—Quiero averiguarlo todo. Mi hogar está contigo —le dijo ella con los labios pegados a su boca—. Sí, sí, sí. Acepto, acepto, mil veces acepto. Te quiero, Juan, te quiero mucho.

Marco Stamile contemplaba con un ceño de preocupación a Teresa que, arrodillada frente a él, se ajustaba los pantalones y se terminaba de abotonar la camisa. Aunque se sentía liberado y absurdamente esperanzado después de la conversación que había mantenido con Roberto, hasta que no lograra sacarlos de Italia, no hallaría sosiego. Contaba con el beneplácito de su teniente, que era de lo único que en verdad precisaba. Pastriani incluso se había ofrecido a echarle una mano para abandonar el país. Marco había trazado un plan. Todo debía desarrollarse como si estuviera ante un enorme tablero de ajedrez. Su misión debía ser adelantarse a los movimientos de sus enemigos. Era perentorio planificar todos sus posibles escenarios antes de que se produjeran. Una vez que abandonaran el país, no podría bajar la guardia nunca.

—Tengo una fecha, amor mío.

La había citado esa tarde, y una última vez, en su lugar secreto. Una finca abandonada que la Guarda di Finanza había expropiado del clan de los Anzara y tenían en fideicomiso en Presinaci, cerca de Rombiolo.

Teresa se quedó congelada y asintió con un gesto rápido de la cabeza. Las manos comenzaron a temblequearle al intentar pasar el botón a través del ojal. Marco se adelantó, le tomó las manos entre las suyas, se las besó y apartó con delicadeza y le abrochó el último botón.

—¿Estás preparada?

La joven elevó la cabeza y fijó sus ojos negros en los castaños de Stamile. Una angustia profunda velaba sus pupilas luminosas.

—Lo estoy. No me malinterpretes, por favor, amor mío, si tiemblo no es porque dude, es porque...

—Tienes miedo —finalizó por ella, y la rodeó con sus brazos y le besó los labios con suavidad—. Es normal sentir miedo. Sabes que

te protegeré a ti y a mi hijo con mi vida. Sabes que saldremos bien de esta. Cuando seamos dos viejos chochos nos carcajearemos de toda esta angustia.

—No creo que pueda ser capaz de reírme de esto, jamás. Pero deseo llegar a ser una anciana achacosa a tu lado.

—La anciana más hermosa. Quiero que esta noche formes un petate con lo básico. No se te ocurra hacer nada diferente a lo que siempre haces en casa. Nada de falsas despedidas. Tampoco quiero te lleves nada de valor, ni fotografías. Ningún recuerdo. Empiezas de cero.

Ella tragaba saliva y asentía con el gesto demudado.

—Al principio viviremos como prófugos. Jamás dirás tu nombre a nadie, tampoco podrás trabar amistades. Nos moveremos de un sitio a otro, de un país a otro. Hazte a la idea de que has cometido un crimen y te persigue la mejor policía del mundo. Porque eso son ellos. La jodida mejor policía del mundo. Además, nunca archivarán nuestro caso. Estaremos siempre en su memoria como un cabo suelto, la deshonra de la familia. Probablemente te harán llegar algún mensaje, estallará una guerra por el matrimonio que te habían concertado. Pero tú ahora no eres de ellos, eres mía y de mi hijo. Ellos ya no importan. No son más parte de tu familia. Tu familia somos nosotros.

Teresa se había echado a llorar cubriéndose la boca con una mano.

—Si no estás segura, es tiempo ahora de que lo digas.

La mujer se lanzó a sus brazos.

—Te amo y quiero formar una familia contigo —le expresó con vehemencia—. No quiero vivir aquí. No soy como ellos. Detesto esta vida de encierro, de temor constante.

—Amor mío, no creo que en mucho tiempo conozcamos otra cosa que no sea el temor de ser descubiertos.

—No me importa, estaré lejos de aquí. De este ambiente opresivo y siniestro que me ahoga. Vivo una muerte lenta. No me importará morir de una vida real a tu lado.

Una ráfaga de proyectiles rugió contra las ventanas del salón donde la pareja había permanecido todo el tiempo arrodillada y les cayó encima como una lluvia de acero. Marco no tuvo tiempo de cubrirla. Tampoco fue consciente de morir.

—*Tenente*.

Pastriani levantó la cabeza de la tonga de papeles que inundaba

su despacho en las oficinas del Talamo y fijó la mirada en el suboficial que, desde la mesa situada frente a la suya, sostenía un teléfono contra su hombro. Los hombres se olían que algo ocurría, percibían su humor de mil diablos y se habían dedicado a andar con pies de plomo a su alrededor.

—Una llamada para usted, señor. ¿Le comunico?

—¿De quién?

—Es urgente, no me ha dicho.

Roberto agarró el aparato y lo colocó en su oreja.

—Al habla Bracconiere.

—Señor...

La voz inexpresiva de Aldo Pecorelli le puso los pelos de punta.

—Habla.

—El Mago ha muerto. Acribillado en una finca abandonada cerca de Rombiolo. Lo han descubierto dos agentes de la Guarda di Finanza. Me acaban de informar. Estaba con esa mujer, la tal Teresa, la mujer también está muerta. Siento comunicárselo de esta manera. Estoy deshecho, señor.

Roberto encerró el auricular entre los dedos y lo apretó. Maldijo por lo bajo. Cerró los ojos. Y así quedó, devastado por el dolor y la pena. No supo cuánto tiempo estuvo así. Hasta que los reclamos del mariscal al otro lado de la línea lo devolvieron a la realidad, arrancándolo de la espiral de rabia e impotencia que le había nublado el cerebro. Volvió en sí.

—Discúlpame, Cobra —expresó en un tono bajo cuando consiguió articular palabra—. Tómate unos días.

—No los necesito, señor. Ahora más que nunca quiero ir a por esos hijos de puta.

—Van a pagar por su muerte —pronunció con la voz estrangulada por la emoción y la ira—. Te juro por la memoria de Marco y de Pietro que lo harán.

—Sí, señor. Lo harán.

Salvatore Barreta comprendía que ordenar a su hombre de confianza asesinar a la única hija de su hermano Luigi le iba a acarrear consecuencias. Por más que se tratara de una sagrada cuestión de honor, Luigi no aceptaría ningún razonamiento al respecto y no lo perdonaría porque no había tomado en cuenta formar una reunión del Consejo para afrontar tal decisión. Una vez que Pavianti le hubo confiado que había un agente infiltrado entre sus *picciotti*, decidió tomar cartas en el asunto. Ni aun Antonio, que

siempre secundaba sus planes más disparatados, le había perdonado haber tomado de forma unilateral tal drástica decisión. No le dirigía la palabra. Mucho menos lo haría Luigi cuando descubriera la verdad, sin embargo, no se arrepentía de su decisión, ¿cómo podría? Nunca había podido soportar la traición. Esa niña absurda pensaba fugarse con un jodido *sbirro*. Un maldito agente encubierto del *ROS*, un tal Marco Stamile que él conocía bajo el nombre de Luccio. No podía permitir la deshonra que eso les acarrearía. Perdería poder frente a las demás familias que, ansiosas por tomar su lugar, lo interpretarían como una señal de debilidad.

Se ajustó el cuello de la camisa frente al espejo y abandonó el dormitorio que desde hacía más de veinte años compartía con su esposa, Nazarena, para dirigirse hasta la planta baja de la casa, a la sala donde velaban el cuerpo de su sobrina. Sus hijos mayores, Salvatore y Tony, se situaron detrás. Su esposa, de luto riguroso, consolaba a la afligida mujer de su hermano, que no había parado de llorar desde la mañana. Las mujeres lamentaban tan trágica pérdida y recelaban de sus esposos. Antonio Barreta, desde el interior del salón, alzó la cabeza cuando los vio trasponer las puertas de la sala. Sin saludarlo, desvió la vista y la fijó en el ataúd.

Luigi Barreta, completamente abatido, se había dejado caer sobre un sofá de la entrada y se dedicaba a engullir alcohol y lloriquear. Teresa había sido su ojito derecho. La niña de sus ojos. Salvatore, que no guardaba apego alguno hacia sus propios vástagos, lamentaba la debilidad de su hermano pequeño.

Detestaba los malditos funerales. ¡A santo de qué tanta monserga! Que lo enterraran a uno y ya. Odiaba toda esa patética parafernalia. El olor de las velas, el jodido féretro en mitad de su salón, las mujeres llorosas no hacían otra cosa que alterarle los nervios. Cuando consideró que había soportado suficiente, abandonó la habitación. Ordenó a sus hijos seguir velando el cuerpo de su prima. Él tenía otros asuntos que atender, pero no allí.

—Ha llegado un paquete para ti, querido. ¿Puedo entrar?

Nicola Forgioni levantó apenas la cabeza al escuchar la voz de su mujer a través de la puerta cerrada de su despacho. Se había pasado ahí todo el día desde que Roberto lo abandonó. No había probado una gota de alcohol. Qué curioso. Días atrás solo se sostenía cuando se echaba varios lingotazos de *whisky*. Lo suficiente

para abotagarlo, aunque sin permitirse caer en la inconciencia, y ahora que lo había perdido todo, que se encontraba a las puertas mismas del abismo, no se molestaba en procurar una maldita evasión a sus problemas.

—Déjalo ahí —le dijo con desánimo—, ya lo miraré.

Podía verla apoyándose contra la jamba de la puerta, acariciando la madera con expresión serena. Como había hecho cuando sus hijos eran pequeños y habían salido corriendo a encerrarse en sus dormitorios después de una reprimenda paterna.

—¿Estás bien, Nico? Me tienes muy preocupada.

—Tranquila —se forzó a utilizar una voz normal—, cosas del trabajo. Días muy difíciles, querida.

—De acuerdo, y aquí estoy para lo que quieras. Ya lo sabes.

Sí, lo sabía. Su pobre Mónica que se ufanaba en la peluquería hablando de la magistral carrera de su marido. Del ejemplo intachable que le daban a sus cuatro hijos. De las carreras que habían estudiado todos. ¡Dios Santo! ¿Qué haría cuando el asunto de Vera saliera a la luz? Se horrorizaba imaginando la cara con que Mónica lo miraría. Se sentiría engañada, no volvería a hablarle, lo dejaría. La conocía bien. Él había ido creando una burbuja de mentiras en torno a ellos y a todo lo que ocurría con Vera. Su pobre Mónica. Lo lamentaba sinceramente por ella. La quería muchísimo. En todos esos años jamás le había sido infiel, ni aún con el pensamiento. Le había mentido en otras cosas, le había ocultado todo lo demás, pero su corazón siempre había pertenecido a esa mujer.

Se armó de valor y se levantó de la silla, tiempo después de que las pisadas de su mujer se perdieran por el pasillo de la casa. Abandonó su guarida y decidió ir a su despacho para dejar todos sus asuntos en orden antes de entregarse a la policía. No echó un vistazo al paquete que su mujer le había dejado en el suelo, al lado de la puerta. No se acordó de él.

Tomó su chaqueta cuando llegó a la puerta que daba a la calle y abandonó la casa sin despedirse de nadie.

Mónica arrugó el ceño al escuchar el golpe que dio la puerta al cerrarse, se levantó del sillón, dejó a un lado la novela que leía y caminó por el pasillo hasta el despacho de su marido. El paquete seguía en el suelo, en la misma posición en que ella lo había dejado. Se llevó una mano a la boca y dudó. Le había llamado la atención la nota que le habían entregado junto con la caja. «Con cariño, un amigo». Se había sentido inquieta. Nicola nunca le había dado motivos para sospechar. ¿Tendría una amante? Se acercó y lo

recogió del suelo. Le dio varias vueltas al bulto, lo zarandeó un poco y siguiendo un impulso que no pudo controlar, rompió el papel con el que venía envuelta la caja. Con dedos temblorosos y la tensión por atreverse a husmear en las cosas de su marido — jamás lo había hecho antes de ese día—, hizo a un lado la tapa. No pudo evitar una mirada de extrañeza ante el contenido del paquete. Era lo último que esperaba hallar. La caja contenía paja. Simple paja. Rebuscó y dio con algo metálico y pequeño. Sus dedos sacaron de la caja un casquillo de bala que había oculto entre la paja. Se llevó una mano a la garganta, dejó caer todo al suelo y se echó a correr hacia la puerta, vociferando, aterida de miedo.

Lamentaba haberle prometido a Michela una fiesta por todo lo alto para celebrar el cumpleaños de su mejor amiga. Roberto, con el rostro macilento, terminó de ajustarse la chaqueta delante del espejo del baño y escuchaba tararear a Michela en la habitación mientras se daba los últimos retoques. Si afinaba el oído podía escuchar incluso el eco de las risas de Tullio y Nora en la planta baja. Habían declinado la oferta de acompañarlos. Preferían cenar solos y dedicarse a ver alguna película en la televisión. Esos dos parecían estar viviendo su propia luna de miel. Descubrirlos haciéndose carantoñas cuando creían que nadie los veía lo había dejado pasmado y había logrado arrancarle una carcajada.

Algo doloroso por esos días.

Se agarró con fuerza a los lados del lavamanos, dejó caer la cabeza y cerró los ojos. Necesitaba poner su mejor cara esa noche a pesar de que se estaba rompiendo por dentro. La muerte de Marco lo atormentaba, se culpaba, también le pesaba el asesinato pocas horas atrás de Nicola Forgioni. Vivía ambas pérdidas igual que si hubiera sido él quien hubiera apretado el gatillo. ¡Maldita vida de mierda! Solo se había permitido un pequeño desahogo con Juan cuando se vieron esa tarde y le confió el asesinato de Forgioni. Acababan de comunicarle que habían encontrado el cuerpo del fiscal antimafia tirado en un badén, en una calle cercana a los edificios donde se encontraban sus oficinas. Le habían pegado un tiro en la frente y luego lo habían atropellado. El conductor se había dado a la fuga y el casquillo no había aparecido y, como ya venía siendo habitual, nadie había visto ni oído nada. La última imagen que tenía de Nicola encorvado sobre sí mismo llorando en el sofá de su despacho lo perseguía, lo acosaba. Le impedía disfrutar de ese momento y de la felicidad de aquellos que amaba. Juan y Francesca, Tullio y Nora. Él y Michela. «¡Oh, Michela!».

Ella, con esa tierna naturalidad que la caracterizaba, le había

hecho el mejor regalo que se pudiera imaginar. La noche anterior había aceptado por fin irse a vivir con él. Se lo había dicho de pasada, sin darle la debida importancia. Debería haber comenzado a sospechar al verla colocar sobre la repisa de la chimenea del dormitorio su vieja figura de porcelana de figuras entrelazadas. Recordaba que era aquella con la que la había visto dormir. Tendría que haber captado la señal, ya que no se había traído nada más de su piso. Solo eso.

«Siendo prácticos, creo que sería conveniente que me venga a vivir aquí», le había barbotado mientras se lavaba los dientes y las puntas de sus pies repiqueteaban con insistencia el suelo de mármol. Verla realizar ese gesto y conocer que lo hacía cada vez que se cepillaba los dientes le había sacado una pequeña sonrisa.

«Tu casa es mucho más cómoda y mil veces más grande que la mía, además, vives cerca de mi trabajo y estoy tan harta del maleta va y maleta viene... —Había alzado la mano agitando un dedo en el aire—. ¡Ah, y tienes *jacuzzi*! Eso siempre es un plus. ¿Tú cómo lo ves?».

Le había guiñado un ojo y esbozado una tímida sonrisa a través del espejo, con la boca llena de pasta de dientes.

¿Que qué pensaba él? ¡Niña tonta! La felicidad lo había desbordado. Se había sentido tentado incluso de pedirle matrimonio, ahí mismo, en el baño de su dormitorio, arrodillado sobre la alfombrilla de pelos, sosteniéndole el cepillo de dientes. Ya tenía el anillo, lo había adquirido semanas atrás. Lo tenía guardado bajo llave en el cajón de su mesilla de noche. En el último momento se abstuvo. No debía olvidar que con Michela debía ir despacio y con muuuucha calma para no asustarla. Le asombraba que hubiera partido de ella la idea de vivir juntos y que se lo hubiera expuesto de buenas a primeras. Siguiendo el tono casual de la conversación, le había devuelto una sonrisa, recordaba haber hecho un estúpido comentario sobre hablar con la boca llena de pasta y le había dicho que estaría encantado de compartir su cama para siempre con ella. Como no había podido disimular por más tiempo y durante esos días su ánimo se hallaba por el piso, aniquilado y con las emociones a flor de piel, se había lanzado a devorar su boca con ansias mal disimuladas. Con pasta de dientes y todo. No se molestó en limpiarla. Ella había notado su inquietud y lo había interrogado al respecto, pero él no se atrevía a contarle. No quería inquietarla. Temía su reacción y había guardado silencio.

Volvió al presente y tomó una honda inspiración antes de salir y apagar la luz del baño. Michela lo esperaba en la puerta

descansando el peso de su cuerpo de un pie a otro. Lucía resplandeciente esa noche. Literalmente. Toda ella brillaba. Su cabello lanzaba destellos con un nuevo peinado de suaves ondas que le caían con sensualidad sobre los hombros y su sonrisa de diosa casi mandó al traste su noble intención de salir en menos de dos minutos. Contempló extasiado y con ojos soñadores el traje que se había puesto esa noche: negro y de tirantes con lentejuelas, muy insinuante y que dejaba a la vista unas piernas sedosas que se veían kilométricas. Llevaba unos tacones de vértigo. Roberto había tenido que sofocar una risita cuando cayó en la cuenta de la primera vez que le había visto esos zapatos. ¿Cuánto tiempo había pasado desde aquel encuentro en el restaurante de la vía Portuense? ¿Solo dos meses? Ella llevaba tan poco tiempo en su vida en realidad. A pesar de eso, él lo vivía como si ya lo hubieran compartido todo. Michela se apoyaba con una mano indolente en el marco de madera y le dedicaba una mirada insinuante. Dobló la rodilla, permitiéndole una visión perfecta de uno de sus *stilletos* Salvatore Ferragamo y también aquello que ocultaba el vestidito: mucho encaje negro. A él se le dispararon las pulsaciones y se le hizo la boca agua. Tuvo que aclararse la garganta y desabrocharse el primer botón de su camisa. Le iba a arrancar con los dientes esa braguitas. No se las conocía.

«Te esperas hasta después, jodido semental», se reprochó con amargura.

Fingiendo desinterés, la piropeó una vez que la tuvo delante.

—¿Sabes qué fue lo que pensé cuando te vi en el restaurante la Porta del Principe? —le comentó ella acariciándole el pecho.

—Asústame —tentó Roberto alargando las palabras. Se quedó absorto observando cómo la mano de ella trazaba un camino descendente por su cuerpo. Se había detenido en su estómago y le acariciaba con languidez, casi sin intención, los abdominales—. Michela, estás jugando con fuego.

—Entre otras muchas cosas pensé —ella había ignorado sumariamente su advertencia aunque su mano volvió a subir hasta alcanzar su cuello y le dedicó una sonrisita inocente— que yo también me podía permitir zapatos caros. Deseé que los vieras y que me vieras con ellos. Me veo muy *sexy* con ellos.

—Siempre estás muy *sexy* y, confía en mí, esa noche te vi muy bien, demasiado bien, diría yo.

—Quizás guste de inspeccionarme el tobillo ahora, *tenente* —musitó ella con una vocecilla melosa—. Sé cuánto se preocupa usted por la seguridad de los tobillos. —Michela se inclinó apenas, lamió un lateral de su cuello con provocadora sensualidad y pronunció en

un susurro jadeante—. Di un mal paso aquella noche. A veces ocurre...

Pastriani cerró los ojos estremecido. Ella lo debilitaba, lo dejaba sin habla y sin fuerzas. La manera en que la amaba lo devastaba. Como ciego, sin abrir los ojos, le buscó la boca y entreabrió los labios, desesperado por el consuelo que suponía para él su lengua caliente, sus manos de diosa y su cuerpo entero. La abrazó con ansias, apretándola contra su cuerpo, aplastándola contra las puertas abiertas del dormitorio.

—Yo creo que el paso que diste fue muy correcto. Ah, Michela —jadeó con pesar después de una pausa. Ella se agarró a las solapas de su chaqueta y suspiró. Miró de reojo su reloj de muñeca y abrió mucho los ojos.

—¡Oh, Señor! Nos están esperando, no tenemos tiempo. Además, arreglarme el pelo me ha costado mucho. Si me haces el amor ahora asemejará un nido de pájaros.

—Entonces no vaya provocando, señorita corta rollos —le recriminó él divertido.

Michela se echó a reír—. Anda vamos. Verás lo que te voy a hacer cuando lleguemos.

Le dedicó una mirada severa y luego le guiñó un ojo. La tomó de la mano para enfilar hacia las escaleras. Ella reía sin parar.

¿Notaría ella que su risa en cambio era amarga y fingida?

17

—Esta noche siento como si me estuviera saltando las reglas.

—¿Las reglas? —le preguntó Roberto divertido, haciéndola girar por la pista de baile.

—¡No suelo trasnochar para salir de juerga! ¡Solo por trabajo! —explicó ella a gritos—. ¡Jamás voy a discotecas! Nunca me habían llamado especialmente la atención —recorrió con ojos entusiastas la sala del Gilda abarrotada de gente dispuesta a pasarlo bien—. Pero creo que a partir de ahora lo haré más a menudo. Me lo estoy pasando de diez. Es tan divertido. Adoro la música, el ambiente, las luces, ver a la gente disfrutando. Bailar y bailar, reír. —Se lanzó a sus brazos—. Oh, gracias, Roberto. Gracias por tomarte la molestia de organizar todo esto. Estoy impresionada.

Roberto se inclinó para gritarle en el oído.

—¡No fue mi idea, sino de la loca de tu amiga! Dios, aún no concibo que esté saliendo con Little John.

—Sí, pero tú te encargaste de conseguirnos el reservado, las bebidas y también imagino que habrás tenido que sobornar a alguien para conseguir mesa en el Aroma con tan poco tiempo de antelación.

La cena en el Palazzo Manfredi con una sobrecogedora vista panorámica del Coliseo y la cúpula del Vaticano con el horizonte tras ellos teñido de púrpura había sido un viaje a los sentidos culinarios, olfativos y visuales del que le costaba recobrarse.

—Creo que Francesca jamás olvidará esta noche mientras viva. ¡Gracias! —Le propinó un beso rápido en los labios antes de volver la vista en dirección al lugar donde Francesca y su primo Juan mantenían una conversación íntima con las cabezas muy juntas.

Detrás de la pareja, sentado como un marajá en un sillón *chill out* de color negro, Edward Savage le hacía ojitos tiernos al camarero que les servía los mojitos.

—Creo que hacen una pareja preciosa. Me encanta verlos juntos. Son tan adorables.

Roberto resopló. Le dio la vuelta y le tomó el rostro con las manos, besándole la punta de la nariz

—Y soy yo el que debe darte las gracias. Te debo mi felicidad. Te lo debo todo.

Michela negó con la cabeza.

—No me debes nada.

—Sí, te lo debo todo —clamó con devoción torturado por tantas cosas—. Si no hubiera sido por ti, no hubiera vuelto a mi casa. No, no me mires con esa carita, ambos sabemos que es así. Caterina tenía razón en ese punto. Fuiste decisiva a la hora de hacerme volver a mi hogar de la infancia. Michela, ¿cómo puedo explicarte? Viví atormentado tantos años creyendo que mi hermana me odiaba, que todos me creían culpable de lo que ocurrió con Isabella. Todos, excepto Tullio. Ahora me siento liberado de un peso del que ya no era ni consciente. Tengo de nuevo a mi familia, Michela, y soy tan jodidamente soberbio que jamás había aceptado lo que significaban para mí. Además, hoy —los dedos de él se cerraron en torno a su cintura y su mirada se volvió penetrante e incisiva—, justo hoy, me siento agradecido con la vida por tenerte conmigo...

Michela le tomó el rostro entre las manos y lo miró a los ojos con gravedad.

—Estás aquí y bailas y te ríes, pero yo siento que tu cabeza vuela muy lejos de aquí.

Roberto guardó silencio y desvió la vista.

—Te lo contaré. Odio mantener secretos contigo, amo lo que compartimos y quiero contártelo todo, necesito contártelo todo, pero otro día. Hoy no, aquí no y, por favor, bésame que me hace falta.

Michela se colocó en puntas de pie, sus manos se cerraron alrededor de su cuello y sus labios se fundieron contra su boca.

—Sí, mi amor, lo que tú necesites. —Volvió a besarlo y luego le dio otro beso más.

Roberto se encorvó y la rodeó con sus brazos. Comenzaron a bailar muy pegados, ajenos a todo.

—Quiero que seas muy feliz, Roberto —expresó en un susurro devoto en su oído.

—Soy muy feliz. Siempre que esté contigo seré el hombre más

feliz sobre la faz de la Tierra. Solo te necesito a ti.

—Y a tu familia y a tus amigos. No te hagas el duro que sé que los adoras.

Roberto se carcajeó, asintió conmovido por la regañina, se miraron con insistencia a los ojos y terminaron perdidos en un beso húmedo con sabor a mojito. Siguieron bailando al ritmo de la música pegadiza de Rihanna.

Michela no era idiota, se hacía la idiota y no entendía por qué no se decidía a preguntarle. Desde que había vuelto de Ámsterdam algo lo mantenía atormentado, inquieto. Había días en que se dedicaba a observarlo mientras él andaba atareado afeitándose, corriendo en la cinta de su gimnasio o comiendo y charlando con los demás. ¿Acaso nadie más que ella se daba cuenta de las sonrisas que enmascaraban su tristeza y del vacío tan pronunciado que había en sus ojos? Ella también notaba la desazón que lo dominaba en pequeños detalles. En la manera en que se despedía de ella cuando insistía en dejarla en el hospital, con miradas que se alargaban y escondían secretos y esos besos torturados que le dejaban un sabor amargo en los labios. En esa instancia, ella se mordía la lengua para no preguntarle: «Cariño, ¿qué te ocurre? Dime lo que te angustia, a mí puedes contarme lo que sea. Pondré todo de mi parte por entenderlo»; sin embargo, callaba, porque, cobarde como era ella, temía que algo hubiera ocurrido durante el viaje y les hubiera afectado como pareja.

Se dedicaba a recrear posibles escenarios a cual más esperpéntico y disparatado. ¿Habría conocido a otra? ¿Se había dado cuenta de que ya no sentía tanto por ella? ¿Se estaría cansando de ella? Le daba vueltas y más vueltas y dudaba y luego se arrepentía de dudar al recordar la ferocidad con que se entregaban al hacer el amor por las noches y las miles de veces que él le juraba que la amaba como nadie y también las veces que le reprochaba que jamás se cansaba de ella y le confesaba en un tono severo y circunspecto que, a veces, había llegado a odiarla por esa necesidad que experimentaba de tenerla con él, de saberla cerca y de estar juntos a todas horas. Ella se deleitaba con cada una de sus palabras, se solazaba ante sus gestos demandantes e incluso le divertía el cansancio del que partían. Porque ni eso les importaba o les impedía amarse con desenfreno. Nunca parecía pesarles que llegaran medio muertos y desfallecidos y que casi no pudieran ni hablarse del agotamiento. Una vez que se encontraban en mitad de la cama, sus brazos se estiraban, sus labios se unían, sus cuerpos se anclaban el uno al otro con urgencia y todo volaba de la cabeza de

Michela. Sí, el sexo era sublime, siempre lo había sido. Lo que la angustiaba hasta robarle el sueño era que durante esos días habían perdido la tierna complicidad que tanto los había unido en Bardolino. Su primo le había aconsejado que le diera tiempo para que se desahogara, porque le haría falta. «Está pasando un mal momento en el curro, muy muy malo, enana. Tiene mil cosas en la cabeza, todo es muy jodido. No sé ni cómo lo soporta. Ese tío está hecho de acero. Yo habría mandado todo a la mierda hacía tiempo. La cosa está fea y no quiero que te preocupes ni que pienses lo peor, pero, en fin, te lo digo para que no lo agobies y porque me has preguntado. Tú ten paciencia y déjalo que sea él quien busque la manera de desahogarse». Y ella deseaba ser la fuente de su eterna alegría, hacerlo feliz y que olvidara lo que fuera que lo ponía triste y amargado.

Tarareando la canción, con la mejilla apoyada en el pecho de Roberto, meditó también que la letra de Rihanna parecía escrita para ellos dos.

You're a shooting star I see.
A vision of ecstasy.
When you hold me, I'm alive.
We're like diamonds in the sky.

Una pareja accedió al local con los brazos entrelazados y se dirigió hasta el reservado donde permanecían haciéndose arrumacos y compartiendo confidencias: Francesca y Juan Santiago.

Michela, muerta de risa por un comentario absurdo de su novio, giró el cuello y enfocó la vista esbozando una gran sonrisa. Alzó la mano para saludar a Susana Vásquez, que le devolvió el saludo y le lanzó varios besos desde la distancia.

Roberto, contento de ver a Michela tan feliz, siguió la dirección en que miraba ella. Se quedó petrificado. Helado hasta los huesos. Guiseppe De Moro al lado de Susana le dedicó una sonrisa torcida, estiró el brazo y apretó un gatillo imaginario con sus dedos índice y pulgar.

Con una terrible sensación de vacío alojada en el estómago, recordó las palabras de Tullio: «Y reza para que los pilles desprevenidos». Era a él al que habían pillado completamente en pelotas.

¡Michela! Tenía que sacar a Michela de allí. Lo habían vendido como a un perro. ¿Por qué tenía que ocurrir ahora con Michela ahí con él? Tomó a su novia de los hombros girándola hacia él. Ella reía

y se agitaba al ritmo de la música, ajena a todo. La sujetó por la nuca para obligarla a mirarlo.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué pones esa cara? Ey, no aprietes tanto...

—Quiero que en este instante te largues de aquí.

—¿Cómo?

—Mírame. Esto es serio. Muy serio. No discutas conmigo. Abandonarás la discoteca.

Pilla un taxi y vuelve a casa.

Michela parpadeó, de pronto, atemorizada y confundida. Tragó saliva.

—De acuerdo. Vale. ¿Me voy ya? Aviso a Francesca.

—No. Te me largas ya mismo. Yo me encargo del resto.

La música pareció subir de decibelios. El *DJ* había decidido pinchar la canción de moda: David Guetta, Sia y su Titanium. El público enloqueció. Hombres y mujeres gritaban y se agitaban excitados meneando brazos y caderas a su alrededor. Una marea de furia libertina los empujaban en varias direcciones al mismo tiempo. Las luces y el humo lo cegaban por momentos. Roberto buscó desesperado a De Moro, sin embargo, el hombre había desaparecido de escena. Susana, al otro lado de la discoteca, se había sentado con Francesca y hablaban como si nada. Intentó llamar la atención de Juan, pero ese idiota solo tenía ojos para devorar a Francesca. «¡Mierda, mierda y mierda!».

Roberto estaba tirando de Michela. La sujetaba por la muñeca y los hacía avanzar zigzagueando entre la gente. Estaba obsesionado con la idea de sacar a Michela de allí. Si ella estaba allí, atrapada con él, no podría pensar con claridad. Necesitaba saber que estaba a salvo. Lejos, muy lejos de ese lugar. De Moro no habría venido solo. Podía apostar por eso. No sabía cuántos tipos esperaban allí con la orden expresa de liquidarlo.

La barahúnda embriagada de alcohol y drogas, abstraída por el martilleo de la jodida música electrónica, los ralentizaba en su camino a la salida. Sacó el móvil del bolsillo y tecleó un mensaje a toda velocidad para Juan. Sabía que el capitán siempre tenía el dispositivo en modo vibración en su bolsillo. Casi prorrumpió en vítores al verlo extraer su teléfono y leer el mensaje. La cabeza del guardia civil se disparó hacia arriba y miró en dirección a la pista de baile. Sus ojos se encontraron en la distancia. Little John se incorporó de súbito y obligó a Francesca a levantarse también. La pareja intercambió unas palabras. El rostro de Francesca empalideció de golpe. La música llegó a su punto álgido y eso provocó un estallido de júbilo en la acalorada muchedumbre que

coreó enardecida el estribillo de la canción. Un movimiento brusco hizo retroceder a Roberto, parapetando a Michela tras su cuerpo. Solo se trataba de un tipo que se agitaba frenético de un lado a otro. Y, justo en ese momento, como por arte de magia o de algún tipo de siniestro sortilegio, la marea humana se abrió ante él. Al otro lado, bloqueándole la salida del local, un tipo vestido de manera informal y con gafas de visión nocturna les apuntaba con un arma. Roberto empujó a Michela, que salió disparada y cayó un poco más allá. Él se tiró al suelo un segundo antes de escuchar la detonación del primer disparo, rodó hasta quedar al lado de Michela y la colocó bajo la protección de su propio cuerpo. Todo ocurrió en milésimas de segundos. La gente a su alrededor enloqueció aterrorizada y se lanzaron en estampida, corriendo en todas direcciones, buscando huir de la ráfaga de proyectiles que comenzaron a volar por encima de sus cabezas.

Michela lloriqueaba, temblaba y se agitaba bajo su cuerpo.

—¡Dios Santo! ¡Dios Santo! ¡Qué es esto! ¿Son terroristas?

Roberto le habló en el oído y a gritos, e intentaba distinguir a los hombres con armas.

—¡¡Escúchame!! ¡Ahora vamos a movernos para alejarnos! ¡Cuando te lo diga, te levantas!

Roberto no lo vio, sin embargo, ella asintió con firmeza.

Sin previo aviso, él la tomó de la cintura con un movimiento veloz y la alzó. Sus pies apenas rozaban el suelo mientras, encorvados, se abrían paso entre la gente. Roberto empujaba a todo el que se cruzaba en su camino y ella, que no hacía sino mirar en derredor con ojos desorbitados, los veía caer a los lados de la pista de baile. Su novio le había colocado una mano en la cabeza para que la mantuviera gacha y prácticamente cargaba con ella. Corrieron a refugiarse detrás de una mesa que Pastriani tumbó de una patada—. Agáchate y no te muevas —le dijo antes de dejarla parapetada en ese refugio improvisado.

Extrajo un arma de su espalda. La joven, con los ojos abiertos como platos y temblando de pies a cabeza, estudiaba horrorizada la pistola.

—¿Llevas un arma contigo? —balbuceó sin salir de su estupor.

—Siempre.

Pastriani se inclinó a un lado para realizar un barrido por la sala. La gente huía y gritaba, muchos se agolpaban en las puertas y se aplastaban unos a otros en un vano intento por escapar de ese infierno.

Michela observó la calma con la que procedía. Turbada con

todos y cada uno de sus ademanes. «No le conocía esa expresión concentrada», meditó de forma absurda, tampoco ese gesto torvo que afilaba su mirada. Sus ojos verdes brillaban de anticipación. Esto es lo que siempre hace, pensó entonces. Vivir al límite cada día de su vida. ¿Cómo podía soportarlo? Ella experimentaba una clase de miedo visceral que la impulsaba a querer sumarse a la seguridad del gentío y salir de allí corriendo desesperada. Percibió la tensión que se apoderó del cuerpo de él y esa señal la hizo estremecer de pies a cabeza. Roberto estiró el brazo apuntando con su arma. Por instinto, Michela se llevó las manos a los oídos y cerró los ojos antes de escuchar la detonación. Un disparo, dos, tres...

—Tranquila, amor, todo está bien —le dijo él un momento después.

Michela abrió los ojos y parpadeó, mirándolo espantada. Esperaba no sabía muy bien el qué. ¿El fin del mundo? ¿Cómo era posible que estas cosas ocurrieran a las alturas de siglo en el que estaban? Roberto, que vivía la angustia de Michela como propia, la abrazó y la apretó muy fuerte. Ella pudo sentir la culata de la pistola apoyada sobre su cabeza. Cerró los ojos estremecida de miedo.

—Esto es lo que vamos a hacer. Te cubro y sales disparada de aquí. Estoy seguro de que la policía estará a punto de llegar, si es que no ha llegado ya, y acordonará toda la maldita zona. Tú te vas derechita a casa de tu madre sin hablar con nadie. No quiero que vayas a mi casa, tampoco a la tuya. ¿Estamos?

Si De Moro estaba al tanto de sus movimientos y sabía que esa noche acudirían a la discoteca, razonaba Roberto, conocerían la ubicación de su casa y con toda probabilidad también la de Michela. Lo habrían mantenido vigilado, estudiándolo hasta dar con el mejor instante para atacarlo. No la quería rondando ninguna de las dos viviendas. ¡Maldita suerte de mierda! En ese momento deseaba tenerla en la otra punta del planeta.

—No quiero irme sin ti.

Roberto cerró los ojos unos instantes y rumió varias palabras malsonantes. Tenía la espantosa sensación de que todo esto ya lo había vivido antes. «Por eso tenías que esconderla, maldito idiota», le recriminaba una parte remota de su cerebro. Roberto abrió los ojos. A Michela le impresionó la intensidad con que la observó. Sus ojos verdes llameaban como los fuegos del infierno.

—Harás lo que te digo —expresó en un tono perentorio, que no daba derecho a réplica alguna—. Nos levantamos. Te colocas detrás de mí y te saco de este pandemónium. ¿Me has entendido?

Michela bajó la cabeza, arrepentida y asintió.

—Sí, sí, lo siento, lo siento, de acuerdo… ¡Es que tengo tanto miedo! No quiero que te quedes aquí solo.

Roberto experimentó un instante de ternura en medio de toda la furiosa adrenalina que le recorría las venas. La volvió a apretar contra su pecho y besó con ansia su cabeza.

—Amor mío. Mi chica valiente. Estoy muy orgulloso de ti y te sacaré de aquí. Todo saldrá bien. Confías en mí, ¿verdad?

Ella meneó la cabeza arriba y abajo.

Y a él le cabreaba, más que cualquier otra cosa, dedicarse a hacerle promesas sin asidero, solo para calmarla.

En cuclillas, dio la vuelta a la mesa para asegurarse de que tenía el camino despejado. En el momento de volver a por Michela, una voz le advirtió: «Así es como se la llevan, ¡mentecato! ¡Lo volviste a hacer todo mal!». Se incorporó de golpe asaltado por funestos pensamientos y comprendió que había cometido un error fatal. Giró el cuello. Frente a él se había materializado el tipo que les había disparado desde la entrada. Lo vio apretar el gatillo antes de tener tiempo de reaccionar. Era el fin.

Como si estuviera sufriendo de alguna clase de parálisis cerebral, millones de imágenes se estrellaron contras las paredes de su cerebro, colapsándolo.

Fin de la segunda parte

Mía Martín nació hace treinta y seis años en Santa Cruz de Tenerife, pero desde niña reside en la isla vecina, Gran Canaria, es licenciada en Derecho, madre de una pequeña guerrera y una lectora voraz; que escribe en su tiempo libre sobre el amor y otros misterios.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Mía Martín
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-07-7

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial